



# EPITAFIO DE UN ASESINO

Antonia de J. Corrales

Lectulandia

Cuando está en la cima de su carrera como escritor de suspense, Abelardo Rueda, se ve involucrado en una serie de asesinatos que siguen escrupulosamente la trama de su última obra, aún inédita y cuyo argumento sólo conoce él. Tras cada una de las muertes hay algo más que la barbarie de un asesino en serie; tras los anónimos, algo más que citas bíblicas. Los homicidios esconden un escalofriante secreto, una información a la que el escritor tuvo acceso tras sus investigaciones sobre Felipe II y el Real Monasterio de El Escorial. Esa información, junto a un secreto íntimo, que no puede desvelar, harán que su vida dé un giro vertiginoso y nefasto, sumergiéndole en un laberinto donde cualquiera pueden ser víctima o verdugo.

**Lectulandia**

Antonia J. Corrales

# **Epitafio de un asesino**

**ePub r1.0**

**liete** 23.08.14

Título original: *Epitafio de un asesino*

Antonia J. Corrales, 2005

Editor digital: liete

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo

*Cuando el cordero abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto Animal que decía: «Ven». Y vi aparecer un caballo pajizo, cuyo jinete se llamaba Muerte...*

Apocalipsis 5, 1-7, 4

## **Madrid. Septiembre de 1968**

—¡No os riáis de él! A pesar de no saber escribir, lee mejor que vosotros. Es muy inteligente. Todos los genios tienen alguna carencia. Lo que le pasa es tan extraño que puede que su problema sea precisamente un don divino. ¡Todo tiene un sentido en esta vida! ¡Todo! Sólo Dios sabe el porqué —dijo la religiosa abrazando al muchacho con fuerza—. No está bien reírse de nadie. ¡Es un pecado! No debéis hacerlo.

—No me importa que se rían. ¡No me importa! —contestó el joven.

—¡Madre! —dijo uno de los escolares—. No nos reímos de él. Nos reímos de su comentario. Ha sido muy gracioso. Hemos pensado que era una broma. No sería ésta la primera vez. Usted sabe que todos le queremos. Siempre que puede nos ayuda. Es muy inteligente, bueno y bondadoso.

—¿Es eso cierto? —preguntó la monja.

—Sí, madre, es cierto —contestó la clase al completo.

—Y bien, entonces, ¿me contaréis lo que este truhán ha dicho a mis espaldas? Tal vez me venga bien reírme un poquito —dijo pellizcando la mejilla del muchacho.

—No era una broma —contestó el joven poniéndose frente a la sor—. Madre, yo hablaba en serio. Dije que sería un gran escritor. Lo dije porque anoche soñé con un ángel que tenía los ojos verdes. Me dijo que yo había nacido para escribir, que él me enseñaría a poner mis pensamientos sobre el papel. A cambio de ello, sólo tenía que dedicar mi vida a escribir su palabra.

—¡Virgen santísima! ¿Qué más te dijo el ángel?

—Dijo que yo era el elegido. Que sería el mejor escritor del nuevo siglo. Dijo que el último eclipse del milenio anunciaría el principio de mi era. ¡La era de la imaginación! Me contó que se me había privado de la capacidad de escribir, porque alguien no quería que diese a conocer sus palabras a los demás hombres.

—¡Dios mío! ¿Te dijo el ángel su nombre? —inquirió expectante la religiosa.

—Sí, se llama Luzbel.

# Capítulo 1

*En el Oriente se encendió esta guerra cuyo teatro es hoy toda la Tierra.*

Jorge Luis Borges (1899-1986),  
Fragmento del primer soneto del poema «Ajedrez»

***Real Monasterio de El Escorial.******Julio de 1997***

El prior caminaba apresurado por los pasillos; a su lado uno de los cofrades se persignaba reiteradamente, repitiendo una jaculatoria inaudible pero perceptible por el movimiento constante de sus labios.

—No debimos dejarlo solo. ¡Dios nos perdone por ello! Con su muerte se han desvanecido las esperanzas y será casi imposible saber en manos de quién está. Tendremos que pedir ayuda a su hermano, ese vaquero ateo y ambicioso. Nos costará muy caro hacer que todo parezca lo que no es. ¡Dios nos perdone! Debemos intentar recuperarlo íntegro. Nunca debió salir de aquí. Hemos cometido un error incalificable que de seguro sólo traerá infortunios al mundo y a la cofradía.

—Hermano —dijo el otro monje—, sería conveniente no perder de vista al escritor. Quizá él sepa algo de todo esto. Creo que se vieron hace unos días.

—Estoy seguro de que él no tiene nada que ver. Sé los libros que utilizaba para su investigación y no guardan ninguna relación. Sólo estaba interesado en lo concerniente a la colección de herméticos de Juan de Herrera. Si en realidad supiese algo iría muy desencaminado. No, no lo creo. De seguro que hablaron de lo de siempre, todos preguntan por lo mismo; exclusivamente se interesan por los libros que no figuran en los registros. Creo que el hermano Jonás dijo la verdad. Sólo hay un hombre implicado y lo quiere para su uso personal, no para darlo a conocer al resto del mundo. Eso, aunque parezca menos peligroso, es lo preocupante. Es más difícil dar con una persona que con una comunidad. Nos costará mucho más encontrarlo. Para mayor inri, según confesó el hermano Jonás, ¡que Dios lo tenga en su gloria! —dijo parándose en seco y mirando hacia arriba—, no pertenece a ninguna religión. Es ateo. Su custodia es lo único que me preocupa, lo único. Da igual qué religión la profese, lo importante es que siga oculto. Nadie debe saber que existe. Nadie. Aún no estamos preparados para ello.

—Quizá sea la voluntad de Dios. Tal vez estemos equivocados y debamos darlo a conocer —dijo el agustino temeroso, mirando de soslayo al prior.

—¡No blasfeme! Eso es una auténtica blasfemia. El Altísimo nos lo encomendó, ¡cómo va a querer que lo dejemos en las manos de cualquiera! Le ordeno que pida perdón a Dios por lo que ha pensado y dicho.

El eclesiástico inclinó la cabeza y siguió andando en silencio.

—¿Dónde está? —preguntó el prior frente a la celda.

—Ahí —respondió señalando el interior otro de los frailes.

—¡Dios mío! Hay que ponerse en contacto con su hermano inmediatamente.

Debemos hablar con él antes que con la policía. Debe saber en las condiciones que se encuentra el cuerpo. Sólo cuando conozcamos si está dispuesto a prestarnos ayuda, sabremos qué decisión tomar. Dios nos asista...



***Madrid, Paseo de la Castellana.  
Septiembre de 1997***

Desde julio no llovía. La acumulación de partículas de monóxido de carbono en la atmósfera hacía que la luz del sol fuese tenue, apagada, tan carente de vida que su falta de brillo evocaba la luminiscencia de una bombilla de bajo consumo. El Paseo de la Castellana visto desde aquel ático se asemejaba a un gran hormiguero en el que los insectos eran de metal y ruedas de caucho. El ruido ensordecedor del tráfico era repelido hacia el exterior por los cristales de las regias ventanas del estudio que, clasistas, sólo dejaban entrar en el interior de la casa algún que otro rayo de sol que había conseguido escapar de la asquerosa contaminación.

Eran las nueve de la mañana cuando el camión de mudanzas llegó al ático. Abelardo Rueda daba un último vistazo al estudio que hacía ya cuatro años alquiló a través de una agencia inmobiliaria. Sus dedos acariciaban el marco de los ventanales, mientras sus pensamientos se perdían con el ir y venir constante y monótono de los vehículos que circulaban por la gran avenida. Aquel horizonte delimitado por los edificios que se asentaban como esfinges en todas las direcciones era la representación más exacta de la monotonía. Sin embargo, para él se había convertido en parte de su vida. Desde que la compra del chalé se llevó a cabo, supo que el día fatídico en el que tendría que abandonar su amado ático estaba cada vez más próximo. Durante los dos meses que precedieron a la firma del contrato de compraventa de la nueva residencia, deseó con ansia paranoica que aquel camión de mudanzas no llegase nunca a su destino. El escritor sentía que al abandonar aquel lugar su vida se vería sumergida en el abismo de lo desconocido. La sensación era equívoca y turbulenta, y le provocaba un desasosiego sólo comparable con el que causa el miedo a la muerte. La sapiencia del escritor estaba inspirada por la pluma inexistente del destino escrito, un destino que tras abandonar aquel lugar le llevaría a convertirse en el blanco perfecto de los deseos de un asesino.

Su género literario era la novela histórica, y en aquella pequeña residencia que se elevaba altiva sobre las calles y avenidas de Madrid, había creado diez obras magníficas. Sin embargo, con ellas sólo consiguió prestigio, un reconocimiento que carecía de la popularidad de un best seller y, en consecuencia, de los ingresos que ese tipo de literatura solía reportar al autor. La carestía económica fue el motivo por el que Adela, su mujer, un año antes, le sugirió la conveniencia de un cambio de tendencia en su carrera:

—No podemos seguir así. Debes hacer algo. Yo sólo puedo representarte. Es lo

que he hecho toda mi vida desde que te conocí, y gracias a ello has llegado a publicar. Pero si esta situación persiste... he pensado en montar una agencia literaria —le dijo un año atrás.

—No sé hacer otra cosa, sólo escribir. Lo sabes, lo sabías cuando nos conocimos.

—No he dicho que dejes de escribir, ni tan siquiera lo he sugerido. Intento decirte, desde hace demasiado tiempo, que dejes la novela histórica. Tu último proyecto histórico sólo nos ha traído problemas. Tus crisis han sido casi insostenibles, no pienso permitir una nueva recaída. No quiero que vuelvas a tener que someterte a tratamiento psiquiátrico. No voy a consentirlo. Espero que toda la documentación sobre esa estúpida obra referente a El Monasterio de El Escorial desaparezca para siempre de tu vida, de nuestra vida. Debes, por tu salud, prescindir de ese tipo de investigaciones que sólo te traerán problemas. Además, tienes que reconocer que con ese tipo de literatura lo único que hemos hecho ha sido subsistir y recibir críticas de todos los estamentos religiosos. Podrías escribir algo más comercial. Algo que se pueda llevar a cualquier medio de difusión, que interese a un número mayor de personas. Estoy segura de que haciendo otro tipo de literatura tus obras estarían entre las más vendidas. Ello nos permitiría llevar una vida más cómoda, más desahogada. Tener nuestra propia casa.

—No sé a qué tipo de género te refieres. Soy catedrático de historia. Es de lo único que sé escribir con profesionalidad; me gusta lo que hago.

—Lo sé. Pero podrías escribir novela de intriga. El género de suspense te iría muy bien. En el medievo hubo personajes de oscuras intenciones, asesinatos, infidelidades... No tienes más que proponértelo. Bastaría con adaptar alguna de aquellas historias al siglo xx. Sería fantástico. Es más, sé que Carlos estaría encantado. Ayer hablé con él. Estuvimos comentando el auge literario que han alcanzado las historias sobre asesinos en serie. Nos tomamos la libertad de especular sobre una posible novela enclavada en la época medieval, donde los personajes tuviesen comportamientos psicópatas similares a los de ahora. Es una idea muy buena, ¿no crees?

Adela no le dijo a su marido que se había comprometido con el editor. Que había dado su palabra a Carlos de que su marido escribiría una gran novela de intriga. Abelardo se sintió presionado; sin embargo, entendió su postura. Ella se había pasado media vida luchando por su carrera. Había sido la artífice de que la primera obra de Abelardo llegase a la editorial de Carlos. El escritor debía demasiado a su esposa, así aceptó escribir aquella obra, aun sabiendo que iba en contra de sus principios, de su voluntad.

La novela fue número uno en ventas y, en menos de un año, convirtió a Abelardo Rueda en uno de los escritores más rentables del mercado literario. Lo mismo ocurrió con las dos obras que la precedieron y que formaban parte de la trilogía. El éxito

alcanzado fue lo que les permitió abandonar aquel ático y comprar una casa ubicada en la sierra noroeste de Madrid. Sin embargo, a pesar del positivo vuelco que había dado su vida profesional, a pesar de haber sido reconocido por todos como uno de los escritores de suspense más leídos, él seguía incómodo ejerciendo su profesión dentro de aquel género literario.

—¡Abelardo! ¡Ven! Los de la mudanza están abajo —dijo Adela irrumpiendo con su llamada en los pensamientos del escritor.

Mientras oía el ruido de la cinta adhesiva, imaginaba cómo su mujer iba cerrando las últimas cajas. El miedo, aquel extraño presentimiento que le perseguía desde que publicó la primera obra de suspense, le paralizaba, por eso, el escritor aún no había embalado las copias de los manuscritos. En sus manos tenía la cuarta obra de intriga, y a su juicio, la mejor de todas. Estaba terminada. Después del traslado la registraría y se la entregaría a su editor. Leyó el título en silencio, *Epitafio de un asesino*, pensando que aquélla sería la última obra de aquel género literario que escribiría. Estaba convencido de que con los beneficios que su venta le iba a reportar tendría para vivir holgadamente y acabar la obra sobre El Monasterio de El Escorial, lo único que en realidad pretendía.

—Abelardo, los de la mudanza están aquí. ¿Qué es lo que te pasa? Estás otra vez con la mirada perdida. ¡Hazme un favor y sé más positivo! No tiene por qué pasar nada. Todo va a ir bien. Sé optimista, ¿de acuerdo? Vamos, deja esa pipa en la caja, tengo que acabar de cerrarla. No querrás que alguno de los transportistas eche un vistazo y vea tu valiosa colección. Recuerda lo que siempre decía tu padre... ¡Ojos que no ven, tentación que te evitas!

—Tienes razón —contestó el escritor mientras depositaba un puñado de folios y varios manuscritos en una de las cajas.

Adela se inclinó poniéndose a su altura. Sus hermosos ojos negros se clavaron en los labios del escritor.

—¡Te quiero, Abelardo! No puedo evitarlo —le dijo acariciando sus mejillas.

Él sonrió y desviando la mirada dejó, una vez más, que los recuerdos calmaran la extraña sensación de inseguridad que sentía. Adela cogió la cinta de embalar y cerró la caja con un movimiento rápido y preciso.

—Se acabó, querido. Cuando quieras nos vamos. Teresa tiene todas las instrucciones. En el momento que acaben de cargar, nos llamarán al teléfono móvil.

—Bien. Cuanto antes salgamos mejor. No creo que soporte ver cómo vacían las habitaciones. Pero no creas que la sensación que tengo se me pasará. Es más, creo que se está acentuando. Me planteo si puedo ser víctima de una paranoia. Si no es así, estoy seguro de que cuando dejemos esta casa algo nos sucederá. Tal vez no pueda volver a escribir. ¿Sabes...?, este ático está tan impregnado de mí como yo lo estoy de él. Tengo la convicción de que uno sin el otro no somos nada; es como si en sus

paredes estuviese atrapado el futuro, el futuro que en realidad había escrito para nosotros. Creo que este traslado cambiará nuestro destino.

—¡Abelardo, te lo suplico! Olvídate de todo, déjalo estar. No pasará nada. Es de estúpidos. Sería de estúpidos no vivir mejor cuando nuestras condiciones económicas nos lo permiten. No tiene por qué pasar nada, créeme. Lo único real es tu miedo, un temor que está justificado por tu situación privilegiada, un temor que siente mucha gente cuando las cosas comienzan a irles bien. Cuando estemos instalados, tu miedo desaparecerá como han desaparecido nuestros problemas económicos.

Adela salió del piso sin volver la cabeza ni prestar atención a la entrada del personal de la empresa de mudanzas. Él se quedó rezagado, paseando sus pensamientos por los recovecos de cada una de las habitaciones. Se paró frente a la entrada del estudio y miró el rodapié de madera, arqueado por los cambios de temperatura y el paso del tiempo, rememorando aquellos instantes de vacío en los que las ideas dejaban de precipitarse, en los que las historias se paraban bruscamente y los personajes de sus obras enmudecían. Recordó cómo colocaba entre el rodapié y la pared los folios, uno tras otro, como cuadros a la espera de un comprador, para después tumbarse sobre el parqué sin pulir y contemplar ensimismado el enjambre de palabras. Así, amparado como un torero antes de la corrida por sus santos, él se dejaba llevar por el negro de la tinta y los espacios en blanco del papel le sugerían cómo debía continuar la historia. Tras unos minutos, la voz de Adela llamándole desde el interior del ascensor le obligó a salir precipitadamente del apartamento.

Teresa corría de un lado a otro llevada por una hiperactividad inusual. A las cinco de la tarde uno de los mozos bajaba los dos últimos paquetes. Cuando el muchacho se disponía a cerrar el ascensor, la voz del ama de llaves se oyó imperativa desde el interior del piso:

—¡Oiga, oiga! Se dejan ustedes las dos cajas del señor. Estamos aviados. Si se quedan aquí sus pipas, al señor le da un desmayo.

—¿Dónde están las cajas? —preguntó el joven desde el ascensor.

—En el último cuarto, al lado del armario. Le dejo la puerta abierta mientras yo voy a entregarle las llaves a Genaro, el portero; él se encargará de cerrar.

—En cuanto deje esto en el camión subo a por ellas. ¡Muchas gracias, señora!

Minutos después, aprovechando la ausencia de Teresa, el mozo subió al estudio y antes de recoger las cajas rajó la cinta de embalar de una de ellas. Al ver la colección de pipas talladas en marfil, las sacó y fue introduciéndolas en una bolsa pequeña de tela. Después cogió varios manuscritos. Tras un breve vistazo los depositó en el suelo cerca del armario. Miró el contenido de la otra caja y no encontrándolo de su interés

la cerró. Se metió en el mono la bolsa donde había depositado las pipas y enganchó el cordón que la fruncía a la cintura de sus calzoncillos. Al salir se despidió del portero:

—¿Ya han acabado? —preguntó Genaro.

—Sí, señor. Ya está todo.

—¡Perdone! Teresa me dijo que quedaban dos cajas por bajar. Usted sólo lleva una. ¿No se dejará nada arriba?

—No señor, llevo las dos. Mire, llevo una sobre la otra —contestó el muchacho señalando la caja superior.

—Cada día veo peor... Hay que ver la fuerza que tienen ustedes. Yo no sería capaz ni de coger una. Claro que ahora ando un poco cascado. En mi juventud era un buen mozo, bueno y bien *mandao*. Pues nada, joven, ¡vaya usted con Dios!

*4 de diciembre de 1997*

Aquel día Carlos llamó a la residencia del escritor para comunicarle que su nombre estaba entre los candidatos que se barajaban como merecedores del premio al escritor más fecundo del año; el Premio Ediciones. El cuatro de diciembre tuvo lugar la entrega del galardón, que finalmente le fue concedido. Durante la cena que precedió a la entrega del premio, Adela estuvo sentada junto a su marido. Su actitud era de triunfo personal. Orgullosa y prepotente, sólo se separó de él lo estrictamente necesario. Sobre las dos de la madrugada todo había terminado. Carlos acompañó a Abelardo al coche; el escritor tenía en el maletero una de las cinco copias que había hecho de su última obra.

—Abelardo —dijo Carlos mientras caminaban—, no hay ninguna prisa. Ahora nuestro trabajo se centrará en las reediciones de todas tus obras de suspense. Incluso hemos creído que sería interesante reeditar las anteriores. Es más, tu agenda está completa, las entrevistas te desbordarán. ¿Sabes?, el mundo de la literatura ha cambiado mucho. Ahora los intelectuales estáis obligados a relacionaros, a dejaros ver. Hay un debate previsto, en una cadena privada de televisión, sobre la relación entre la esquizofrenia y la parapsicología, y tú eres uno de los invitados. He de decirte que considero necesario y beneficioso para tu carrera que asistas.

—No creo que lo haga. Estoy cansado de tanto suspense. Esta última novela será el punto y final dentro de este género. Cuanto antes esté en máquinas, más rápido me habré desvinculado de ella.

Abelardo abrió el maletero y sacó el sobre donde estaba guardado el ejemplar. Carlos le observaba sin decir palabra. La decisión del escritor le pareció una locura. Pensó decírselo, pero guardó silencio. Intentó no darle importancia a las palabras de Abelardo, dando por hecho que su reacción era debida a la presión que el literato había soportado los últimos días.

—¿No me digas que el premio te ha sentado mal? No serías tú el primero. Nadie es el primero en nada. ¿Lo sabías? —dijo dando una palmada cariñosa en su espalda—. Les pasa a muchos, entre los cuales me incluyo. Nos pasamos media vida esperando un reconocimiento y cuando llega no sabemos qué hacer con él. ¿Sabes lo que te recomiendo? Que te relajes. Déjalo todo en mis manos y en las de Adela. Descansa. No pienses en esta novela. Cuando toda la explosión del premio haya pasado, cuando las reediciones lleven en la calle el tiempo suficiente y los medios de comunicación dejen de hablar de ti, entonces sacaremos a la luz esta nueva obra. ¿De acuerdo?

—Como quieras —contestó entregándole el sobre con el ejemplar al editor.

Adela y la mujer de Carlos, María, comentaban con entusiasmo las anécdotas acontecidas durante la cena sin prestar atención a la conversación de los dos hombres.

—Adela, ¿nos vamos? —preguntó Abelardo.

—Voy enseguida —contestó ella mientras se despedía de María.

—Hasta mañana, ¡qué descanséis! —dijo el editor levantando la mano.

El camino de vuelta se hizo rápido. La carretera Nacional VI a la altura de Torrelodones estaba cubierta por una densa niebla que no les abandonó en todo el recorrido. A la entrada de la finca, justo en el comienzo del sendero de tierra que conducía a la casa, Abelardo y Adela comenzaron a oír los ladridos de los perros. A medida que el coche se iba aproximando a la entrada, los animales aumentaban la intensidad de sus aullidos. Adela esperaba ansiosa ver los dos cachorros que les regaló Carlos el día que se instalaron en la nueva residencia. Se quitó el cinturón de seguridad para acercarse un poco más al cristal delantero y así observar los saltos de alegría con que los animales les obsequiaban a su llegada. Cuando el coche estuvo a un palmo de la puerta, Adela exclamó:

—¡Abelardo, mira! ¿Ves cómo está *Tonka*?

—No, no veo nada y no sé cómo tú puedes ver algo con esta niebla —contestó el escritor pasando la mano por la superficie del cristal.

Abelardo sacó el mando de la guantera del coche y pulsó el botón. La puerta de metal negro con remaches dorados se abrió. Los dos perros guardianes salieron a su encuentro.

—Pero... ¡si están empapados! —exclamó Abelardo.

—¡Es horrible! ¿Es sangre? Dime que no lo es. ¡Dios mío que no sea sangre!

El escritor se estremeció. Por el histerismo que manifestaba, era evidente que Adela había pensado lo mismo que él al ver a los dos cachorros saltando contra el morro del coche. La chapa del capó del BMW de color blanco estaba cubierta casi en su totalidad por las huellas rojas que los animales iban dejando en cada uno de sus saltos.

—¡Cálmate, Adela! No te pongas histérica, lo más seguro es que hayan organizado alguna en la cocina y Teresa no les haya limpiado. Ya sabes que no le hacen mucha gracia los perros. ¿Qué te parece si salimos del coche? —dijo intentando que su mujer recobrase la calma—. Aunque no lo tengo muy claro... Estás preciosa, y no me haría ninguna gracia que los perros te pusieran perdida de tomate, porque estoy seguro de que simplemente están manchados de tomate frito. Ya sabes la cantidad de colorantes que le ponen...

—No —contestó Adela presa del pánico—. Esto me resulta demasiado familiar. ¡No abras la puerta! ¡Por favor, no lo hagas!

—¡Está bien! Como quieras, haré sonar el claxon. Teresa no tardará en salir.

Abelardo deslizó con suavidad la mano sobre el claxon. Tras una breve espera miró a su mujer encogiéndose de hombros. Adela hizo un gesto indicándole que lo volviese a intentar. Abelardo, una vez más, volvió a presionar el claxon. A pesar de su insistencia y de los ladridos estridentes y constantes de los perros, Teresa no salió de la casa.

—¿Ves? —dijo ella con la mirada perdida en el jardín—. Ves como no contesta. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Ha pasado algo! —exclamó temblorosa.

—Es probable que no haya salido porque esté en el baño. No lo habrá oído. ¡Llamemos! Dame el teléfono móvil; le diré que salga con las correas. Por el bien de tu vestuario, será mejor que ate a los perros.

Abelardo marcó con expresión de seguridad el número de teléfono de la residencia. La señal indicaba que la línea estaba ocupada, por lo que volvió a intentarlo dos veces más sin conseguir contactar. Miró a su mujer y soltó el aparato.

—Ya está bien. Parecemos dos tontos en apuros, sin que haya ningún apuro evidente —dijo irritado—. No tiene por qué haber pasado nada. Llevaré el coche hasta el porche y saldré; después le diré a Teresa que cuelgue bien el teléfono. Estoy seguro de que está mal colgado. No sería la primera vez que sucede. ¿O sí?

Adela no contestó, permanecía en silencio mirando fijamente a su marido. Su inmovilidad y su falta de respuesta reflejaban el miedo que sentía. Su mirada perdida dejaba al descubierto las terribles imágenes que copaban sus pensamientos. La mujer estaba recordando una parte de la novela, de la última novela que su marido había escrito y que aquella misma noche había entregado a Carlos. Sus pensamientos, llevados por la semejanza de los hechos, se sumergían en la escena del primer asesinato que se describía en la obra. En ella, los perros que protegían la casa de la víctima salían al encuentro de los dueños empapados de sangre.

Abelardo metió la primera marcha y despacio, sin soltar el embrague, fue acelerando. Cuando el coche estuvo pegado a la puerta principal dijo:

—¡Curioso! No me había dado cuenta de que todas las luces están encendidas. Voy a ver. Tú no te muevas.

—Creo que sería mejor llamar a la policía —dijo Adela.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Tienes razón; debemos llamar inmediatamente a la policía —contestó Abelardo intentando darle a la situación un tono más despreocupado—. ¡Cuéntame! ¿Qué les decimos...? ¡Ah, claro! Eso es; les diremos la verdad. ¡Qué estupidez la mía! Diremos que nuestros perros están manchados de algo rojo, que a simple vista puede ser tomate o sangre de algún pobre gato entrometido. Les diremos que ésta no es la primera vez que se dan un festín con algún siamés despistado. Explicaremos que nuestro teléfono comunica, y que este detalle es algo muy preocupante porque jamás lo dejamos descolgado. Para añadir



más dramatismo, les contaremos que nuestra ama de llaves está un poco sorda, y que acostumbra a tomar un baño antes de irse a dormir. Cariño, no entiendes que es estúpido. No podemos llamar a la policía. No debemos porque a simple vista no ha pasado nada. ¡Tranquilízate!

Adela no escuchaba. No podía controlar sus pensamientos. Su imaginación la desbordaba. Tenía la certeza de que algo horrible había sucedido. Abelardo descendió del coche y acarició a los perros que saltaban a su alrededor. Cuando sus manos tomaron contacto con el pelo de los animales comprobó que éste estaba impregnado de sangre. A pesar de la sensación de angustia que le produjo el reconocimiento de la sustancia y el contacto con ella, no lo exteriorizó. Intentó guardar las apariencias para evitar intranquilizar, más de lo que ya lo estaba, a su mujer. Sabiendo que Adela no le perdía de vista, se frotó las manos con despreocupación sin volver la cabeza. Subió despacio por las escaleras de madera del porche. Antes de abrir la puerta extrajo con los dedos índice y pulgar de su mano derecha un pañuelo de papel del bolsillo interior de su chaqueta y, con disimulo, como quien se limpia las manos después de un copioso almuerzo, se limpió los restos de sangre que aún tenía en las manos. La puerta estaba entreabierta. Abelardo entró en el vestíbulo y llamó al ama de llaves:

—¡Teresa! ¡Teresa! —gritó mientras caminaba en dirección a la cocina.

Teresa no respondió. Recorrió la planta baja. Todo estaba en orden. La radio sintonizada en el dial de música clásica al que el ama de llaves les tenía acostumbrados. En el salón, el candelabro judío tenía todas las velas encendidas y su luz iluminaba el pequeño espacio destinado para escuchar música. Más tranquilo, se dirigió a la cocina, mientras imaginaba a Teresa hablando por teléfono con alguna de sus amigas. Entró en el habitáculo con una amplia sonrisa. En la mesa había dos tazas de chocolate y una bandeja con pastas. Una de las tazas estaba vacía, la otra parecía no haber sido utilizada. Miró despreocupado alrededor y se dirigió al fregadero, donde se lavó las manos. Después cogió una de las pastas y se la comió. «Teresa ha tenido visita», pensó. Volvió a llamarla.

—¡Teresa! ¿Está usted ahí?

Miró hacia el dormitorio. La puerta estaba en uno de los frontales del *office*; la golpeó con los nudillos y esperó unos instantes. Nadie contestó, por lo que entró en la habitación. La cama estaba abierta. Todo indicaba que Teresa estaba acostada cuando algo la obligó a levantarse. El libro de cabecera que estaba leyendo permanecía junto a la almohada. Abelardo entró en el baño y miró detrás de la puerta del aseo, sonriendo al comprobar que la bata no estaba colgada en el perchero. Una vez más, respiró aliviado pensando que, sin duda, la mujer estaba en alguna de las estancias. Subió a la segunda planta. Recorrió todas las habitaciones buscando el supletorio que suponía descolgado, hasta que logró localizarlo. Entre el auricular y la clavija del teléfono del dormitorio principal estaba el lápiz negro con el que Adela se perfilaba el

contorno de los ojos. Éste impedía que la conexión se cerrase. Levantó el aparato para comprobar si aún permanecía conectado, pero no había línea. Lo colgó. Todo parecía ser el producto de una cadena de casualidades.

«Tal vez —pensó— la sangre sea de algún gato. ¡Seguro! Seguro que es de otro gato de la urbanización. Acabaremos teniendo problemas. Si es así, Teresa estará en la casita. Espero que no sea la nueva mascota de los Ruiz. ¡Pobre Teresa!, con lo mal que lo pasó la última vez».

Salió de la casa y se dirigió al coche.

—Todo está en su sitio. He atado a los perros para que no te manchen. Creo que Teresa está en la casita de madera. Voy a buscarla.

Adela se bajó del coche. Sin soltar el teléfono móvil, sin quitarse el abrigo de piel, sosteniendo con su mano izquierda el chal de seda y en silencio se sentó en el pequeño sofá que había en la entrada. Mientras, el escritor bordeaba el jardín hasta llegar al camino que conducía a la casa de madera. Al comienzo del sendero observó que la superficie de las losetas que rodeaban la piscina estaba cubierta de las huellas que en su recorrido habían dejado los dos canes. Para no pisar sobre las manchas de sangre continuó andando por el césped. Después de sobrepasar el gran abeto que impedía la vista de la casita de madera, la luz del farolillo interior de la caseta le hizo sonreír. A medida que se aproximaba, el ruido de agua corriendo se volvió más perceptible. Cuando estaba a un metro de la entrada gritó:

—¡Teresa! ¿Está usted ahí?

Nadie le contestó. Siguió andando y entró con decisión. Al instante de traspasar el umbral, apoyó su mano derecha en el marco de la puerta, asiéndose a él con fuerza para atenuar el vértigo que sintió. Se tambaleó. Sin soltar el apoyo, giró la cabeza hacia afuera y comenzó a vomitar convulsivamente...

Teresa estaba, como Abelardo había supuesto, en el interior de la casita de madera. Su cuerpo reposaba inerte sobre el suelo de tarima. Tenía un corte en el cuello que le había producido una profusa hemorragia y le habían amputado los dedos de la mano derecha. Éstos habían sido expuestos de una forma macabra en la pared, frente a la entrada, formando la letra «I». Alrededor de las heridas no había manchas de sangre. En el suelo, junto al cadáver, se apreciaban los huecos donde se habían sentado los perros durante la agonía de la víctima, en lo que parecía un intento frustrado de auxiliarla. La sangre que le había salido del cuello había sido lamida por los animales, por lo que en su garganta no quedaba ni rastro de ella, a excepción de las salpicaduras que le produjo el corte momentos antes de caer al suelo. Dentro de la pila había unos guantes de goma negros, y sobre ellos caía el agua del grifo salpicando con fuerza la pequeña encimera.

Abelardo no volvió a mirar. Sacó un pañuelo de papel de su chaqueta y se limpió

los labios. Abatido se dirigió hasta la piscina e introdujo las manos. Llenó las palmas con el agua verdosa y se mojó la frente intentando retomar la calma. Tras unos instantes comenzó a caminar hacia la casa. Adela permanecía tal como él la había dejado: inmóvil, con la mirada perdida en el horizonte del jardín empujado por la densa niebla. *Carmina Burana* sonaba en el interior de la mansión. El escritor entró en el vestíbulo. Pálido, sin mediar palabra, se agachó. Cuando tuvo las rodillas apoyadas en el suelo, inclinó la cabeza y la apoyó como un chiquillo en el regazo de su mujer. La expresión de Adela no cambió; su mano soltó el chal que cayó con lentitud al suelo. Con la mirada perdida y en silencio acarició la cabeza de su marido.

—¡Tenía razón! ¡Dios mío! Abelardo, por favor, dime lo que ha pasado.

—Teresa está muerta. Ha sido asesinada.

—¡Dios mío! ¡Qué horror!

—¿Por qué dijiste, cuando entrábamos en casa, que esto te recordaba a algo?

Los ojos de Adela volvieron a perderse en el jardín.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Acaso hay algo más que te haya hecho pensar que estaba en lo cierto? Si es así, dímelo —exigió Adela.

—¿A qué te recordaban las condiciones en que hemos encontrado a los perros?

—Por desgracia, creo que a lo mismo que te recuerdan a ti. Al primer asesinato de tu última novela. ¿Cierto? —preguntó Adela mirando fijamente los ojos de Abelardo.

—¿Cómo lo supiste? ¿Cómo pudiste saberlo? —preguntó él con expresión de desconcierto.

—No lo sé. Vi la escena, la vi tal como la imaginé el día que leí tu obra. Todo era exacto. Pero... ¡por Dios!, dime que solamente ha sido una coincidencia. Dime que a pesar de la desgracia de la muerte de Teresa no hay nada más que agrave lo sucedido.

—Sí, creo que sí lo hay. Tiene los dedos de la mano derecha seccionados.

—¡Dios mío! ¡No puede ser! ¡Es imposible! —gritaba Adela tapándose los ojos con las manos.

—Y no es lo único. El asesino los ha clavado en la pared formando la letra...

Adela interrumpió a su marido.

—La ese.

—No. Es la letra «I». El asesino ha utilizado tres de sus dedos para hacerlo. Ha escrito la letra en un folio y lo ha clavado al lado de sus dedos. Imagino que con ello ha pretendido que no hubiese dudas al respecto. Es evidente que quería dejar claro el significado de una acción tan cruel. Desgraciadamente el que la letra no coincida no importa. Lo más preocupante es que todo lo demás es exacto. La escena que he presenciado es un calco de mi obra. Tenemos que llamar a la policía —pensó recordando la amenaza que había recibido días antes y de la que no le había hablado a nadie.

—No. Por el momento no podemos hacerlo. ¡Es una locura! Inmediatamente

seríamos sospechosos de algo que no hemos hecho. ¿Sabes lo que supondría para ti que se te considerase sospechoso de un asesinato? ¡El fin de tu carrera!

—Lo sé, ¿cómo no voy a saberlo? Pero no entiendo lo que quieres decir. No hemos hecho nada. No tengo por qué ocultarme. Debemos dar a conocer la coincidencia, la exactitud de los hechos con los de mi obra. Nuestra información ayudaría a dar con el asesino.

—Lo que estás diciendo es más que una locura: es una irresponsabilidad. Confías demasiado en la justicia. Es cierto que la policía tendría una línea de investigación más clara y que los datos podrían acortar la búsqueda, pero no olvides que estás hablando de un texto que has escrito tú, un texto que se ha convertido en realidad, que ha sido utilizado para matar. Quizá las pesquisas policiales nunca lleguen a buen puerto, y mientras el asesinato se aclara, tú irás perdiéndolo todo. Mientras se busca al culpable, la gente comenzará a hacer hipótesis, y la gente no perdona. La mayoría de las veces no importa si el detenido es el culpable, el autor material de los hechos. La mayoría de las veces simplemente se quiere, se exige, un culpable, y si éste resulta ser alguien con una vida modélica, mejor. Si es un personaje público, perfecto. Así el drama da para más. Las especulaciones sobre los motivos son más amplias, los coloquios más extensos, los reportajes más retrospectivos, los medios de comunicación tienen material para más horas de audiencia. La muerte de la pobre Teresa pasaría inadvertida si hubiese sido la asistenta de cualquier persona sin relevancia pública. ¡Pero no nos engañemos! Era el ama de llaves del Premio Ediciones de este año. Su asesinato será portada en todos los periódicos. Será noticia en todos los informativos de mañana. Imagina, piensa por un momento en qué ocurriría si aparte de la carnaza que les ha dado el asesino al matar a la sirvienta de un personaje público recién galardonado, de un afamado escritor de suspense, la opinión pública se enterase de que el crimen es un plagio de tu obra. Piénsalo. Una entelequia convertida en realidad... ¡Sería el fin! Por otra parte, no dudes que la policía te situará en su primera línea de investigación. Lo hará en el mismo momento en que les digas que todo es un calco de tu obra; aunque no lo sepas, aunque no te lo comuniquen, estarás en su primer punto de mira.

—Es cierto —contestó Abelardo aturdido por las palabras de su mujer, sopesando que aquel asesinato se correspondiese con lo que él pensaba, algo que había jurado no desvelar nunca—. Tienes razón. Tenemos que buscar una solución.

—Por supuesto. Yo ya la tengo. No sé quién será el degenerado que ha asesinado a Teresa, pero está claro que si no damos a conocer la existencia de la novela sólo habrá dos líneas de investigación y nosotros estamos fuera de ellas. Pensarán que es una venganza o el acto de un depravado, de un psicópata. Algo que es evidente. Pero si no damos a conocer la existencia de tu texto, nuestra vinculación es cero. No hay que buscar ninguna solución. Al menos por el momento.

—No entiendo qué quieres decir.

—Quiero decir que las circunstancias en las que está envuelta la muerte de Teresa no dejan de ser una coincidencia, tal vez el asesino ni tan siquiera tenga constancia de la existencia de tu obra. Tu obra aún no existe porque nadie a excepción de nosotros conoce el texto.

—Nosotros y Carlos. No olvides que le he dado una copia.

—¡El registro!, ¡nos olvidábamos del registro! —contestó Adela horrorizada.

—No está registrada. Aún no lo he hecho.

—Es la primera vez que entregas una novela sin registrar. Es una suerte, una puerta abierta. Con ello se reducen las posibilidades de que se conozca su existencia. Respecto a Carlos, te dije que esperases para entregársela. Pero tú, como siempre, hiciste lo que te dio la gana. Debes pedírsela. Dile que has cambiado de opinión y que quieres rectificar algunos capítulos. Cuando la noticia salga a la luz nadie debe vincular tu obra con el crimen, y lo más importante, la policía no debe saber nada. Si alguien estableciese cualquier relación, si alguien advirtiera alguna coincidencia, sería el fin de tu carrera, el fin de nuestra vida. No te quepa duda de que serías el primer sospechoso.

Abelardo encendió un cigarrillo y lo acercó a los labios de su mujer. Después cogió otro para él y exhalando el humo pensativo dijo:

—Tienes razón. No podemos hacer nada por Teresa. Es una desgracia, pero no somos responsables. Es cierto que el conocimiento de la obra me colocaría entre los sospechosos. Triste pero cierto. Nadie sabe de su existencia, nadie excepto Carlos, y creo que eso es relativo, ya que no creo que haya abierto el sobre. Sin embargo, tu idea está descartada; no puedo llamarle y decirle que me devuelva la obra. Sé que le extrañaría, que le parecería muy raro. Además, le dije que no escribiría más novelas de intriga.

—¿Hiciste eso? —interrumpió indignada—. ¡Estás loco!

—Hablares más tarde de cómo recuperar el ejemplar. Encontraré alguna excusa más convincente, algo que no despierte su curiosidad.

—No creo que ahora se plantee nada. Pensará que vas a cambiar algo. Además, ya sabes que te considera un excéntrico. Debes llamarle cuanto antes. ¡Hazme caso! Tienes que pedirle la copia. No podemos arriesgarnos.

—¡Quizá tengas razón! Llamemos a la policía; llevamos demasiado tiempo en casa sin hacer nada —concluyó el escritor levantando el auricular del teléfono.

*5 de diciembre de 1997*

Desde el momento en que la noticia se dio a conocer a través de los medios de comunicación, el teléfono de la residencia del matrimonio Rueda no paró de sonar. Los telegramas de pésame se sucedían uno tras otro, en intervalos tan cortos que Adela creyó no poder soportarlo y a punto estuvo de desconectar el portero automático.

—Abelardo, tengo en el móvil a Carlos —dijo Adela—, te lo paso. ¡Mantén la calma!

—¡Bien! Dame.

—Abelardo, lo siento. Susana me ha dicho que habéis llamado a la oficina a primera hora. Deberíais haberme llamado anoche, a casa. ¿Cómo estáis?

—Destrozados. Hemos pensado vender la casa. No puedo acercarme a la parte trasera. Aún no hemos entrado en el salón; ya sabes que desde el porche se ve la casita de madera. ¡Ha sido horrible!

—Tenéis idea de por qué. ¿Sabéis quién puede haber sido?

—No. Tú sabes cómo era Teresa. Su vida éramos nosotros. Apenas se relacionaba con nadie, a excepción del grupo de amigas de la urbanización; esas pobres cuatro mujeres. La policía las ha interrogado a primera hora de la mañana. Ayer, sobre las ocho, estuvieron juntas en la cafetería del centro comercial. Cenaron unos sándwiches y se marcharon como siempre en un taxi pagado a medias. El taxista alarmado por la noticia se ha presentado en comisaría. La policía nos ha dicho que su declaración coincide con la de las amigas de Teresa. Ella fue la primera en bajarse. Su actitud era normal. De lo único que hablaba era de mi galardón. Estaba muy orgullosa. Creo que la persona que la asesinó la conocía; estoy seguro. No creo que sea producto de una coincidencia. Teresa era muy desconfiada y no habría dejado entrar a un extraño. Tenía que conocerle.

—¿Le has dicho eso a la policía? —preguntó Carlos.

—Por supuesto, pero parece ser que deben tener pruebas que nosotros desconocemos. Creen que el asesino estaba en la casa cuando Teresa volvió.

—¿Por qué se habla de un psicópata? No lo entiendo. ¿Cómo la mataron? —preguntó Carlos.

—¡Horrible, salvaje! Le seccionaron la yugular.

Adela escuchaba con atención cada una de las palabras de Abelardo. El miedo le hacía pensar que su marido, llevado por el cansancio y la preocupación, podría desvelar algún detalle que les comprometiese. Todavía contaban con la ventaja del

secreto sumarial, por lo que, si Carlos daba comienzo a la lectura de la novela, el editor aún no tendría datos suficientes para relacionar la última obra de Abelardo con el asesinato de Teresa. Debían guardar silencio, un silencio sepulcral, Por ello, en el instante en que Abelardo le contó a Carlos cómo había muerto el ama de llaves, Adela le dio un manotazo a su marido y el teléfono cayó al suelo. El escritor miró a su mujer con gesto de desaprobación, sin entender qué era lo que pasaba. Ella murmuró:

—Abelardo. ¡Estás gilipollas! Dile que no puedes contarle nada porque es secreto de sumario. ¡Recuerda que tiene la copia de tu novela! —Acto seguido se agachó y recogió el teléfono del suelo y, alargando la mano con un gesto de exigencia, se lo devolvió.

—Carlos, perdona. Se me ha caído el teléfono. Los nervios. Tengo la tensión arterial por las nubes. ¿Qué me habías preguntado?

—Nada, déjalo. Perdóname. Creo que me he excedido. No tengo que decirte que si necesitas algo me llames. Todo el personal de la editorial te manda sus condolencias. Espero me comunicuéis la fecha de las exequias. Dale un abrazo a tu mujer. Pospondremos todo hasta que te encuentres mejor.

Adela vocalizaba con insistencia: «Pídele la novela, pídele la novela...».

—Gracias Carlos. Te ruego que por el momento te olvides de mi nueva obra. Después de lo sucedido no tengo ánimo de publicar una novela cuyo argumento está basado en la vida de un criminal.

—Ya hablaremos. Sé que ahora no es el momento —contestó el editor.

—Gracias por tu apoyo y comprensión. Todo esto me ha llevado a pensar en hacerle algunos cambios a la trama. Te ruego que pospongas la lectura de la obra. Cuando nos veamos, si no tienes inconveniente, me devuelves el ejemplar. Ya sabes que no me gusta que leas nada que esté sujeto a modificaciones.

—No leeré la novela. ¡Te doy mi palabra! Tengo el sobre en mis manos. Aún no lo he abierto y, si tú no quieres que lo haga, no lo haré. Sabes que respeto tus decisiones, las de todos mis escritores. Ahora lo más importante es que Adela y tú os recuperéis. ¡Olvídate del trabajo!

—Lo intentaré, aunque no sé qué es mejor, quizás el trabajo me evada. Te llamo. Da un abrazo a tu mujer y a los pequeños de mi parte.

—¡Un fuerte abrazo, querido Abelardo!

—Has estado genial, digno de admiración. Y bien, ¿cuándo te devuelve el texto?

—No ha dicho nada de devolvérmelo. Precisamente ha dicho lo contrario. Ha dado a entender que se quedará con él hasta que le entregue el nuevo; pero me ha prometido que no leerá la copia. Confío en él. Carlos es un hombre de palabra, al menos eso es lo que siempre ha demostrado.

—Puedes decirle que necesitas consultar algo —dijo Adela pensativa.

—¡Cómo voy a decirle esa estupidez! Yo siempre hago copia de mis obras, como todo el mundo, y él sabe que siempre me quedo con el original y una copia más. Es una estupidez. Eso sí que sería un error.

—Debemos pensar algo. Debemos solucionar este problema cuanto antes, ¡cuanto antes, querido!

—Lo sé. Pero también sé que quizás el hecho de encontrarnos a Teresa como nos la encontramos nos ha impresionado demasiado, tanto que hemos confundido la realidad con la ficción. Quizá su muerte no tenga que ver nada con mi obra. Quizá sea pura coincidencia, o una especie de pensamiento paralelo. He leído sobre ello.

—¿Hablas en serio? Dime que sólo intentas bromear. No puedo creer que ahora, así, de repente, hayas dejado de ser tan escéptico sobre esos temas. ¡No me lo puedo creer!

—Es posible que sea una coincidencia, es posible que al escribir el primer asesinato tuviese una premonición. Sea como sea, esté en lo cierto o no lo esté, quiero pensar que ha sido simplemente eso: una coincidencia. Nadie puede tener conocimiento de mi novela. Nadie. Absolutamente nadie. Estoy convencido de que no debemos preocuparnos.

—De lo único que estoy segura es de que todo ha sucedido demasiado rápido. Es posible que nos hayamos precipitado, pero no está de más tomar precauciones. Esta vez tendré que darte la razón y hacer lo que dices... Hablando de otra cosa, con todo lo que ha pasado olvidé decirte que las pipas han aparecido.

—¿Dónde estaban? —inquirió con asombro Abelardo.

—Di mejor «¿quién las tenía?» —replicó la mujer.

—¿Quién las tenía? —dijo entonces él.

—Uno de los mozos. Le sorprendieron con ellas en una bolsa que llevaba anudada a sus calzoncillos. La empresa de mudanzas está esperando. Quieren saber si interpondremos una denuncia.

—¿Hay que hacer la denuncia para que nos devuelvan las pipas? —preguntó el escritor.

—Pues no lo sé.

—¿Cuándo te han llamado?

—Teresa les telefoneó la semana pasada. Cuando después de desembalar las últimas cajas comprobó que allí tampoco estaban, me lo comunicó y decidimos reclamar. El viernes llamaron para decir que habían encontrado las pipas entre un montón de objetos que esa misma persona había robado. No sabían que eran nuestras. Cogieron al tipo el mismo día que realizó nuestra mudanza, pero él se ha negado a decir a quién pertenece todo de lo que se le ha incautado.

—¿No nos falta nada más a nosotros? —preguntó Abelardo



—No que yo sepa.

—Entonces que nos devuelvan las pipas y que ellos se entiendan con el ladrón. Mañana les llamas y que te las manden.

Aquella noche, sobre las doce, sonó el timbre exterior de la mansión. Abelardo se levantó de la mesa del estudio y se dirigió hacia el video-portero instalado aquella misma mañana. De camino pensó en la necesidad de contratar a una persona que se hiciese cargo de inmediato del trabajo que desempeñaba Teresa. Adela estaba en el *jacuzzi*.

—Abelardo, ¿has oído? ¿Quién es? —gritó su mujer desde el baño.

—No sé quién es. Aún no he llegado a la puerta. Será la policía. Creo que no nos van a dejar tranquilos durante bastante tiempo... Está claro que esto acaba de empezar. O quizá sea algún periodista. ¡Yo qué sé!

La pantalla del videoportero emitía la imagen de un hombre de mediana estatura. Llevaba un abrigo oscuro con las solapas levantadas. Un sombrero de piel negro de ala ancha cubría parte de los rasgos del individuo, ensombreciendo su prominente y puntiaguda barbilla. Su mano izquierda estaba apoyada en la verja negra y tenía la cabeza inclinada a la altura del micrófono. Un cigarrillo pegado a su labio inferior dejaba escapar un hilo de humo que rozaba el objetivo de la cámara impidiendo que la transmisión fuese del todo nítida.

—Sí. ¿Quién es? —preguntó Abelardo.

—Soy el novio de Teresa —respondió el hombre.

—¡Perdone! Creo que no le he oído bien. ¿Quién ha dicho que es? —volvió a preguntar Abelardo.

—El novio de Teresa. Vengo a decirles lo que llevo intentando que sepan desde que los medios de comunicación informaron de la muerte de Teresa. Les he llamado varias veces, pero ustedes no cogen el teléfono. La próxima víctima será su mujer. Usted mató a la que iba a ser la mía y yo mataré a la suya.

—¡Pero, oiga! ¿Quién se cree usted que es? —exclamó Abelardo desconcertado—. Voy a llamar inmediatamente a la policía.

—No se moleste. Yo mismo hablaré con ellos. Ya no tengo nada que perder. Todos los medios de comunicación sabrán quién es usted. Sabrán que usted es el asesino. Teresa no sólo era mi novia, éramos familia, lejana, pero familia. Soy su primo cuarto.

El hombre se alejó sin levantar la cabeza. Arrastrando los pies con despreocupación y parsimonia fue desapareciendo en la oscuridad del camino de tierra, mientras los perros ladraban desahogados frente a la puerta. Abelardo miraba estupefacto la pequeña pantalla que emitía en blanco y negro. Adela vociferaba desde el baño:

—¡Querido! ¡Abelardo! ¿No me oyes? Hazme el favor de traer una toalla grande, las que hay son demasiado pequeñas.

Abelardo, confuso, se dirigió al baño. Adela estaba desnuda. Una toalla de lavabo envolvía su pelo. Tenía la cabeza inclinada, pegada a la superficie del espejo que ocupaba toda la pared frontal. Su mano derecha sujetaba unas pinzas de depilar doradas con las que intentaba extraer un diminuto pelo de su entrecejo. Abelardo no reparó en lo que le había pedido momentos antes su esposa; sin decir palabra se sentó en la butaca de mimbre y la contempló con detenimiento, recordando, aterrorizado, la amenaza.

—¿Qué te pasa? ¡Abelardo! ¿Qué ocurre? ¡Por Dios reacciona! —exclamó Adela sujetando a su marido por los hombros.

—No vas a creértelo... —respondió él haciendo una pausa—, era el novio de Teresa.

—¿Quién era el novio de Teresa?

—El hombre que ha llamado hace un momento. Dijo que era el novio de Teresa.

—Te han tomado el pelo. Teresa no tuvo novio en su vida. Es más, creo que si ha habido una mujer virgen a la que ni siquiera alguien había rozado una sola vez, ésa era Teresa. Si hubiera tenido novio, nos lo hubiera dicho. ¿No crees? ¡Qué estupidez! A su edad. No entiendo por qué te has asustado. ¿No me negarás que estás acojonado? Deberías haberte reído. Deberías haberle invitado a tomar algo.

El escritor, absorto en sus pensamientos, no escuchaba nada de lo que Adela decía.

—Cariño, despierta. La muerte de Teresa te está afectando más de lo que yo imaginaba. Anda, acércame del armario la toalla, estoy empezando a tener síntomas de congelación.

Abelardo vocalizó algo en un murmullo casi imperceptible que Adela no consiguió entender.

—¿Qué dices? —preguntó enfadada— ¡No te oigo! ¡Habla más alto! —gritó.

—Digo que voy a llamar a la policía ahora mismo.

—¿Que vas a llamar a la policía? ¡No digas tonterías!

—No digo ninguna tontería. Ese hombre te ha amenazado de muerte. ¿Entiendes? No sé si dijo la verdad o es un loco. Lo que menos me importa es si es el novio de Teresa, un primo lejano..., me da igual. Lo que me preocupa es que sea un loco, un psicópata, cualquier persona que sea capaz de cumplir su amenaza. Incluso puede ser el asesino. ¡Cualquiera puede serlo! Debemos tener cuidado, ¡mucho cuidado! Voy a llamar inmediatamente a la policía.

Abelardo llamó a la comisaría local. Un coche patrulla salió hacia la finca. Los agentes inspeccionaron la zona sin éxito. Uno de los policías tomó nota de todos los detalles que le dio el escritor y le aconsejó que no le diese al suceso más importancia

de la que a simple vista tenía:

—Mire usted, esto es normal. No debería ser así, pero lo es. Hay gente para todo, créame. Incluso para culparse de un asesinato que no ha cometido. Hay mucho loco suelto. Seguro que no vuelve a saber nada más de ese individuo. No se preocupe. Pasaremos la información al departamento que lleva el caso del asesinato de su ama de llaves. Si vuelve a molestarles no tienen más que llamarnos. Si quiere sentirse más seguro le aconsejamos que contrate un servicio permanente de vigilancia. La casa está un poco alejada de la carretera principal de la urbanización; hay demasiado campo hasta llegar a la zona habitada. Estas fincas de tanta extensión son un blanco fácil para los curiosos y los delincuentes. Seguramente si la entrada hubiese estado a unos metros del videoportero, el desaprensivo que le ha dado el susto habría salido corriendo. ¡Créame! No es probable que vuelva. Mi consejo después de todo lo sucedido es que contraten un servicio de seguridad. Yo en su lugar lo haría.

—Lo hemos pensado. Debimos haberlo hecho cuando nos trasladamos. Ha sido usted muy amable. ¡Muchas gracias!

—No hay de qué. A su disposición —contestó el agente cuadrándose frente al escritor—. ¡Buenas noches!

—¿Estás más tranquilo? —preguntó Adela—. ¿Has visto? Yo tenía razón. La policía, experta en estos casos, lo ha confirmado. Seguro que es un loco impertinente, nada peligroso. Debes tener en cuenta que, desde el crimen, eres de sobra conocido. La gente que no te conocía por tu profesión, ahora te conoce por las noticias de sucesos. Desgraciadamente es así. Cualquiera puede hacerse pasar por el novio de Teresa —dijo Adela mientras depositaba una taza de café en la gran mesa rectangular de la cocina...

**8 de diciembre de 1997**

Aquel día uno de los periódicos de mayor tirada nacional publicó en primera página parte de los datos del sumario del asesinato de Teresa:

Nuestros servicios de investigación han conseguido acceder al sumario sobre el asesinato de doña Teresa V., ama de llaves del reciente Premio Ediciones 97, don Abelardo Rueda. En dicho sumario se citan los siguientes hechos y conclusiones extraídos de las primeras investigaciones policiales:

El cuerpo de doña Teresa V. presentaba un corte en el cuello. Dicha incisión le seccionó la vena yugular, produciéndole con posterioridad la muerte. Fue efectuado con un arma blanca que no se encontró en el lugar de autos. La muerte ocurrió sobre las veintidós horas treinta minutos, hora peninsular. La víctima no fue objeto de abuso sexual. No existen indicios de forcejeo, por lo que se especula con la posibilidad de que conociese al agresor. La sangre encontrada pertenece al grupo cero Rh negativo.

Tras examinar los guantes que se encontraron junto al cadáver, en el tejido poroso de su parte interna, se halló secreción corporal. Ésta, al igual que la sangre, pertenecía a la víctima. Para que estas secreciones se produjeran ambas manos tuvieron que estar expuestas a un foco de calor de gran intensidad. La piel de las manos de la víctima no tenía quemaduras, ya que el material del que están confeccionados los guantes es ignífugo. Doña Teresa V. tenía marcas en las orejas que fueron producidas por algún objeto que le rodeó fuertemente el cráneo.

A tenor de los hechos descritos, el equipo de investigación llega a la conclusión de que no existen, por el momento, pruebas concluyentes que conduzcan a la detención de sospechoso alguno.

Nuestras fuentes de información nos comunicaron la omisión de una parte de los datos. Dicha falta es de obligado cumplimiento para el buen desarrollo de las investigaciones policiales. Decisión que este periódico respeta.

Tras leer la información, Adela, suspiró relajada:

—¡Gracias a Dios que han omitido detalles! Habría sido catastrófico. Y todo por tu negligencia. Si le hubieras pedido la novela a Carlos no tendríamos que preocuparnos de nada. Si hubieran publicado lo de la amputación de los dedos, todo se habría complicado. Habría sido un calco de la realidad.

—¿Qué realidad? —preguntó Abelardo.

—Sabes a lo que me refiero. Estoy hablando de tu novela, de qué si no.

—Mi novela no es ninguna realidad. Es una ficción literaria, ¿entiendes? No tiene que ver con nada ni con nadie. Sólo con mi imaginación —contestó Abelardo enojado.

—Tú sabes lo que he querido decir. Lo sabes. Me he expresado mal. ¡Perdona! Lo único que intento es ser útil. Lo único que quiero es que nadie te relacione. Sigo obsesionada con la posibilidad de que Carlos se dé cuenta de la coincidencia..., mejor dicho de la exactitud que tienen los hechos relacionados con el asesinato de Teresa con lo que narras en tu obra. ¡Perdóname!

—Las cosas hay que hacerlas bien. Para ello hay que actuar con calma —contestó Abelardo—. Deja que yo me encargue de ello. No quiero volver a hablar del tema. Ahora lo único que me preocupa es la vigilancia de la casa durante las veinticuatro

horas del día. El agente de policía tiene razón, la casa está demasiado alejada de la entrada. Tú deberías encargarte de encontrar a una persona que ocupe el lugar de Teresa. Necesitamos volver a la normalidad. Búscame el teléfono del párroco del pueblo de Teresa. Tiene que haber alguna manera de saber si alguien conoce a ese tipo, si es cierto lo que dijo de su parentesco con ella.

—¿A qué tipo?

—El loco de la otra noche. Quiero saber si dijo la verdad. Si era su primo.

—¡Esto es increíble! ¡No has podido olvidarlo! Estás obsesionado. Sabes de sobra que Teresa no tenía familia. Es absurdo que investigues, absurdo y una imprudencia por tu parte. Olvídate de todo. No entiendes que es ridículo; ni sus amigas le conocían.

—¿Qué importancia tiene eso? ¿Qué fiabilidad tienen sus amigas? Tal vez se veía con él a escondidas. ¡Quiero saber quién es! Necesito saberlo.

—No pienso buscarte ningún teléfono. Y tú tampoco lo harás. No entiendo por qué no te olvidas de ese imbécil. Porque hay que ser imbécil para ir a la casa de la víctima, dar todo tipo de explicaciones de quién eres y después amenazar de muerte. ¿No lo entiendes? Debe ser un tarado. Es imposible que sea una persona normal...

Diez días después del asesinato, la vida de Abelardo Rueda y su mujer recobró la normalidad. La habitación de Teresa fue vaciada y sus efectos personales enviados a su pueblo natal. El dormitorio se pintó y se volvió a decorar. Adela contrató a una persona para hacerse cargo de la casa. Tuvo problemas para encontrarla ya que ninguna mujer quería permanecer allí después de lo sucedido, por lo que el puesto fue ocupado por un hombre. Abelardo contrató los servicios de una empresa de seguridad que le proporcionó un vigilante las veinticuatro horas del día. El caso fue momentáneamente archivado por la ausencia de pruebas. Adela comenzó con su rutina haciéndose cargo de la agenda de su marido. El escritor volvió a recluirse en su estudio para dar comienzo a las rectificaciones de la obra. Quería ser convincente el día que le pidiese la copia de la novela a Carlos.

Como acostumbraba, mientras desarrollaba sus obras, Abelardo Rueda haría una visita a La Caña Vieja, un bar frecuentado por pescadores de agua dulce que estaba enclavado en un pequeño pueblo de la sierra noroeste:

—Adela, tengo que seguir con las rectificaciones.

—Me parece estupendo —contestó ella.

—Mañana subiré a La Caña Vieja. Tengo que seguir con las rectificaciones. ¡Debo recuperar la copia!

—No creo que mañana sea el día más adecuado. Esta noche será larga, volveremos tarde. ¿Crees que serás capaz de levantarte mañana por la mañana y coger el coche después de lo que nos espera hoy en la cena? De todas formas, si

acabamos tarde pero sigues empeñado en ir, yo puedo acercarte.

—No. Ya sabes que me gusta ir solo. En soledad pienso mejor.

Adela miraba con desconfianza a su marido mientras tiraba de la falda entallada hacia abajo.

—Mira que eres excéntrico. Como quieras, pero ahora espabila. Si no salimos ya, vamos a llegar a las mil. Ya sabes cómo es Carlos para esto de la puntualidad. ¡Cualquiera diría que es anglosajón! —dijo mientras se calzaba.

—Pues algo sí que tiene de inglés. Su madre era inglesa. La filóloga que estuvo en Madrid después de mudarnos, no sé si la recuerdas, era una amiga de la infancia de Carlos. Estudiaron juntos en un colegio londinense.

—No lo sabía.

—Casi nadie lo sabe, como otras muchas cosas. ¿Ves cómo tú no lo sabes todo? —dijo Abelardo sujetando el abrigo de Adela.

Cuando llegaron a su cita, Carlos y María esperaban con gesto de preocupación en la puerta del restaurante.

—Abelardo, ¡tenemos que hablar! —dijo Carlos mientras el escritor entregaba las llaves al aparcacoches del restaurante.

—¿Qué ocurre? —preguntó el escritor alarmado.

—Ya sabes que María tiene bastante conexión con el periodismo sensacionalista, aunque es evidente que no es su círculo. El mundo de la prensa amarilla y el de los sucesos tienen elementos en común. Pues bien, hace media hora ha llamado a casa el redactor jefe de la revista *Confesiones desde la Cárcel*... —El editor hizo una pausa—. ¿Conoces la publicación?

—Sí, pero ¿qué tiene que ver lo que se publica en esa revista con nosotros? Sus artículos sólo hablan de asesinos.

—Exactamente. Pues bien, el redactor jefe habló con María. Como colegas, ya sabes... Ella a veces le pasa información privilegiada sobre algunos famosos que consumen drogas, etc., y él a su vez, cuando ha tenido acceso a algún tipo de información interesante para ella, como esas «casualidades» que surgen en los aeropuertos, pues se la ha pasado... Resumiendo, que de vez en cuando se echan una mano, y esta vez ha sucedido lo mismo. Ese señor sabe que yo soy tu editor y por eso ha llamado... Mañana, en su revista, en primera página, sale el novio de Teresa acusándote de asesinato.

—¡Eso es ridículo! —contestó Abelardo con brusquedad—. Teresa no tenía novio. Ese individuo tiene que ser el mismo que estuvo en mi casa, el mismo que nos amenazó. Tiene antecedentes, tiene problemas psicológicos. La policía me dio la información y me garantizó que no volvería a saber de él, que nunca más volvería a molestarme. ¡No lo entiendo! ¡No puedo entenderlo!

—Supuse que conocías su existencia. ¿Sabías que es primo cuarto de Teresa? Dice que tuvo que reclamar sus objetos personales por vía judicial, porque tú te negaste a mandárselos.

—Eso es falso. Esto es increíble. Enviamos todos los objetos personales de Teresa al párroco de su pueblo porque nadie los había reclamado. Mañana mismo me encargaré de poner las cosas en orden.

—María y yo hemos creído que deberíais saberlo antes de la cena. Es posible que alguno de los periodistas que asisten tenga conocimiento de esa entrevista. Pensamos que sería prudente que estuvierais preparados. De todas formas, sea quien sea ese sujeto, creo que sería conveniente que mañana dieras una rueda de prensa. He pensado que la podríamos programar para las doce de la mañana. Si estás de acuerdo, sobre las ocho te mando a Guillermo y la preparáis. María se encargará de hablar con alguna cadena de televisión privada para que te reserven un espacio. No creo que haya ningún problema, ya sabes que estas cosas gozan de una gran audiencia. Podríamos intentar que la rueda de prensa apareciera en alguno de esos magazines que se hacen en directo. ¿Qué te parece? Hay que contestar a cualquier acusación por muy absurda que sea, de lo contrario la gente llega a sus propias conclusiones, que por norma suelen ser negativas. No debes dar tiempo a la opinión pública a que pueda especular.

—¡Gracias, Carlos! ¡Muchas gracias, María! No sabéis cuánto os lo agradezco.

Las dos mujeres habían permanecido durante toda la conversación al lado de sus maridos sin decir palabra. Adela sonrió a María y dijo:

—María, Abelardo y yo os estaremos eternamente agradecidos. ¡Muchas gracias por ayudarnos!

—¡De nada, querida! Creo que es una injusticia. No se puede consentir una cosa así después de todo lo que habéis pasado. La verdad, no os lo merecéis —contestó María.

Abelardo se acercó a Carlos y le susurró al oído:

—Querido amigo, ¿me harías el favor de acompañar a mi mujer hasta el restaurante? Tengo que hacer una llamada a mi abogado y no quiero que se preocupe.

—Lo que me pides no es un favor, ¡es un placer!

El escritor llamó al aparcacoches y le pidió las llaves de su vehículo. Abrió la puerta, subió al coche y cogió el teléfono. Marcó. Tras dos tonos alguien contestó:

—¿Sí?

—Soy yo, Abe.

—Dime. ¿Hay algún problema?

—Sí, no puedo ir mañana a La Caña Vieja. No me esperes. Tengo que solucionar un tema que tiene que ver con la muerte de Teresa. Creo que tengo verdaderos problemas. No pienso desistir de mi actitud, pero creo que esto va en serio.

—No te preocupes. Quizá todo se solucione antes de lo previsto. No adelantemos acontecimientos. Cuando podamos vernos me llamas. Si necesitas ayuda no tienes más que decírmelo.

—¡Lo haré! —contestó el escritor, después cortó la comunicación. Acto seguido borró la llamada del teléfono y marcó el número de su abogado:

—Te entiendo. Pero no creo que sea conveniente que hagas ningún tipo de declaración sin antes hablar con la policía —le aconsejó el letrado—. De todas formas, si prefieres dar la rueda de prensa porque así te quedas más tranquilo, quiero que antes revisemos juntos lo que vas a decir y las posibles preguntas que te pueden llegar a hacer los periodistas. En principio, sólo en principio, no tienes por qué tener ningún problema, porque evidentemente el día de los hechos tú estabas con demasiada gente, y además el evento al que asistías se estaba televisando en directo por la cadena pública y fue grabado por varias privadas. Pero caben mil conjeturas que siempre descubre el que menos te esperas. Todo esto no es más que una treta de ese tipo para sacar un buen pellizco, pero aun así debes andarte con cuidado. Creo que debemos cursar una demanda por calumnia contra ese individuo. Ése ha de ser el primer paso que demos inmediatamente después de que sus declaraciones salgan a la luz. Más tarde, pediremos daños y perjuicios por haber puesto en tela de juicio tu integridad y exigiremos una indemnización por las pérdidas personales que todo esto conlleva, ya que es obvio que tú te estás viendo muy afectado por una imputación tan aberrante y tan injusta, que, además, es un delito. Y por si fuera poco, vas a tener que dejar de trabajar para ocuparte de tu defensa. Cuando hayamos hecho todo esto, el sujeto en cuestión se declarará insolvente, algo que no dudo que sea. Ese tipo tiene que estar sin un duro. Es evidente que sólo busca dinero. Cuando tu inocencia esté debidamente demostrada, nos querellaremos contra esa basura de revista.

—Haré lo que tú digas —respondió Abelardo.

—Entonces hablamos mañana. Te llamo sobre las nueve. Piensa en la posibilidad de hablar con la policía.

—Perdona, Goyo, no te lo dije, pero ya lo hice en su momento. Concretamente, el mismo día que ese tipo estuvo en mi casa. Después, al no recibir ninguna noticia más de la comisaría, pasé un día por el departamento de homicidios y hablé con el inspector que lleva el caso de Teresa. Él me informó de que estaban al tanto de los hechos. Ese hombre había sido detenido en alguna ocasión. Tiene antecedentes por desacato y desorden público, y la policía cuenta con varios informes psiquiátricos que avalan que es un paranoico. Cree que todo el mundo es un asesino. Me dijeron que no le diese la más mínima importancia. Que era probable que saliese de mi vida como había entrado. Desde aquel momento no he tenido noticias de él, hasta esta noche. Creía que todo se había acabado, me refiero al asesinato de Teresa. Pero nunca se sabe por dónde va a salir el jabalí.



—Debiste contármelo todo. A pesar de no haberlo hecho, hiciste bien en hablar con la policía. Es evidente que ese sujeto lo único que quiere es dar rienda suelta a su paranoia. Algo que un periodista que cubre este tipo de informaciones sabe aprovechar con rapidez. Seguro que la cantidad que le han pagado por el reportaje y las declaraciones es irrisoria en comparación con los beneficios que a los de la revista les reportará la tirada del número. Es vergonzoso, pero ante todo ilegal. Lo mires por donde lo mires... No tienen nada que hacer. Ganaremos el pleito. Lo peor de todo es que dañen tu imagen. Eso es lo que debemos evitar a toda costa.

—Eso es lo que constantemente dice Adela.

—Bien, no te preocupes. Mañana hablamos. Da recuerdos a los comunes, y un fuerte abrazo para Adela.

—Lo haré de tu parte. Hasta mañana.

La cena trascurrió con absoluta normalidad. Nadie hizo mención a nada relacionado con el asesinato de Teresa, ni con el supuesto primo-novio de ésta. Cuando salían del restaurante, el aparcacoches se dirigió a Abelardo:

—Perdone, don Abelardo. Me he tomado la libertad de coger un ejemplar de esta revista —dijo el joven haciendo una pausa y ofreciéndole el ejemplar al escritor—. Verá usted, señor, me acerqué, como siempre, aquí al lado —dijo levantando la mano y señalando una cafetería cercana— a tomar un café como hago todas las noches. Siempre compro la prensa de la mañana. Aquí, señor, es uno de los primeros sitios donde se pone a la venta. Hojeando las revistas comprobé que su nombre estaba en titulares en ésta... —El muchacho calló.

—¿Y qué? —preguntó con curiosidad Abelardo, mientras Adela miraba asombrada al aparcacoches.

—Pues que yo he leído todas sus obras. Soy un gran admirador de su narrativa y esto me parece una injusticia. No creo nada de lo que aquí se dice. Por ello he pensado que debía traerle un ejemplar para que usted se enterase. Porque es evidente que usted no sabe nada.

Abelardo extendió la mano y cogió la revista, la acercó a la farola térmica temiéndose lo peor y empezó a leer:

#### EL ESCRITOR ABELARDO RUEDA ACUSADO DE HOMICIDIO

El recientemente galardonado Premio Ediciones 97, Abelardo Rueda, principal sospechoso del asesinato de su ama de llaves. En declaraciones hechas en exclusiva a esta publicación, don Constantino S F., primo cuarto de la víctima, dice tener pruebas irrefutables de que el escritor mandó asesinar a su prima porque ésta conocía la existencia de una relación extra-conyugal del literato. Más información en las páginas 6-8.

Abelardo, con entereza y sangre fría, le dio las gracias al muchacho, intentando

disimular su desasosiego dijo:

—Gracias, joven. Es usted muy amable. ¿Cómo se llama?

—¿Yo, señor? —preguntó el muchacho.

—Sí —contestó Abelardo.

—Juan Expósito Alcántara, estudiante de ciencias de la información para todo lo que usted pueda necesitar, señor.

—Bien Juan, se lo agradezco muchísimo. Y ahora le voy a pedir un favor, no me llame más señor, me recuerda usted a las películas de marines americanos.

El muchacho sonrió. Abelardo le dio una palmada en la espalda y dijo:

—En agradecimiento al interés que ha demostrado hacia mi literatura, si me acerca el coche, le haré entrega de un ejemplar de una de mis obras y se lo dedicaré...

El camino de regreso fue para Abelardo un *via crucis*. Adela le obligó a parar varias veces, exigiéndole que jurase que la afirmación de Constantino era un infundio.

—Adela, escúchame. No pienso seguir hablando más de esto. No entiendes que me estás sometiendo a un interrogatorio falto de sentido. Estás dando más credibilidad a las declaraciones de un esquizofrénico que a mí.

—No es un esquizofrénico —contestó Adela—. La policía dijo que era un paranoico. ¡Hay una gran diferencia!

—Me da igual la diferencia que haya entre un término u otro. Para mí ese hombre es un loco. Eso, o un oportunista con muy mala leche al que me voy a encargar de meter en la cárcel de por vida aunque me cueste la mía entera hacerlo. A ti lo único que te importa es si yo me estoy acostando con alguien. El resto te es indiferente. ¡Posición!, sólo te importa el qué dirán...

—¡Por supuesto! ¡No pensarás que si te estás acostando con otra te voy a perdonar! —dijo Adela gritando—. ¿Piensas que me hace gracia ser el hazmerreír de todos nuestros amigos? Lo cierto es que tu insistencia en saber quién era ese hombre, tu insistencia en localizarlo, no era normal. Creo, ya lo creí en su momento, que ocultabas algo.

—Te lo suplico. Dejemos el tema. Estoy convencido de que por mucho que te diga no me vas a creer. Pero te lo diré por última vez, desde que estoy contigo no he estado con nadie más, ¡con nadie!

Adela rompió a llorar.

—No te lo perdonaré nunca. Si me has sido infiel, si me ocultas algo, no podré perdonarte nunca, no lo soportaría, no sería capaz de soportar un ridículo semejante —dijo entre sollozos cargados de rabia e impotencia, mientras se limpiaba concienzudamente las lágrimas, evitando que el maquillaje se fuese con ellas.

El escritor se metió en el arcén y paró el coche.

—No llores. Sabía que ese miserable nos traería problemas, pero nunca pude

imaginar que se decantaría por una vertiente tan vulgar. Sé que todo pasará; las cosas tienen que ir a mejor. Te quiero y tú lo sabes; eso es lo que importa, lo único que debe importarnos.

Adela no respondió, bajó la visera y mirándose en el espejo se limpió indiferente los ojos. El escritor giró la llave de contacto sin mirarla, consciente de que aquel silencio era producto de la difidencia. Sabedor de que la desconfianza de su mujer seguía latente, emprendió el camino en el más absoluto mutismo, sin dejar escapar una sola expresión que evidenciara su inquietud. Una inquietud que iba más allá de las conjeturas de su esposa y de las declaraciones de Constantino; declaraciones que podían cambiar la línea de investigación policial, algo que no podía permitir.

Cuando el coche se aproximó a la entrada de la mansión, las dos águilas reales, esculpidas en granito y asentadas sobre los capiteles de las columnas que sujetaban la puerta de entrada, parecieron moverse. Abelardo percibió el batir imposible de sus alas; fue de soslayo. También de refilón vio la sombra que las extremidades torácicas de las rapaces, en su aleteo ilusorio, proyectaban sobre la tierra del camino. Miró sobrecogido a su mujer, pero ésta mantenía la vista fija en un tríptico literario que le habían dado durante la cena. Inquieto soltó el pie del embrague y el coche, tras un rápido vaivén, se paró en seco. Adela no se movió, permanecía ausente, abstraída por la lectura del tríptico que hablaba del famoso perro negro que atemorizó a Felipe II durante sus últimos días de vida en El Monasterio de El Escorial. Abelardo miraba las esculturas intentando buscar una explicación lógica a lo sucedido hasta que el viento racheado hizo que las ramas del gran chopo que había en la entrada se agitaran con brusquedad, proyectando su sombra alada en el capó del vehículo. Entonces suspiró tranquilo. Miró de nuevo a su esposa que seguía abstraída y ella, como si el coche no se hubiese detenido, dijo:

—Debería visitar El Monasterio, creo que tienes razón. Aunque se conozca su historia, no hay nada mejor que ir a los sitios para saber todo acerca de ellos. La historia del perro que creyeron que era Cancerbero es interesantísima. Dicen que se le ve cuando hay luna llena, como hoy —dijo mirando el cielo.

Tras ellos un hombre vestido de negro paseaba a un perro atado con una cadena de gruesos eslabones de metal. El animal, al pasar junto al coche, lanzó un aullido agudo y corto que les hizo mirar hacia atrás. Abelardo no pudo contener su espanto al ver el can y los ojos verdes del hombre que lo sujetaba.

—¿Has visto? —exclamó mirando a su mujer—. Tiene una mirada impactante, demasiado extraña, todo es demasiado extraño, incluso este repentino viento —siguió diciendo, mientras arrancaba con precipitación el coche.

—¿Qué te pasa? No ves que no es más que un ciego con su perro lazarillo. Escritor, tu imaginación te juega malas pasadas. No se puede ni tan siquiera mentar el monasterio en tu presencia —contestó Adela sonriendo divertida.

Abelardo no contestó, metió la primera marcha y miró cómo el hombre se alejaba indiferente.

Al día siguiente Abelardo dio la rueda de prensa y presentó junto a su abogado la denuncia en los juzgados de la Plaza de Castilla.

—Bien —dijo el letrado cuando salían—, ahora no cabe más que esperar, las cosas irán despacio. Déjalo estar, todo seguirá su curso. Te aconsejo que no vuelvas a hablar con nadie del tema y menos con los medios de comunicación. Cuando te hagan alguna pregunta al respecto evítala. Bastará con que digas que todo está en manos de tu abogado. Así me harás famoso —dijo en tono de broma.

Abelardo no sonrió. Estaba realmente preocupado, y deseaba que todo aquello acabase. Sabía que las cosas podían ir más lejos de lo que en un principio había sospechado, que la aparición de Constantino no era una casualidad: él no creía en las casualidades. Su entrada en escena podía cambiar la línea de investigación y traerle complicaciones que pondrían en tela de juicio su integridad. Miró la gran avenida, el ir y venir precipitado y autómatas de los vehículos; el ruido de los neumáticos sobre el asfalto le recordó aquel presentimiento nefasto que le había avisado, que le había dicho de una forma irracional que no abandonara el ático. Ante ellos la gente caminaba rauda, como si el tiempo hubiese dejado de ser medido por el hombre, como si el hombre hubiera perdido el conocimiento de que su medición había sido impuesta por él y, por tanto, tenía plenas facultades para variarla. Los semáforos agrupaban a decenas de personas inquietas que esperaban para cruzar. En uno de los grupos, un hombre sujetaba una cadena de eslabones gruesos de acero, que caía sobre los adoquines desiguales de la acera, arrastrándose por encima de ellos. Nadie pareció percatarse de su presencia, de su extravagancia, de su monólogo estridente. A nadie le pareció extraño que el individuo arrastrase una cadena a la que nada se asía. Sólo Abelardo parecía verlo. Inmóvil, sin perderle de vista, intentó escuchar lo que decía, pero no lo consiguió. El semáforo cambió de color y el peculiar individuo siguió caminando sin dejar de hablar hasta llegar al otro lado de La Castellana.

—¿Abelardo me estás escuchando? —preguntó el abogado al ver que el escritor no le prestaba la menor atención.

—Perdona... Creo que no me encuentro muy bien. Me ha parecido ver a una persona que anoche estaba cerca de la finca. Aquél —dijo señalando el lado opuesto de la calle.

—¡Ah! El ciego. Es un trashumante. Camina por Madrid y sus alrededores como lo hacían antaño los pastores. Va con su perro a todas partes, y mantiene una constante conversación con él, como si en vez de un perro fuese la Marianela de Galdós. ¿Te imaginas?... Es extraordinario; tendrías que escucharle para entender lo que te digo. Una mañana tuve la ocasión de hablar con él. Es una persona interesante,

muy culta, conoce historias de Madrid, pero no de este Madrid. El suyo es otro Madrid, donde lo que sucede es tan interesante como insólito y desconocido. Creo que vive cerca del Monasterio de El Escorial, tal vez por eso le vieras cerca de tu casa. Es normal que te haya llamado la atención. Se sale de lo habitual, no está estereotipado como lo estamos todos; se hace notar, y eso que no has hablado con él... —dijo reflejando ironía en su mirada.

Abelardo buscó al hombre con la vista y comprobó sorprendido que, efectivamente, como había dicho Carlos, el perro lazarillo iba sujeto de la cadena.

—Creo que los acontecimientos me sobrepasan. Estoy obsesionado —dijo frotándose los párpados—. Siento inseguridad. Necesito que todo esto acabe. Tengo alucinaciones. Había visto la cadena pero no al perro. Puede que me esté volviendo un paranoico.

—Es probable que lo tapase la gente que estaba al lado. Los perros como ése suelen sentarse hasta que oyen las señales acústicas de cruce... y la cadena es demasiado larga. No debes preocuparte. Es evidente que estás estresado. No ha pasado nada, nada que no pueda solucionar la justicia —dijo el abogado intentando cambiar de conversación—. Constantino está bien asesorado, no me cabe duda. Los intereses económicos que hay detrás del asunto son grandes. Ya sabes que en este mundo material lo que mueve montañas no es la fe sino el dinero. Hasta que no consiga todos los beneficios que ha previsto, hasta que no le saque todo el jugo a la historia, seguirá haciendo declaraciones. Lo que debes hacer es no ocultarme nada, es la única forma de que todo salga bien. Con ello me refiero a la acusación que ha hecho este sujeto, a tus posibles relaciones extramatrimoniales.

—¡Goyo, por favor! —contestó indignado Abelardo—. ¿Cómo puedes pensar que te voy a ocultar semejante estupidez? No tengo ningún lío, y si lo tuviese no tendría objeción en hacértelo saber.

—No te ofendas, tenía que preguntártelo. Cabía la posibilidad, y en ese caso era posible que Constantino conociese a la supuesta tercera persona y nosotros estuviésemos en desventaja, ya que entonces no me sería posible ejercer la acusación como quiero. Hoy es muy común que la gente tenga relaciones extramatrimoniales.

—Lo sé, y desde luego Adela también. Anoche se ofuscó, estoy seguro de que desconfía de mí, de que no me cree.

—Es lógico. Piensa que, aparte de lo sucedido en tu caso, es muy fácil tener dudas. Nadie pasa las veinticuatro horas con su pareja. Hoy en día no resulta difícil ser infiel, sobre todo si sólo se trata de una historia de sexo. La imaginación traspasa todas las barreras, pero la desconfianza la gana; nadie confía plenamente en nadie. Es algo que siempre deberías tener presente y que tú también deberías practicar. Eres muy confiado, y eso es algo poco corriente en la actualidad; lo que hoy en día prima es la desconfianza. Yo, en vuestro lugar, me tomaría unas vacaciones. Si queréis,

podéis ir a nuestra casa en Ibiza. Este año Ana quiere pasar las navidades en Madrid. Si os decidís, la casa es vuestra. Las navidades allí son especiales. Eugenia es nuestra ama de llaves... Bueno, en realidad es más que eso, es parte de la familia y de la casa, porque desde que enviudó se instaló en ella. Se encarga de todo. Una maravilla, créeme. No tengo más que llamar por teléfono y todo estará preparado para cuando lleguéis. Y eso no es todo: tenemos un grupo de amigos que viven en Santa Eulalia y que son expertos en no dejarte tiempo libre para pensar, justo lo que creo que necesitas, lo que ambos necesitáis. No pensar en nada, querido amigo, en nada.

Abelardo sonrió.

—Tal vez tengas razón. Quizá te tome la palabra. Esta noche lo comentaré con Adela. Si se anima está hecho.

—Si queréis, puedo daros las llaves esta misma tarde. Os las mando con un mensajero. Ahora que recuerdo, creo que en el coche llevó unas fotos de la casa.

Goyo abrió la puerta derecha de su escarabajo blanco y sacó de la guantera un sobre. Después extrajo del interior unas fotos y se las enseñó a Abelardo.

—Mira, son éstas. Sería una buena idea que se las enseñases a tu mujer. Estoy seguro de que no se negará a ir. Aquí detrás, ¿ves? —dijo el abogado dando la vuelta a una de ellas—, aquí está la dirección. Se la pusimos a un amigo arquitecto que nos hizo unas reformas en el interior. Instalamos un *jacuzzi* y una sauna, casi no los hemos utilizado...

La posibilidad de viajar a Ibiza fue acogida con agrado por Adela. Su entusiasmo fue tal que Abelardo se dejó influir y decidió que retomaría la escritura en el ambiente apacible de la isla, pero antes de salir de Madrid debía hacer su acostumbrada visita a La Caña Vieja.

—¡Qué manías tienes! —exclamó Adela—. Mira que no poder irte a Ibiza sin antes pasar por La Caña Vieja. Eres como los toreros, que visitan la capilla antes de enfrentarse al trance; tú en cambio, tienes que ir a ese viejo bar, ese pequeño antro de madera carcomida y caracoles mal guisados.

—Los caracoles están exquisitos. Lo que más me gusta de ese sitio es lo bien que tiran la cerveza, sin menospreciar a mi musa, la suave corriente del riachuelo que atraviesa la finca, el mismo que envejece las maderas del porche con su humedad.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué exquisito te pones! Sólo el nombre del bar hace estragos en tu léxico. ¿Has pensado ya en cuándo vas a hacer las rectificaciones de la obra? Porque a juzgar por tu forma de hablar, yo diría que será una de esas narrativas llenas de estúpidos rodeos y reiteraciones absurdas que no aportan más beneficios que la riqueza del lenguaje. Eso en el mejor de los casos, porque en la mayoría ni tan siquiera existe el lenguaje —dijo Adela irónica.

—Debo comenzar el trabajo cuanto antes. Tengo que darle algo a Carlos para

conseguir que crea que le pido el ejemplar por un motivo de peso. Piensa que tendré que devolverle la obra rectificada y que antes de ello me hará preguntas sobre los cambios, aunque no haya leído el libro, tal como le he pedido. Carlos es muy respetuoso, pero no es tonto. Estaré de vuelta para el almuerzo, ¡espérame!

—No lo dudes, aquí estaré. ¡No te pierdas!

***Ibiza.******20 de diciembre de 1997***

Eugenia esperaba la llegada de Abelardo y de Adela sentada en el jardín delantero de la casa. En la entrada, junto al primer escalón de madera, había una gran cesta de mimbre que contenía aguacates y pepinos que más tarde se utilizaría para preparar una copiosa ensalada compuesta de todo tipo de frutas y alguna que otra exquisita hortaliza. Cuando Abelardo y Adela llegaron a la casa, la mujer les recibió con una sonrisa:

—Sean ustedes bienvenidos. Mire, señor Abelardo, estos pepinos son de la huerta de un amigo; están recién cogidos. Me dijo don Goyo que a usted le gusta mucho la verdura y la fruta...

Desde el primer momento el matrimonio se sintió como en su casa; la compañía de Eugenia fue para ellos el antídoto perfecto contra los recuerdos indeseados.

Arturo Depoter era amigo de Goyo. Odontólogo de profesión, residía en Santa Eulalia donde tenía tres clínicas en propiedad. Él no ejercía: contaba con una plantilla que iba en aumento constante al igual que sus ingresos. No obstante, a pesar del evidente éxito económico del que ya gozaba, quería hacerse con la franquicia de una firma de prótesis alemanas. Quería ser el único proveedor de aquellas maravillosas prótesis diseñadas para una implantación fija y que sus clínicas fuesen las únicas donde se hiciesen los implantes, no sólo en las Baleares, sino en toda la península y el archipiélago canario. Quería el monopolio. Desde hacía algunos años, Goyo era el abogado del padre de Arturo. Por eso, cuando éste comenzó su aventura profesional, su progenitor le recomendó al letrado como la persona más indicada para hacerse cargo de todos los temas jurídicos de su recién creado negocio. Arturo así lo hizo, y con el tiempo surgió entre ellos una gran amistad que culminó con la adquisición, por parte de Goyo, de la casa de verano en Ibiza. Arturo fue el primero en saber que Abelardo y Adela pasarían allí las navidades, y que el deseo de Goyo era que fuesen las mejores vacaciones de las que el matrimonio había disfrutado hasta la fecha. Para ello, el letrado puso al tanto al odontólogo de las circunstancias adversas que había vivido la pareja en los últimos días. Arturo se mostró encantado con la solicitud de su amigo. El mismo día que el matrimonio llegó a la isla, ya entrada la tarde, viajó desde Santa Eulalia para presentarles sus respetos.

—Teníamos ganas de conocerte. Goyo habla maravillosamente bien de ti. Creo que hasta es posible que necesitemos tus servicios —dijo Abelardo al tiempo que los



dos hombres se abrazaban.

—Yo también tenía ganas de conoceros. Soy un fiel admirador de tu literatura —dijo Arturo.

—¿Conoces mis obras históricas?

—No. Me he referido a las novelas de suspense. Me apasiona ese género. Estoy encantado de teneros en la isla. ¡Todo lo que deseéis os será concedido! —dijo chasqueando los dedos con elegancia.

Adela sonreía. Arturo le parecía un hombre encantador. Su forma de expresarse, su elegante indumentaria, su mirada oscura, profunda, su apariencia de hombre inaccesible; todo en él la seducía. El profuso pelo cano que cubría su cabeza. Su voz grave se clavaba en sus oídos haciendo cosquillas en sus vísceras, despertando sus deseos carnales. Adela se movía inquieta, perturbada, mientras Arturo la observaba con quietud, recorriendo con sapiencia, con deleite, con exactitud topográfica su cuerpo. Los ojos negros del odontólogo ahondaban en sus pechos, imaginando sus deseos de caricias, haciendo que la mujer sintiese su mirada como el rastro de un sueño perdido, de un sueño de sexo del que nunca se quiere despertar. Arturo dejaba caer sus párpados al tiempo que esbozaba una sonrisa. Cada una de sus miradas parecía un disparo silencioso dentro de una cacería furtiva, en donde la víctima moría de deseo, plena de placer, dejándose atrapar en la más absoluta quietud. Adela percibía las caricias visuales del odontólogo demandando que no acabasen nunca. Que aquel instante, que aquellos pensamientos inquietantes se hiciesen realidad.

Arturo se dirigió a Adela e inclinándose le tomó la mano y la besó diciendo:

—Goyo me dijo que eras muy hermosa. Sin embargo, creo que su léxico fue un tanto escueto, demasiado reglado para describir tu belleza como se merece. ¡Eres un soplo de beldad! ¡A tus pies, querida Adela! Recibe mis respetos.

Abelardo miraba a Arturo con estupor. Estaba molesto, irritado. El comentario del odontólogo le había parecido excesivo. La retórica que había utilizado para decir que la belleza de Adela le había conmovido evocaba un galanteo aparatoso que, a su juicio, sólo se daba en un donjuán callejero. En ese tipo de chulo ligón, anodino e inculto que es incapaz de decir una oración con sentido sin haberla plagiado con anterioridad. El elogio de Arturo le resultó falto de escrúpulos, demasiado perfecto para no haber sido ensayado con más de una mujer. Sin embargo, Abelardo sonrió, llevado por la obviedad del ridículo que evidentemente haría si demostrara ingratitud ante un halago dirigido a su mujer, y se guardó para sí sus pensamientos y la sensación de haber sido ofendido.

—¡Gracias, Arturo! Eres todo un caballero —dijo el escritor en tono irónico—. Tal como dijo Goyo, ¡todo un señor de los adjetivos!

—Soy sincero. Tu mujer es preciosa, francamente, es demasiado hermosa. Esta isla se sentirá honrada si una flor como ella la embellece aún más con su presencia...

El tiempo trascurría deprisa, llevado por la mano inquisitoria de Arturo. Nada de lo que acontecía se asemejaba a los planes que el escritor había hecho. Los días estuvieron llenos de almuerzos y las noches de cenas en grupo, a las que el odontólogo siempre invitaba a una nueva adquisición femenina, que utilizaba para entretener a Abelardo, mientras Adela y él se perdían en la cálida penumbra que precede al atardecer y que allí estaba preñada del ruido que el mar provoca al abrazar la isla con mansedumbre.

Él no permanecía ajeno al alejamiento de su mujer, a la atracción que Arturo ejercía sobre ella. Poco a poco se fue aislando del círculo de amigos del odontólogo. Ansioso, lleno de inseguridad, contaba los días, las horas que faltaban para regresar a Madrid.

**Ibiza.****31 de diciembre de 1997**

Arturo organizó una gran fiesta para celebrar la Nochevieja que daría paso al año 1998. Con ella uniría la celebración de la entrada en el nuevo año y del éxito de sus logros profesionales. Al fin había conseguido hacerse casi con la totalidad del accionariado de la empresa de prótesis alemanas. El monopolio era suyo. Por este motivo no escatimó en gastos. Aquella Nochevieja debía ser inolvidable, para él y sus invitados. Todos los preparativos fueron organizados con la ayuda de Adela. Abelardo no mostró ningún tipo de entusiasmo, pero aceptó la invitación que Arturo le hizo de participar en la confección del menú. El odontólogo le pidió que fuese él quien se encargase de organizar las variedades vegetarianas que se incluirían. El escritor se vio forzado a ello por la desconfianza que sentía hacia Arturo. Desde el primer momento en que conoció al odontólogo supo que éste haría todo lo posible para conseguir a su mujer. Por eso Abelardo decidió no separarse de su esposa aunque eso le costase tener que cambiar su forma de vida, y ante todo se obligó a no exteriorizar los sentimientos de repulsa que sentía hacia Arturo.

Eugenia pasaría aquella noche en soledad. La orfandad de familia la obligaba a un retiro en apariencia forzado. Abelardo y Adela, casi en una exigencia, la ofrecieron asistir a la fiesta con ellos:

—Señor Abelardo, yo sólo soy el ama de llaves. Lo único que podría hacer con ustedes, sin sentirme mal, sería servir canapés. Prefiero estar sola. A mí esta noche sólo me trae el recuerdo de todos los que se han ido. Ustedes deben entender que no es un desprecio, comprendan que yo estaré más a gusto aquí. Les esperaré levantada. Para cuando vuelvan les tendré preparadas unas rosquillas de anís y un buen chocolate caliente que cure la resaca que seguro traerán. Son ustedes muy amables. Permítanme que les diga que me hubiera gustado que fuesen los hijos que nunca tuve.

—Eugenia, es usted maravillosa. ¡Tan de verdad! —dijo Adela emocionada—. Si no fuésemos amigos de Goyo, le propondríamos que se viniese con nosotros a Madrid.

—Y si yo no quisiese tanto a ese abogado para el que trabajo desde hace tantos años, seguramente aceptaría y me marcharía con ustedes. Bueno, querida, creo que deben aligerar. Se les echa la hora encima. Tienen todo preparado sobre la cama. Me he tomado la libertad de comprarle una orquídea. Póngasela. Es una flor tan hermosa como usted...

Eran las ocho de la tarde y Abelardo aún estaba a medio vestir. En apariencia el escritor no tenía ninguna prisa en salir.

—Abelardo, a este ritmo no llegamos ni a las uvas.

—Eres muy exagerada. Nos sobra tiempo. Son las ocho. Tienes demasiado interés. ¡Demasiado!

—Sí. Lo tengo. Estas vacaciones están siendo ideales. Entiendo que no son de tu estilo, que tu forma de vida es otra. Pero tampoco es para tanto. Pasado mañana volvemos. Ya queda menos para que vuelvas a ser un anacoreta —contestó Adela enfadada.

—¿Me pones la pajarita? —inquirió Abelardo sujetando las gomas que rodeaban el cuello de la camisa.

Adela enganchó los dos extremos de la pajarita y después hizo que su marido se girara hacia ella para darle el último toque a la solapa del esmoquin.

—¡Hay que ver lo guapo que estás! Deberías vestirte así todos los días...

La fiesta transcurrió de acuerdo con los planes que Arturo había trazado desde el primer momento. Sobre las dos de la madrugada el exceso de alcohol había hecho estragos en todos los invitados. Abelardo pasó la mayor parte de la velada junto a una preciosa mujer y su marido. Éste era un antropólogo que se empeñaba en demostrar que las personas que tenían el frontal estrecho eran menos inteligentes que las que lo tenían ancho. Al comienzo de la conversación, Abelardo se había mostrado entusiasmado con la hipótesis del hombre, pero transcurrida la primera hora de monólogo científico, a cargo del antropólogo, se vio enfrascado en una encarnizada, estúpida y reiterativa discusión, cuyo final parecía no existir.

Arturo llevó a Adela al estanque de las ranas que estaba ubicado en la parte trasera de la gran finca, bastante alejado de la mansión. Allí había una pequeña casa que tiempo atrás ocuparon los guardeses de los padres del odontólogo. La chimenea dejaba salir un humo que, por su olor, parecía proceder de una quema de barritas de incienso. La pareja entró en el interior. Todo estaba preparado para ellos —así se lo había exigido Arturo al personal de servicio—. Adela se dio cuenta, pero no se sintió incómoda por ello. Ella había deseado que aquel momento llegase. Desde el primer día que conoció al odontólogo, desde el instante en el que los ojos de Arturo se clavaron en sus labios, anheló hacer el amor con él. Arturo cerró la puerta, le quitó el echarpe de los hombros y le acarició los omóplatos. Seguidamente, con descaro, le bajó los tirantes. Adela se estremecía de placer. Incluyó el cuello y rozó con su barbilla una de las manos de Arturo. Él la miró durante unos minutos en silencio y después dijo:

—¡Quiero que te desnudes! ¡Quiero que te tumbes en la alfombra! Voy a hacerte el amor como nunca nadie te lo ha hecho. Conseguiré que mueras de placer. Haré que nunca te olvides de lo que vas a sentir. El placer que percibirán tus sentidos, hará que cada día que pases sin mí, sin mi sexo, sea insoportable.

Adela no dijo nada, se desnudó y dejó que Arturo diera rienda suelta a sus deseos más profundos, los mismos deseos que ella sentía. Cuando los dos volvieron a la mansión todo continuaba como lo habían dejado. Abelardo seguía su encarnizada discusión con el antropólogo, mientras la mujer de éste dormía profundamente sobre las rodillas de su marido.

Adela miró a Arturo. Él inclinó la cabeza y le susurró al oído:

—¡Aún necesito más de ti! Sé que tú también. Sé que ya no podrás olvidarme.

Adela sonrió y con disimulo murmuró:

—Nunca dejaré a mi marido. ¡Nunca!

—No quiero que le dejes. Sólo quiero que tus deseos carnales sean míos; tus deseos y tus pensamientos. ¡Sé que lo serán! —Arturo hizo una pausa y, tras ella, levantó el tono de voz—. Voy a llevar al servicio a Ibiza. Se lo prometí. ¿Te encargas de lo que pueda hacer falta?

—¡Por supuesto! —contestó Adela.

—Lo sé —dijo Arturo.

Sobre las cinco de la madrugada Abelardo y Adela se despidieron del odontólogo. Minutos más tarde, ya en el coche, él le preguntó:

—¿Dónde has estado?

—No te entiendo —contestó Adela sin mirarle.

—¿Dónde habéis ido tú y el engreído de Arturo?

—Ah, no entendía lo que me preguntabas. Me enseñó el estanque. Un maravilloso estanque lleno de plantas acuáticas. Ya sabes que una de mis pasiones son las plantas, y créeme ésas son especiales.

—Os habéis liado —dijo Abelardo.

—¿Cómo puedes insinuar que me he acostado con él?

—No lo insinúo. Lo afirmo. No hay que ser muy listo para darse cuenta. ¡Está loco por follar contigo! Pero eso no es lo que me preocupa. Lo que me inquieta es que parece que a ti te gusta.

—¡Vete a la mierda! No me dirijas la palabra en lo que queda de noche —contestó Adela.

—Sé que os habéis liado, ¡lo sé!

Adela levantó la mano y le dio un bofetón a su marido. Él no pareció sentir la mano de su mujer. Paró el coche en la cuneta y dijo:

—Si no has estado con él, lo harás ahora conmigo. Sé que el alcohol te pone muy

a tono.

—Estás borracho, ¡estás completamente ebrio! Me das miedo. Nunca te había visto así —dijo Adela temblorosa.

Abelardo se bajó del coche. Dirigiéndose a la puerta de su mujer la abrió invitándola a salir y a pasar a la parte trasera del vehículo. Después de haber mantenido relaciones sexuales, Abelardo preguntó:

—¿Qué hora es?

—¿Eso es todo? —dijo Adela—. ¿No tienes nada que decirme?

—¡Por supuesto! Sé que te has acostado con Arturo. No quiero que me digas nada. ¡No me importa! No me importa porque sé que aún me quieres. Pero... ¡te pido que no lo repitas! Si vuelves a liarte con él, te dejaré —dijo tajante Abelardo.

—No lo he hecho.

—Nos vamos. No quiero volver a hablar de este tema. Eugenia debe estar esperándonos.

Los dos pasaron a la parte delantera del vehículo y regresaron a la casa en silencio. Cuando llegaron, tras dejar el coche en el garaje, caminaron por el jardín hacia la entrada. El ruido de las olas se oía lejano, casi perdido en el amanecer de aquella noche invernal que se iba llena de nostalgia sobre el horizonte balear.

—Eugenia no debe saber que hemos discutido —dijo Adela.

—¡Está bien! —contestó Abelardo sin mirar a su esposa.

La puerta estaba entreabierta. El exquisito olor de las rosquillas de anís recién hechas embargaba el vestíbulo, y eso hizo que ambos sonriesen con agrado. Caminaron presurosos hasta la cocina sintiendo, con anticipación, el sabor de las rosquillas caseras en su paladar. Adela se llevó el índice de la mano derecha a los labios indicando a su marido que guardase silencio, mientras que con la otra mano se descalzaba unos metros antes de aproximarse a la cocina.

—No hagas ruido. Vamos a darle una sorpresa. Le diremos: «¡Sorpresa! ¡Feliz año nuevo!». ¿Vale? —dijo Adela llena de entusiasmo.

Abelardo asintió conteniendo la risa. La pareja entró de sopetón en la cocina.

—¡Sorpresa! —gritaron al unísono.

No dijeron una palabra más. Sus bocas enmudecieron al contemplar una escena, nada extraña, que les hizo evocar el horror sentido días atrás...

Eugenia estaba sentada. Su cabeza reposaba encima de la mesa. Tenía la cara ladeada y cubierta casi en su totalidad de sangre. A simple vista se podía apreciar que la sangre procedía del corte profundo que tenía en el cuello. Las dos manos de la mujer reposaban encima de sus muslos; en la derecha, todos los dedos, a excepción del pulgar, habían sido amputados. El cuerpo estaba inclinado hacia delante y parecía que en cualquier momento iba a precipitarse al suelo. Al lado de sus pies había un

bisturí.

En el tablón de corcho que colgaba de la pared, junto al teléfono, estaban los dedos de la víctima sujetos con clavos. En el suelo el martillo con el que habían sido machacados. La fuerza de los martillazos había sido de tal magnitud que el tablón estaba adherido a los azulejos, y estos se habían resquebrajado a causa de los impactos. La colocación de los dedos formaba la letra «M». El grifo de la pila estaba abierto, y parte del agua caía al exterior salpicando el suelo de la cocina. Esto era debido al excesivo caudal que salía por el difusor, lo que hacía que el choque del líquido incoloro, con los gruesos guantes de plástico negro que había en el interior de la pila, desplazase el agua fuera del seno de aluminio. En el centro de la mesa había dos tazas de chocolate y un plato de rosquillas; junto a la bandeja de repostería, una botella de anís y una copa vacía.

Adela gritó y, presa del pánico, corrió hacia el garaje. Abelardo permaneció inmóvil frente al tablón de corcho sin decir palabra. Cuando estuvo en el coche, sacó el teléfono móvil y marcó el número de Arturo. Nadie contestó. Angustiada, lo intentó varias veces, agotando el tiempo de llamada hasta que el buzón de voz saltaba confirmando la exactitud del número que había marcado. Adela colgaba y volvía a llamar una y otra vez. Por fin una voz somnolienta contestó al otro lado:

—¿Sí?, ¿quién es?

—Soy yo. ¡Tienes que venir! ¡Tienes que venir enseguida! ¡Por favor! ¡Por favor, Arturo! ¡Han matado a Eugenia! ¡Está muerta! ¡Eugenia está muerta!

—¿Qué dices? ¡Es imposible! ¡No puede ser!

—¡Te lo juro! Está muerta —contestó Adela sollozando.

—¿Habéis llamado a la policía? —preguntó Arturo.

—No. Acabamos de llegar. No he pensado en nadie. ¡Sólo en ti! ¡Por favor, Arturo! ¡Te lo suplico! ¡Ven! Estoy asustada, ¡tengo miedo! ¡Demasiado miedo!

—¡Tranquilízate! Salgo inmediatamente. Cuando cuelgues llama a la policía. ¿Dónde está Abelardo? —preguntó Arturo.

—Sigue dentro de la casa. Creo que esta vez no se va a recuperar. La han asesinado igual que a Teresa. ¿Sabes cómo mataron a Teresa, a nuestra ama de llaves? ¡Fue terrible!

—Goyo me puso al corriente de su muerte. Tranquilízate, estoy seguro de que no tiene nada que ver un incidente con el otro. Ahora quiero que me escuches. Cuelga y entra a buscar a tu marido. No dejes que toque nada. Intenta controlarte. Sé que es difícil, pero debes hacerlo... Ya estoy en el coche. Voy hacia allí. ¡Llama a la policía! —repitió Arturo.

Adela llamó a la policía y se dirigió a la casa. Entró en la cocina. El escritor permanecía inmóvil en el mismo lugar.

—¡Abelardo! —dijo Adela poniendo su mano encima de la espalda de su marido.

Él no se movió—. Abelardo, reacciona. He llamado a Arturo; viene de camino y la policía también. No debes preocuparte. Todo se solucionará.

Adela hablaba mirando hacia el suelo. Quería evitar la vista del rostro de Eugenia. El agua del grifo seguía corriendo y resbalaba por la encimera hasta el suelo, mezclándose con la sangre que la víctima había perdido.

—Salgamos fuera. ¡No puedo seguir aquí más tiempo! —dijo Adela entre sollozos.

—¿Has visto? —inquirió su marido con los ojos clavados en el tablón de corcho.

—¿El qué?

—Los dedos. Los dedos de la pobre Eugenia. ¡El hijo de puta los ha clavado con un martillo! Forman la letra «M». Los de Teresa formaban una «I». Está escribiendo una palabra, ¡el muy hijo de puta! El cabrón está formando una palabra. Igual que el asesino de mi novela. No debí escribir esa novela. ¡Está maldita! Voy a encontrarle, ¡juro que lo haré! Cuando le encuentre le amputaré los dedos como ha hecho él con Teresa y con Eugenia. ¡Juro que lo haré! —dijo Abelardo, llevado por la impotencia y el asco que le provocaba lo que veía.

—Abelardo, por favor. Estás desvariando. Dices barbaridades. No puedes saber quién es, ¡es imposible!

—Te equivocas, poco a poco se está dejando ver. Tiene que ser alguien que conozca la novela, alguien que la haya leído o tenga una copia de ella. Todo es exacto. Es demasiado exacto a la trama de mi obra, demasiado. Cometerá algún fallo, todos los asesinos cometen fallos. No existe el crimen perfecto, sólo en la ficción. Lo encontraré, ¡juro que lo encontraré!

—Todo puede ser una simple coincidencia... Lo que ha ocurrido no es exacto a la trama de tu novela; no es igual. Al ver a Eugenia me he dado cuenta de que este asesinato nada tiene que ver con tu obra —dijo Adela segura de sus observaciones.

—¿No me escuchas? ¿No has escuchado lo que te he dicho? Todo es literal.

—Creo que estás trastornado, creo que desde la muerte de Teresa tienes alucinaciones. No estás bien. No lo estás. Los crímenes de tu novela no se parecen a éste. No existe el bisturí ni el martillo, y las letras que forma el asesino con los dedos no son las mismas. Tampoco están los guantes de goma. Lo único que tienen los dos asesinatos en común con tu obra es la forma como han muerto Teresa y Eugenia, seccionándoles la yugular y amputándoles los dedos. Estoy segura de que es una desgraciada coincidencia. Muchos psicópatas siguen pautas parecidas —dijo Adela.

—Te equivocas. No escuchas. ¡Nunca me escuchas! ¡Nunca! Este asesinato es exacto al segundo que comete el asesino de mi novela. Es tan exacto que me espanta. Cambié detalles en la novela con el fin de darle mayor morbosidad a los crímenes. Introduje los guantes, el bisturí y el martillo. Lo hice después de que tú la leyese. Dijiste que le faltaba morbo, maldad. Dijiste que era vulgar. Volví a leerla y pensé



que podías tener razón. La doté de mayor morbosidad e hice que el asesino fuera más cruel... Y todos esos detalles están aquí, al igual que lo estaban en el asesinato de Teresa; todo coincide. ¡Todo! —gritó Abelardo—. ¿No lo entiendes? ¿Aún no lo entiendes? ¡Alguien conoce mi obra! Estoy seguro de que las pruebas forenses demostrarán que el asesino sedó a su víctima antes de matarla. Igual que lo hizo con Teresa.

—¡Dios mío! —exclamó Adela apoyándose sobre la espalda de su marido—. No debes hablar con nadie sobre esto, con nadie. Estás perdiendo el control. Creo seriamente que estás trastornado. Aquí no ha pasado nada. ¡Entiendes! Nada que se parezca a una obra que no existe, porque ni tan siquiera ha sido registrada. ¡Nada! Entiendo cómo te sientes. Yo estoy peor que tú, pero no pienso sacrificar mi vida para que un loco se salga con la suya. Confío en que esta pesadilla acabe lo antes posible. Confío en que la palabra que este maldito está escribiendo sea de pocas letras. Espero que no tenga que ver con nosotros, que no siga matando a las personas que conocemos. Si seguimos la trama de tu obra, ésta será la última víctima relacionada directamente con nosotros. Recuerdo que el asesino comete sus primeros asesinatos en dos casas habitadas por la misma persona en diferentes épocas del año, pero después los siguientes crímenes que comete no están relacionados; así que, si el asesino de Teresa y Eugenia está siguiendo el argumento de tu novela, estaremos a salvo. Es egoísta por mi parte, pero es lo que pienso y lo que quiero... Dime, dime que no cambiaste la trama, ¡dímelo!

—Tú dijiste que era vulgar y ciertamente lo era.

—¡Dios mío! —exclamó Adela—. ¡No, por favor! ¡Por favor!

—Eso no es lo peor. ¿Sabes qué es lo peor de todo? —inquirió Abelardo.

—¿Puede haber algo peor que lo que está pasando?

—Está matando gente por mi culpa. Por mi maldita culpa. Me siento el creador, el padre de ese asesino por haberle imaginado. Siento que soy responsable de sus acciones y empiezo a obsesionarme. ¡Es un castigo de Dios! Sé que lo es, de Dios o del diablo.

El ruido de las sirenas se oía cada vez más próximo.

—Llega la policía, no comentes nada. ¡Déjalos hacer! No digas nada de la novela —dijo Adela en tono imperativo.

—No puedes pedirme eso. Me siento como el cómplice de ese asesino. ¡No puedo seguir ocultándolo más! Si lo hago, seré igual de culpable que lo es él. Debo contárselo todo a la policía. ¿No lo entiendes? Necesito lavar mi conciencia. Cuando he visto a Eugenia me he sentido responsable de su muerte.

—¡Eres imbécil! —gritó Adela—. ¿Cómo puedes decir semejante tontería? ¿Cómo? Cuando la mataron, estabas con un centenar de personas. Tú no has hecho nada, tú no tienes nada que ver con toda esta basura. No tengo ni idea de cuáles son

los fines que persigue el asesino, pero tampoco me importan. Sólo me importa mi vida, nuestra vida. ¡Te exijo que guardes silencio!

Abelardo seguía inmóvil mirando el tablón de corcho. Adela, consciente de la similitud que había entre la trama de la novela y el asesinato de Eugenia, decidió que lo mejor que podía hacer era deshacerse de algunas pruebas antes de que la policía entrase en la casa. Se inclinó despacio y giró lentamente la mano hacia atrás mientras se agachaba hasta alcanzar el bistorí que introdujo en el bolso.

—¡Salgamos de aquí! ¡La policía está a punto de llegar! —dijo empujando a su marido, que permanecía de espaldas a ella. Abelardo comenzó a caminar. Cuando traspasó el umbral, ella se agachó, cogió el martillo del suelo y lo guardó junto al bistorí.

Cuando la policía llegó, el matrimonio estaba en el jardín. Los dos agentes entraron en la casa acompañados por Abelardo, que seguía sumergido en sus pensamientos:

—Señor —dijo el más joven al ver el rostro desencajado del escritor—, ¿se encuentra bien? Si no lo está, puede esperar fuera con su esposa.

—¡Se lo agradezco! —contestó Abelardo.

El agente extendió la mano al tiempo que se ladeaba para dejar paso al escritor. Abelardo salió de la casa. Los dos hombres entraron en la cocina y el más joven se dio la vuelta al contemplar la imagen del asesinato al tiempo que se llevaba la mano derecha a la boca en un intento vano por controlar los espasmos de su estómago.

—¡Esto es espantoso! Es una aberración —dijo el compañero inmóvil ante el cadáver—. Llama a los de homicidios. Que avisen al forense y al juez de guardia. ¡Dios nos asista!

—Señor, ¿cuál es su nombre? —preguntó el agente más joven—. Dígame cómo se llama.

—Abelardo Rueda.

—Adela Cierzo —contestó la mujer casi al tiempo que su marido.

—Usted..., usted es el Premio Ediciones. ¡Es un honor conocerle! Soy un ferviente admirador de sus obras. Me entusiasma el suspense. ¡Es usted genial! —dijo el policía.

El agente de más edad permanecía en silencio mirando al escritor, pero al escuchar a su compañero dijo:

—Claro, ya decía yo que usted me resultaba familiar. Si no me falla la memoria, su ama de llaves fue asesinada hace poco. Creo, a juzgar por lo que he visto, que en circunstancias muy parecidas.

—Sí —contestó Abelardo.

—Me temo, señor Rueda, que tendremos que pasar la noche en comisaría.

—Tenemos que llamar a Goyo. ¡Tenemos que hacerlo ya! —dijo Adela.

—Son las cinco de la mañana. Llamaré más tarde —contestó el escritor.  
—Si tú no lo haces, lo haré yo. Es el propietario de la casa y tu abogado.  
—Creo que su mujer tiene razón —dijo uno de los agentes—, deberían ustedes hablar con su abogado.

El coche de Arturo entró en la calle de la urbanización a gran velocidad.

—¡Señor! ¡Retire el vehículo de la entrada! —dijeron al unísono los agentes.  
—Adela, ¿te encuentras bien? —inquirió Arturo.  
—¿Qué hace éste aquí? —preguntó Abelardo en tono despectivo.  
—Por favor, cálmate. Yo le llamé. ¿No lo recuerdas?  
—¿Habéis llamado a Goyo? —preguntó Arturo.  
—No —contestó Adela—, íbamos a hacerlo justo ahora.  
—Si queréis ya lo hago yo.  
—¿Puede esperar la señora en el coche mientras ustedes acaban? —preguntó Arturo a los agentes.  
—Por supuesto —contestaron las policías.

Arturo y Adela se dirigieron hacia el todoterreno. El odontólogo abrió la puerta trasera del vehículo y sacó una manta de cuadros, que puso en la espalda de Adela al tiempo que acariciaba el cuello de la mujer con suavidad...

Las diligencias policiales se alargaron toda la madrugada, hasta muy entrado el mediodía. El levantamiento del cadáver se realizó a las quince horas treinta minutos de la tarde, y a las catorce horas quince minutos Goyo ya estaba en la isla. Ana había viajado con él para encargarse de todo lo concerniente al funeral de Eugenia.

—¿Cómo estáis? —preguntó Goyo en las dependencias policiales.  
—No sabes cuánto siento lo que ha pasado —dijo Abelardo abrazando a su abogado.

—Lo sé —contestó Goyo—. Eugenia era maravillosa. No entiendo cómo alguien puede ser capaz de cometer semejante barbaridad. ¡No podré entenderlo nunca! Ahora debemos pensar dónde os vais a instalar hasta que todo acabe. Tenéis que recobrar la normalidad. Lo que ha pasado es atroz, atroz por las consecuencias, por su muerte y por lo que os afecta a vosotros. En cierto modo me siento responsable por haberos sugerido pasar aquí las navidades. Estoy confuso..., creo que no acierto a pensar con normalidad.

—Tú no eres responsable de nada. Esto es irracional, irracional —repetía una y otra vez Abelardo.

—Quiero que os tranquilicéis. No os preocupéis por los temas menores; yo me encargaré de todo. Os quedaréis en mi casa —dijo Arturo.  
—Será un placer —contestó Adela sonriendo.  
—Gracias, Arturo —dijo Goyo—. Ana y yo también nos instalaremos en tu casa.

Al salir de comisaría los dos matrimonios se dirigieron a los coches para emprender viaje hacia la residencia del odontólogo.

—Necesito tomar algo caliente, me encuentro mal —dijo Adela a mitad de trayecto.

—Por supuesto —contestó Arturo—. Conozco un pequeño restaurante que está justo dos calles más arriba. Nos tomamos unos canapés y nos vamos. Es mejor que lo hagamos así; en casa no creo que quede nada comestible. No está el servicio; le di el día libre.

—No creo que a mí me quepa nada en el estómago —contestó el escritor mirando de reojo a su mujer.

—Abelardo —dijo Ana mientras se secaba las lágrimas—, Adela tiene razón. Todos estamos demasiado cansados. Debemos comer algo, aunque sólo sea un canapé.

Una vez estuvieron instalados en el restaurante, Adela se dirigió a Ana:

—¿Me acompañas? Necesito ir al baño.

Las dos mujeres entraron en el aseo. Ana se inclinó en el lavabo y abrió el grifo poniendo las manos bajo el agua. Adela entró en el retrete y echó el pestillo. Abrió el bolso, sacó el bisturí y el martillo y los tiró en la papelera para los residuos inorgánicos. Esperó unos segundos para utilizar la cisterna.

—Adela, ¿te encuentras bien? —preguntó Ana ante la tardanza de su amiga.

—Sí. He estado a punto de vomitar. Pero ya estoy mejor. Creo que necesitaré un ansiolítico.

—Yo puedo darte uno. Antes de salir de Madrid tuve que comprarlos.

El matrimonio Rueda, por orden judicial, tuvo que permanecer en la isla durante todo el mes de enero. En el transcurso de aquellos días la prensa se hizo eco de todo lo acontecido. La población ibicenca, impresionada por la morbosidad de aquel crimen y ayudada por el sensacionalismo de algunos medios de comunicación, comenzó a desarrollar hipótesis sobre la identidad del autor de los crímenes. Algunos medios de comunicación llegaron a confirmar la existencia de pruebas contundentes que imputaban la autoría de los hechos al mismo sujeto. La expectación sobre aquel sádico crimen llegó a tal extremo que algunas cadenas privadas de televisión dieron al suceso prioridad máxima en sus espacios de debates. Incluso se abrió una página en Internet en la que se hacía la pregunta:

«¿Fue un espíritu salido de las macabras obras del escritor quien mató a las dos mujeres? Danos tu visión de los hechos. ¡La mejor versión será premiada!».

El interés de la mayoría de los ciudadanos isleños y peninsulares dio lugar a una

encarnizada lucha entre los distintos medios de información por hacerse con la exclusividad de los datos del sumario. La información salió a la luz pública a través de la revista *Confesiones desde la Cárcel*, pero no publicaron íntegramente todos los datos. Algunos detalles se ocultaron, ya que las mismas fuentes que filtraron parte del sumario consideraron que esta omisión era indispensable para preservar el anonimato. La revista salió a la calle el veinticinco de enero. En la portada aparecía Constantino. El individuo tenía en sus manos el número anterior del semanario sensacionalista en el que salió publicada su primera declaración. El titular decía: «Abelardo Rueda mató a mi prima y seguirá matando si no se hace justicia». Y más adelante se leía: «Los datos ocultos del sumario en exclusiva para nuestros lectores. Páginas 6-8».

Durante el transcurso de los debates de radio y televisión que se realizaron sobre los asesinatos, y cuya emisión era efectuada en directo, se habilitaban números de teléfono a través de los cuales los ciudadanos podían participar dando su versión de los hechos. Para la opinión pública el juicio había comenzado sin que, a efectos policiales, estuvieran concluidas las investigaciones. El juez al que se le había asignado el caso tuvo que poner fin a todo ello al comprobar que se estaban dando los nombres de Abelardo Rueda y Adela Cierzo como cómplices de los homicidios. Asimismo ordenó la retirada de los números de la revista *Confesiones desde la Cárcel* en los que el escritor era acusado directamente de las muertes.

Goyo interpuso una querrela criminal contra Constantino por las declaraciones que éste hizo a la revista. El juez, basándose en los datos que Constantino hizo públicos y la evidente relación de algunos de ellos con los informes periciales, perturbado por la presión mediática y la repercusión de los hechos en la opinión pública, consideró necesario ordenar prisión preventiva contra Constantino, junto a la consiguiente orden de registro. Esta orden judicial colocó al primo de la primera víctima como presunto encubridor del asesino.

Cuando la policía se personó en su domicilio para proceder a su detención, Constantino aguardaba a los agentes sentado en las escaleras del portal. Encima de sus rodillas, perfectamente doblada, descansaba una gabardina oscura y, sobre ésta, un sombrero de piel, ahuecado y dispuesto para ser utilizado. El hombre estaba leyendo con indiferencia un periódico. Las condiciones precarias del papel evidenciaban, de un solo vistazo, que era un ejemplar antiguo. La puerta del domicilio estaba abierta de par en par, dejando a la vista el pequeño distribuidor en cuyas paredes se amontonaban burdas copias de todas las obras de Picasso. Bajo el umbral de la puerta de entrada al salón había un espejo de pie en el que, entre el cristal y la madera del marco, se veían una decena de fotos de Teresa, el ama de llaves de Abelardo Rueda, que plasmaban distintos momentos de lo que fue la vida de la mujer en el pueblo. En el centro de la luna, una instantánea, de proporciones desmesuradas, mostraba el cuerpo inerte de la víctima sobre el suelo de tarima donde

fue asesinada, imagen ésta que no se correspondía con ninguna de las que el día de autos había tomado la policía científica, por lo que fue considerada una prueba concluyente, ya que nadie, a excepción de la policía, había tomado fotos del cadáver. Varias velas blancas encendidas rodeaban aquella especie de altar, formando un círculo de exacto perímetro en torno al espejo. El resto de la casa estaba en perfecto orden. Su decoración escueta y su extrema limpieza eran tan infrecuentes que se asemejaban más a un escaparate mobiliario que a un domicilio habitado. Tal era su pulcritud que parecía haber sido preparada concienzudamente.

Los agentes no tuvieron ningún tipo de reparo en manifestar su desagrado ante aquel escenario dantesco, propio de la mejor escena de un *thriller* de terror, donde lo único que faltaba era la presencia de la víctima. Constantino sonreía mirando impávido a los agentes.

—No debería impresionarles esto, al fin y al cabo sólo son banalidades. Lo que debería inquietarles es que el asesino anda suelto, y que además goza de reputación. Ustedes son fáciles de impresionar; ése es su gran defecto. Deberían enseñarles a soportar todo. Es la única manera de que hagan bien su trabajo, de que su inconsciente no les traicione...

—Lo que usted diga —respondió con despotismo uno de los agentes al tiempo que procedía a leerle sus derechos.

Constantino fue detenido y puesto a disposición judicial. Su detención duró veinticuatro horas, ya que sufrió una crisis epiléptica grave en las dependencias policiales que obligó a ingresarle en un hospital madrileño.

El día en el que Abelardo recibió el comunicado judicial que le informaba de que se le permitía abandonar la isla, enmudeció. Aquel mes había sido interminable. La presión a la que había estado sometido fue excesiva. Tanto que llegó a creer que nunca volvería a la península. Aquella mañana Goyo le llamó desde Madrid.

—Quiero que sepas que he mandado una nota de prensa a todos los medios de comunicación. Todo este asunto se ha desbordado. Ayer hablé con Carlos, y los dos estamos de acuerdo en que debes recobrar tu imagen y tu prestigio. Todo el mundo debe saber la injusticia que se está cometiendo contigo, la falta de rigor de las informaciones, que estás siendo víctima de diversas acciones de carácter claramente inconstitucional. Esto debe parar. ¡Tienes que dar una rueda de prensa! Es la forma más rápida de que todo vaya por otros derroteros. Será beneficioso para tu carrera y para el buen curso de las acciones legales que hemos emprendido.

—No pienso hacerlo. Soy tan culpable como el asesino. La gente tiene razón. A su manera, pero desgraciadamente tiene razón —contestó Abelardo.

—No digas tonterías. Es una imprudencia pensar eso, y aún más decirlo. No seas inconsciente. Sé que los acontecimientos te están alterando. Es lógico, era previsible;

pero de ahí a que te sientas responsable... hay un mundo.

—Tengo que ver mucho más de lo que todos creéis en lo que está pasando. Tal vez demasiado. Ese malnacido asesina a la gente que está relacionada conmigo. Desde que mató a Eugenia, no hago otra cosa que pensar si habrá más víctimas. Sólo pienso en la posibilidad de que vuelva a cometer otro asesinato; sólo pienso en que el próximo puede ser cualquiera de nosotros, cualquiera. ¡Estoy aterrorizado! ¡Desesperado! No encuentro una salida a todo esto. Tengo la sensación de haber perdido el control de mi vida.

—Nadie es culpable de las acciones de los demás. Tú no eres responsable de los psicópatas que andan sueltos. Tu caso no es el primero. Este tipo de individuos busca notoriedad, y la notoriedad es más rápida cuando hay un personaje público de por medio. Eso es lo que debes tener en cuenta. Tú no eres responsable. En todo caso tu popularidad te ha llevado a ser el blanco de muchas miradas y la diana de un psicópata. No puedes hacer nada. Lo único que está en tus manos es tu propia vida y el derecho que tienes a vivirla como lo hace cualquiera. Confiemos en que ese asesino no vuelva a matar y pongamos todos los medios a nuestro alcance para que la policía tenga una línea mejor y más clara de investigación. Confiemos en la justicia.

—Estoy abatido.

—Ahora debéis regresar. Cuanto antes recobréis la normalidad, antes olvidarás todo. Debes pensar en todo lo que te he dicho. Piensa en la rueda de prensa, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré. Gracias, Goyo.

Abelardo y Adela regresaron a Madrid aquella misma tarde. Carlos les esperaba en el aeropuerto junto a un centenar de periodistas deseosos de ser los primeros en recoger las declaraciones del literato. Abelardo, siguiendo los consejos de Goyo, se había mantenido recluido en la finca de Arturo guardando silencio desde que Eugenia fue asesinada. Por ello, su primera aparición en público, desde el homicidio, generó una gran expectación. Uno de los reporteros de una cadena de televisión privada se abalanzó sobre él y le acercó tanto el micrófono que casi se lo pegó a los labios.

—Señor Rueda, ¿tiene usted idea de quién puede ser el asesino? ¿Díganos si ha pensado en cuál puede ser su perfil?

—Sí, por supuesto que lo he pensado —contestó tajante el escritor mientras los policías de seguridad del aeropuerto intentaban que el grupo de periodistas se separase de él.

—¿Puede decirnos algo al respecto? —volvió a preguntar el reportero.

—Claro que puedo. Sepan ustedes que el culpable no es una sola persona. Lo somos todos. Ustedes y yo. Todos somos responsables, porque todos, de una manera u otra, le estamos alimentando, le estamos dando carnaza para que vuelva a matar.

Seguro que está satisfecho; seguro que ahora está riéndose de nosotros, disfrutando del espectáculo que le estamos dando, del morbo, del asqueroso morbo. Ese ser depravado no sólo está matando personas, está matando el alma de todos nosotros, de todas las personas que se venden a la anormalidad de un acto tan deplorable.

—Señor Rueda, nosotros sólo estamos haciendo nuestro trabajo. Nadie es responsable de las acciones de un criminal. Al menos yo no me siento responsable. La gente tiene derecho a la información y nuestro deber es informar —dijo el periodista.

—Yo también hice mi trabajo; sin embargo, podría haberlo hecho de otra forma. Tal vez, si no hubiese escrito ninguna novela de este género, no habría pasado nada. Quizá si ustedes no le dieran al tema tanta importancia, tanta morbosidad, la gente no se acostumbraría a los crímenes y dejaría de verlos como algo cotidiano. Posiblemente la falta de espectáculo, la parquedad en la información, quiero decir, la omisión de los detalles innecesarios, nos haría ver a los asesinos como lo que son: seres despreciables. Sin embargo, y por desgracia, se están convirtiendo en el centro del espectáculo. Lo más triste es que eso es lo que ellos quieren, ser el centro de todo es su segundo deseo. El primero es matar.

—La información es necesaria. No se pueden omitir datos de una noticia porque no nos gusten.

—¡Por supuesto que no! Pero, señor mío, esos datos se pueden tratar de otra forma —dijo el escritor al tiempo que separaba el micrófono de su barbilla—. Sepan ustedes que yo me siento responsable de esas dos muertes. Si pudiese daría mi vida para que esas dos mujeres volviesen a vivir.

Adela tiraba del brazo de Abelardo intentando sacarlo de la terminal sin conseguirlo.

—¡Carlos, sácale de aquí! —gritó.

Carlos agarró con fuerza el brazo de Abelardo y tiró de él. Dos agentes de seguridad se interpusieron entre el escritor y los periodistas, extendiendo los brazos para impedir que la prensa se acercase de nuevo a él. Cuando Abelardo estuvo fuera del alcance de los reporteros, Adela se dirigió a ellos y con soberbia dijo:

—¡Gracias, señores! Esto ha sido todo. Mi marido no tiene nada más que decir. Rellenen sus miserables ediciones con otros asuntos más culturales; creo que la sociedad se lo agradecerá.

Durante el camino hacia la residencia del matrimonio, Carlos le dijo a Abelardo:

—No deberías haber hecho ningún tipo de declaración sin antes haber hablado con Goyo. Creo que te has dejado llevar por tus emociones. Permíteme que te diga que has sido irresponsable, bastante irresponsable.

—He dicho lo que pensaba. A partir de ahora será lo único que haré. No me importa la opinión que pueda tener nadie de mí, después de lo que se ha escrito, ya no



se puede decir nada más grave sobre mi persona. Yo no he matado a nadie. Una cosa es que me sienta responsable de ello, y otra muy diferente es que sea el asesino, que se me juzgue por ello, que se me haga un sumarísimo a mí en exclusiva, cuando todos están azuzando al criminal para que siga matando.

—Carlos no se ha referido a eso —dijo Adela—. Se refiere a los perjuicios que tus declaraciones pueden causar a tu carrera. Has dicho que si no hubieses cambiado tu género literario esto no habría sucedido, y eso es una aberración, una irresponsabilidad por tu parte; es terrible, terriblemente irresponsable.

—No sólo me refería a eso —contestó el editor—, sino también a los problemas judiciales que pueden ocasionarte tus declaraciones. Debes tener cuidado con lo que dices, mucho cuidado. Estamos hablando de crímenes, no lo olvides.

—Abelardo —dijo Adela—, ¿le has comentado a Carlos que ya has empezado a hacer las rectificaciones de la novela? ¿Ves cómo no he olvidado tu encargo? Me dijiste que te recordase pedirle la copia, ¿te acuerdas? —preguntó Adela dando un codazo a su marido al ver que éste no contestaba.

—Sabes que no he podido escribir —respondió tajante el escritor—. No he tenido tiempo para ello. He tenido que dedicarme en exclusiva a controlar tus continuos y descarados flirteos con el engréido de Arturo.

—Arturo es un tipo estupendo —dijo Carlos en tono de chanza—, pero reconozco que es un verdadero peligro para las mujeres.

—¿Le conoces? —preguntó Abelardo.

—Por supuesto. El edificio donde vosotros vivíais es de su padre. La agencia inmobiliaria también. —Abelardo escuchaba a Carlos con una curiosidad manifiesta y creciente, lo que hizo que por un momento se olvidase del desgraciado asunto de los asesinatos—. Le conocí a través de Goyo. Un amigo andaba buscando un apartamento cerca de los juzgados. Le comenté a Goyo la dificultad que tenía para encontrar un apartamento de alquiler en esa zona y me dijo que quizá podría ayudarnos. Nos presentó a Arturo y él enseguida habló con su padre, y mi amigo consiguió el apartamento. Ya conoces el dicho: hay que encontrar padrino antes de bautizarse.

—Entonces, ¿tu amigo era vecino nuestro? —preguntó Abelardo.

—No. Vivió allí muchos años antes de que tú publicases tu primera obra histórica. Por aquel entonces el edificio estaba recién inaugurado.

—Abelardo —dijo Adela—, ¿no recuerdas que fue Carlos quien nos llevó a la inmobiliaria?

—Sí, por supuesto, pero no sabía que la inmobiliaria fuera propiedad del padre de ese engréido. Si lo llego a saber, te juro que no habría alquilado el ático.

—Lo cierto es que no entiendo por qué Arturo trabaja tanto. A su padre le sale el patrimonio por las orejas. Sin embargo, Arturo no quiso trabajar con él. Le pidió unos

cuantos millones cuando se graduó para montar la primera clínica en Santa Eulalia. ¡De tal palo, tal astilla! Mira dónde ha llegado. Tengo entendido que ahora es el dueño de una empresa de prótesis alemanas.

—No es el dueño —contestó Abelardo—, es un accionista.

—Lo será —respondió Carlos—, créeme. Llegará a ser el propietario, se hará con la totalidad del accionariado. Espero que nunca se interese por el mundo de la edición. Sería la ruina del sector. Se haría con el monopolio. Su avaricia le puede, ése es su gran defecto, y un peligro para su integridad moral. No tiene límites.

Adela escuchaba con entusiasmo las palabras de Carlos.

—¿Es igual de constante y posesivo con las mujeres? —preguntó Abelardo mirando a Adela.

—Entiendo tus celos. Es irresistible. Tiene físico, clase y, lo más importante, estatus. Ya sabes eso de que uno es guapo tenga el coche que tenga, pero si es un descapotable la belleza queda más a la vista. Recuerdo una fiesta que organizó Goyo en la que Arturo era, como todos, un invitado más. A las dos horas de llegar, parecía que allí no hubiese otro hombre aparte de él. No dejó títere con cabeza. Posee una destreza increíble. Sin embargo, no debes preocuparte, es inofensivo. Su harén está compuesto por una docena de jóvenes muy bien dotadas, que renueva todos los meses como si se tratase de un cambio de decoración. Arturo a lo único que le da importancia es a sus negocios. El resto de cosas son para él puro entretenimiento.

—Me alegra saberlo. Nos alegra, ¿verdad, Adela? —preguntó irónico el escritor mirando fijamente a su mujer que no le contestó.

—Si que te ha dado fuerte —dijo Carlos—. Pero, bueno, hablando de otra cosa, ¿así que aún no has comenzado las rectificaciones de la novela?

—Bueno, algo sí he hecho. He escrito unas cuantas páginas que quiero entremezclar con las ya existentes. He decidido ampliar el segundo capítulo, y profundizar en algunos rasgos de la personalidad del protagonista, por eso necesito la copia. Me gustaría que leyese el texto cuando esté completamente acabado, ya que con estas nuevas páginas la trama sufre una modificación importante.

—De acuerdo. Está en la editorial, dentro del sobre que me diste. Ni tan siquiera lo he abierto. Tu obra aún conserva su virginidad; si es eso lo que te preocupa, puedes estar tranquilo. Me dijiste que no la leyese y no la he leído. Siempre cumplo mi palabra, ya lo sabes. Además, sabes que opino como tú, que una vez que has leído una obra resulta terriblemente pesado leerla de nuevo para valorar los cambios que se hayan podido hacer en ella.

El mayordomo esperaba en la puerta. Abelardo invitó a Carlos a almorzar, pero el editor desistió:

—Os lo agradezco, pero tengo varios temas pendientes, y vosotros necesitáis desconectaros de todo, incluso de mí. Sabes dónde localizarme. Cuando te hayas

recuperado me llamas. No te olvides de que nos quedaron muchos compromisos por atender, y que estos desgraciados acontecimientos tienen que pasar al olvido. Recobramos la calma, estoy seguro de ello, y tú también debes estarlo. Por tu bien debes intentar recobrar la normalidad.

—Gracias, por todo Carlos. Dale un abrazo a María.

—Lo haré. Que descanses. Espero verte pronto.

Adela estaba bastante irritada, y en cuanto Carlos se hubo alejado un poco, sin esperar siquiera a que el mayordomo les diese la bienvenida, dijo:

—Me has faltado al respeto delante de Carlos. Esto no lo voy a olvidar con facilidad. ¿Así me agradeces todo lo que hago por ti? ¡Todo lo que he hecho! Creo que a partir de ahora estarás solo. ¡Me importa un carajo lo que te pase!

El mayordomo cogió las maletas en silencio y se dirigió con el equipaje al dormitorio. Adela malhumorada entró en el salón.

—¡Perdona! Reconozco que he sido un poco indiscreto. Estoy celoso. No puedo soportarlo. ¡Ni siquiera puedo soportar oír el nombre de ese tipo! Me saca de quicio ver la expresión tan estúpida que se dibuja en tu cara cuando escuchas cualquier comentario sobre él. Es obvio que te sientes atraída por Arturo, no pretendas engañarme. Es demasiado evidente que él te gusta, que te gustó desde el primer momento que le viste.

—Abelardo, no entiendes nada. No valoras lo que tienes, no eres consciente de ello. ¡Nunca te dejaré! Creo que eso debe ser suficiente para ti. ¿No es eso lo que quieres?

—Sí, por supuesto. Es evidente que, si llegara el caso, daría lo que fuese para que no me dejases, pero eso no es lo más importante. Lo más importante para mí es que me quieras; necesito sentir, saber que me quieres. Eres tú, y no yo, la que no entiende nada.

—Te parece poco haberme arriesgado por ti —contestó Adela.

—¿A qué te refieres? —preguntó el escritor desconcertado.

Adela cerró las puertas del salón, después se dio la vuelta y dijo:

—Me llevé el bisturí y el martillo del escenario del crimen —Abelardo miraba estupefacto a su mujer.

—¿Que hiciste qué? —preguntó aterrorizado.

—Me deshice de dos de las pruebas clave que tú habías introducido en la trama de tu novela. Las hice desaparecer en el restaurante donde comimos después de salir de la comisaría. Las llevaba en el bolso; estuvieron en mi bolso toda la noche. Ahora las coincidencias de tu obra con los crímenes son meras casualidades, lo que fueron en el primer momento. ¿Sigues pensando que no te quiero?

—Creo que no sabes lo que has hecho. No, Adela, no tienes ni idea. Y lo peor de todo es que no hay manera de solucionarlo sin que te salpique. Estamos metidos en

un nuevo problema.

—Claro que lo sé; por supuesto que sé lo que hice... Salvar nuestras vidas, nuestra posición. Y tú no dirás nada. Te limitarás a hacer lo que yo diga. Estás perdiendo el control. Debemos olvidarnos de lo que ha pasado. Por mucho que hagas, Teresa y Eugenia seguirán muertas. ¿Entiendes eso? Tienes que comprender, de una vez por todas, que tú no has tenido nada que ver con los asesinatos... ¿O es que estoy equivocada? ¿Acaso hay algo que yo no sepa? Porque si no es así, no entiendo por qué te preocupa tanto lo que he hecho, ni por qué dices que nos perjudica cuando yo estoy convencida de todo lo contrario.

—No te oculto nada, ni tengo motivos para hacerlo. Sin embargo, no puedo evitar sentirme culpable. No me sentía así cuando encontré muerta a la pobre Teresa aquella noche al entrar en la casita de madera, pero hoy sí, porque siento que tengo responsabilidades en los hechos, y tú lo sabes igual que yo. Somos los únicos que sabíamos que el asesinato de Teresa estaba inspirado en esa maldita obra, y al ocultar este hecho incurrimos en un delito y no ayudamos a la policía a evitar la muerte de Eugenia. Me siento responsable por haber escrito la obra y por no contarle a la policía las coincidencias existentes entre estos asesinatos y los que describo en mi novela. Todo lo que ha sucedido me hace sentirme culpable, responsable de lo que ese malnacido está haciendo, y lo que tú has hecho no sólo ha incrementado mi culpa, sino también la tuya. ¡Has ocultado pruebas! Pruebas reales, material que utilizó el asesino para perpetrar el crimen. Tal vez los objetos que has robado tuviesen huellas que podrían haber desvelado la identidad del asesino. O el lugar donde fueron adquiridos... ¡Dios mío!

—¿No pretenderás que se lo cuente a la policía? Si quieres, lo hago. Si quieres, les hablo de la novela. Si quieres, llamo a Carlos y le digo que le eche un vistazo a tu obra. Si quieres, llamo a los medios de comunicación y lo cuento todo... ¡Estás perdiendo la cabeza! Eres un inconsciente; aún no te has dado cuenta de que todo lo que te dije cuando encontramos el cadáver de Teresa ha sucedido. Te recuerdo que la opinión pública no ha tardado nada en señalarte con el dedo, que los medios de comunicación te han acusado y juzgado sin ni tan siquiera darte oportunidad de defenderte, que fuiste retenido en Ibiza por orden judicial sin que la policía tenga conocimiento de que la trama de tu novela tiene similitudes con lo acontecido. Piensa dónde estarías ahora si hubiésemos hablado de la obra. ¿Crees que esto es una de tus novelas, donde tú puedes cambiar las cosas a tu antojo? No, querido, esto es la realidad. Es hora de que pongas los pies en el suelo. ¡Despierta, Abelardo! ¡Despierta! Alguien está jugando con nuestras vidas; alguien quiere arrebatarnos el futuro y todo lo que hemos conseguido y yo no voy a permitirlo. A estas alturas me da igual que haya más muertos, me da igual todo.

—Lo único que sé, de lo único que estoy seguro es de que lo que estamos

haciendo no está bien. ¡Por Dios que lo sé! Y espero que Dios nos perdone por ello, que nos saque de este callejón sin salida en el que ya no hay espacio para más. Sé que tienes razón, pero aun así estamos actuando mal, y los dos lo sabemos. El precio que a veces se paga actuando fuera de la ley, sobre todo en estos casos, es siempre muy alto, eso es lo que tú deberías sopesar, deberías pensarlo —contestó Abelardo.

El mayordomo dio unos golpes con los nudillos en la puerta del salón:

—Perdón, señora —dijo sin abrir—. ¿Quieren los señores que comience a preparar el almuerzo?

—Sí, por favor —contestó Adela—. Y, si es tan amable, prepare también la sauna.

—Sí, señora. Como usted mande —contestó el hombre desde el otro lado de la puerta—. Dígale al señor que en la bandeja del buró está la correspondencia.

—Gracias, Juan —contestó Abelardo.

—Cariño, ¿subes conmigo? —preguntó Adela como si la conversación anterior nunca se hubiera mantenido.

—No —contestó Abelardo perplejo ante la frialdad de su mujer, ante su falta de escrúpulos.

—Como quieras. Tú te lo pierdes —respondió ella distante.

Abelardo, cabizbajo se dirigió hacia el buró. Las cartas estaban apiladas en tres montones. Cada uno de ellos tenía diez sobres. Tomó asiento en el butacón de piel marrón y cogió la primera pila. Encendió la pipa y, absorto en sus pensamientos, comenzó a revisar con calma la correspondencia. Separó las tres primeras cartas y las puso a su izquierda. El cuarto sobre era diferente a los demás. Era de color rojo y el formato más grande de lo habitual. Los datos del destinatario estaban escritos con rotulador negro y las letras resaltadas en relieve. Se veían tan perfectas que Abelardo pensó que la persona que había escrito su dirección era, sin lugar a dudas, un buen rotulista. Intrigado por aquella pequeña obra de arte, giró el sobre para averiguar su procedencia, pero el remite no figuraba. Instintivamente retiró sus manos de encima del montón de cartas que estaba revisando y lo apartó a un lado. Al hacerlo comprobó que había un sobre que sobresalía con las mismas características que el anterior. Tiró de él y lo sacó. Todo era exacto: las letras rotuladas en negro, no había remitente... Exhaló el humo pensativo. Cogió el abrecartas y rompió la solapa, sacó el folio que había en el interior y leyó el texto. Horrorizado, abrió el segundo sobre y comprobó que las palabras que había escritas en él eran las mismas:

«Tú eres el creador. ¡Salve, padre! Seguiré tus palabras porque con ellas me hiciste. Tu imaginación embellece la muerte. Mis acciones harán que tu obra sea real».

Abelardo, instintivamente, miró hacia la casita de madera.

—¿Por qué le dejaste entrar? —susurró—. ¡Maldita sea! No entiendo cómo dejaste entrar a alguien que no conocías. ¡No lo entiendo! ¿Quién era, Teresa? ¡Dime quién te hizo esa barbaridad!

Volvió a mirar pensativo las frases, releyéndolas una y otra vez. Aquellas palabras eran la prueba material de que el asesino había tomado su obra como un guión; un guión que estaba llevando a la realidad. Algo que él ya sabía. Abelardo recordó uno tras otro los pasos que dio aquel día nefasto. Recordó las palabras de su mujer ante la puerta de entrada, la rapidez de Adela al relacionar los hechos antes de que se confirmase la muerte de Teresa, el terror que reflejaba su mirada perdida, su inmediata recuperación. Recordó cómo ella tomó las riendas de todo sin el más mínimo atisbo de duda, la claridad de sus pensamientos y el lápiz de ojos estratégicamente colocado en el teléfono del dormitorio, algo que desde el primer momento le pareció anormal; hubiera bastado con descolgar el supletorio de la cocina para dejar la casa sin línea. El asesino no tenía necesidad de subir hasta los dormitorios. Él mismo acababa de decirlo: «¿Por qué le dejaste entrar? ¿Por qué dejaste entrar a alguien que no conocías?».

Se levantó y acercándose a la puerta con los folios en la mano gritó:

—¡Adela!

—La señora está en la sauna, no puede oírle —dijo Juan. Abelardo subió apresurado por la escalera y entró en la sauna.

—¡Mira! Creo que esto es evidente. Ya no hay dudas —dijo—. ¡Lee!

Adela contemplaba a su marido con expresión de asombro; tenía el rostro desencajado y la miraba con fijeza, sin parpadear. Entre sus dedos el abrecartas giraba amenazante.

Ella se levantó y cubrió su cuerpo desnudo con una de las toallas. Sin dejar de observar a Abelardo, que zarandeaba los folios con insistencia, se secó el sudor con parsimonia.

—¿Qué pasa? ¿No sientes curiosidad por lo que hay escrito, o es que tal vez ya sabes lo que es? —dijo él volviendo a agitar los papeles.

—Deberías darte una ducha, cambiarte de ropa y afeitarte. Tienes un aspecto deplorable. Pareces enfermo —dijo ella cogiendo los folios con indiferencia, y sin mirarlos comenzó a caminar hacia el dormitorio.

Se sentó en el sofá y leyó las cartas. Después se levantó, devolvió las planas a su esposo y se puso el albornoz. Abelardo la miraba en actitud de espera. La mujer, tras encender un cigarrillo, dijo:

—Esto es una broma. ¿Verdad que lo es? ¡Dime que es una broma!

—Esperaba que fueses tú quién tuviera algo que decir.

—Abelardo, ¿qué quieres decir? No sé qué insinúas.

—Creo que tal vez tú sepas más de lo que en un principio me ha parecido. Creo

que me has tratado como a un ingenuo, eso es lo que creo. Que mientes, que me has mentido desde el primer momento, que ocultas algo. Te has preocupado en exceso de todo, demasiado. Te conozco Adela, más de lo que te imaginas.

Adela se levantó y de una patada cerró la puerta. Se dio la vuelta y con ímpetu dijo:

—Eres un grandísimo hijo de tu madre. Me vas a explicar ahora mismo qué es lo que está pasando. Me lo vas a explicar punto por punto.

—Estaban entre el resto de la correspondencia. Es evidente que los dos mensajes los ha escrito el asesino de Teresa y de Eugenia. Está claro que conoce mi novela, que la ha leído. Ya no son suposiciones, conjeturas, hipótesis, ahora es una realidad. He sido un ingenuo. Debí empezar desde el principio, y el principio se remonta a la muerte de Teresa. Tú supiste lo que había pasado desde el primer momento. No querías que yo bajase del coche. Estabas segura; sabías que los perros estaban manchados de sangre. Que algo terrible había pasado, que todo era igual que en mi obra... ¿Por qué lo sabías?, ¿por qué estabas tan segura? ¿Por qué?

—¡Esto está llegando a unos extremos inadmisibles! Creo que estás volviéndote loco. Estás paranoico. Eso era lo único que me preocupaba; que volvieses con la mierda de las obsesiones, igual que el día que vio la luz tu primera obra. Debilidad, ése es tu verdadero defecto. Eres débil de pensamiento. Te dije que las circunstancias en las que estaban los perros me recordaban la escena del primer asesinato que describes en tu obra. ¿No lo recuerdas? Siempre leo tus obras. Hice una simple asociación de ideas, y no creo que la asociación de ideas sea algo inusual. Es tan sencillo como eso. Lo recordé porque los hechos eran demasiado semejantes.

—Tú eres la única persona que hasta el momento conoce mi novela. La única persona que tenía acceso a ella.

—¡Por supuesto! A ésta como a todas las anteriores. ¡Eres un estúpido! Un engreído, un miserable sin dos dedos de frente, sin raciocinio. Yo estaba contigo cuando se cometieron los dos asesinatos, contigo y con un centenar de personas. Tu memoria te ha jugado una mala pasada y tu lógica no existe. ¡Eres tonto! ¡Rematadamente tonto! Desde la muerte de Teresa he estado intentando que nadie te relacionase con nada de lo sucedido, incluso he destruido pruebas. Y ahora insinúas que sé quién ha escrito esos anónimos y que te oculto no sé el qué. ¡Esto es un despropósito! Olvidas que no conozco las rectificaciones que has hecho en la novela. Tú mismo lo dijiste. Tú mismo pudiste comprobarlo en Ibiza. No me irás a decir que no te acuerdas.

—Podrías haber leído la obra sin yo saberlo. Podrías haberla cogido del estudio. Yo no me habría dado cuenta. ¿La has leído? ¿Has leído las nuevas páginas de la novela?

—¡Por supuesto que no! Tampoco he tenido nada que ver con los asesinatos. El

miserable que ha matado a Teresa y a Eugenia te está volviendo loco. Creo que su objetivo real no son las víctimas, eres tú. No sé nada de las rectificaciones que has hecho a la obra. Ni quiero saberlo... Ahora menos que nunca. ¡Te juro que yo no he hecho nada! Deberías haberte planteado quién más, aparte de mí, puede haber tenido acceso a las copias. Nunca hubiese imaginado que llegaríamos a estos extremos. Nunca hubiera pensado que algo así pudiera sucedernos. Esto es una locura, una verdadera locura.

Abelardo guardó silencio. Las palabras de su mujer le habían hecho recapacitar. Adela tenía razón. En ningún momento se había parado a pensar en las personas que podían haber tenido acceso a la obra. Había sido tan ingenuo que ni tan siquiera había comprobado si faltaba algún ejemplar. El escritor miró a su mujer y dijo:

—Tienes razón. Te pido que me perdones, te lo suplico. Me siento desbordado por los acontecimientos, no soy capaz de actuar con normalidad, de hacer nada con normalidad... Y estos anónimos, estos anónimos me han trastornado. Son la confirmación de lo que imaginábamos. Dotan a todo lo que está pasando de una gran gravedad. Estoy aterrado y debes entenderme. Debes comprender que en mi situación las dudas, la desconfianza no se pueden controlar.

—¡Nunca! Esto no te lo perdonaré jamás. La difidencia es algo que puede ser comprensible en algunos casos, pero no cuando se llega a estos extremos. Ahora bien, seguiré a tu lado —contestó Adela mirando fijamente a su marido—. Lo haré por mí, porque de cómo salgamos de ésta depende también mi futuro, mi estatus, todo lo que he conseguido en estos años. Ahora que lo tengo todo, no voy a perderlo así como así.

—Adela, te quiero. Tienes que entender mi estado de ánimo. Estoy trastornado. Estas cartas me han hecho sentirme aún más culpable. Cuando leí el primer folio pensé... ¡No sé lo que pensé!

—Sé lo que puedes sentir, pero no puedo entender que me acuses de ser cómplice de un asesinato, de preparar esos horribles y escalofriantes textos. Soy fría, excesivamente fría y demasiado materialista, pero no soy una asesina. Eso es lo que tú debes entender. Entre una cosa y otra hay una gran diferencia y demasiada distancia legal y racional.

—¿Qué puedo hacer? No sé qué hacer para resarcirte.

—Nada, el daño ya está hecho. Sin embargo, para no empeorar las cosas debes cambiar tu actitud. A partir de ahora tendrás que contármelo todo y dejarme hacer a mí. Tú no eres responsable de lo que pueda estar haciendo o tramando ese hijo de su madre. Cuando te surjan dudas sólo tienes que recordar que el muy cabrón va a por ti. Eso es lo único que nos debe preocupar. No le voy a permitir que se salga con la suya. No pienso dejarle hacer. No arruinará nuestras vidas. Está claro que se ha propuesto involucrarte en los asesinatos. Pero yo no pienso permitirselo. Lo primero



que haremos será intentar recuperar la copia que tiene Carlos de tu novela y después destruiremos todas las demás. *Epitafio de un asesino* no existe. No ha existido nunca. Si no hay obra, no hay nada. Si nadie, excepto ese hijo de puta, la conoce, ninguna persona podrá relacionarte con los asesinatos. Sí, debemos recuperar la copia que tiene Carlos, y después cada anónimo que recibas, porque estoy segura que habrá más. Se los daremos a la policía. Pero antes debemos destruir cualquier cosa que nos pueda relacionar con los asesinatos y con cualquier circunstancia que pueda destruir tu carrera. Si de algo estoy segura, es que, hoy por hoy, nadie puede relacionar los crímenes con tu obra. Y nadie podrá hacerlo si actuamos con cabeza.

—Las cosas se están poniendo demasiado serias. Estamos excesivamente involucrados; hemos ocultado pruebas. Si entregamos ahora una de las copias de la novela a la policía, podríamos evitar que ese loco volviese a matar y tal vez subsanaríamos, en parte, nuestro error. Estoy seguro de que la novela ayudaría a la policía a detener al asesino y eso sería nuestra salvación —dijo Abelardo pensativo.

—No puedo creer que vuelvas con lo mismo, no doy crédito. Sabes que en el momento que hagamos eso, nuestros nombres pasarán a formar parte de la lista de sospechosos. Puedes estar seguro. Sería catastrófico. No entiendes que eso es lo peor que podemos hacer. ¡Recuerda todo lo que pasó! Recuerda que el juez nos retuvo en Ibiza. Olvidas con demasiada facilidad. Yo destruí dos pruebas pensando en no dar a conocer nunca tu novela; pensando en que, si había alguien, aparte del asesino, que conociera la obra, nunca pudiera relacionar los asesinatos contigo. Lo hice para protegerte, para proteger tu carrera y nuestra posición. Si entregas la novela a la policía y les dices que el asesino está siguiendo el argumento, de inmediato echarán de menos el martillo y el bisturí. Si ese criminal está siguiendo al pie de la letra tu trama y nosotros se lo confirmamos a la policía, se preguntarán por qué faltaban esos dos objetos clave en la escena del crimen. Incluso considerarán la posibilidad de que tú seas el asesino y que tu móvil sea dar publicidad a tus obras. El morbo que se generaría arruinaría tu carrera; se pondrían en tela de juicio todas tus obras. Además, no creas que voy a consentir que me acusen de nada. Nunca reconoceré que me deshice de pruebas, lo negaré. Debemos destruir las copias de la novela y el original. Es imprescindible. Después pensaremos qué hacer para recuperar lo antes posible la copia que tiene Carlos. Le diré a Juan que encienda la chimenea para esta noche.

—Subiré ahora mismo por los ejemplares... Espero que tengas razón, que no estés equivocada. Nos jugamos demasiado. No sólo mi reputación, nos jugamos nuestra libertad. La dignidad lamentablemente ya la hemos perdido... —Abelardo hizo una pausa y mirando a su mujer preguntó—: ¿Por qué has dicho con tanta seguridad que habría más anónimos?

—Sé la palabra que está formando con los dedos.

—¿Cómo puedes saberla?

—Está escrita en los anónimos. En el asesinato de Teresa los dedos formaban la letra «I»; en el de Eugenia la letra era la «M». ¿Me sigues? —dijo Adela mirando a su marido. Abelardo asintió—. Si las juntas en el mismo orden tendrás «IM». Ahora busca una palabra en los anónimos que empiece por esas dos letras. —Adela calló mientras su marido volvía a leer el contenido de los folios.

—¡Claro! ¡Será cabrón! —dijo Abelardo mirando a su mujer.

—¡Exactamente! Está formando la palabra «imaginación». Lo que quiere decir que cometerá nueve asesinatos más. ¿Verdad que no has mirado el reverso de cada uno de los folios? Si lo hubieses hecho sabrías que en cada uno hay una letra... —Adela hizo una pausa mientras Abelardo acababa de dar la vuelta a los dos folios—. La «I» y a la «M». Cada anónimo corresponde a un asesinato.

—¿Cómo te has dado cuenta? —preguntó Abelardo impresionado.

—El asesino ha querido que nos diésemos cuenta. Está jugando con nosotros. Puedes estar seguro de que no nos dejará en paz hasta que no consiga convertir la integridad de tu texto en una historia real. Creo que está jugando, que se está divirtiendo a nuestra costa; no creo que persiga otro fin, a excepción de la notoriedad que está adquiriendo. Imagino que se sentirá importante.

—Si tienes razón, acabará arruinando nuestras vidas. Recuerda que eso es lo que el asesino de mi obra persigue y consigue. Él arruina la vida del catedrático, de su profesor...

—¡Exactamente! —dijo Adela—. Arruina la vida de su maestro, que es lo que el asesino de Teresa y Eugenia te llama en su anónimo. Ya iba siendo hora de que te dices cuenta por ti mismo. Le importa un carajo matar, sólo lo hace para que las muertes te perjudiquen. Y eso es lo que no debe conseguir. Nada debe salpicarte. Si realmente quieres darle su merecido, juega sus cartas. No dejes que se salga con la suya. Con el tiempo caerá en su propia trampa.

—También cabe otra posibilidad —dijo Abelardo.

—Cabén muchas, infinitas posibilidades, tantas como una mente deformada puede imaginar. Pero, créeme, ¡me importa una mierda! Lo único que me importa es nuestra vida.

—Si consigue llevar mi obra a la realidad arruinará nuestras vidas y no será descubierto. Recuerda que el protagonista de mi novela consigue involucrar al catedrático en los asesinatos. Lo hace sólo para demostrar que es un ser egoísta, ambicioso, capaz de todo antes de poner en peligro su integridad y su carrera. El asesino de Teresa y de Eugenia ya ha hecho lo mismo con nosotros; nos hemos convertido en sus cómplices.

—No somos sus cómplices, porque no hay nada que lo demuestre. ¡Nada! Ambiciosos y egoístas lo éramos antes de que él apareciese en nuestras vidas. Todo el mundo lo es. Todo el que llega a donde se propone lo es. Todo el que mantiene una

posición respetable lo es, tiene que serlo. No ha conseguido nada, nada de nada. Busca las copias. Sube a la buhardilla a por ellas ¡ya! —le ordenó malhumorada.

Abelardo tardó en reaccionar. Miraba confuso las paredes de la buhardilla sin pensar en buscar las copias. Sabía que Adela tenía razón: ellos no eran responsables de los crímenes, pero sí eran encubridores; no había marcha atrás. Hiciesen lo que hiciesen, serían acusados de ocultar pruebas. Sacó las llaves del armario de nogal del cajón del escritorio, lo abrió y buscó en la sexta estantería las copias de la novela, dispuesto a seguir las indicaciones de su esposa al pie de la letra.

—Cuatro... —murmuró— ¡Sólo hay cuatro! Debería haber cinco, más la de Carlos seis. Yo hice cinco copias, cinco más el original son seis. ¡Joder! Falta una copia. ¿Cómo he podido ser tan torpe?

Sacó todas las copias que tenía dentro del armario de todas sus novelas y fue leyendo el título de cada una de ellas y comprobando incluso el texto de cada uno de los ejemplares. Efectivamente, faltaba una copia de *Epitafio de un asesino*. Abelardo permanecía en el suelo de la buhardilla rodeado de las copias de todas sus obras, el armario estaba vacío. Miró a su alrededor. «Es evidente. Está claro que alguien ha robado una copia. Está claro que ha sido el asesino. ¿O no? —se preguntó—. Tal vez alguien la cogió para dársela al asesino».

Instintivamente miró hacia el escritorio, sus ojos se clavaron en una fotografía que había encima de la mesa. En ella, Adela sonreía al objetivo de la cámara, su hermoso pelo negro se dejaba llevar por el aire de un pequeño ventilador que Abelardo había puesto frente a ella el día que la retrató. De nuevo, las dudas le asaltaron.

«No puede ser. No puede haber sido ella. Pero si no ha sido Adela, ¿quién puede haber sido? Teresa no iba a robar el manuscrito para después dejarse matar... Y las únicas personas que han podido coger la obra son Teresa y Adela. Nadie más». La puerta del estudio se abrió:

—¿Qué es esto? —preguntó Adela con expresión de asombro ante el desorden—. ¿Por qué has hecho esto?

—He estado buscando las copias como tú dijiste.

—No entiendo, ¿para coger las copias tenías que tirarlo todo al suelo?

—Falta una. Sólo tengo cuatro y debería haber cinco. ¡Falta una! Alguien se ha llevado una copia.

—Estará en el coche. Recuerda que tenías que ir al registro, tal vez la bajaste y la dejaste en el maletero.

—No dejé nada en el maletero. Alguien se la ha llevado.

—¿Y en la copistería? Puede que la olvidases en la copistería. ¿Qué hora es?

—¿Por qué quieres saber la hora?

—Para llamar a la copistería.

—Hace demasiado tiempo que no voy a la copistería. No creo que se acuerden de nada. Estoy seguro de que traje todas las copias. Siempre las cuento. No sólo eso, reviso los juegos hoja por hoja. Sabes que no es la primera vez que las encuadernan y alguna página está repetida. Las conté, aquel día hice como de costumbre, ¡las conté!

—Es absurdo lo que haces; ningún escritor trabaja como tú. Tantas copias, ¿para qué? Sólo necesitas encuadernar tu original y el del editor. No necesitas copias de nada. Con un disquete es suficiente. Deberías entregarle a Carlos todo en un disquete. Él está harto de decirte, igual que yo, que actualices tu forma de trabajar, pero tú sigues igual que cuando empezaste a escribir. Si hubieras hecho lo que hace todo el mundo, si trabajases con ordenador en vez de con máquina de escribir ahora tendrías copia en disquete y esto no habría sucedido.

—¡Desvarías! —exclamó Abelardo—. Estamos hablando de que falta una copia de la novela. Mi manera de trabajar es un asunto que ahora no me preocupa; jamás aprenderé a utilizar esos aparatos. Sabes que odio la informática, lo sabes. Pero eso es lo de menos, ahora lo importante es que alguien se ha llevado una copia de *Epitafio de un asesino*. Está claro que es la que tiene el hombre que ha matado a Teresa y a Eugenia y que la cogió de aquí, del armario, de este armario.

—Pero aquí no entra nadie.

—Eso es lo mismo que he pensado yo. Nadie excepto nosotros y la pobre Teresa.

—¡Eso es!

—¿Qué quieres decir? —le preguntó él—. No pensarás que fue Teresa la que robó la novela.

—¡Por supuesto que no! Creo que Constantino no es un simple loco. Es posible que él cogiera la novela. Si era el novio de Teresa, pudo haber estado aquí sin que nosotros lo supiésemos, y si no era su novio, pudo haberle hecho una visita en calidad de primo y que Teresa no nos dijera nada.

—Tienes razón. No se me había ocurrido. Pero eso quiere decir que Constantino nos siguió luego hasta Ibiza..., ¿y cómo iba a saber que íbamos a la isla y dónde nos íbamos a alojar? No, no es posible.

—Sí lo es —interrumpió Adela—. Es posible porque la prensa lo sabía. Se dijo en esa revista... ¿Cómo se llama?

—*Confesiones desde la Cárcel* —contestó Abelardo.

—Yo afirmaré que están siguiendo nuestros pasos. No te has dado cuenta con qué rapidez salió Constantino en el siguiente número.

—Si es así, debemos decírselo a la policía inmediatamente —dijo Abelardo.

—Nosotros no debemos decirles nada; sencillamente les pondremos en la pista. Creo, querido, que nuestros problemas comienzan a solucionarse.

—¿Qué es lo que piensas hacer? —le preguntó Abelardo expectante.

—Diremos que encontramos los anónimos en la casita de madera... Claro que con diferente contenido.

—Eso es absurdo. La policía científica lo registró todo y Juan ha recogido la correspondencia. La ha clasificado. Piensas que no se ha fijado en los sobres. Son demasiado llamativos para no prestarles atención. Yo, sin ir más lejos, pensé que era algún tipo de felicitación. No creo que sea una buena idea. Estoy seguro de que Juan sabe que los dos sobres existen.

—Por la policía no te preocupes. Diremos que encontramos las cartas debajo de una de las tablillas de la tarima; que uno de los perros jugando dio con ellas. Y por Juan tampoco debes preocuparte, sólo tenemos que cambiar el contenido de las cartas. Haremos que parezcan lo que son: anónimos que Constantino nos ha mandado, pero procuraremos que lo que digan no pueda relacionarse con tu obra.

—El contenido de los anónimos no dice nada de mi obra. En realidad, pueden ir dirigidos a cualquier escritor.

—¡Exacto! Eres genial —dijo Adela con evidente entusiasmo—. ¡Qué torpe he sido! No hace falta cambiar nada. Lo único que tenemos que hacer es entregarlos a la policía. Está claro que nosotros lo relacionamos con los asesinatos porque conocemos la existencia de la obra. La policía no sabe que *Epitafio* existe, por ello le daremos los anónimos. Diremos que hemos sopesado la posibilidad de que Constantino pueda estar implicado. Que quizá estuvo en nuestra casa, porque... ¡Sí!, ¡eso es! Diremos que en la foto de la revista llevaba un cinturón que Teresa compró yendo conmigo. Que en el momento de la compra yo no le di importancia, pero que cuando vi la fotografía de Constantino en la revista me di cuenta de que era el mismo. Les diremos que, evidentemente, me di cuenta en la segunda entrevista que le hicieron después del asesinato de Eugenia.

—Un momento —interrumpió Abelardo—, ¿cómo es posible que puedas haber pensado todo esto? ¿Cómo sabes que llevaba un cinturón? Yo no recuerdo la indumentaria de ese loco.

—Yo sí. Me fijo en todo. Llevaba un cinturón de hebilla plateada. Teresa lo compró conmigo en una tienda del centro comercial Shopping Centre.

—¿Hablas en serio?

—¡Por supuesto que sí! Si la policía indaga en la tienda, seguro que la dependienta recuerda la venta. El cinturón se las trae. La chica que nos lo vendió se sorprendió de que alguien lo comprase. El día que Teresa lo compró me dijo que era un encargo para una de sus amigas. Yo no le di importancia, porque evidentemente lo único que tenía importancia para mí era el horrible diseño del cinturón. Cuando vi la foto de Constantino en la revista, intenté hacer memoria, pero no conseguí saber a qué me recordaba aquel horroroso cinturón metálico, hasta ahora. Ahora sé que es el mismo.

—Entonces, tú crees que Constantino estuvo en casa.

—Todo indica que sí. Es posible que Teresa y él tuviesen una relación de pareja y que ella no nos dijese nada porque eran primos. Ya sabes que estaba educada a la vieja usanza. Lo triste es que Constantino tiene problemas mentales. Eso está constatado, y tal vez Teresa no lo sabía, o no quería saberlo. Tampoco me importa demasiado si tenían un lío o no.

—¡El muy hijo de puta! Llamemos a la policía inmediatamente —dijo Abelardo, convencido de que las conjeturas de Adela eran sensatas.

—No, aún no podemos. Recuerda que debemos recuperar la copia que tiene Carlos.

—Eso es lo de menos. Hemos descubierto al asesino. Qué más da si Carlos tiene la novela. Lo importante es que cojan a ese criminal y que todo acabe de una vez —contestó el escritor.

—Si nuestra hipótesis es cierta le cogerán de todas formas. Pero si lo hacen y encuentran la copia, nos relacionarán con los asesinatos. Imagina que Constantino dice que está siguiendo la trama de tu obra, que hay pruebas que han desaparecido. Este tipo de individuos arrastran con ellos todo lo que pueden. ¿Cómo demostraríamos nosotros que miente? ¿Y si Carlos lee la novela? Piensa en la posibilidad de que Carlos lea la novela y, llevado por sus conjeturas, la entregue a la policía. Es evidente que si lo hiciese, nos acusarían de ocultar pruebas, porque tu obra es una prueba.

—Y si nos equivocamos. Has pensado en la posibilidad de que Constantino no sea el asesino. Si destruimos las copias de la novela y acusamos a ese hombre de ser el autor de los anónimos y después se demuestra que no es él, no podremos hacer nada.

—Él es el asesino y nos lo vamos a quitar de encima de una vez por todas. Te acusó a ti de serlo, se lo merece. Estoy convencida de que él mató a Teresa y a Eugenia, ¿por qué si no me amenazó de muerte? ¿También te habías olvidado de eso? Su amenaza te pareció seria y por eso llamaste a la policía, ¿recuerdas? Nuestra vida será la misma que era antes de la muerte de Teresa. Yo me encargaré de recuperar la copia que tiene Carlos, y cuando la tenga, la quemaremos. Entonces, sólo entonces, llamaremos a la policía.

—¿Cómo vas a recuperarla? ¿Has pensado en ello? —preguntó Abelardo.

—Querido, por supuesto. ¿Lo has dudado? Carlos será víctima de un robo. De su oficina desaparecerán varios objetos, a excepción de la copia de tu obra. El sobre que contiene la obra estará allí, pero en su lugar, en el mismo sobre, habrá una de tus obras históricas. Ya puedes ir pensando cuál es la más apropiada —dijo Adela sonriente.

—¿Piensas cambiar el ejemplar? ¡Eso es imposible! No puedes saber dónde lo

tiene.

—Yo no, pero la persona a la que pagaré para hacerlo sí. Él se encargará de encontrar el sobre. Se llevará lo que quiera del despacho, a ser posible algún objeto de valor, y cogerá el sobre con la novela dejando en su lugar el que yo le daré.

—Adela, eso es un delito. Vas a pagar a un ladrón. ¿Y si el ladrón mira el contenido del sobre?

—Se encontrará con una novela. Justo lo que yo le habré dicho que lleva el sobre. Comprobará que no le estoy engañando. Le diré que es un trabajo de encargo, que hay una persona en la sombra que es la que paga. Algo se me ocurrirá.

—Es surrealista. Vas a contratar a un delincuente. Esas cosas siempre traen problemas. ¿Y si después de hacer el trabajo no te lo puedes quitar de encima?

—De surrealista nada, todo lo contrario. ¿Recuerdas lo que te dije de las pipas?

—Sí, pero ¿qué tienen que ver las pipas con todo esto? —preguntó Abelardo contrariado.

—¡Muchísimo! ¿Recuerdas que nos preguntaron si queríamos denunciar al mozo que las robó?

—Lo recuerdo. Pero no entiendo qué puede tener que ver con todo esto ese pobre infeliz que, por no tener, no tendrá ni trabajo.

—Más de lo que crees, porque él será el que robará en la editorial.

—¡Estás loca! —dijo Abelardo indignado—. ¡Completamente loca!

—Ya lo tenía pensado. Hace días que pensé en la posibilidad de tener que robar la copia. Estaba siendo demasiado evidente que Carlos no nos la iba a devolver. Entonces llamé a la empresa de mudanzas para saber la suerte que había corrido el mozo. Se sorprendieron por mi llamada, pero yo les expliqué que nosotros colaboramos con una asociación que se dedica, entre otras muchas cosas, a la integración social, a la reinserción de este tipo de personas. Bien... —Adela hizo una pausa mientras se encendía un cigarrillo. Abelardo la contemplaba intentando entender cómo su mujer, después de tantos años de convivencia, se mostraba ante él como una desconocida. Adela exhaló el humo y continuó—: Conseguí que me facilitasen su dirección. Por la rapidez con la que se están desencadenando los acontecimientos, he decidido que mañana iré a hablar con él. No creo que tenga ningún problema en hacer el trabajo. He pensado en ofrecerle doscientas mil pesetas, dada su situación, y si a eso le sumamos la posibilidad de que nosotros podemos agravarla denunciándole por robo, creo que no se negará.

—A eso se le llama chantaje.

—¡Por supuesto! Es un chantaje en toda regla. Pero no me importa. Es un ladrón, y dejarse utilizar para condenar a un asesino es lo mejor que puede hacer teniendo en cuenta su trayectoria en la vida. Recuperaremos nuestra tranquilidad, eso es lo más importante. Además, no creo que haya otra salida mejor. Esto está llegando a su fin

—dijo Adela mientras apoyaba su mano en el suelo para incorporarse—. Ahora recoge el estudio, separa las copias que esta noche avivarán el fuego y después elige la que sustituirá a *Epitafio*. —Con la vista perdida en el jardín comenzó a reírse.

—¿De qué te ríes? —preguntó indignado Abelardo—. No le encuentro la gracia a nada de esto.

—Imagino la cara que se le quedaría a Carlos si en algún momento abriera el sobre y se encontrase con una novela ya publicada. Claro que es posible que se lo tomara como algo normal. Ya sabes la opinión que tiene de ti, siempre ha pensado que eres un excéntrico, y ciertamente lo eres. Estoy convencida que nunca lo abriría sin tu permiso, pero no podemos arriesgarnos. Ciertamente es un riesgo que tenga el ejemplar; aunque estemos seguros de su honestidad los acontecimientos pueden jugarnos una mala pasada.

—No te conozco. Nunca hubiera pensado que serías capaz de hacer todo lo que estás haciendo. Tu frialdad me sobrecoge, me hace plantearme muchas cosas.

—Tal vez sea un problema tuyo y no mío; nunca he ocultado nada, jamás me he comportado de una forma hipócrita. Quizás es que tú nunca te has preocupado de saber cómo soy en realidad. Siempre lo has dejado todo en mis manos y ni tan siquiera te has preguntado cómo llegaban las cosas, como conseguías lo que querías. No entiendo qué te sorprende tanto. No tienes ni idea de lo inteligente que soy, ni idea. Defenderé nuestro honor, nuestra integridad y nuestra posición por encima de todo, ¡de todo! Deberías sentirte orgulloso, eso como muy poco, porque lo lógico sería que estuvieras agradecido. Dame los sobres con los anónimos. Los guardaré en la caja fuerte. Deben estar a buen recaudo hasta que se los demos a la policía. Deberías darte prisa en bajar, el almuerzo nos espera. Procura tener una actitud normal; no es conveniente que Juan se percate de tu estado de ánimo, de tu pésimo estado de ánimo —concluyó dirigiéndose hacia la puerta. En una mano llevaba los sobres, con la otra le lanzó un beso a su marido.

Mientras Adela salía de la buhardilla, Abelardo miraba el retrato de su esposa, dejando, una vez más, que sus pensamientos quedasen atrapados en los hermosos ojos negros de ella. Se aproximó al buró y abrió el último cajón. Sacó el lápiz negro que había retirado del teléfono el día en que asesinaron a Teresa y comenzó a pasarlo de una mano a otra. Abstraído en ese movimiento, recordó su posición debajo del auricular y que los hechos posteriores le hicieron olvidar el hallazgo, por lo que nunca se lo comunicó a la policía. Pensó en cómo era Adela, en su capacidad de control. Había algo que no encajaba, algo que se le escapaba. Sabía que ella era metódica, egoísta. Sabía que era una persona pragmática; entendía su lucha por mantener su estatus, pero su comportamiento rozaba la obsesión, y eso no formaba parte de su carácter. Adela no se obsesionaba por nada ni por nadie; lo consideraba una muestra de debilidad. Pensó que se habían equivocado al no comunicar la



existencia de la obra después del asesinato de Teresa, que ella lo sabía, pero que ya era tarde. Quizá su mujer se encontraba en un callejón más estrecho que el suyo; quizá se sintiese aún más atrapada que él. Tal vez esa sensación de no encontrar la salida fuese el verdadero motivo de su comportamiento.

La mañana siguiente Adela se levantó casi al alba. Eran las siete cuando el vigilante de la garita llamó desde el supletorio a la casa:

—El taxi ha llegado.

—Dígale que pase hasta la entrada. Bajaré enseguida —contestó Adela cogiendo la bolsa de viaje.

Abelardo estaba durmiendo. Adela cerró la puerta del dormitorio con suavidad para no despertar a su marido y bajó por la escalera despacio. Llevaba unos pantalones azul marino de tergal, un cinturón dorado y una camisa blanca de seda. La chaqueta era de cheviot, del mismo tono que los pantalones, y se había puesto unos zapatos azules de ante sin tacón y un bolso a juego. Su indumentaria resaltaba con la ausencia de maquillaje. Antes de salir se puso unos guantes negros de piel, y se recogió el pelo en un moño bajo que dejaba ver sus pequeñas orejas adornadas con unos minúsculos pendientes de lapislázuli engarzados en oro blanco.

—Buenos días, señora. Usted dirá —dijo el taxista.

—Buenos días. A la estación de cercanías de Las Rozas.

La carretera Nacional VI estaba muy transitada a esas horas. Las luces de los vehículos aún permanecían encendidas. La lluvia fina pero constante enturbiaba el parabrisas. El conductor del taxi miraba con insistencia a la mujer, mientras que con su mano derecha intentaba ajustar el dial de la radio, ya que sabía que a la entrada de Torrelodones la emisora local dejaría de escucharse.

—Esto está cada día peor —dijo el taxista—. No entiendo cómo la gente tiene moral para coger el coche todos los días. ¡Cuarenta kilómetros hasta llegar a Madrid! La gente se traga diariamente cuarenta kilómetros en primera y segunda. —Adela no contestó. Miraba despreocupada por la ventanilla sin prestar atención al comentario del taxista. El hombre siguió con su monólogo sin dar importancia a la falta de atención de la mujer—. ¿No piensa usted lo mismo? —dijo pasando una bayeta antivaho sobre la superficie del cristal delantero—. Luego pasa lo que pasa. Van como locos, desenfrenados. Los días que tengo un viaje como el suyo vuelvo de los nervios. La entrada a Madrid es de temer. ¡Se monta cada pitote! Un día invertí tres cuartos de hora, ¡tres cuartos de hora!, en llegar al intercambiador desde el Palacio de La Moncloa. ¡Horroroso! No compensa. La gente cree que los trayectos largos interesan. Mire usted, yo le voy a decir una cosa. Al precio que está la gasolina y con la porquería de tarifas que cobramos, casi que tenemos que poner dinero. Eso sin contar cuando cogemos algún cliente engreído. No sabe usted ¡qué viajes nos

tragamos! Ahora, muy diferente es cuando llevamos a una mujer que se va de vacaciones y es tan preciosa como usted; eso es otro cantar. En ese caso, uno hace la carrera con otro ánimo —concluyó sonriente a la espera de una respuesta de ella.

Adela levantó la vista y miró fijamente al retrovisor interior del coche; los ojos zarcos del taxista estaban clavados en los suyos. Una amplia sonrisa, que reflejaba seguridad, dejaba ver sus dientes blancos y bien alineados. El joven y apuesto conductor esperaba ansioso el agradecimiento de su cliente por el halago que le acababa de hacer. Adela miró la chapa de identificación y dijo al tiempo que apuntaba el número en su agenda:

—Don Armando. ¿Es ése su nombre? —preguntó sin dejar de mirar al hombre.

—No. Mi nombre es Manuel. Armando es mi jefe. Él es el dueño del taxi.

—Don Manuel —repitió Adela—, con su estúpida charla está usted haciendo que mi viaje sea insoportable. Por lo que le ruego haga el favor de callarse y, por favor, no me piropée más. Respecto a lo de las tarifas, le aconsejo que no haga usted los viajes que no le reporten beneficios. Es absurdo trabajar gratis; hágame caso y tendrá usted mejor vida, usted y los que utilicemos su taxi. El altruismo es algo que sólo les corresponde a las ONG.

—Señora, no he pretendido ofenderla. Sólo quería ser amable.

—Don Manuel, si usted está incómodo me bajaré ahora mismo, sólo tengo que llamar a otro taxi. Esto es un servicio de alquiler como otro cualquiera. Yo soy la arrendataria de este servicio, pago por él, por eso exijo, y le exijo silencio durante el recorrido —dijo sacando el teléfono móvil del bolsillo.

El taxista no volvió a hablar durante el resto del viaje. Cuando llegaron a la estación de Las Rozas, Adela abonó el importe exacto de la carrera y se bajó sin decir palabra.

—¡Qué te den! —dijo el taxista sacando un dedo por la ventanilla del coche.

Adela le miró desafiante. El joven sonreía con ironía esperando una respuesta grosera que no recibió. Adela siguió su camino aún más altiva e indiferente de lo que se había mostrado durante el recorrido.

Entró en la estación y se dirigió a los servicios. Una vez dentro, abrió la bolsa de viaje y sacó de su interior unos pantalones vaqueros rotos en la zona de las rodillas, una camisa de cuadros marrones, calzado deportivo, un gorro y una cazadora roja de paño. Se desnudó y se vistió con ese atuendo más deportivo y guardó la ropa que se había quitado en la bolsa de viaje, junto a la copia de la novela histórica de Abelardo. Se quitó los pendientes y los introdujo en el bolso que guardó en la maleta. Ajustó las horquillas del moño reduciendo el tamaño de éste todo lo posible para que quedase oculto dentro del gorro de lana y salió hacia las taquillas. Allí sacó un billete de ida y vuelta con destino a la estación de Atocha.

El recorrido fue lento y tedioso. Los ocupantes del vagón parecían sumergidos en

un profundo sueño, del que despertaban involuntariamente en cada una de las interminables paradas del tren. Adela había tomado asiento en dirección contraria a la que circulaba el tren, por lo que cuando llegó a su destino tuvo que entrar en la cafetería de la estación para descansar un poco y que sus jugos gástricos recobrasen la quietud alterada por la mala orientación de su butaca. Después de tomar una manzanilla que le devolvió la serenidad a su estómago, comenzó a caminar hasta llegar a la calle que le habían dado en la empresa de mudanzas. El número sesenta y seis.

Cuando estuvo frente al portal se paró y miró alrededor. Todo estaba inmerso en la calma adormecedora de las primeras horas de la mañana. Los comercios permanecían con las persianas bajadas. El camión de la limpieza daba los últimos retoques a la acera derecha de la empinada calle. Un hombre vestido de traje oscuro pasó a su lado y sonrió al tiempo que lanzaba un escupitajo a su izquierda. Tenía los ojos grandes, de mirada profunda e iris verde oscuro en el que parecía no haber pupila. Llevaba un puro en su mano derecha. El humo que escapaba de aquel cilindro marrón acarició las mejillas sonrosadas de Adela. El rostro de la mujer esbozó una expresión de profundo asco, a la que el individuo respondió con un guiño vanidoso. Adela esperó a que el hombre se alejase y se aproximó a una vieja puerta de madera. La empujó. Estaba cerrada. Buscó el portero automático, pero sólo había un botón y debajo un papel blanco en el que se leía: «Portería». Llamó una vez. Al no recibir respuesta lo intentó de nuevo. En esta ocasión con insistencia, hasta que por fin una voz somnolienta contestó:

—¡Ya va! ¡Ya va! ¿Qué horas son éstas? Hay que ver, ¡Dios Santo! ¡Qué prisas! ¿Quién es?

—¡Perdón! ¿Podría usted abrirme la puerta?

—¡Empuje! —contestó la portera—. Pero empuje fuerte porque se atora.

Adela entró en el portal. Siguió la luz que provenía del patio interior, el cual conducía a una escalera. Subió dando por hecho que por ella llegaría al segundo izquierda, el piso donde vivía Tomás Solbes. Tropezó con un pequeño escalón y al hacerlo oyó la voz de la portera:

—¡Oiga! ¿Se puede saber adónde va usted por ahí?

—Voy a casa de Tomás. Traigo un paquete de su hermano.

—¿Qué se cree?, ¿que soy tonta? Todos los jóvenes piensan que los viejos somos tontos. Si se lo ha pensado, está usted muy equivocada. Tomás no vive en esa parte, su piso está en la escalera de la derecha. Sepa, señorita, que usted no es la única con la que se acuesta. Hace media hora se ha ido la de los fines de semana. ¡Qué poca vergüenza tiene la juventud! No me extraña que haya tantos divorcios, si cuando se casan ya no les queda nada por dar. ¿No es usted un poco mayor para acostarse con Tomás? Ya se dará cuenta de lo que hace. ¡Tiene usted la misma pinta que todas! Al

menos podía haberse cosido los pantalones.

—¡Gracias, señora! —contestó Adela sonriendo mientras se dirigía hacia la escalera de la derecha.

—¡Usted sabrá! Luego vienen las lamentaciones. ¡Ríase, ríase! —exclamó la anciana.

Adela llamó al timbre.

—¿Quién es? —preguntó Tomás.

—Alguien me ha dado dinero para que hagas un trabajo. Doscientas mil —dijo Adela.

La puerta se abrió. Tomás estaba ante ella.

—Yo te conozco —dijo el joven.

—Es posible, ando por muchos sitios —contestó Adela.

—Sé que te conozco. Esos ojos no se olvidan —insistió.

—Ya te he dicho que es posible que nos hayamos visto. ¿No quieres saber a lo que he venido?

—Ya me lo has dicho. ¿Qué tipo de trabajo tengo que hacer? Si se trata de algo ilegal, no cuentes conmigo.

—¡No me jodas! Ahora va a resultar que me he equivocado de Tomás, porque a mí me han dicho que el Tomás que yo vengo buscando de legal no tiene nada, vamos que tiene varios juicios pendientes por apropiación indebida.

—¡Joder! Está bien, pasa.

—Entonces, ¿no me he equivocado? —preguntó Adela.

—¿Quién te manda?

—No puedo decírtelo. El trabajo para el que eres requerido es muy sencillo. Te pagarán doscientas mil. Debes hacerlo con la máxima discreción. Quedas advertido de que, en el caso de no ser así, no habrá lugar donde puedas esconderte. Tú decides si quieres hacerlo o no.

—¿De qué se trata? —preguntó el joven.

—Irás a la dirección que yo te daré. Creo que se trata de una editorial. Buscarás el despacho que se te indica aquí —dijo Adela mostrándole un folio en el que había escrito un nombre— y allí en uno de los cajones de la mesa encontrarás un sobre un poco más grande que el tamaño habitual de los folios, lo abrirás y comprobarás que en su interior hay una copia de una novela titulada *Epitafio de un asesino*. La coges y en su lugar dejas esta otra copia en el sobre. También puedes llevarte lo que quieras del despacho; deja ver que has robado algo. ¿De acuerdo?

—¡Un momento! ¡Un momento! ¿Me estás diciendo que cambiar una copia por otra vale doscientas mil? ¿Qué tiene esa copia para valer tanto dinero?

—Nada por lo que tú debas interesarte. Es un simple texto. Un plagio. ¿Sabes lo que quiere decir plagiar? Una putada que alguien quiere hacerle al escritor. ¡Una

putada personal! Tío, sabes que no se debe preguntar más de lo necesario.

—Me parece un poco extraño. Y tú, ¿cuánto te has llevado por buscarme? ¿Cuántos talegos te han dado?

—A mí no me han dado nada. A mí me han sacado de la cárcel ¡Sin más, colega, sin más! ¿Te parece poco?

—¿Estás segura de que no hay nada más?

—Te juro que no. Alguien nos dijo que tú eras un profesional.

—¿Cuándo me pagarás?

—Ahora, traigo todo el dinero. Pero no debes olvidarte de lo que te he dicho. La persona que te hace el encargo tiene muy mala leche. Si no cumples te matará. Cuando hayas hecho el cambio debes mandar el manuscrito a este apartado de correos. ¿De acuerdo?

—¿Eso es todo?

—Sí. Cuando acabes el trabajo te olvidas de todo, incluida esta conversación.

—¿Cuándo hay que hacerlo?

—Esta noche. Tienes que hacerlo esta noche.

—Eso es imposible. No sé dónde está esa editorial. Tendría que ver por dónde puedo entrar.

—Yo te lo explicaré. Es muy sencillo. Entras por un callejón trasero; es una especie de patio de luces. Las ventanas frontales de la entrada del callejón son de la editorial. Te será muy fácil abrirlas porque son antiguas. En el edificio sólo hay un vigilante que se limita a estar en la recepción toda la noche. No hay alarma. No tendrás problemas siempre que seas silencioso.

—Conoces demasiado bien el edificio.

—No seas gilipollas. Me lo han explicado. Debes hacerlo esta noche. ¿Queda claro?

—Está bien. ¡Trato hecho! Espero que no me engañes —dijo Tomás extendiendo su mano abierta hacia Adela, quien, rehusándola, dijo:

—¡Trato hecho! Espero que por tu bien no decepciones a la persona que te encarga el trabajo.

Adela sacó el dinero de la bolsa y se lo entregó a Tomás. Él cogió el fajo de billetes y tras contarlos tomó el sobre cerrado donde estaba la copia de la novela.

—¿Nos volveremos a ver?

—¡Por supuesto que no! Yo soy una simple mensajera. Mi trabajo ha terminado.

—¡Es una pena! Tienes unos labios tan bonitos...

Adela no contestó, se dio la vuelta sin despedirse y bajó las escaleras en silencio. Al atravesar el patio sintió la mirada de la portera clavada en su espalda. Sonrió y se giró con la intención de coger *in fraganti* a la mujer, pero fue la anciana la que se le adelantó. Antes de que los ojos de Adela estuvieran sobre la mujer, sintió la mano de

ésta en su hombro:

—¡Joven! —dijo la portera. Adela dio un salto—. No se me asuste, sólo quería decirle que Tomás no tiene hermanos, si lo sabré yo que soy su madre. —Adela enmudeció—. No se avergüence, no es usted la primera que se sorprende. Mi Tomás es una pieza de museo.

—Disculpe, señora, tengo prisa —contestó Adela separando la mano de la mujer de su hombro con desprecio.

—¡Qué barbaridad! Encima de guarra, maleducada. ¡Anda y que te zurzan!

Caminó con rapidez hasta llegar a la estación. Tras unos minutos de espera, el tren llegó. Cuando se disponía a subir al vagón sintió cómo la mirada de alguien se clavaba en su nuca. Le pareció oír su nombre y se giró. En la otra vía estaba el hombre del puro que, sonriente, la miraba al tiempo que levantaba su mano izquierda para saludarla. Adela se estremeció. Los ojos verdes, enormes e inquietantes, del individuo se clavaron en los suyos. Él sonrió, dejando entrever una mueca burlona que evidenciaba que la conocía.

—¡Señora! —dijo un joven que estaba detrás de ella esperando—. Perdona, ¿me permite pasar?

—¡Perdón! —contestó Adela cediéndole el paso, mientras giraba la cabeza hacia atrás para comprobar si el hombre del puro aún permanecía en el andén, pero ya no había nadie.

Adela tomó asiento en el vagón intentando ubicar aquel rostro que le resultaba familiar, demasiado familiar al tiempo que sobrecogedor, sin conseguirlo. Cuando llegó a Las Rozas se apeó y se dirigió a los servicios, donde procedió a cambiarse, una vez más, de indumentaria. Concluido el cambio de vestuario, cogió la bolsa de viaje y la tiró en uno de los contenedores de basura. Llamó desde el teléfono móvil a un taxi y emprendió el camino de regreso con una amplia sonrisa, pensando satisfecha en lo que acababa de hacer.

—¿Dónde has estado? Son las once —dijo Abelardo cuando vio entrar a su mujer.

—He ido a la clínica. Tenía que hacerme un análisis. Te lo dije anteayer —respondió Adela mirando de reojo al mayordomo que les observaba desde el *office*.

Abelardo siguió a su mujer hasta el dormitorio. Cuando estuvieron arriba, ella cerró la puerta y frotándose las manos dijo:

—Ya está. ¡Todo solucionado! Al fin dormiremos tranquilos.

—Adela, ¿dónde has estado?

—Ya te lo dije. He ido a encargar el trabajo. Todo ha salido a la perfección.

—¿Que has hecho qué?

—No vayas a decir que no lo sabías. Ya te dije que lo tenía todo planeado. He pagado al transportista para que robe el manuscrito. ¡Todo ha salido a la perfección! No debes preocuparte. Todo está solucionado.

Abelardo escuchaba atónito.

—¡Deberías habérmelo dicho! —exclamó él.

—Te lo dije. ¿Qué pretendes? Quieres que te lo esté repitiendo cada dos minutos. No me tomes el pelo. Ya no hay marcha atrás. Todo saldrá bien; no debes preocuparte. No hagas que me repita, odio la reiteración.

—No te das cuenta de la imprudencia que has cometido. Te precipitas, te estás precipitando en todo. Creo que no piensas con calma. Esto nos está sobrepasando, sobre todo a ti. Comienzo a tener la sensación de que mi vida no me pertenece, de que nuestra relación no es la misma. Te estás tomando las cosas como si fuesen banalidades, como si nada tuviese consecuencias. No sopesas los posibles efectos de tus actos.

—Tú eres el que no llega a comprender el alcance del problema, del verdadero problema que tenemos. Te exijo que te tranquilices, mañana habrá pasado todo. No te preocupes. Es un ladrón, un simple ladrón. Todo ha sido de lo más vulgar. Le dije que tenía que robar la copia esta noche. Mañana llamaremos a la policía y les diremos que nos han enviado dos anónimos. Seguiremos el plan que habíamos pensado. Ahora debes relajarte y descansar. Creo que llamaré a Carlos para que él y María cenen con nosotros esta noche —dijo Adela sonriente—. Esto es como la trama de una de tus novelas de suspense, hay que tener cuidado con todos y cada uno de los detalles.

—Por mucho que te diga, seguirás haciendo lo que te venga en gana. A veces me tratas como si fuese un inútil —contestó Abelardo dirigiéndose a la puerta.

—No te vayas. Abelardo, ven. ¿No quieres darte una ducha con tu mujer? —preguntó insinuante.

—No. Prefiero escuchar música. Me voy al estudio —respondió sin mirarla.

Cuando Abelardo estuvo en la buhardilla, cogió el teléfono móvil y marcó:

—¿Si? —se oyó al otro lado del auricular.

—Soy yo, Abe. Necesito hablar contigo —contestó él.

—Cuando quieras. Sabes que siempre puedes contar conmigo. Pareces preocupado.

—Lo estoy. Más que eso, estoy asustado —le dijo el escritor—. Las cosas están tomando unos derroteros inesperados para mí. Ahora no sólo existe el peligro de que se nos relacione, de que se descubra todo lo nuestro; ahora el verdadero problema es que estoy relacionado directamente con los crímenes y que Adela parece haber perdido el juicio... No sé qué voy a hacer.

—No debes preocuparte por nada. Si nosotros no damos a conocer nuestra relación y lo que eso conlleva, nadie lo sabrá. Sabes que puedes confiar plenamente

en mi silencio, te lo he demostrado. No debes estar preocupado por nada. Sobre los crímenes no puedo decirte más de lo que tú ya sabes. No eres responsable. Aunque en un principio no hayas actuado con sensatez, debes estar tranquilo. Nos vemos mañana y lo hablamos con más calma y seguridad, ¿te parece bien?

—Si no te importa, prefiero que sea el miércoles —contestó Abelardo.

—Entonces el miércoles.

—¡Te lo agradezco! Quedamos a las diez en La Caña Vieja. Hasta entonces.

Aquel martes la lluvia seguía cayendo silenciosa, casi ingrávida. Su color blanquecino hacía imaginar que alguien espolvoreaba azúcar glas sobre la Tierra. Adela se levantó a las siete de la mañana, más despabilada que de costumbre. Se puso ropa deportiva y salió a correr. Mientras corría a un ritmo fuerte por las calles de la urbanización, intentó poner en orden el plan trazado, ya que en la cena de la noche anterior con Carlos y su mujer consiguió, con una diplomacia exquisita, confirmar que el editor aún no había leído la novela. La copia de *Epitafio* seguía en el cajón de su despacho. Todo estaba sucediendo según había previsto y, segura de sí misma, decidió continuar con lo que había planeado hasta el final. Esa noche, mientras cenaban con Carlos y María, Tomás habría hecho el cambio de la copia. Adela no tenía dudas de que el mozo habría cumplido con lo pactado, por lo que decidió continuar con el siguiente paso, y para ello, para que todo saliese a la perfección, estudió con calma lo que Abelardo y ella dirían a la policía en el momento que les entregasen los anónimos. Tenían que repasar todas las conclusiones que expondrían sobre la autoría de los asesinatos; sus hipótesis deberían ser claras, concluyentes y, necesariamente, deberían estar encaminadas hacia la implicación de Constantino, sin que la policía percibiese el interés que ellos tenían en inculparle.

Cuando doblaba la esquina de la última de las calles, comenzó a llover con fuerza. Adela se puso la capucha y aceleró el ritmo de la carrera. Al llegar a su residencia, subió al dormitorio sin cambiarse, y descorrió las cortinas con ímpetu:

—Abelardo, levántate. Son las siete y media, tienes que levantarte —dijo al tiempo que destapaba a su marido.

—¡Las siete y media! —exclamó Abelardo volviendo a cerrar los ojos—. Estás loca, sólo son las siete y media.

—Has olvidado nuestros planes, lo primero que tenemos que hacer hoy —dijo mientras se desnudaba y entraba en el baño—. Quedamos en llamar a la policía, tenemos que entregarles los anónimos.

Abelardo seguía siendo el títere que siempre había sido para su esposa. Dejarse llevar nunca le había preocupado porque formaba parte de su personalidad. Estaba



habitado a no tomar decisiones; era cómodo, seguro, le daba tranquilidad, ya que Adela era consecuente en todo lo que hacía, acertada en todas las decisiones. Él únicamente se dedicaba a escribir. El resto era competencia de ella. Pero la situación actual le sobrepasaba, los acontecimientos de esos momentos nada tenían que ver con lo cotidiano de la vida que ambos habían estado viviendo juntos. Aquello no era debatir las cláusulas de un contrato de edición, sopesar los beneficios de asistir a una rueda de prensa determinada, contestar u omitir las casi siempre injustas y condicionadas críticas literarias sobre las obras que habían sido best sellers. Aquello superaba su capacidad de análisis, estaba fuera de toda lógica. Había llegado a un punto en el que su falta de control sobre los acontecimientos le había hecho creer que absolutamente todo sucedería con su aprobación o sin ella.

El comportamiento de Adela estaba lleno de lagunas oscuras, cubierto por una espesa niebla donde él se perdía. Entendía el lugar prioritario que para ella tenía la posición, los bienes materiales y todo lo que habían conseguido. Incluso entendía la rabia y el odio que sentía Adela por el hecho de que un loco, un asesino, un ser miserable, sin motivo alguno, destruyera todo lo que habían construido, todo por lo que habían luchado durante tantos años, pero su comportamiento le parecía enfermizo, alejado de la realidad, próximo a la paranoia, y lo consideraba tan peligroso como sospechoso. Pensaba que su mujer le estaba ocultando sus verdaderas intenciones. Desconfiaba de ella, incluso barajaba la posible implicación de Adela en los crímenes; pensaba que podía estar ocultándole datos y detalles que podían ser importantes para él, detalles que podrían cambiar su comportamiento y lo que él sentía por ella hasta el punto de cuestionar su relación. Conocía a su esposa; era consciente de que era una mujer muy inteligente y con una gran capacidad de análisis, y precisamente estas cualidades le llevaban a conclusiones que hacían que la hipótesis de la implicación de su esposa en los asesinatos fuera cada vez más sólida. A medida que los acontecimientos se desencadenaban, él estaba más seguro de que Adela estaba implicada directamente en los crímenes. Sumergido en una especie de catarsis voluntaria, intentaba olvidarse de todo sin conseguirlo. Trataba de darle sentido a la obsesión manifiesta de su mujer, pero no hallaba nada que le apartase de la creciente y constante desconfianza que sentía. Sin embargo, y a pesar de ello, el sentimiento de culpabilidad que le generaban sus dudas le obligaba a seguir dejándose llevar. Él también ocultaba algo, y su secreto tal vez tenía una importancia incluso mayor que todo lo que estaba ocurriendo en relación con los asesinatos. Él también tenía intereses y guardaba un secreto, y eso era lo que hacía que Adela sojuzgara sus razonamientos.

Aquella mañana el escritor ni tan siquiera preguntó, dio todo por sentado. Adela había trazado los pasos que debían seguir y él no hizo más que dejarse llevar. La policía, tras recibir la llamada del matrimonio, que se manifestó alarmado y

terriblemente consternado, se desplazó a la finca:

—Constantino fue trasladado el domingo a la cárcel de Soto del Real. Los psiquiatras que le han tratado dieron su visto bueno —dijo uno de los agentes—. Creen que está perfectamente; sus crisis no dejan de ser transitorias, y se ha demostrado que, en todo momento, es consciente de sus actos. El juez pidió su traslado e ingreso en prisión, porque una de las pruebas periciales ha demostrado que estuvo con Teresa la noche en que la mataron... Aún no se sabe a qué hora, pero sí que fue en el transcurso del día del homicidio. Tras contrastar las huellas dactilares que se encontraron, el día que les amenazó a ustedes, en el portero automático y en una de las barras de la puerta, se ha confirmado que se corresponden con las de Constantino. Pero eso no es todo —dijo el agente mientras hacía una pausa yladeaba los sobres que Adela y su marido le habían entregado—, ayer lunes la orden judicial de registro nos permitió entrar en su domicilio. Allí encontramos un sobre de las mismas características que éstos. Creemos que lo que había escrito era obra de él, ya que Constantino es un pintor aficionado y un buen rotulista. Tiene una colección de copias de todas las obras de Picasso, pero lo relevante no son las pinturas sino la forma en que está escrito su nombre en los lienzos. Tendrían que verlo; sus firmas en los cuadros son verdaderas obras de arte. Ha declarado de forma voluntaria que el sobre que encontramos en su casa lo recibió el día posterior al crimen. Insiste en su inocencia. Sigue manteniendo que usted no es el autor material del homicidio, pero que pagó para que asesinaran a Teresa. Dice que alguien le remitió a él esa información para que hiciese pública la verdad. Pero hay algo todavía más importante. Hemos encontrado una fotografía del cuerpo de la víctima, una fotografía que se tomó en el lugar del crimen y que no corresponde con ninguna de las que hizo la policía científica. Tras ser estudiada, se ha verificado que fue tomada minutos después de que la mujer falleciera, antes de que los perros entrasen en la casita de madera, ya que la víctima aún estaba rodeada de sangre. Es evidente que Constantino estuvo en el lugar del crimen, pero él insiste en que la foto la recibió junto con el sobre y que acusarle a usted no tiene otro fin que hacer justicia. Nos acusa de ineptos. Tendrían que oírlo cuando afirma que usted mandó matar a su ama de llaves para que no hiciese público su escaqueo amoroso. Tendrían que ver cómo se exalta.

—¡Qué barbaridad! Dios nos libre de gente tan perturbada —dijo Adela.

—Agente, ¿podría decirnos qué ponía en el sobre que le han confiscado? —preguntó Abelardo.

—No creo que tenga importancia. Estaba escrito con el mismo tipo de letra —contestó el policía señalando los folios que Abelardo le había entregado—. Decía que usted era el asesino de Teresa, que todos somos responsables de nuestras creaciones... No sé si son las palabras exactas. Recuerdo que cuando leí el texto sentí un escalofrío, el mismo que he sentido al leer estos anónimos que me han dado

ustedes. Creo que, a pesar de la valía del informe psiquiátrico, este individuo no goza de buena salud mental. Aún hay pruebas médicas pendientes que ha solicitado su abogado de oficio, aunque el fiscal a interpuesto recurso contra ello... Ya sabe cómo funciona todo esto.

—Confiemos en que, sea un loco o no lo sea, esté a buen recaudo —dijo Adela.

—No lo dude, señora. Después de las pruebas que ustedes han aportado, creo que no saldrá de la cárcel más que para el juicio, al que ustedes tendrán que asistir, ya que la acusación es formal.

—¡Por supuesto! No le quepa duda —respondió ella altiva. Cuando los agentes salieron de la finca, Adela respiró aliviada y dirigiéndose a su marido dijo:

—Al fin todo ha terminado.

—Eso espero —contestó Abelardo—. Le pido a Dios que estés en lo cierto. Aunque todo esto me parece demasiado claro, demasiado lineal.

—¡Por supuesto que lo estoy! Ahora debo ir a revisar el apartado de correos. Recogeré la copia, y lo cancelaré. Lo he abierto en Cibeles.

—¡Es increíble! Es asombroso cómo lo habías planeado todo; es como si te anticipases a los acontecimientos —dijo mirándola fijamente.

—Siempre, siempre lo hago. Es fácil, sólo es cuestión de tomarlo como un hábito. Todo es hábito, costumbre, y así poco a poco pasa a ser algo inconsciente. Ya sabes lo que dicen los psiquiatras del inconsciente, que es más poderoso que el consciente porque maneja lo real y lo irreal, un cóctel; las buenas mezclas son explosivas. Mi vida, sin irnos más lejos, es fruto de un plan. Todo estuvo y está previsto, incluso mi nacimiento fue programado —contestó sonriente.

Abelardo no dijo nada; una vez más las palabras de Adela le dejaron sin aliento. Salió al jardín y caminó por la finca analizando lo que había comentado el agente de la policía judicial. Él, igual que su mujer, estaba interesado en que Constantino enmudeciera, pero sus intereses eran diferentes..., también sus escrúpulos. Adela parecía carecer de ellos. Él sentía remordimientos, le asaltaban las dudas. Pensó en las declaraciones de Constantino. Era evidente que sabía cosas sobre él que nadie más conocía, pero también era ilógico que, siendo el asesino, hubiera hecho unas declaraciones que inevitablemente iban a conducir, tarde o temprano, a la policía a su domicilio. Era kafkaiano mostrar el sobre y conservar la foto del cadáver en su domicilio, dejar sus huellas... Pero cabía la posibilidad de que todo fuese así de sencillo; aquél no era el primer caso en el que el asesino pone en la pista de sus pasos a la policía y luego niega la autoría del crimen.

Adela no tardó en salir. Le miró y levantando la mano se despidió. Él no se movió del lugar que ocupaba, apoyado en el olivo que había en uno de los laterales de la inmensa finca. Miró abstraído cómo su mujer subía al coche y salía llena de

optimismo hacia la capital.

La Cibeles, como cada día, estaba siendo bordeada por gran parte del parque automovilístico de Madrid. Los vehículos giraban uno tras otro haciendo que la fuente, con la imagen erigida a la diosa de la agricultura, evocase el centro de un carrusel. Varios municipales intentaban evitar que la velocidad no se aminorase debido a un pequeño choque entre dos turismos. En unos momentos, lo que era una simple retención se convirtió en un gran atasco que rodeaba la plaza y se extendía hasta el comienzo de La Gran Vía madrileña.

Después de quince minutos sin que el taxi se moviese del mismo sitio, Adela perdió los nervios y se bajó del vehículo continuando el trayecto a pie. Cuando llegó al edificio de correos, miró hacia la gran avenida comprobando vanidosa que el taxi aún no había llegado a la fuente. Entró en el edificio y se dirigió al apartado de correos. Abrió el pequeño compartimiento.

«¡Mierda! Está vacío —pensó deslizando su mano por el interior—. Quizá me he precipitado; es posible que Tomás no haya tenido tiempo de llegar. Si se le ocurre hacerme algún tipo de extorsión le mataré. ¡Hijo de puta! Contrataré a alguien para que le corte los cojones, y estaré delante para ver cómo lo hace... Bueno, será mejor que me lo tome con calma», se dijo al comprobar que una mujer miraba su mano con expresión de desagrado.

Adela, llevada por su angustia, estaba arañando con fuerza la superficie interna del compartimiento, lo que provocaba un sonido estridente. Sonriendo con sarcasmo miró a la mujer y dijo:

—¿Qué mira? ¿Tiene usted algún problema?

—Sí. Verá usted, tengo rechinamiento —contestó la mujer con igual sarcasmo—. Quiero decir, que el chirrido de sus uñas me produce dentera.

—Ya, pero, verá usted. Da la casualidad que son mis uñas y a ellas les gusta chirriar —contestó saliendo del edificio.

Cogió un taxi y se dirigió a Moncloa, donde había dejado el coche estacionado. Durante todo el trayecto de regreso a casa sus pensamientos estuvieron sumergidos en la búsqueda de una explicación lógica a la ausencia del ejemplar en el buzón.

—Son las once. Has tardado demasiado. No me lo digas —dijo Abelardo—, la copia no estaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Quién con niños se acuesta...

—No es el caso —contestó Adela malhumorada.

—Has contratado a un ladrón. Estoy seguro de que no parará hasta que no te

saque todo lo que pueda. Se pasará media vida colgado de tu espalda pidiéndote dinero. A no ser...

—A no ser, ¿qué?

—A no ser que se lo haya dado a otra persona. Entonces no te molestará, pero tú no recuperarás la copia.

—Creía que ibas a decir a no ser que le mate.

—¡Adela! —gritó Abelardo.

—Adela, sí. Adela —repitió ella en tono de burla—. Qué de estupideces digo. ¿Verdad que parece que esté loca? Pues no lo estoy. Sé muy bien lo que digo. ¡Demasiado bien! Puedes estar seguro de que me entregará la novela. Si se le ocurre chantajearme le denuncio.

—Eso es lo que deberíamos haber hecho en su momento. Deberíamos habérselo contado todo a la policía. Hubiera sido sencillo. Es cierto que habríamos estado en boca de todos durante un tiempo, pero no habría pasado de ahí. Hemos cometido un error; ambos nos hemos equivocado. La avaricia nos pudo, sobre todo a ti. Pensamos que esto no pasaría de la muerte de Teresa. Confiamos en que fuese una desgraciada coincidencia, pero luego fue demasiado tarde. Cuando nos dimos cuenta estábamos metidos de lleno en los crímenes. Y ahora no se puede dar marcha atrás. No se puede jugar con la vida de los demás, y nosotros, indirectamente, lo hemos hecho. Hemos actuado como si ocultáramos algo, como si estuviésemos implicados. Como dos imbéciles. No hemos pagado para matar a nadie, pero hemos actuado como si lo hiciésemos, dando más valor al qué dirán, a nuestra posición, a nuestro futuro, que a la vida de Teresa y de Eugenia. Estamos metidos hasta las cejas. Somos igual de responsables que el asesino. Nuestro futuro depende de cómo actúe él... Es aterrador, aterrador...

—Sólo dices sandeces. Me indigna que pienses así. Yo no tengo nada que ocultar, absolutamente nada; quizá seas tú el que tiene algo que decirme, ¿es así? Por eso estás muerto de miedo, porque tienes remordimientos por alguna cosa.

Abelardo enmudeció. Su mujer lo miraba de una manera inusual, inmóvil, como a la espera de que su respuesta le confirmara que la desconfianza que comenzaba a sentir no era infundada.

—Creo que eres tú quien oculta algo. Tu frialdad, tu obsesión en desvincularnos de todo no tiene sentido, no le encuentro un motivo razonable —dijo alzando el tono de voz.

—¿Te parece poco motivo que seas considerado presunto culpable?, ¿te parece poco? Creo que debería ser suficiente para ti. Para mí lo es. Eso y nuestros intereses económicos; nuestros ingresos se verían mermados. Además, ya está bien; estoy harta de repetir lo mismo todos los días, ¡harta! Tú mismo lo has dicho, ya no hay marcha atrás. Se nos puede considerar encubridores del asesino, ¿y qué? En este caso, el fin

justifica los medios. Porque no me irás a decir que te importa más tu repentina responsabilidad civil que mi integridad. El culpable está en la cárcel. Nuestra vida seguirá su curso.

—Nuestra vida ya no nos pertenece. Dejé de pertenecernos cuando nos involucramos en esta locura sin sentido. No entiendes que no tenemos vida. Esto no es vivir, no lo es. Adela, no lo es. Además, quizá Constantino sólo sea un loco, o un oportunista, aún no se ha demostrado nada. Estamos jugando con la libertad de una persona... Imagina por un momento que no tenga nada que ver con lo sucedido. Creo que estamos tentando a la suerte y a todas las leyes. No se puede hacer lo que nosotros hemos hecho y quedar impunes... Tú sabes que esto no puede salir bien.

—Siempre has sido un cobarde. Ése es tu problema, la cobardía. A veces me pregunto por qué me casé contigo. ¡Somos tan diferentes! ¡Demasiado diferentes! Totalmente opuestos.

—¡Por supuesto que lo somos! Yo si sé por qué te casaste conmigo. Te casaste porque siempre has buscado el prestigio y el reconocimiento. Querías pertenecer a la élite, ser de una determinada clase social, y cuando me conociste supiste que conmigo podrías hacer realidad tus sueños. Yo, sin embargo, me casé por amor. Te quería, y a pesar de saber lo que eres capaz de hacer, cuán mezquino es todo lo que estás haciendo, le pido perdón a Dios por no poder dejar de quererte —dijo Abelardo mirando a su mujer.

—¡Qué inteligente! Crees que eres muy inteligente, pero te equivocas; todo lo que tienes me lo debes a mí. Todo, ¿entiendes? Si yo no sigo a tu lado, todo se desvanecerá. Si tan aberrante te parece lo que hago, ¡vete! Si eres capaz, márchate —replicó ella desafiante.

Abelardo no contestó. Se dirigió al dormitorio, cogió la cazadora, las llaves del coche y adelantó su viaje a La Caña Vieja.

Adela entró en la cocina y le pidió a Juan que le sirviese el desayuno. Mientras hojeaba la prensa del día recordó que Tomás no le aseguró poder hacer el trabajo aquella noche, que le dijo que tal vez tendría que posponerlo hasta que hubiese estudiado bien la zona. Sonrió pensando que evidentemente el mozo habría postergado el encargo.

Preocupada por el estado emocional de su marido y los problemas que éste pudiera ocasionarles, decidió no salir de la casa hasta que él regresara, dando por hecho que sería en unas dos horas. Él no solía estar enfadado durante mucho tiempo. Sin embargo, Adela no contaba con lo inusual de la situación que estaban viviendo.

*Madrid, sierra Noroeste. La Caña Vieja*

—No debes preocuparte por nada. Creo que Adela sólo quiere protegerte, aunque es cierto que depende de cómo o desde qué ángulo se mire su actitud es reprobable. En realidad está claro que la intención del asesino es perjudicarte. Quizá sea una casualidad; no tiene por qué guardar relación con tus investigaciones en el monasterio, tampoco con la muerte del agustino en El Escorial. Es posible que sólo sea un desquiciado que necesita notoriedad. Ya sabes cómo está el mundo: no hay valores y la gente busca sucedáneos. Insisto en que no te preocupes, todo volverá a la normalidad. Debes tener en cuenta que tú tienes tanta culpa como tu mujer; ambos decidisteis no hablar de la obra con la policía. No debes responsabilizarla a ella de todo. Además, tú también estás mintiendo.

—Lo sé, eso lo tengo claro —respondió Abelardo—, pero comienzo a no soportar más la situación. No sé qué me está pasando. Sé que yo no he hecho nada, que no soy el responsable de los asesinatos, ni de que sigan cometiéndose. Lo sé, pero me siento manipulado por ella; siento su obsesión sobre mi espalda, sobre mi cabeza, está en todos mis pensamientos. Creo que me oculta algo. La veo capaz de todo. Nunca antes había actuado así. Por otro lado, no he conseguido encontrar la carta que le iba a enviar al agustino. Creo que, desgraciadamente, estaba dentro del ejemplar que me falta. Eso es lo que más me preocupa, que esto no sea un simple intento de notoriedad de un loco. Me preocupa porque no pienso dar marcha atrás. Nunca lo haré. Tomé una decisión y, de ser necesario, me llevaré el secreto de la Cofradía a la tumba.

—Sabes que en tu decisión no me he metido ni lo haré nunca. Tienes mi apoyo. Es lógico que estés así. Ten en cuenta que en las situaciones extremas es donde las personas damos a conocer nuestro verdadero carácter. Cuando se somete a alguien a una situación de gran dificultad, surgen patologías que estaban ocultas. Con la psique sucede lo mismo que con el cuerpo. Con esto no estoy tratando de justificar la conducta de Adela, entiéndeme, pero quizá sencillamente no sabías cómo era realmente, hasta dónde era capaz de llegar para proteger lo suyo. Lo que ha sucedido es del todo inusual, por lo tanto no podías prever cómo iba a reaccionar tu esposa en una situación así, porque nunca te habías planteado vivir algo tan extremo. Creo que su comportamiento es normal. No tiene nada de psicótico. Incluso me atrevo a afirmar que es vulgar. Tampoco da muestras de saber nada de nuestra relación ni de lo que ocultas sobre el monasterio; creo que es ajena a todo a excepción de las muertes de Teresa y Eugenia. Sólo sabe que el asesino siguió el argumento de tu novela para matarlas. Si hubiera visto la carta, no habría podido guardar silencio,



habría sido incapaz de hacerlo; no, no lo creo. Lo que estáis haciendo es normal. La gente paga por el silencio; esto, dado como está el mundo, se ha convertido en una necesidad. La especulación sobre cualquier hecho puede conducir a la ruina, aunque el hecho no tenga importancia, los comentarios se la dan. Todos tenemos cosas que ocultar y la gravedad de las mismas no sólo la imputan los valores morales de cada uno, lo hace la sociedad, los medios de comunicación. Hasta el más tonto se considera docto en los actos ajenos; hasta el más inepto dicta sentencia sin saber ni de qué va el tema. Los alcances de las noticias hoy en día marcan el futuro de muchas personas. Estamos en manos de la información y de la ciencia; éstos son los grandes colosos que dominan la voluntad del pueblo, que te dan y te quitan todo de un sopapo. La reacción de Adela es de lo más consecuente; se adelanta a lo que va a suceder, y quizá sea la postura más inteligente. Ella no es la única que hace este tipo de cosas. Sin ir más lejos en política se hacen todos los días. Todos sabemos las aberraciones que pueden llegar a cometer los políticos por mantener un cargo, por ganar unas elecciones. Entre esto y lo que os está sucediendo a vosotros, no creas que hay mucha diferencia. Entre asesinar a un centenar de personas con un rifle o dejar que otros cientos mueran lentamente de hambre, no hay diferencia; en los dos casos se está matando a seres humanos de forma premeditada. Sin embargo, la sociedad se sensibiliza más con la masacre cometida por un loco que con los muertos que causa a diario la hambruna en un país, mientras los vertederos de residuos orgánicos de los países subdesarrollados no dan abasto. La ceguera moral está al orden del día. Con todo esto lo único que quiero demostrarte es que la conciencia social funciona de forma aleatoria y que defenderse de ello no es un delito. Sólo quiero que tengas claro que si nos ponemos a depurar responsabilidades no dejaríamos títere con cabeza.

—No estoy hablando de responsabilidades. Estoy hablando de tener escrúpulos. No es que piense que no los tengo, es que creo que los estoy perdiendo, y eso me asusta, me asusta mucho. Además, desconfío de Adela. Creo que puede tener algo que ver con la desaparición de esa copia en la buhardilla; creo que sabe que tú y yo nos vemos... Bueno, que me estoy viendo con alguien. Y ahora la sé capaz de todo. Es capaz de haber contratado a alguien para que cometa los crímenes; es capaz de intentar deshacerse de mí. He llegado a pensar que tiene un amante, que sabe lo que yo estoy ocultando, que conoce el valor de mi silencio. No me encaja. En todo esto hay una pieza que no encaja —dijo Abelardo.

—¿Crees que Constantino es el asesino?

—Eso es lo más terrible. Creo que él no es el asesino, que no tiene ni idea de la existencia de la obra, ni de que los crímenes son una reproducción de una obra de ficción, una réplica exacta de las descripciones de mi novela. Creo que es una víctima más. Pero sí es posible que conozca nuestra relación. Teresa pudo comentarle que nos veíamos, olvidando su promesa de guardar silencio. Por otro lado, sólo ella y Adela

podían entrar en la buhardilla y coger la copia, así que si Constantino es inocente y no conoce mi novela, como creo, ¿quién es el asesino y cómo ha podido conseguir la copia de *Epitafio*?, ¿quién se la ha dado? Eso es lo que me preocupa. Sé que tienes razón en todo lo que has dicho; la opinión pública ya me condenó, me trató como a un asesino, pero yo no he matado a nadie. Y mientras tanto el asesino anda suelto y seguirá matando... y puede que todas esas muertes sólo me tengan a mí como objetivo. Creo que el único fin de ese criminal es hacerse con la información; que en realidad dice la verdad, y eso es lo que me aterra, que no puedo darle lo que quiere, que nunca lo haré, pase lo que pase.

—Entiendo, estás asustado. Piensas que Adela está tendiéndote una trampa, que ella sabe quién es el asesino; pero yo creo que eso es imposible. Si lo supiera, no tendría por qué haberse arriesgado hasta el punto de ocultar pruebas a la policía. Es demasiado inteligente, y eso sería un gran error; sería absurdo. No, no lo creo; ella no tiene nada que ver con el asesino, desconoce sus verdaderos motivos.

—En esta historia todo parece bastante absurdo. Tú lo sabes mejor que yo.

—Tienes que mantener la calma. Las cosas seguirán desencadenándose con tu intervención o sin ella. Hay que esperar. No queda otra opción. Lo que no creo conveniente es que desconfíes de Adela; ello sólo puede llevaros a una crisis grave en vuestro matrimonio, y tal como va todo, desde luego es lo que menos te interesa. Y no debes sentirte culpable por lo que le pueda suceder a Constantino. Piensa que su comportamiento no ha sido nada decente. Te ha acusado directamente de los homicidios, eso no debes olvidarlo. Por su manera de comportarse, parece un paranoico. No parece ser el clásico loco agresivo que pueda llegar a empuñar un arma, pero sí puede ser de ese tipo de personas que acosan hasta la saciedad. Lo cierto es que las pruebas que tiene la policía científica le inculpan directamente a él de los asesinatos. En caso de que él no sea el autor material de los crímenes, el homicida le está utilizando como a un conejillo de Indias.

—Todo eso ya lo he sopesado, pero no me hace sentir mejor. Creo que todo esto llegará a salpicarnos. Sigo teniendo remordimientos. Sé que lo que hemos hecho no está bien, no lo está por mi parte. Soy un egoísta, igual que Adela, un miserable egoísta, un hipócrita y un cobarde, como ella repite constantemente.

—Eso no es cierto, y lo sabes. Olvida nuestra relación; no tiene nada que ver con lo que ha sucedido. No debes desvirtuar los acontecimientos, y lo estás haciendo. Es peligroso, muy peligroso que pierdas el control y además es absurdo. Esto acabará tarde o temprano. Si la policía no da con el asesino, lo haré yo. Te doy mi palabra de que lo encontraré...

Eran las dos de la madrugada. Tomás se dirigía hacia la editorial. La noche del lunes tuvo que suspender el trabajo al comprobar que la salida de emergencia de una discoteca daba al callejón que Adela le había descrito. Tras permanecer unos minutos en la entrada del angostillo, observó cómo los empleados del local de copas salían con regularidad a fumar «hierba», por lo que tuvo que permanecer allí toda la noche, hasta bien entrada la madrugada del martes. Así consiguió verificar la hora exacta de cierre del local aledaño a la editorial. Tras estudiar la ubicación de los ventanales, compró una correa de cuero a la que asió un gancho con el que se sujetaría a los barrotes de una ventana lateral del inmueble contiguo, para saltar desde ella al alféizar de la ventana del segundo piso en el que estaba ubicado el despacho de Carlos. Con una palanqueta, preparada para el grosor del marco de la ventana, forzaría el cierre y se introduciría sin problemas.

A las cinco de la madrugada del miércoles, sin el más mínimo esfuerzo, Tomás se coló en el inmueble. Una vez estuvo dentro del despacho de Carlos, lo registró palmo a palmo hasta que en un cajón del escritorio, debajo de varios documentos, encontró el sobre. Lo abrió y ayudado por una diminuta linterna cotejó el título con el que Adela le había escrito en la nota que le había dado. Era el mismo. Sacó la novela y puso el sobre boca abajo, llevado por la desconfianza de un trabajo pagado excesivamente bien; estaba vacío. Hojeó la novela y sacudió las hojas. Puso el ejemplar boca abajo, sujetándolo por el espiral y lo zarandeó una vez más, esperando que cayese algo. «Qué barbaridad; es cierto lo que dijo esa chica —pensó—. Esta gente de dinero está de atar».

Guardó el manuscrito en la mochila que llevaba colgada en la espalda y depositó en el cajón el sobre con la novela histórica. Echó un vistazo al despacho y cogió un encendedor de plata, un bolígrafo de oro y un abrecartas.

Mientras se guardaba en su mochila todos los objetos, abajo, en recepción, Cosme, el vigilante, abría la puerta:

—¡Cuánto tiempo sin verle por aquí! ¿Han estado ustedes de copas? —preguntó Cosme sorprendido.

—Traigo un regalo para Carlos; es una sorpresa. ¿No sabe usted que mañana hace quince años que se creó la editorial? —inquirió el hombre.

—Mire usted, la verdad sea dicha, no tenía ni idea. ¿Es ese paquete? —preguntó el vigilante mientras cerraba la puerta de cristal.

—¡Siempre tan observador! —exclamó el hombre—. Si fuese tan amable de subírselo al despacho cuando acabe su turno, sería estupendo que al llegar mañana lo encontrase en la mesa. Esto es para usted —concluyó alargando la mano.

—¡Hombre, hombre! ¡Qué detalle! Es Chinchón seco especial. Sí, señor, el mejor

añís. Como mandan los cánones. Le tiene que haber costado encontrarlo, porque ya no lo hacen. Ahora mismo me acerco a la cocina y nos tomamos una copita, ¿le parece?

—¡Por supuesto, Cosme! Nada mejor que tomar una copa con usted.

Pasados unos minutos el vigilante volvió sonriente con las copas en la mano. Tomó la botella, la abrió con manifiesto entusiasmo y sirvió el añís.

—Ya veo que tiene usted frío. Este mes está siendo demasiado crudo —dijo Cosme paladeando, como lo hace un experto catador, el líquido incoloro—. Hacía tiempo que no se veía un invierno con estas temperaturas tan extremas.

—¿Cómo sabe que tengo frío? —preguntó el hombre.

—No se ha quitado los guantes —contestó Cosme mirando sus manos.

—¡Cierto! Es que he venido en moto y aún no he entrado en calor. Ya sabe usted, los pies y las manos son el termostato del cuerpo..., y la nariz —contestó carcajeándose—. En la moto se le queda a uno la nariz como un témpano. Aunque los montañeros dicen que es la cabeza la que antes pierde temperatura. Pero yo creo que lo que antes se congela no son las ideas, sino los pies. Curioso, ¿no cree?

—Mi madre, como gente criada en el campo, decía que por la cabeza es por donde antes se pierde el calor. Creo que los montañeros tienen razón; ése es el verdadero motivo de que se inventara la boina. —Ambos sonrieron—. Si uno tiene la cabeza fría en verano, apenas tiene calor, pero si la tiene fría en invierno se congela. Tómese un buen trago, verá usted cómo la graduación especial de este añís le quita la friolera. Este licor hace milagros —dijo Cosme llevándose la copa a los labios—. Exquisito, una delicia. Casi un pecado.

—¿Tendría usted un cafetito? —preguntó el hombre.

—¡Por supuesto!

—¿Lo tiene hecho? No quiero que se tome la molestia de hacerlo exclusivamente para mí.

—¿Molestia?, no diga usted tonterías. Un placer diría yo. Voy por una tacita. ¿Solo o con leche?

—Solo por supuesto —contestó.

Cuando Cosme salió de la recepción, el hombre sacó de su bolsillo una pequeña cápsula y la vació en la copa del vigilante.

—Su café. Solo, como me dijo. Y su trabajo, ¿cómo le va? —preguntó Cosme mientras se tomaba el contenido de la copa de un trago.

—Pues no tan bien como desearía, pero mejor de lo que esperaba...

Trascurridos unos minutos el vigilante comenzó a notar una ligera pérdida de conciencia que le obligó a apoyarse en el mostrador. Su acompañante sonreía mientras clavaba su mirada en los ojos del hombre sin mostrar ningún signo de alarma o de preocupación. Cosme intentaba seguir aferrado al tablero, sin embargo,

sus piernas parecían no obedecer los impulsos nerviosos que mandaba su cerebro. Pretendía comunicarse con su interlocutor, pero de su boca sólo salía un balbuceo. Abría y cerraba los ojos con insistencia, apretando los párpados con fuerza, como si todo aquello le pareciese una alucinación y con el forzado parpadeo intentara volver a la realidad. El hombre, quieto frente a él, sosteniendo la taza de café con su mano derecha, lo miraba con una indiferencia insultante al tiempo que imitaba de manera histriónica la angustia del vigilante, convirtiendo el sufrimiento en una escena de burla. Cosme pareció percatarse de lo que estaba sucediendo, de que la pasividad del hombre era premeditada, y con su mano derecha intentó coger el teléfono, mientras que con la izquierda quiso pulsar el botón de alarma. No llegó a conseguir ninguna de las dos cosas y se desplomó sobre el suelo. Allí, al lado del mostrador, con los ojos abiertos, permaneció unos instantes, contemplando cómo el individuo le miraba desde arriba sin dejar de sonreír, hasta que la figura pareció emborronarse y Cosme perdió el conocimiento.

El hombre arrastró el cuerpo hasta la pequeña cocina. Abrió el paquete que el vigilante había creído que era un regalo para Carlos y sacó de su interior unos guantes de goma negros, un martillo, un envase de plástico lleno de clavos, unas tijeras de podar y un infiernillo que enchufó a la red eléctrica. Cuando éste estuvo al máximo de su potencia, puso los guantes negros en las manos de Cosme y las apoyó sobre el aparato eléctrico presionando con fuerza. Así permaneció unos minutos, después le quitó los guantes y sacó una bolsa de plástico del bolsillo interior de su chaqueta. Con ella cubrió la cabeza de Cosme que falleció por asfixia. Antes de proseguir con su macabro plan comprobó que el vigilante estaba muerto y luego le seccionó la yugular con el bisturí. Con las tijeras de podar amputó uno a uno los dedos de la mano derecha de la víctima, a excepción del pulgar. Después clavó los dedos cortados en un tablón que había junto a una fotocopiadora, ubicada en un pequeño pasillo que conducía a la cocina. Tras formar la letra «A», se dirigió hacia la pila, introdujo los guantes en ella, abrió el grifo y dejó que el chorro de agua cayese sobre ellos. Se dirigió a la entrada, cogió la copa de anís de la que había bebido, la taza de café y las introdujo en una bolsa de plástico...

Llevado por la avaricia, Tomás había dado un buen repaso a todos los despachos de la planta superior. Viendo lo provechoso que le había resultado el recorrido, decidió continuar su «paseo» por el resto del edificio. Cuando bajaba los peldaños que conducían a la primera planta, escuchó unos golpes secos. Se detuvo unos minutos, sopesando la conveniencia de seguir con sus planes o dar por concluido el trabajo extra. Los golpes cesaron y Tomás decidió arriesgarse. Adela le había dicho que en el edificio sólo estaba el vigilante, y él, acostumbrado a las andanzas nocturnas en domicilios privados y empresas, se movía como un ocelote en la selva; cuando no

quería dejarse ver, era imposible que alguien advirtiera su presencia. Tras comprobar que el vigilante no estaba en el mostrador de la recepción, se aproximó sigiloso a la puerta de la cocina. La escena que contempló le hizo olvidar el motivo por el que se encontraba en el edificio; le hizo olvidar lo que nunca había olvidado: que lo primero de todo era salir ileso de cualquier situación.

—¡Hijo de puta! Hijo de la gran puta ¡Le has matado! —gritó inmóvil el muchacho, mientras dejaba caer uno de los objetos substraídos al suelo.

El hombre giró la cabeza hacia la puerta. Tomás había sorprendido al asesino extendiendo la sangre de su víctima por la superficie de los guantes de cuero marrón que cubrían sus manos, como si ésta fuese una crema hidratante.

—Curioso —exclamó el asesino mirando de frente a Tomás, al tiempo que desplazaba su mano derecha hacia el bisturí que había encima de la mesa—, un asesino y un ladrón. Esto es literatura para adultos. ¿Quién se comerá a quién? —preguntó irónico levantando la mano y lanzando el bisturí a la cara del muchacho.

El objeto le atravesó el ojo derecho. Tomás cayó aturdido al suelo. El asesino se dirigió a él y apretó con fuerza el cuello del muchacho.

—Eres un jodido y miserable ladrón ¡Qué vulgaridad tener que matar a un delincuente! No tiene nada de excepcional; a los medios de comunicación les interesan poco vuestras muertes. Las consideran acontecimientos de poca relevancia. Para todo hay que tener clase, de lo contrario eres un don nadie, uno más del inmenso montón. Para todo, hasta para matar hay que ser original. Mira que me jode tener que matarte, pero no me has dejado otra opción...

—No me mate. No diré nada. ¡Lo juro por mi madre! No diré nada —gritaba Tomás estremeciéndose de dolor—. Se lo suplico, ¡por lo que más quiera, déjeme vivir!

El hombre sacó el bisturí del ojo de Tomás y le seccionó la yugular; el cuerpo cayó boca abajo. El asesino esperó unos momentos hasta que cesaron las convulsiones y le dio la vuelta al cadáver. Se agachó y le quitó la mochila, la abrió y examinó el contenido.

—¡Será gilipollas! Jugarse la vida por unos cuantos bolígrafos y unos mecheros. —Hizo una pausa al ver el sobre—. ¿Qué coño es esto? —murmuró. Abrió el sobre y vio la copia de la obra de suspense que el joven acababa de robar. «¡Qué cabrón! Está jugando al mismo juego. Esto se pone interesante», pensó mientras guardaba la novela en el interior del sobre. Cogió la bolsa de plástico con la copa y la taza y salió de la editorial.

*Jueves, 14 de febrero de 1998*

Aquella noche Abelardo regresó a las cinco de la mañana. Su aspecto era descuidado, algo tan inhabitual en él como lo era la hora de su retorno. A pesar de la baja temperatura del exterior, sólo llevaba puesta la camisa; la cazadora descansaba sobre el hombro derecho, sujeta por su mano en un ademán despreocupado. Los vaqueros tenían pequeñas salpicaduras de sangre y los guantes de piel marrón que llevaba en una mano también tenían manchas rojas. Parecía nervioso, más desasosegado de lo que venía siendo habitual en él en esos últimos tiempos. Su mirada tenía una expresión entre iracunda y perdida.

Adela lo esperaba en el salón. Cuando lo vio entrar se sobresaltó:

—¡Por Dios! ¿Qué ha pasado? Sabía que había sucedido algo; nunca has estado fuera de casa hasta tan tarde —dijo acercándose a su marido con evidentes muestras de preocupación—. ¿Has tenido un accidente? ¿Qué ha pasado?

—No entiendo por qué te muestras tan preocupada cuando antes dijiste que me marchase, que te daba igual lo que yo hiciese... ¡Qué curioso! No dejas de sorprenderme —respondió dejando los guantes manchados sobre la mesita baja—. He estado en La Caña Vieja. ¿Adónde creías que iba a ir? Yo soy previsible, no como tú.

—Estaba asustada. Creo que es lógico que esté preocupada teniendo en cuenta lo que está sucediendo. Además, es la primera vez que te vas sin decirme adonde. Son las cinco de la madrugada, y llevo demasiado tiempo sin saber nada de ti, ¿no crees?

—¿Acaso ahora vuelvo a importarte?

—¿Me vas a decir qué te ha pasado? Tienes los vaqueros y los guantes manchados de sangre. ¿Qué ha ocurrido?

—Tranquila, tu coche está como nuevo. Imagino que es eso lo que de verdad te preocupa, tu espléndido descapotable. Pues está bien, a excepción del parabrisas que tiene un ligero color encarnado, todo está en su sitio.

—¡Abelardo! Ya está bien —gritó enfadada.

—Volví cruzando el campo. Me apetecía dar un rodeo, pensar, poner las cosas en orden, y un búho se me atravesó en el camino. Debieron desorientarlo las luces del coche. Lo cierto es que literalmente se estampó contra el cristal delantero. Tuve que quitarlo. Ni una triste gamuza, ni un maldito *kleenex*, no encontré nada para retirar al pájaro de los cojones del parabrisas. Eso es lo que ha pasado: me he cargado un búho que sangraba como un cerdo. Aún tengo el estómago hecho una mierda.

—A quién se le ocurre ir por un camino de tierra en plena noche. Podías haber tenido un accidente más grave. Estás demasiado nervioso, deberíamos hablar y

aclarar las cosas de una vez.

—Cada día tenemos menos de que hablar —respondió Abelardo, y sin mirar a su mujer se dirigió a la cocina. Tiró los guantes al cubo de la basura, se quitó los vaqueros y los metió en el cesto de la ropa sucia. Adela permanecía en el salón, esperando a que su esposo regresara para hablar con él.

—¡Hasta mañana! ¡Qué descanses! —dijo él sin mirar hacia donde estaba su mujer, y acto seguido subió por la escalera para ir al dormitorio.

Aquella madrugada se recibió una llamada anónima en la redacción de un periódico de tirada nacional. Fue efectuada desde una cabina del Paseo de la Castellana de Madrid. Una voz masculina con acento sudamericano comunicó al personal el doble asesinato que se acababa de cometer en la editorial de Carlos; el desconocido hizo hincapié en que la muerte de una de las víctimas, a la que calificó de ladrón, había sido circunstancial. La policía de homicidios se personó en el lugar de los hechos quince minutos después de que el personal del periódico comunicase la recepción de la llamada.

El edificio permaneció precintado hasta última hora de la tarde. Los alrededores, así como las calles adyacentes, estuvieron invadidos por fisgones y un gran número de personal de los medios de comunicación, los cuales intentaban con ahínco hacerse con más información del suceso. Un coche patrulla se desplazó al domicilio del editor. Carlos fue requerido por la policía en el lugar de los hechos. Dos horas después, el editor telefoneaba a su domicilio y le pedía a su mujer, aún impresionado por lo que acababa de ver, que se pusiese en contacto con Abelardo. María así lo hizo:

—Adela, soy María —dijo la mujer del editor sollozando.

—¿Qué te pasa? —preguntó Adela.

—Tengo que hablar con Abelardo. Carlos me ha pedido que le llame.

Adela, alarmada, llamó a su marido.

—María, ¿estás llorando? —preguntó Abelardo.

—Sí. ¡Es horrible! ¡Horrible!

—¿Qué ha pasado? ¿Carlos está bien?

—Sí, está bien. Han matado a Cosme. Le asesinaron de madrugada. El forense certificó la hora del fallecimiento sobre las cuatro de la madrugada.

—Pero ¿qué dices? ¿Ha sido un robo?

—Le han matado igual que mataron a Teresa y a Eugenia; le han seccionado la yugular. —Abelardo enmudeció—. Y eso no es todo. Hay otro cadáver, es el de un joven que al parecer, en esos momentos, estaba robando en el edificio. Aún no se le ha identificado.

—¡Dios mío! —exclamó Abelardo asustado.



—Carlos me ha dicho que te pongas en contacto con el inspector que lleva el caso de Teresa y de Eugenia. Quiere que tengáis cuidado. Cree que el asesino de Cosme es el mismo que el de Teresa y Eugenia. Está bastante preocupado por vosotros, tanto que a pesar de que la policía le ha exigido que no diga nada, me ha pedido que os llamara inmediatamente.

—María, no sabes lo que te lo agradezco. ¿Necesitas que vayamos a tu casa?

—No. He llamado a mi madre, debe estar a punto de llegar. Gracias. Tened cuidado, mucho cuidado —dijo María.

—No debes preocuparte por nosotros. Si necesitáis algo, lo que sea, no tienes más que decirlo. Estamos a tu disposición...

Adela observaba a su marido intentando adivinar qué había sucedido. En el mismo instante en que Abelardo colgó el teléfono le preguntó inquieta:

—¿Qué ha pasado?

—Han matado a Cosme.

—¿Al vigilante de la editorial? ¿Por qué? ¿Cómo?

—Nadie lo sabe. Como nadie sabe por qué mataron a Teresa y a Eugenia —contestó Abelardo sentándose en la cama—. Le han matado del mismo modo que a ellas, exactamente igual.

—¡Imposible! Tiene que ser un malentendido. El asesino es Constantino y está detenido.

—¿Tú crees? Pues según lo que me ha contado María, parece que el crimen ha sido cometido por la misma persona; las circunstancias son las mismas... Y eso no es todo. Hay una segunda víctima. Un joven que estaba robando en la editorial y que aún no ha sido identificado. —Abelardo hizo una pausa y miró fijamente a su mujer.

—No. ¡No puede ser! —exclamó Adela llevándose las manos a la cabeza.

—Creo que sí. Creo que ese ladrón es el mismo al que tú pagaste para cambiar la copia de la obra. Creo que por algún motivo no pudo hacerlo el día que le dijiste y lo hizo anoche, con tan mala suerte que se ha encontrado con el criminal.

—¡No puede ser!

—Lo es... Ahora la obra está en el escenario del crimen, y la policía científica nos relacionará con los asesinatos sin ningún esfuerzo. Hemos vuelto a equivocarnos. Todo se complica cada vez más, como en la peor de las pesadillas.

—Te estás precipitando. Cosme puede haber sido víctima de un atraco. Lo más probable es que esto no tenga nada que ver con los crímenes anteriores; aún no conoces las circunstancias reales. Sólo sabes lo que Carlos le ha dicho a María. ¡Nada más!

—No me hace falta saber nada más. Estoy seguro de que lo ha hecho la misma persona. María me ha dicho que a Cosme le han seccionado la yugular. Además, estoy convencido de que si Carlos le ha dicho a su mujer que nos llamara, es porque

el vigilante tiene los dedos amputados. Yo le comenté que el asesino les había cortado los dedos a Teresa y a Eugenia

—¿Le dijiste lo de los dedos? ¡Estás loco! Has revelado datos del sumario que no han sido dados a conocer ni por la prensa. Espero y confío en que no le dijese nada de la novela.

—Tú eres la menos indicada para censurarme. ¿Recuerdas? Te falla la memoria, se te olvida que has ocultado pruebas, que desde el primer momento te has opuesto a dar la novela a la policía, y que eso fue lo que nos convirtió en cómplices de un asesino en serie. Todo eso sin tener en cuenta que contrataste a un ladrón que seguramente ha perdido la vida por doscientas mil pesetas de mierda. Los dos hemos cometido varios delitos. Nos hemos vendido al diablo. Si la policía encuentra la copia de la novela estaremos perdidos. El asesino no ha hecho más que empezar. ¡Créeme! Está siguiendo al pie de la letra la maldita novela. Ha matado al vigilante de la editorial; en mi obra el asesino mata al vigilante de la facultad. Es terrible que ese hombre siga libre. Ni la policía, ni nosotros tenemos idea de quién puede ser... Y eso no es eso todo. Lo peor, lo que más me preocupa, es que la próxima víctima puedes ser tú —dijo Abelardo mirando fijamente a su mujer.

Adela sintió un escalofrío.

—¿Por qué dices eso? —preguntó asustada.

—Porque ése es uno de los datos que cambié primero. Mi asesino tiene un cómplice al que convierte en su cuarta víctima, y el cómplice del asesino de mi obra era la mujer del catedrático, el hombre al que quería destruir. Tú, querida, eres mi mujer y yo soy el principal objetivo del asesino de esta historia infernal que estamos viviendo...

—Abelardo, yo soy tu mujer, pero no soy cómplice del asesino. ¿Acaso estás volviendo a acusarme? —dijo Adela.

—Ahora no sirven las lamentaciones. Deberíamos haberlo pensado antes. Ya es demasiado tarde. Ambos somos cómplices, aunamos nuestros esfuerzos para ocultar la existencia de la obra... Pero eso ya no importa, ahora es demasiado tarde para dar marcha atrás, ¿no crees?

—¡Has perdido la cabeza! ¡No entiendo lo que dices! ¡No entiendo nada!

—Es sencillo. La persona que está cometiendo estas aberraciones cuenta con alguien que le está ayudando en la sombra y esa persona eres tú. Le has ayudado desde el primer crimen y has hecho todo lo posible para protegerlo. Has estado borrando las huellas del camino, borrando su rastro... y lo has hecho a conciencia, sabedora de todas y cada una de las consecuencias y él se ha aprovechado bien de tus intervenciones. Nunca nadie hubiera imaginado una cómplice tan perfecta como tú.

En ese instante Adela recordó que su marido había regresado a casa una hora antes de que llamase María. Abelardo seguía mirándola fijamente mientras ella, en

silencio, con la cabeza gacha, relacionaba los acontecimientos.

Abelardo se había marchado sin decirle a donde iba, algo que nunca había hecho. Recordó la sangre en los vaqueros, los guantes manchados, su mirada iracunda, el burdo vocabulario que había utilizado para explicarle lo que le había sucedido y su exagerado nerviosismo ante lo que había sido un simple percance. Abelardo era un hombre de hábitos, que medía sus actos, que controlaba su temperamento y sus impulsos. El orden era la base de su vida, por ello no acostumbraba a salirse de la rutina. Del mismo modo, siempre era muy prudente cuando iba al volante, por lo que cuando a su regreso le dijo que había tomado un camino de tierra para volver a casa, Adela se extrañó, pero pensó que lo habría hecho debido a su estado de alteración por la discusión que habían mantenido. Pero ahora, al tratar de relacionar todo lo que había sucedido, pensó que tal vez su marido le había mentado sobre el accidente con el búho, y que quizá tuviera razón y ella estuviera facilitando el camino al asesino, puesto que..., sopesó la posibilidad, el asesino podía ser él, Abelardo.

Él seguía mirándola, esperando una respuesta, una reacción de su esposa, pero Adela no levantaba la cabeza, permanecía con la mirada fija en el suelo, ausente, asustada, preguntándose qué debía hacer, qué debía decir.

—¿Qué piensas? —le preguntó Abelardo—. ¿No vas a decir nada? Sabes que tengo razón. Aunque te pese, la tengo. Desde el primer momento la tuve. Estamos en un agujero oscuro, muy oscuro.

—¿Dónde has estado? —preguntó Adela.

—¿A qué viene esa pregunta? No estamos hablando de dónde he estado.

—¿Dónde has estado? —volvió a preguntar Adela.

—Ya te lo dije cuando volví; en La Caña Vieja.

—Sólo vas allí cuando piensas escribir. Y ahora no estás preparando nada.

—No, claro que no. Desde que decidiste que había que robar la copia, dejé de preocuparme de unas rectificaciones que no eran necesarias. Pero has de saber que también voy cuando necesito evadirme de todas las estupideces e imprudencias que me rodean. Esta vez lo necesitaba. Puedes explicarme adonde quieres llegar, porque no entiendo nada.

—Puede que tu salida de esta noche no sea una simple coincidencia. Afirmas con demasiada seguridad que yo seré la próxima víctima. Antes de irnos a Ibiza también fuiste a La Caña Vieja. Desde el primer momento has dicho con demasiada seguridad que Constantino no era el asesino; sin embargo, no dudaste en implicarle. Estoy segura de que tú también tienes algo que ocultar, algo importante, que Constantino sabe, de no ser así no habrías consentido que le señalásemos como el culpable. Y no sólo eso, a pesar de no estar de acuerdo conmigo, has aceptado mis decisiones, aunque es verdad, como has dicho muchas veces, que no siempre parecían muy coherentes. Tú no eres tan dócil, tan manejable, no lo has sido nunca, no en cosas

como éstas, tus principios te pueden...

»Sé que me ocultas algo, que mientes, lo sé porque también te dejas llevar por los intereses, en el fondo somos iguales. Si no tuvieses algún interés importante en todo esto, no habrías movido un solo dedo. Eres igual de ambicioso que yo, pero entre los dos hay un gran abismo que nos separa. Tú no has sido sincero y yo lo he sido desde el principio. Lo único que he hecho ha sido ponerte a salvo. Proteger nuestros intereses —dijo Adela dirigiéndose a la puerta.

—¿Me estás acusando de asesinato? ¿Estás insinuando que puedo ser el que ha matado a todas esas personas? ¡Esto es increíble! ¿Cómo puedes pensar que soy el asesino?

—Creo que eres capaz de todo, como cualquier persona. Nadie conoce a nadie. Has podido matar a Cosme y al ladrón y pagar para que matasen a Teresa y a Eugenia. Es posible que te hayas vuelto loco, o que persigas más popularidad, no lo sé. El morbo hoy en día funciona mejor que cualquier campaña publicitaria. Tal vez vayas buscando más popularidad, y no digo que hayas escogido el camino más idóneo, pero desde luego sí el más rápido. Te permites dudar de mi inocencia, pero aquí no se salva nadie. Nadie, querido. Nunca olvides que no te pierdo de vista ni un solo segundo, que cuando tú vienes yo ya he ido y he vuelto varias veces. No vayas a pesar que no tengo una salvaguarda para todos mis actos, incluso para lo que tú puedas estar planeando, no lo olvides —dijo Adela histérica.

—Me has interpretado mal... Siempre te pierdes en tus conjeturas. Sólo pretendo ponerte a salvo; no quiero que te ocurra nada. Pero si desconfías de mí hasta esos extremos, si estás tan segura de lo que has dicho, ¡llamemos a la policía! No tengo ningún problema en entregarme, lo único que quiero es que estés a salvo. Debes salir de aquí. Estoy seguro de que estás en el punto de mira del asesino —dijo Abelardo mientras tomaba el auricular del teléfono y se lo ofrecía a su mujer.

—No pienso llamar a nadie; antes voy a buscar la copia de la obra. Voy a entregar a los de homicidios la novela. Estoy convencida de que ocultas algo y ya todo me da igual. Tengo miedo... Creo que ya no puedo confiar en ti.

—¿Qué novela? —preguntó Abelardo irónico, riéndose entre dientes.

—Tu novela.

—No hay novela. Quemaste todas las copias en la chimenea, y la única que quedaba era la del despacho de Carlos. Tenías razón cuando me recriminabas mi forma obsoleta de trabajar. Si hubiera utilizado un ordenador, si no trabajara sólo con máquina de escribir, ahora podría tener una copia, pero ya ves; entre mi manera arcaica de trabajar y tu forma visceral de actuar, estamos atrapados. Ahora no sabemos si la única copia que quedaba continúa en el despacho de Carlos. Gracias a ti la novela ya no existe, ¡jamás se escribió! No podemos decir nada de ella porque nadie nos creerá, ni a ti ni a mí. Si ahora le dices a la policía lo que hará el asesino,

serás culpable, porque él hará exactamente lo que estaba escrito y la policía pensará que tú eres quien está pagando a alguien para que cometa los asesinatos. Nos convertiremos en sospechosos. No entiendes que este hijo de puta, gracias a ti y a mi estupidez al hacerte caso, nos ha metido en un callejón sin salida. ¡Ahora estamos solos! Lo único que podemos hacer es cuidarnos mutuamente. Lo único que podemos hacer es todo lo contrario de lo que tú has dicho. Sólo nos queda rezar para que la novela no estuviera en las manos del ladrón cuando la policía entró en la editorial.

»Por otro lado, yo también podría dudar de ti y acusarte de los asesinatos, igual que lo has hecho tú conmigo, porque tú has estado sola toda esta noche y estuviste de compras todo un día antes del viaje a Ibiza. Hace tiempo que dudo de tu inocencia, ¡es cierto! Tu interés en no dar a conocer la existencia de la obra siempre me ha parecido demasiado obsesivo. Nunca hubiera imaginado que tu ambición llegase a esos extremos. Pero ahora es lo que menos me preocupa. Ese maldito ha vuelto a matar; sigue llevando a la realidad la trama de la novela... y estoy asustado. Tengo la certeza de que intentará matarte, créeme, sé que lo intentará. Está jugando con nosotros, está jugando con la policía, estoy convencido que todo esto sólo es un divertimento para él. Tenemos que buscar una solución. Tenemos que protegernos mutuamente, salir de esta jaula lo antes posible. Estamos atrapados; de una forma u otra saldremos perjudicados. Hay que buscar una salida; tiene que haber una salida que permita que todo esto nos salpique lo menos posible.

Adela se acercó a su marido y situándose frente a él dijo:

—Cuando has dicho que la próxima víctima sería yo, he sentido mucho miedo. ¡Me has asustado! He perdido la confianza en ti. Es cierto. Te comportas de una forma demasiado agresiva. A veces me pareces un desconocido. No puedo evitarlo.

Abelardo se levantó y abrazó a su esposa.

—Ese asesino ha conseguido involucrarnos en sus crímenes —dijo acariciando la cabeza de su mujer—. Ya no podemos hacer nada; únicamente rezar para que no vuelva a matar, para que ninguno de los dos sea su próxima víctima. Ahora, más que nunca, debemos guardar silencio. No debemos hablar con nadie de *Epitafio de un asesino*. Ahora, Adela, es cuando no podemos decir que existe. Sería la mayor locura que podríamos cometer. Sería nuestra condena, seguro que arruinaría nuestra vida. Ahora tenemos que luchar contra el asesino, jugar a su mismo juego, y hacerlo juntos; si consigue separarnos habrá ganado, créeme, por una vez en tu vida haz caso de lo que te digo.

—¿Qué haremos si el ladrón que ha aparecido muerto es Tomás? ¿Qué haremos si llevaba encima la novela cuando le mataron? ¿Qué haremos si la policía ha encontrado tu obra? —preguntó Adela.

—Si es así, no nos quedará más remedio que confiar en que la policía nos crea y, por supuesto, nunca y bajo ningún concepto debemos desvelar que tú destruiste

pruebas; que te deshiciste del bisturí, del martillo, que quemamos las copias de la obra y menos aún que contrataste a ese hombre para que robase el ejemplar. Es la única copia del manuscrito que existe. Que la policía establezca paralelismos entre los crímenes de la novela y lo que está sucediendo, es otro tema. Quizás en ese caso el perjudicado sería Carlos, al ser él quien tiene el ejemplar desde que se cometió el primer homicidio. La policía podría considerarlo sospechoso. Y lo cierto es que yo en alguna ocasión he pensado en él como posible asesino; lo hice hasta que me di cuenta de que faltaba una de las copias. Si el manuscrito está aún en la mesa de Carlos, yo me encargaré de recuperarlo. Se lo pediré. Después de la llamada de María tengo que ir a la editorial, aunque ella diga que no necesitan nada, debo ir.

—¿Cómo puedes haber dudado de Carlos? —preguntó Adela contrariada—. No puedo entenderlo.

—Tú lo has dicho hace unos minutos: nadie está a salvo. Sé que no es capaz de semejante barbaridad, pero todo este asunto es demasiado grave y hace que nos sintamos inseguros y dudemos unos de otros. He ido descartando posibles sospechosos, y Carlos era uno de ellos. Sé que es deshonesto por mi parte, pero tienes que entenderlo. ¿Acaso no has dudado tú de mí?

—Sí, pero no es lo mismo. Cuando asesinaron a Teresa, Carlos ni siquiera había tenido tiempo de hojear la novela, incluso aunque hubiera pensado hacerlo. Además, él es incapaz de semejante atrocidad.

Abelardo miró de soslayo a su mujer. Le parecía exagerada la forma en que defendía la inocencia del editor, teniendo en cuenta que tan sólo hacía unos instantes había dudado de él, que era su marido. A ella le parecía que Carlos, su editor, era más de fiar que su propio esposo. Las dudas volvieron a surgir, pero esta vez se las guardó para sí.

—No adelantemos acontecimientos —dijo cambiando de conversación—, debemos esperar a ver qué pasa. Cuando estemos seguros de dónde está esa copia, veremos lo que hay que hacer. Ahora he de marcharme. Creo que es mi deber estar con Carlos en estos momentos...

Abelardo se puso en marcha, no sin antes dar instrucciones, muy concretas, al personal de seguridad de la finca para que nadie entrase en el domicilio sin ser previamente identificado. En el momento en que abandonó la finca Adela se acercó al garaje. Quería comprobar que las explicaciones que le había dado Abelardo eran ciertas; pero contrariamente a lo que acostumbraba a hacer, se había vuelto a llevar el descapotable cuando solía utilizar el todoterreno. Adela una vez más repasó la sucesión de los hechos, cuán extraño había sido el comportamiento de su esposo en las últimas horas... Volvió a la casa y se dirigió al cesto de la ropa sucia, sacó los pantalones y revisó los bolsillos. Miró con detenimiento las gotas de sangre y buscó

algún rastro de plumaje que diese verosimilitud a la explicación que Abelardo le había dado, a fin de acabar con sus dudas, pero no encontró nada en los vaqueros que pudiera confirmar que el accidente con el búho había ocurrido, y tampoco halló nada, aparte de sangre, en los guantes que su marido había tirado a la basura.

Su desconfianza iba en aumento. Asustada por las palabras que momentos antes había pronunciado su esposo, llegó a sopesar la conveniencia de analizar los restos de sangre que había en la ropa, pero la descartó. Ningún laboratorio haría tal cosa sin informar de ello a la policía. Sin embargo, como solía ser habitual en ella, no dejó ningún cabo suelto. Guardó los vaqueros y los guantes en una bolsa de plástico y los escondió en un lugar seguro.

Nadie sabía lo que podía acontecer y tal vez aquello fuese un seguro de vida.

Cuando Abelardo llegó a la editorial eran las doce de la mañana. La policía aún seguía con las pesquisas. Tuvo problemas para acceder al edificio hasta que consiguió ponerse en contacto con Carlos, que bajó a buscarlo. El editor estaba visiblemente afectado por lo sucedido. Su indumentaria descuidada hacía que pareciese aún más demacrado:

—No sabes lo que te agradezco que hayas venido. Llamé al personal, a todo el personal, la policía me dio su permiso. He estado toda la madrugada llamando por teléfono. No quería que nadie viese nada, nada. Ha sido horrible. He tenido que reconocer el cadáver, he tenido que verlos a los dos. Nunca habría podido imaginar que algo así pudiera suceder aquí, en mi casa, porque ésta es mi casa. No creo que lo supere, no podré superarlo nunca. Nunca, Abelardo, nunca...

—Debes tranquilizarte. Entiendo cómo te sientes, he pasado por esto, sé lo que es, créeme. Debes prepararte, tendrás que hacer más de una declaración. Tienes que ser fuerte. Y dime, el otro cadáver, ¿ha sido identificado?

—Estaba indocumentado. Había robado varios objetos que apenas tienen valor, bolígrafos y esas cosas. Había estado en todos los despachos. Cada cosa pertenece a uno. Entró por esta ventana. La policía dice que la forzó con una palanca y que se enganchó con una correa de cuero que encontraron dentro de la mochila que había junto al cuerpo. Creen que sorprendió al asesino y éste le mató. Han hablado de una llamada a un periódico que se realizó desde La Castellana. No hago más que pensar en la sangre fría que hay que tener para cometer semejantes atrocidades... y, luego, llamar a un periódico para contarlo. ¡Qué horror!

Abelardo miraba de forma disimulada la mesa del despacho de Carlos, intentando localizar el sobre con la novela sin que su editor percibiera su intranquilidad. Hacía grandes esfuerzos en centrarse en lo que le estaba contando, pero encontrar esa copia era demasiado importante para él y le resultaba difícil mantener su atención.

—Estoy preocupado por ti —dijo Carlos.

—Lo sé.

—Todos sabemos que ese asesino es un psicópata, que los tres asesinatos están relacionados. El inspector y el comisario me han dicho que se trata de la misma persona. No hay duda, ¡ninguna duda! Y tengo miedo de que te pase algo. Es evidente que ese loco va a por ti.

—Sí, yo también lo creo —contestó él—. Después del asesinato de Eugenia me di cuenta. Pero no puedo hacer nada, sólo rezar para que todo acabe. Éste no es el primer caso de un asesino psicópata. La historia está, desgraciadamente, llena de ellos.

—Ha hecho una letra con los dedos.



—¿Cuál ha sido esta vez? —preguntó Abelardo.

—El muy cabrón ha formado una «A» con los dedos.

—Creo que no deberías darle más vueltas. Debes tranquilizarte y no contarle a María ningún detalle. Evita que sufra más de lo necesario y que tenga miedo. Eso es lo más importante, por el momento. No te atormentes más. Hemos de confiar en que la policía lo coja pronto.

—Le he dicho a María que se vaya unos días con su madre a la sierra. No quiero que esté en Madrid. Tengo miedo.

—Lo mismo me pasa a mí con Adela. ¡Estoy aterrorizado!

—La policía me ha garantizado vigilancia, pero no más de una semana —dijo Carlos.

—Yo estoy pensado en irme unos días fuera de Madrid con Adela. A Santiago quizá, así yo aprovecharía para hacer las rectificaciones de la novela... Incluso en el caso de no salir fuera de Madrid sería un buen momento para comenzar con la reescritura. Ya que estoy aquí, si te parece, me llevo la copia que te di —dijo Abelardo.

—Por supuesto, no hay ningún problema —dijo Carlos abriendo el cajón de la mesa. Sacó un sobre y se lo entregó—. Toma. ¿Sabes?, no dejo de pensar en que ese joven que han matado perdió la vida por unos simples bolígrafos, por unas cuantas chorradas que no tenían valor. No me hubiese importado no recuperar nada a cambio de que los dos estuviesen vivos.

—La vida de una persona es algo irremplazable. El resto de las cosas siempre se pueden sustituir. ¿Has llamado a Goyo? —preguntó Abelardo.

—Sí, no creo que tarde en llegar...

Abelardo y Goyo estuvieron con Carlos hasta que se hizo el levantamiento de los cadáveres. Cuando la policía de homicidios se retiró, Abelardo se despidió de Carlos y regresó a su casa. Adela le esperaba inquieta junto al teléfono.

—¿Por qué no me has llamado? —le recriminó—. Estoy histérica.

—Si no lo he hecho ha sido porque no he podido —respondió él alargando su mano derecha y ofreciendo a su mujer el sobre cerrado que le había entregado Carlos.

—¿Es la novela? ¡Dime que lo es! El ladrón no era Tomás, ¡lo sabía! —exclamó Adela confiada.

—Aún no lo he abierto. No he tenido valor para hacerlo. Respecto al ladrón, todavía no ha sido identificado.

Adela cogió el sobre, segura de que en su interior estaba la copia de *Epitafio de un asesino*, pero no fue así. Lo abrió con rapidez y sacó el ejemplar. Su cara, tras leer el título, cambió bruscamente de expresión. Le dio la obra a su marido sin decir una palabra. Él leyó en voz alta el título que figuraba en su portada:

—*Los feudos*. —Abelardo reflexionó—: Si el ladrón que han asesinado no es Tomás, puede que éste cambiara las copias antes de que se cometieran los asesinatos y que esta mañana *Epitafio* esté en el apartado de correos... Creo que, por el momento, no debemos alarmarnos.

—¿Y si el muerto es Tomás? —preguntó Adela aterrorizada—. ¿No crees que sería demasiada coincidencia que hubiese dos ladrones el mismo día?

—Si el muerto es Tomás, lo más probable es que la copia de la novela esté en poder del asesino. Si la tuviera la policía, ahora estaríamos en comisaría prestando declaración... O tal vez no. Sería demasiado pronto para que les hubiera dado tiempo a relacionar la obra con los asesinatos. Primero la tendrían que leer...

—Estoy asustada. Bastante asustada.

—No podemos hacer nada. Sólo nos queda esperar. Nos lo merecemos. Todo es culpa nuestra. Absolutamente todo. Hemos caído en la trampa. Nos hemos dejado llevar por nuestra avaricia. Ahora sólo debemos ir con cautela, dejar que sea el asesino quien siga dando los primeros pasos. Ante todo hemos de procurar que la policía no sospeche nada; dejemos que sean ellos los que hagan las conjeturas... Es mejor que sigan creyendo que estamos sumergidos en una total ignorancia. Es mejor que el asesino tenga la copia a que la encuentre la policía. Contra él aún nos quedan armas, pero la policía nos ganaría la partida. En el momento que leyese la obra, sabrían que hemos ocultado su existencia, y ése sí que es un problema real, ahora lo es —dijo guardando la novela histórica.

La policía judicial se puso en contacto con Abelardo aquella misma noche. El matrimonio fue informado de la retirada de los cargos contra Constantino. Los teléfonos de la mansión fueron intervenidos con el consentimiento del escritor y dos agentes de paisano se instalaron en los alrededores de la finca. Desde aquel momento Abelardo Rueda supo que sus sospechas no estaban infundadas. El asesino estaba convirtiendo en realidad todos y cada uno de los asesinatos que se cometían en su obra. La próxima víctima podía ser cualquiera de ellos. El viernes de aquella semana Adela y él se desplazaron a Madrid para comprobar el contenido del apartado de correos que ella había abierto, y aquella misma tarde decidieron cancelarlo al enterarse por los medios de comunicación de la identidad del ladrón.

—Pobre Tomás, pobre muchacho —dijo Adela al leer la prensa.

—Si tú no hubieses ido a su casa a contratarlo para que robara en la editorial, hoy estaría vivo. No intentes hacerme creer que tienes escrúpulos. Ninguno los tenemos, ninguno de los dos —contestó en tono de reproche Abelardo.

—Me estás acusando de su muerte, indirectamente lo estás haciendo.

—Indirectamente no es una definición correcta. Lo correcto sería decir que somos realmente los culpables de que ahora esté muerto. Una cosa es no tener escrúpulos y

otra es hacer creer que uno los tiene, eso resulta aún más grave... Hasta en términos legales el hecho de no reconocer un delito es agravante y reconocerlo resulta atenuante. No sé si tú te has parado a pensar en todo lo que ha sucedido, en lo diferentes que podrían haber sido los acontecimientos si tú y yo no hubiésemos sido tan egoístas, tan irresponsables. Todo hubiese sido sencillo, muy sencillo, sólo habría que haber aguantado acusaciones infundadas, ya que no éramos culpables de nada. Pero ahora sí. Ahora sí somos culpables. Hemos antepuesto nuestra estabilidad a la ley, a la honestidad, a la vida de personas inocentes. Durante todo este tiempo no he dejado de pensar en lo que hemos hecho y, también, en lo que no hemos hecho, y estoy convencido que tanto Tomás como Eugenia seguirían vivos si nosotros hubiéramos actuado como debíamos.

—Puede que en parte tengas razón, pero todo depende de cómo se mire. No pienso estar media vida discutiendo mi inocencia y la tuya. Ya hemos pasado bastante... Ese hombre ya ha jugado demasiado con nosotros. El único hijo de puta es él; el único asesino es él. Además, aunque en este caso, los asesinatos han sido cometidos por una sola persona, dime cuántas muertes hay en el mundo de las que todos somos partícipes y consentidores. Muchas, demasiadas, y todos dormimos tranquilos. Nadie se plantea qué debería haber hecho para evitarlas, porque siempre se puede hacer algo. Incluso en términos legislativos hay responsabilidades que no se depuran nunca. Defectos de forma que ponen a criminales en la calle, informes que dan por reinsertado a un asesino que a los pocos días de estar en libertad vuelve a matar, y así sucesivamente. Me importa una mierda todo, Abelardo. Lo único que quiero es salir de ésta y retomar mi vida. Desde el primer momento tuve claro lo que quería, y sigo teniéndolo ahora. En estos momentos lo que más me preocupa es que ese tipo intente matarme... Algo que no había pensado antes. Jamás hubiera imaginado que la cadena de crímenes continuaría y que nuestras vidas pudiesen correr peligro. Eso es lo que me preocupa, no la responsabilidad moral que pueda tener en los hechos. La moral es un invento estúpido, no existe, sólo se utiliza cuando se necesita, y cambia según las necesidades de cada uno —dijo Adela alzando la voz.

—Sé que nunca reconocerás que te has equivocado. Eres demasiado orgullosa. Pero el asesino nos está ganando la partida, y eso es lo que debes tener presente a partir de este momento. Hemos entrado en su juego como los corderitos en el matadero. Ha hecho enroque. Nos está avisando. Su próximo movimiento será jaque mate. Está claro que la copia de la novela la llevaba Tomás, ya que nosotros tenemos la que tenía Carlos en su despacho, lo que indica que el chico ya había hecho el cambio cuando lo mataron. Y como la policía no la ha encontrado, es evidente que la tiene el asesino, quien seguramente habrá deducido que contratamos a Tomás para que la robase. Está claro que es más inteligente de lo que pensamos. Lo tiene todo medido; desde el comienzo lo tiene todo bien pensado. Juega con ventaja, una ventaja

que nosotros le hemos dado.

—Eso ya lo sabemos —contestó Adela—, está claro. Y lo que también está claro es que el objetivo principal de ese asesino eres tú. Los tres crímenes se han cometido de la misma manera, inspirados en los que tú describes en tu obra. No sabemos qué intenciones, aparte de matar, tiene este individuo. Lo único que está claro es que está loco, completamente loco, y que actúa según los dictados de su mente deformada. Pero todos cometemos fallos, y los psicópatas más. Se dejará llevar por su afán de notoriedad, y ello le llevará directamente a las manos de la policía. Tarde o temprano le cogerán, estoy segura. Cuanto más nos obsesionemos por lo que ese hombre pueda hacer, más nos cegaremos y más difícil nos resultará tomar las decisiones adecuadas. Él está intentando hacernos perder el control de la situación. Como tú bien dices, está jugando. Pues bien, si eso es lo que quiere, jugaremos.

—Quizá no busque notoriedad, tal vez sólo quiere que nosotros sepamos lo que es capaz de hacer. Es posible que no esté loco, ¿no lo has pensado? No sólo los locos cometen asesinatos. Tal vez no le cojan nunca, o nos mate antes de que le veamos en presidio —dijo Abelardo pensativo.

—Ya sé que para matar no hace falta estar loco, sólo hay que buscarse un motivo, eso, o ser un hijo de puta. Pero está claro que éste está loco. —Adela hizo una pausa—. Intentemos recobrar la normalidad, volver a retomar nuestra rutina, nuestra vida. No haremos nada que interfiera en las labores de investigación. A todos los efectos la novela no existe, así que nadie conoce cuál es el motivo que ha desencadenado todos estos acontecimientos.

—Mañana subiré a La Caña Vieja —dijo Abelardo

—¿Quiere eso decir que vuelves a escribir?

—Sí. Pero esta vez en mi obra no habrá asesinatos.

—Cometerías un error si hicieses semejante tontería. Sabes que las ventas de tus obras se han disparado desde que escribes *trillers*. Creo que deberías seguir haciéndolo.

—A veces dices cosas terribles. Si no te quisiera como te quiero, no sé... Sabes de sobra que ese tipo de literatura no me gusta, que nunca me ha gustado.

—¡Escúchame! No voy a consentir que tires tu carrera por la borda. No pienso dejarte...

Aquel sábado del mes de febrero un hombre vestido con traje negro y sombrero de piel marrón depositaba un sobre rojo en uno de los buzones de Plaza Castilla. El martes siguiente el mayordomo de la finca de Abelardo Rueda recogía la correspondencia del buzón y se la entregaba a Adela.

—Señora, ¿le dejo la correspondencia en el salón?

—No, ¡deme! La iré clasificando mientras acabo el desayuno.

Adela comenzó a separar las cartas. Cuando pasó las tres primeras, el sobre que quedó ante sus ojos hizo que se paralizase. Sin parpadear, ni retirar la vista de aquella carta dirigida a su marido, en la que el nombre del destinatario y la dirección estaban rotulados en negro con una exquisita perfección y elegancia, cogió el cuchillo de la mermelada y, después de limpiarlo con la servilleta, rasgó la solapa. Sacó el folio y lo extendió para leerlo. Las palabras que había escritas decían:

Génesis 6

El Diluvio

Al ver Dios que era muy grande la maldad del hombre en la Tierra y que todos los pensamientos de su corazón tendían siempre al mal, se arrepintió de haber creado al hombre en la Tierra...

Padre, ¿también te arrepientes de Tu creación?

Las piernas de Adela golpearon la superficie interior de la mesa y el vaso con el zumo de naranja cayó al suelo, pero ella ni tan siquiera se movió. Seguía con la mirada fija en las palabras que había escritas en el papel, releendo una y otra vez el texto. Claramente alterada llamó a gritos a su marido, por lo que el mayordomo salió de la cocina para ver qué sucedía.

—¿Le ocurre algo?

—No; gracias, Juan. Es que se me ha caído el zumo. ¿Sabe dónde está mi esposo? Parece no oírme.

—Está en el jardín; si quiere voy a buscarle.

—No se moleste, ya voy yo.

Adela recorrió el jardín hasta llegar al viejo olivo. Apoyado en su tronco estaba Abelardo haciendo un boceto a lápiz de las montañas.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado al ver la expresión tensa de Adela.

Ella no dijo nada, extendió su mano temblorosa y le dio el papel. Después se sentó y mirándole a los ojos esperó su respuesta.

—Sólo el diablo juega con los pensamientos y la imaginación de las personas. ¡Quiere destruirme! Estaba en lo cierto. Tiene la copia, y sabe que intentamos recuperarla. El anónimo no puede ser más claro. Va a por mí, y no parará hasta conseguir su propósito —dijo Abelardo tras leer el texto.

—Es evidente —contestó Adela—, pero imagino que no le dejarás jugar contigo.

Debes ser fuerte. Sólo intenta impresionarnos; está claro lo que quiere. Su único fin al mandar este texto es aterrorizarnos y lo ha conseguido, pero no debe saberlo, no debe saber que estamos asustados.

—Estoy más asustado de lo que estaba... Estoy obsesionado con él —contestó Abelardo abatido.

—Debemos darle el anónimo a la policía, como hicimos con los anteriores. El texto no nos compromete, al contrario, nos beneficia. Nos protegerán, porque este anónimo nos hace menos sospechosos aún ya que demuestra de una manera más clara y directa que ese asesino nos tiene en su punto de mira. No pierdas el control. Yo también estoy impresionada, muerta de miedo, pero veámoslo desde el ángulo más favorecedor —dijo Adela.

—¿Sabes una cosa? Estoy seguro de que se saltará una letra.

—¿Por qué? ¿También cambiaste eso?

—Sí. Ya te dije que en mi obra el asesino cuenta con un cómplice, la mujer del catedrático. A ella le corresponde la letra «G». Imagino que el psicópata que nos está haciendo la vida imposible, tendría pensado formar esa letra con el pulgar y el índice de su víctima, tal como describo en mi obra, haciendo un único corte con los dos dedos unidos. Pero el caso es que el asesino de la novela se lía con la mujer del catedrático para después matarla. Así pues, como es evidente que ese tipo está siguiendo la obra al pie de la letra, estoy seguro de que tú estás fuera de peligro, porque no tienes ni has tenido ninguna relación con él. Por tanto, no habrá dedos que formen la letra «G», porque no tendrá la víctima adecuada para ello. Además, si hubiese querido escribir esa letra, lo habría hecho con los dedos de Tomás. Es algo a lo que llevo dándole vueltas desde ayer. Tomás le habría venido como anillo al dedo. Habría matado dos pájaros de un tiro y formado dos letras más; hubiese sido perfecto, pero no, no lo hizo porque está siguiendo la obra concienzudamente. Intenta que sus crímenes sean iguales a los de la novela; ése es su principal objetivo. Sabe que así acabará volviéndome loco, haciéndome sentir el responsable de sus macabros asesinatos, porque, tal vez, si yo no hubiese escrito *Epitafio*, nada de esto estaría sucediendo... Es impresionante cómo está jugando conmigo. Me asusta... —dijo Abelardo llevándose las manos a la cabeza.

—No lo había pensado. No me había parado a pensarlo. Tienes razón, Tomás fue asesinado de forma diferente; es cierto.

—Estoy tan arrepentido de haber escrito esa maldita obra. Ese hombre es el diablo. Estoy convencido de que lo es.

—Debemos llevar el anónimo a la policía, pero antes debes calmarte un poco. Piensa que llegarán más cartas como ésta o puede que peores. El asesino está demostrando que es muy inteligente. Tenemos que estar preparados para lo que está por venir. Sin embargo, sigo estando segura de que nuestra mejor manera de

defendernos de él es impedir que sepa que ha conseguido atemorizarnos. No debe saber cómo y de qué manera nos afectan sus demoníacas palabras.

—Nunca volveré a estar en paz conmigo mismo. ¡Nunca más lo estaré! —dijo el escritor mientras se levantaba y descolgaba el teléfono para llamar a la policía.

Los días restantes de aquel nefasto mes de febrero pasaron sin más incidentes, a excepción de la desconfianza que iba incrementándose entre ambos. Aquello no sólo había variado su modo de vida, no sólo les había puesto en la cuerda floja al haber cometido graves delitos, también había afectado mucho a su relación. Ambos estaban sufriendo en su interior una oscura y silenciosa metamorfosis, una transformación irregular, antinatural... En su interior el gusano no daba lugar a la mariposa, sino que de la mariposa surgía el gusano, y éste no formaba seda, sino desconfianza y putrefacción, impregnando todos sus pensamientos de la podredumbre y el hedor que la suspicacia genera. La difidencia entre ambos era una constante; ninguno podía controlar sus celos. Las sospechas surgían en cualquier momento, alimentadas por el más pequeño de los detalles. La figura del asesino estaba presente en cada uno de sus pensamientos, diurnos y nocturnos. Sin domicilio, sin nombre, sin cara, sin gestos, sin olor, sin coordenadas que seguir, todo en él estaba desdibujado, como una sombra. Y ninguno de los dos soportaba seguir ignorando la identidad del asesino, porque ello les hacía dudar del otro profundamente... Él criminal parecía conocerlos a la perfección, tanto que podría ser cualquiera de ellos dos.

Adela intentó recobrar el orden que siempre había imperado en su vida sin olvidar ni por un momento que Abelardo era su cómplice y eso tenía una relevancia extrema para ella: no lo olvidaría y no tendría reparos en utilizarlo en caso de necesidad. Para Adela el fin justificaba los medios. Consideraba que su actitud no había sido irresponsable; sólo a efectos legales, sólo en el caso de que alguien diese a conocer su implicación, sería sometida a un juicio de valor, del que estaba segura saldría indemne.

Abelardo, por el contrario, estaba cada día más obsesionado. Intentaba, pero no podía, librarse de la lacra que le suponía su participación en los hechos. Se consideraba tanto o más culpable que su esposa. Sólo él conocía los verdaderos motivos que le habían llevado a actuar así. Sólo él sabía por qué se había dejado llevar por Adela, las verdaderas razones por las que, en apariencia, ella parecía dominarle. Llegado a este punto comprendió que si él había sido capaz de mantener a salvo su secreto, su mujer podía estar jugando al mismo juego. Comenzó a tomar notas, a generar hipótesis sobre la posible implicación de Adela en los asesinatos y los motivos que pudiera tener para engañarle. Volvió al punto de partida y se encerró aún más en sí mismo. Sin embargo, la quietud de las últimas semanas le hizo albergar esperanzas de que tal vez todo hubiese terminado. A pesar de su aparente calma, del

sosiego que exteriorizaba, se negó a asistir a ningún acto público.

Una vez que el editor dejó de ser requerido por la policía, Carlos y María se marcharon a Galicia.



## Capítulo 2

*Marzo de 1998*

El uno de marzo Arturo Depoter se desplazó a Madrid. El motivo de su viaje era comprar dos clínicas de odontología en el sur de la capital. Sus ansias de monopolio habían traspasado el Mediterráneo. Sus planes iban adquiriendo forma. El deseo de poder de Arturo no se centraba únicamente en las posesiones materiales, sino que abarcaba todos los ámbitos de la vida. Fiel seguidor de los pasos de su antecesor, se había convertido en algo más que su alumno. Arturo era la fotocopia genética de su progenitor: sus pensamientos, sus deseos, su forma de actuar eran iguales a las de aquél. Cada nuevo triunfo, cada nueva adquisición, le hacía sentir una necesidad aterradora y enfermiza de más poder.

Por otra parte, su situación económica y social, su exquisita educación, su cuerpo atlético, sus facciones varoniles, además de su desfachatez a la hora de expresar sus deseos sin el más mínimo recato, le habían hecho irresistible para todas las mujeres que se habían cruzado en su camino.

Aquel primero de marzo llamó a Adela. Quería volver a estar con ella, instalarse en su alma, tomar posesión de su deseo carnal y hacer como había hecho con cada una de sus amantes, avivar su ansia de sexo para que le resultase imposible prescindir de él. El odontólogo sabía que aquella vez era diferente. Adela le había hecho sentir más placer que ninguna otra mujer. Ella no había quedado satisfecha, porque se asemejaba demasiado a él, y eso despertaba en Arturo una codicia desmesurada que nunca había sentido. Le henchía de necesidad. La carestía de su sexo se estaba convirtiendo en algo insoportable. Él era un cazador, pero esta vez la presa no se había dejado embaucar con el cebo. Adela se lo había comido y después había sonreído irónica y, al tiempo, sus ojos le habían dicho: «Espero que la próxima vez haya más y mejor carnada». Por primera vez, Arturo, había probado el sabor de la adrenalina durante una cacería furtiva. Esa posesión temporal, prohibida, le había creado una adicción que le provocaba una urgencia casi enfermiza de volver a sentirse el cazador. Una necesidad angustiosa y vital de satisfacer sus deseos libidinosos con Adela. Quería poseerla. Por ello, nada más llegar a Madrid la llamó.

—Acabo de llegar a Madrid. ¿Cómo estás?

—No muy bien.

—Lo imaginaba. Me enteré por la prensa y por Goyo de lo que había pasado, por eso, nada más bajar del avión, te he llamado. Aún estoy en la terminal. ¿Estás sola?

—Sí. Abelardo ha salido.

—Podrías venir a recogerme y después ir a comer juntos —sugirió Arturo.

—¿Ir al aeropuerto? No. ¡Ni hablar! Estoy demasiado lejos del aeropuerto. Desde el último asesinato no he ido sola a ningún sitio. ¡Tengo miedo!

—Quedemos, pues, en el centro.

—Mejor en Moncloa. En el intercambiador, ¿te parece? —dijo Adela.

—De acuerdo. ¿A las dos?

—Con una condición, debo estar de vuelta a las diez. Abelardo llegará sobre esa hora.

—Me gustaría estar más tiempo contigo. Déjale una nota. Dile que pasarás el día conmigo.

—No puedo decirle que estoy contigo; sabe que estuvimos juntos la noche de fin de año. No sé cómo se pudo enterar, pero lo sabe. Está seguro de ello.

—¿Y qué? ¡A nadie le importa lo que nosotros hagamos! A mí lo único que me importa es lo que tú pienses... ¿No te gustó?

—Por supuesto que me gustó. Pero yo estoy casada con él. Tú no eres mi marido. De mi relación dependen muchas cosas, deberías entenderlo. No me voy a jugar todo lo que tengo por una simple aventura.

—Sin embargo te gustó acostarte conmigo. Lo suficiente como para volver a repetirlo, lo bastante como para, en ese momento, jugártelo todo. De todas formas, no entiendo qué tiene de malo el que uno se deje llevar por sus instintos carnales. ¡No pienso renunciar a acostarme contigo! Aunque te negases a estar conmigo ahora, seguiría intentándolo. Si hoy nos vemos, haremos el amor, y me importa un carajo que Abelardo lo sepa.

—Lo sé, te conozco, pero a mí sí me importa, ¿entiendes? Si no lo entiendes, no nos volveremos a ver —dijo tajante Adela.

—Si tú no quieres que tu marido lo sepa, por mi parte puedes estar tranquila... Princesa, no traigas mucha ropa, con algo liviano será suficiente...

Adela estacionó el coche en el vial del Ministerio del Ejercito del Aire. Subió muy despacio las ruedas derechas sobre la acera, conectó las luces de avería y echó un vistazo desde dentro del vehículo a los alrededores. No vio a Arturo, así que inclinó el cuerpo, cogió un cigarrillo del bolso y lo encendió. «Me jodería tener que empezar a dar vueltas», pensó mientras veía cómo se aproximaba un coche patrulla. El automóvil pasó de largo.

—¡Gracias a Dios! —murmuró mientras se alejaban los municipales.

Conectó la radio y procedió a dar un toque de color a sus mejillas. Llevaba una camisa de seda rosa palo semitransparente que dejaba ver con claridad el fino sujetador de hilo blanco. Sus pechos se juntaban insinuantes. Entre el pequeño espacio de los dos senos un collar de pequeñas perlas se hundía una y otra vez llevado por sus movimientos. Su balanceo era tan erótico que el blanco collar parecía

tener vida propia. El roce era tan sutil que el abalorio se sugería consciente y en cada movimiento parecía exhalar un pequeño sonido rebosante de placer. Sus piernas, largas y finas, estaban descubiertas hasta los muslos, y ella, consciente de su beldad, las juntaba y separaba con insistencia provocativa. Adela sacó el diminuto frasco de esencia en aerosol y, acercándolo a sus orejas, descargó sobre ellas unas ráfagas del perfume. Después bajó la mano hacia las piernas e inclinó el bote dentro de su falda, apretó dos veces el difusor, miró el reloj con insistencia y repasó una vez más su carmín. En ese momento alguien golpeó el cristal de la ventanilla derecha, la mujer giró la cabeza sonriente esperando ver al odontólogo tras el vidrio...

—¿Doña Adela? —preguntó el joven.

—Sí, soy yo.

—Don Arturo le manda este ramo de flores. ¿Sería tan amable de firmarme la nota de entrega?

—Por supuesto —dijo Adela, mientras miraba hacia atrás esperando ver aparecer a Arturo.

—¡Gracias, señora! ¡Qué sea usted muy feliz! —dijo el muchacho.

Adela miró el ramo de rosas naranjas y buscó la tarjeta que estaba prendida a un lazo verde oscuro, la arrancó y empezó a leer: «Siento tener que retrasar la cita hasta las veintiuna horas. Pero te diré que en compensación la mejor suite del Hotel Palace está esperándote. Sus sábanas son suaves y tienen el mismo color que estas rosas. Habitación doscientos cincuenta. Si nadie nos ve, nadie podrá decir que nos ha visto. Si tú no quieres que nadie lo sepa, nadie lo sabrá. Arturo».

Adela rompió la nota y la tiró fuera del coche, introdujo un CD en el aparato reproductor y subió el volumen. Ante el imprevisto cambio de horario, decidió pasar el resto del día en su peluquería habitual. Después comió en un restaurante cercano al hotel. Cuando llegó al Palace le dio las llaves al aparcacoches y entró en la recepción. Las miradas del personal se clavaron en ella. Adela cubrió sus pechos con el echarpe del mismo tono azulón que su escueta y ceñida falda y caminó despacio hacia Arturo. En su mano derecha llevaba el gran ramo de rosas. El pequeño bolso de mano colgaba de su antebrazo.

—¡Estás exquisita! El azulón te sienta bien. ¿Lo llevas todo del mismo color? —le susurró al oído.

—¡Tal vez no lleve nada! —contestó ella sonriendo.

Arturo le besó la mano y los dos se dirigieron al ascensor. La subida a la habitación fue tranquila y silenciosa. Adela le miraba sonriendo mientras con su mano derecha se colocaba el echarpe y, discretamente, rozaba sus pechos con un movimiento insinuante. Arturo seguía placentero el juego dejando que los movimientos de su mano le excitasen.

Cuando entraron en la habitación Adela dejó caer el ramo de rosas en el suelo, bajó los brazos y el chal se desprendió de sus hombros y cayó a sus pies, junto al bolso. La cama estaba abierta. Las sábanas eran de raso naranja. El odontólogo la llevó de la mano hasta el baño y, allí, despacio, sin decir ni una sola palabra, la desnudó. Adela se dejó hacer. Con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, sentía cómo Arturo la iba despojando lentamente de la ropa. Él estaba situado detrás de ella y sus brazos la rodeaban sin rozar su cuerpo. Primero le quitó la blusa de seda, después el sujetador y, finalmente, comenzó a acariciar con sutileza sus pechos, haciendo más profundo el roce cuando sus manos cubrían los pezones. Adela respiraba profundamente, el deseo comenzaba a despertarse en ella ansioso, enfermizo.

Arturo bajó la cremallera de la angosta falda y se agachó tirando al mismo tiempo de la prenda hacia abajo. Guiada por él, ella, sin abrir los ojos, levantó primero un pie y luego el otro para que él pudiera quitarle los zapatos. Arturo comenzó entonces a deslizar sus manos por las delgadas piernas en un movimiento ascendente, hasta llegar a la ropa interior. Entonces sus dedos tomaron posesión del pubis. Sus caricias lentas y experimentadas hicieron que Adela sintiese un placer inconmensurable. Ella, todavía con los ojos cerrados, se tumbó despacio y en silencio en el suelo del baño. Arturo siguió acariciando su empeine. El movimiento llegaba al clítoris y descendía hasta la vagina. Adela se estremecía, su cabeza giraba de izquierda a derecha sobre las frías y duras losetas del suelo. Tras unos minutos jadeó con insistencia al tiempo que apretaba la mano de él contra su cuerpo. Entonces Arturo se desnudó...

A las diez llamaron a la puerta.

—¡La cena, señor! —dijo el camarero desde el exterior.

—¿La cena? —exclamó Adela—. Pero ¿qué hora es?

—Son las diez —contestó Arturo que permanecía desnudo en la cama al lado de ella, mientras que con su mano pasaba una de las rosas entre las piernas desnudas de Adela.

—Debería estar en casa. Abelardo habrá llegado.

Arturo se puso el batín y se dirigió a abrir al camarero.

—Llámale. Invéntate una coartada... Lo de la coartada lo digo por ti no por mí —dijo irónico.

Adela se echó a reír.

Mientras cenaban, ella pensaba en la explicación que le daría a su marido; Arturo sonreía excitado ante la situación. Entonces Adela dijo:

—¡Ya está! ¡Ya lo tengo!

—¿Sabes lo que le vas a decir?

—Por supuesto.

—¿A qué lo adivino? Si lo hago, ¿qué me darás a cambio?

—Nada, porque es imposible que lo adivines —dijo ella desafiante.

—¿Me darás más sexo, pero cómo y cuándo yo quiera? Si lo adivino, ¿serás por unas horas mi concubina?

—Ya lo soy. ¿Qué más quieres? Pareces un chiquillo.

—No lo parezco, lo soy. Para mí es muy importante que me respondas... Dime, si lo adivino, ¿harás lo que yo te diga aunque lo que te pida no suponga ningún placer para ti? Eso es lo que quiero. Tener la posesión de tus deseos, obligarte a reprimirlos. ¿Te parece poco atractivo?

—No entiendo muy bien qué es lo que te propones.

—Poder, el poder absoluto sobre ti es lo que quiero. Quiero sentir placer sin que tú lo sientas... Si lo adivino, harás que me excite, pero no te dejaré hacer nada con lo que tú puedas disfrutar; sólo te permitiré la contemplación de mi éxtasis. Tendrás que reprimirte.

—Lo que me pides es imposible. Sabes que sólo con mirarte me excito. No podría soportar tener que reprimir mis deseos.

—Precisamente por eso me gusta. Quiero ver cómo te mueres de ganas, cómo suplicas un orgasmo. ¿Jugamos? Acepta el reto. Si no aceptas, pensaré que eres una cobarde.

—Está bien, pero con una condición. Si no lo adivinas, seré yo quien te exija a ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arturo entusiasmado.

—Si no lo adivinas, tú harás que yo estalle de placer haciendo todo lo que te pida, pero yo no te dejaré que sientas nada hasta que me lo supliques.

—Es justo. Acepto. Dame los folios —dijo Arturo señalando el escritorio. Adela se levantó y cogió dos folios y un bolígrafo con el anagrama del hotel—. ¿Quién escribe primero?

—Yo —contestó Adela, y escribió en el papel: «Reservaré una habitación aquí, suponiendo que haya alguna libre. Si no la hay, haré una reserva en otro hotel. Llamaré a casa y le diré a Abelardo que venga y, evidentemente, haremos el amor».

Adela dobló el folio y le tendió el bolígrafo a Arturo, él lo cogió y escribió: «Le dirás que estás con alguna amiga y que te has retrasado».

—Ya está. Y bien... ¿quién lo lee primero? —inquirió Arturo levantándose de la mesa mientras se ponía detrás de la mujer y le acariciaba los pechos.

—Hagámoslo los dos a la vez. ¡Toma! —dijo Adela extendiendo su nota hacia Arturo al tiempo que él le daba la suya. Ella leyó lo que él había escrito y se echó a reír.

—¡Estás loca! Creía que tenías muy claro que no querías que se enterase de lo nuestro.

—Y no lo haré.

—¿Piensas acostarte con él esta noche?

—¡Por supuesto! —contestó Adela cogiendo el teléfono—. No olvides que me debes unas horas de deseo egoísta. Es una pena, hoy debo aplazar el cobro de tu deuda.

Adela habló con recepción e hizo la reserva de una habitación a su nombre. Arturo la observaba desnudo con una copa llena de cava rozando sus labios, sorprendido una vez más por la frialdad de ella, una frialdad que le parecía enormemente atractiva. Adela colgó el teléfono y marcó el número de su casa.

—Abelardo, cariño...

—¿Dónde estás? Llevo en casa desde las nueve. Estaba asustado. He preguntado a los de seguridad y me han dicho que saliste por la mañana. ¿Dónde andas? —Él miraba la pantalla del teléfono digital sin reconocer el número de origen de la llamada—. ¿Dónde estás? —volvió a preguntar.

—Estoy en el Hotel Palace. He reservado una habitación. Quiero pasar la noche aquí, contigo. Hace tanto que no estamos solos fuera de casa. ¡Coge el coche y ven!

—¿Qué has hecho durante todo el día? No me digas que has estado en el hotel.

—He ido de compras. Comí y después me compré un ramo de rosas naranjas... Ven, quiero hacer el amor contigo... La habitación está reservada para dos días. Necesitaba cambiar de aires, ambos lo necesitamos.

—Está bien, salgo ahora mismo. ¿Qué número de habitación tenemos?

—La doscientos cincuenta. Voy a intentar que nos sirvan la cena a las once y media... ¿Crees que para entonces habrás llegado?

—A las doce estoy allí. Antes, aprovechando que bajo a Madrid, haré una gestión que tenía pendiente.

Adela colgó el teléfono y se inclinó sobre el pecho de Arturo, mientras metía uno de sus dedos en la copa de cava para después introducirlo en su boca.

—¿Cómo puedes decir que no quieres que Abelardo sepa con quién estás si en realidad él no te importa lo más mínimo? —dijo Arturo.

—Me importa muchísimo —contestó Adela levantándose de la cama.

—¿De verdad piensas hacer el amor con él?

—Ya te he dicho que sí. Es mi marido. Eso no quita que me guste probar cosas diferentes de vez en cuando —contestó mientras se vestía.

—Por eso te acuestas conmigo, porque soy diferente.

—Me acuesto contigo porque me das placer. Me acuesto contigo, igual que lo haces tú. Nuestras necesidades son las mismas, nos satisfacemos mutuamente, sin más —dijo Adela tirando las bragas a la papelera con un ademán despectivo. Después acarició con sus labios el pene del hombre—. Si vuelves a Madrid, llámame. Éste es mi número de teléfono móvil. No llames a casa... Ha sido fantástico. No olvides que

quedamos emplazados. Te gané la apuesta.

Adela formalizó la reserva de la habitación contigua a la de Arturo. Cogió las llaves y miró el reloj. Eran las once. Cuando subió a la habitación se encontró con Arturo en el pasillo.

—¿Te vas? —le preguntó.

—No. Iba a buscarte a recepción. He recibido una llamada de mi padre. En el edificio que tiene en La Castellana han encontrado el cadáver de una mujer. Creen que es el de una inquilina de uno de los pisos. Me ha pedido que vaya allí. Él está en Caracas y no puede venir.

Adela escuchaba estupefacta las palabras de Arturo.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿un accidente? —preguntó Adela.

—No. Creo que se trata de un asesinato.

—¿Qué número es? —preguntó Adela.

—El doscientos cincuenta. Si no recuerdo mal, tu marido me dijo, cuando estuvisteis en Ibiza, que vosotros vivíais en La Castellana antes de comprar la finca, en el edificio de mi padre. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. Lo alquilamos en su inmobiliaria. Carlos nos llevó a ella. No sabíamos que era de tu padre.

—¡Lo que es el destino! —contestó Arturo—. Vosotros viviendo en el edificio de mi padre y yo sin saberlo, con la de descuentos que os podría haber hecho, y visitas, sobre todo visitas... —dijo sonriendo con ironía mientras rozaba con sus dedos los labios de la mujer.

—¡Vete a la mierda! —contestó Adela retirando la mano del odontólogo de sus labios.

—Aún no me conoces. Qué poco sabes de mí. Te has molestado por una simple broma. No era mi intención incomodarte. Me voy. Espero que todo esto acabe pronto. ¿Sabes?, nunca he soportado ver a un muerto.

—Arturo, ¿en qué piso ha pasado? Me refiero a que si sabes dónde vivía la víctima.

—Era una inquilina reciente; creo que llevaba viviendo un mes en el edificio. ¿Por qué?

—No sé por qué me han venido a la cabeza los asesinatos de Eugenia y Teresa...

—¿No creerás que tiene algo que ver? Éstos no son los únicos crímenes que se cometen en Madrid. No te vuelvas una paranoica. A ver si ahora vas a pensar que todos los crímenes que se comenten tienen relación entre sí. Sería insensato por tu parte, una estupidez. Sólo conseguirías incrementar tu estado de ansiedad. Sabes que, desgraciadamente, se cometen muchos asesinatos todos los días. La mayoría no salen a la luz pública porque la prensa no les da relevancia. Éste será uno más de tantos; que haya sucedido en el mismo edificio donde vosotros vivíais no tiene nada de



peculiar. Espera para ver de qué se trata. Yo sólo sé lo que me ha dicho mi padre, y él tampoco estaba en el lugar del suceso. ¡Cálmate!

—Lo sé. Es sólo que me ha parecido demasiada coincidencia que sea en el mismo edificio... ¿De verdad no sabes el piso?

—Adela, te repito que no creo que tenga que ver con vosotros. Ha ocurrido en un ático.

—¡Un ático! —exclamó horrorizada—. El nuestro era un ático; vivíamos en uno de los áticos.

—Adela, cálmate. Estás empezado a preocuparme. En el edificio hay varios áticos. Si sigues así de alterada, me quedaré contigo hasta que venga Abelardo.

—¡No! Márchate. Se me pasará. Tienes razón. Todo esto es una estupidez. No sé lo que me pasa, no sé por qué lo he relacionado todo; ha sido como un fogonazo, como una premonición.

—¿Estás segura de que no quieres que me quede? —insistió.

—Segurísima. Y no olvides que no hemos estado juntos; no olvides lo que te he dicho: nadie debe saber que nos vemos, nadie.

Adela entró desconcertada en la habitación. Le parecía demasiada casualidad el lugar donde había sucedido el crimen. Se sentó sobre el escabel aturdida y dejó que el tiempo transcurriera. A las doce, Abelardo llamó a la puerta y ella fue a abrir semidesnuda. Adela besó a su marido y le llevó hasta la cama, mientras le iba desabrochando la hebilla del cinturón hasta que la cinturilla de los pantalones se aflojó y éstos cayeron sobre sus zapatos impidiéndole seguir andando. Entonces se inclinó y comenzó a besar las piernas desnudas de su mujer. Minutos más tarde alguien golpeó a la puerta de la habitación.

—Sí, ¿quién es? —preguntó Abelardo.

—Soy el botones, señor. Traigo un ramo de rosas que su mujer se ha dejado en recepción.

En ese instante Adela recordó que ella no había sacado las rosas de la habitación de Arturo. Era evidente que el mismo Arturo se las había entregado al botones y le había dicho que dijese que ella las había olvidado en recepción. Tembló pensando en la posibilidad de que el odontólogo le hubiese preparado alguna trampa en venganza por la frialdad con que lo había tratado al final.

—Son tus rosas. ¿Cómo es posible que estuvieran en recepción? Dijiste que llamabas desde la habitación.

—Te llamé desde recepción. Entenderías que lo hice desde aquí.

—¡Es posible! —contestó él pensativo mientras se dirigía, con gesto de desconfianza, hacia la puerta.

—Aquí tiene, caballero —dijo el botones entregándole el ramo de rosas a

Abelardo, que lo contemplaba estupefacto.

—¡Gracias!

Abelardo se dirigió hacia el interior del dormitorio con el inmenso ramo de flores en sus manos. Cuando Adela lo vio, se quedó pálida e intentando disimular dijo:

—Tengo la memoria fatal. Olvidé pedir un juego de sábanas de más. Ya da igual, queden como queden, dormiremos igual de bien... ¡Ven! Pon las rosas aquí, sobre la cama; hagamos el amor encima de ellas... —dijo insinuante, al tiempo que se quitaba la poca ropa que llevaba encima.

—Un momento, un momento. Tú dijiste que habías comprado rosas naranjas, éstas son rojas. Tan rojas que parecen estar sangrando.

—Abelardo, ¿cómo iba a decirte que eran naranjas? Compré rosas rojas. Rosas de invernadero, sin espinas en su tallo. Las que siempre compro. Creo que estabas tan preocupado por mi ausencia que no te enteraste de nada. Menos mal que entendiste bien el nombre del hotel y el número de la habitación.

—Adela, recuerdo bien lo que me dijiste. Lo recuerdo porque me chocó el color de las rosas. Es más, pienso que el ramo es excesivamente grande. Esto te tiene que haber costado una fortuna, casi no puedo con él.

—Nunca has controlado mis gastos. Se me ocurrió llenar la cama de flores y hacer el amor sobre los pétalos húmedos. Pero... tú como siempre fastidiándolo todo —dijo gimoteando—. Parece mentira que seas escritor. Tu imaginación sólo funciona cuando te pones frente a esa vieja, antiestética y ruidosa máquina de escribir, nada más. Sin tus teclas eres como todos: vulgar, muy vulgar.

Abelardo quitó el papel transparente del ramo y desprendió las ramitas de panícula que lo bordeaban. Extendió las flores por la base de la cama; después secó las lágrimas que caían de los ojos de Adela con sus dedos y comenzó a besarla. Ella se dejó llevar por las caricias de su marido mientras pensaba: «Este hijo de puta de Arturo me las va a pagar ¡Me las pagará!».

## 2

El odontólogo encontró la última planta del edificio, propiedad de su padre, tomada literalmente por la policía de homicidios. Uno de los agentes le pidió la documentación y, tras consultar a su superior, le permitió el paso. Hacía varios años que Arturo no se dejaba ver por allí, por eso Genaro no le reconoció.

—Que mala memoria tiene usted. Mire que no acordarse de mí. ¿Tanto he envejecido? —dijo Arturo con chanza.

—Discúlpeme, el que ha envejecido soy yo. Usted está hecho todo un señor... ¡Vaya que si lo está! ¡Qué desgracia! Es una desgracia tener que vernos en estas condiciones. ¡Es horrible! No sabe usted que atrocidad le han hecho a la pobre Isabel. Era tan joven... Y guapa. Guapa lo era un rato. Estaba terminando la carrera de empresariales; ayer sin ir más lejos me dijo que éste era su último año. Sus pobres padres vienen de camino. Son de Santander. Del mismo Sardinero. La pobre mía les echaba tanto en falta —dijo compungido.

—Desgraciadamente no se pueden prever estas atrocidades —contestó Arturo palmeando la espalda del portero.

—Sí, señor; sí se puede. Yo se lo dije, yo le dije que ese novio tan raro con el que venía no me gustaba. No daba ni los buenos días. La educación dice mucho de las personas. Mi mujer siempre lo decía. Parecía el mismo demonio, todo de negro, con un sombrero de piel marrón calado hasta las cejas, y unas gafas de sol muy grandes. No se le veía la cara. Aún recuerdo sus labios; los llevaba pintados. Para mí que era un heterosexual de esos...

—Homosexual... Si se refiere a los hombres que les gustan los hombres se dice homosexual. Heterosexuales son los que sienten atracción por el sexo contrario —dijo Arturo sonriendo.

—Pues eso, que era un poco raro. Tal vez era transformista, pero ir pintado no es muy normal en un hombre. La muchacha, Isabelita, decía que era un bohemio, un pintor. Sí, recuerdo que dijo que pintaba muy bien. Mire, don Arturo, yo sé que fue él. Lo sé porque media hora antes le vi salir. Mientras sacaba la basura, salió muy rápido. No dijo nada, pero nunca lo hacía, incluso cuando yo le saludaba, nunca contestaba. No tenía educación, no la tenía.

—Le ha dicho todo esto a la policía —preguntó Arturo.

—Con pelos y señales. Pero ya sabe usted cómo son estas cosas... En dos días estará en la calle; eso si le cogen. Además, todos los que cometen estas barbaridades están locos de remate, y la locura, don Arturo, desgraciadamente es su defensa. ¡Habría que colgarlos! ¡Si me lo dejaran a mí!... Si me lo dejaran no lo repetiría.

—Genaro, debe tener cuidado con lo que dice. Debería ser más prudente.

—No puedo, señor. Este mundo está loco y el diablo anda danzando por él sin

control. Sabe usted lo que le pasó a la pobre Teresa, ¿se enteró? Pues a Isabel también le han cortado los dedos. Todos los dedos de la mano derecha, y los han clavado. Sí, señor, ¡a martillazos! Los han dejado clavados en la puerta del baño, formando la letra «I». La pobre está en el baño, con el cuello cortado. No creo que pueda llegar a olvidarlo... Nunca lo olvidaré.

—¿Quién la encontró? —preguntó Arturo.

—El desgraciado dejó la puerta abierta. Juan es el inquilino de enfrente, andaba detrás de la muchacha... Vamos que le gustaba, y cuando volvía a casa, vio que la puerta de Isabel estaba abierta. La llamó y al ver que no contestaba entró y se encontró con el cadáver. El pobre está con la policía; le han tenido que administrar sedantes.

—¿Fue la policía la que le dijo a usted que llamase a mi padre?

—No, señor. Fue idea mía. Creí que su padre debía saber que habían asesinado a uno de sus inquilinos, y esto no es todo —dijo Genaro haciendo una pausa.

—¿Cómo que no es todo? ¿Hay algo más?

—Sí, el piso arrendado por Isabelita era el que tuvo arrendado don Abelardo Rueda. El jefe de la pobre Teresa, el escritor. No creo que haya sido una coincidencia. Arturo escuchaba con expresión de asombro al portero.

—¿Dice usted que este ático estuvo habitado por el escritor Abelardo Rueda?

—Sí, señor. La policía lo ha relacionado enseguida, en cuanto han visto el cadáver. Claro que antes de que ellos se diesen cuenta yo les había comentado que aquí había vivido el escritor y la pobre Teresa, qué en gloria esté... Uno de ellos le dijo al inspector que las letras iban tomando sentido. He oído que a todas las víctimas les habían cortado los dedos... Yo eso no lo sabía; no se había dicho nada de eso. El inspector dice que es obra de un psicópata. Me he permitido decirle a su padre que no alquile el piso de nuevo. Esto, señor, es muy extraño, muy extraño...

—Usted no se preocupe, no creo que la muerte de esta joven tenga nada que ver con el señor Rueda.

—¿Es usted don Arturo? —preguntó uno de los policías judiciales.

—Sí, señor, el hijo —contestó el odontólogo—. Mi padre es el propietario del edificio. Está en Caracas. Le ha sido imposible viajar a Madrid.

—Verá usted, lo que necesitamos son puros trámites para la investigación, nada importante en principio. El contrato de alquiler de la casa, la fecha en la que se formalizó, la forma de pago, y algunos detalles como si el contrato está firmado sólo por la inquilina o por alguien más.

—Si ustedes quieren, yo mismo puedo acercarme a la agencia inmobiliaria. Ya he llamado a mi abogado y está de camino. Él lleva todos los asuntos de mi padre en Madrid. Creo que podrá facilitarles todo lo que ustedes necesiten.

—Muy amable. Necesitamos saber si alguien más figura en el contrato de

arrendamiento; ese detalle es el más importante. Al menos por el momento —dijo el policía.

Goyo entraba en esos momentos en el edificio. Cuando la policía le informó de todo lo que necesitaban, Arturo y él se desplazaron a la agencia inmobiliaria.

—¿Has hablado con tu padre? —preguntó el letrado.

—Sí. Fue él quien me llamó. Genaro le telefoneó casi de inmediato. Hace unos momentos volvió a llamar; le es imposible venir está...

—Ya, lo sé, está embarcado en la creación de una agencia de valores en Colombia. Lo sé.

—A mi juicio se ha vuelto completamente loco —dijo Arturo—. Ha invertido todo su capital, y no sólo eso, aún necesita financiación. Creo que estaba negociando con dos entidades bancarias.

—No creas que está tan loco. El futuro del mercado financiero está precisamente fuera de Europa. Ha consultado con expertos, y está bien asesorado. Es más, tiene ya una plantilla trabajando para él. Los mejores —contestó el abogado.

—Pero Colombia no goza de muy buena salud. Mi padre no necesita arriesgar su capital. Sesenta y seis, ¡son demasiados años! Aunque seguro que detrás de esto hay una posible venta posterior de todo el negocio —dijo Arturo pensativo.

—No lo creo. A mi juicio está bastante entusiasmado, y su mujer aún más. Hace unos días me comentó que tal vez fijen allí su residencia. Tu padre está en la plenitud de su vida. Entre mi personal se ha comentado más de una vez su estupenda forma física, y mental.

—¡Quizá haya hecho un pacto con el diablo! —dijo Arturo sonriendo.

—¡Qué cosas tienes! No cambiarás nunca. Tu padre es muy inteligente; no ha arriesgado ni una sola de sus propiedades inmobiliarias. Todo lo que ha invertido es dinero contante y sonante. Hizo una gran inversión en un portal de Internet. No te puedes imaginar los beneficios que le ha reportado; lo más curioso es que esa inversión la realizó exclusivamente para no tener el dinero muerto en cualquier tipo de fondo. A los dos años, cuando todo ha empezado a funcionar a pleno rendimiento, se ha encontrado con que lo invertido se ha multiplicado por cinco. Ya sabes... ¡dinero llama a dinero!

—Quizá él os hizo creer a todos que invertía para mover su dinero, pero yo estoy seguro de que invirtió precisamente para que su dinero se multiplicase. Siempre ha sido así. ¡Siempre! Con las mujeres también, y con ésta no va a ser diferente. Ya veremos lo que le dura. Es posible que el tiempo que duren sus negocios en Sudamérica. Si yo te contara los trucos que mi padre me enseñó en mi más tierna infancia, no lo creerías... —Arturo hizo una pausa y continuó—: Recuerdo que tenía ocho años cuando comenzaron a ser populares las peonzas de madera. Mi padre me compró una docena, todas iguales. Asombrado, le pregunté qué pretendía que hiciese

con tantas peonzas. Y... ¿sabes lo que me dijo? —Arturo cambió el tono de voz emulando el de su padre y dijo—: «Guárdalas. Dentro de un año cuando llegue la primavera volverán a estar de moda; entonces se las vendes a tus amigos. Habrá pasado un año desde que yo te las he comprado y eso habrá hecho que sean más caras de lo que eran el año anterior. Eso quiere decir que con su venta habrás ganado para pagarme lo que me costaron. —Goyo, mientras conducía, escuchaba con deleite—. Lo que te sobre después de que me hayas pagado será tuyo. Eso recibe el nombre de inversión a largo plazo». Eso me dijo el muy tirano. Pero yo escuchaba con atención. Debía sacar dinero, estaba obligado a aprender de él. Siempre fue un maestro. Pues bien, pensativo le dije que el problema sería si las peonzas no volvían a estar de moda. Si esto sucedía, ¿qué haría yo con tantas peonzas? Mi padre perdería su dinero porque, evidentemente, yo no podría pagarle. Él, muy tranquilo, me contestó: «Muy sencillo, Arturito, muy sencillo. Tú las pondrás de moda. Tendrás que hacer que los otros se interesen por tu mercancía. Les tendrás que convencer de que las necesitan para divertirse. A eso, hijo, se le llama vista comercial. El primer principio básico de los negocios es fijarse en lo que necesitan los demás. Las necesidades son el objeto de todo negocio, son los cimientos, la base. Y los negocios, querido Arturito, cubrirán tus necesidades, que es de lo que se trata... ¿O no?». Aunque no lo creas, aunque te parezca increíble, vendí todas las peonzas un duro más caras de lo que le habían costado a mi padre, saldé la deuda con él y con ese dinero compré doce catalejos de cartón, con los que repetí la operación, sólo que en ese momento me di cuenta de que todo el dinero era mío y, gracias a ello, senté las bases de mi vida —concluyó Arturo.

—¡Es fascinante! —dijo Goyo sonriendo—. ¡Fascinante!

—Lo sé. Él me lo ha enseñado todo. Pero las cualidades no se enseñan, tienes que nacer con ellas, por eso creo que jamás llegaré a superarle. Mi padre tiene una gran cualidad, algo imprescindible, eso y su tenacidad son lo que le han colocado donde está

—¿Qué es? —preguntó intrigado Goyo.

—Me lo guardo para mí. Es algo de lo que yo carezco, algo que nunca poseeré. Si te lo desvelase, te descubriría mi carencia más importante y, como dice mi padre: «No des a conocer tus carencias. Ten conocimiento de ellas. Sé consciente de lo que necesitas y negocia para conseguirlo sin que el que lo tenga sepa lo importante que es para ti su adquisición. Si nadie sabe lo que necesitas, ni siquiera el diablo con su infinita astucia te podrá llegar a esclavizar». Y te juro que tiene razón. Lo he comprobado más de una vez.

—No creo que tú tengas ninguna carencia grave. Creo que tienes dinero suficiente para comprarlo todo —dijo Goyo sarcástico.

—Te sorprenderían las necesidades que tienen algunas personas. Sin ir más lejos, el asesino de esta pobre estudiante, Isabel. Ese indeseable tiene la necesidad de matar.

—¿Necesidad? Yo no lo calificaría de necesidad. En realidad, creo que no hay forma de calificar el motivo que mueve a ese tipo a matar —contestó Goyo indignado por la opinión de Arturo.

—Eso depende del punto desde el que lo mires. Creo que este individuo necesita hacer el mal. Todos los psicópatas se mueven por la necesidad de convertir sus actos depravados en actos permisibles, en actos que todos vean como normales. Tú, por ejemplo, necesitas sentirte amado, por eso buscas el amor; él hace lo mismo... Estoy convencido de que con ello siente placer, simplemente le gusta, lo necesita.

—La verdad es que no creo que este individuo tenga nada de loco. Si te soy sincero, pienso que es bastante inteligente. Está jugando con la policía. Más que eso, creo que quiere cargarse a Abelardo. Los de homicidios me han dicho que este asesinato está relacionado con los anteriores, que la persona que lo cometió es la misma. Ha dejado las mismas pistas, las mismas huellas. Es todo demasiado perfecto. Está claro que persigue un fin y es algo concreto, muy concreto. Sabe lo que hace, lo sabe desde el primer homicidio.

—Eso no lo sabía. ¿Está dejando pistas? —preguntó Arturo con Opresión de sorpresa.

—Sí. En el asesinato del vigilante de la editorial dejó un martillo y un bisturí. Normalmente es extraño encontrar el arma con el que se ha cometido el delito.

—¿En todos los asesinatos ha hecho lo mismo?

—No sé todos los detalles, pero creo que sí.

—¿Se han encontrado huellas?

—¿Huellas? Todo indica que es demasiado inteligente como para dejar sus huellas. La sangre que se ha encontrado ha sido de las víctimas, la de la primera era del grupo cero Rh negativo.

—¡Qué curioso! No es un grupo muy común. ¿Sabías que Adela y Abelardo tienen el mismo?

—No. No lo sabía. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo comentó Adela en Nochevieja. Tuvieron problemas para tener hijos. Entre otras muchas cosas uno de los problemas fue lo del grupo sanguíneo, el RH: tenían el mismo.

—¿Qué Adela te comentó los problemas que tuvieron para tener hijos? Ella nunca habla con nadie de eso. Es más, no suele hablar de nada que no sea trivial... ¿Te has acostado con ella...? ¡Qué cabrón! Eres un chulo.

—Ahora sé por qué mi padre me dijo que tuviese cuidado con lo que te decía en calidad de cliente. Eres una persona demasiado íntegra. Pero ésa es una cualidad imprescindible en un amigo, y te recuerdo que los amigos guardan los secretos. ¡Tú eres mi amigo! —dijo Arturo burlón.

—¡No entiendo cómo tienes tan poco estómago! ¿Cómo has podido acostarte con

Adela? ¿Cómo se ha podido acostar ella contigo? ¿Cómo has sido capaz?

—Es sencillo, me gusta. No puedo darte más detalles. Si lo hiciese estoy seguro de que te ofenderías. De todas formas no debes preocuparte, Adela jamás dejará a Abelardo. Pero te garantizo que si en algún momento lo hace, en su puerta estará este odontólogo para ponerle prótesis hasta en el alma.

—¡Te has encoñado! No puedo creerlo, tienes mil mujeres y te encoñas con una que está casada. Si Abelardo se entera te matará. Es una persona muy visceral, no sabes hasta qué punto.

Goyo aparcó el coche en el garaje de la inmobiliaria situada en la calle Serrano. Los dos hombres entraron en el ascensor del estacionamiento. En la primera planta del edificio se encontraban las oficinas. Las dos puertas de cristal que daban acceso al recinto estaban abiertas.

—¡Qué extraño! —exclamó Goyo—. Es tarde para que haya personal.

En el momento en que entraron en el local se dieron cuenta de que allí no había nadie.

—Parece que han entrado a robar... ¡Cómo lo han dejado todo! —dijo Arturo mirando el suelo cubierto de papeles—. Llamemos a la policía antes de tocar nada. Está claro que es una acción premeditada.

Arturo sacó el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y se puso en contacto con la policía. Goyo contemplaba impresionado el desorden. En el suelo había archivadores abiertos, carpetas, disquetes de ordenador, grapadoras... Más que un robo, aquello parecía un despropósito. Apenas sí se podía andar sin pisar alguno de los objetos que cubrían todas y cada una de las losetas blancas. Era como si el artífice de aquel desorden tuviese como único fin ocultar las baldosas de la agencia y para ello hubiera utilizado todo lo que había ido encontrándose en su camino. El mobiliario estaba fuera de su sitio: las mesas desplazadas, los cajones fuera de las guías, los teléfonos desconectados de la terminal, las sillas tumbadas en el suelo...

—¿Crees que esto puede tener algo que ver con el asesinato de Isabel? —preguntó Goyo mirando a su alrededor.

—¡Es posible! Si el individuo que la mató alquiló con ella el ático, puede que haya venido a destruir la documentación. Pero a mí me parece improbable. ¿No te ha parecido absurdo que el inspector nos pidiese el contrato? Isabel debería tener una copia. Estas cosas, tú lo sabes muy bien, siempre se hacen por duplicado. ¿Me equivoco? —inquirió Arturo.

—La policía no ha encontrado el contrato en el ático. No estaba. Eso fue lo que me dijeron cuando yo les dije lo mismo: que Isabel debía tener una copia del contrato. Es posible que la persona que la ha matado se la llevase. Puede que viniese aquí buscando la otra copia. Voy un momento al baño. No toques nada.

—Descuida no lo haré —dijo Arturo sentándose sobre un montón de papeles.



El letrado entró en el aseo de caballeros sonriendo al leer el letrero que los empleados de la agencia habían colocado en la puerta. Tenía dibujado un caballero que miraba con expresión de asombro un cartel prendido encima de un urinario que decía: «Si la buscas y no la encuentras, no lo dudes, ¡llámanos! Tenemos las mejores del mercado. Están muy bien equipadas».

Goyo entró sonriendo en el interior del retrete. Cuando salió, se dispuso a lavarse las manos. Abrió el grifo y mientras se frotaba con el jabón se miró en el espejo de pared... Al hacerlo palideció. En él había escrita una frase: «Escritor, has de saber que tú eres responsable de mis acciones al igual que yo. ¡Escucha! ¿Sabías esto?, todo lo que el hombre es capaz de imaginar es una realidad en el tiempo. No lo olvides nunca, porque ésta será la máxima que marcará tu vida desde hoy».

El letrado llamó a Arturo y ambos decidieron telefonar de inmediato a la policía judicial que llevaba el caso de Isabel. Arturo planteó la posibilidad de llamar a Abelardo, pero Goyo se negó, aludiendo que aquello era un tema policial en el que ellos no debían intervenir por el momento.

—Si esta noche la policía no le informa, le llamaré mañana. Ahora dejemos las cosas como están. Es evidente que ese individuo va a por él. Abelardo lo sabe. Lo único que conseguiremos llamándole será que no pegue ojo en toda la noche y, créeme, es lo que menos necesita. Si podemos evitarle un mal trago, aunque sólo sea por unas horas, hagámoslo.

Arturo siguió las indicaciones del abogado. Cuando la policía acabó con las diligencias, los dos hombres se despidieron:

—¿Te quedarás en Madrid? —preguntó Goyo.

—Sí. Sólo durante esta noche, mañana salgo para Mallorca. Estoy construyendo una clínica en la isla.

—¿Has conseguido comprar las dos de aquí?

—No. Hay un socio que se resiste a vender. ¡Está loco! ¿Sabes que me pide diez kilos por sus acciones? Lo más irrisorio es que están en suspensión de pagos. La gente es la pera. He decidido dejarles que se hundan un poquito más; dos semanitas serán suficientes. Después nos veremos las caras y estoy seguro de que las expresiones y los acuerdos serán diferentes. Ya te llamaré.

—De acuerdo. ¿Te llevó al hotel? —preguntó Goyo.

—Gracias. Prefiero caminar un rato. Cuando me canse cogeré un taxi. Madrid es especial de madrugada; me encanta ver cómo el camión de la limpieza riega las calles —dijo Arturo encendiendo un cigarrillo.

—¡Eres un excéntrico!

—Cierto... Dime tú, si es que lo sabes, ¿qué nos queda a los ricos que pueda hacer que nos sintamos diferentes, siéndolo desde que nacemos? Dime algo que dé más placer que la excentricidad.

—Lo prohibido, la propiedad ajena. Tú eres feliz arrebatando a los demás lo poco que tienen —contestó Goyo sarcástico.

—Si te refieres a mis negocios, has cometido un gran error. Yo no arrebato nada, yo compro.

—Me refiero a las mujeres.

—Tampoco arrebato, conquisto, y ellas se dejan. Yo no soy el malo de la película. No olvides eso. Nunca lo olvides. ¡Recuerdos a tu familia! —dijo cerrando la puerta del automóvil.

### 3

El contrato de arrendamiento de Isabel aún se encontraba en las oficinas de la agencia inmobiliaria. La policía judicial descartó la idea de que el asesino hubiese estado allí para recuperar la copia. Dieron por hecho que tanto el desorden excesivo del local como la frase escrita en el espejo del lavabo eran parte de los planes del homicida para llamar la atención de la policía. El documento estaba firmado sólo por la víctima. Los empleados que estuvieron presentes durante la firma, no recordaban que nadie acompañase a la joven en el momento de la formalización del contrato.

Las investigaciones policiales se extendieron a la facultad de empresariales de la Universidad Autónoma de Madrid; uno a uno los compañeros y el profesorado que se relacionaba con Isabel fueron llamados a prestar declaración. Los interrogatorios no dieron ningún resultado satisfactorio que pudiese conducir a la detención de sospechoso alguno, a excepción de la declaración de una de las compañeras que fue tomada como referente para una nueva línea de investigación.

Ana, amiga íntima de la Isabel, manifestó haber conocido al último acompañante de la joven unas semanas antes de que fuese brutalmente asesinada. La estudiante dio datos físicos del individuo similares a los que constaban en la declaración de Genaro. Aseguró que Isabel le había manifestado que entre ellos no había ningún tipo de relación de pareja porque su amigo era homosexual.

—Recuerdo que Isabel me comentó —dijo Ana mientras prestaba declaración— que su relación surgió en una galería de arte, donde ella había expuesto varios cuadros junto con unos compañeros de la facultad. Isabel pintaba. Ustedes habrán visto los cuadros en su casa. Era realista. Pintaba tan bien que yo pensaba que se había equivocado de carrera.

—¿Recuerda usted algún detalle sobre ese hombre que considere que puede ser importante?

—Verá, el caso es que yo nunca tuve muy claro que fuese homosexual. A mí, señor inspector, me parecía demasiado raro para ser homosexual —dijo pensativa.

—¿Por qué dice usted eso?, ¿qué le hizo pensar que no lo era?

—Iba vestido de hombre. Sin embargo llevaba los labios pintados. No sé. Quizá la manera de meter las manos en los bolsillos de los pantalones, la forma de andar, las expresiones, los gestos, esas cosas son las que más dicen de las personas. El día que yo le vi, el único día que le vi, me pareció demasiado varonil. No sé qué voz tenía porque ni tan siquiera se acercó. No fue capaz de dirigirme ni un saludo. Si le soy sincera, pensé que era un hombre casado que quería ocultar su identidad y que Isabel era consciente de ello. Llegué a pensar que era alguien muy conocido. Sus labios me resultaron demasiado familiares. Ya sabe usted que entre los famosos las infidelidades se llevan muy mal; a veces las relaciones extramatrimoniales cuestan

caras, incluso pueden dar al traste con el futuro profesional.

—¿Sus labios? —preguntó el policía asombrado—, ¿qué tenían de especial sus labios, aparte del supuesto carmín?

—Sé que los he visto en alguna parte, pero no recuerdo dónde. Los retratos eran la especialidad de Isabel. Ella me enseñó las diferencias de los labios, las mínimas diferencias que varían los rasgos de cada persona. La boca es una parte muy importante de la cara, más de lo que la gente piensa. Quizá sea la parte en la que más se refleja el ánimo, el carácter, el estado de ansiedad. En los ojos también, pero a ese hombre no se los vi... Como le decía, los labios son muy difíciles de pintar... Por lo menos eso decía Isabel, la pobre... Yo siempre me fijaba en los labios que ella pintaba. Era una gran artista del realismo puro. Cuando conocí a ese tipo, en lo primero que me fijé fue en sus labios. Ese hombre nunca me gustó y se lo dije a Isabel, lo hice, pero ella insistió una y otra vez en que él era muy buena persona. Decía que era un gran pintor. Yo siempre supe que algo extraño escondía su relación. Por desgracia nunca pensé que llegase a este desenlace tan trágico... De lo único que estoy segura es de que ese hombre no es homosexual, incluso me atrevería a jurarlo.

—¿Sabe usted cómo se llamaba? ¿Le dijo su amiga dónde vivía?

—Ella le llamaba Ima. Cuando me dijo su nombre le pregunté si era un apodo familiar. Me dijo que no, que era la abreviatura de imaginación. Me pareció un poco excéntrico, pero Isabel era excéntrica, y evidentemente ese individuo también. Pensé que como él también pintaba, la palabra «imaginación» debía tener una gran significación para él, y por eso la había elegido como apodo. Ya que un creador sin imaginación no es tal. En realidad, creo que sólo era un esnob.

—No lo crea —contestó el policía mirando a su compañero—, el nombre tiene mucho sentido. Por favor, continúe, su declaración nos está siendo de gran ayuda.

—No sé qué más puedo decirles. Sigo pensando que eran amantes y que él tenía mucho que ocultar. Sé que, de no ser así, Isabel me lo hubiera dicho; éramos amigas, ¡muy amigas! Aparte, eso de ocultar su rostro, era lo que a mí más me sobrecogía. Nadie que oculta su cara es de fiar.

—¿Sabe usted si realizaban juntos algún tipo de actividad? ¿Si frecuentaban algún sitio público?

—No. Recuerdo que Isabel me comentó que él tenía una habilidad especial para rotular, y que le estaba ayudando con unas viñetas, que creo que eran para una revista de la facultad, pero no estoy segura de ello. No creo que fueran a ningún sitio. Eso era otra cosa que me parecía extraña. Todas las parejas salen, todas a excepción de las que ocultan algo. Sólo tuve la oportunidad de verle una vez, ya le digo que llevaban su relación en el más absoluto secreto.

—¿Recuerda usted si Isabel tenía un infiernillo?

—Sí, señor. Se lo regaló él. Me dijo que se lo había comprado para que se

calentase las manos mientras pintaba. Isabel tenía problemas de circulación, se le quedaban los dedos fríos enseguida. Yo la he visto pintar con guantes de lana en más de una ocasión.

—Muchas gracias, señorita. Si necesitamos algo más la llamaremos.

—Disculpe, ¿por qué me ha preguntado lo del infiernillo?

—Porque en el apartamento había uno. Es un detalle muy importante para nosotros saber de dónde procedía. No puedo decirle nada más. Repito que le estamos muy agradecidos, su declaración ha sido muy valiosa para nosotros —concluyó el inspector levantándose y acompañando a la joven estudiante hasta la salida.

Abelardo tuvo conocimiento del asesinato de la estudiante a primera hora de la mañana por la prensa del hotel. Adela sufrió un ataque de nervios al conocer que la joven había sido asesinada en el ático que ellos habían ocupado. La policía intentó ponerse en contacto con el escritor aquella misma noche para obtener algún tipo de información adicional sobre la frase que se encontró en la agencia inmobiliaria y que, evidentemente, estaba dirigida a él, pero nadie, ni el vigilante encargado de la seguridad de la finca, sabía dónde estaba.

El matrimonio Rueda había abandonado el hotel sin ponerse en contacto con la policía ni con su abogado. Presas del pánico ni tan siquiera cruzaron una palabra durante el camino de regreso a la finca. Ambos estaban inmersos, una vez más, en sus pensamientos. La historia volvía a repetirse. Las manifestaciones de Abelardo, después de la muerte de Cosme y Tomás, no podían haber sido más certeras: aquello sólo era el comienzo.

Sobre las dieciséis treinta minutos de aquel primer domingo del mes de marzo, el matrimonio Rueda recibió una visita inesperada. Armando López, inspector jefe de la policía judicial, se personó en su domicilio con una orden de arresto contra él:

—¿Don Abelardo Rueda?

—Sí, éste es su domicilio —contestó el vigilante—. ¿Quién pregunta por él?

—Dígale que soy Armando López, de la policía judicial. Traigo una orden de detención contra él —indicó enseñando la placa y la orden judicial.

Cuando el coche de policía aparcó en la entrada de la mansión, el escritor, estupefacto e indignado, salió de la casa y se dirigió hacia el vehículo. Junto a él caminaba Adela. La mujer andaba con paso firme mientras marcaba el número de teléfono de Goyo.

—Buenas tardes —dijo Abelardo—. ¿He oído bien? El vigilante dice que tiene usted una orden de detención contra mí.

—Buenas tardes. Soy Armando López. ¿Es usted don Abelardo Rueda? —inquirió el policía.

—Sí soy yo.

—Traigo una orden de detención contra usted. Se le acusa del asesinato de Isabel Sensiar. Debe acompañarnos, si lo desea puede llamar a su abogado. —El policía continuó con la lectura de sus derechos, mientras otro agente procedía a ponerle unas esposas.

Adela miraba atónita la escena. El agente se dirigió a ella y dijo:

—Esto, señora, es una orden de registro, al que procederemos inmediatamente.

—Ustedes no saben lo que hacen, ¡están locos! ¡Locos de remate! Les denunciaré; pagarán este allanamiento moral y físico. ¡Juro que lo harán! ¡Son unos

ineptos!

—Si estamos equivocados, lo haremos. No se preocupe, la ley es justa —dijo uno de los agentes camino de la casa.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza, está fuera de toda lógica. Mi marido es una víctima, no el culpable. ¡Orden de registro, orden de registro! Pueden dar la vuelta a la casa y sacudirla. Eso será lo que haré con ustedes; no pararé hasta que paguen por esta negligencia, hasta que el responsable se vea en el mismo sitio en el que ha puesto a mi marido...

Abelardo fue conducido a prisión. Su libertad condicional, así como la solicitud de fianza, fue denegada por el juez. Goyo fue puesto al día de las acusaciones que se formulaban contra Abelardo. A su cliente no sólo se le acusaba del asesinato de Isabel. El fiscal le había comunicado que la acusación se extendería a los asesinatos anteriores: el de Cosme, Tomás, Teresa y Eugenia. Le habían vinculado incluso con el de su propia ama de llaves, dando cabida a que él hubiese contratado a una persona que se encargó de asesinar a la mujer y se barajaba la posibilidad de que el asesino a sueldo hubiese sido Tomás.

Al día siguiente Goyo se dirigió a la cárcel de Alcalá Meco; se le veía taciturno y descuidado en el vestir, algo poco frecuente. Su expresión tensa daba muestras claras de la angustia que se había apoderado de él. El abogado consideraba del todo imposible la culpabilidad del escritor; la idea de una simple implicación le parecía descabellada. No entendía cómo podían considerarle presunto autor de semejantes barbaridades ni cómo se había llegado a cursar una orden de detención contra su amigo. El daño psicológico que podía causar en Abelardo la magnitud de las acusaciones era lo que más preocupaba al letrado:

—No entiendo nada —dijo Abelardo pasándose los dedos entre el pelo una y otra vez—. ¿Cómo pueden pasar estas cosas? Tienes que sacarme de aquí inmediatamente. Si no salgo de este agujero, no tendré posibilidades de demostrar mi inocencia.

—Debes tranquilizarte. No creo que haga falta que te diga que creo firmemente en tu inocencia. La acusación es insensata, no tiene solidez argumental. No dudes ni por un momento que haré todo lo necesario para que salgas de aquí, para que todos los cargos sean retirados. Pero es primordial que estés tranquilo. Tengo que ponerte al día sobre las acusaciones que se van a formular contra ti. La policía tiene pruebas que ya se han presentado ante el juez, el agente que llevaba el caso de Teresa, éste... — Goyo hizo una pausa y buscó entre sus papeles el nombre—, Armando López, estaba sobre tu pista desde su asesinato. No se hicieron sólo labores de protección con vosotros, también de investigación. Desgraciadamente muy laboriosas, aunque desde mi punto de vista son irracionales, pero al juez le ha parecido suficiente.

—¿Cómo pueden tener pruebas de algo que no he hecho? ¡Es imposible!

—Eso es precisamente lo que iba a comentarte. Para que esas pruebas se conviertan en lo que tú y yo pensamos que son, simples conjeturas, hay que desvirtuarlas, la ley funciona así, nada puede ser mucho hasta que se demuestra lo contrario.

—No tenemos que desvirtuar nada. Yo no he cometido ningún asesinato. ¿Por qué tengo que desvirtuar algo que no tiene solidez, que se cae por su propio peso? No lo entiendo, no puedo entenderlo. No pueden existir pruebas contra mí de algo que no he hecho.

—Lo sé. Pero a lo que me refiero es a que tenemos que rebatir las pruebas que ellos van a presentar contra ti. Hay que demostrar que no tienen base, hay que hacerlo, a eso se le llama seguir los trámites legales, utilizar las leyes. Contra las leyes hay que usar la ley, es irónico pero tan real como que estás encarcelado, de eso es de lo que tienes que tomar conciencia. Deja de darle vueltas a lo irracional de la situación, no servirá de nada, no nos servirá para sacarte de aquí. Hay que comenzar a trabajar. Quiero que seas realista. Esto va a ser duro, más de lo que puedas imaginar, y nos llevará mucho tiempo —dijo el letrado poniendo su mano sobre el hombro de Abelardo—. Debes confiar en mí. Debes ser paciente. Demostraremos tu inocencia, te doy mi palabra de que demostraré que eres inocente. Pero antes te sacaré de aquí.

—¿Dime exactamente de qué se me acusa? ¿Cuáles son las pruebas?

—Se te acusa del asesinato de Isabel.

—¿De la estudiante, la última víctima? —preguntó Abelardo con expresión de perplejidad.

El letrado le miró con expresión de cariño y dijo:

—Sí ¡No sabes lo mucho que siento todo esto! Se está cometiendo una injusticia contigo, lo sé. Su compañera de facultad se llama Ana. Esta señorita prestó declaración horas después de haberse cometido el asesinato. Dijo que el individuo que frecuentaba los últimos días la casa de la estudiante asesinada no era homosexual. Afirma que el sujeto en cuestión quería ocultar su estado civil; que ella supone que era de casado. Asegura que algunos de sus rasgos le parecieron excesivamente familiares, en concreto hizo referencia a sus labios, los cuales dice llevaba pintados de carmín rojo. Este dato queda ratificado por las declaraciones de Genaro.

—No entiendo nada —interrumpió Abelardo—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—¡Espera! No te impacientes. Horas después de salir de comisaría la joven llamó al agente y éste se personó en su domicilio. La chica en cuestión, le dijo que creía haber identificado al individuo y le enseñó una foto tuya.

—¡Pero eso es imposible! ¡Qué locura! ¡Dios mío! Cómo va a tener una foto mía una persona que ni tan siquiera conozco.



—No era una foto, era la ilustración de la contraportada de una de tus novelas, en concreto la de *El asesino del carmín*. La joven dijo que no tenía ninguna duda, que los labios eran los tuyos, que la forma en que te metías las manos en los bolsillos era la misma...

—Eso es una estupidez, eso no sirve como prueba. Todos los personajes públicos estamos en el mismo punto de mira, nuestros rasgos son tan conocidos que se hacen familiares e incluso se pueden llegar a confundir. No entiendo cómo la policía puede haber dado por fiable esa afirmación; esto es de locos, se sale de madre.

—No creas que es tan descabellado... —Goyo hizo una pausa y le miró con detenimiento—. Es que no es el único testimonio que te implica, ése es el verdadero problema —dijo el letrado sin dejar de mirar los ojos de Abelardo.

—¿A qué te refieres?

—Genaro ha declarado que te vio en el edificio. A Genaro se le llamó después de que Ana formalizase su declaración. Él dijo que tú habías estado en casa de Isabel aquella tarde antes de que lo hiciera el individuo en cuestión. Que después, aproximadamente dos horas antes de que el otro hombre llegase, te marchaste. Genaro no te acusa, él dice que si la muchacha hubiese estado muerta no hubiese abierto la puerta al asesino, que evidentemente llegó después. Pero afirma que tú estuviste allí ¿Es cierto?

—Sí —respondió Abelardo cabizbajo—. Es cierto.

—¿Por qué fuiste a ver a Isabel? —preguntó Goyo sorprendido ante su inesperada afirmación—. Abelardo, de ti depende que salgas de ésta, debes contármelo todo. Esto se está complicando más de lo que pensaba, debes decírmelo todo. ¡Todo!, ¿entiendes? Tienes que comprender que es imprescindible que conozca todos tus movimientos, incluso los detalles que para ti carezcan de importancia pueden tener una relevancia extrema —dijo Goyo con pesadumbre.

—Es una historia muy larga, demasiado larga y complicada. Es una historia que roza lo novelesco, pero te juro que aunque no te creas lo que vas a oír es totalmente cierto. Todo es tan cierto como que ahora estamos juntos...

Abelardo comenzó a relatar a su abogado cómo Adela y él, llevados por el pánico, habían ocultado a la policía la existencia de la novela. Contó punto por punto los detalles de los asesinatos descritos en su obra. Goyo comprobó estupefacto que ciertamente los acontecimientos reales habían reproducido de forma exacta los de la entelequia literaria. El abogado escuchaba abstraído a su cliente. Sus palabras parecían la coartada de un psicópata... Por más que Abelardo le explicaba, él no conseguía entender por qué no se había entregado el ejemplar de la novela desde el primer momento a la policía. A pesar de la incomprensión continuó escuchando a su amigo hasta el final. Llegado el momento, Abelardo expuso el motivo de su visita a la

casa de Isabel:

—Simplemente fui al ático con la esperanza de encontrar allí la copia. Tenía la esperanza de habérmela dejado olvidada durante la mudanza, pero la joven era la segunda inquilina del ático desde que nosotros nos marchamos. Hubo un inquilino anterior a ella, por eso decidí que iría a la agencia inmobiliaria a preguntar por esa persona. Quería averiguar su identidad, era importante para mí... Sabía que la única posibilidad de que alguien hubiese cogido una copia estaba en el transcurso de la mudanza. Nos habían robado, así que era posible que el joven que cometió el robo se hubiese dejado la copia en el piso y el nuevo propietario fuese el que estuviera cometiendo los asesinatos. Sé que es una conclusión un tanto descabellada, pero lo pensé. —Abelardo hizo una pausa y miró a Goyo preguntando—. ¿Me sigues?

—¡Por supuesto! —contestó el letrado, mientras continuaba tomando notas—. Prosigue. Cuando acabes comenzaré con las preguntas.

—Incluso llegué a pensar que Tomás también podía haber sido contratado por alguien con anterioridad para robar la copia que faltaba, igual que lo hizo Adela. Antes de que le asesinasen, sopesé su posible implicación directa en todo. Él podía haber cometido los crímenes. Por qué no. Tuvo acceso a todo lo que había en el estudio, nos robó, y yo en esos momentos estaba obsesionado. La realidad supera a la ficción, estamos hartos de oírlo y de comprobarlo. Pensé que éste podía ser uno de esos casos; pensé que el asesino ciertamente estaba obsesionado conmigo, con un personaje popular. Es algo común, vulgar, los asesinos suelen tomar patrones, sean los que sean. Sólo nosotros sabíamos que los crímenes tenían que ver con mi obra. Adela lo pensó porque la había leído y yo porque la había escrito. Nosotros teníamos conocimiento del texto y eso fue lo que nos hizo relacionar los asesinatos con la novela. Por eso decidí comprobar si el ejemplar que me faltaba aún estaba en el ático; si alguien lo había visto. Asumí el riesgo de encontrarme cara a cara con el asesino, pero no fue así. Supe desde el primer momento a lo que me arriesgaba, pero, como ya sabes, poco me quedaba para poner en juego. Cuando llegué al edificio le pregunté a Genaro por el nuevo inquilino y le manifesté mi intención de hablar con él, ya que parte de lo que nos habían sustraído durante la mudanza aún no había aparecido. Genaro no tenía conocimiento de que nos hubieran robado y me confirmó que Isabel era la segunda inquilina del ático, pero a pesar de ello decidí subir por si encontraba la novela o ella la había visto.

—Genaro dice en su declaración que permaneciste en el piso aproximadamente una hora. Una hora es demasiado tiempo para preguntarle a la inquilina si había visto el ejemplar. ¿No crees?

—Sí, fue una hora, más o menos. Genaro no ha perdido su capacidad de observación. La joven era muy amable y al verme me reconoció al instante. Tenía todas mis obras. Había leído todas mis novelas históricas. Cuando me lo dijo, no pude

despreciar su invitación. Me ofreció pasar y tomar un café. Tú sabes que me siento orgulloso de mis obras históricas. Conoces mi disconformidad con las últimas obras de suspense, y sabes por qué he escrito ese tipo de literatura. Charlamos y le firmé los libros, prometiéndole que cuando diese alguna conferencia ella sería una invitada especial. Después me enseñó sus obras de arte y la casualidad hizo que yo ya las conociese. Hacía algunas semanas que había estado en una exposición conjunta de varios autores noveles de la Facultad de Bellas Artes. En esa exposición compré un cuadro. Está colgado en la buhardilla. Resultó que lo había pintado ella. La joven se sintió muy halagada cuando se lo dije y me obsequió con un boceto del cuadro que yo había comprado.

—¿Qué cuadro era? ¿Con qué título figuraba en la exposición? —preguntó el letrado.

—*Labios indefinidos*. Es un cuadro de una cara de hombre desdibujada; en ella lo único que se aprecia son los labios. ¿Quieres saber algo más del cuadro?

—No. Quiero que me digas por qué fuiste a la agencia inmobiliaria —dijo Goyo sin hacer mención del incidente del que Arturo y él habían sido testigos la noche del asesinato y del que Abelardo no tenía constancia.

—Me despedí de la joven y guardé el boceto en una carpeta de cartón que ella me dio. Pasé por la agencia inmobiliaria para intentar averiguar algo sobre el anterior inquilino. Una señorita estaba cerrando la puerta y aunque le supliqué que me atendiese se negó a hacerlo aduciendo que hacía horas que debería haberse marchado. Me dijo que volviese el lunes. Me marché a la finca. Cuando llegué, Adela no estaba. Le pregunté a Juan y al empleado de seguridad si había dejado dicho adónde iba, pero no sabían nada. Después ella llamó desde el Palace. Dijo que había estado todo el día en Madrid y que me esperaba en el hotel. —Abelardo hizo una pausa—. Yo acababa de llegar, pero, dada su insistencia, volví a salir hacia Madrid. Pensé pasar antes por una empresa ubicada en la Gran Vía. Creo que los sobres que mandó el asesino a casa fueron adquiridos allí, era una intuición. No me preguntes por qué lo pensé, ya te digo que fue una especie de corazonada. Cuando llegué, el local estaba cerrado, lo que era normal por la hora, pero la obsesión no me dejó razonar este punto antes de ir al local. De allí me fui al hotel. El resto te lo puede confirmar Adela. Pasamos la noche en el hotel. Por la mañana vimos la noticia en la prensa. Al enterarnos de lo sucedido regresamos a casa asustados. Desde que sabemos que el asesino utiliza como patrón de sus actos mi obra, estamos aterrorizados. Puedo garantizarte que muchas veces actuamos de forma poco racional, y aunque tenemos conciencia de ello, no podemos evitar sentirnos amenazados por ese asesino y por la opinión pública. Sabemos que nuestras palabras no tienen credibilidad, nunca la han tenido. Aún no he olvidado lo que sucedió en Ibiza. Creo que la injusticia que se cometió conmigo me ha marcado de por vida. No tienes más que ver dónde estoy ahora,

acusado de un homicidio que no he cometido. La historia se repite. No puedo decirte más, el resto de lo que ha sucedido después ya lo conoces —concluyó Abelardo.

—Tienes razón, entiendo tu angustia, la impotencia que puedes sentir, pero debes tranquilizarte y controlar tus emociones... Es difícil para mí decirte lo que te voy a decir, pero ante todo quiero que entiendas que no me queda otra alternativa. Debo ser sincero contigo —dijo Goyo tomando aliento—. No puedo darte falsas esperanzas. ¡Estás metido en un buen lío! Todo lo que me has contado parece una coartada muy bien pensada. Si no fueses mi amigo, si no te conociese como te conozco, yo también dudaría de tu palabra. Tienes que entender que la policía no va a considerar casualidades todo lo que os ha pasado. Es difícil creer todo lo que cuentas. Incluso conociéndote, tantas coincidencias resultan muy sospechosas.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Abelardo—. Todo lo que te he contado es cierto. ¡Por mi vida que lo es!

—Te creo, pero el que yo te crea no sirve de nada. ¡Ojalá sirviese! Eso tienes que tenerlo presente. Tú sabes que no eres el autor de los crímenes, pero eso no basta, no es suficiente. Estás más implicado de lo que yo pensaba. Todos los hechos te señalan como culpable. Lo más probable es que alguien te esté tendiendo una trampa. Son demasiadas coincidencias. Arturo y yo estuvimos la noche del asesinato en la agencia inmobiliaria; la policía judicial nos solicitó documentación sobre Isabel. Cuando llegamos nos encontramos con todos los archivos por el suelo, disquetes de ordenador, etc. Alguien había estado allí y había dejado escrita una frase en el espejo del lavabo... —Goyo hizo una pausa.

—Sé lo que había escrito —dijo Abelardo mirando fijamente al abogado.

—¿Qué dices? ¿Cómo vas a saber lo que había escrito?

—Lo sé. Escribió: «Todo lo que el hombre es capaz de imaginar es una realidad en el tiempo».

—¿Cómo es posible? ¿Cómo puedes saberlo?

—El asesino está siguiendo mi novela al pie de la letra. Ya te lo he dicho antes. El protagonista de mi novela deja una nota escrita en el espejo del dormitorio de su quinta víctima, una estudiante universitaria. La frase es ésa. Por eso he pensado que el asesino de Isabel escribió lo mismo. Lo que te he contado puede parecer un absurdo, una coartada como dices, pero te juro que es cierto. Ese tipo lleva inspirándose en mi obra para cometer sus asesinatos desde la muerte de Teresa —concluyó Abelardo apoyando su cabeza sobre la mesa.

—¿Tienes una copia de la obra? —preguntó Goyo

—No hay nada que demuestre que la novela existe. Destruimos todos los ejemplares. Ahora sé hasta qué punto hemos actuado erróneamente... Nunca hubiera podido llegar a pensar que todo se complicaría de esta forma, ¡nunca! Me siento un estúpido, un incauto, no puedo explicarte todo lo que se me pasa por la cabeza, no

puedo. La impotencia es demasiado grande, me puede. Sería capaz de matar a ese tipo, sería capaz de hacerlo si me lo encontrase frente a frente... Me está volviendo loco... El hecho de que pueda controlar mi vida y mi futuro me está trastornando.

—Carlos conocerá la existencia de la novela. Podemos llamarle como testigo. Si él declara que escribiste esa novela, podremos demostrar tu inocencia. Eso y la fecha en que se la entregaste a Carlos nos pueden resultar de gran ayuda... Es una suerte que se la entregases ese día.

—Carlos no llegó a leer la novela. Ni tan siquiera conocía el título. El día que asesinaron al vigilante de la editorial y al ladrón le pedí la copia. Él aún no había leído el ejemplar. Tomás hizo el cambio y el asesino debió ver la novela y se la llevó. Tampoco está registrada y, como ya sabes, trabajo con máquina de escribir, no utilizo el ordenador, no hay copia de ningún tipo, ni forma de hacerse con una.

—Entonces, a efectos legales, la novela no existe. Sólo tenemos tu palabra. Aparte de la fiabilidad que tú puedas dar a tus declaraciones, no hay prueba material de su existencia... Eso complica más las cosas.

—Adela es la única persona que leyó la obra, y cuando lo hizo, no estaba acabada. Después de que ella la leyese, como siempre hago, tuve en cuenta sus críticas e hice algunas rectificaciones cruciales en la trama. No sé si es conveniente que se hable de ello, pero la idea de la destrucción de las copias fue de ella.

—Eso no dice nada en tu favor, ni en el de ella. Adela se ha convertido en tu cómplice. Desde el primer momento en el que ocultasteis a la policía que los asesinatos se inspiraban en los sucesos de tu novela, desde ese momento omitisteis pruebas que posiblemente hubiesen conducido a la detención del asesino. Eso sin citar los delitos de los que se os puede acusar; contratar a un ladrón que, para más inri, también fue asesinado. Es difícil demostrar la veracidad de todo lo que dices. No sé si te das cuenta de ello. Adela sólo puede aportar su palabra, y su declaración tiene el mismo valor jurídico que la tuya. Incluso puede perjudicaros a los dos, puede agravar aún más vuestra situación. No entiendo, sigo sin entender por qué habéis ocultado pruebas. Me parece absurdo. No entiendo cómo no me lo comentaste, al menos deberías habérmelo dicho a mí. Soy tu abogado, tu amigo, lo habríamos solucionado todo de un soplo. Lo que habéis hecho es una temeridad...

—Goyo, era una situación extrema. Todo el mundo reacciona de una forma irracional ante este tipo de situaciones. No fuimos conscientes de la gravedad de lo que estábamos haciendo y fuimos entrando en el juego del asesino. De todas formas, estoy convencido de que, de una manera u otra, nos habría arruinado la vida, lo sé. No me importa que me acusen de ocultar pruebas. ¡Por Dios, te juro que no me importa! Eso es lo que menos me preocupa. Lo que no quiero es cargar con la condena de esos asesinatos, porque yo no los he cometido. Adela debe declarar, ella ratificará mi declaración. Yo no puedo demostrar que no maté a Isabel. No puedo

demostrarlo por el momento, sólo por el momento. Soy inocente. No pueden acusarme de la muerte de Teresa. Yo estaba en la cena que precedió a la entrega de mi galardón. Y cuando mataron a Eugenia, estaba en la mansión de Arturo, en Santa Eulalia. En aquella fiesta había más de cien personas. Yo estuve hablando con Jaime, un antropólogo, y con su mujer durante casi toda la velada.

—Conozco a Jaime —contestó Goyo—. Me pondré en contacto con él esta misma noche, aunque creo que tendremos problemas. Jaime es adicto a la cocaína, hemos estado juntos en muchas fiestas... Al día siguiente no suele recordar nada de lo que ha pasado. Pero lo intenté... Adela recordará la conversación, imagino que ella estaría con la mujer de Jaime.

—No, Adela se marchó de la fiesta con Arturo. Aquella noche los dos se liaron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el abogado, intentando disimular que ya conocía la relación que existía entre el odontólogo y Adela.

—Desde que llegamos a Ibiza y Arturo entró en nuestras vidas me di cuenta de que los dos sentían una atracción especial el uno por el otro. Aquella noche ambos salieron al jardín. Pasada una hora sin saber de mi mujer, decidí ir a ver dónde estaba. Caminé por la finca hasta llegar a la casa de los guardeses. Las ventanas no tenían cortinas, las luces del interior estaban encendidas, y aunque su intensidad era baja, pude ver gracias a la oscuridad exterior que mi mujer y Arturo estaban haciendo el amor. Pensé entrar llevado por la furia, por la desesperación que sentía, pero me contuve y decidí marcharme. Salí, cogí el coche y abandoné la finca. Llevaba un cuarto de hora de camino cuando, arrepentido, me di la vuelta. Quiero a mi mujer, ¡siempre la he querido! No podía dejarla, debía intentar recuperarla. Volví a la fiesta y decidí hablar con ella más tarde. Jaime seguía en el mismo lugar y su mujer reposaba la cabeza en su regazo. Me preguntó cómo me había sentado el paseo y siguió con su estúpida tesis de los huesos frontales.

—Conozco su tesis; más que tesis es una obsesión. Lleva hablando de ello desde que comenzó sus estudios. ¿Te encontraste con alguien en la carretera?

—No, y no creo que nadie me viese salir. Espera..., recuerdo que había en la puerta una joven que me había presentado Arturo, pelirroja, pero no sé su nombre. Parecía apesadumbrada; tenía un vaso en la mano. Me dijo: «¡Eh!, escritor de pacotilla, ¿por qué tus asesinos matan siempre a mujeres? ¿Es porque quieres vengarte de los cuernos que te pone la tuya? ¿O acaso eres uno de tantos misóginos que andan sueltos por ahí?». No le hice caso. Pensé que ella también había visto a Arturo con Adela. No le dije nada. Estaba demasiado enfurecido. Había decidido marcharme y eso fue lo que hice.

—Cuando regresaste, ¿aún estaba en la puerta?

—No, cuando regresé no había nadie en la puerta.

—Bien, dejemos eso por el momento. Ahora vamos a centrarnos en el asesinato

de Teresa. Según los datos que yo tengo, el inspector Armando López ha comprobado que volviste a tu casa media hora antes de que empezara la entrega del premio. Exactamente dice que el taxista que llevó a Teresa se encontró con un BMW que iba en dirección a la finca cuando él regresaba de dejar a la última de las ocupantes del taxi, una de las amigas de Teresa. La descripción que da el taxista coincide con la de tu coche. Adela me ha confirmado que volviste a casa porque te habías dejado el maletín con los folios del discurso. Ella afirma que la dejaste en el centro comercial, donde aprovechó para comprar un pintalabios y tomarse un café.

—Eso no es posible. Regresé a la finca y recogí el maletín que estaba en la entrada, encima del sofá pequeño, al lado del espejo. No tardé ni cinco minutos. Estoy seguro de que no fueron más de cinco minutos. Adela se equivoca..., aunque tal vez el equivocado sea yo... Hace ya demasiado tiempo, ha pasado bastante tiempo desde aquello. Me temo que no puedo ser muy preciso en esta cuestión. Lo que sí recuerdo con exactitud es que Teresa no estaba en la casa. Los perros estaban sueltos, todo era normal. No entiendo cómo Adela puede decir que tardé media hora... No creo que fuesen ni quince minutos —dijo Abelardo estupefacto—. Es más, no recuerdo haberme cruzado con ningún taxi. La gente es una inconsciente. Hay centenares de coches como el mío. ¿Cómo puede asegurar que era yo? Ni yo mismo conozco los coches de mis vecinos, los confundo, no me fijo... Esto es una confabulación; al menos tiene todos los visos de serlo. El parque móvil de la urbanización está compuesto en su mayoría de las mismas marcas. Es como si te vas a una zona determinada, una zona en la que la renta per cápita sea uniforme, que es lo que suele ocurrir; si lo haces, podrás comprobar que las marcas y modelos de coches se repiten, son comunes. En la urbanización hay muchos modelos como el mío; es probable incluso que el coche que el taxista vio fuera de algún visitante. No entiendo cómo el juez puede haber dado por bueno un testimonio tan poco fiable. No entiendo cómo no ha solicitado el número de la matrícula, no lo entiendo Goyo, cada vez entiendo menos.

—Si te soy sincero, yo tampoco, pero a simple vista eres el principal sospechoso. Tengo que poner en orden tu declaración, revisar una por una tus palabras, los datos que me has dado. Tengo que ordenar este rompecabezas.

—Goyo, ¿tú me crees?

—¡Por supuesto! No lo dudes. Sin embargo, debes comprender que no puedo ocultarte nada. Si tú no eres el asesino, eres la persona con más posibilidades de cargar con los crímenes. Si todo lo que me estás diciendo es verdad, creo que alguien ha estado jugando contigo desde el primer momento y, para colmo, el azar le ha dado la mejor baza. Hay que intentar analizar cuidadosamente cada uno de los acontecimientos. Tiene que haber algo que se nos escapa. El asesino no puede ser tan perfecto; tiene que haber cometido algún error. Lo buscaré; es la única manera de

demostrar tu inocencia.

—No he hablado con Adela desde que ingresé en prisión. No entiendo por qué no ha venido a verme. ¿No le permiten hablar conmigo?

—Lo que voy a decirte es duro. Tu mujer me ha llamado esta mañana. Tal vez debí decírtelo antes, pero pensé que sería mejor que no supieras nada. Adela me dijo que habías tenido un comportamiento demasiado extraño desde la muerte de Teresa. Comentó que la noche de su asesinato tu actitud era excesivamente tranquila. Dice que desde entonces sólo hablas del asesino y de que éste se está basando en una obra tuya para cometer sus crímenes, pero que tú, dice ella, nunca has escrito esa obra... Piensa que tienes algún tipo de trastorno mental. Es más, me ha confirmado que le entregaste a Carlos una novela que ya se había publicado, y que cuando te diste cuenta de ello mandaste a Tomás para que la recuperase llevado por el temor de que Carlos se diese cuenta de tu desequilibrio. Adela asegura que tú la has estado acusando de infidelidad durante meses. Dice estar preocupada por vuestra relación y que por ello decidió llevarte aquella noche al Palace. Quería tranquilizarte.

»Afirma que el día que mataron a Cosme, el vigilante de la editorial, y a Tomás, te habías marchado por la mañana y que regresaste una hora antes de que María llamase comunicando lo que había pasado. Dice que ese mismo día volviste a casa con el sobre que contenía la novela. Adela afirma que nunca has entregado una obra sin registrar. Piensa que sufres un trastorno mental grave. Se ha puesto en contacto con Arturo para que le recomiende un psiquiatra de confianza. Por eso no ha venido. Dice que hasta que no te vea un profesional no quiere hablar contigo, que es la única forma de presión que tiene para hacer que te sometas a revisión. Pero eso no es todo, aún hay más... —dijo Goyo haciendo una pausa para tomar aire y coger las fuerzas necesarias que le permitieran comunicarle a su amigo y defendido la desconfianza que su mujer estaba mostrando hacia él—. Adela le entregó, durante el registro de la casa, una bolsa a la policía científica. En ella había unos pantalones vaqueros y unos guantes, ambos estaban manchados de sangre. Dijo que eran tuyos y que los llevabas puestos la misma noche que asesinaron a Cosme y a Tomás; que te vio esconderlos y tuvo miedo de comprobar qué había en la bolsa.

»Creo que se anticipó al registro, debió pensar que la policía lo encontraría y que sería mejor entregarlos antes de que ellos lo hallaran. Como verás, ella desconfía de ti desde hace tiempo. Creo que alguien le ha estado presionando, o que tal vez el hecho de haber ocultado pruebas le esté haciendo actuar de esta manera. Quizá se sienta insegura... Lo cierto es que está implicada en la ocultación de pruebas de la misma forma que tú y que puede tener miedo de que flaquees y la descubras, ya que en ese caso ella se vería igualmente implicada y cabría la posibilidad de que fuese detenida y acusada... —Goyo se detuvo al ver que Abelardo estaba llorando—. ¿Estás bien? —le preguntó.



—Estoy destrozado. No puedo entenderlo. ¿Cómo puede negar que leyera la novela? ¿Cómo me puede hacer esto a mí? Ella ha sido la culpable, la principal culpable de todo lo que me está pasando. Tú no la crees, ¿verdad que no la crees? —preguntó Abelardo cogiendo la mano de Goyo.

—¡Por supuesto que no! Pero sé que tiene motivos para hacer esto. Creo que Adela está asustada y que su miedo le está haciendo cometer un nuevo error. De todas formas la desconfianza es libre, libre y poderosa, es como los hongos, poco a poco va contaminándolo todo, poblando todos los pensamientos. Y si a la desconfianza le añadimos el miedo, la cosa se complica aún más. No te preocupes, todo volverá a su sitio. Adela te quiere y recapacitará; se dará cuenta de que nunca la delatarás. Creo que ése es el mayor problema al que nos enfrentamos. Ella está confusa, insegura.

—Estás equivocado, desgraciadamente sé que lo estás. Adela sólo se quiere a sí misma. Sólo le importa vivir bien. Quiere conservar su posición y para ello hará cualquier cosa... Pero nunca pensé que llegaría a estos extremos. Ahora me doy cuenta de que es capaz de todo por conservar su bienestar, el bienestar que yo le he proporcionado, ¡qué ironía! En el fondo me está bien empleado, lo tengo merecido, muy merecido. Si le ha dicho a la policía lo mismo que a ti, estoy en un callejón sin salida. Lo peor de todo es que la conozco y sé que nunca dará marcha atrás. Adela ocultó las pruebas. Ocultó pruebas del asesinato de Eugenia. Cogió el bisturí y el martillo que el asesino había dejado en el lugar del crimen y lo tiró en la papelera del baño de la cafetería que hay en la acera de enfrente de la comisaría, en Ibiza. Sabe que es más culpable que yo. Contrató a Tomás. Averiguó su dirección llamando a la empresa de mudanzas. Abrió un apartado de correos. Su actitud siempre me pareció kafkiana, pero no hice nada. Ahora todo es diferente: debo decir la verdad, quiero hacerlo. Quiero declarar aunque ella salga perjudicada. Me está acusando de loco, de asesino, de perturbado... Está cerrándome las puertas, todas las puertas; intenta enterrarme vivo, vivo y consciente para que mi sufrimiento sea mayor. Está dando lugar a que la policía piense que yo he cometido los asesinatos. Sabe de sobra que así será, es inteligente, muy inteligente. ¡Quiero declarar! ¡No quiero volver a verla! Voy a salir de aquí y ella va a ingresar en prisión. Localiza a Arturo. Quiero que le digas que declare que estuvo con mi mujer. Quiero que demuestre que yo tengo razón, que no estoy desequilibrado, que todo sucedió como he declarado.

—Abelardo, escúchame, ya lo hice. Le llamé después de hablar con Adela. Arturo no quiere verse implicado en nada de esto. Dice que no le beneficia y que no tiene nada que ver con ello. Lo cierto es que está en su derecho. Tiene razón. Una cosa es la infidelidad de la fuiste objeto y otra muy diferente la acusación que hay contra ti. Ya te dije que para él los asuntos de faldas son como un cambio de decoración. No creo que tu mujer le importe mucho. Se ha negado a hablar de ello. Es más, me ha dicho que si recibe alguna orden judicial lo negará todo. No podemos demostrar nada

porque Adela también lo niega. Además, este asunto no tiene nada que ver con los asesinatos ni con tu acusación. Este asunto es un caso de infidelidad, nada más. Adela puede negarlo y demostrarse que es cierto, pero eso no te exculparía de los asesinatos. ¿Podrías decirme si los pantalones manchados de sangre y los guantes son tuyos? Necesito saberlo.

—Pues claro que lo son. La sangre es de un búho o una lechuza, no recuerdo bien, chocó contra el cristal delantero de mi coche. Se lo dije, le dije lo que había sucedido. No guardé los pantalones ni los guantes, los eché al cesto de la ropa sucia. No tengo ni idea de quién puede haberlos guardado en una bolsa. No entiendo cómo puede decir que yo los escondí. Quizá fue Juan; es probable que las manchas de sangre no salgan con un lavado normal, quizá pensara llevarlos a la tintorería. Si no lo ha hecho la policía, tendrás que hacerlo tú, tendrás que preguntarle a Juan si fue él quien puso los pantalones y los guantes en la bolsa... Pero no me preocupa, la sangre es de un pájaro. Si Adela ha dicho eso es porque oculta algo, estoy convencido de que es así. Todos sus actos están medidos, créeme, no hace nada porque sí. Hay que buscar las pruebas, quiero decir que tal vez alguien del personal del restaurante viese el martillo y el bisturí en la papelera. El personal de limpieza pudo verlos al retirar la bolsa. No son objetos muy normales; sí alguien los hubiera visto, los recordaría. Debemos intentar averiguar si alguien los vio... Quizá tengamos suerte.

—¿Estás seguro de que quieres que lo haga? Eso sólo servirá para inculpar a tu mujer, pero no te sacaré de aquí. Creo que lo más conveniente sería que ella hablara contigo, que tuviese la certeza de que no la vas a traicionar. Si Adela se entera de que estamos intentando demostrar que ella ocultó pruebas, que era consciente de sus actos, que todo estaba premeditado, si se entera de que en cierto modo vas a por ella, podría perjudicarte más de lo que te imaginas.

—Lo sé, pero estoy en posesión de la verdad y eso es lo que quiero demostrar. ¿No dice que estoy alterado, que tengo trastornos de la conducta? Ya veremos quién miente, quién tiene trastornos. ¿O es que no crees que su actitud sea mezquina? —Goyo asintió dubitativo—. Quiero demostrar que digo la verdad. Quiero demostrarle que no soy un imbécil, y que si me ha utilizado ha sido porque yo he querido. Ella me dijo en una ocasión que nunca me perdonaría. Lo dijo porque dudé de su inocencia, porque le manifesté mis dudas sobre su posible implicación en uno de los asesinatos. Yo tuve la valentía de decírselo, pero lo hice en privado, no la acusé ante la policía... Ella me dijo que nunca me lo perdonaría. Ahora está yendo a por mí. No sé los motivos que tiene, pero la conozco, conozco a mi mujer, es inteligente y pragmática, tiene que haber intereses de por medio, tiene que haberlos. No voy a consentir que se salga con la suya. Saldré de aquí, con su ayuda o sin ella, tengo que salir y conocer sus motivos, sus verdaderos motivos. Yo soy inocente.

—Está bien. Haremos lo que dices, pero nos arriesgamos. Debes saber que en el

caso de que no demostremos que lo que dices es cierto, es posible que te sometan a un examen psiquiátrico. No quiero darte falsas esperanzas. Intentaré demostrar que todo lo que me has dicho es verdad. Mi equipo de investigación se hará cargo con prioridad absoluta de tu caso.

—No repares en gastos.

—Debes tranquilizarte. Carlos está al tanto de todo; él también te apoya. Él y María me han ofrecido su ayuda personal y económica, te sacaremos de aquí.

—Goyo, si pudieras traerme algunos folios para escribir y algo de lectura te lo agradecería. Estoy atorado, mi cerebro aquí es más prisionero que mi cuerpo. Necesito escribir y leer para evadirme.

—Cuenta con ello. Mañana debemos poner al día toda la documentación. Es posible que cuando prestes declaración te hagan preguntas que no esperamos; debes contestar lo que creas conveniente. Si hay algo sobre lo que tienes dudas, algo que pienses que puede perjudicarte, guarda silencio —dijo Goyo levantándose—. Intentaré tener todo medianamente preparado para mañana, pero no te prometo nada. Son demasiados datos. Quiero hacerlo bien, no podemos permitirnos descuidos...

Abelardo Rueda fue acusado de los cinco asesinatos. El reconocimiento médico al que fue sometido desveló que su grupo sanguíneo así como su Rh coincidía con el de la primera víctima, Teresa, por ello los exámenes se extendieron al departamento de genética.

El análisis de la tinta con la que fueron firmados los libros dedicados a Isabel demostró que Abelardo había estado en casa de la víctima aproximadamente media hora antes de que fuese asesinada. Este hecho ratificó la veracidad de la declaración que le había hecho a su letrado.

Goyo puso en marcha a su equipo de investigación y comenzó a intentar certificar las pruebas que el escritor necesitaba para ser exculpado. El letrado procuró conseguir la libertad condicional para su cliente sin conseguirlo.

Impresionado por la actitud de absoluta pasividad de Adela, Goyo pensó concienzudamente en cuáles podían ser los motivos que llevaban a la mujer a actuar así, sin comunicar sus conclusiones a Abelardo. La actitud de Adela, desde el primer momento, le pareció extraña. Sólo cabía la posibilidad de que estuviera implicada en los crímenes más de lo que Abelardo imaginaba. No acababa de creerse que todo fuese una consecuencia de su ambición, aunque Abelardo lo afirmase taxativamente una y otra vez. Adela le había manifestado durante una conversación telefónica las dudas sobre la implicación de su esposo en los homicidios, haciendo mención a las salidas irregulares que, en los últimos meses, había hecho. La pasividad de él frente a los primeros crímenes, la seguridad con la que afirmó que ella sería la siguiente víctima. Adela, alterada, había afirmado que tenía la convicción de que su marido padecía un trastorno bipolar. Parecía que el estado mental y físico de su marido, su reclusión, la grave imputación de la que era objeto y su posible condena no le preocupaban. Nada parecía alterarla, nada parecía tener importancia para ella, nada era vital, ni tan siquiera se sentía responsable ni obligada a involucrarse en la defensa de Abelardo. Le manifestó sin pudor alguno conocer la trascendencia que la reclusión de su marido y su presunción de culpabilidad tendrían sobre su reputación. Dijo que consideraba muy difícil, por no decir imposible, que aquello pasase al olvido sin dejar huella:

—Incluso demostrando su inocencia, su futuro y, en consecuencia, el mío son inciertos. De una forma u otra, los hechos le marcarán, las dudas en un sector amplio de la población seguirán vivas. Abelardo es un hombre débil, siempre lo ha sido, no podrá superar los acontecimientos que se le vienen encima; lo sé, lo he sabido desde el primer homicidio. ¿Crees que a estas alturas va a importarme algo más que no sea mi seguridad? No las tengo todas conmigo, querido letrado, no las tengo todas conmigo. Sea inocente o no lo sea, Abelardo no tiene futuro; incluso puede hacer que

yo lo pierda todo. No creas que no lo he pensado... He tomado una decisión y voy a seguir firme hasta el final. Ya está bien de allanarle el camino. Quizá sea culpable; en todo caso, dudo que sea completamente inocente. Sé que me oculta algo, que lleva tiempo ocultando algo... Quizá sea su enfermedad; es muy probable que esté realmente enfermo. Piensa en ello. Si de verdad le aprecias deberías tenerlo en cuenta. No entiendes que ha intentado culparme de todo a mí, a mí que le he defendido siempre. Es considerado el primer sospechoso, el autor material de los crímenes, y en lugar de preocuparse de su defensa, sólo piensa en arrastrarme con él... ¿Y tiene la desfachatez de decirte que oculté pruebas de un homicidio...? Es un irresponsable, un cobarde... No creo que lo que yo estoy haciendo sea muy diferente a lo que hace él. No, querido Goyo, hasta aquí podíamos llegar. No me hables de responsabilidades, de moral, no creo en nada de eso, en nada. Sólo me guío por mi instinto de supervivencia; eso es lo único que me ha mantenido donde ahora estoy, lo que me ha llevado a una posición que no pienso perder por nada, ni por nadie...

Goyo intentó interpretar aquellas manifestaciones, intentó creer que Adela, sencillamente, era presa del miedo. Que su actitud era la consecuencia de la inseguridad que sentía. Abelardo estaba desesperado, eso era evidente, y podía poner sobre la mesa demasiadas cosas que le imputarían a él y a ella en la misma medida. Si todo lo que le había manifestado su amigo era cierto, si llegaba a demostrarse que ambos, a efectos legales, eran culpables, tenían la misma responsabilidad en los acontecimientos y cualquiera de los dos podía ser sospechoso. El miedo y la falta de confianza en su esposo, la avaricia y el egoísmo insano eran las únicas explicaciones lógicas, dentro de un marco racional, que Goyo encontraba en la actitud de Adela; eso, o que ella estuviera implicada en los homicidios. Algo que, a pesar de encontrar la actuación de ambos del todo injustificable e irresponsable, se negaba a creer. No podía ni tan siquiera dar lugar a un margen mínimo de duda. No era capaz de verlos involucrados directamente en los crímenes, a ninguno de los dos.

El viernes Goyo llegó a la cárcel alcalaína con un montón de preguntas que Abelardo debía contestar.

—Imagino que te habrán entregado todo lo que te mandé —dijo Goyo dando un abrazo a Abelardo.

—Lo recibí el lunes. Dime, ¿has averiguado algo que pueda sacarme de aquí? —le preguntó ansioso.

—Primero debo ponerte al tanto de todos los datos que he recopilado. Creo que debes enfrentarte a la realidad con entereza —contestó el letrado quitándose la chaqueta y tomando asiento—. He comprado cuatro cartones de tabaco que confío sean suficientes para los días que tendré que ausentarme.

—Por tu aspecto diría que esto no va bien, ¿me equivoco? —preguntó Abelardo

abriendo uno de los cartones—. ¿Sabes algo de Adela? Aún no ha venido. Eso es lo que peor llevo. Es peor que estar aquí. Es a lo único que doy vueltas de día y de noche, aunque ya casi no distingo el día de la noche. Si no fuese porque apagan las luces, estoy seguro de que perdería completamente la noción del tiempo. Todo me parece tan increíble que a veces, cuando cierro los ojos, creo que voy a despertar en el viejo ático y que todo esto sólo será una pesadilla. Incluso he llegado a pensar que he cometido los asesinatos y que no soy consciente de ello. Comienzo a tener lagunas, espacios vacíos en la mente. No recuerdo bien, me faltan horas, días en los que no sé qué hice o dónde estuve. Me estoy volviendo loco; aquí es todo igual, demasiado igual y eso me trastorna. Me pregunto si no seré yo el que esté equivocado, si tal vez Adela haya visto algo que yo no sepa o que haya olvidado... Es terrible, terrible. Dudo de mí mismo, dudo de mi memoria, de que ésta sea la verdadera realidad.

Goyo le dio una palmada en la espalda a su amigo.

—Entiendo lo que estás pasando. Yo también me siento francamente mal. Todo me parece surrealista. Pero lo que no debes hacer es dudar de tu inocencia porque Adela te haya fallado. Menos aún por unas pruebas que pueden ser casuales. Aunque te resulte muy difícil, debes mantener la calma. Si no lo haces, nunca saldrás de aquí. Bajo ningún concepto debes decir que dudas de ti y de tus capacidades mentales. Me refiero a que no le digas a nadie lo que acabas de decirme a mí. Eso podría traernos aún más problemas. ¿Entiendes?

—Sí —contestó Abelardo—, entiendo; pero a veces no puedo evitar decir lo que pienso... Goyo, no soy capaz de recordar el estudio de la nueva casa; no recuerdo ni cómo es la finca... La única imagen que tengo de ella es la de aquel hombre... ¿Recuerdas al ciego del perro? —el letrado asintió—. Ésa es la única imagen que recuerdo, y me persigue día y noche. Tuve una corazonada las dos veces que le vi. Sentí como si algo en mi interior se abriese, algo que llevaba años encerrado. No puedo explicarte con precisión lo que sentí. Fue una corazonada, si tú no me hubieras dicho quién era, que le conocías, si Adela aquella noche no se hubiera mofado de mi desconcierto, pensaría que el ciego fue una alucinación mía, y tal vez podría haber más. Lo cierto es que no puedo quitármelo de la cabeza, y eso no es normal. Algo me está pasando, sé que algo no anda bien dentro de mi cabeza. No tendría que haber olvidado la casa, no tendría que haber olvidado nada, estoy preocupado...

—Lo que dices es normal. La privación de libertad, la magnitud de las acusaciones, todo hace que estés bajo una presión muy fuerte, y como tu cerebro no puede soportarlo, se está defendiendo e intenta desconectar de la realidad. Tu cerebro ha apagado la luz para no ver, para no recordar, se está protegiendo. No tiene nada de extraño. Lo del ciego es algo lógico; en esos momentos ya estabas sometido a presión, y ese hombre es un personaje poco habitual. Ya lo comentamos, no pasa

desapercibido, y eso que no has hablado con él. Debes intentar estar tranquilo. No hagas juicios de valor sobre ti mismo, sería un error. Lo importante es comenzar a trabajar en tu defensa. El juicio se celebrará dentro de dos semanas. Tenemos que estar preparados, la opinión pública se ha interesado demasiado por tu caso, como era de esperar. Creo que la gran mayoría te considera culpable. Se habla de ti como del loco escritor que emuló a míster Hyde.

Goyo comenzó a sacar carpetillas de plástico de su cartera de cuero.

—De toda la documentación hay una copia para ti. Pensé que te gustaría tenerla. Es más, es posible que sea conveniente que te dediques a revisar el sumario; tal vez encuentres algo que nos permita demostrar la injusticia que se está cometiendo contigo. Empezaremos por todo lo referente a tu mujer —dijo extendiendo una de las carpetas hacia el escritor—. Adela prestó declaración el martes. Como verás dice que sufres una crisis de identidad desde que recibiste el Premio Ediciones. Opina que esta crisis te ha provocado un cambio de carácter, y que éste viene dado desde que comenzaste a escribir novelas de suspense. —Goyo hizo una pausa levantando su mano derecha en un signo evidente de detención para que Abelardo guardase silencio—. Deja que acabe. Entiendo cómo te sientes, pero antes debes escuchar todo lo que tengo que decirte. ¿Estamos de acuerdo?

—Perdona. Continúa, por favor.

—He tratado de averiguar si Carlos tenía conocimiento de tu estado de ánimo. Él en su declaración manifestó que sufriste un pequeño ataque de ansiedad después de recibir el premio y que le comunicaste tu decisión de dejar la literatura de suspense. Punto uno, la declaración de Adela y la de tu editor coinciden en el juicio subjetivo de tu estado anímico.

»Adela declaró que estabas bastante preocupado por los asesinatos, ya que decías haber escrito una novela de suspense en la cual el asesino cometía sus crímenes de la misma forma que lo estaba haciendo el hombre que ha cometido los asesinatos que a ti se te imputan. Afirma que dijiste haber entregado a Carlos dicha novela antes de recibir el galardón Ediciones. Novela que tras el asesinato de Teresa y en reiteradas ocasiones intentaste recuperar. Novela que intentó recuperar Tomás, al menos ésa es la versión de tu mujer, ya que ella ha manifestado que tú le hiciste el encargo a Tomás. Afirma que cuando recuperaste la novela, pudiste comprobar que ésta era una obra ya publicada. Dice que ella nunca ha visto la obra de la que hablas. Carlos, por su parte, confirma tu obcecación, tu insistencia en recuperar la copia. Él declara haberte hecho entrega del sobre el mismo día que Cosme y Tomás fueron asesinados. Asimismo, afirma no conocer el contenido del mismo. Por lo que las dos declaraciones vuelven a coincidir.

»Adela dice que sabías cuál era la palabra que el asesino estaba escribiendo con los dedos de sus víctimas en el momento que recibisteis el primer anónimo. Asegura

que desde el primer momento supiste que estaba componiendo la palabra imaginación. Cuando le pidieron qué opinaba sobre tu estado anímico, respondió que desde hacía tiempo pensaba que sería conveniente para ti que visitases a un psiquiatra. Por ello, por la preocupación que tenía, comentó con Arturo la necesidad de que te sometieses a tratamiento médico. Afirma que, llevado por tu estado de ansiedad, llegaste a pensar que ella mantenía relaciones con Arturo, al cual sólo le une amistad y mutua admiración. Éste ha ratificado la declaración de tu mujer. No lo ha hecho sin embargo personalmente, porque su padre falleció el lunes en Colombia y ha tenido que ir allí para hacerse cargo del funeral y de la repatriación del cadáver. Mandó una declaración jurada bajo acta notarial. Yo he llevado los trámites de todo porque, como sabes, también soy su abogado. Como ves nada está claro. Todos los indicios apuntan a que sufres un desequilibrio transitorio de la personalidad.

—Por supuesto que sufro un desequilibrio; lo sufro desde que mataron a Teresa, pero no porque yo la matase, sino porque la mataron como el asesino de mi obra mataba a sus víctimas —dijo el escritor levantando el tono de voz—. Cualquiera en mi situación estaría desequilibrado.

—Por supuesto. Pero... lo único que podría demostrar que la apreciación que han hecho sobre tu estado de ánimo es equivocada sería la obra, y ésta no existe. No tienes ninguna copia. No está registrada, nadie la ha visto.

—Yo puedo demostrarlo. Daré todos los detalles sobre los próximos crímenes. Estoy seguro de que ese hombre seguirá matando y, una vez más, lo hará siguiendo mi texto.

—¿Y si no comete ningún asesinato más? ¿Cómo demostrarás que tienes razón?

—Lo cometerá porque yo no soy el asesino. Seguirá cometiéndolos y yo estaré aquí, recluido.

—Creo que debemos olvidarnos de la novela y centrar tu defensa en demostrar que las pruebas no son convincentes. Adela dice que tu salud mental no es buena y que la única solución es que te declaren incapacitado. Cree que no estás bien; está convencida de ello. Incluso duda de tu integridad. Dice que lo más acertado sería que te declarasen enfermo mental, que ello podría salvar, en cierto modo, tu reputación. También sopesó la posibilidad de que cumplieses condena en un psiquiátrico.

—¡Me niego! No pienso aceptar eso. ¿Cómo... cómo puede ser capaz de mentir de esta manera? Adela oculta algo; si no es así, no entiendo por qué miente tan descaradamente. Quiero que le digas que no se moleste en venir a verme. Quiero que le digas que me ha destrozado la vida y que cuando salga de este maldito lugar yo haré lo mismo con la suya. ¡Díselo! —gritó—. Está claro que quiere quedar libre de culpa. Ella, sólo ella me ha metido aquí. Soy un ingenuo, un imbécil; entré en el juego sin darme cuenta. Dile que no pararé hasta demostrar que miente. Que es una egoísta, una avariciosa sin escrúpulos. ¡Díselo!



—Se lo diré, le diré lo que tú quieras. Sin embargo, debes pensar en que esto sería una posible solución a tu encarcelamiento. Adela no va mal encaminada; tu mujer es muy inteligente. Estás metido en un lío y ella lo sabe. Creo que ha querido ayudarte con su declaración, que lo que me dijo es verdad. Entiendo que te indignen las declaraciones que ha hecho, pero ella ha pensado que ésta es una forma de sacarte de aquí. ¡Debes pensar en ello! Yo sé que ella miente, que está asustada. Ambos ocultasteis pruebas a la policía y ella está igual de implicada que tú. Miente, lo sé, pero sólo en parte. Cuando le pregunté a Arturo si ella le había pedido el nombre de algún psiquiatra para que te viese, él me dijo que el día de Nochevieja Adela le comentó lo angustiado que te sentías y que estaba bastante preocupada por tu salud. Arturo le dijo que hablaría con sus colegas, que intentaría buscarte el mejor psiquiatra. Sé que Arturo no me ha mentado.

—Todos estáis cayendo en sus redes, igual que lo hice yo. Una vez que se entra en su juego ya no se sale. ¡Esto es increíble! Es sobrehumana la capacidad que tiene para llevarlo todo a su terreno, para cambiar el rumbo de las cosas, increíble. Te juro que ella es la culpable de que yo esté donde estoy. Ella y su maldito egoísmo. Y yo, yo he sido un estúpido por dejarme llevar, ¡un gilipollas! Siempre me ha utilizado. ¿Sabes lo más triste? Lo más triste es que aún la quiero, que no puedo dejar de quererla, por eso me hace tanto daño escucharte.

—Ahora sólo queda esperar. Aún no podemos demostrar nada. Debemos esperar a que acaben con las pruebas genéticas. Si la sangre y las muestras de sudor que se encontraron en el lugar de los hechos no son tuyas, tendremos mucha ventaja. Esos exámenes pueden ser la prueba que haga que tu puesta en libertad sea inmediata.

—¿Y el antropólogo? No recuerdo cómo se llamaba. ¿Has hablado con él?

—Sí, prestó declaración ayer. Dice que no recuerda cuándo te marchaste, ni el tiempo que permaneciste fuera de la mansión. En cuanto a la joven, ha declarado que salías bastante ofuscado de la fiesta y que por tu aspecto pensó que habías bebido demasiado. Cuando le pregunté si recordaba la insinuación que te hizo sobre tu literatura, dijo que no habló contigo, que saliste muy deprisa y luego no te vio regresar. Como verás todo se complica. Sigo pensando que son simples y nefastas coincidencias, pero que han influido tanto en el contexto general de los acontecimientos que te hacen parecer culpable...

—Goyo, ¿has comprobado si alguien vio el bisturí y el martillo en la papelera del lavabo de señoras de la cafetería?

—Lo hice. Margarita vino conmigo. Nadie recordaba nada anormal. Tu mujer debió decirte la verdad, eso sin pensar que tenga razón y que nunca lo hiciese, que es lo que ella afirma. Me dijo que entró con María en el aseo y que no cerró la puerta del todo. Es más, afirma no haber visto nunca el bisturí. Para asegurarnos le sugerí a Margarita que preguntase de forma confidencial uno a uno a los empleados. Quizás

algún empleado de mantenimiento sacó el martillo y el bistorí, pero nadie recuerda nada. Por el momento no hay nada que demuestre que Adela ocultó pruebas. Pero no por ello pienses que me voy a rendir; ya sabes mi opinión respecto a la ocultación de pruebas por parte de Adela. Sabes que no lo considero algo primordial para sacarte de aquí, pero sí creo que nos podría ayudar. Sería una forma de presión para que ella te apoyase con sus declaraciones. El cariz de la declaración de tu mujer es importante.

—Tal vez se deshizo de ellas antes de que yo fuese acusado. ¡Quizá me engañó! Es posible que las trajese a Madrid, o que las dejase en casa de Arturo, que se deshiciera de ellas en la casa de Arturo. No me ha dicho la verdad, ha vuelto a mentir. Todo es una mentira, una burda mentira. ¿Has averiguado la dirección de Tomás? Alguien debió ver a mi mujer en su casa, alguien debió verla.

—No ha hecho falta que lo averigüe, el fiscal tenía todos los datos. La portera de la finca no recuerda nada anormal. Las visitas acostumbradas a su hijo, todas o casi todas femeninas. No resaltó nada especial de ninguna de ellas; por contra, manifestó que todas eran raras, que las mujeres que solían visitar a Tomás eran muy poco convencionales. Insinuó que su hijo era un vividor, afirmó conocer y saber por Tomás que una de las fuentes de ingresos eran las mujeres que le visitaban. Lo cierto es que si la mujer se percató de algo, no quiere decirlo. Si Tomás estuviera vivo, podríamos solicitar una rueda de reconocimiento, pero desgraciadamente no lo está. En la empresa de mudanzas nos dijeron que la persona que pidió los datos se identificó como una empleada tuya. Por otro lado, la portera ha demostrado con un certificado médico su incapacidad para declarar. Tiene una pérdida de visión considerable en ambos ojos, y demencia senil; en realidad aún está en la finca porque sus propietarios no la pueden echar, la ley la protege. Si diésemos nuestras tesis a la policía judicial, las sospechas se centrarían aún más en ti y, por supuesto, en la complicidad de tu mujer. Creo que no sería conveniente hacerlo. No lo sería porque comprobamos el apartado de correos que me dijiste y no puedes ni mencionarlo. En el momento que lo hagas te relacionarán con Tomás, ya que estaba abierto con tu número del documento nacional de identidad. Creo que lo más prudente es omitir la relación de Tomás con vosotros; lo único que haría sería perjudicarte más. Por el momento la policía tacha su muerte de coincidencia; él estaba robando y se encontró con el asesino, algo que es evidente y del todo cierto, pero no traza ninguna línea de relación del joven con vosotros y eso, dados los hechos, a mi entender te beneficia.

—¡Es imposible! —contestó Abelardo.

—No. Ahí está la copia que me facilitaron en correos. Adela dice que el apartado de correos lo abriste para recibir correspondencia sobre información del medioevo. Que habías pensado ponerte en contacto con gente que se dedicase al estudio de esa época y que querías el anonimato.

—Es cierto. Tuve esa idea, pero no la puse en práctica, no llegué a hacerlo nunca.

Todo esto me parece excesivo. Comienzo a pensar que Adela se ha estado burlando de mí todo este tiempo. Tengo la certeza de que mis sospechas eran acertadas. La única persona que conocía la existencia de mi obra era ella. La única persona que pudo haber cogido la copia que faltaba era ella. Es evidente que ella y Arturo han tramado un plan para deshacerse de mí. Es evidente que todo lo tenía medido, desde el principio. ¿Cómo no me di cuenta? Tenía demasiado interés en no dar a conocer la existencia de la obra, estaba demasiado preocupada por ello. Quizá Arturo y ella ya se conociesen... Soy un incauto.

—Eso es una locura. ¿Cómo puedes pensar que Adela es capaz de mandar asesinar a alguien, y menos aún que Arturo esté metido en este asunto? Es un gilipollas, un mujeriego y un cabrón cuando hay un negocio de por medio, pero no es un asesino. Créeme, Arturo te lo diría a la cara. Estoy convencido de que no te dijo que estuvo con tu mujer porque ella se lo debió prohibir. No entiendes que es estúpido. En el caso de que Arturo y Adela estuvieran juntos, no necesitarían deshacerse de ti. Él tiene demasiado dinero, no necesita el tuyo; a tu mujer le sobraría de todo.

—En eso tienes razón, es absurdo; pero si no es así, no entiendo por qué Adela no dice la verdad. ¡No lo entiendo!

—Es posible que quiera salvarse de posibles acusaciones. Es evidente que si lo que tú dices es verdad, ella está implicada tanto como tú. Claro que los delitos de los que se le acusarían no son tan graves como los tuyos, que estás acusado de asesinato múltiple. Adela, está aterrorizada; desde luego que es cierto que no tiene principios, pero de ahí a que sea una asesina...

—Entonces, ¿qué haremos? —preguntó Abelardo desesperado—. No hay nada que hacer, estoy atrapado. Todo me relaciona directamente con los crímenes, todo.

—No dudes ni por un momento que voy a defenderte hasta el final. Te sacaré de aquí. Por el momento podemos alegar que no estás en plenas facultades mentales... —sugirió temeroso Goyo.

—Me niego. Ya te lo he dicho antes. Prefiero morir en esta celda que dar opción a que alguien piense que he matado. Que, loco o cuerdo, yo soy un asesino. Nunca me declararé culpable. El asesino volverá a actuar y yo estaré aquí, y entonces ¿qué dirán? ¿Dirán que mi espíritu ha salido de prisión para seguir matando? No estoy loco. Tampoco soy un asesino. ¡Cómo puedes pedirme eso! No puedes pedirme tal cosa.

—Está bien. Haremos lo que tú quieras, pero debes pensar en lo que te he dicho, ya que todas las pruebas y los testigos te acusan. No hay nada que demuestre tu inocencia, nada Abelardo. Yo te creo, por Dios que te creo, pero eso no sirve. Estamos en un callejón sin salida, y si las cosas siguen así, si no encontramos nada que atenúe tu situación, tendríamos que plantearnos la opción, la posibilidad, de

declararte incapacitado, irresponsable de tus actos. Por el momento sería una salida; después tendríamos tiempo para investigar. Además, si tienes razón, el asesino volverá a matar y eso haría que dejaras de ser sospechoso.

»Tienes que entender que tanto a efectos legales como morales, no es lo mismo un homicidio premeditado, un crimen cometido por un loco, que el cometido por una persona que está en su sano juicio. No es igual, ni tiene la misma condena. En el caso de que las cosas empeorasen, algo que intentaré evitar por todos los medios, debes meditar esa opción. Creo en tu inocencia, pero desgraciadamente esto parece una encerrona. Estoy seguro de que alguien se ha preocupado concienzudamente de inculparte y ya sabes lo que a veces sucede con la justicia: no siempre hace honor a su nombre. Eso es algo que hay que tener en cuenta; tu caso no sería el primero ni el último.

Cuando el abogado salió de la celda, Abelardo cogió la documentación que le había entregado y comenzó su lectura comprobando que Goyo tenía razón. Estaba en un callejón sin salida. Todo apuntaba a un único culpable: él. Llevado por la impotencia que le produjo el conocimiento de los datos sumariales, la angustia y la sinrazón, cogió el mechero de gasolina y encendiéndolo lo acercó a los folios que comenzaron a arder. Después, con una expresión enloquecida, los acercó a la cama y los dejó caer en ella. La manta ardió a gran velocidad y la celda se llenó de humo que se propagó por el pasillo. Se arrodilló y colocó sus manos encima de las planas que aún no se habían consumido. Cuando el humo entró en sus pulmones perdió el conocimiento. Las quemaduras que sufrió, así como la intoxicación por inhalación de monóxido de carbono le hicieron permanecer varios días en la enfermería. Durante aquella semana fue sometido a reconocimiento psiquiátrico. Abelardo se mostraba agresivo, por lo que el especialista decidió administrarle un tratamiento de *shock* que calmase su estado de ansiedad.

Adela permanecía en la misma actitud.

Nada parecía afectarle; ni tan siquiera el incidente protagonizado por su esposo y su convalecencia le hicieron cambiar de conducta. Se dedicaba a poner en orden sus futuros proyectos, deseando que todo aquello acabase lo antes posible para retomar su anterior modo de vida. No quería saber nada de Abelardo, tampoco se prestaba a hacer declaraciones en los medios de comunicación, alegando que su silencio era debido a que la situación le afectaba profundamente, que no tenía fuerzas para superar el trance al que estaba sujeta.

Goyo intentó volver a ponerse en contacto con ella, quiso que recapacitase. Incluso le sugirió que hiciera un ejercicio de memoria y repasase todos los

acontecimientos desde el asesinato de Teresa por si se les había escapado algún detalle, algo que pudiera tener una importancia trascendental en la puesta en libertad de su marido, pero ella se negó a hablar con el letrado, que dejaba insistentemente sus ruegos en el contestador automático, preces que no recibieron respuestas.

A pesar de ello, el letrado no perdió la esperanza y llegó incluso a insinuarle que la ocultación de las pruebas por su parte no sería nunca desvelada, a cambio de que declarase a favor de su marido. Le suplicó que fuera al centro penitenciario, que hablase con su marido, pero una vez más recibió la callada por respuesta.

Adela se había desvinculado del futuro de Abelardo, lo había hecho con pleno conocimiento de causa, y esto hizo que Goyo comenzara a sopesar con mayor rigor la posible implicación de la mujer en los crímenes. El abogado estaba convencido de la inocencia de su cliente, pero las dudas sobre la participación de Adela comenzaban a afianzarse. Su actitud sólo generaba desconfianza en el letrado, que veía cómo uno tras otros sus intentos por demostrar la inocencia de su amigo se malograban.

Las pruebas forenses comenzaron a cotejarse. El grupo sanguíneo de Abelardo coincidía con la sangre encontrada en el lugar de los asesinatos, pero el análisis genético demostró que no pertenecía al escritor, era de las víctimas. Cuando Abelardo recibió la noticia se sintió aliviado:

—Ves, te lo dije. Te dije que no era mía. Debes llamar a Adela, dile que haga las maletas, que procure desaparecer porque volveré y la mataré. Cuando salga voy a quemar todas las novelas. Voy a quemar la finca, voy a alquilar ese ático y después se lo voy a quemar a Arturo. Lo quemaré lleno de libros, quemaré todo lo que encuentre en las librerías, todo lo que me recuerde a esta época de mi vida, incluida a mi mujer y a su amante. Díselo a los dos. Óyeme, díles que esto ha llegado al límite, que la situación de abandono en la que estoy, la indefensión a la que me han sometido, no se la perdonaré nunca. Lo que ha hecho conmigo tiene que pagarlo, lo pagará. Llevo demasiado tiempo aquí, tanto que me he habituado, no me importa volver, pero ahora lo haré con motivos. Dile que voy a ir a por ella, que no piense ni por un momento que se va a quedar con algo que no sea suyo. Todo, todo lo que tiene me lo debe a mí, sólo a mí. Sin mí ahora no sería nadie. Sólo quiero salir de aquí para vengarme de mi mujer, el resto ya no me importa. Me arrebató la vida, y yo voy a llevarme la suya... —gritaba frenético, llevado por la desesperación.

—Creo que estás perdiendo el juicio. Debes tomar conciencia de la situación; ahora no puedes perder la cabeza. Abelardo, ahora están empezando a aclararse las cosas. Sabes que esto no te exculpa, sólo es un dato más a tu favor. Si hubiesen encontrado sangre que no perteneciese a las víctimas, sería diferente. Pero aun así debes alegrarte. No debes dejarte llevar por el rencor, porque puedes decir, como ahora, barbaridades que no te benefician.

—No he perdido el juicio, y nunca lo perderé. Sé muy bien lo que digo y lo que voy a hacer. No sé nada de mi mujer desde que estoy en la cárcel, nada. Sólo que intenta que siga aquí, sólo sé que desde el primer momento estuvo jugando conmigo, eso es lo único que sé, que nunca me ha querido. No puedo soportarlo, no puedo dejar de pensar en ello, en todo lo que he hecho durante años, a todo lo que he renunciado por ella, lo que me he jugado para esto... ¿No crees que es para volverse loco? No sé nada de ella. Sin motivo alguno me ha apartado de su vida, no puedo entenderlo; estoy casado con un monstruo, con un ser abominable, con alguien desconocido. Es para volverse loco, loco de remate. Veo que no entiendes lo que es la traición. Este tipo de traición es incomprensible, genera impotencia y, eso, la impotencia es lo más terrible, lo que más daño produce... Te juro que es cierto, estoy desesperado. Todo lo que te he dicho es lo que sucedió. Ella fue quien insistió en que ocultáramos la existencia de la novela; todo estaba premeditado, lo tenía todo

pensado, y le ha salido muy bien. No creas que me voy a quedar cruzado de brazos. Cuando salga voy a ir a por ella. Sé que tiene un motivo para hacer lo que está haciendo y me da igual lo que sea, no tiene justificación, no la tiene porque ella sabe que soy inocente.

—Te entiendo, lo comprendo todo, pero tu situación, tu estado anímico no te beneficia. Debes pensar que tal vez Adela tenga el mismo miedo que tú, que quizá sólo esté protegiéndose, que no sea consciente de lo que está haciendo. Es posible que tenga dudas de tu inocencia, eso también es justificable. Puede que en realidad crea que tú has participado en los homicidios.

—¡Qué equivocado estás! No tienes ni idea de lo que dices. Aunque si estuvieras en lo cierto sería igual, exactamente igual. Nada la exime de culpa, nada tiene justificación para la proporción de sus mentiras, está mintiendo. ¿O es que dudas de mis palabras?

—No he dudado en ningún momento de tu inocencia, de que me estás diciendo la verdad, pero tienes que entender que todo es demasiado extraño. Nada de lo que dices tiene solidez, no encontramos nada que confirme tu versión de los hechos. Si presentáramos ante el juez tu declaración creo que pensaría que padeces un trastorno mental, algo que ya se ha insinuado. Sé que Adela no dice toda la verdad, pero en cierto modo comienzo a tener dudas. Quiero que interpretes mis palabras con claridad, que no las confundas. Si ella no está implicada en los crímenes, ¿por qué oculta su participación en la desaparición de las pruebas?, ¿por qué me la oculta incluso a mí?

—Desconfías, estás comenzando a dudar de que yo esté en mis cabales. ¿Acaso has hablado con ella y no me lo has dicho? ¿Qué te ha dicho? ¡Dime que te ha dicho!

—No he podido hablar con ella, nadie ha podido. Se niega a hablar, ni tan siquiera ha hecho declaraciones a la prensa. Está recluida. Sinceramente, creo que sólo hay dos hipótesis que pueden dar algo de lógica a su comportamiento: que esté metida en los crímenes o que crea que tú puedes ser el verdadero culpable. Es posible que dude, que sea verdad lo que dice, que esté pensando que tú has participado realmente en los asesinatos. También el miedo a que tú la involucres directamente, puede estar llevándola a protegerse de esta manera tan irracional. Eso es lo que pienso. Yo creo que eres inocente, no lo he dudado en ningún momento, pero aun así, hay cosas que no encajan y todo, querido amigo, todo encaja tarde o temprano, todo tiene sentido, lo he comprobado en más de una ocasión, sólo hay que ir engarzando las piezas. Enfilear perlas es una labor lenta y precisa.

—Me parece increíble que intentes buscar una justificación a lo que Adela está haciendo. Tú sólo tienes que preocuparte de sacarme de aquí, sólo de eso; creerme, ésa es tu obligación como letrado, el resto no tiene que hacerte pensar.

—La cárcel está afectando a tu carácter. Nunca antes me habrías dicho algo así.

Estás obsesionado con Adela. Debes olvidarte de ella. Lo prioritario no es tu mujer y su comportamiento, eres tú y las acusaciones de las que eres objeto. Adela se niega a colaborar y nosotros no tenemos nada que la implique, nada que demuestre que lo que dice no es cierto. Ella mantiene que la novela no existe y eso te sitúa a ti en un lugar muy delicado. Tienes que entender lo que te digo. Sé que estás dolido, ofuscado, sé cómo te sientes. Aunque insistas en que no tengo ni idea de cómo te sientes, quiero que sepas que me hago cargo y sufro por ti. Te aprecio, querido amigo; no ejerzo tu defensa sólo como letrado, lo hago como amigo, eso es lo que deberías tener en cuenta. Por eso te pido que me hagas caso y sigas todas mis indicaciones al pie de la letra. No debes perder el control y para ello debes olvidarte de tu mujer. La policía no la considera sospechosa de nada, ni tan siquiera la han investigado. Ella, a efectos judiciales, no forma parte de nada. Ahora lo que más me preocupa es que realmente te veo muy alterado. Estás demasiado irascible, obsesionado con Adela, y esa obcecación te llevará por unos derroteros que de seguro no te beneficiarán.

—¿Por qué no? Estoy harto, harto de que todas las miradas se dirijan a mí. Desde el asesinato de Teresa fue así. Adela lo vaticinó y no se equivocó, no lo hizo. ¿Por qué nadie me hace caso? ¿Por qué la policía y el juez no tienen en cuenta mis declaraciones? No lo entiendo, es irracional. Tienes razón, estoy obsesionado con mi mujer. Lo estoy porque he comprendido, gracias a mi encierro, lo que persigue, porque me he dado cuenta de que sólo me ha utilizado y no me quedará sin hacer nada. Me sacarás de aquí. Lo harás porque es tu obligación y yo me encargaré de ella y de averiguar todo lo que oculta.

—No puedo hacer nada más, no puedo luchar contra tus pensamientos, contra tu estado de ansiedad. Recapacita, ya has perdido el control una vez y no te beneficiará nada que vuelvas a protagonizar otro incidente como el del incendio en tu celda. El análisis de la ropa que Adela entregó a la policía durante el registro ha demostrado que la sangre es de un animal. Creo que estas cosas son las que deben afectar a tu estado de ánimo, lo único que deberías tener presente. Todo irá poniéndose en su sitio.

—Y mientras tanto qué. Dime qué pasará mientras tanto. Iré perdiendo mi vida aquí dentro mientras ella sigue viviendo como siempre, indiferente a todo. Ya has comprobado que decía la verdad, que la sangre era de un pájaro, ya te lo dije. Eso no demuestra nada, sólo que Adela desconfiaba de mí o que se sirvió de la entrega de la ropa para hacer que yo pareciera más culpable. No pienso quedarme esperando indiferente mientras ella actúa con tanta mezquindad. Llegaré hasta el final, lo haré...

El abogado abandonó la cárcel apesadumbrado. No le había comentado a su cliente el informe médico que leyó antes de la visita. Su intención era dárselo a conocer, pero optó por dejarlo oculto en el maletín al ver a Abelardo tan alterado y ofuscado con



Adela.

En él, el equipo de psiquiatría del centro penitenciario manifestaba que Abelardo había sido sometido a los criterios médicos para diagnosticar los trastornos afectivos mayores, ya que se creía que sufría una depresión mayor recurrente, y por ello tenía mayor riesgo de sufrir un trastorno bipolar. Se explicaba con detenimiento como, con frecuencia, el trastorno afectivo mayor aparece tras un estrés psicosocial, situación en la que se hallaba el paciente, y que, a menudo, el episodio inicial del trastorno bipolar es maniaco. Exponía que la ausencia de una sintomatología previa al brote no era relevante. Que este tipo de enfermedad podía no manifestarse nunca o dar la cara ante un hecho concreto. Asimismo especificaba que se habían detectado indicios de personalidad esquizoide tales como su extrema sensibilidad ante cualquier manifestación de rechazo o desagrado por parte de las personas cercanas a él, haciendo referencia a los brotes de agresividad que padecía y que iban en aumento. Éstos estaban provocados por una obsesión, la cual tenía un único y claro objetivo: el odio hacia la persona más cercana afectivamente a él: su mujer, lo que refutaba la hipótesis del equipo. En este punto se basaba el dictamen dando casi por hecho que, Abelardo, podía estar en pleno proceso esquizofrénico y era probable que a corto plazo se dieran manifestaciones fisiológicas como delirios, alucinaciones, ruptura con la realidad y ausencia aparente de afectividad, por lo que se aconsejaba la administración de clorpromazina, un tranquilizante...

Lo cierto era que Goyo también tenía serias dudas sobre la salud mental de su defendido, pero éstas no se parecían al dictamen que los especialistas habían remitido al juez. Ellos aseguraban que Abelardo estaba enfermo y que su dolencia podía ir desde un trastorno bipolar maniaco a una esquizofrenia. Sin embargo, Goyo tenía la certeza de que su defendido sólo estaba sujeto a demasiada presión. Que se sentía indefenso, solo y traicionado por la única persona que formaba parte de su vida. Sabía que emocionalmente no estaba bien, pero ¿quién podía gozar de buena salud mental ante aquellas acusaciones? ¿Quién reaccionaría de una forma sosegada ante unas imputaciones tan graves, aunque infundadas, ante unos cargos como aquéllos? Goyo estaba convencido de que vivir algo así podía hacer perder el juicio a cualquiera. Entendía la postura de Abelardo, pero no debía darle la razón porque sólo lograría empeorar su estado de exaltación. Goyo consideró el informe psiquiátrico como atenuante. La situación del escritor era cada día más crítica y él comenzaba a tener serias dudas en cuanto a que su defensa diera unos resultados satisfactorios.

Un día después de la visita de Goyo, Adela se presentó en el centro penitenciario sin avisar. Abelardo no se negó a verla, tampoco dio muestras visibles de alegría o sorpresa. Sentado, miraba fijamente a su mujer. Sus ojos no parpadeaban, lo que hizo que Adela se estremeciera.

—¿No vas a decirme nada? —preguntó ella sin mirarle, con la cabeza gacha—. Tal vez no debería haber venido. Lo cierto es que sólo pretendo dejar las cosas claras, ser honesta contigo. Me lo debo a mí misma, no podría seguir así.

—Honestidad, qué gracioso, honestidad. No tienes ni idea de lo que es eso —respondió Abelardo cogiendo la mano de ella y apretándola con fuerza—. Tú hablas de honestidad. Cuando salga de aquí voy a demostrarte lo que es la honestidad.

—¡Suéltame! Me haces daño —exigió Adela soltándose de la mano de Abelardo—. No pienso discutir contigo. He venido para darte a conocer mi postura. No tendrás mi apoyo, me cuesta decirte esto, pero debo hacerlo. No creo en tu inocencia. Tengo dudas, demasiadas dudas de que no hayas intervenido en los crímenes. Hay muchas cosas que no encajan en tu conducta, demasiadas. He ido analizando punto por punto, uniendo tus ausencias a los días en que se cometieron los asesinatos y he llegado a la conclusión de que es evidente que algo tienes que ver en todo esto.

Abelardo la miraba cada vez más enfurecido; sin embargo, se controlaba, quería que su mujer expusiera sus intenciones, todas sus intenciones, para saber aún con más claridad a lo que se exponía. Por ello iba tragándose una a una sus palabras sin mostrar ningún tipo de emoción.

—No pienso declarar contra ti, de eso puedes estar seguro. Estoy convencida de que no estás bien, no sé qué motivos puedes tener para haber cometido semejantes barbaridades, pero no me importa. Sé que eres responsable de los homicidios. He repasado tus miedos, la obstinación en dejar de escribir novelas de suspense, el miedo a abandonar aquel miserable ático, lo mucho que te asustaste al ver a aquel ciego con el perro aquella noche... Te atemorizó un ciego y un perro lazarillo —dijo con tono de incredulidad—. Creo que te recordó a alguien. Sé que nunca reconocerás nada de lo que digo, pero no me importa. He decidido mantenerme al margen de todo, y has sido tú sobre todo, el que me ha llevado a tomar esta decisión. Le dijiste a Goyo que yo te había ayudado a ocultar pruebas, que yo fui la que insistí en destruir las novelas; me has acusado miserablemente, has hecho que Goyo dude de mi inocencia. Pues bien, ahora seré yo la que lo haga, porque tú, querido Abelardo, no tienes nada tuyo, ahora todo es mío, incluido tu futuro. No sé cómo has sido capaz de no tener en cuenta mi reacción, de no preverla. Nunca me fié de ti; en realidad, nunca me fío de nadie. Tantos años juntos y para ti soy una completa desconocida. Estás loco, nada de lo que le has dicho a tu reputado abogadillo es cierto, sólo forma parte de tu

imaginación de escritor mediocre. Se te ha ido la cabeza de tanto imaginar, has confundido la realidad con la ficción. Sinceramente, creo que eres responsable de todos los crímenes y que debes ser recluido en un psiquiátrico. Haré todo lo posible para que así sea; es lo mejor para ti, mejor que pasarte treinta años en la cárcel... ¿No opinas lo mismo?

—¡Eres una hija de puta! —gritó Abelardo levantándose y abalanzándose sobre ella. Le agarró el cuello con las dos manos y empezó a apretar con fuerza.

Abelardo no esperaba una declaración de intenciones tan desgarradora. Pensó que Adela le diría que Arturo y ella mantenían una relación y que éste era el motivo por el que le dejaba, el motivo de su indiferencia. Pero sus acusaciones y la forma tan directa de hacerlas le hicieron perder el control. Se necesitó la ayuda de varios hombres para inmovilizarle. Adela fue trasladada al hospital donde permaneció varios días.

El equipo de psiquiatras del centro penitenciario vio confirmada su tesis. Abelardo no estaba en su sano juicio y era violento. Se le prohibieron las visitas a solas y se procedió a administrarle el tratamiento que los especialistas habían sugerido en su informe pericial antes del incidente.

Durante los días posteriores, a pesar del tratamiento, Abelardo no experimentó mejoría. Su agresividad, en vez de aminorar, se acentuó. Comenzó a sufrir trastornos de la personalidad importantes y de consecuencias cada vez más graves. Desde que empezaron a administrarle los sedantes, Goyo no había podido mantener una conversación con su defendido en las condiciones adecuadas, ya que Abelardo se encontraba demasiado aturdido. Por ello pidió que se le suspendiese el tratamiento, pero dada la gravedad de los síntomas se le siguió medicando. Goyo pidió entonces al juez que otro equipo de psiquiatras visitase al acusado para que comprobara si el diagnóstico de los médicos del centro penitenciario era correcto... El escritor siguió recibiendo la misma medicación, el diagnóstico fue el mismo.

Llegado el día del juicio, Goyo presentó un alegato basado en que a su cliente le resultaba imposible estar presente en la sala durante el litigio, así como en la incapacidad de ejercer una defensa justa debido a la situación mental en la que se encontraba. Ambas partes, acusación y defensa, estuvieron de acuerdo en aplazar el juicio. La fecha que se acordó para la reanudación de la vista fue el día 8 de mayo a las doce horas.

Abelardo recibió la visita de su abogado aquel mismo día. Se negó a salir de su celda. Ignorando a Goyo, preguntó varias veces al funcionario si la prensa había comunicado un nuevo asesinato.

—Ella será la próxima. Aún no ha escrito la «G» —murmuraba mirando el techo de la celda. Su risa era sarcástica y estruendosa. Las carcajadas incontroladas del

escritor hicieron temblar a Goyo—. ¡Díganselo! No hará falta que yo la mate. Lo hará él.

El letrado miraba a su amigo sin reconocer al hombre que en un tiempo fue considerado por él como un auténtico arquitecto de la imaginación.

Abelardo, en apenas unos días, había perdido varios kilos. Su indumentaria, amplia en exceso, le hacía parecer más delgado. Tenía el pelo rapado casi al cero. Sus ojos aparentaban perderse dentro de las cavidades oculares. Llevados por movimientos incontrolados y nerviosos, parecían dos canicas extraviadas dentro de unas cuencas que no les pertenecían. Tenía los pómulos salientes y afilados, los músculos flácidos, casi colgantes, y sus labios intentaban esbozar el recuerdo de una sonrisa sin conseguirlo. La tentativa dejaba en su boca una especie de contracción enfermiza que se asemejaba a una mueca vacía de emoción racional.

El funcionario abrió la celda despacio, mientras el letrado permanecía a su derecha en silencio. Abelardo levantó la cabeza y, mirando fijamente al vigilante, dijo:

—¿Ya han detenido al asesino? ¿Viene usted a ponerme en libertad? No lo haga. Si lo hace, me cargaré a mi esposa nada más salir de aquí, sería una pérdida de tiempo y dinero para el Estado. Es mejor que me deje donde estoy, lo importante es que se demuestre que no soy culpable de esos crímenes, eso es lo importante, que se haga justicia, y que dejen de drogarme... Estoy drogado, no puedo escribir, y si no escribo no soy nadie, nadie.

—Don Abelardo, tiene usted visita. Es su abogado —dijo el guardia haciendo caso omiso a las palabras del escritor.

Abelardo miró a Goyo con expresión ausente y dijo:

—Abogado, ¿qué tal por la casita? ¿Aún se oye el mar? Mira, he escrito cómo mataron a Eugenia. Todos los detalles están aquí. ¿Ves?, será la mejor de mis obras. Se llamará *El manuscrito que tocó el diablo*. Así debí llamarla desde el primer momento. Sé que el diablo ha tocado mi novela, lo sé. ¿Por qué no ha vuelto a matar? ¿Tú lo sabes? Si lo supieras me lo dirías, ¿verdad que me lo dirías? Sé que está esperando que muera, entonces se llevará mi alma. He cometido un pecado, un pecado que no tiene perdón. Mi egoísmo, mi ambición, el no querer decir toda la verdad me ha llevado a ser partícipe de todos los asesinatos. He sido tan mezquino como ella, soy igual de culpable. La avaricia me ha hecho precipitarme al vacío. Abogado, debes leer esto porque tal vez no vuelvas a escuchar mi voz. Quizá mañana deje de hablar para siempre. Todo está escrito aquí, en este miserable folio. En él describo la muerte de Adela, porque ella aún está viva, pero morirá, será así porque le corresponde la letra «G». No lo olvides abogado.

»El diablo no es lo que la gente piensa. Yo le he visto. Camina con Cancerbero atado a una cadena de eslabones de acero... Ese perro, ¿recuerdas?, no es un lazarillo,

es el mismísimo Cancerbero que pasea con su dueño. Dijiste que vivía en El Monasterio de El Escorial, tú lo dijiste. Dijiste: “Vive cerca de El Escorial, por eso lo has visto en tu casa”. Allí, letrado, debajo del monasterio se dice que está una de las entradas al infierno, la boca del infierno. Estoy seguro de que no lo sabías —dijo sonriendo al ver la expresión de desconcierto del abogado—. Hasta Felipe II perdió los nervios con el perro y lo mandó colgar vivo dejando que el cadáver se pudriese a la vista de todos, pero Cancerbero volvió al monasterio, lo hizo el día de su muerte... Estoy seguro de que es el mismo y vendrá a buscarme. El ciego, créeme, letrado, es el mismísimo diablo. Sabe elegir a sus devotos, lo hace en la sombra. Felipe II quería ser alquimista, era avaricioso, perseguía la riqueza material, y se pasó media vida intentándolo, rodeándose de gente que conocía la magia, la alquimia. Llenando de libros de magia las paredes del monasterio, libros ocultos para el público común. Ambos somos parecidos, demasiado parecidos. El ansia de poder me llevó cerca del monasterio... A él le sucedió lo mismo. Buscó ese enclave —la mano derecha de Abelardo sujetaba un montón de folios que oscilaban con insistencia, por las convulsiones incontroladas que afectaban a sus brazos. Goyo miraba los folios. La angustia le hacía permanecer mudo e inmóvil frente a su defendido mientras éste seguía hablando de los misterios del monasterio—. Se ayudó de un montón de gente para encontrar el lugar propicio donde erigir el templo, pero debajo de él, está la boca del infierno. El bien y el mal siempre están unidos. Él olvidó esto..., yo también. Están tan unidos que sólo unos pocos logran seguir la senda correcta sin contaminarse de la parte oscura de la vida... ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué no coges los folios? —gritó de repente, como recobrando la cordura, con la mano extendida hacia Goyo—. Es mi pulso, no te asustes. ¿Estás asustado? No debes temer nada. Desde que me metieron aquí no he conseguido dominar mis manos —dijo, mientras se agarraba la mano derecha con la izquierda intentando, sin conseguirlo, que el temblor fuese menos perceptible.

—No estoy asustado, sólo estoy preocupado —contestó Goyo—. No entiendo muy bien a qué viene toda esa historia. No sé qué tiene que ver el ciego con Felipe II... Me preocupas, sólo es eso, preocupación... Dame los folios, los leeré.

El letrado cogió los folios e intentó leerlos. Parte de su contenido estaba escrito en latín y parte en castellano antiguo. Goyo procuró disimular, pero su angustia se acrecentó a medida que iba leyendo. La letra cada vez era más ilegible y las líneas descendían juntándose unas con otras. Dentro de una misma oración había verbos en latín y en castellano, faltaban sustantivos en todas las frases y no había signos de entonación. El texto no tenía sentido. Goyo colocó bien los folios con el fin de ganar algo de tiempo para calmarse un poco. Abelardo permanecía junto a él, casi adherido al hombro izquierdo del letrado y le miraba con una fijeza enfermiza. La cara del escritor estaba tan próxima a la suya que sentía el aire exhalado por Abelardo en sus

mejillas.

—Deja que me los lleve. Debo estudiarlo con calma —dijo apartándose de su amigo. Éste dio un palmetazo a los folios y los tiró al suelo diciendo:

—¡No! De aquí no sacas nada. Sé que se los enseñarás a ella. No quiero que vuelva a ver nada de lo que yo escribo. ¡Vete! Te prohíbo que le cuentes cómo estoy. Pronto moriré, lo sé. Moriré sin que se sepa que no soy un asesino. Sin que se sepa que yo no fui quien mató a toda esa pobre gente. He visto la muerte, he estado en su puerta. ¿Y sabes, abogadillo?, no había nada. Eso es la muerte, la muerte es la nada. Cuando muera me quedaré allí, en la nada, esperando a que Adela llegue. Se la entregaré al diablo. ¡Vete, letrado! No vengas más. No quiero que veas cómo muero. No quiero que seas testigo de mi fin; eres demasiado débil y no lo soportarías.

Goyo no se movió. Tampoco dijo nada. Su expresión era de pánico. Abelardo se acercó a la oreja derecha del abogado y le dijo en un susurró amenazante:

—Debes obedecerme, yo te pago para que lo hagas. ¡Vete! —Goyo seguía inmóvil. Entonces Abelardo perdió la calma y comenzó a empujar al abogado contra las rejas. Los guardias entraron y sujetaron al escritor que gritaba a Goyo—: ¡Recuerda, nadie está a salvo de las garras del mal! No olvides mis ojos. Mis ojos están hundidos porque él, el maestro del mal, estuvo anoche en mi celda.

Uno de los vigilantes intentó hacer callar a Abelardo, pero Goyo, que ya estaba en el pasillo, levantó la mano indicando que le dejaran continuar. El guardia salió de la celda y Goyo se aproximó a los barrotes con expresión compasiva. Abelardo bajó el tono de voz y mirando fijamente al abogado dijo en tono más pausado:

—Los ojos de Satán son verdes y no tienen pupilas. Recuérдалo. El diablo no tiene pupilas. Es ciego. Apareció y se llevó mi luz, la luminaria de mis ojos. Ahora él tiene mis pupilas, ahora puede caminar por la Tierra sin ser descubierto. Ahora no le hace daño la luz del sol. Goyo, ten cuidado, ¡ten mucho cuidado! No dejes que te lleve con él. Debes ser fiel a la verdad. ¡Es la única forma de ser libre! En la verdad está el sentido de la vida, en la verdad está la luz; él no soporta la luz porque le ciega. Debes hacerme caso y olvidarte de todo.

—Abelardo, estás enfermo. Te sacaré de aquí y te recuperarás. Cuando estés bien demostraremos que eres inocente. No puedo olvidarme de ti. Nunca me olvidaré de ti. Eres mi amigo. Siempre he creído en ti. ¡Te conozco! No te abandonaré.

—Querido Goyo, fiel lector de textos legislativos, amante de códigos que dan lugar a interpretaciones que casi siempre son subjetivas y como tales imperfectas, de injusta exégesis llamada jurisprudencia, debiste estudiar lengua antes que leyes. Todos los abogados deberían hacerlo, todos deberíais estudiar el lenguaje antes de emprender una carrera tan penosa. Deberíaís intentar comprender la esencia del ser humano. Entonces, sólo entonces, comprenderíaís que las leyes únicamente son palabras, y que las palabras sólo son eso, símbolos que se combinan unos con otros,

que se cambian, que se pueden reemplazar sin más. Deberíais tener en cuenta que el ser humano fue quien lo inventó. Inventó todos y cada uno de los códigos. En ese momento comprenderías que donde yo pongo una metáfora quizá tú sólo veas una bella oración y entiendas la alegoría de diferente forma, con diferente contenido al que yo le he dado. Tus leyes son símbolos demasiado rígidos para la torcida, quebradiza, volátil e imperfecta esencia del ser humano. Tus códigos no me dejarán salir de aquí, sencillamente porque son simples palabras colocadas unas detrás de las otras, que no dicen nada de mí. Si tu código estuviera bien escrito, yo no te necesitaría, porque soy inocente. Tus leyes sólo sirven para los culpables. Su interpretación es demasiado libre, tanto que me obliga a demostrar mi inocencia, ¿no crees que es absurdo? ¡Vete! ¡Olvídate de mí!... ¿Te dije que Carlos nos regaló unos preciosos cachorros? Ayer le comenté a Adela tu ofrecimiento, le encantó la idea. Iremos a Ibiza. Pasaremos allí las navidades...

Goyo escuchaba con atención. Estaba impresionado por su correcta oratoria, al tiempo que sumamente entristecido por la evidente pérdida de conciencia de su amigo. Sin decir palabra sacó del maletín unos folios y un bolígrafo y se los entregó a Abelardo diciéndole:

—Debes calmarte. No pienso abandonarte. Esto es para que escribas todo lo que me has dicho. Intenta expresar lo que sientes. Olvídate de esa maldita novela.

Abelardo cogió el bolígrafo que le ofrecía Goyo y lo lanzó contra la pared de la celda, después comenzó a dar golpes contra los barrotes gritando desahogado:

—¡Vete! Él te matará. En mi novela el abogado del catedrático muere; le matan con una catana. ¡Maldita sea, vete! Mi novela no es una ficción es una predicción. Predije lo que iba a suceder y está sucediendo...

Aquél fue el último día que Goyo habló con Abelardo. Una semana más tarde, debido al empeoramiento de su salud mental, el escritor fue trasladado a un centro psiquiátrico de la Comunidad de Madrid.

Ninguna de las pruebas que se encontraron en el lugar de los homicidios demostró que Abelardo Rueda fuese el autor de los crímenes. Sin embargo, y a pesar de las alegaciones que Goyo presentó ante el juez, el litigio se llevó a cabo. La mañana del 8 de mayo comenzó la vista oral y pública sobre las acusaciones que se formulaban contra el escritor. La declaración de Adela que debía ser exculpatoria se convirtió en lo que menos esperaba Goyo. A pesar de la insistencia del letrado durante el transcurso de la semana anterior al juicio, Adela se negó a declarar en favor de su marido, aludiendo que estaba bajo juramento y que ella sólo estaba obligada a decir lo que sabía. No pensaba incurrir en delito. Minutos antes de que comenzara la vista oral, Adela le dijo a Goyo:

—Abelardo está loco. No quiero que vuelvas a insistir más en mi declaración;

diré la verdad. Nadie me obligará a mentir y menos después de lo sucedido. Intentó matarme. Si no le he denunciado es porque sé que se ha vuelto loco y difícilmente se recuperará algún día. Ahora tengo la completa seguridad de que él ha matado a toda esa gente. La mejor solución es que siga donde está, internado. Lo único que conseguirás si le declaran inocente es que vuelva a matar. De todas formas su carrera está acabada, el declive comenzó nada más morir Teresa. Abelardo sin sus libros no es nadie, sólo lo que es ahora, ¡un ser vacío!

—Nunca pensé que te oiría decir esto —contestó Goyo indignado—. Sabes de sobra por lo que está pasando. Tengo la certeza de que ocultas algo al respecto. Lo que estás haciendo no tiene perdón, para mí es imperdonable. Si me necesitas para algo, no me llames. Te agradecería que nunca más te dirigieras a mí.

—Descuida, no lo haré —contestó Adela indiferente.

—¡Adela! —la llamó Goyo cuando ella se encaminaba soberbia hacia la sala. Al oírle se dio la vuelta y sonriendo sarcástica exclamó:

—Dime, querido letrado. ¿Necesitas algún favor que se te haya olvidado pedirme?

—Sé lo del bisturí y el martillo. Sé que estuviste con Arturo. Sé que es todo cierto, que la novela existió y que tú decidiste destruir todas las copias. Creo que estás metida hasta las cejas en esto, lo sé y lo demostraré. Y si no es así, debes tener cuidado porque tu marido no es el asesino, y tal vez Abelardo, dentro de su locura, esté en posesión de la verdad. Es posible que el asesino acabe llevando a la realidad toda la obra de tu marido, y entonces, querida Adela, tu muerte, como dice Abelardo, está escrita. Quizá algún día te veas en la necesidad de pedirme un favor, pero yo te recordaré que soy fiel a la verdad, como tú dices serlo ahora.

—¡Olvídame! No entiendes que todo lo que crees saber sólo es producto de las alucinaciones que Abelardo te ha contado. Mi marido, por el momento aún mi marido, está loco, ha perdido el juicio. Creo que es algo evidente a simple vista. Lo único que hice fue ayudarlo creyendo que él no tenía nada que ver con todas esas muertes. Fue lo único que hice. Me equivoqué, pero no pienso volver a repetir mi error...



Los testigos de la acusación fueron llamados a declarar. El taxista fue el primero que prestó declaración. Cuando Goyo procedió a enseñarle una foto del coche de Abelardo, el hombre exclamó sorprendido:

—¡Éste no es el coche! Yo describí el vehículo con exactitud. ¡Dios me perdone si no lo hice así!

—¿Quiere explicarnos lo que está diciendo? ¿A qué se refiere? ¿Insinúa que este coche no es el que usted vio? —preguntó Goyo.

—Es de la misma marca, del mismo modelo. Pero no era blanco, era azul metalizado y sus luces eran de Xenón. Se reconocen con facilidad. Estoy seguro de que éste no es el coche. ¡Dios nos perdone!

Adela aseguró ante el jurado estar convencida de la dolencia que su marido padecía, y agradeció al equipo de psiquiatras que le atendían sus esfuerzos. Pidió perdón a los familiares de las víctimas por el daño que su marido había causado, y prometió donar parte de los derechos de autor de las reediciones de las obras de Abelardo a las familias afectadas, intentando con ello, en la medida de lo posible, calmar su dolor. Adela estaba convencida de la culpabilidad de Abelardo, y así lo ratificó en su declaración. Afirmó haber estado presionada por él. Dijo que había sentido miedo en varias ocasiones. Manifestó tener sospechas de su infidelidad el día que él compró el cuadro a Isabel, sospechas que, según su declaración, fueron ratificadas cuando él le enseñó el boceto de la obra que la joven le había regalado. Afirmó que había intentado en varias ocasiones que su marido se sometiese a tratamiento psiquiátrico. Con lágrimas en los ojos y un vaso de agua en la mano derecha dijo:

—Señores, Dios sabe que lo que digo es verdad. Él lo sabe todo. El amor que he sentido y aún siento por mi marido, el único hombre al que he querido, me cegó. No quise creer lo que estaba pasando, lo que sospechaba. Yo le adoraba, siempre le he adorado. Pido a Dios que me perdone por ello, pido que todos ustedes me perdonen porque me siento tan culpable como él. Y suplico a todos que permitan que mi marido pueda ser curado, con el único fin de que sea consciente del mal que ha hecho, pues sólo así podrá pedir perdón a Dios y no condenar su alma. No puedo pedir su libertad, no puedo hacerlo porque no es justo... Además sé lo enfermo que está, y yo soy una víctima más de su agresividad —concluyó tocándose el cuello y agachando la cabeza angustiada.

El público se mostró emocionado con las palabras de Adela. La prensa publicó íntegra su declaración, dando un protagonismo espectacular a las palabras de la mujer, tanto que los medios de comunicación presentaban a Adela como el único testigo de relevancia.

Adela había estudiado su declaración con calma. Llegando, incluso, a redactar las posibles preguntas a las que podía ser sometida. Se puso en contacto con un abogado criminalista y juntos estudiaron la posibilidad de que ella fuese acusada por su marido. Su única preocupación era mantener su estatus social, quería rehacer su vida, su avaricia seguía dominándola. Desde el momento en que su marido fue llevado a prisión intentó desvincularse de él. Ocultó a los psiquiatras la intolerancia que el escritor tenía desde su nacimiento a los psicotrópicos, omitió conscientemente los daños que la medicación podía ocasionar en su sistema nervioso y la posibilidad de que le produjera alteraciones neurológicas. Algo que ya le había sucedido años atrás. Adela había ocultado los perjuicios que el tratamiento estaba causando a su esposo, lo había hecho conscientemente. Abelardo ya no le importaba, hacía tiempo que no formaba parte de su vida. Lo único que le importaba era cuidar de su propia seguridad.

El equipo de psiquiatras manifestó que Abelardo Rueda daba muestras evidentes de sufrir esquizofrenia. Que no era una persona responsable de sus actos y que desde luego era incapaz de valorar las consecuencias de los mismos. Los especialistas señalaron el evidente trastorno de personalidad que sufría el escritor y el carácter violento que poco a poco iba adoptando como conducta ordinaria. Aseguraron que se trataba de enfermo mental peligroso e irrecuperable.

Las declaraciones del resto de los testigos coincidieron con las prestadas con anterioridad al juicio. Los informes psiquiátricos, junto con la declaración de Adela, fueron decisivos y, finalmente, se consideró a Abelardo Rueda culpable de los cinco asesinatos. Lo irracional de la condena sorprendió a más de una persona, pero nadie a excepción de Goyo dijo nada. El abogado comenzó a preparar el recurso que interpondría.

Dado su estado mental, el escritor no tuvo conocimiento de la vista, ni le fue leída la sentencia que el jurado dictó contra él. Tres meses después del juicio, permanecía recluido en el psiquiátrico sin recibir más visitas que las de sus dos amigos: Carlos y Goyo.

El abogado intentaba, con desesperación, buscar en los ojos de Abelardo algún resquicio del genial escritor que había sido en otro tiempo. A pesar de que el caso había sido cerrado y archivado, el letrado siguió investigando. Centró sus indagaciones en Adela. Para Goyo había piezas que seguían sin encajar. El asesino, una vez encarcelado Abelardo, no había vuelto a cometer más crímenes, lo que daba más solidez a la sentencia que emitió el jurado; sin embargo, el letrado seguía creyendo en la inocencia de su cliente.

La reacción brutal, fría y bien meditada que tuvo Adela cuando él solicitó su ayuda para la defensa de su marido le había hecho sospechar aún más de la honestidad de la mujer. Adela no le negó su participación en la ocultación del bistorí

y el martillo, en ningún momento le dijo que ella no había ocultado los objetos, al contrario, había dicho que su intención había sido ayudar a su marido cuando aún le creía inocente, y si le creía inocente, ¿por qué había ocultado pruebas? Estas palabras de ella, antes de entrar a juicio, confirmaban lo que Abelardo le había dicho: que Adela había mentido llevada por sus intereses personales. Y si Adela no estaba directamente implicada en los asesinatos, como Abelardo afirmaba, y en verdad ocultó las pruebas para ayudar a su marido, que en aquel momento consideraba inocente, arrepintiéndose después de haberlo hecho. Si en realidad era así: si Adela no tenía nada que ver, si no tenía más interés que mantener su estatus, entonces, si no estaba relacionada con las muertes como afirmaba Abelardo, el asesino podría situarla tarde o temprano en su punto de mira.

Goyo creía en su amigo. Era cierto que había perdido la cordura, pero él estaba seguro de que Abelardo no había matado a nadie, y se lo debía, le había jurado que demostraría su inocencia. Por ello, a pesar de que el caso estaba cerrado, emprendió nuevas investigaciones en torno a la mujer del escritor, convencido de que Adela era la pieza clave que le llevaría hasta el verdadero culpable. De una forma u otra lo haría.

A finales del mes de agosto un estudiante de psiquiatría se encargó del cuidado del escritor. El universitario solicitó en el mes de junio, mediante carta al director del hospital, hacerse cargo del cuidado diario de don Abelardo Rueda. En dicha solicitud, el estudiante manifestaba no querer recibir ningún tipo de compensación económica, y explicó que su interés por el paciente estaba relacionado con su tesis doctoral. De todo ello se incluía certificación compulsada del catedrático de la universidad. El director del psiquiátrico, tras comprobar la veracidad de la información, se entrevistó con el estudiante el treinta de julio.

—Su nombre es Raimundo Fernández Sáez. Está cursando la especialidad de psiquiatría.

—Sí, señor, así es —contestó Raimundo.

—¿Por qué quiere ocuparse de don Abelardo Rueda? ¿Por qué no de cualquier otro enfermo del hospital?

—Porque es el tipo de enfermo que me interesa. Voy a basar mi tesis doctoral en las características genéticas y los condicionantes sociales de los asesinos en serie. Creo que ambas cosas son las que originan ese tipo de conductas. Don Abelardo Rueda está aquí precisamente por haber cometido varios asesinatos. Su trastorno, la evolución que tuvo y el desarrollo tan rápido de su enfermedad, así como el tipo de vida que llevaba, me han interesado desde que a este señor se le empezó a dar un tratamiento psiquiátrico. Creo que es un caso excepcional. Su evolución ha sido muy rápida, quizá demasiado desde mi punto de vista, y este detalle, así como el de su estatus social, recientemente alcanzado, resultan muy interesantes. No suelen ser comunes, ni la rapidez ni que las personas sin aparentes problemas, desarrollen este tipo de patologías, aun estando sometidas a acontecimientos graves. No es común. La verdad es que para mí sería muy importante poder estudiar este caso. No quiero ningún tipo de retribución económica. Sólo deseo que me dejen pasar el mayor tiempo posible con él. Únicamente me interesa estudiar su comportamiento, la posibilidad de que este tipo de enfermedades surjan por alteraciones en algún gen o por la toma de conciencia repentina y brutal con la realidad que el enfermo vive en un momento determinado.

—¿Sabe usted en las condiciones que se encuentra el enfermo? Debo decirle que es un paciente peligroso. Tiene crisis de agresividad muy frecuentes. La mayor parte del tiempo está sedado. Hace dos días descubrimos, gracias a uno de nuestros neurólogos, una intolerancia a los psicotrópicos y varias reacciones adversas, que nos están dando problemas. No es una alergia sino un efecto rebote, una intolerancia que, como todas, no se percibe con ningún tipo de analíticas, sólo se diagnostica después de haber administrado el tratamiento, a veces pasados días y otros meses después de

las primeras administraciones. El efecto ha sido contrario a lo que se esperaba, al que suele ser; la típica excepción que, desgraciadamente, en este caso, confirma la regla. Debido a ello, creemos que su estado empeoró por una sobre dosificación en los primeros días del tratamiento. Los fármacos, las inyecciones de clorpromazina, en vez de aminorar los síntomas, le incrementaron la agresividad y las alucinaciones, y éstas han contribuido en mayor medida a su exclusión voluntaria del mundo real que ya mostraba. Por este motivo las dosis que le administramos en la actualidad son muy bajas, lo que hace que cuando tiene una crisis sus reacciones sean más violentas, menos controlables. Creo que por el momento no debe usted conocer más detalles. No obstante, me gustaría saber si su tesis va a basarse en el estudio de algún otro enfermo además del señor Rueda.

—Comencé con Adolf Wolfli<sup>[1]</sup>.

—Interesante —dijo el psiquiatra—. Fue un enfermo que no debería pasar desapercibido para ningún estudiante.

—Opino como usted. Su obra es enorme y su genialidad es igual de impresionante. Es evidente que Wolfli y el señor Rueda tienen actitudes muy semejantes. Wolfli fue condenado por algo que hoy no sería considerado de tanta gravedad. Posteriormente, dado su estado de demencia, fue enviado al Hospital de Waldau. Se le diagnosticó esquizofrenia, siguiendo la clasificación kraepeliniana que Bleuler utilizaba, diagnóstico que yo rebato en mi tesis. Creo que se le juzgó injustamente y eso fue el detonante de su enfermedad, eso y que durante su reclusión se le administraron fármacos que fueron, según creo, los causantes de las terroríficas alucinaciones que sufría y que obligaron a que permaneciera recluido durante toda su vida. Wolfli, como ya sabrá, durante su reclusión en una celda privada, que él mismo había solicitado, comenzó a escribir su biografía imaginaria, ¡más de veinticinco mil páginas! Además, realizó tres mil ilustraciones, de las cuales alrededor de ochocientas están en el museo de Kunst en Berna. Eso sin tener en cuenta sus canciones. ¿Obras maestras que salieron de una mente enferma? La verdad es que podríamos discutir si el arte de Wolfli era el producto de una inteligencia muy creativa o simplemente un subproducto curioso y genial de su enfermedad mental. Es decir, podríamos discutir si el suyo era «arte psicopático» por sí mismo o si Wolfli era un artista excepcionalmente dotado que se hizo psicopático. Creo que esto es lo que le une de forma indiscutible con el señor Rueda: ¿tanto el uno como el otro estaban realmente enfermos cuando fueron acusados o enfermaron tras ser acusados al no poder soportar la realidad, la verdadera realidad, o la que los demás creían que era la realidad? Además, según tengo entendido, el señor Rueda, desde que fue ingresado aquí, está escribiendo una novela que dice ya había escrito antes de ser condenado, pero que por lo visto nadie, excepto él, conocía, y que el volumen de la misma comienza a ser preocupante, igual que lo fue la de Wolfli. Creo que también está

escribiendo una canción que ha titulado *Marcha fúnebre*, como la inacabada de Adolf Wolfli, ¿me equivoco?

—No. Está usted en lo cierto. Su celda está llena de folios por todas partes. Escribe constantemente y los folios los rellena sin dejar un solo hueco en blanco, lo que reafirma la tesis del característico «horror al vacío» de los psicóticos. No hay un espacio libre ni en el suelo de la habitación. También tiene un centenar de dibujos a carboncillo; creo que ya pintaba antes de ser recluido, al menos eso fue lo que dijo su abogado. Pero no creo que el trabajo de este paciente se parezca al de Wolfli, ni entiendo que exista relación entre los delitos de ambos. Sin embargo, en cierto modo, tengo que darle la razón; su hipótesis no va mal encaminada. Muchas veces me he hecho la misma pregunta que usted. Hay demasiados casos de trastornos mentales de genios, creo que la genialidad va unida a la enfermedad cerebral... Algo se nos está escapando, lo sé. Después de veinte años ejerciendo, aún me impresionan algunas manifestaciones orales de enfermos, ciertamente me hacen estremecer, llegan a lo más hondo de mis pensamientos. Es difícil de explicar, pero las mentes perturbadas parecen rozar un espacio que a nosotros nos está vedado. Espero que me deje leer su tesis; parece muy interesante, muy interesante. De veras que estoy interesado en leerla, no lo olvide. Ahora, dígame, si no le pagamos, ¿de qué piensa vivir? No crea que es indiscreción, es que creo que para que el trabajo de un investigador dé buenos frutos es importante que estén cubiertas sus necesidades básicas. Si no, ya sabe, el cerebro no funciona, uno deja de pensar y, en consecuencia, de trabajar.

—Tengo dinero ahorrado y a veces hago alguna colaboración esporádica. Además, soy abogado y espero ejercer pronto, creo que antes de acabar la tesis de psiquiatría.

—Tiene la carrera de derecho y quiere ejercerla. No entiendo muy bien. No creo que tenga nada que ver una ciencia con la otra —manifestó con extrañeza el director del psiquiátrico.

—Yo creo que sí. Si conozco bien la mente humana, podré defender mejor a mis clientes. En el cerebro reside el secreto de todos los actos del ser humano; si tienes acceso a él, tienes la llave mágica, el control de la verdad y la mentira, de lo real y lo irreal. Pienso convertirme en el mejor abogado criminalista.

—Veo que tiene muy claros sus objetivos. Eso es primordial para cualquier cosa; eso, la tenacidad, el empeño y la fe en uno mismo. Creo que a usted no le falta nada. El saber no ocupa lugar, al menos eso es lo que se dice, aunque, si le soy sincero, yo no estoy de acuerdo con esta afirmación.

—Yo tampoco. El saber sí ocupa lugar. Todo ocupa un lugar, hasta el dato más pequeño precisa un espacio. Puede estar seguro de que yo cada día tengo menos espacio libre en mi cerebro —contestó el estudiante.

El director del hospital sonrió al joven psiquiatra. Y dijo:

—Está bien. Su solicitud está concedida. Es más, quiero que sepa que estoy encantado de tenerlo aquí. Sé que aportará mucho al centro. Le pido que no olvide que tendrá que consultarme todo lo que haga; quiero decir que no puede cambiar los hábitos del paciente sin mi permiso. Pase por administración, allí le dirán la documentación que necesitamos.

*30 de agosto de 1998*

Cuando Raimundo comenzó su trabajo, todos los miembros del ala donde estaba ubicada la habitación de Abelardo le dieron, con una irónica sonrisa, la bienvenida. Antonio era el ATS que se había encargado del escritor desde que éste ingresó en el hospital. Él fue quien puso al día a Raimundo sobre el estado en el que se encontraba el paciente. Al entregarle el historial de Abelardo, hizo un comentario:

—Si quieres tener éxito con él, bastará con que le des lapiceros nuevos, adora los lapiceros. Pero no le menciones nunca nada relacionado con los dentistas, no se te ocurra hablarle ni tan siquiera de los dientes. Según él, está viudo. A su mujer la mató el diablo. No te dejes impresionar por sus palabras. Son tan extrañas que rozan la parapsicología. Pueden llegar a afectarte, quiero decir que las frases que a veces dice tienen sentido, pero tienen un significado espeluznante. Cuando te hable no te dejes impresionar, y si lo haces, recuerda que es un enfermo mental. ¡Es un consejo! La primera semana que le atendí tuve que solicitar medicación para poder dormir. Y aún ahora, aunque no lo creas, el día que me recibe con una de sus frases, antes de irme a dormir me tomo un valium.

—No creo que sea para tanto —dijo Raimundo sonriendo—. Yo conocí a Abelardo. He leído bastantes obras suyas. No creo que sea el asesino. Estoy convencido de que no está tan loco, de que todo se basa en una grave negligencia. Entiéndeme, no rebato el dictamen médico, sino la condena. Sólo hay que tener en cuenta un detalle, nunca había dado muestras de una conducta irregular; incluso antes del proceso su actitud era normal, como la de cualquier recluso. Su declive fue progresivo y muy rápido. Hay demasiados datos en relación con su comportamiento que no encajan. No debes preocuparte por mí, sé a lo que me expongo. Todo sea por mi tesis —contestó Raimundo.

—Tal vez tu tesis llegue a ser famosa. Nunca se sabe. El director está encantado de tenerte aquí; se habla de ti con mucha curiosidad en todo el hospital. La verdad es que eres digno de admiración. Yo estoy deseando largarme de aquí y tú estás deseando comenzar tu trabajo. ¡No sabes dónde te has metido!

—Te diré un secreto porque me has caído muy bien —dijo Raimundo acercándose a la oreja de Antonio—. En realidad soy un infiltrado de la Academia de Hollywood, mi misión es hacer un guión con las alucinaciones de Abelardo Rueda para vendérselo a un guionista que no es guionista, y él se lo venderá a un director con productora propia que hará una gran película, con una gran trama en la que los protagonistas seremos tú y yo, y seguramente ganará más de un Óscar, y después,



cuando la veamos, nos daremos cuenta de que no se parece en nada a la realidad. Lo que hará que no volvamos a ver nunca más películas relacionadas con la psiquiatría sin morirnos de risa.

—¡Joder! —dijo Antonio riendo—. Sí que tienes imaginación y don de palabra.

—No creas. Tú me has despertado mi imaginación. La verdad es que no pienso dedicarme a la psiquiatría. Soy abogado. Quiero especializarme en criminología, y creo que esto me vendrá bien. Ahora estoy sin trabajo. Hasta que lo encuentre he pensado hacer la tesis. Es tan simple como eso.

—Si necesitas algo, no tienes más que pedirlo —dijo Antonio sonriendo.

Los dos hombres continuaron con su conversación camino de la habitación del escritor.

—¡Esperanza! La esperanza es lo que hace que el mundo se mueva —dijo Antonio.

—La avaricia, el ansia de poder y la necesidad. Eso es lo que hace que todo se mueva —contestó Raimundo.

—Eso dice él. Siempre lo ha dicho, no ha dejado de decirlo desde que ingresó.

—Y tiene razón; la verdad de los locos es una de las muchas verdades que ignoramos conscientemente, porque es la que más daño puede hacer a nuestra realidad, porque es la única que nos hace dudar de nuestro mundo, del mundo que vemos, el que hemos establecido como real y en el que se asienta la codicia como la gran reina. Si lo desvirtuamos, la codicia sería la primera en caer. ¿Has pensado alguna vez que quizá los locos son los que están en el mundo real y que tal vez los realmente locos somos nosotros? Sé que no es una idea muy original, pero pienso más de una vez en ella, como la mayoría de la gente..., lo que, si lo piensas, puede resultar preocupante.

—Puedes imaginarte lo que he podido ver, oír y pensar desde que estoy aquí, y puedo asegurarte que Abelardo no es el tipo de enfermo que te hace dudar de si él es el cuerdo y tú el loco. Es un asesino, loco, pero un asesino. No debes olvidarlo. Hay muchos tipos de locura.

—Estoy de acuerdo. Pero puede que él no sea el asesino y que el hecho de que se haya dudado de su inocencia sea lo que le ha conducido al estado en el que está. Por eso yo estoy aquí, porque creo en su inocencia tanto como en su enfermedad mental, sólo que cambiando el ángulo de visión. Hace tiempo que los especialistas hemos perdido la independencia, la libertad de pensamiento. Creo que hay demasiados tratados, demasiados códigos, nos limitamos a seguir las pautas establecidas, como hace cualquier profesional en su campo, pero la psiquiatría tiene pocos parámetros que seguir, la mente sigue siendo una gran desconocida y eso es lo que hemos olvidado, los estudios no sólo están inacabados, sino que no han empezado —contestó Raimundo.

—Tienes razón: la mayoría de los enfermos están encasillados en un diagnóstico que tiene muchos puntos negros. Cuando no se sabe con exactitud qué tipo de alteración padecen, se opta por la que más características comunes de comportamiento tiene con el enfermo. Siempre se busca un patrón que seguir, pero esto sucede en todos los campos de la medicina y no creo que sea una forma de actuar errónea. Se necesitan las guías; gracias a ellas se han podido curar muchas personas y el concepto de enfermo mental ha cambiado. Tantos años de estudio e investigación no pueden ser baldíos, no lo creo. Con respecto a Abelardo Rueda, puede que tengas razón. Siempre ha dicho que es inocente, pero también dice que él tuvo la culpa, que es el responsable de los crímenes y se llama a sí mismo maestro. Constantemente mira hacia la ventana enrejada diciendo que el diablo está allí, esperando a que él decida venderle el pedazo de su alma que aún está limpio. Está obsesionado con El Monasterio de El Escorial. Insiste una y otra vez en que se le deje visitar el monasterio. Quizá tengas razón y el eminente escritor no necesite un psiquiatra, sino un exorcista.

—No creo que debas burlarte. El señor Rueda es un historiador. Sus primeras obras son históricas y creo recordar que estaba escribiendo una que se desarrollaba en El Monasterio de El Escorial. No tienes ni idea de los misterios que encierra el templo, aparte de que su situación geográfica es excepcional. Felipe II también tenía un comportamiento anormal, extraño. Su obsesión por la alquimia, por coleccionar reliquias de santos, era enfermiza. Hoy se le consideraría un enfermo. ¿O tú no considerarías enfermo a un hombre que habiendo sido uno de los precursores de la Inquisición, siendo de sobra conocida su intolerancia religiosa, creó la mayor biblioteca de magia que existe, convirtiéndola en uno de los pocos lugares de Europa donde se podía estudiar e interpretar la Biblia? ¿No crees que más que una contradicción del monarca podía considerarse una conducta maniaco obsesiva? Hoy la mayoría de estos libros permanecen expuestos del revés, es decir, no nos muestran el lomo, sino el canto de las hojas. Es evidente que tratan de ocultar al público lo que esos libros encierran. Creo que la cultura, el exceso de cultura, nos vuelve un tanto paranoicos y excéntricos a todos. Hay que tener cuidado con la cantidad de conocimientos que se adquieren, porque es tan peligroso como la carencia de ellos. Algunas personas se convierten en hipocondríacas cuando adquieren demasiados conocimientos sobre las enfermedades... Podría demostrarte que en infinidad de casos es así. Saber demasiado es peligroso, pensar es un ejercicio peligroso. Tener demasiados conocimientos se convierte en un deporte de riesgo para el cerebro. Ya sabes: el sueño de la razón produce monstruos —dijo Raimundo con socarronería.

—He de reconocer que me has impresionado. No puedo quitarte la razón, entre otras cosas porque no tengo los conocimientos suficientes para refutar tus hipótesis. Y tienes razón, no debo burlarme de Abelardo Rueda, pero tú no debes compadecerte

de él; como profesional tienes la obligación de no hacerlo, al menos en este caso, porque la compasión, cuando hablamos de un asesino, sí es un deporte de riesgo, y no te juegas sólo tu seguridad, te juegas la de los demás, y ése, en este caso concreto, es tu compromiso: cuidar de la seguridad de todos, no sólo de tus enfermos. Te recuerdo que fue juzgado y condenado, te recuerdo que ese señor se cargó a cinco personas.

—No lo he olvidado. No dejo de lado la posibilidad de que la condena sea la correcta, pero he venido a trabajar para demostrar su inocencia, porque estoy convencido de que es inocente. Sólo especulo. Es uno de los principios básicos para conocer el comportamiento humano. La reflexión desde ángulos diferentes te aporta visiones distintas de la misma cosa, que, por ser disímiles, no dejan de formar parte de lo que contemplas. Tampoco pierden su carácter de real, sólo es la perspectiva lo que las diferencia, pero siguen siendo las mismas cosas —contestó Raimundo.

—Entiéndeme, lo digo por tu seguridad. Estoy en la obligación de avisarte. Creo que tienes una idea errónea del estado en el que se encuentra este paciente. Creo que la información que has recopilado no es tan veraz como tú piensas.

—Te agradezco tu interés por mi seguridad, pero no debes preocuparte. Sé lo que hago —contestó Raimundo palmeando la espalda de Antonio.

El ATS abrió la puerta de la habitación de Abelardo y extendiendo la mano cedió el paso a Raimundo.

—Ahí lo tienes. Puede que sea tu premio al esfuerzo, a los años de estudio...

Raimundo, en un principio, no miró al escritor, ni tan siquiera le buscó. Momentos antes de que Antonio le señalase, su interés había sido absorbido por el volumen, la belleza y la perfección del trabajo que había expuesto en las paredes de la habitación. Las láminas, con dibujos a lápiz y carboncillo cubrían los muros. Cada una de ellas reflejaba uno de los pasos de La Pasión de Cristo; estaban en el tabique derecho. El lado izquierdo estaba decorado con otras de igual proporción y técnica que representaban todas las etapas por las que el escritor había pasado desde el primer asesinato hasta llegar al psiquiátrico, coincidiendo en número (catorce) con las Estaciones de La Cruz. Los dibujos eran realistas y estaban cuidados en todos sus detalles, proporciones, sombras, fondo... Su belleza, así como su tono desgarrador y sangriento, hacían que cualquiera que los contemplase se viera conmovido por el dolor reflejado en aquellas figuras que parecían vivas, atrapadas en el grafito. Había un detalle de especial y clara relevancia: todas las escenas de El Calvario de Jesucristo tenían su imagen gemela en la parte izquierda, donde el escritor se había retratado a sí mismo como si él fuese Cristo. Pero lo más impactante, lo que más llamó la atención de Raimundo, fue que Abelardo, en los dibujos que representaban su calvario personal, había sustituido la cruz por un libro abierto. Así, en la estación número dos, donde Jesucristo cargaba con la cruz, Abelardo se había pintado

cargando un libro abierto sobre sus hombros, en cuyas hojas se podía apreciar la existencia de un texto escrito a plumilla. A pesar de que la distancia era demasiada para que el pasaje fuese legible, Raimundo supo al instante que allí, entre aquella amalgama de trazos y letras, encontraría lo que estaba buscando.

—Sabía que reaccionarías así. Es sorprendente el trabajo que ha realizado. Creo que debería haberse dedicado a la pintura. Algunos de sus dibujos me recuerdan la mano mágica de Goya —dijo Antonio mirando a Raimundo que permanecía inmóvil en la entrada, mirando fijamente las láminas—. Estaba seguro de que te dejaría sin habla. No quise comentarte cómo estaba la habitación; preferí que lo comprobases por ti mismo. Es impactante...

Raimundo no contestó, se adelantó unos pasos sin detenerse a mirar a Abelardo y se colocó en el frontal de la habitación. Allí había otra pequeña exposición pictórica. En las láminas estaban representadas varias escenas que tenían un personaje en común: un hombre que parecía un indigente y que sujetaba a un perro negro atado a una gruesa cadena de eslabones de acero. Los dibujos situaban al hombre en Madrid. En el primero, éste aparecía en la puerta del ático, la primera residencia del escritor en la capital. Estaba de pie junto a un banco. El perro estaba sentado a su derecha, en actitud de espera, como si estuviese al acecho de una presa que su amo le hubiera preparado y que de seguro le sería entregada sin esfuerzo. La viveza de sus ojos era tan real que sobrecogía. En el segundo dibujo, el hombre estaba en la puerta de la nueva residencia del escritor y el can miraba las dos águilas reales que batían impotentes sus pétreas alas. Las rapaces parecían querer escapar, soltar sus garras adheridas al granito de los capiteles, mientras que el perro parecía disfrutar de su desesperación. En el tercer dibujo, el hombre caminaba de espaldas por los jardines de El Monasterio de El Escorial. El perro que iba a su lado ya no era como el anterior; éste tenía tres cabezas y proyectaba una sombra de proporciones irregulares, demasiado alargada. En el cuarto dibujo, el individuo estaba sentado cerca de un río; entre sus piernas tenía un libro abierto del que iba arrancando páginas que daba a comer al perro. Las babas del animal al caer al suelo formaban letras, con las que se podía componer, sin esfuerzo, la palabra «imaginación».

—¡Es increíble! Nunca había visto nada igual. Se ha crucificado sobre un libro, y en éstos —dijo Raimundo señalando los dibujos de la pared frontal— ha retratado al diablo.

—¿Al diablo? No es el diablo, es un mendigo. Parece un ciego con su perro lazarillo.

—No es un ciego, es el diablo. Mira. —Raimundo señaló el cuarto dibujo—. ¿No ves que tiene tres cabezas? El perro es Cancerbero, el guardián de la boca del infierno, y lo ha situado en el monasterio. Como te dije, existe la creencia de que allí se encuentra una de las entradas al infierno. El perro negro del monasterio, el famoso

perro que atormentó a Felipe II hasta el mismo día de su muerte. Es éste, al menos eso es lo que en apariencia quiere dejar claro Abelardo en sus dibujos; incluso se ha tomado la molestia de alargar su sombra, ha querido dejar patente la similitud del dibujo con la del mítico personaje. Estos dibujos reflejan sufrimiento y demencia, pero también tienen una lógica, un fin, todos los dibujos persiguen un mismo fin. Creo que está arrepentido de algo, quizá de su obra, y por ello se ha dibujado crucificado sobre un libro abierto.

—No tengo ni idea. A mí lo que me impresiona es el realismo de los personajes. Mira éste —dijo Antonio señalando el quinto paso de La Pasión, cuando Jesús tiene su primera caída y Simón el Cirineo le ayuda a llevar la cruz—. ¿Ves?, en ésta él, como Jesús, se cae con el libro. ¿Sabes quién es el que coge el libro?, ¿sabes quién es éste, el que le ayuda a llevar el libro?

—No —respondió Raimundo intrigado.

—Pues es su abogado. Viene a verlo casi todas las semanas. Te garantizo que es exacto; hasta él mismo se impresionó cuando se vio en el dibujo.

Raimundo sonrió con ironía, había callado la mayor parte de la información que contenían los dibujos. En cada uno ellos había infinidad de detalles, símbolos que el escritor había ido dejando con premeditación. Todos ellos eran, sin lugar a dudas, el producto de los instantes en que la locura había dejado paso a la razón. Habían sido colocados en un orden que seguía un hilo conductor y que, poco a poco, permitía ir descifrando aquel jeroglífico de casualidades, aquella trampa tejida por el destino que había conducido al escritor a la cárcel y, posteriormente, al psiquiátrico. Todos estaban expuestos de forma obvia y parecían dejar claro que el escritor quería hacer partícipe de su descubrimiento a todos los que contemplasen su obra. Pero, su exposición, en apariencia clara, perceptible a simple vista, en vez de hacerlos notorios, en vez de resaltarlos, los había ocultado, convirtiéndolos en casi invisibles. El realismo y la crudeza del resto de las imágenes eran los responsables de que los que visitaban la celda sólo apreciaran el sufrimiento de los personajes retratados y no se dieran cuenta de la verdadera intención de los trabajos. Excepto Raimundo, que fue buscando aquellos instantes de lucidez que se dan en todos los enfermos mentales, nadie había visto más que el producto de las alucinaciones del escritor.

Abelardo estaba de espaldas a ellos, mirando por la ventana, ajeno a la presencia de los hombres que contemplaban extasiados los dibujos. Su descalcez dejaba al descubierto la semejanza de sus pies, luengos y esqueléticos, con los de las imágenes que él había reproducido de Jesucristo clavado en la cruz. Sus manos, huesudas y blanquecinas, sujetaban un montón de folios escritos por ambas caras que hojeaba sin descanso, llevado por la necesidad de encontrar algo en ellos que parecía resistírsele, haber desaparecido. Sobre la pequeña mesa de madera, situada a la derecha de la

entrada, había cuatro montones de folios en blanco. En un bote de metal, al borde de su capacidad, estaban almacenados todos los lapiceros que habían perdido su tamaño sobre las cuartillas del escritor. Todos eran parvos, casi inservibles, pero se negaba a desprenderse de ninguno, y los iba almacenando como trofeos, dentro del cilindro metálico. Una copia de un grabado de Gustav Doré que representaba a Jesucristo en El Monte de los Olivos permanecía a modo de cojín sobre la almohada de la cama. El suelo de la habitación estaba cubierto de folios agrupados por igualdad de tamaños.

Las pilas de papel bordeaban el perímetro de la habitación, se levantaban blanqueando los bajos de las paredes, acordonando el escaso mobiliario, recorrían de lado a lado el dormitorio.

Abelardo seguía ajeno, ausente a todo lo que sucedía a su alrededor, ni tan siquiera había percibido el caminar sosegado de Raimundo y Antonio, que iban de lado a lado contemplando todo su trabajo. Igual de indiferente que en los momentos anteriores, como si allí no hubiera nadie, se retiró de la ventana, dejó los folios sobre la cama, se arrodilló y sacó de su pantalón un lapicero diminuto. Abstraído, comenzó a escribir en una hoja en blanco que había en el suelo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Raimundo mirando al escritor.

—Como ya sabes, escribe una novela, y como ves, de dimensiones un tanto desproporcionadas. Insiste en que ya fue escrita. Dice que el asesino se la robó y comenzó a cometer los asesinatos. Que lo hizo siguiendo su obra al pie de la letra. La mayor parte de la obra no tiene sentido, incluso hay párrafos escritos en castellano antiguo. Lo cierto es que hay pasajes que sí son legibles, pero pertenecen a obras que tiene publicadas; no son exactos a lo que publicó, pero en esencia dicen lo mismo. Lo sé porque me tomé la molestia de comprobarlo. Lo que me ha parecido curioso es que hay una frase que repite constantemente. Está en todos los folios, por ambas caras. — Antonio se aproximó a la mesa y cogió una de las hojas. Abelardo permanecía en la misma posición. Seguía sin dar muestras de haberse dado cuenta de la presencia de los dos hombres. El enfermero buscó la frase y señalando con el dedo el texto se lo acercó a Raimundo. Éste lo leyó: «¡Me avergüenzo de tu creación!».

—¡Es terrible! —exclamó Raimundo—. ¿Por qué no usa otro lápiz? El que utiliza es demasiado pequeño. No sé cómo puede sostenerlo si apenas se ve.

—Se lo hemos sugerido varias veces, pero insiste en apurarlos. Después los deja en esa caja de zapatos o en el bote que hay sobre la mesa. Dice que su obra es muy extensa, que tiene que aprovechar el material, porque quizás acabemos negándonos a suministrarle más.

—¿Crees que nos ha visto?

—No. Se abstrae tanto cuando escribe que no oye ni ve nada. Habrá que llamarle —dijo Antonio acercándose al escritor y procedió a darle una palmada en la espalda con sumo cuidado mientras le ofrecía un lápiz nuevo.

—¡Ya era hora! —gritó Abelardo desencajado, al tiempo que le arrebatava con violencia el lápiz al enfermero—. ¿Has estado hablando con él? Él te ha dicho que no me des lapiceros. Está desesperado, ¿verdad que lo está? Sabe que no podrá detenerme. Yo haré que todos sepan quién es. Llevo esperando material desde la semana pasada. Tengo las yemas de los dedos llenas de ampollas, el roce con el papel me está destrozando la piel, pero a vosotros os da igual... Sois unos miserables.

Abelardo dejó el lápiz con la veintena que había en la mesa y miró a Antonio.

—¡Alma de Dios! —dijo—. Lo que aguantáis en estos sitios, con lo bien que se está en la calle. Cuando salga de aquí debes recordarme lo bueno que has sido cuidándome. Te aseguro que no olvidaré lo que estás haciendo por mí. ¿Sabes?, tú eres el único que tiene la certeza de que no estoy loco. Mi dolencia es física, está en el corazón; en realidad soy un enfermo cardíaco al que le han destrozado el alma. Es evidente que algo no funciona bien en mi organismo, pero mi cerebro y sus ramificaciones nerviosas están perfectos. El verdadero problema es que razono demasiado. Veo con absoluta claridad y eso hace que parezca un loco. Es peligroso para mí y para los demás —dijo carcajeándose—. Por eso sé que tú no me consideras un demente pero sí un asesino. Eso será tu lacra, te perseguirá durante toda tu vida, lo hará. Soy inocente y tú, como los demás, me has condenado. Por ello, yo me tomo la libertad de condenarte. Nunca me iré de tus pensamientos, mi inocencia te perseguirá incluso después de que haya muerto. Sé que eso es lo que te hace sentir miedo. Mis palabras te aterrorizan. Sí, enfermerito, estás literalmente acojonado, lo estás porque sabes que esos medicamentos que me das me hacen perder el contacto con la realidad. ¡No queréis que piense! Es más placentero, economía laboral, menos trabajo, menos desgaste, menos personal. ¡Qué! ¿Otra vez tu conciencia? No sé cómo puedes dormir, cómo puedes consentir esta injusticia —dijo ignorando la presencia de Raimundo, y arrodillándose sin esperar una respuesta a sus palabras, continuó escribiendo.

—A esto es a lo que me refería, a sus momentos de lucidez entre comillas. Te hace plantearte todo, incluso tu responsabilidad en su reclusión. Es cruel, sabe hurgar dentro, muy dentro, tanto que hace herida. Me descoloca, me hace dudar. A veces me preguntó si no tendrá razón —dijo Antonio mirando a Raimundo que permanecía mudo.

—Es algo común en el perfil de estos enfermos. La mayoría son muy inteligentes, o lo fueron antes de que la enfermedad se manifestara. Piensa que la inteligencia no está desligada de la locura, al contrario. Ya te dije que, para mí, los locos son más inteligentes que el resto de los que nos consideramos normales. Ser loco no quiere decir ser tonto. Creo que uno de los factores de riesgo de las enfermedades mentales es el exceso de actividad cerebral, el tener una gran capacidad de comprensión de todos los procesos de la vida, de todos sus misterios. Lo que para nosotros es una

incógnita, para ellos, de repente, un buen día, con motivo o sin él, deja de serlo. Ese conocimiento, esa toma de conciencia, perdura; lo hace por encima del estado anímico, por encima de sus crisis, de su demencia, y es cuando sus ojos se convierten en escrutadores de almas, sus miradas aprenden a examinar el interior de los otros y a localizar sin esfuerzo sus rincones oscuros. Desarrollan un sexto sentido. No debes tenerle miedo, ni a él ni a sus palabras. No olvides que sabe lo que debe decir para impresionarte, para que tiembles de miedo, y disfruta ante tu perturbación. Ahora soy yo el que te da un consejo: deja de tomar valium, sólo conseguirás hacerle un agujero a tu hígado. Él seguirá hablándote del mismo modo, arañando tus pensamientos, despertando imágenes descarnadas en tu cerebro; lo seguirá haciendo con valium o sin él.

—Tú lo ves todo muy fácil. Ya veremos cuando lleves tratando con él unos días, ya me dirás, ya me lo dirás —contestó Antonio agachándose y rozando el hombro de Abelardo para llamar su atención—. Abelardo, este señor se llama Raimundo y desde hoy va a cuidar de ti. Debes tratarle bien. ¡Abelardo! ¿Quieres mirar? Recuerda que el doctor dijo que si no colaborabas te quitaría los folios y los lapiceros —concluyó Antonio amenazante.

El escritor levantó la cabeza desafiante y miró a Raimundo. Sus ojos se clavaron en él. Soltó el lápiz y sin dejar de mirarle dijo:

—¡Cuánto me alegro de verte! ¿Por qué no me han dicho que estabas aquí? ¿Por qué no me has hecho saber que venías? Llevo demasiado tiempo esperando una respuesta a mi escrito. Pensé que tú también me habías abandonado... Si me hubiesen dicho que tenías pensado visitarme, te habría preparado un buen recibimiento. Debes explicarme lo que ha sucedido, debes contármelo todo. Adela no quiere saber nada de mí. Dice estar convencida de mi implicación en los crímenes, como todos. Todos me creen culpable, pero no lo soy. Ella, ella es la que está metida de pleno. En realidad, estoy mejor sin ella. Ahora hago lo que quiero. Estoy escribiendo lo que me gusta, haciendo lo que siempre he querido. Sé que la soledad es buena, necesaria, pero no hasta estos extremos. Estoy solo, completamente solo y no puedo soportarlo, pero ahora estás tú aquí y todo cambiará. Como en los viejos tiempos.

—Por supuesto, Abelardo. No debes preocuparte, todo cambiará. Encontraremos al culpable, pero para ello debes colaborar conmigo. A cambio te daré todos los lápices que quieras. Curaremos esas úlceras de los dedos. Debes dejar de escribir con esos lapiceros tan diminutos. Tienes que empezar a cuidarte. Sé que no estás loco, que eres inocente, pero para demostrarlo tienes que colaborar.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Antonio—. Nadie diría que es tu primer paciente —dijo observando cómo el escritor escuchaba sosegado a Raimundo mientras éste le miraba los dedos.

—¿Qué te crees? Piensas que soy imbécil. Tú también tienes tus intereses, todos



tenemos intereses, todos. No pienses ni por un momento que me fío de ti. No te perderé de vista. Has tardado demasiado tiempo en venir a verme, demasiado. Tal vez tú también estés implicado. Mi trabajo no saldrá de esta habitación, mis lapiceros no los tocará nadie. Nadie le pondrá la mano encima a mi material.

—No voy a tocar nada, sólo quiero ayudarte. Si tú quieres me iré, no tienes más que decírmelo. Hay más enfermos en el hospital de los que me puedo encargar —respondió Raimundo soltando la mano de Abelardo.

—No he querido decir eso. No quiero que te vayas. Estoy harto de este enfermero de pacotilla. Es aburrido, demasiado aburrido. Lleva siempre la misma indumentaria. No se cambia de ropa. ¿Te has dado cuenta? Me trata como a un asesino, como a un enfermo mental y tiene miedo..., miedo de mí —dijo carcajeándose, pegando su boca a la oreja derecha de Antonio, que dio un paso hacia atrás.

—Antonio sólo quiere tu bienestar. Se limita a cumplir con su trabajo lo mejor que puede y tú eres brusco con él, intentas atemorizarle.

—Ayer vi al ciego con el perro. Lo vi paseando por la calle y se detuvo frente a la puerta... Viene a por mí. Dudo que sea un personaje real. Es la única cosa que no encaja. El ciego es lo único que me hace dudar de mi cordura. Quiero que me dejen visitar El Monasterio de El Escorial. Sé que él estará allí esperándome. Tendría que haber escrito la novela sobre el monasterio; tendría que haber seguido con mis obras históricas. Me vendí, me vendí al diablo igual que lo hizo ella, y ahora ya es tarde. Él ha salido a buscarme.

—Puedes escribirla ahora, nunca es tarde. Intentaré que puedas visitar el monasterio, pero debes colaborar. Tus láminas son muy interesantes. Me gustaría que me dejaras alguna.

—Te he dicho que de aquí no sale nada. Mi trabajo no merece la pena. No hay nada en esos dibujos que pueda interesar a alguien. Están hechos por un asesino. Son la obra de un asesino arrepentido, ¿o no? —dijo aproximándose de nuevo al enfermero. Antonio no respondió—. Si no fuera por lo que nos une, te habría delatado, pero te aprecio y sé que eres inocente. Aunque tal vez me equivoque, lo sucedido me hace dudar incluso de mí mismo... y por qué no dudar de ti, de todos. Dime, ¿me he equivocado también contigo? ¡Respóndeme! ¿Me equivoco contigo igual que lo hice con Adela? ¡Dímelo! —gritó.

—Creo que estás confundiéndome con alguien —respondió Raimundo, sacando otro lapicero del bolsillo de su bata y ofreciéndoselo.

—Es posible, a veces me falla la memoria. Pero no es culpa mía. Todos los médicos sois iguales, unos ineptos. La psiquiatría es la ciencia más inexacta que hay.

—Creo que deberíamos dejarlo por hoy —le susurró Antonio a Raimundo—. Se está alterando demasiado.

—No olvides traerme más lapiceros —dijo Abelardo indiferente dirigiéndose

hacia la mesa.

—¿Lo hice bien? —preguntó sonriente Raimundo.

—¡Excelente! Aún me pregunto cómo has podido guardar la calma, cómo has podido seguirle la corriente con esa familiaridad. Tienes razón, parece que le has recordado a alguien.

—Sí. Espero que sea a alguien que se portó bien con él, aunque en apariencia su actitud será la misma. Intentaré averiguar de quién se trata. Será interesante.

Antes de abandonar la habitación Raimundo introdujo su mano en el bolsillo derecho de la bata y dijo:

—¡Espera, Antonio! Voy a regalarle otro lápiz. —Raimundo se acercó al literato y le dio el lápiz diciendo—: ¡Hasta mañana, Abe!

Desde que Raimundo se hizo cargo de Abelardo, éste se mostró mucho más sociable y tranquilo. El joven psiquiatra, poco a poco, fue recopilando los datos que debían dar solidez a su tesis doctoral. La confianza que adquirió con el enfermo hizo posible que Raimundo fuese llevándose una a una las láminas que decoraban las paredes de la habitación. Abelardo parecía más consciente de sus actos, pero no conseguía desligarse del sentimiento de abandono, de la obsesión por demostrar que su mujer era la culpable de los homicidios. El daño que había sufrido parecía irreparable. Poco a poco se le fue disminuyendo la medicación y al mismo tiempo Abelardo comenzó a mostrarse menos agresivo, contrariamente a lo que se esperaba. Sin embargo, sus momentos de lucidez eran muy esporádicos; por lo general, permanecía fuera de la realidad, como si habitara en un mundo fantasma donde lo único que tenía sentido era la injusticia de la que había sido objeto. Su obsesión por encontrar al criminal, por saber que el verdadero responsable había sido recluido, era lo único que le importaba y lo que le hacía reincidir en nuevas crisis. El odio que le provocaba la indiferencia que su mujer mostraba hacia él cada vez era mayor y más obsesivo, lo que quedaba reflejado en los nuevos dibujos con los que volvió a empapelar de escenas de dolor las paredes de la habitación.

Raimundo seguía manteniendo que su paciente era inocente, que su patología no se correspondía con el diagnóstico, pero el director del centro se limitaba a decirle que lo reflejase en su tesis doctoral. La permanencia del psiquiatra en el centro se hizo poco a poco imprescindible para Abelardo, y Raimundo, a su vez, cada día se sumergía más en sus investigaciones, que tomaban unos derroteros irregulares. Sus actos carecían de asepsia profesional.

Raimundo había ido recopilando folios de entre las pilas amontonadas de la habitación de Abelardo para estudiarlos en profundidad. Había subrayado párrafos completos, como si dentro de aquel desorden buscara un orden particular, que aparentemente iba encontrando. Después de un mes de permanencia en el centro al

cuidado de Abelardo, le había cogido a su paciente dos centenares de planas; todas ellas habían salido del hospital mezcladas con sus apuntes. Las numeraba y las grapaba junto los dibujos, cuando ambas cosas, texto y dibujo, formaban parte de un mensaje concreto que él había logrado interpretar. El psiquiatra iba encontrando las ilustraciones que correspondían a cada texto, y de esta forma iba encontrando las explicaciones a todo lo que había ocurrido. El subconsciente de Abelardo había dejado en aquellos trabajos la solución al jeroglífico y él se disponía a dar con ella. Su misión, en apariencia, era fundamentar la inocencia del escritor, refutar el diagnóstico y la condena de su paciente. Quería demostrar que Abelardo Rueda no era un enfermo mental, sino que los acontecimientos le hicieron enfermar y justificar con ello su inocencia.

Los días se fueron sucediendo monótonos. Abelardo comenzó a ser olvidado por la opinión pública que, poco a poco, empezó a interesarse por otros delitos de delincuentes desconocidos de más actualidad. El escritor había pasado de ser un personaje admirado y galardonado, a convertirse en la persona más odiada del país. Ahora, con el transcurso del tiempo, la conclusión de las investigaciones habían hecho que su vida pasase al más absoluto anonimato. Abelardo Rueda no era nadie. Se había convertido en un enfermo mental sin interés. Su permanencia en el psiquiátrico no vendía. El morbo dio paso al desinterés y el escritor acabó por ser olvidado por el público.

El veinte de septiembre Adela fue al hospital. Su visita había sido anunciada y Raimundo, que ese día permanecería fuera del centro, la había desaconsejado. Sin embargo, el equipo médico que llevaba el tratamiento de Abelardo le permitió la entrada, sosteniendo que dado el cambio de actitud del enfermo y su notable mejoría, el contacto físico con su mujer le beneficiaría. Abelardo la reconoció al instante:

—No sabes lo que me alegra estar aquí. Dime, ¿cómo estás? —preguntó Adela abriendo los brazos.

—¿Aún te acuerdas de mí? Pensé que nunca más volvería a verte —contestó Abelardo mirando fríamente a su mujer, sin abandonar su posición frente a la ventana.

—Me dijeron que no era recomendable que te visitase. No esperaba que estuvieras tan bien. Si no he venido antes ha sido porque no me permitieron hacerlo.

—Eres una bruja, una malvada hechicera. Eres una cínica. Satán me visitó anoche, sí, anoche soñé con él. ¿Sabes por qué vino? ¿Sabes por qué entró en mi subconsciente? Vino para decirme que vendrías a buscarme. Tú eres la responsable de mi reclusión, de que se me haya condenado; lo eres y lo sabes. Lo que has hecho conmigo no tiene perdón y nunca te librarás de ello. Todo se paga; todo, Adela. Nadie se libra de nada de lo que hace, de una forma u otra se termina pagando. No sólo has dejado que se me imputen unos asesinatos que no he cometido; has hecho que las pruebas, las absurdas pruebas que había contra mí fuesen más sólidas. Has engañado a todos. Me abandonaste, ignoraste mi existencia, diste carpetazo a toda nuestra vida en común. No pude soportarlo, aún me cuesta entender tu indiferencia. Aquí dentro no he podido hacer nada. Supiste muy bien cómo quitarme de en medio. Lo tenías todo pensado, todo previsto, pero no creas que esto ha terminado. Bueno, sí ha terminado para mí; sin embargo, para ti, acaba de comenzar. Tal vez esté loco, quizás el dolor que me hiciste sentir haya ulcerado mi cerebro, pero aún hay partes de él que no están dañadas y que me dejan razonar. Para todos soy un enfermo mental, pero mi demencia es un don, un don que tú no puedes entender. Mi enfermedad me da la

capacidad de poder verle. Sólo por eso me puedo defender de él. Ya no puedes dominarme, no voy a dejar que juegues conmigo. No te permitiré que vuelvas a manchar mi alma. Ni por un momento pienses que volveré contigo. Nunca lo haré. Si algún día salgo de aquí, si consigo salir, iré a por ti; nunca te perdonaré lo que has hecho y pienso demostrar que tú eres la verdadera culpable de todo. Sé que estás implicada. Te mataré, Adela, voy a matarte.

—No he venido a buscarte. Sabes que nunca saldrás de aquí... No te traicioné. Te ayudé siempre, desde el comienzo estuve a tu lado; pero me equivoqué, debí dejar que te hundieses solito, hubiera sido más fácil. Ahora sé que muchas de las muertes se habrían evitado. No espero que me creas, nunca lo he pretendido, pero sí quiero que tengas claro que dudo de tu inocencia. Debes reconocer que tu actitud y tu comportamiento fueron extraños, cambiantes, y ese cambio vino dado desde el primer homicidio, desde que nos trasladamos de residencia. Te garantizo que si no hubiera estado implicada en la ocultación de pruebas, te hubiese acusado directamente; si tardé en hacerlo fue porque me di cuenta de tu culpabilidad demasiado tarde, cuando me había convertido en tu cómplice. A efectos legales era tu cómplice. Yo fui tu instrumento. Tú, Abelardo, me utilizaste. No sé si estás loco, pero sí creo que participaste en los homicidios. También sé que tus visitas a ese asqueroso bar no eran por trabajo... ¿Crees que me has engañado? Querías seguir manteniendo tu estatus; adoras la popularidad, te gusta el lujo más que a mí. La diferencia entre ambos, ya te lo he dicho muchas veces, es que yo exteriorizo mis ambiciones y tú las ocultas. A mí, querido, no me importa que me consideren mezquina, porque lo soy; no me importa que crean que soy una ambiciosa, porque lo soy. Soy la persona más ambiciosa del mundo y estoy orgullosa de ello. Yo no he tenido nada que ver con tu trastorno mental; he sido la esposa fiel que tapaba los errores de su marido. Me has utilizado. Quiero que te quede claro que estoy convencida de tu culpabilidad y estoy conforme con el informe médico que te califica de esquizofrénico. Tú y yo sabemos que ésta no es la primera vez que te sometes a tratamiento, ¿o es que has olvidado lo que pasó hace años? ¿Has olvidado cuando dijiste que habías visto a Felipe II caminar por los jardines de El Monasterio de El Escorial? Deja que te recuerde por qué dejaste aquella obra a medias. La dejaste porque el psiquiatra te lo recomendó.

—Tu maldad no tiene límites. Sabes que no estoy loco, que no soy un esquizofrénico. Sólo quieres destruirme, hacerme dudar de mi inocencia, de mi lucidez. Sé, por Goyo, que supiste cuál era el tratamiento que me administraron durante los primeros días de mi detención y no hiciste nada para que lo suspendieran. Conocías mi intolerancia a ese tipo de fármacos y dejaste que me los administrasen. Dejé de pensar, dejé de razonar, tuve alucinaciones, tengo el sistema nervioso dañado de forma irreversible. O estás loca, o es evidente que ocultas algo.

—Te considero culpable y un enfermo, por eso nunca reconocerás tu

participación en los hechos. No puedo estar tranquila a tu lado, me das miedo. Ya has intentado matarme en una ocasión, no puedo poner en peligro mi vida. Hace unos instantes has dicho que vas a matarme y sé que eres capaz de hacerlo, por eso no voy a permitir ni tan siquiera que lo intentes. No he venido a buscarte, nunca lo haré. He venido a decirte que voy a solicitar el divorcio. Como comprenderás, mi conciencia no me permite seguir estando casada con un asesino loco —dijo Adela en tono despectivo.

—Te casarás con él, ¿verdad? Te vas a casar con Arturo. Siempre lo supe. Supe que me engañabas. Aún recuerdo las flores, me dijiste que eran naranjas. Llamé a la floristería, el papel llevaba el nombre de la tienda impreso. Las flores las encargó un hombre. Aquel día estuviste con Arturo. ¡Siempre fuiste una puta! Él te mandó las flores.

Adela escuchaba a su marido impresionada por la memoria que Abelardo estaba demostrando tener al recordar todo lo que había ocurrido aquella noche.

—No me voy a casar con nadie. No necesito tu consentimiento. Sólo he venido a decírtelo. He querido hacerlo por los años que pasamos juntos, y por el cariño y respeto que sentía por la persona que fue mi marido, mi verdadero esposo. Tú ya no eres esa persona. Pero ya veo que tu actitud hacia mí en estos últimos tiempos no ha cambiado. ¿Qué es lo que te crees? ¿Piensas que sólo tú has sufrido? ¡Te equivocas! Me has destrozado la vida. Casi he perdido todo por lo que he luchado, porque todo es fruto de mi sacrificio. Nunca habrías llegado a ser el escritor que fuiste si yo no hubiera estado a tu lado, nunca. Estás loco, ¡estás como una cabra! Eres un demente —dijo Adela enfurecida.

—Él te llevará a lo más profundo de las tinieblas y yo oiré tus gritos. Sé que los oiré porque he visto tu final. Lucifer está en tu puerta. Siempre lo ha estado. Antes yo no podía verle. Ahora le veo, y su sombra te persigue. Adela, el diablo guardó la letra «G» para ti. El asesino, tarde o temprano, te matará, y cuando estés a punto de morir comprenderás que yo no he tenido nada que ver con lo que ha pasado. Sin embargo, entonces ya será demasiado tarde. Porque yo estaré muerto... ¡Aún te quiero! Soy un estúpido. No puedo, nunca he podido dejar de quererte. Siempre fui un miserable a tu lado. Yo nunca te habría dejado, aún teniendo constancia de tu participación en los crímenes. Nunca te habría abandonado, ¡nunca! —dijo Abelardo llorando.

—Ya he hecho los trámites necesarios para el divorcio. No te faltará de nada. He hablado con el director del hospital y me ha dicho que puedo mandarte todas tus cosas, me refiero a los libros y todos los apuntes que tienes en el estudio. También la máquina de escribir. Si quieres puedo comprarte un ordenador...

—Sabes, estoy nominado para el Premio Ediciones. Quizá podamos comprar el chalé. Hay una casita construida encima de una gran roca en la montaña, no sabes qué hermosa es. ¡Es extraño! No consigo saber si la he visto en la foto de alguna

inmobiliaria o forma parte de un sueño. Es como el ciego, me persigue. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas al ciego con el perro? Aquella noche que me dijiste que todo eran alucinaciones mías. He pensado mucho en ello y quizá tengas razón, tal vez necesite reemprender mis visitas al psiquiatra. El ciego me obsesiona demasiado... Creo que no estoy bien.

—¡Abelardo —dijo Adela exaltada—, el ciego es real! Le he visto más de una noche por la carretera. Debe vivir cerca de casa. El Premio Ediciones te fue entregado, todo pertenece al pasado. Estás en un hospital, enfermo. Estás muy enfermo.

—Es cierto. Han matado a la pobre Teresa, debemos darle a la policía la novela. ¡Debemos dársela! ¡Búscala! ¡Búscala! ¡Maldita seas! Has quemado las copias. La chimenea, ¿dónde está la chimenea? ¡No veo la chimenea! ¡Raimundo! ¿Qué has hecho con la chimenea? ¡Has vuelto a hacerlo! Te lo dije, eres un loquero. Jamás serás un psiquiatra. Un psiquiatra trata a locos no a criminales, y yo soy un criminal. Raimundo, saca a esta bruja de aquí. Que la registren. Quiero que la registren; estoy seguro de que se ha llevado mis novelas. Ha venido a robarme... ¡Sácala de aquí! Ella es la verdadera asesina, ella y su amante. Te voy a matar, ¡maldita seas! ¡Te mataré!

Abelardo gritaba desaforado al tiempo que lanzaba contra las paredes todo lo que iba encontrando a su paso. El personal médico, alertado por los gritos de Adela, acudió casi al instante.

—¡Socorro, sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí!

Aquella noche, Abelardo, dado su estado, recibió una dosis de ansiolíticos más elevada de lo que venía siendo habitual. A las dos de la madrugada se levantó sigiloso y se acercó con dificultad a la mesita. Tomó asiento y escribió en un folio: «No juzguéis para no ser juzgados; porque con el juicio con que juzgáis seréis juzgados, y con la vara con que midáis seréis medidos». (Mateo, 7).

Después tomó el sacapuntas y rompió la carcasa de plástico que fijaba la hoja de metal que utilizaba para afilar los lapiceros. Con ella en la mano volvió a la cama. Se desnudó y se arropó, después estiró su mano izquierda dentro de las sábanas, mientras que con la derecha hundía el filo de latón en su muñeca hasta notar cómo brotaba la sangre. Hizo lo mismo con su muñeca izquierda. Cerró los ojos y suspirando aliviado murmuró:

—Que Dios me perdone por ser una criatura tan débil.

Sobre las seis de la mañana el enfermero de guardia entró en la habitación del escritor para ver si era necesario administrarle una nueva dosis de tranquilizantes. Abelardo

yacía inmóvil sobre la cama. Sus ojos estaban abiertos y la inexistencia de luz en sus pupilas mostraba el vacío que deja tras su paso la muerte. Tenía los labios rígidos y semiabiertos. Las lechosas sábanas almidonadas estaban teñidas de rojo a la altura de las caderas.

El enfermero permaneció unos segundos contemplando el cuerpo inerte de don Abelardo, incapaz de reaccionar ante aquella situación inesperada y sobrecogedora. Su postura le hizo recordar la imagen yacente de Cristo. Llevado por la semejanza miró una de las últimas láminas que había colgado sobre la cabecera de su cama. En ella se representaba a sí mismo, dando vida a la escena en que Jesús es amortajado con lienzos, según la costumbre de sepultar de los judíos. A su lado, otra lámina, una réplica exacta del grabado de Gustav Doré, representaba la misma escena (Juan, 19,40). El enfermero se aproximó a la mesita y tomó el ejemplar de la Biblia ilustrado con grabados de Doré. Ensimismado por aquella representación buscó la ilustración para verificar la escrupulosidad de la copia con la escena real y el grabado de Gustav Doré. Todo era exacto, menos un detalle. En la lámina en que el escritor había dibujado su amortajamiento, María Magdalena sonreía maliciosamente. El enfermero no pudo contener un escalofrío que recorrió su cuerpo y le hizo abandonar la habitación precipitadamente para ir al control. El hombre estaba visiblemente impresionado, no sólo por lo sucedido, sino por todo lo que acompañaba el imprevisible desenlace.

Raimundo pidió que se le dejase preparar el cuerpo de Abelardo para el entierro y así fue. Después de que el forense diese permiso, Raimundo y Antonio lavaron y vistieron al escritor para su posterior sepelio.

Adela tuvo conocimiento de la defunción de su marido horas más tarde. Su actitud no cambió. Pasó por el centro y arregló los trámites con la empresa funeraria. La administración del hospital, así como la dirección, le hicieron entrega de las cosas de Abelardo, pero ella se negó a llevárselas, manifestando que no quería tener nada que le hiciese recordar una época que había sido funesta.

Raimundo solicitó que le dejaran estudiar los escritos de Abelardo, alegando que serían de gran ayuda para concluir su tesis, pero su petición fue denegada. Sin embargo, Antonio consiguió hacerse con los dos últimos dibujos y se los entregó a Raimundo diciendo:

—Sé que has estado sacando parte del trabajo de Abelardo. No te he dicho nada hasta ahora porque he podido comprobar que tal vez estés en lo cierto. Creo que en todo esto hay algo que no encaja y no quiero cargar con ello en mi conciencia. Sus palabras aún me persiguen. No puedo dejar de pensar en que quizás Abelardo fuese inocente. Creo que estas láminas te servirán. Es lo único que he podido sacar. Si te fijas, verás que la figura que representa a María Magdalena tiene los rasgos de su mujer. Su sonrisa —dijo señalando el dibujo—, más que maliciosa, es demoníaca. Y



aquí abajo, si lo miras con una lupa, verás que hay una escena en miniatura en la que hay un hombre que coge un libro. El título del ejemplar es... —Antonio no pudo concluir.

—Es *Epitafio de un asesino*. La novela que decía haber escrito, en la que el criminal se estaba inspirando para cometer los asesinatos.

—Y un número; también hay escrito un número.

—El doscientos cincuenta —dijo Raimundo adelantándose una vez más a las palabras de Antonio.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó impresionado el enfermero.

—Llevó siguiendo su caso desde el primer asesinato. La prensa parecía tener más información que los jueces; suele pasar. Sólo hay que tomarse la molestia de ir cotejando datos, uniendo las informaciones de todos los medios de comunicación. El número corresponde al edificio donde vivían en Madrid.

—¿Has encontrado más dibujos ocultos como éste? —preguntó Antonio intrigado.

—Todas las láminas tienen una escena en miniatura. Te sorprenderías si vieses lo que ha dejado impreso.

—Espero que saques provecho, que todo esto sirva para demostrar su inocencia, en el caso de que fuese inocente. Aunque el expediente está cerrado y él ha muerto... De todas formas, lo más llamativo es que el asesino no ha vuelto a matar desde que Abelardo fue detenido. Eso fue una de las cosas que más llamó mi atención. Creo que la de todos.

—Es posible que todo haya sido una encerrona. Un asesino en serie suele desaparecer, mata con regularidad durante un tiempo y luego deja de hacerlo de la misma manera que comenzó, sin justificación alguna. Quizá sólo esté disfrutando con la ineptitud de la policía, o no sea tal asesino en serie. Tal vez todo haya sido una trampa que alguien planeó con precisión para dejar a Abelardo fuera de juego. De lo que sí estoy seguro es que Abelardo no era culpable y de que su demencia fue provocada por las acusaciones tan aberrantes de las que fue objeto.

—¿Seguirás en contacto conmigo? Me gustaría saber adónde te lleva todo esto.

—Lo cierto es que si somos realistas, esto sólo me servirá para mi tesis. No creo que nadie, en el ámbito policial o judicial, dé credibilidad a mis palabras, no creo que mis conclusiones sirvan para reabrir el caso. Tampoco ése ha sido mi objetivo...

Las exequias se celebraron en la más estricta intimidad. Finalizados todos los actos funerarios, Carlos, el editor, acompañó a Adela en coche a su casa.

—¡No debiste venir! El estado de María es muy delicado, deberías estar con ella —dijo Adela.

—No te preocupes, lo superará. Pronto volverá a estar embarazada. El ginecólogo ha dicho que no hay ningún impedimento para tener más hijos.

—¡Qué distintas son las vidas! ¡Qué diferente es todo! Tenéis cuatro niñas y queréis un varón a toda costa. Nosotros nunca nos planteamos tener un hijo. Tal vez si lo hubiéramos tenido todo habría sido distinto.

—Nunca se sabe. ¿Aún crees que Abelardo pudo cometer los asesinatos?

—Es doloroso. No puedes imaginar qué calvario he pasado. Siempre tuve dudas. Desde el primer crimen dudé de él, pero yo le quería. Era mi marido. El dolor que sentía era inmenso. ¡Gracias a Dios ya está superado! El tiempo lo cura todo. Es triste pero es cierto. Lo único que me importa es que no se han vuelto a cometer más crímenes. Eso también me demuestra que no hice mal declarando mis dudas sobre la implicación de Abelardo en los asesinatos. Sí, Carlos, creo que él estaba implicado en los crímenes, que fue el autor material de todos ellos. No me preguntes por qué lo hizo. Sabes de sobra que quiero seguir pensando que estaba loco, ése es mi único consuelo. Si pensase que lo hizo en plenas facultades mentales, no podría soportarlo, sería demasiado para mí. Sé que podría haberle ayudado más, pero el solo hecho de imaginar cómo murieron esas personas, no me lo permitía. Iba en contra de mis principios... Creo que es fácil de entender —dijo Adela.

—Sí, pero también es comprensible que una mujer defienda a su marido por encima de todo. Si te soy sincero, tu actitud me sorprendió mucho. Debes reconocer que es lógico que Abelardo, aparte de su estado, estuviese muy dolido por tu indiferencia. No puedes imaginar la ansiedad que sentía, el sufrimiento que le provocaba tu ausencia. Creo, Goyo y yo lo comentamos en más de una ocasión, que una vez ingresado, a pesar de tus declaraciones desafortunadas, deberías haberte interesado por su estado. Le hubiera ayudado mucho, incluso podría haber llegado a comprender tu actitud, tu desconfianza. Las cosas, Adela, toman el rumbo que nosotros les damos y creo que tú cogiste un camino equivocado. Fuiste demasiado egoísta, como lo has sido siempre. Eso no puedes negarlo. Te hablo como amigo. Creo que no estabas enamorada de tu marido, que cuando sucedió todo ya no le querías y que tu actitud le perjudicó muchísimo; no puedes negarlo.

—No tienes derecho a juzgarme. Me gustaría verte en mi situación, sólo para ver cómo reaccionabas y poder juzgarte después como tú lo estás haciendo ahora conmigo. Tienes el valor de decirme que no me porté bien con mi marido, él que me

lo debía todo. Tú lo sabes mejor que nadie. Abelardo sin mí no era nadie. Tienes la poca vergüenza de decirme que debí defender a un asesino... No te das cuenta de que desde que lo cogieron ya no hubo más crímenes, que desde que fue encarcelado no se han cometido más asesinatos, ¿no te parece suficiente prueba? ¿No son de peso los motivos que me llevaron a separarme de él? Si hubiera defendido su inocencia también me habrías recriminado mi actitud. Todos habrían puesto en duda mi inocencia. En vez de hacer juicios de valor sobre mi conducta, hazlos sobre las pesquisas policiales, sobre el jurado que le condenó... Claro que es más fácil rebatir mi opinión que la de un jurado. Ése es el verdadero problema, que yo en comparación con un jurado soy insignificante.

—Adela, no he pretendido ofenderte. No es mi intención hacer que te sientas culpable, sólo quería que supieras lo que todos pensamos. Sólo he querido ser franco contigo. Es cierto que desde que Abelardo fue encarcelado no se cometieron más crímenes, pero aun así a mí me cuesta creer que él fuese capaz de cometer semejantes barbaridades, y por eso no entiendo cómo tú pudiste estar tan segura de su culpabilidad. ¿Cómo pudiste estar tan segura? —Carlos hizo una pausa—. No pretendo que te sientas mal, sólo quería saber qué pensabas, cómo te sentías y que supieses lo que yo pienso. ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó el editor, intentando desviar la conversación—. Si necesitas que te echemos una mano en algo, cuenta con nosotros. Sabes que apreciábamos a tu marido —dijo Carlos haciendo una pausa mientras ponía su mano sobre el hombro de Adela—. Tú sabes lo que yo siento por ti. No es necesario que te lo diga. Cualquier cosa que necesites... —Carlos desvió la cabeza y sonriendo hizo un guiño lleno de complicidad a Adela.

—¿Sabes?, Carlos, me hubiera gustado que Abelardo se pareciese a ti. Aún después de lo que has dicho, me sigues gustando tanto como antes, incluso más.

—No debes decir eso. El tiempo ha pasado y ya sabes que fue un error, algo estupendo, pero un error —contestó el editor—. ¿Te vas a quedar aquí?

—No. Venderé la finca. Con los derechos de autor no puedo vivir.

—Abelardo me comentó que estaba escribiendo una obra sobre El Monasterio de El Escorial. Que tenía información sobre las reliquias de Felipe II que aclararían muchas zonas oscuras de los últimos años de vida del monarca. En concreto me comentó algo sobre un libro por el que tuvo que pagar bastante y que consiguió de una forma que, según sus palabras, rozaba la ilegalidad. Esa obra podía sacarte de tus apuros económicos, podríamos tratar de acabarla. Sólo necesitaría que me pasases el material que Abelardo tenía recopilado, el resto lo haría mi equipo.

—La obra sobre el monasterio fue lo que desencadenó su primera crisis. Le tuvo obsesionado durante mucho tiempo. Sufrió alucinaciones, llenó la casa de botes de ensayo, de azufre... Tenías que haberlo visto. Por aquel entonces, no podía decirte nada, ¿qué hubieras pensado de tu escritor? El psiquiatra le mandó dejar las

investigaciones. Nunca pude ver nada de sus apuntes, no me dejó leer ni una línea... No sé dónde guardó todo el material de esa obra. Creo que se lo llevó de casa y que nunca dejó de trabajar en ella. Cuando recibió el Premio Ediciones insistió varias veces en dejar la literatura de suspense, y yo pensé que en esa decisión tenía mucho que ver la necesidad que sentía de continuar la investigación sobre El Monasterio de El Escorial y Felipe II.

—No tenía ni idea de que hubiese estado enfermo antes. Deberías habérmelo contado. Te habría ayudado.

—No digas estupideces. Hubieses pensado que estaba loco y te habrías planteado la repercusión que su trastorno podría tener en su trabajo, en las ventas de sus libros... Y lo nuestro —dijo mirándole fijamente— tampoco hubiese sido lo que fue.

—No sé cómo puedes ser tan cruel. Te precipitas en tus juicios, siempre lo has hecho. Creo que anticiparte a lo que los demás van a hacer te perjudica. Conmigo te has equivocado. Estás muy equivocada.

—Sabes que puedo callarte la boca en cuanto me lo proponga. Si tuviese ese texto te lo habría dado antes de que tú me lo pidieses. Sé lo que puede valer una obra póstuma de un autor que alcanzó la fama en vida. ¿Crees que soy tonta? Desde que comenzó a escribir esa obra supe que Abelardo me ocultaba algo, que sus visitas a ese asqueroso bar tenían que ver con ese libro. Tal vez detrás de esa novela no hubiese literatura, quizá escondiera otros intereses.

—No debes pensar eso. Abelardo estaba enfermo, pero no le creo capaz de engañarte. Te quería. Nunca hubiese hecho nada que pusiera en peligro vuestra relación. Lo que sí es posible es que, como le prohibiste que siguiera escribiendo sobre el monasterio y también se lo prohibió el psiquiatra, él estuviese acabando la novela a escondidas. Prohibirle a un escritor que ejerza es un imposible, y lo sabes; para Abelardo la literatura histórica era como el oxígeno que respiraba, vital. No creo que te estuviese engañando; es difícil hacerlo, eres... demasiado inteligente —dijo con ironía—. Seguro que cuando menos te lo esperes encontrarás todos los escritos que estaba realizando. ¿Sabes cuál es la mejor forma de esconder las cosas? Dejarlas a la vista, no ocultarlas.

—¿Piensas que después de lo que ha pasado voy a tener interés en saber si fui engañada? No te equivoques. Su enfermedad destrozó mi vida. Lo hizo desde el comienzo, desde el primer crimen. Me da igual qué fuera lo que le hizo enloquecer y convertirse en un asesino, me importa un carajo. Le ayudé en su momento y no estoy dispuesta a que su sombra me persiga, y mucho menos su trabajo. No tengo el más mínimo interés —respondió Adela pensativa—. Ahora lo que más me preocupa es poder llevar a cabo mis planes. Es posible que monte una agencia literaria. Ya sabes que mi vida es la literatura, no sabría vivir de otra cosa. Hablé con Arturo hace unos días y me dijo que me echaría una mano con los préstamos bancarios. Me propuso

invertir en mi proyecto.

—Ten cuidado con Arturo. Es una pequeña arpía dentro del mundo de los negocios, no se casa con nadie. Sigue mi consejo, y antes de formalizar nada con él llama a Goyo. Él te pondrá al tanto de todo. ¡Velará por tus intereses!

—¡Imposible! No nos hablamos desde hace meses —contestó Adela.

—No lo sabía, ¿qué ha pasado?

—Insinuó que Abelardo estaba en condiciones miserables por mi culpa. Que todo lo que le había sucedido había sido por mi forma de actuar. Lo cierto es que pretendía que mintiese en el juicio. Me negué. Desde entonces no habíamos cruzado una sola palabra, pero ayer me llamó para decirme que intentará reabrir el caso en cuanto pueda. Sigue insistiendo en que Abelardo era inocente. No me parece mal, le agradezco que crea en la inocencia de Abelardo. Desde el primer momento le agradecí su confianza, su total dedicación. Pero es indignante su falta de tacto. La insinuación que ha hecho no se la perdono, es de juzgado de guardia.

—No entiendo, ¿a qué insinuación te refieres?

—Ha insinuado que yo pude ser la culpable de los asesinatos.

—No creo que Goyo haya pensado eso. Él y tu marido eran muy amigos. Sé que Goyo adoraba a Abelardo. Siempre que hablaba de él resaltaba lo buena persona que era. Es evidente que esto le ha afectado demasiado. Debes perdonarle.

—No pienso hacerlo. No pienso permitirle a nadie que me acuse de nada. Lo que he sufrido ha sido demasiado. Ahora quiero vivir. Sólo pido vivir tranquila.

—Hemos llegado —dijo Carlos.

—Gracias, Carlos. Dale un beso a María.

—De tu parte. No olvides llamarnos, no vayas a desaparecer... ¿Ése no es el coche de Arturo? —preguntó Carlos mirando por el retrovisor, mientras Adela giraba la cabeza sin la más mínima expresión de sorpresa en su rostro.

—Sí. Ayer me llamó. Ya te he comentado su interés por participar en mis proyectos.

—¿Por qué no ha ido al entierro?

—No tengo ni idea. Imagino que si no ha asistido será porque no ha podido. De todas formas mi marido y él nunca se llevaron bien.

Cuando el coche de Arturo estuvo a la altura del de Carlos, los dos se saludaron levantando la mano. La puerta de la finca se abrió y el vigilante salió a su encuentro.

—No bajas —dijo Adela—. Entro con Arturo. Nos vemos. Perdona que te deje así, pero supongo que comprendes que hoy no estoy de ánimo para nada. Hasta pronto —dijo Adela cerrando la puerta del vehículo.

Carlos hizo sonar el claxon en señal de despedida. Dio marcha atrás, maniobró para poner el coche en dirección contraria a la puerta de entrada y emprendió pensativo el camino de regreso a su casa.

El coche de Arturo se introdujo en la finca dejando atrás la garita del vigilante. El bochorno de aquella mañana presagiaba tormenta. Las nubes que se estaban formando sobre las montañas oscurecían el horizonte. Adela se despojó del chal negro nada más entrar en el coche de Arturo, se deshizo el moño que recogía recatadamente su largo cabello y movió la cabeza de izquierda a derecha con gesto liberador. Arturo la contemplaba ensimismado. Depositó las horquillas en el interior del pequeño bolso de raso negro y le sonrió sin decir palabra. Después levantó sus glúteos y se subió la falda hasta la altura de los muslos. Se quitó las medias y los zapatos y lanzó un suspiro. Introdujo sus manos por la espalda de la blusa y se desabrochó el sujetador. Pasó su mano entre la sisa de la blusa, sacó la prenda con soltura y la dejó en la parte trasera del automóvil. Sus pechos se pegaron a la tela transparente y el contorno de los senos quedó realzado por el negro desvanecido de la camisa.

—¡Dame un cigarrillo!

—Pensé que habías enmudecido —contestó Arturo dejando una pitillera de oro en el regazo de Adela y mirándola con evidente satisfacción, atrapado por sus juegos sensuales que tanto le excitaban.

—A punto he estado de perder la voz y la conciencia. ¡Odio los funerales! ¡Odio todo lo que está relacionado con la muerte! Muchas veces, muchas, he pensado que si no hablásemos tanto de la muerte no existiría.

—A eso se le llama metafísica. El funeral te ha afectado demasiado. ¿Nos vamos a quedar dentro del coche toda la mañana? —preguntó Arturo pasando su mano por el muslo izquierdo de ella.

—Sólo un minuto. Está empezando a llover y me gustaría acabar el cigarrillo aquí dentro, contigo. Tenía ganas de verte. Lo necesitaba para sentirme viva.

—Estás desconocida. Es la primera vez que dices que tienes ganas de verme..., más aún, ¡que lo necesitabas! Eso es casi un jaque mate.

Adela exhaló el humo sobre los labios de Arturo al tiempo que cogía su mano derecha y la aproximaba a sus senos. Los dedos de él se deslizaron por la suave superficie de la tela acariciando con lentitud sus pechos. Ella permanecía con la cabeza ladeada hacia la ventanilla derecha, que tenía el cristal bajado. El viento comenzaba a ser intenso, húmedo, y acariciaba la cara de Adela, rozando su piel, moviendo su larga y oscura melena. Lanzó el cigarrillo al exterior, se giró hacia Arturo, agarró su cabeza por el pelo de la nuca y levantándola le miró a los ojos al tiempo que comenzaba a besarle con vehemencia.

—¡Necesito sexo, lo necesito...! —susurró Adela.

Arturo no contestó y se agachó besando sus piernas desnudas. Adela lo apartó y

abrió la puerta del coche. Él, atónito, miró cómo ella se iba desprendiendo de toda la ropa. Cuando estuvo desnuda se tumbó sobre el césped y le llamó:

—Ven.

Arturo se acercó mirando a la mujer que, tumbada sobre la pradera, se contoneaba con los ojos cerrados. Los movimientos rítmicos de sus caderas y sus jadeos aumentaban a cada instante en ritmo e intensidad. Arturo la contempló encandilado por su desnudez, por los movimientos de su cuerpo. Degustaba su deseo, sus ansias, y saboreaba cada gesto, cada envite de su cuerpo, paladeando su manera de hacer, como si aquello fuese el mejor de los previos, la cata que precede a un vino añejo y curtido. La imagen de Adela tendida sobre la hierba emborrachaba sus pensamientos.

Arturo saboreó cada uno de sus movimientos, de sus jadeos, con lentitud, sin dejar escapar ni un solo detalle, hasta que no pudo soportar más la excitación y se desnudó. Agachado a su lado, contempló cómo las gotas de agua iban cayendo con fuerza sobre los pechos de Adela, resbalando por su vientre y humedeciendo su negro pubis. Ella le miraba mientras que con su mano extendía insinuante el agua por su vientre. Levantó las caderas sin dejar de mirarle y él se arrodilló acariciando con sus labios el empeine negro y húmedo. La penetración fue delicada y rítmica, en apariencia falta de pasión sexual, sin embargo la excitación anterior había sido tan suprema que Arturo disfrutó con el más mínimo roce. Todos sus movimientos eran pausados, para intentar alargar aquella sensación, aquel placer inconmensurable que le poseía. Adela se estremecía, la lluvia caía con más intensidad sobre los cuerpos desnudos. Los dos, empapados, jadeaban al tiempo, sin mirarse, sin hablar. Cuando Arturo estaba a punto de llegar al orgasmo, ella se levantó bruscamente y se puso encima de él. Adela comenzó a mover sus caderas con suavidad. Unos instantes después sus movimientos se hicieron sutilmente violentos y su vientre se acopló, en cada descenso, a la perfección con el del odontólogo. Él apretaba los labios. Inmóvil, con los ojos cerrados sentía el placer en lo más profundo. Adela se sacudía, con la cabeza inclinada hacia atrás, con los ojos cerrados. Su pelo empapado chorreaba y el agua resbalaba por su espalda desnuda hasta llegar a sus glúteos, cayendo templada sobre el cuerpo de su pareja. Arturo le suplicó que no parase... Adela no le oyó, pero llevada por su deseo incontrolable, siguió moviéndose sobre él.

—¡Joder qué polvo! —exclamó Arturo.

Adela no contestó. Indiferente se sacudió el pelo y mirándole volvió a besarle con vehemencia.

—¡Adela, para! —dijo nervioso—. Te juro que no puedo, ahora no puedo más. Deja que disfrute de la sensación.

—No me importa que no puedas más, no me importa. Yo no estoy satisfecha, necesito sentir más placer, quiero volver a sentir otra vez lo mismo. Echar un polvo en el campo en medio de una tormenta es de lo más excitante... Siempre quise

hacerlo con Abelardo, pero él era demasiado espiritual, demasiado cómodo... y en la cama era vulgar y la vulgaridad es letal para el sexo. En realidad era un estúpido, se perdió demasiadas cosas.

—¡Eres increíble! No tienes escrúpulos. Me gustan las mujeres que manifiestan sus deseos sexuales, que dejan ver su excitación. No hay nada que me excite más. No más excitante que a una mujer pidiendo sexo. ¡Me tienes encoñado!

Adela se agachó...

Arturo permaneció toda la noche en casa de Adela. Entrada la madrugada, el odontólogo preparó unos batidos de frutas para los dos, mientras ella se daba un baño en la piscina. La profusa descarga de agua que había provocado la tormenta de la mañana había hecho que la noche de aquel mes de agosto fuese más fresca de lo habitual. El croar de las ranas que frecuentaban una charca cercana a la finca se oía tenue. Adela salió de la piscina desnuda y Arturo se acercó a ella rodeando su cuerpo con una toalla de algodón amarilla.

—No sabía que nadases tan bien —dijo Arturo.

—Mi madre, desde muy pequeña, se preocupó de que aprendiese. Ella no sabía —explicó con la cabeza inclinada hacia abajo y sacudiendo sus cabellos.

—Yo no vendería esta casa. Es preciosa. Es el lugar ideal para perderse.

—No quiero seguir viviendo aquí —dijo Adela cogiendo el vaso y sentándose en la tumbona—. Esta casa nunca me gustó. Abelardo se empeñó en comprarla. A mí no me gustaba. Siempre quise vivir en un chalé en Madrid. Me gusta la gente. Adoro el asfalto, las aglomeraciones, las tiendas, el ruido del tráfico... Odio el aislamiento, aquí es como estar recluida. Necesito observar y sobre todo ser observada; me gusta que me miren. Me gusta ver cómo los hombres perdéis la cabeza. Vuestra debilidad ante el sexo es... —dijo sentándose en la tumbona y levantando la toalla para dejar al descubierto sus ingles—. Nuestra economía no nos lo permitía —continuó con calma—, nunca nos permitió demasiadas cosas. Se puede decir que cuando empezó todo era cuando estábamos empezando a vivir. Todo lo que teníamos lo invertimos aquí. Le dejé comprar la finca pensando en venderla con el tiempo, aunque eso no se lo dije nunca. Si se lo hubiese dicho no habría comprado esta casa, no nos habríamos movido del ático de tu padre. Para mí lo más importante era tener algo nuestro, algo que tuviese más de ochenta exiguos metros cuadrados. Allí nunca pude hacer una miserable fiesta. Me avergonzaba invitar a mis amigos. Todos tenían casa en propiedad, casas enormes, con grandes salones, con grandes baños y piscina. Todos eran propietarios.

—Podrías trabajar para mí. No tendrías que vender la casa, no tendrías que emprender ningún negocio, ¿qué te parece?

—Una estupidez. ¡Jamás trabajaré para ti! Nuestra relación está basada en algo



que es totalmente incompatible con los negocios. Es más, aunque lo hiciese vendería esta casa.

—Podrías encargarte de los negocios de mi padre. Me refiero a que podrías llevar el sector inmobiliario. Yo no tengo ni idea de inmuebles.

—¡Qué estupidez! Yo tengo menos idea que tú. No me seduce convertirme en vendedora de casas. A lo único que he dedicado mi vida ha sido a la literatura.

—Entonces serás editora. Mi editora. Iremos al cincuenta por ciento. Tú aportas tu profesionalidad y yo recojo los beneficios.

La expresión de Adela cambió.

—¿Hablas en serio? —preguntó con evidente interés.

—¡Por supuesto! Totalmente en serio. Tienes mi palabra. Cuando estés decidida llamaré a Goyo. Constituiremos una sociedad. Ahora bien, hay una única condición —dijo Arturo.

—¿Qué condición?

—Todo lo que publiquemos debe ser literatura erótica y deberás practicar conmigo cada una de las escenas que se describan en las novelas.

—¡Eres un gilipollas! No me gusta que juegues conmigo. El trabajo es lo más importante para mí. Siempre lo ha sido. Necesito recuperar lo que he perdido, todo lo que he perdido. Haré lo que sea necesario para conseguirlo, ¿entiendes? Lo que sea...

—Cálmate. Estoy hablando completamente en serio. Quiero decir que la oferta sobre el trabajo es seria, lo del «género» literario era una broma. Cuando quieras puedes empezar a programarlo todo. Mañana llamo a Goyo y comenzamos con la constitución de la sociedad.

Adela miró pensativa a Arturo. El odontólogo se levantó de la tumbona y retiró completamente la toalla del cuerpo de la mujer. La tomó de las manos y haciendo que ella se levantase la trajo hacia él besándola, mientras que con su mano derecha le acariciaba los pechos desnudos. Adela separó la mano de Arturo y dijo:

—¿Sabes lo que me gustaría?

—No, dime, ¿qué te gustaría?

—Me gustaría comprar la editorial de Carlos. La editorial funcionando. Me refiero a que me gustaría ser la dueña de su editorial. Sería feliz si Carlos tuviera que trabajar a mis órdenes.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Arturo sorprendido.

—Siempre he deseado tener su editorial. Siempre he querido tener su prestigio, disfrutar de la tranquilidad que él tiene. Su vida es perfecta. Me gustaría elegir como lo hace él.

—No creo que sea sólo eso. Hay algo más que no me dices. Estoy convencido, te conozco. No será que lo que quieres es tener a Carlos.

—A Carlos le he tenido siempre. Le tuve hace tiempo, desde el día que le llevé la

primera obra de Abelardo. Su novela era insignificante, vulgar. Era una más de tantas, pero Carlos no le dio importancia a la obra. A él, en aquel momento, le preocupaba el comienzo de mis piernas, el diámetro y la tonalidad de mis pezones..., y yo, al verle, también olvidé la razón de mi visita. Así comenzó todo. Me senté sobre la mesa de juntas y sin decir palabra me quité la blusa y dejé que contemplase mis pechos. Los hombres no podéis resistiros ante una buena hembra. El sexo os puede... Es vuestro punto débil.

—¿Estuviste liada con Carlos? Nunca lo hubiese imaginado. Nunca habría pensado que Carlos y tú...

—Fuimos amantes hasta que María se quedó embarazada por quinta vez. El embarazo de María cortó nuestra relación. Fue una pena, no tienes ni idea de lo bueno que es Carlos en el sexo. Es increíble, insaciable, un experto dando placer a las mujeres. Nunca antes había probado nada igual, nunca antes había estado con un hombre que se preocupase tanto de darme placer. Cuando en aquella primera ocasión me desnudé, sabía que, a pesar de que él había dejado de manifiesto que yo le gustaba, la jugada podía salirme mal, pero me arriesgué. Él no dijo ni una palabra, se limitó a desnudarse y me tumbó sobre la mesa de juntas. Nunca nadie me había hecho sentir tanto. Sigo deseándole, ansiando sus manos, su cuerpo... Necesito sentir de nuevo aquellos orgasmos. —Arturo escuchaba incrédulo al tiempo que excitado—. Después, afortunadamente, te conocí a ti... —dijo con voz ronca—. Pero, si quieres que te sea sincera, deseo repetir las experiencias que tuve con él. Me gustaría tirármelo una vez más, disponer de él como antes. Le tuve igual que él me tuvo a mí. No estuvimos liados, estuvimos enganchados uno al otro, terrible y maravillosamente unidos por la adicción al sexo, pero él tomó la decisión de terminar la relación. Nuestros encuentros empezaron a ser cada vez más regulares al tiempo que necesarios. Durante el último mes, llegamos a vernos tres veces en el mismo día. Se dio cuenta de que yo me estaba convirtiendo en imprescindible para él y que eso era peligroso para su estabilidad. Sintió miedo de que nuestra relación le hiciera perder su estabilidad y todo comenzó a tambalearse. Llegó un momento en que me prohibió que le llamase por teléfono. Carlos tenía miedo de seguir necesitándome de aquella forma, porque cada vez que estábamos juntos era mejor que la anterior. No quería enamorarse de mí.

—¿No sería que tú no te conformabas con lo que teníais, que querías más y que le hiciste sentir miedo? No me imagino a Carlos perdiendo los papeles por nada.

—Es que no llegó a perder los papeles. Acabó nuestra relación antes de que eso llegase a sucederle. Carlos me utilizó, estoy segura, y quiero que pague por ello... Éste es otro de los objetivos de mi vida. Quiero que sepa lo que yo sentí, que lo pruebe en sus propias carnes.

—¿Me estás diciendo que quieres jugar con Carlos, con su vida y con la de su

mujer y con la de sus hijos más de lo que jugaste al liarte con él? ¡Es increíble!

—No. Su mujer y sus hijos no me importan. No pretendo casarme con Carlos, sólo quiero ser su dueña en el sentido más literal de la palabra. Nunca le perjudicaré, nunca le dejaré sin trabajo, pero eso él no lo sabrá. Jugaré con sus miedos. Quiero tener a Carlos debajo de la suela de mis zapatos.

—Nunca estuviste enamorada de tu marido, ¿verdad? —Adela asintió—. Con quien siempre has querido estar ha sido con Carlos.

—Durante un tiempo fue así. Después él comenzó a utilizarme. Eso es algo que no puedo soportar y que nunca olvidaré. Tarde o temprano me vengaré. Llegará un día en que Carlos no pueda vivir sin antes haber satisfecho mis necesidades, sean las que sean, igual que él hizo conmigo. Le pagaré con la misma moneda. ¡Juro que lo haré!

—¡Te pareces demasiado a mí! Si consigo que Carlos acepte la proposición de compra de la editorial, ¿seguirás acostándote conmigo?

—¡Eso depende de ti! Depende de lo que me satisfagas, mientras sigas haciendo que te necesite, mientras sigas haciendo que me excite como lo haces, es posible... —dijo muy segura de sí misma—. Pero antes de hacerle la proposición a Carlos debemos formar la sociedad, y lo más importante es que él no debe saber que yo voy a ser la que dirija el negocio. No debe saber que tengo parte en la compra. Como comprenderás si llega a tener conocimiento de este punto, se negará a tratar contigo. Nuestra relación en la actualidad, por mi parte, es algo tensa. Lo he ocultado, no quiero que sepa mi resentimiento. Para él todo está como si nada hubiera sucedido. Puso punto y final a nuestra relación sin tener en cuenta mis sentimientos, y eso no se lo perdonaré nunca. El daño que me hizo, aún está vivo —concluyó mirándole de frente

—Esto es genial, ¡genial! Es como un juego de niños pero con intereses de adultos. Me entusiasma la mezcla, es explosiva. No te preocupes, Carlos nunca sabrá nada. ¡Nunca! ¿Sigues pensando en vender la casa?

—No lo pienso, la voy a vender.

—¿Dónde vas a vivir? Podríamos vivir juntos —sugirió Arturo.

—¿Estás haciéndome una proposición?

—Sabes de sobra que sí. Estoy pidiéndote que te cases conmigo.

—¡Ahora entiendo! Era evidente que tú no ibas a arriesgar parte de tu grandioso capital sin que yo te diese algo a cambio.

—¡Vete a la mierda! —dijo Arturo levantándose—. Sabes perfectamente que tarde o temprano te lo iba a pedir. Siempre he querido que fueses mía. Desde que te conocí. Entonces tú decías que nunca dejarías a tu marido. Ahora él está muerto y yo quiero que te cases conmigo, independientemente de que hagamos negocios juntos. Podemos hacer separación de bienes, lo que quieras, si con ello dejas de pensar

estupideces.

—Entonces, ¿es cierto? Me estás pidiendo que nos casemos porque me quieres.

—¡Por supuesto! Quiero que seas mi mujer. Eres la primera mujer a la que se lo pido.

—Si acepto debes tener claro que seguiré siendo la misma; eso quiere decir que quiero libertad absoluta en mi vida personal y por descontado también en la sexual.

—Lo sé. Yo también te exijo lo mismo. Los dos seguiremos siendo como somos. Ninguno le preguntará al otro —dijo Arturo mirándola a los ojos—. El matrimonio no es más que una sociedad. La clave del éxito está en buscar un buen socio. Sé de sobra que no es amor lo que sientes por mí, pero tú también sabes que la atracción que siento hacia ti puede terminarse. Nada es eterno. No obstante, no me negarás que formamos una buena pareja. Nos complementamos en todos los sentidos. Sería una estupidez por ambas partes que perdiésemos esta oportunidad. Los dos necesitamos un cambio. Tú necesitas recobrar tu estabilidad y tu posición, y yo establecerme, tener a alguien en quien depositar mi confianza, alguien que se parezca lo más posible a mí, y esa persona eres tú. No tener escrúpulos es la clave del éxito material y tú, igual que yo, no los tienes. Juntos seremos como la Armada Invencible.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Segurísimo!

Adela continuó con sus planes, segura de que la pesadilla de los últimos tiempos había terminado y de que su vida tomaría un nuevo rumbo. Puso la finca a la venta, dejando que la inmobiliaria de Arturo se encargara de todo, y fue deshaciéndose de todos los enseres de Abelardo que consideró que no tenían valor. Estaba decidida a emprender una nueva vida en la que su futura pareja le daría mayor estabilidad económica de la que le dio Abelardo. Añoraba el prestigio social que tuvo con éste durante sus primeros años de matrimonio, pero creía que una cosa le conduciría a la otra. El capital de Arturo le permitiría volver a entrar en los círculos donde ella se encontraba como pez en el agua. El odontólogo había entrado en su juego sin darse cuenta, y ella había aprovechado la ocasión. Después de todo no era sólo su enorme fortuna lo que le atraía: Arturo era un amante perfecto y ambos se parecían demasiado, por ello dedujo que su relación, sin lugar a dudas, le daría lo que buscaba. Adela amaba tanto el dinero como que la admiraran. Sabía que había traicionado a su esposo, que su declaración fue clave en su condena, pero no tenía el más mínimo remordimiento. Su instinto de supervivencia era muy fuerte...

Goyo continuaba con las investigaciones sobre los crímenes, sin tener en cuenta los consejos que recibía de los que le rodeaban. Para todos, Abelardo fue el autor de los

asesinatos. Era evidente que su trastorno mental le condujo a cometer los crímenes y a no ser consciente de sus actos. Incluso el informe psiquiátrico ratificaba estas afirmaciones, ya que subrayaba la importancia de su evidente trastorno bipolar y de los claros síntomas de una personalidad esquizoide que ya había manifestado antes de suicidarse. Pero el letrado estaba convencido de que en el entramado de casualidades había algo que había pasado desapercibido a todos. Pensaba que la justicia había actuado con ligereza, que se había dejado llevar por la demanda de la opinión pública de un culpable. La detención del escritor, así como su juicio, estuvieron condicionados por la posición de Abelardo; su popularidad, en vez de atenuar las acusaciones contra él, había agravado su situación. Ser una persona de reconocido prestigio le había perjudicado.

# Capítulo 3

*30 de septiembre de 1998*

Aquel día Arturo y Adela dieron una cena en el hotel Palace de Madrid para anunciar su compromiso. A ella asistieron un centenar de amigos y personas vinculadas profesionalmente con la pareja. Entre ellos estaban Carlos, María, Goyo y Ana. El abogado le dio la enhorabuena al odontólogo:

—Me alegro por ti y le pido a Dios que Adela sea más comprensiva contigo de lo que lo fue con el pobre Abelardo.

—Goyo, te exijo que a partir de ahora seas prudente con los comentarios que hagas sobre Adela. Ella es la mujer a la que quiero y no consentiré que le faltes al respeto —contestó Arturo molesto.

—Déjale, cariño. De él sólo puedes esperar miseria —contestó Adela mirando fijamente al letrado.

—¿No sabes lo que mi personal ha descubierto acerca de Abelardo? —preguntó Goyo.

—Creo que el tema debería estar olvidado. Pienso, querido Goyo, que tienes un serio problema, estás obsesionado —contestó Arturo.

—No, no te equivoques —dijo Adela—. Lo único que persigue es hacerme la vida imposible. No soporta no haber podido hacer conmigo lo que quería. Está claro que Goyo no cejará hasta volverme una paranoica.

—Nada más lejos de mi intención. He creído —dijo Goyo dirigiéndose exclusivamente a Arturo— que antes de que la información se haga pública debías tener conocimiento de ella. Sólo me dejó llevar por la ética profesional. Es más, si no hubieses tomado la decisión de casarte con ella, si no fueses mi amigo, no te diría nada. Pero vas a ser su marido y eso te vinculará con todo lo acontecido. Mucho me temo que será así.

—¿Es tan importante? ¿En serio crees que me puede interesar? —preguntó Arturo burlón.

—Sí, y mucho, porque creo que Adela puede ser la siguiente víctima —contestó Goyo.

—¡Eso es absurdo! —contestó Adela, nerviosa y malhumorada—. El asesino ha muerto. Desgraciadamente todos sabemos quién era. Desgraciadamente se le juzgó y condenó. Aunque a todos nos haya dolido, todos sabemos que el asesino era Abelardo.

—No lo creo. Nunca lo he creído. Tu marido se veía, con frecuencia, con una persona en una localidad de la sierra. Se le vio varias veces en un bar llamado La

Caña Vieja. —Adela palideció al recordar las salidas de su marido, que ya tenía olvidadas. Salidas que siempre le parecieron extrañas.

—Es cierto. Abelardo iba allí cada vez que comenzaba una nueva obra de intriga y cada vez que la terminaba. Era una especie de templo. Nunca pensé que se viera con nadie. No me digas que tenía un amante —dijo Adela con sorna.

—Las personas que le atendían dicen que quedaba con un hombre de apariencia extraña. Lo describen con ademanes homosexuales. Abelardo llegaba el primero, tomaba un café y cuando el otro individuo, que venía en un BMW tocaba el claxon, Abelardo salía del local y se marchaban juntos en el coche. Apenas le vieron dos o tres veces fuera del vehículo.

—Es absurdo. ¿Cómo puede ser que esas personas no dijeran nada a la policía en su momento? —preguntó Adela.

—Nadie les preguntó. Nadie sabía nada. Yo me enteré porque puse un anuncio en la prensa local ofreciendo doscientas mil pesetas a la persona que aportase algún dato sobre tu marido. Siempre he sabido que era inocente y le juré que lo demostraría —dijo Goyo.

—No entiendo nada, ¡nada! —dijo Arturo.

—Pues es muy sencillo —contestó el letrado—. Ésta es mi hipótesis: los empleados de La Caña Vieja me describieron al hombre, y su descripción coincide con la que hizo la amiga de la chica asesinada en el ático de tu padre del hombre con el que se veía —dijo mirando al odontólogo—. ¿Me sigues? —Arturo asintió desinteresado—. Pues bien, creo que esta persona tenía algún tipo de relación con Abelardo, y, él, ingenuo o llevado por, llamémoslo cariño, nunca llegó a sospechar de su amigo.

—¿Estás diciendo que Abelardo era homosexual? —inquirió Adela ofendida.

—No. Estoy diciendo que Abelardo podía ser bisexual. No he podido encontrar otra explicación más lógica a esas citas. ¿Tú tienes alguna válida?

—Eres un insufrible, sigues insinuando que yo sé algo que no te he dicho. Sigues haciéndolo. Estoy segura de que Abelardo no era homosexual, segurísima —dijo Adela enfurecida—. ¿Por qué esa gente del bar no contó todo eso antes? No puedo entenderlo. No tiene ningún sentido. Todo el proceso era del dominio público. Lo único que han hecho ha sido cobrar tu recompensa. Se han inventado una historia más. Han esperado a que Abelardo esté muerto. ¡Claro! Es evidente. Si hubiese estado vivo, él habría desmentido esa historia. Estoy segura de que no se veía con nadie. Abelardo iba allí a escribir. Estaba escribiendo una novela histórica, un texto que el psiquiatra le había prohibido seguir escribiendo porque le dio problemas. Eso es lo único que hacía, trabajar a mis espaldas porque sabía que si yo tenía conocimiento de su actividad, de que había reemprendido la novela, se lo prohibiría, haría todo lo posible para que no continuase.



—Cálmate —dijo Arturo.

—Los camareros no dijeron nada porque están acostumbrados a guardar silencio. La discreción es la base para que su negocio siga funcionando. Su restaurante acoge a parejas homosexuales, bisexuales y heterosexuales que viven una aventura. El hombre del que hablamos era, en apariencia, de clase bastante acomodada. Uno de los camareros me aseguró que en varias ocasiones vio cómo tu marido le entregaba un sobre cuyo contenido podría ser dinero.

—Eso sí me encaja —dijo Adela pensativa—. Es posible que Abelardo le estuviera pagando por la información que necesitaba. Sé, por Carlos, que se hizo con un libro de estraperlo. Lo cierto es que aquella obra histórica tenía demasiadas cosas extrañas. ¡Eso sí es posible! —insistió Adela—. Cuando Abelardo fue ingresado en el hospital y me hice cargo de todo, comprobé que había efectuado varios ingresos importantes en diferentes cuentas. No seguían un orden regular. Creo que la suma ascendía, en los últimos años, a diez millones.

—Si es el pago al trabajo de un mercenario, es una suma miserable. ¿No habéis pensado en la posibilidad de que tal vez tuviera un cómplice? —respondió Arturo en tono burlón, tratando de darle a la situación un cariz cómico.

—No le encuentro la gracia a tus palabras —respondió Goyo enfadado, mirándolo desafiante—. ¿Cuándo empezó a hacer los ingresos, en la época del primer asesinato? —preguntó el letrado.

—No lo sé. Tendría que mirarlo —contestó Adela.

—Es posible que tu marido pagase a su amante —dijo Goyo.

—Cierto —respondió Arturo—. ¡Es cierto!

—Sois unos imbéciles, no puedo creer lo que estoy oyendo. Me habría dado cuenta. Abelardo no sentía ninguna atracción por los hombres. Y si la hubiera sentido me lo habría dicho... O habría comentado esa relación cuando fue acusado.

—Pues todo indica que esa persona existe. No podemos saber quién es. Pero estoy seguro de que lo encontraré. Creo que puede ser el asesino, y si no lo es, quizá sepa quién más estuvo implicado en todo lo que sucedió. Estoy seguro de que hay otra persona detrás de todo esto. Es posible que tengas razón y que Abelardo estuviese haciendo tratos con material de estraperlo. Es posible que por ello esa persona no haya dado la cara y se haya ocultado. Pero también es posible que no estemos en lo cierto y que sea el asesino. Creo, Adela, que debes tener cuidado. Abelardo estaba seguro de que tú serías la próxima víctima, y no creo que su afirmación tuviera nada que ver con su enfermedad; sabía que tu vida corría peligro. Lo estaba porque él no era el asesino. Quizá su amante le traicionó; tal vez tuvo miedo de la repercusión que podía tener esa relación en su vida profesional, no lo sé... Quizá tú tengas razón y Abelardo se metió más de lo debido en temas ilegales que afectaron a su salud mental y le hicieron tener miedo de las represalias. No sé por

qué Abelardo no delató a esa persona, pero está claro que hay alguien más que sabe muy bien todo lo que pasó. Quizá si Abelardo hubiese hablado de sus citas ahora estuviese vivo. Estoy seguro de que el asesino volverá a matar. Abelardo dijo que ese criminal no pararía hasta completar la palabra que estaba escribiendo; que su único fin era llevar a la realidad la obra que él había escrito, que todo era un diabólico juego.

—Eso sí que es una estupidez. Una locura. Esa novela no existe. El único que pensaba en mi muerte era él. Sinceramente creo que lo más probable es que él mismo quisiera matarme. Me amenazó horas antes de quitarse la vida. Dijo que me mataría, que iba a matarme. ¿Te parece poco una amenaza de muerte? Estaba tan seguro de que yo era la víctima a la que le correspondería la letra «G» porque él era quien pensaba escribirla sobre mi cadáver. Ésa es mi hipótesis. Mi marido estaba loco, y su locura le llevó donde está ahora. Estoy muerta de miedo —dijo Adela abrazándose a Arturo intentando ridiculizar la afirmación del abogado—. No creo que debas dirigir tus investigaciones hacia otro lado. Goyo, la novela no existe. Jamás se escribió, y eso fue lo que perturbó nuestra relación. No quise ser partícipe de sus mentiras, de sus crímenes.

—Yo creo que sí se escribió —contestó tajante Goyo—. Sé que existe y que además hay dos ejemplares que no han sido destruidos, porque los demás los quemaste tú en la chimenea. Lo sé y lo demostraré; aunque me cueste la vida, lo haré. Puedes estar segura —dijo Goyo desafiante.

—La obra no existe. Abelardo perdió el juicio. Ya te he dicho que debes dirigir tus investigaciones hacia otro lado. Estás equivocándote y vuelves a poner en duda mi inocencia. Puedo denunciarte por estas afirmaciones, puedo llevarte ante un tribunal. Estás haciendo que pierda los papeles, me acusas de haber cometido perjurio —contestó Adela.

—No entiendo muy bien todo esto —dijo Arturo—. ¿Qué sentido tiene que un asesino que quiere, según vosotros, revivir una obra, haga que el escritor parezca el autor material de los crímenes? Según lo que me contó Adela, el asesino consideraba a Abelardo su maestro. ¡No lo entiendo! No puedo comprender que acuses a Adela de perjurio. Ella no tenía nada que perder diciendo la verdad. Ella no era la autora de la obra. La vida de su marido no era su responsabilidad. Nadie es responsable de los actos de los demás, nadie.

—Yo sí le encuentro sentido a todo; es más, creo que tiene una lógica aplastante. Es tan evidente que nadie se ha dado cuenta de ello —contestó Goyo—. El asesino no pretendía hacer daño a Abelardo. Quería convertir en realidad la ficción literaria que él había creado; sin embargo, las coincidencias hicieron que Abelardo pareciese el culpable. El destino, la casualidad y la sinceridad de Abelardo unidos a los testimonios absurdos que hicieron algunas personas le llevaron a ser el único

sospechoso y dejar al verdadero culpable fuera de toda sospecha. Eso sin mencionar todo lo que tú, Adela, callaste aun sabiendo lo que se le venía a tu marido encima. Un toque maestro para rematar la faena. Le diste la estocada final. Lo que le ha pasado a Abelardo no estaba en el guión del asesino. Es algo que siempre he tenido claro, tan claro como que volverá a matar. Estoy seguro de que lo hará. Sólo tenemos que esperar. Cuando lo haga solicitaré que se abra la sepultura de Abelardo y que se le haga una nueva autopsia. Demostraré que el daño que sufrió su cerebro fue causado por los fármacos que le administraron. Trataré de subsanar la injusticia que se cometió con él al ser condenado antes de ser sometido a juicio. El asesino me hará el favor, y que Dios me perdone por decir esto, me hará el favor de matar a su sexta víctima para que la memoria de Abelardo pueda ser limpiada. Entonces, Adela, te darás cuenta de que al ocultar las pruebas y negar la existencia de esa obra, para salvaguardar tu implicación, cometiste un error imperdonable. Te darás cuenta de que tu marido no era el asesino, de que le juzgaste y condenaste sólo para protegerte.

—Lo que estás diciendo es una aberración. Veo que no pararás hasta destruirme. Pues ten clara una cosa: no voy a ponerte las cosas muy fáciles, Goyo. Lo haré porque me estás insultando; no has dejado de condenarme desde que Abelardo fue encarcelado, y eso no te lo perdonaré nunca. Te voy a hundir personal y profesionalmente, no lo olvides. Si sigues con tus propósitos te hundiré. Además, no podrás hacer una nueva autopsia porque el cadáver ha sido incinerado.

—¿Que has hecho qué?

—He hecho lo que Abelardo quería. Dijo que quería ser incinerado, y dejó constancia de su deseo por escrito. Quería que sus cenizas fuesen esparcidas en el Monasterio de El Escorial, y así lo he hecho. Los resultados de la autopsia los puedes pedir en el psiquiátrico. No creo que te pongan ningún impedimento. Abelardo se cortó las venas. Se suicidó. Los informes sobre el estado de su sistema nervioso, así como de su cerebro revelaron que padecía una enfermedad degenerativa. Creo que una segunda autopsia no hubiese revelado nada nuevo. Es tan evidente como que la novela no existe —contestó Adela enfurecida.

—Tú te has encargado de que todas las pruebas que podían demostrar la inocencia de tu marido desaparezcan. Está claro que tenías algún interés en ello. Ocultaste que tu marido sufría una intolerancia a los tranquilizantes, sabiendo que eso no se puede diagnosticar hasta que no se muestran los efectos, hasta que el enfermo no lleva un tiempo con la medicación. No le dijiste a la policía que se veía con alguien en La Caña Vieja... Algo que tú sabías; eres demasiado inteligente y Abelardo nunca pudo ocultarte nada y tú lo sabes. Es posible que cuando consiga presentar las pruebas ante el juez te conviertas en la próxima sospechosa. Pero no te preocupes por ninguna de mis afirmaciones, porque si no tuviste nada que ver en los crímenes, mi acusación te salvará la vida, te pondrá a salvo entre rejas, ya que de yo

tener la razón el asesino anda detrás de ti, sobre tus pasos. Estás en su punto de mira y tu único refugio, irónicamente, puede ser la cárcel.

—Goyo, a partir de este momento tú y yo hemos roto nuestra relación personal y profesional —dijo Arturo enfurecido.

—Tranquilo. No volveréis a saber de mí. La policía os comunicará muy pronto todo lo que os he manifestado; eso, Adela, si el asesino no te encuentra antes de que el juez ordene tu detención —dijo el abogado. Después se dio la vuelta y, mirando a Arturo, añadió—: Sólo me queda una cosa que decirte. ¡Ten cuidado! Ten mucho cuidado, piensa con quien te estás acostando. Como decía mi querido Abelardo, el diablo tiene mil caras y algunas son demasiado hermosas.

Arturo levantó la mano en un puño y golpeó a Goyo con fuerza. Éste cayó al suelo aturdido. Seguidamente cogió a Adela del brazo y dijo:

—¡Vámonos!

Adela sonrió e indicó al odontólogo con un gesto de la mano que esperase un momento. Se agachó y susurró al oído de Goyo:

—Es posible que el sexto muerto seas tú. En la novela la sexta víctima era un abogado. ¡Que te den por el culo, picapleitos de mierda!

Se incorporó y pidió disculpas a todos los invitados que hasta el momento del puñetazo no se habían percatado de la disputa.

—Señores, disculpen. Todo ha sido un incidente sin importancia.

Ana se encontraba en el servicio y cuando salió estaba completamente desorientada. Al ver a Goyo en el suelo se agachó y, azorada, le ayudó a levantarse. Los dos salieron en silencio del hotel...

**14 de octubre de 1998**

Aquel día el jardín de la finca de Arturo en Santa Eulalia fue cubierto en su totalidad por una imponente carpa blanca. Debajo del techado de loneta estaban distribuidas, por grupos, las mesas y sus correspondientes sillas. El mobiliario había sido vestido con tela de algodón y raso de color salmón. Todas las mesas tenían un hermoso centro floral de rosas naranjas bordeadas por pequeños ramitos de paniculata, que permanecían inclinados con aire nostálgico. Alrededor de toda la carpa se habían colocado farolas térmicas que hacían que la temperatura evocase una tarde de primavera. Al fondo, una tarima tapizada en el mismo tono que el resto del mobiliario, lucía un gran centro de tulipanes azules que se alzaba jactancioso presidiendo la ceremonia. Todos los invitados vestían de rigurosa etiqueta y se sugirió a las damas que no utilizasen el color azul celeste en sus vestidos ya que la novia tenía el deseo de ser la única que lo llevase.

Arturo llevaba chaqué, camisa de seda blanca y pajarita de raso. El alcalde de Santa Eulalia aceptó gustoso casar a Adela y al hijo de su gran amigo, tristemente desaparecido.

Carlos y María fueron los testigos. La mujer del editor lucía un elegante vestido de gasa gris pastel, cuya tonalidad se asemejaba al color de sus ojos. La amplitud del atuendo a la altura de la cintura constataba su embarazo.

Cuando la novia entró del brazo de Carlos, los asistentes no pudieron contener una comedida expresión de admiración.

Adela llevaba un traje que evocaba los vestidos de las princesas en la Edad Media. Confeccionado en seda azul celeste, estaba hecho de varias capas para evitar que se transparentase. Su escote era redondo. Muy ceñido desde el pecho hasta la cintura, caía recto a la altura de las caderas. La sutil y casi incorpórea tela sin vuelo se mecía con cada uno de los pasos de Adela, haciendo que el contorno de su hermoso cuerpo se perfilara de forma exquisita a través de las sensuales fibras. Su espalda estaba casi descubierta, ya que la abertura terminaba prácticamente a la altura de las vértebras lumbares, que asomaban de forma sugerente a cada movimiento de la novia. Los zapatos de raso malva sólo dejaban ver su afilada puntera accediendo placenteros al roce delicado de la volátil tela.

El hermoso pelo negro había sido rizado en tirabuzones y separado de la cara con un recogido trenzado a modo de diadema. El cabello caía sobre la espalda desnuda y entrelazadas a él había infinidad de pequeñas violetas. El contraste de las dos tonalidades le daba una belleza mágica a la profusa melena. Apenas llevaba

maquillaje. Un suave colorete le otorgaba un sonrosado tono a sus mejillas. Sus labios estaban cubiertos de carmín transparente y el contorno de sus ojos negros había sido perfilado con una línea muy fina que confería a su mirada aún más profundidad. Adela no llevaba ningún tipo de joya. Sus orejas, que lucían un esplendor de campesina, sonrosadas y pequeñas, se dejaban acariciar por algún que otro mechón que, anárquico, había escapado del recogido y rozaba el lóbulo y sus mejillas llevado por el sutil viento que comenzaba a dejarse sentir. El blanco nacarado de sus manos realzaba las uñas esmaltadas en tono violeta traslúcido.

—¡Qué hermosa estás! —dijo Arturo impresionado—. Eres como una ninfa. Pareces recién salida del bosque.

—¡Todo es por ti! —exclamó ella mientras Arturo le cogía la mano con suavidad y se la besaba.

Cuando la ceremonia terminó, los invitados tomaron asiento y dio comienzo la cena. Después todos pasaron al interior de la mansión. El gran salón con salida al porche se había acondicionado para dar un cóctel de bebidas exóticas y licores hasta entrada la madrugada. Adela subió al dormitorio para cambiarse. Se puso un conjunto color arena compuesto de pantalón de línea ancha y una chaqueta tres cuartos debajo de la cual no llevaba nada. Se calzó unas sandalias rojas sin tacón, cepilló su pelo y se lo recogió en una coleta baja con un pañuelo escarlata.

Cuando bajó al salón, Carlos y su marido estaban enfrascados en una conversación que parecía apasionante. Adela miró alrededor, todo el mundo estaba abstraído en alguna tertulia, excepto María, que sonriente caminaba hacia ella con dos vasos llenos de líquido rojo.

—Estás espléndida. Siempre he envidiado tu estilo —le dijo.

—¿Mi estilo? ¡Qué agradable eres! El estilo no existe, de veras. Para tener estilo sólo hace falta tener dinero.

—No es cierto, hay gente que tiene muchísimo dinero y no tiene nada de estilo.

—Querida, todo se compra. ¡Todo! El que tiene dinero y no tiene estilo es porque no ha querido pagar para tenerlo.

María sonrió.

—¿Has visto qué enfrascados están? —inquirió María señalando a los dos hombres.

—Los negocios. Creo que Arturo está interesado en la editorial de tu marido. Recuerdo que me comentó algo.

—¿Arturo? Creía que sólo le interesaba la odontología —respondió María con extrañeza.

—No tengo ni idea. Estará interesado en la edición de manuales de odontología.

—Nosotros no tratamos ese tipo de temas. Sólo publicamos literatura de ficción.

—Era una broma. No tengo ni idea de lo que pueden estar hablando. Lo único que

recuerdo es que Arturo me comentó que tenía pensado hacerle una oferta a Carlos, pero no sé qué tipo de oferta. Hablando de cosas más interesantes. ¿Cómo llevas el embarazo?

—Bien, estamos muy contentos. Me hice la amniocentesis y todo ha salido bien.

—Cuánto me alegro —respondió Adela con una sonrisa hipócrita—. ¿Otra niña?

—No. Es un varón —contestó María sonriente mientras se acariciaba la barriga con satisfacción.

—Imagino que le llamaréis Carlos.

—No. Yo siempre pensé que si Dios me daba un varón le llamaría Daniel. Me gusta el nombre de Daniel. Carlos está entusiasmado. Es feliz. Hace tiempo que no le veía tan ilusionado.

—No os entiendo. Yo estoy segura de que no aguantaría a un solo enano. Y vosotros ya vais a por el quinto.

—No somos todos iguales. ¡Gracias a Dios no lo somos! Si todos fuésemos como tú, la especie humana estaría en peligro.

—Ya lo está. Lleva en peligro desde que apareció en la Tierra. El verdadero peligro del ser humano es... ¡el ser humano!

—Adela, es el día de tu boda. Creo que no deberíamos tener estas conversaciones tan desagradables. Permíteme que te diga que es una pena que no tengas hijos. Serían hermosos, muy hermosos, porque tú lo eres.

Adela le dio un beso a María en la mejilla derecha y le susurró:

—Tal vez no haya encontrado al hombre que merezca ser el padre de mis hijos. Pero te agradezco tu halago. ¡Dios te bendiga por ser tan buena!

—Ya me ha bendecido. Mi vida es maravillosa. Y la tuya lo será. ¡Te llevas a un gran hombre!

—Vamos con Teresa y con su marido, el eminente antropólogo, nos reiremos. ¿Qué apuestas a que aún sigue con su famosa tesis de los frontales? —dijo Adela riendo.

—¡Genial! —contestó María.

Las dos mujeres fueron al encuentro de Teresa y de su marido...

Mientras, Arturo y Carlos salían al jardín.

—¡Joder! Eres el primero que rechaza una oferta como la que te estoy haciendo. Sabes lo que podría significar para ti. ¡La seguridad para toda la vida! Tranquilidad, el futuro asegurado, sin riesgos, sin preocupaciones. Ahora que estáis en pleno proceso de cambio. Imagina dedicarte sólo a tu mujer y a tus hijos, un lujo —dijo Arturo.

—No venderé la editorial. Tú sabes que es absurdo hacerlo. Creía que eras mi amigo. Veo que desde que estás con Adela se te ha olvidado lo que significa la

amistad. Claro que no es de extrañar, después de lo que ha pasado con Goyo. Nunca entenderé cómo has podido romper una amistad después de tantos años. Debiste entender cuánto quería Goyo a Abelardo. Debiste comprender que a él le afectase más que a cualquiera de nosotros. Él no sólo era su amigo, también era su abogado. En cierto modo se siente responsable de todo lo que le pasó. Y la actitud de tu mujer no fue nada normal. Actuó egoístamente, eso tienes que reconocerlo. Es normal que Goyo tenga sus dudas sobre ella. La frialdad de Adela estremece...

—Ése es otro tema. No tiene nada que ver con los negocios. No quiero hablar de ello. La situación que vivió Adela fue muy poco corriente y nadie puede saber cómo reaccionaría en circunstancias semejantes... Lo que sí es verdad es que Goyo se ha comportado como un sinvergüenza con Adela.

—No creo que Goyo haya intentado sobrepasarse. Estoy convencido de que sólo dijo lo que pensaba; si de algo peca es de sincero. Tú lo sabes igual que yo. Y tu oferta tiene que ver mucho con todo esto. Adela es la responsable de que ahora estés hablando conmigo. Ella es quien quiere comprar la editorial. Sé por qué tiene ese interés, igual que lo sabes tú. Es demasiado inteligente para haberte ocultado nuestra relación. La conozco mucho antes que tú. ¡No olvides eso! Sé que quiere vengarse de mí. Imagino lo que te habrá contado. Te habrá dicho que jugué con ella, que la engañé. Si ha sido así, te ha mentado. Le dije desde el primer momento que nunca llegaríamos a nada que no fuese una relación sexual. Se lo advertí desde el primer momento y ella estuvo de acuerdo. Quiero a mi mujer, la quiero más que a nada ni a nadie. Pero ella pensó que mis palabras no tenían validez frente a su obstinación. Está acostumbrada a tenerlo todo. Se obsesionó conmigo y tuve que pararle los pies... Créeme si te digo que fue muy desagradable para mí. No lo entendió y creo que aún sigue sin entenderlo. Juró que se vengaría de mí y veo que lo está intentando. Su avaricia no tiene límites y su falta de escrúpulos menos.

—Tú no eres el más indicado para hablar de escrúpulos. Tienes la misma responsabilidad que ella. Ambos os liasteis de mutuo acuerdo. No me vengas ahora conque quieres a tu mujer. ¡Pamplinas! Has estado hablando con Goyo, ¿verdad que lo has hecho? Él te ha dicho que Adela quiere comprar la editorial.

—Arturo, sé que Adela quiere vengarse de mí. Eso es todo lo que sé, y estoy seguro de ello porque ella misma lo juró el día que le dije que lo nuestro tenía que acabar. No le dolió que acabase, lo que le dolió fue que fuese yo quien la dejara. Es de chiquillos, lo sé, pero no parará hasta conseguirlo —dijo Carlos, y añadió—: ¡Nunca venderé la editorial! Nunca trabajaré para ti. Al menos mientras sigas casado con Adela.

—¿Me estás diciendo que no quieres saber nada de mí?

—No. Estoy diciendo que no quiero tener ningún vínculo laboral en el que pueda meter las garras tu mujer. Deberías haber hablado con Goyo. Sé que Adela oculta



algo. Él también lo sabe. Entiende lo que te digo; no me malinterpretes. No acusa a tu mujer de ningún crimen, sencillamente Goyo piensa que ha mentido y que la novela existe. Por algún motivo Adela no quiso decir en el juicio que Abelardo había escrito esa obra, y eso, junto con las acusaciones tan aberrantes y la indiferencia que mostró, llevó irremediablemente a Abelardo al psiquiátrico. Lo único que pretendo al decirte esto es hacerte saber que te has casado con una mujer cuya admirable inteligencia está guiada por una maldad ilimitada. Lo único que quiero es tener mi conciencia tranquila. Goyo me pidió que te lo dijese y ¡dicho está!

—Te lo agradezco, ¡pero estoy hasta los cojones de la novela inexistente y hasta los cojones de Abelardo! ¡No quiero volver a oír nada más de esa maldita historia! ¡Nada más! Mi vida no tiene nada que ver con las alucinaciones de uno de tus escritores. No permitiré que nadie vuelva a relacionar a mi mujer con esa macabra historia. Adela ha sido una víctima de la locura de Abelardo. ¿Te queda claro? —preguntó ofuscado Arturo.

—Bastante claro. ¡Tú sabrás lo que haces!

—Siempre lo he sabido. No tengas dudas sobre ello. Respecto a la relación que mantuvisteis Adela y tú, estás en lo cierto. Entre ella y yo no hay secretos. Sin embargo, la compra de tu editorial no tiene nada que ver con ella. Tengo demasiado capital para invertir. Mi padre me dejó demasiados negocios inmobiliarios y Adela necesita ocupar su tiempo en algo. Es demasiado activa. Yo estaré fuera la mayor parte del año. Le sugerí que se ocupase de los negocios inmobiliarios, pero no quiere saber nada de ese sector empresarial. Su mundo es la literatura. Es tan sencillo como eso. Sabes que tengo capital suficiente como para comprar tu editorial por un precio tres veces superior a su valor real. Sabes que puedo crear una editorial y hacerte la competencia. Es más, si Adela me lo pidiese estaría dispuesto a arruinar tu vida.

—No pienso discutir contigo. Sé que si Adela te convence para que me arruines estaré perdido. No tengo nada contra ti, nunca lo he tenido. Deseo que seas feliz. Deseo que ella también sea feliz. Lo único que quería era dejar las cosas claras.

—Entonces estamos de acuerdo. Has entendido lo que te he dicho a la perfección. Olvídate de Adela. A partir de hoy es parte de mi vida. Lo que le hagas a ella me lo estarás haciendo a mí. Imagino que tú sentirás lo mismo por María.

—¡Por supuesto! Ahora te pido que nunca más vuelvas a mencionarme la venta de la editorial. Quiero que te quede muy claro que nunca la venderé —dijo Carlos tirando al césped el resto del bourbon que había en el vaso—. Me voy a buscar a María, es demasiado tarde. ¡Nos vemos!

Carlos entró en el salón y llamó a su mujer desde la puerta. Ella se acercó con expresión de extrañeza ante la seriedad de su marido.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal? —preguntó.

—Nos vamos —contestó Carlos.

—Pero cariño, estoy pasándomelo genial. Es muy pronto todavía. Creía que íbamos a estar hasta el amanecer.

—¡Nos vamos!

—Carlos, ¿a qué viene tanta prisa? No quiero marcharme.

—¡Vamos! De camino te lo contaré todo. No hagas más preguntas y vámonos.

Adela, al darse cuenta de que Carlos, con apariencia hostil, había agarrado a su mujer del brazo y salía con ella del salón, se fue tras ellos hasta el jardín.

—María, Carlos, ¿os vais sin despediros? Ya sabía yo que los licores no eran de primera calidad. Le dije a Arturo que debería haberte consultado a ti antes de comprarlos —dijo Adela refiriéndose a Carlos—. Eres el único experto consolidado en variedades alcohólicas.

Carlos y María esperaron a Adela mientras ésta se aproximaba hacia ellos sonriente.

—Bien, ¿a qué viene esta estampida? ¿Te encuentras mal? —dijo cogiendo el brazo de Carlos—, ¿porque no me irás a decir que es María la que está indispuesta? Tu mujer está como una rosa, doy fe de ello. —María sonrió, mientras que Carlos permanecía mudo mirando a Adela con expresión de desagrado—. ¡Ah!, ya entiendo. Ha debido de ser mi marido. Te propuso la compra de la editorial y tú te enfadaste. ¿Ha sido eso, verdad? —inquirió palmeando la espalda de Carlos.

—Sí —contestó el editor.

—Se lo dije. Le dije que te dejase en paz; que nunca venderías la editorial. Pero tú ya sabes cómo es Arturo, lo sabes mejor que nadie. Cuando una empresa funciona la quiere para él. Le gusta la perfección. No deberías haberte enfadado; al contrario, deberías sentirte halagado. Mi marido tiene un don especial para ver el futuro de los negocios. Si él ha querido comprarte la editorial, seguro que es porque ha visto que tu empresa tiene un espléndido futuro. ¡Sólo se enamora de lo mejor!

—Tú también —contestó Carlos irónico—. Por eso le sugeriste la compra. Adela, a mí no me engañas. ¡Olvídame!

—Carlos, ¡por favor, no seas grosero! Adela sólo está intentando ser amable. No entiendo tu comportamiento —dijo María apurada—. Es el día de su boda, deberías ser más condescendiente y ante todo educado.

—María, déjale, no te preocupes. No tiene importancia. En realidad, la culpa es mía por meter las narices en los temas de Arturo. Discúlpame —dijo Adela dándose la vuelta y regresando al salón.

—¿Por qué has sido tan desagradable con Adela? ¿Qué tiene que ver ella con los negocios de Arturo?

—Tienes razón. Me he dejado llevar por los nervios. Arturo me propuso la compra de la editorial. Hizo una oferta demasiado alta. Me negué. Se sintió ofendido y amenazó con arruinarme la vida.

—¿Qué Arturo te amenazó? No puedo creerlo. ¿Para qué quiere Arturo la editorial? Le sobra el dinero. Le sobran los negocios. No entiendo nada.

—Es un capricho de Adela. Estoy seguro de que fue ella la que le sugirió la compra.

—¿Adela? No lo creo. Ahora tiene de todo. No creo que se moleste en romperse la cabeza con algo más que no sea la organización de un sinfín de fiestas.

—Desde que la conozco siempre quiso dirigir una editorial. La nuestra la conoce a la perfección.

—Creo que habéis bebido demasiado los dos, Arturo y tú. Dejemos pasar los días, verás como con el tiempo se te pasa el enfado.

Carlos acarició la mejilla de su mujer y sonriendo dijo:

—Eres estupenda..., y yo no te merezco.

—Carlos, creo que vas a tener que plantearte dejar de tomar alcohol —dijo María dando un beso a su marido.

Aquella noche, Adela, ofuscada comentó con Arturo la negativa de Carlos.

—¡Qué cabrón! No sólo se ha dado cuenta de nuestras intenciones, sino que también está conchabado con el estúpido de Goyo.

—¿Nuestras intenciones? —dijo Arturo—. ¡Tus intenciones! Te recuerdo que fuiste tú quien se interesó en adquirir la editorial. Yo te estoy dejando jugar.

—Sí, pero aparte de mi venganza, no me negarás que el negocio es redondo. ¿Sabes el dinero que factura Carlos?

—No. Pero no creo que sea para tanto —respondió Arturo mientras se servía un bourbon—. ¿Quieres una copa?

—No. ¿Qué haremos ahora?

—Menos acostarte con él, puedes hacer lo que quieras. Tienes todo el dinero que necesitas. Monta una agencia literaria. Debe ser un trabajo apasionante. Tener a tu disposición la posibilidad de encontrar un nuevo baluarte de la literatura, como lo fue el loco de Abelardo, porque estoy seguro de que tú fuiste su agente antes de casarte con él.

—¿De qué vas? ¿Quieres empezar a joderme? —inquirió Adela quitándole la copa a Arturo con brusquedad.

—No. Quiero que te indignes, que te cabrees. Hacer el amor contigo cuando estás cabreada debe ser... ¡joder, debe ser la leche! —dijo Arturo acariciando con su mano derecha los glúteos de Adela, mientras que con la otra le quitaba el vaso y lo tiraba contra el suelo enmoquetado del estudio.

—¡Vete a la mierda! Recuerda nuestro trato. Si no conseguías que la editorial fuese mía, no había boda; tú me prometiste conseguirla. ¡Lo prometiste! Pero no parece que vayas a poder cumplir tu promesa, y eso hace que ahora mismo me

parezcas muy poco deseable. Es más, yo hago las cosas cuando me apetecen, con independencia de los sentimientos o las necesidades de los demás y ahora no me apetece.

—¿Te has casado conmigo exclusivamente para conseguir la editorial de Carlos?, ¿iba en serio lo que dijiste? —Arturo la miró con curiosidad y añadió—: No lo creo. Sé que hay algo más.

—¡Por supuesto! Y tú lo sabes. De no ser así, ¿por qué me iba a casar contigo? Lo único que quiero de ti es tu sexo, la satisfacción sexual que me proporcionas, y eso ya lo tenía, no hacía falta casarme contigo para tenerlo.

—No me negarás que también aceptaste por mi dinero. Tú no puedes vivir sin gozar de una buena posición económica y social. Eso es lo único que te importa. Eres una ambiciosa.

—Tengo dinero suficiente para mantener un ritmo de vida más que alto. Abelardo tenía dinero invertido en Bolsa. Bastante dinero... No necesito el tuyo. Tengo lo suficiente para montar mi agencia literaria, pero no lo bastante para comprar la editorial de Carlos y hacer que se arrodille a mis pies.

—¡Eres una hija de puta! Dijimos que seríamos sinceros.

—Y lo estoy siendo. Te estoy diciendo la verdad —contestó Adela sarcástica.

—Cierto, pero demasiado tarde... —Arturo hizo una pausa, tratando de recuperar la calma—. Bien, no me importa. Yo también te he mentado. Yo también te estoy utilizando. ¡Estamos empatados! Pero no te diré en qué te he mentado. Tal vez nunca te lo diga. Si llego a decírtelo, será porque has ganado la partida. No puedo hacerlo antes porque quizás echarías a correr, te morirías de miedo. Veremos quién es el más fuerte y logra sobrevivir —dijo, dejando escapar una sonrisa maliciosa—. Hagamos el amor. Te doy mi palabra que pensaré en cómo joder a Carlos; sólo por ti. Únicamente porque en realidad me tienes entre tus garras y te lo prometí, cumpliré mi promesa; sólo es cuestión de tiempo.

Adela sonrió al tiempo que comenzó a desprenderse de la ropa. Luego se aproximó a la puerta del estudio y echó el pestillo. Mientras, Arturo presionó el mando eléctrico y la persiana del gran ventanal que daba al jardín empezó a bajar lentamente.

—¡Me gustaría tanto fastidiar a Carlos y al maldito picapleitos de Goyo!, ¡no sabes cómo! —dijo Adela.

—¿Es cierto que existe la novela? ¿Tú llegaste a leerla?

—¿Tú qué crees?

—Creo que sí. Y Goyo también lo cree —dijo Arturo.

—No me preocupa. Yo no he matado a nadie. Lo que me molesta es que se ha empeñado en seguir removiendo la mierda y puede llegar a salpicarme. Abelardo mató a esa gente; estoy convencida. Estaba completamente loco. No sé a dónde

quiere llegar Goyo con sus investigaciones.

—¡Qué más da! No te preocupes.

Adela apoyó su pubis sobre el cuerpo de Arturo.

—Sé que te enamorarás de mí. Estoy seguro, y por ello debo advertirte de algo: no lo hagas porque será el mayor error de tu vida —dijo Arturo acariciando la espalda desnuda de Adela mientras ella se contoneaba—. ¡Odio a las mujeres enamoradas! Cuando una mujer se enamora, olvida la pasión sexual. Ninguna mujer enamorada hace bien el amor. No olvides que sólo me casé contigo para convertirte en una de mis posesiones, y como tal puedes dejar de interesarme en cualquier momento.

Adela le miró maliciosamente mientras dejaba escapar una sonrisa irónica.

*30 de octubre de 1998*

Adela y Arturo decidieron comprar un amplio local en Madrid, cercano a la editorial de Carlos, y comenzar los trámites para abrir una agencia literaria de ámbito internacional. Arturo, antes de marcharse de Ibiza hacia Madrid, le expuso a Adela la conveniencia de dejar que los ánimos se aplacasen.

—Monta la agencia. ¡Trabaja! Tienes un don especial para captar la buena literatura. Haz nacer nuevos genios. Haz que Carlos necesite a tus escritores. Cuando tengas lo mejor, será él quien estará interesado en negociar contigo. Las venganzas hay que planearlas; de no ser así siempre se quedan en arrebatos viscerales que sólo traen problemas y grandes fracasos —le dijo mientras caminaban en dirección al garaje.

—Eres un excelente estratega y tienes la paciencia de la que yo carezco —dijo Adela besando a Arturo.

—Por eso soy un genio, porque tengo paciencia. Cuando esté en Madrid y haya firmado el contrato de compraventa te llamaré. Recuerda que dijiste que te encargarías de la decoración del local. Carlota te telefoneará esta tarde. Debes hacerle caso. Su experiencia es tan valiosa como la de su hermano. Si la convences para que trabaje contigo, él trabajará conmigo. Sabes que le necesito.

—No entiendo para qué necesitas a otro cirujano maxilofacial. Tienes a veinte en plantilla.

—Éste es especial. Su experiencia está reconocida en toda Europa. Quiero que sea el director de la especialidad de implantes. ¡Quiero el mejor! Y él es el mejor. Pero no dejaré a Carlota. Parecen estar unidos por un cordón umbilical.

—¡Qué estupidez! —contestó Adela.

—He pensado que después de solucionar mis asuntos, pasado mañana podía quedar con Carlos, aprovechar que estoy en Madrid para verle. Creo que sería conveniente pedirle disculpas.

—Es tan tonto que las aceptará. ¡Qué tengas un buen vuelo! —dijo Adela cerrando la puerta del coche de su marido y emprendiendo su regreso a la casa.

**31 de octubre de 1998**

Eran las veintitrés treinta horas cuando llamaron a la puerta de la oficina de Goyo.

—¡Hola! —dijo el letrado—. ¿Cómo estás?

—Tengo que hablar contigo.

—Ya me lo imaginaba. Sabía que vendrías. A pesar del odio que has manifestado, sabía que vendrías. Es lo más sensato que has hecho en tu vida. Pasa, ¿quieres tomar algo?

—Sí. ¿Tienes anís?

—Sí, claro. Está en el otro despacho. Voy a por los vasos y la botella —dijo el abogado levantándose.

—No, déjalo. Ya voy yo. Mientras tanto prepara el ordenador. Creo que deberías tomar nota de todo lo que vamos a hablar.

—Sabía que con el tiempo acabarías contándomelo —dijo Goyo moviendo el ratón del ordenador—. A mí no me pongas anís, prefiero un *whisky*.

—Como quieras.

El letrado y su acompañante estuvieron hablando sobre los asesinatos hasta bien entrada la madrugada. La hipótesis de Goyo parecía interesar a su visitante. Sobre las tres de la mañana Goyo dijo:

—No sé qué es lo que me pasa, estoy mareado. Quizá lleve demasiado tiempo aquí. Me falta el aire, abre la ventana...

Ésas fueron las últimas palabras que pronunció. Después cayó inconsciente al suelo.

*1 de noviembre de 1998*

Aquella mañana, Arturo llamó a Carlos, le pidió disculpas y le dijo que había pensado pasarse por la editorial para almorzar juntos, ya que disponía del resto de la mañana. Todos los asuntos pendientes los había solucionado el día anterior. Carlos aceptó. A la una del mediodía los dos hombres conversaban en el despacho del editor sobre cómo habían cambiado sus vidas en tan poco tiempo. La línea interna de teléfono sonó.

—Será Rosa. Le dije que nos reservara mesa para las tres. Te llevaré a un restaurante japonés que es una auténtica maravilla. El Suntory, ¿lo conoces? —dijo Carlos con el teléfono descolgado.

—Don Carlos, su mujer por la uno —dijo la secretaria.

—Bien, pásamela —contestó el editor.

—¡Dime, cariño! ¿Te encuentras bien?

—¡Han matado a Goyo! Lo acabo de oír por la radio. ¡Es horrible! Dicen que le han cortado los dedos. Están hablando de que le han asesinado como a Teresa, a Eugenia, a Cosme y al ladrón y la chica. Los medios de comunicación dicen que la policía ha informado de la evidente relación con ellos. Señalan que tiene las mismas características. ¡Dios mío, pobre Goyo! ¡Él estaba en lo cierto, Abelardo no era el asesino! —gritó María.

—Cálmate. Ahora mismo voy para casa, creo que debemos llamar a su mujer. Imagino que estará destrozada —dijo Carlos con voz apagada—. ¿Sabes algo más?

—Sí. El portero de la finca recibió la orden de Goyo de dejar subir a un hombre que estaba esperando. El portero describió al sujeto como un homosexual que no intentaba ocultar su condición sino todo lo contrario. Se pavoneaba en exceso, como si quisiera que ésta resaltase sobre cualquiera de sus rasgos. Como si su único fin fuese llamar la atención sobre ello.

—Está bien, no te muevas de casa. Arturo está aquí. Íbamos a almorzar juntos. Anularemos la reserva. Vamos a casa ahora mismo.

—¿Qué ha pasado? ¿María está bien? —preguntó Arturo alarmado.

—Ha escuchado por la radio que Goyo ha sido asesinado.

—¡No lo puedo creer! —dijo Arturo con expresión de horror—. ¿Han matado a Goyo? ¿Por qué?

—No lo sé. Creo que fue anoche. Imagino que el personal habrá descubierto el cadáver esta mañana. Los medios de comunicación han revelado que las características del crimen son similares a las de los anteriores asesinatos.



—¿Qué asesinatos? ¿Han matado a más gente?

—Quiero decir que tienen las mismas características que los asesinatos de los que fue acusado Abelardo. A Goyo le han cortado los dedos.

—¡No me jodas! ¡No puede ser! ¡Debe haber un error! —exclamó Arturo.

—Puede ser. Ojalá sea así, porque eso significaría que el asesino de las otras personas era realmente Abelardo, y que toda esta pesadilla ya habría acabado. Pero si no hay ningún error, y el asesinato de Goyo es de las mismas características que los otros, sólo cabe deducir que él estaba en lo cierto y que podemos estar todos en peligro. Todos estuvimos relacionados con Abelardo de alguna manera, y hasta el momento está muriendo gente que se relacionaba con él. A excepción de ese pobre ladrón —dijo Carlos mientras cogía su chaqueta—. ¿Me acompañas? Voy a recoger a mi mujer. Vamos a casa de Goyo. Lo único que podemos hacer por él es atender a su familia.

—¡Todo esto es una locura! —exclamó Arturo.

—Cierto. ¿Sabes que Goyo y su mujer me ofrecieron su casa de Ibiza? No han sido capaces de volver allí desde que asesinaron a Eugenia. ¡Esta vida es una mierda! ¡Una jodida mierda!

—Estás diciendo estupideces llevado por los nervios. Debes tranquilizarte. Te acompañaré a tu casa, pero si no te importa prefiero no ir a casa de Goyo —dijo Arturo entrando en el ascensor.

—Deberías hacerlo. Él sólo buscaba nuestra seguridad. Tal vez, por eso, por intentar protegernos, le han matado. Quizá llegó a descubrir al asesino.

—Ana podría sentirse mal al verme. Entiende que la discusión que tuve con Goyo fue muy fuerte. Me resulta violento aparecer allí después de lo que pasó. Además, quiero llamar a Adela. Debo decírselo.

—Está bien, como quieras. ¿Imagino que asistiréis al funeral? —dijo Carlos.

—Por supuesto. Te agradecería que me informaras de todo lo que suceda.

—Pues entonces, hasta pronto. No es necesario que me acompañes a casa. María y yo nos iremos inmediatamente a casa de Goyo.

—Te llamo en unas horas, si no te importa —dijo Arturo.

—No, claro que no. Tal vez estés en lo cierto y lo mejor sea que Ana no te vea ahora —dijo Carlos pensativo.

—¡Te juro que no me siento con fuerzas! Es una sensación extraña. Cuando me has dicho que le habían asesinado, me he sentido un poco culpable... Tal vez si le hubiese hecho caso, si Adela y yo le hubiésemos prestado más atención en vez de sentirnos ofendidos; quizás ahora estaría vivo.

—Lo mejor será que no pensemos más en ello. ¡Llámame! —dijo Carlos subiendo al coche.

—Lo haré.

—Saluda a Adela de mi parte.

Arturo levantó la mano en señal de despedida mientras el coche de Carlos salía del garaje.

El editor se hizo cargo de todo lo concerniente al sepelio de su gran amigo. Adela hizo la reserva del vuelo nada más recibir la llamada de Arturo y viajó desde Ibiza a Madrid para encontrarse con su esposo en la capital.

La autopsia reveló que Goyo había sido sedado antes de ser asesinado. El letrado, al igual que las víctimas anteriores, fue degollado. Esta vez en el lugar del crimen no había guantes de goma. El único objeto que el asesino dejó fue una espada. Los dedos de la mano derecha de Goyo habían sido seccionados a excepción del pulgar, que tenía en su yema el dibujo de una cara sonriente, hecho con rotulador negro. Con el resto de los dedos el asesino había formado la letra «N». Encima de la mesa había un sobre de color rojo que contenía una nota. Su texto decía:

Todo está escrito.

Apocalipsis 6

Cuando el Cordero abrió el segundo sello, oí al segundo Animal que decía: «Ven». Y salió otro caballo de color rojo; al que lo montaba se le dio el poder de quitar la paz de la Tierra, de hacer que los hombres se degollaran unos a otros; y se le entregó una espada grande.

La prensa se hizo eco del contenido de la nota y bautizó al asesino con el apodo de «el Octavo Jinete del Apocalipsis».

Las fotos del cuerpo inerte de Goyo fueron publicadas en la primera página de una de las revistas más sensacionalistas del país. Alguien las mandó a la redacción guardando el anonimato. La policía tuvo conocimiento a través de sus investigadores del anuncio que Goyo publicó en la prensa nacional una semana antes de ser asesinado. El texto decía:

#### AVISO IMPORTANTE

Como íntimo amigo del recientemente fallecido Abelardo Rueda, ruego a la persona que mantenía relaciones con él, y que según me han informado se veía con Abelardo en un bar serrano llamado La Caña Vieja, se ponga en contacto conmigo a través del número de teléfono que figura abajo con el fin de hacer justicia.

Es importante que me llame. Debemos intentar esclarecer lo sucedido. ¡Juro ante Dios no desvelar nunca la identidad de esa persona!

Se dio por hecho que el asesino leyó en la prensa el mensaje, se puso en contacto con el abogado y, tras asesinarle y salir del edificio, hizo una llamada al número de teléfono que aparecía en la nota que Goyo había publicado en el periódico. La policía judicial consideró que se trataba de una pista falsa dejada por el asesino, ya que la llamada fue realizada dos horas después de haber muerto Goyo. El contestador

automático grabó el mensaje que nunca llegó a ser escuchado por el letrado. En él, una voz distorsionada, que según los registros parecía varonil, decía: «¡Haga usted caso de mis palabras, señor letrado! Guarde sus investigaciones y espere a que pase el tiempo. ¡Todo está escrito! Tenga fe. Yo soy el creador».

Al investigar la procedencia de la llamada se averiguó que había sido efectuada desde una cabina de la zona de Argüelles. Las investigaciones estaban en el mismo punto que cuando se cometió el primer asesinato, el de Teresa, el ama de llaves de Abelardo.

El caso se reabrió. La policía de investigación citó una vez más a los testigos anteriores y se confeccionó un retrato robot del presunto homicida que fue publicado en todos los medios de comunicación. La característica más importante que se daba a conocer, era la de su condición homosexual y la descripción del coche que había utilizado en los asesinatos anteriores al del abogado: un BMW azul metalizado con luces de xenón. Asimismo se dio a conocer su cualidad de buen rotulista y se rogaba a cualquier empresario que tuviese a su servicio a una persona con aquellas características que se pudiese en contacto con la policía. Lo mismo se pedía a los ciudadanos, que ahora, indignados por la injusticia que se había cometido con Abelardo Rueda, clamaban justicia, y de este clamor popular se hicieron eco todos los debates televisivos y radiofónicos.

Dado el gran interés que, para la opinión pública, suscitó el tema, los medios de información dieron prioridad al hecho. Nadie entendía cómo se podía haber cometido semejante aberración. El alcance de la noticia llegó a extremos tan aberrantes que personas que habían pedido la pena capital para el escritor exigían ahora la ejecución del juez que le había condenado, así como la destitución del equipo policial que había intervenido en el caso.

La relación que la gente estableció entre el homicidio del letrado y lo que le había sucedido a Abelardo Rueda hizo que la prensa volviera a interesarse por la viuda de éste y tomara posesión de la finca de Santa Eulalia, ya que Adela afectada por el asesinato había vuelto a Ibiza con Arturo.

Un hervidero de periodistas hacía guardia día y noche frente a la mansión, intentando conseguir alguna declaración de Adela. Los ciudadanos reclamaban venganza y esperaban que ella les ayudara a hacerla realidad. Desde los medios de comunicación la gente le pedía que tomase medidas contra los que habían acusado al que fue su marido, exigiendo que la memoria del difunto fuese lavada. Sin embargo, ella permaneció recluida. No quería saber ningún detalle de la muerte de Goyo. No quería pensar en nada. Desde que tuvo conocimiento de la relación que había entre la muerte de Goyo y los anteriores crímenes se sintió presa del pánico. La angustia la obligó a someterse a un tratamiento con ansiolíticos. Sus pensamientos contradictorios la atormentaban. Había declarado en contra de su marido, había

permitido que se le juzgara y se le encausara sin hacer nada, sin dudar ni un momento de su culpabilidad. Ella había creído firmemente que Abelardo había sido el asesino, que los crímenes habían sido producto de su locura...

Pero ahora, en aquellos momentos, se preguntaba cuál había sido el verdadero motivo de que hubiera declarado en contra de su esposo. Había antepuesto su vida, su seguridad a la de Abelardo. Si hubiera declarado la verdad, la policía habría descubierto que había ocultado pruebas y hubiera sido tan sospechosa como lo había sido él en aquel entonces. Su actuación ahora le pasaba factura.

Adela recordó, nada más conocer el homicidio de Goyo, la última conversación que había mantenido con el abogado, y este recuerdo le llevó hasta Abelardo. Parecía que ambos tenían razón... Y si Abelardo no había sido el responsable de los crímenes, ella estaba en peligro. Se había equivocado. Tomó una decisión desafortunada y ahora estaba en un callejón sin salida, dentro de una cárcel que ella misma había ido forjando con sus palabras, con sus actos, con su indiferencia. Una cárcel invisible para los que la rodeaban; una prisión que no sólo la tenía atrapada, sino que la había enmudecido. Adela seguía sin poder contarle a nadie que había mentido, y ahora menos que nunca. La sensación de agobio, la agorafobia que empezó a manifestar hicieron que su aislamiento fuese necesario y recomendado por el facultativo que la trataba desde su primera crisis de ansiedad, surgida tras el conocimiento de la muerte de Goyo.

La insistencia de la prensa obligó a Arturo a convencer a su mujer de que hiciese una exposición tajante de lo acontecido que acabase con aquel insoportable acoso. El uno de diciembre Arturo citó a los medios de comunicación y les informó de que su mujer había tomado la decisión de hacer una declaración, que calificó como el primer y el último comunicado que Adela haría sobre el tema. Explicó el gran esfuerzo que suponía para ella, ya que su estado anímico desde la muerte de Goyo era muy delicado y éste le había llevado a someterse a tratamiento médico.

Dos días después Adela se encontró con los periodistas en el jardín que daba entrada a la gran mansión. Vestida de negro, con el pelo recogido, con un maquillaje discreto, parecía una mujer que acabara de enviudar. Saludó cabizbaja a los presentes levantando su mano, mientras que Arturo se encargaba de mantener a los periodistas a una distancia prudente. El odontólogo le dio un folio y ella comenzó a leer lo que había escrito en el papel:

—Siento enormemente todo lo que ha sucedido ¡Lo siento en lo más profundo de mi alma! He sufrido demasiado. Sufrí en mi vida pasada y ahora estoy sufriendo con este injusto presente. Todos nos equivocamos. Yo fui la primera en hacerlo: condené a Abelardo. Desconfié de la persona que entonces más quería, del hombre que más me quiso. Ahora está muerto. Murió injustamente. Le pido a Dios que me perdone

por ello. Lo único que quiero es pagar mi culpa, por ello les pido que me dejen vivir con mi remordimiento. Creo que ésta es mi condena, viviré con la carga de su muerte sobre mí. Para las demás personas que intervinieron en su proceso y que se equivocaron, al igual que lo hicimos todos, no quiero nada. No pienso interponer ninguna demanda; nada hará que Abelardo vuelva a la vida. ¡Qué Dios les ayude a todos! Sólo deseo que no se cometan más injusticias, y les suplico que me dejen a solas con mi pena. Buenas tardes.

Adela se retiró a toda prisa, mirando de soslayo al grupo de periodistas que Arturo y el personal de servicio intentaba controlar. Los gritos eran ensordecedores; todos querían que Adela respondiera a algunas preguntas. No les bastaba con una declaración. Además, los periodistas habían esperado otro tipo de declaración por parte de Adela y ahora se proponían llegar hasta ella para cumplir con su trabajo. Querían hacerle preguntas sobre todo lo que sucedió durante el proceso del escritor, ya que Adela había sido un testigo de excepción. Cuando ella entró en la casa, Arturo tuvo que permanecer varios minutos pidiendo a los periodistas que abandonasen la finca, explicándoles y asegurándoles que su esposa no haría más declaraciones y menos aún contestaría a pregunta alguna.

Adela siguió recluida en la finca de Santa Eulalia, presa del pánico que sentía; enterrada bajo sus temores que cada día eran más reales y le sumergían en un sinfín de preguntas, de dudas..., de miedos.

Días después del comunicado de prensa, Adela comenzó a escribir todo lo que recordaba de los acontecimientos pasados que pudiera relacionarse con el asesinato de Goyo y formó con todos sus recuerdos algo parecido a un sumario judicial. Buscó información de aquellos días en la hemeroteca y recopiló todo lo que se había publicado sobre los crímenes que le fueron imputados a Abelardo. Intentaba relacionar todo lo que había pasado entonces con el asesinato de Goyo. Se compró un ejemplar de la Biblia e investigó los textos sagrados tratando de hallar en ellos la respuesta que la llevase a conocer las intenciones reales del asesino. Quería averiguar cuál sería su siguiente movimiento. Ella tenía ventaja: conocía la novela de Abelardo. Y si el asesino seguía comportándose como lo había hecho hasta la fecha, siguiendo al pie de la letra la obra, sabía que sólo la podía matar si en alguna ocasión llegaba a encontrarse a solas con él.

A pesar de lo angustiada que seguía sintiéndose, ocultó sus intenciones a su marido y continuó con sus quehaceres como si ya estuviese completamente recuperada. Pero sus investigaciones no le condujeron a ningún sitio. Nada, a excepción del asesinato del letrado, le hacía creer que hubiese otra persona detrás de los anteriores crímenes.

Carlota, la hermana del cirujano maxilofacial, y ella habían entablado una buena relación profesional. La mujer demostró estar capacitada para ser la segunda de abordó dentro de la agencia literaria que estaban montando. En un principio, Adela desconfió de su valía, pero poco a poco comprobó que Carlota era una mujer con grandes capacidades, por lo que fue dándole responsabilidades y le ofreció la posibilidad de participar en la toma de algunas decisiones. Sin embargo, Carlota desconfiaba de su jefa. No le gustaba su carácter, su soberbia. Los días transcurridos a su lado, unidos a los recientes y desgraciados acontecimientos, le habían proporcionado la oportunidad de conocerla bien. Supo que era una persona que reconocía el trabajo ajeno, que tenía en cuenta todos los esfuerzos habidos y por haber de sus empleados, pero también se había percatado de que, de la misma forma, no perdonaba un error por muy pequeño o inconsciente que éste fuera, y eso hacía que los que trabajaban para ella siempre se sintiesen en la cuerda floja.

Adela seguía investigando por su cuenta la muerte de Goyo, buscando posibles conexiones entre su asesinato y los anteriores crímenes. Estaba obsesionada con ello, y si en algún momento conseguía olvidarse de todo lo sucedido, la prensa se lo recordaba insistentemente; la noticia seguía apareciendo en titulares. Las especulaciones sobre la autoría del crimen de Goyo seguían siendo de interés para la opinión pública:

—Esto no acabará nunca. El asesino de Goyo debe estar encantado con la repercusión que su crimen está teniendo en los medios de comunicación. Es escalofriante la importancia que están dando a esta noticia. Si Abelardo levantara la cabeza, sonreiría sarcástico, se sentiría feliz. Como todo continúe así, acabaré perdiendo el control; parece que aún viva en el pasado... No puedo soportarlo —dijo visiblemente enfadada y golpeando una foto de Abelardo Rueda que aparecía en un periódico y en cuyo pie se cuestionaba la culpabilidad del escritor—. Acabaré creyendo que él no era el asesino. Van a conseguir que me vuelva loca. ¡Esto es insoportable!

—Creo que debería descansar algunos días más —dijo Carlota, que, sentada a su lado, observaba la manifiesta desesperación de Adela—. Yo puedo encargarme de todo. Quédese en la isla, podemos seguir como hasta ahora. No tengo problemas en desplazarme desde Madrid hasta aquí las veces que sean necesarias, hasta que se encuentre del todo bien, como hemos estado haciendo. No le dé más vueltas al asesinato del abogado. Quizá su asesino se ha limitado a imitar lo que hizo Abelardo Rueda cuando cometió los crímenes valiéndose de la información publicada en los periódicos... —Carlota se interrumpió al darse cuenta de que sin querer había entrado en un tema que no era de su incumbencia, un tema que le podía costar el puesto—. Perdón...

—¿Qué ha dicho? —preguntó Adela mirando fijamente a Carlota.

—Perdone mi indiscreción. Sé que ahora se está hablando de la posibilidad de que su marido fuera inocente... Perdóneme —repitió.

—Carlota, tranquilícese. Sólo quiero que repita todo lo que ha dicho sobre los crímenes.

—No he querido ofenderla, no ha sido mi intención —insistió Carlota azorada.

—En ningún momento me ha ofendido. ¡Repita lo que ha dicho!

—Que creo que debe descansar unos días más. Y que, personalmente, creo que este crimen no está relacionado con los anteriores, aunque presenta las mismas características. El asesino ha podido imitar la forma de matar de Abelardo Rueda. No sería nada extraño; los asesinos se copian unos a otros, siguen las mismas pautas. En estos casos, los medios de comunicación les resultan de gran ayuda al dar publicidad a este tipo de crímenes. La gente no tiene imaginación ni para matar. Sé el alcance que mis palabras pueden tener para usted, pero es demasiado extraño lo que ha sucedido; diría que demasiado previsible y vulgar.

Adela analizó las palabras de Carlota y pensó que estaba en lo cierto: la mayoría de los asesinos seguían unas pautas de conducta similares y sus crímenes solían tener muchas cosas en común unos con otros... ¿Por qué el asesinato de Goyo no podía ser uno de tantos, con características coincidentes con otros crímenes? Quizás había copiado la forma de actuar en los anteriores crímenes. Los datos habían sido publicados en la prensa; era una posibilidad que tener en cuenta. Respiró aliviada y sonrió a la mujer.

—Tiene usted toda la razón. Debí tenerlo en cuenta y no lo hice. Retomaré de inmediato el trabajo. La agencia tiene que estar en marcha para el próximo ejercicio.

Confiada, reemprendió sus planes sin someter a análisis ni un solo detalle más del asesinato de Goyo. Su ansiedad le había pasado factura; lo inesperado del crimen la había bloqueado y había olvidado que quizás detrás de todo aquello podría haber más gente implicada. Adela no lo sabía, ni tan siquiera intuía que había dos personas más aparte del asesino que formaban parte de su destino, dos personas que se encargarían de remover el pasado y alterar su presente. Igualmente, olvidó de nuevo que la novela existía y la importancia que esta obra tenía en todo lo que había ocurrido. Al hacerlo cometió el mayor de sus errores, ya que el homicidio del abogado se diferenciaba de los anteriores asesinatos en detalles que eran trascendentales. Y era porque así estaba descrito en la novela de Abelardo, lo que demostraba, sin lugar a dudas, que la culpabilidad de Abelardo era dudosa y que posiblemente otra persona era responsable de los asesinatos, lo que hacía que su vida estuviera realmente en peligro.

## 6

Dos días más tarde el comisario que llevaba el caso, Armando López, se personó en el domicilio de los Depoter. Su propósito era dar a conocer a Adela el cambio de rumbo de sus investigaciones.

—Mi intención no es molestarla. Por el momento, sólo quiero hacerle unas preguntas sin mucha trascendencia sobre el que fuera abogado de su marido...

—No tengo nada que ver en lo que ha sucedido. Mi relación con el letrado no existía. Tuvimos desavenencias.

—Lo sé, la mujer del fallecido me contó la discusión que ustedes tuvieron el día que el señor Depoter y usted anunciaron su compromiso. Pero no pudo decirme de qué hablaron, cuáles fueron los motivos de la discusión que acabó con una agresión por parte de su actual marido al letrado. Agresión que no fue denunciada.

—No tengo por qué hacer ninguna declaración sin antes saber si tiene alguna acusación contra mí. Debe comprender que si es así, estoy en mi derecho de ser asistida por un letrado.

—No, señora, no tengo ninguna acusación contra usted, sólo estoy siguiendo una investigación que se remonta al asesinato de Teresa, primera víctima y en aquel momento su ama de llaves. Usted es una testigo de excepción en todo esto, y da la casualidad, tal vez, la desafortunada casualidad, de que estuvo relacionada con todas las víctimas.

—¿Supongo que ha querido decir que conocía a todas las víctimas? —El comisario asintió, mirándola expectante—. ¡Como mucha gente de mi ámbito! ¿O es que no recuerda que todas las víctimas eran personas cercanas a mi primer marido? Explíqueme cómo en ese caso no iba a conocerlas. Lo ilógico hubiera sido que no conociese a ninguna de ellas. Fue usted el que recopiló las pruebas que condujeron a Abelardo a presidio. Recuerdo haberle escuchado afirmar que estaba convencido de que mi marido era el autor material de los crímenes —dijo Adela—. ¿Me va a decir ahora que se equivocó?, ¿que el asesinato de Goyo es la prueba de su ineptitud? ¿Es eso lo que ha venido a decirme? —preguntó retando con su mirada oscura y profunda al comisario.

—No. Contrariamente a lo que se está especulando en los medios de comunicación, yo sigo afirmando que su marido era el autor material de los crímenes. Sin embargo, dados los acontecimientos, me replanteo la posibilidad de que tuviese un cómplice que ahora está acabando el trabajo. Aunque tal vez tenga usted razón y mis investigaciones no fueran acertadas, o por lo menos no todo lo acertadas que deberían haber sido.

—¿Un cómplice? Deje que me ría. Abelardo estaba loco, sufría un desdoblamiento de personalidad. Nunca tuvo más amigo que su otro yo. Era una



especie de anacoreta que se recluía dentro de sí mismo, dentro de la fantasía que engendraban sus obras, y eso fue lo que le llevó a la locura...

—Permítame —la interrumpió el comisario—, antes de explicarle mi hipótesis, preguntarle el motivo de la disputa entre la última víctima y usted, que a fin de cuentas era el motivo primordial de mi visita.

—No entiendo nada de lo que está diciendo. Quiere decir que da por hecho que el asesinato de Goyo está directamente relacionado con los anteriores.

—Por supuesto. Desgraciadamente ése es un hecho del dominio público. Hay demasiados datos que lo confirman —contestó Armando López—. Y, dígame, ¿qué fue lo que motivó su discusión con el abogado? —volvió a preguntar el policía.

—Fue algo sin importancia, y creo que nada me obliga a contárselo —contestó Adela haciendo ademán de levantarse y dar por finalizada la conversación.

—Si no quiere darme detalles, tendré que considerar su negativa como una ocultación premeditada de información, información que podría conducir a la detención del culpable —le advirtió—. Pero si usted no tiene nada que ver con la muerte del abogado, no tendría por qué negarse a comentar aquel incidente que, como usted dice, carecía de importancia... Al decir esto me refiero a lo que todos entendemos en estos momentos como importante —dijo mirándola con un brillo de suspicacia en sus ojos, mientras esperaba una respuesta...

La muerte de Goyo dejó a Adela en estado de *shock*. Fue para ella un extraño e inesperado acontecimiento que le hizo recordar las palabras de Abelardo, sus amenazas, su implicación en todo lo que ocurrió, el proceso al que se vio sometido, las acusaciones de Goyo, la línea de investigación que éste seguía y su obcecación en demostrar la inocencia de su marido. El asesinato de Goyo la condujo por caminos inesperados donde perdió la noción de lo que pasaba a su alrededor. Sus pensamientos estuvieron pendientes sólo de la posibilidad, la remota posibilidad, de que el asesino no fuese Abelardo y ella estuviera realmente en peligro. Por ello, cuando recibió la visita del comisario, se asustó. En un principio su actitud fue situarse en la retaguardia, dejar que él hablase, mientras ella ponía en orden sus pensamientos, sus recuerdos, los temores que la asaltaban y no le dejaban razonar.

Adela no había pensado que aquella discusión con Goyo trascendiera nunca más allá de su círculo. Tampoco se había planteado aquella visita, ni que la policía se interesase por el incidente y menos aún que tuviese conocimiento de su existencia. No lo había hecho porque desde la muerte del escritor creyó que todo había terminado, contrariamente a lo que Goyo le manifestó días antes de ser asesinado. Una vez más, estaba atrapada en la telaraña, presa entre las fibras que ella misma había ido tejiendo; aunque esta vez todo era diferente. Alguien más iba lanzando hilos transparentes que se entremezclaban con los suyos... Algo no funcionaba bien.

Ana no conocía el motivo por el que ella y Goyo habían discutido. Ignoraba lo que ambos hablaron durante el transcurso de la discusión, tal como acababa de decir el comisario. Pero cabía la posibilidad de que Ana estuviera informada de todo, de que Goyo le hubiera comentado la desconfianza que sentía hacia ella, y en ese caso era probable que también supiese que Adela había ocultado pruebas. Adela tomó conciencia de que su situación era comprometida. Supo que si la policía se enteraba de lo que Goyo había averiguado, no se lo plantearía, ni tan siquiera le dejaría tiempo para la defensa; en el momento que enlazasen todos los datos, sería considerada una encubridora.

Los acontecimientos anteriores y posteriores a la muerte del abogado se agolpaban en su cabeza aturullándola. Sabía que no tenía el control y eso era lo que más le preocupaba. Mientras, Armando López la contemplaba dando claras muestras de su impaciencia ante la falta de respuesta. Adela miraba al policía pensativa, sin saber por donde retomar la conversación. Sus palabras podían perjudicarla o beneficiarla, por ello decidió no arriesgarse y decir una verdad a medias. Se levantó y se acercó a la chimenea para apoyarse contra el muro de ladrillo visto. Miró al comisario con actitud despreocupada, encendió un cigarrillo y dijo con aparente calma:

—Antes de responderle quiero que me garantice que no desvelará nada de lo que le diga.

—No puedo garantizárselo, usted lo sabe, a no ser que lo que me diga no tenga nada que ver con el crimen, que sea un tema privado.

—Lo es, si no fuese así no se lo habría pedido. El caso es que a Goyo no le pareció nada bien que yo volviese a contraer matrimonio y tuvo unas palabras desafortunadas refiriéndose a mi futuro enlace. Arturo, naturalmente, se sintió ofendido y no pudo contenerse; imagino que a usted le hubiera pasado lo mismo. No creo que sea necesario que le repita la conversación completa.

—Entiendo —dijo el inspector mirándola con desconfianza—. ¿Su marido ratificará sus palabras?

—Por supuesto —contestó ella altiva.

—Lo imaginaba. Bien, entonces le diré que la mujer del abogado me ha contado lo mucho que su marido desconfiaba de usted a raíz de cómo actuó durante el proceso de don Abelardo Rueda. —Adela le miró desafiante como si el comisario no hubiera dicho nada de relevancia. Abrió sus ojos más de lo normal, significando con su gesto que esperaba más información, y sin moverse del sitio encogió los hombros mostrando indiferencia. Sin embargo, tras las palabras del comisario se agazapaba la sombra de Abelardo. Adela, en ese instante supo que todo volvía a comenzar—. Veo que no muestra sorpresa ante las declaraciones de la mujer del letrado —dijo finalmente Armando López.

—En absoluto, son del dominio público, como usted dice. Ya le he dicho que a Goyo no pareció gustarle la idea de que yo volviera a casarme. Quizá hubiera querido que fuese la eterna viuda de su amigo —volvió a explicar Adela—. Además, ya había demostrado su desacuerdo conmigo durante el proceso de Abelardo. Me exigió que mintiese en el juicio. Quiso que cometiera perjurio. Nunca me perdonó que no le ayudase a ganar el que hubiera sido el pleito de su vida. Ganar ese caso le habría dado un gran prestigio.

—Si eso es cierto, debería haberlo denunciado en su momento.

—Sí, tiene usted razón, pero ¿cree que yo estaba entonces para esas cosas? Aquéllos fueron momentos muy duros para mí, más de lo que nadie pueda imaginarse, y parece que ahora la pesadilla vuelve a empezar. Miré, señor López, no tengo nada que ver con el asesinato de Goyo, ni con ninguno de los crímenes. Creo que estoy en mi derecho de que se me deje vivir tranquila. Abelardo Rueda fue... —dijo poniendo énfasis en esta última palabra—, fue mi marido y Goyo fue su abogado. No sé si entiende a lo que me refiero. Para mí son personas que forman parte de mi pasado.

—No creo que deba alterarse, no tiene motivos para ello..., al menos por el momento —contestó el hombre sonriendo—. ¿O tal vez me equivoco y sí los tiene?

—No le voy a permitir que insinúe nada más. Me gusta la gente que habla claro, las afirmaciones directas. ¿Cree que no sé a qué ha venido? —preguntó—. Le ruego que abandone mi casa. Le exijo que no vuelva a molestarme si no es con una citación judicial para declarar en un juicio.

—No me sorprende demasiado su reacción. Si le soy sincero, había sopesado la posibilidad de que usted estuviera ocultando algo. Tal vez que tenía conocimiento de las visitas que su marido en aquel entonces, Abelardo Rueda, hacía a un bar de la sierra... Quizá también sabía que había adquirido un libro que, según mis datos, fue robado del Monasterio de El Escorial; un libro que pertenece al Patrimonio Nacional y que días después de que Abelardo Rueda falleciera, en circunstancias no muy heterodoxas bajo mi punto de vista, misteriosamente y para sorpresa de todos se encontró de nuevo en su sitio.

—Quizá, señor López, usted esté mal informado y el libro no fuese robado, sino prestado y no fuese ese libro sino otro. ¿No cree que eso justificaría su devolución? Pedir libros en préstamo para escribir sus obras era algo que Abelardo hacía habitualmente cuando trabajaba. Imagine el tamaño de nuestra biblioteca personal si toda la información que recopilaba estuviera en nuestras estanterías. Además, no creo que sea cierto lo que dice. La información de la que dispone no puede ser fidedigna si como usted dice el libro es Patrimonio Nacional —dijo sonriendo, y añadió—: Por otra parte, sí es verdad que sabía que Abelardo iba a ese bar, por llamarlo de alguna forma. Era un excéntrico, ya sabe que, desgraciadamente, su salud mental dejaba

mucho que desear. Sus visitas a ese bar no eran más que una forma de evasión. Era un lugar inadecuado dada nuestra condición social, pero en sus condiciones mentales, ¿cómo cree que me podía sorprender? En aquellos momentos no me sorprendía nada de él. Créame, Abelardo era como un bólido de fórmula uno sin piloto; no se molestaba en entrar en los boxes aunque el motor estuviese en llamas y, desgraciadamente para él, ése era el caso. No paró hasta que su motor dejó de funcionar por completo —dijo en tono de mofa—. Llegó un momento que nada de lo que hacía me sorprendía. Durante los últimos años nuestra vida estuvo completa y absolutamente descabalada. Pero uno se acostumbra a todo. La madre naturaleza es sabia y el instinto de supervivencia nos hace adaptarnos a todo, incluso a convivir con un loco.

—Me habían dicho que era usted tan inteligente como hermosa, y desde luego estaban en lo cierto —dijo Armando López impresionado por la erudición de Adela—. Pero no se deje llevar por su soberbia, no vaya a ser que ésta le anule la razón. Tenga en cuenta que siempre se nos escapan detalles. Cuando creemos que todo está controlado, es cuando menos control poseemos.

—Y no lo dudo porque a usted parece que es eso precisamente lo que le ocurrió. Desde que ha entrado en mi casa está dejando entrever que se le escapó información en el caso de Abelardo —contestó ella—. Y si eso es así, debe admitir que el trabajo que hizo entonces deja mucho que desear.

—Sigue sin entender los motivos de mi visita —dijo el comisario—. Si sabía que su marido iba a ese bar, ¿por qué no lo comunicó a la policía en su momento? Quizá la persona con la que se veía allí tenía la clave de todo. ¿Es probable que usted nos ocultara ese detalle, que como acaba de manifestar conocía, porque de no haberlo hecho las investigaciones hubieran ido por unos derroteros que le hubieran resultado poco propicios? —La miró fijamente y añadió—: Creo que usted tenía unos motivos concretos para ocultar esas visitas, ¿no es así señora Depoter?

—¡Ya está bien! ¿Cree que soy estúpida? Le ruego, una vez más, que tenga la amabilidad de salir de mi casa. No tendré ningún problema en presentarme a declarar en el momento que un juez lo solicite.

El comisario Armando López se levantó sin decir una palabra más y salió de la mansión. Sus investigaciones habían tomado otro rumbo... Ahora estaban centradas en Adela Cierzo.

No había esperado que la mujer le dijera nada nuevo; sin embargo, el hecho de que se hubiera mostrado tan exaltada confirmó sus presunciones: Adela ocultaba algo de su pasado con el escritor. Armando López decidió no perderla de vista y situarla en la lista de posibles sospechosos.

En el momento que el policía salió de la mansión, Adela llamó a Arturo y le comentó

preocupada la visita.

—No debes inquietarte —le dijo él—. Imaginé que esto sucedería. Has estado muy bien. Le has dicho la verdad. No entiendo de qué puedes tener miedo. Goyo era un impresentable, un bocazas. Aunque es cierto lo que te dijo el inspector: en su momento deberías haberle denunciado. Yo tampoco entiendo por qué no lo hiciste.

—No lo encontré oportuno. Hubiera sido una forma de alargar el proceso; estaba aturdida, harta de todo aquello. Lo único que quería era que todo acabase. Sabes que creía en la culpabilidad de Abelardo. Sólo me interesaba que el proceso terminase de una vez.

—¿Creías...? ¿Quieres decir que ahora ya no estás tan segura de su culpabilidad? —preguntó Arturo.

—Pues si quieres que te sea sincera, tengo mis dudas. No estoy arrepentida de nada de lo que dije o hice, pero las dudas me asaltan. Después del asesinato de Goyo no puedo quitarme de la cabeza sus amenazas y tampoco las amenazas de Abelardo. Pienso que había alguien más implicado.

—Es posible. Abelardo era cortito, con una gran imaginación, eso no puedo negarlo, pero era débil y no demasiado inteligente —dijo Arturo—. Siempre pensé que era un cobarde. Supo desde el primer momento que le habías sido infiel conmigo y no tuvo cojones para enfrentarse a mí o para dejarte. Es evidente que tampoco los tenía para matar, y menos de esa forma... —Abelardo se interrumpió y le preguntó a Adela—: ¿Tienes miedo, verdad?

—Por supuesto. Ya te he dicho que no tengo remordimientos, pero estoy asustada. Arturo, estoy muy asustada. Si Abelardo era inocente o no lo era pero tenía un cómplice, estoy en peligro, tal como él decía y Goyo ratificaba.

—No creo que debas tener miedo. La novela de tu marido no existe... ¿o sí? —Adela no respondió—. Veo que estás demasiado nerviosa —dijo cambiando de tema—. Tranquilízate. No te pasará nada, te doy mi palabra. Mañana, cuando regrese a Santa Eulalia, hablaremos con calma. Estoy seguro de que el comisario también me hará la visita reglamentaria. Le daré unas cuantas indicaciones de cómo se llevan los temas legales, de cómo debe llevarlos para salvaguardar su profesionalidad.

Adela, aquella noche, no pudo conciliar el sueño. Estuvo reconstruyendo, una vez más, todo lo que había sucedido. Se preguntó cómo no se había dado cuenta de la importancia que podían tener las visitas de Abelardo a La Caña Vieja. Éste era el único detalle que no había omitido conscientemente. No habló de ello porque nunca le dio importancia. Tras el interrogatorio del comisario sus suposiciones cambiaron; todo se tambaleó. Si era cierto que Abelardo mantenía una relación con alguien, esa persona en cuestión podía estar informada de la existencia de la obra, incluso tener documentación que la demostrase. Pero también cabía la posibilidad de que fuese el cómplice de Abelardo o el mismo asesino. Sabía que su marido escondía algo tras

aquellos desplazamientos, pero lo había achacado a una aventura que para ella no trascendería ni repercutiría en su vida si no se hacía pública. No lo tuvo en consideración porque el hecho de que Abelardo pudiera serle infiel nunca le había importado demasiado; lo único que le había preocupado siempre era que las posibles infidelidades de su marido no fuesen conocidas por su círculo de amistades. Pero nunca creyó que Abelardo le fuera infiel, a excepción del día en que Constantino, el primo y novio de Teresa, afirmó que tenía una aventura.

Adela sintió ahora la necesidad de saber qué se escondía dentro de las paredes de aquel bar. Incluso sopesó la posibilidad de ponerse en contacto con Constantino, de preguntarle qué sabía en realidad sobre Abelardo, ya que ahora las declaraciones de aquel hombre ya no le parecían tan increíbles como se lo parecieron en su momento, tras el asesinato del ama de llaves.

Miró el reloj de la mesilla y cerró los ojos al tiempo que planificaba el viaje que realizaría a Madrid al día siguiente sin tener en cuenta que Arturo regresaba el mismo día que ella se marcharía. Había tomado la decisión de visitar La Caña Vieja.

El coche de Adela circulaba sobre el negro alquitrán despacio. Las curvas cerradas, sin señalizar, de peralte pronunciado e irregular, hacían que extremara su precaución. Frente a ella, vigilando la sierra del Guadarrama, se alzaba el Monasterio de El Escorial, exhibiendo su situación privilegiada con orgullo, dejando que una parte pequeña y concreta de su tejado brillase como si estuviera hecha de oro. Al llegar a la primera recta, Adela retiró unos instantes la vista de la carretera y contempló cómo el sol alumbraba el monumento y esto le hizo recordar algunos de los comentarios que Abelardo le había hecho cuando comenzó a escribir la obra que hablaba del monasterio, «el microcosmos», como lo llamaba él: «Todo lo tenemos frente a nuestros ojos —había dicho—, pero estamos ciegos. Ése es nuestro verdadero problema: que no vemos más allá de lo que nos han enseñado a ver. El monasterio encierra la clave para resolver un jeroglífico; sus piedras, su diseño, los secretos que se ocultaron en su arquitectura, en su geometría, todo, incluso la meridiana solar que recorre el suelo del comedor, tienen un sentido. Está construido según coordenadas astrológicas casi perfectas, con una desviación de siete grados respecto a los puntos cardinales. Siempre se ha dicho que es un templo al Sol, pero no es cierto. En el Monasterio de El Escorial se juntan los dos planos, la vida y la muerte. La eternidad y la mortalidad. El mal y el bien, uno arriba y otro abajo. Para conocer el secreto de la vida hay que conocer la muerte; para creer en el diablo hay que creer en la existencia del Dios. Ése es el verdadero misterio de la creación: unir los dos planos y permanecer en un punto medio. Es la única forma de entenderlo todo. La neutralidad es la única que te permite apreciar la verdad. Felipe II buscó el polo opuesto de Dios, del bien, y construyó su templo encima de una de las bocas del infierno. Sabía que era la única forma de llamar al mal, de hacer que mostrase su cara. Conjugando las dos fuerzas se haría con lo que iba buscando, lo que erróneamente llamaba “el elixir de la inmortalidad”. El verdadero elixir sólo tiene un nombre: el conocimiento. Eso es lo que se nos ha vetado, lo que Dios le había dado a Lucifer y tuvo que quitarle porque éste, al recibir el conocimiento, se convirtió en su igual. El conocimiento es el arma más potente que existe. El saber es lo que el ser humano ha perseguido desde sus comienzos. No tienes más que darte una vuelta por la historia de la humanidad. Lo que, siglo tras siglo, insistentemente se le ha negado al pueblo para tenerlo bajo el yugo de la esclavitud ha sido la información; siempre el poder ha vetado el conocimiento, sea del ámbito que sea, toque los temas que toque».

El recuerdo de las palabras de Abelardo le hizo replantearse su recorrido. Pensó que tal vez la clandestinidad de las visitas de su marido estuviera allí, dentro de aquel monumento cuya historia había sido la que motivó su locura. Sopesó la posibilidad de que en realidad las visitas de Abelardo a La Caña Vieja fuesen sólo lo que ella había

supuesto, una forma de evasión, y que el verdadero enigma estuviese enclavado en la ladera del Abantos, ante sus ojos.

Como solía decir Abelardo: «La mejor forma de esconder algo es dejarlo a la vista de todos».

Cuando su marido le hizo aquellos comentarios, ella pensó que formaban parte de la obsesión que tenía en que sus textos fuesen verosímiles. Creyó que con aquellas hipótesis, un tanto desproporcionadas, intentaba conseguirlo. Por ello no le prestó mucha atención y le tachó de metafísico de mercadillo. Le dijo, una vez más, que ese tipo de literatura no daba ni dinero ni prestigio. Le avisó de que con sus teorías se estaba desviando de lo que en realidad era la novela histórica y que sus afirmaciones podían ser puestas en cuestión por más de uno. «No eres don Quijote —le había dicho—, y si te metes con la Iglesia, puede que salgas más que escaldado. Ten cuidado con lo que escribes, ten mucho cuidado».

Aquellas conversaciones que había mantenido con Abelardo, en un tiempo lejano; aquellas deducciones de su marido que le habían parecido descabelladas y peligrosas ahora tomaban sentido para ella. Tenían más de tesis que de hipótesis. Sin pararse a meditar su cambio de rumbo, buscó el primer desvío y se dirigió a San Lorenzo de El Escorial.

Cuando llegó al término municipal buscó el lugar más idóneo dentro del casco urbano y estacionó el vehículo. Caminó por las calles empedradas, que a pesar del sol estaban excesivamente húmedas, hasta llegar al monasterio. Ya en el patio que daba acceso al monumento un hombre vestido de negro, que sujetaba una cadena de eslabones de acero a la que se asía un perro negro, se paró frente a ella interrumpiendo su camino. Adela lo reconoció al instante. Supo, nada más verlo, que era el ciego que vieron caminado por la urbanización la noche en que se publicaron las declaraciones de Constantino en la prensa. Adela relacionó en décimas de segundo toda la información de los últimos meses. Sabía que el ciego vivía en el pueblo, que lo llamaban trashumante, pero también recordó la obsesión que tenía Abelardo con aquel personaje, que para ella no dejaba de ser un invidente con aspecto novelesco.

Ambos permanecieron uno frente al otro, separados por una distancia de apenas un metro, en silencio. El perro sentado en posición de espera, a los pies del ciego. Adela no sabía si pedirle que se retirase o apartarse hacia uno de los lados para que el hombre pasara. Le extrañó la actitud del perro, ya que sabía que los perros lazarillo sortean los obstáculos; por eso no entendió por qué se había parado frente a ella y se había sentado. Sólo cabía la posibilidad de que el ciego hubiese tensado la cadena, por lo que Adela decidió retirarse hacia la derecha para continuar su camino. Al hacerlo el hombre levantó la mano y se quitó las gafas de cristales oscuros dejando al descubierto el verde intenso de sus ojos.



—¿Encontró su marido lo que andaba buscando en el libro que me pidió? —le preguntó—. No he vuelto a tener noticias tuyas. Ya le dije que el texto no era lo suficientemente antiguo y que en él no encontraría lo que estaba buscando.

Adela se detuvo estremecida por las palabras del ciego que seguía en la misma posición. En un instante el miedo se apoderó de ella. No entendía cómo aquel hombre la había reconocido, cómo sabía quién era y la existencia de aquel libro. Sin pensarlo fue hacia él, pero una voz femenina que venía de atrás le hizo detenerse de nuevo.

—Ya sabe usted cómo es Sebastián, a pesar de sus recomendaciones sigue manteniendo que debajo de la casa está el verdadero enclave de esa capilla que no existe en registro alguno, que sólo forma parte de su imaginación. No hay forma de que venda la propiedad. Nos hace falta el dinero, pero debido a su obstinación acabaremos perdiéndolo todo. ¡Por supuesto que consultó el libro! Pero los planos no son lo antiguos que él quisiera... —decía una mujer que hablaba en tono familiar con el ciego.

En ese instante Adela entendió su confusión. La mujer venía caminando tras ella, el perro debió conocerla y por eso se había parado. Ambos seguían hablando, mientras ella, sobrecogida, los miraba con descaro. Aquello no había sido una simple coincidencia. La actitud del ciego le había parecido muy extraña y estaba segura de que sus palabras habían ido dirigidas a ella. Tenía el presentimiento de que el invidente había medido su pregunta: «¿Encontró su marido lo que andaba buscando en el libro que me pidió?». Pensó que el hombre había elegido muy bien sus palabras para que éstas tuvieran sentido para la mujer con la que estaba hablando ahora y al mismo tiempo llamaran su atención.

A pesar de no estar hablando con Adela, el ciego no dejaba de mirarla. Su cabeza permanecía girada hacia donde estaba ella, como si esperara que le diera una respuesta.

El hombre concluyó la conversación con la mujer y emprendió su camino. Adela, que seguía atenta sus movimientos, lo llamó entonces:

—¡Oiga! Perdona. —El ciego se paró y esperó a que Adela se acercase—. Me gustaría saber si conoce el monasterio. Verá, vengo buscando el rastro de un escritor que anduvo recopilando información sobre este enclave. En concreto buscaba un libro por el que estuvo interesado y que por lo visto desapareció de la biblioteca del monasterio durante un tiempo... Al oír su comentario de hace un momento, he creído que tal vez usted sepa algo sobre ello.

—Claro que conozco el monasterio. Conozco todos y cada uno de sus rincones, los de abajo y los de arriba. Me refiero a la parte del panteón, también a los pasadizos y corredores subterráneos que lo atraviesan. Llevo aquí una eternidad. —Adela se sobrecogió ante aquella manifestación—. Es una forma de hablar, no se asuste. Soy muy viejo y el tiempo transcurrido en este mundo me parece eterno. Tendrá que darme

algún detalle más. Estos treinta y cinco mil metros cuadrados tienen demasiados visitantes y muchos misterios escondidos dentro de sus muros, incluso bajo su suelo. Sabrá que se ha escrito largo sobre la magia que rodea este lugar. Ya sabe usted que el hombre siempre anda a la caza y la captura de un Dios, de una respuesta, de algo que le dé muestras de que no es un animal más, que verifique que el adjetivo humano no es sólo una palabra con la que él mismo se ha condecorado. He conocido a varios escritores, nacionales y extranjeros. Todos venían en busca de lo mismo: la magia, el origen de la vida, la inmortalidad.

—Verá, éste se llamaba Abelardo Rueda y estuvo buscando un libro, al menos ésa es la información de la que dispongo, un libro que desapareció y volvió a encontrarse en su sitio de una forma extraña, según me han dicho.

—¿El escritor asesino?, ¿el que murió?

—¿Le conoció?

—Usted sabe de sobra que mi respuesta es afirmativa.

—No entiendo —dijo Adela azorada.

—¿No es usted su mujer?

Adela se quedó sin fuerzas para vocalizar. Como pudo intentó salir de aquella encrucijada.

—Lo era. Después de su muerte volví a contraer matrimonio.

—Decisión acertada. Es usted hermosa y joven... Aparentemente con mucha vida por delante —dijo irónico.

—¿Cómo ha sabido que era su esposa? —preguntó Adela—. ¿Cómo puede saber que soy hermosa? Usted no me conoce y además es ciego, ¿o no lo es?

—Depende de lo que usted entienda por ciego —contestó él—. Conocí a su marido hace bastante tiempo. Cuando era un escritor de novela histórica, vino buscando un libro que está en la biblioteca del monasterio, como bien apuntó usted. Un libro que, contrariamente a lo que se ha dicho, nunca fue robado. Como debería saber, los libros de la biblioteca son para consultarlos en ella. Nada puede salir de las instalaciones. Al menos nada que tenga registro de entrada —dijo con ironía—. Usted no sabe lo serios que son los monjes agustinos para estas cosas. Es imposible que un visitante saque un libro o cualquier tipo de documento de la biblioteca. Jamás ha sucedido. Lo curioso es que el libro del que hablamos, según los registros, no se encontraba en la biblioteca. Así pues, lo extraño no fue su desaparición, sino su aparición. Algo en lo que nadie ha caído, porque evidentemente nadie sabe cuál era el libro que le hicieron llegar a su marido de estraperlo; se le dio en préstamo y él devolvió el libro antes de lo previsto, ya que así se lo exigieron los acontecimientos.

—Me está diciendo que todo fue un engaño; que la desaparición del libro no fue real.

—No se engañó a nadie, simplemente se omitieron detalles. Ese texto a todos los

efectos no existe. Cuando se hizo pública su desaparición, el título no fue dado a conocer, sólo se dijo que pertenecía a la colección de libros herméticos de Juan de Herrera, cosa cierta, pero, como ya sabe, sólo en parte. Se dio a conocer un título perteneciente a otro volumen que sí está considerado material de consulta para los investigadores que acceden a la biblioteca. Pero en realidad el libro que tuvo en sus manos su marido a todos los efectos desapareció, como otros muchos, en el incendio que hubo en 1617. Por lo que no figura en ningún registro posterior al incendio, y sí consta como destruido. Estará conmigo en que sólo cabe pensar que alguien está mintiendo. El libro que su marido andaba buscando contenía una tesis que no interesa desvelar, y por ello, al igual que las otras obras que forman parte de la colección, no puede salir del monasterio.

Adela permanecía frente al hombre impresionada por la información de la que disponía.

—Si quiere comprobarlo usted misma, entre y pregunte a los monjes. Si consigue acceder a la biblioteca, diríjase a los libros que están en las estanterías del revés, los que no muestran su lomo, sino el canto de sus hojas, y pregunte. ¡Hágalo! El bibliotecario le dará una respuesta de lo más convincente. Siempre dicen que es una forma de airear las páginas. Pero seguramente usted, al escuchar sus explicaciones, sacará otras conclusiones. Seguramente se dará cuenta de que lo que se intenta ocultar son los títulos de esas obras y el nombre de su autor.

—No entiendo qué quiere decir. Si la existencia del libro es un secreto, quiero decir, si no quieren que se sepa que el libro existe, ¿por qué dieron a conocer su desaparición?

—La mejor manera de recuperar una cosa es hacer pública su desaparición, hacerle saber al supuesto ladrón que se ha percibido la ausencia del objeto y, de paso, decirle que se anda tras él. Si el objeto es «especial», es decir, si se trata de algo que los otros poderes del Estado desconocen, el resultado es aún más satisfactorio. Piense que el ladrón de un objeto de estas características se ampara en que su desaparición no es denunciabile a efectos policiales, ya que el libro supuestamente no existe y, por tanto, lo que menos espera es que se dé a conocer públicamente su robo. Por eso, al publicarse que ese libro había desaparecido del monasterio, se le estaba diciendo al ladrón que su recuperación era más importante que seguir manteniendo oculta su existencia, y que nada impediría que la obra fuera restituida a su lugar de origen. Fue un golpe de mano, un jaque mate en toda regla; inteligencia analítica del más alto nivel eclesiástico.

—¡Increíble! —exclamó Adela impresionada—. Toda una trama literaria —dijo mirando el intenso verde de los ojos del ciego. Había observado cómo éste, mientras hablaba, acariciaba el lomo del perro despreocupado, como si sus palabras no tuvieran la menor trascendencia—. Es usted todo un erudito. Puede que sepa lo que

mi marido andaba buscando y cuento con que quiera compartirlo conmigo.

—Al principio su marido vino en busca de respuestas, pero luego se desvió del camino. Suele pasarle a la mayoría; les puede la curiosidad, saber de dónde procede su especie, encontrar la respuesta a la necesidad de un dios, tener la prueba fehaciente de que existe y, sobre todo, saber que es como necesitamos que sea, como nos dijeron que era. Ya le dije que el ser humano es débil. Sí, señora mía, el ser humano no es más que una ficha de ajedrez en las manos de un dios aún desconocido. Como dijo Borges: «Dios mueve al jugador, y éste, la pieza. ¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza, de polvo y tiempo y sueño y agonías?»<sup>[2]</sup> Dios creó al hombre para jugar una partida con su igual, al que llamó Luzbel, una partida de ajedrez eterna, de infinitas estrategias. Ése fue el verdadero principio. Uno escogió las blancas y otro las negras. No somos más que el fruto de una apuesta, el arma elegida para librar la batalla, el territorio que conquistar. La vida del ser humano no es más que una disputa entre dos dioses, una partida de ajedrez.

—¡Qué barbaridad! Lo que acaba de decir es una tremenda blasfemia —dijo Adela sobrecogida por las palabras del ciego que le habían recordado la hipótesis que Abelardo mantenía mientras escribía aquella novela sobre el monasterio: «Dios, Adela, no desterró al diablo porque él fuese el portador del mal, sino porque Luzbel se había convertido en un igual, en otro dios que ponía en peligro su reinado. Lo echó de su lado porque desconfió de él. Adela, nos han estado engañando, lo han hecho durante siglos».

Adela, al escuchar las palabras del ciego, pensó que las teorías de Abelardo no eran fruto de sus deducciones personales, sino que pertenecían a la información que había sacado de aquel misterioso libro. Dedujo que su texto era complejo y de un alto contenido filosófico y que esto fue lo que hizo que Abelardo entrara en un mundo complejo. No le cabía duda de que en ese libro su marido había encontrado unas afirmaciones que desmoronaban los cimientos de la sociedad y se las creyó. Adela pensó que, tal vez, comprender las teorías que contenía esa obra fue el motivo de que Abelardo perdiera el juicio y dejara de mantener el contacto con una realidad que ya no sentía como suya, que se derrumbaba ante sus ojos.

—No he hablado mal de Dios, por lo tanto no he blasfemado —respondió el ciego alzando el tono de voz y sacando a Adela de su ensimismamiento—. Me he limitado a decir la verdad, a interpretar correctamente los textos escritos, los textos de todas las religiones. En todas las doctrinas hay que ponerse de un lado o de otro, se le exige al creyente decantarse. Blanco o negro, bueno o malo, dios o el diablo —dijo sonriendo con ironía—. ¿No le parece a usted que es algo extraño? Si verdaderamente Dios fuese como dicen que es, si en realidad nos amara como dicen que nos ama, no cree que evitaría darnos a elegir. El que ama no da a elegir. El que ama une. Y por otro lado están esas estúpidas afirmaciones. Cuando alguien muere se

dice que es voluntad de Dios, incluso cuando la muerte llega por mediación de un criminal, incluso cuando el malvado sobrevive y se alza victorioso, se dice que es voluntad de Dios. Todo es voluntad de Dios, lo bueno y lo malo. ¿Contradicciones o falta de conocimiento?

—Creo que usted le está dando al diablo el lugar que ocupa Dios. Se confunde. Dios no es responsable de las desgracias, tampoco de los actos malvados que cometemos. Sabemos de sobra qué es bueno y qué es malo. No hace falta leer ningún catecismo para darse cuenta de ello. La culpa de las desgracias no es de Dios, es del diablo.

—¿De veras piensa eso? Quizás estén todos equivocados. Tal vez fue el hombre quien le cambió el nombre al verdadero dios de la Tierra. El ser humano siempre se ha empeñado en demostrar su parentesco con el supremo, en atribuirse características y rasgos divinos... ¿Por qué ese afán? ¿No se lo ha preguntado nunca? —preguntó—. ¿No cree que el hombre tiene más de diablo que de dios? Basta con que le eche un vistazo a lo que está ocurriendo en el mundo, ¿de quién piensa que es este reino?, ¿a quién cree que se parece más el ser humano según rezan sus libros de teología? —dijo carcajeándose—. Es sabido que uno siempre se avergüenza de sus orígenes. Eso no es algo que se desconozca.

Adela, en aquellos momentos, ya estaba incómoda.

—Está claro que sabe mucho sobre teología, y le agradezco que comparta sus conocimientos conmigo, pero no es de mi interés. Además, la profundidad y la intención de sus palabras me están revolviendo el estómago. Le agradecería que dejásemos el tema y me dijese cuál era el libro que mi marido sacó del monasterio y qué contenían sus páginas, que es lo que a fin de cuentas me interesa.

—Ya se lo he dicho. Acabo de hacerlo. Le he dado todos los detalles sobre el texto que su marido leyó. El origen del ser humano se desvela en sus páginas y éstas van más allá de la ciencia, de los misterios del cosmos. Su información muestra la otra dimensión, la que se nos ha ocultado. Saber es peligroso, muy peligroso; la imaginación y el conocimiento son la clave de la existencia de esta especie. Eso contiene el libro, conocimiento. Pero no creo que usted llegue a ver esa obra, ya le he dicho que no existe. El agustino que hizo posible que saliese del monasterio está muerto. Ya no quedan contactos con el exterior. Con su muerte la existencia de esos textos ha quedado sepultada. Murió el topo y se cerró el acceso a los túneles.

—¿Qué quiere decir? ¿No estará insinuando que ese monje fue asesinado?

—Murió del mismo modo que los personajes de la novela que escribió su marido. Novela que, como sabe, no vio la luz de la imprenta, pero que fue igualmente alumbrada, convertida en una realidad. Usted olvidó la existencia del fraile, ¿o no conoce la primera versión, la original de la novela de su marido?, ¿o es que tal vez su esposo lo sacó de la trama de *Epitafio de un asesino* por seguridad?

—Mi marido no escribió más obras que las que están publicadas. La novela de la que usted habla no existió nunca. Formaba parte de su imaginación, de su locura. Creo que usted y todas esas patrañas que cuenta le hicieron perder la razón. ¿Sabe?, pienso que usted es un embaucador, un timador de poca monta, un ilusionista profesional. Es probable que ni tan siquiera esté ciego. Todo lo que me ha contado son mentiras adornadas con información que ha sacado de la prensa. De no ser así, no entiendo cómo me ha reconocido, cómo ha sabido quién era yo. ¿Estaba esperándome? Quizá sabía que vendría en busca de información, pidiendo el libro. ¿Qué se cree? Yo no soy tan ingenua como lo era Abelardo.

—Creo que después de lo que ha dicho dejaré que siga su búsqueda sola, aunque es seguro que volveremos a encontrarnos. No olvide cambiar de perfume y de gel, de lo contrario seguirá sin conseguir pasar desapercibida —dijo el hombre y, dándose la vuelta, emprendió el camino que conducía fuera del recinto.

En aquellos momentos, Adela se dio cuenta de que era evidente que su marido había hablado con más gente sobre la obra. Todos los acontecimientos la conducían a esa maldita novela. Sintió como si su vida estuviera en el centro de un carrusel y éste girara en torno de una misma cosa, una y otra vez sin detenerse. Comprendió que nada había de casualidad en todo lo acontecido, ni tan siquiera el encuentro con el ciego se lo parecía. Se percató de que *Epitafio de un asesino* había pasado irremediablemente a formar parte de su destino.

Los recuerdos se agolpaban con rapidez en su mente. Todo le llevaba a lo mismo: el libro que supuestamente Abelardo sacó del Monasterio de El Escorial era el hilo conductor de todos los acontecimientos. Y si era así, aquella obra histórica que su marido no llegó a concluir por prescripción facultativa y de la que ella no había encontrado rastro alguno, podía ser el origen de todos los crímenes. Tras aquella escalofriante conclusión tomó conciencia de su error, el gran error de su vida: creer que Abelardo era un asesino, que estaba llevando a la realidad su propia obra, y anteponer su estabilidad económica y social a todo. Ahora todo eso podía costarle la vida. Adela entendió la magnitud de su error y esto le angustió más que la inesperada visita del comisario la noche anterior.

Hasta aquel momento, aquellos crímenes le habían parecido obra de mentes enfermas, pero ahora, para Adela, la visión de los acontecimientos había alcanzado otras cotas más elevadas, menos comunes. Tras ellos parecía haber una intención premeditada que tenía un objetivo concreto, y éste podía ser evitar que Abelardo diese a conocer lo que había descubierto en aquel libro.

De pie, mirando la entrada del edificio, seguía relacionando datos, detalles que no había tenido en cuenta, y así llegó hasta el psiquiátrico. Recordó que no había querido llevarse el trabajo que Abelardo había hecho durante sus últimos días de vida en el hospital y comprendió que, una vez más, se había vuelto a equivocar, porque en esos

papeles podía encontrarse la clave, el comienzo de toda la historia.

De repente, sus juicios sobre su marido dieron un giro tan espectacular que le hicieron tambalearse. Ahora sus recuerdos no le mostraban al mismo hombre. Se dio cuenta que lo que había ocurrido era que Abelardo se convirtió en la última época en un loco con demasiada información, un demente que tal vez hubiera hallado la única verdad que importa: el conocimiento de la verdadera naturaleza de Dios y que esto le hubiera llevado a ser el blanco de un chantaje. Sopesó la posibilidad de que los crímenes que se describían en *Epitafio de un asesino* hubieran sido llevados a la realidad como forma de presión o destrucción dirigida a Abelardo.

Los turistas caminaban a su alrededor mientras ella seguía inmóvil sin percatarse de que se había quedado parada frente a la entrada del edificio obstaculizando parte del recorrido de los visitantes.

—Señora, ¿le ocurre algo?, ¿se encuentra bien? —le preguntó un fraile apoyando su mano en el hombro derecho de Adela.

—Sí, padre, me encuentro bien. Un poco desorientada, pero bien, gracias... —dijo mirando con expresión de sorpresa al sacerdote que estaba ante ella—. Estaba absorta en mis pensamientos, tal vez usted pueda ayudarme.

—Dígame. ¿Qué necesita?

—Estoy buscando el camino para acceder a la biblioteca del monasterio.

—La Real Biblioteca —contestó el fraile remarcando el adjetivo de «real»—. Está en el segundo piso de la fachada oeste.

—No conozco bien las instalaciones, si fuese tan amable de explicármelo de una forma más clara. Ni tan siquiera sé cómo acceder al monasterio.

—Pues me parece muy mal —dijo el fraile en tono de broma—. Sepa usted que este monumento es la meca española; todo español debería conocerlo, al menos visitarlo una vez en su vida. —Adela dejó entrever con su expresión lo mucho que le sorprendía aquella afirmación—. ¿O es que usted no es española? —le preguntó el monje al percatarse de su desconcierto.

—Sí lo soy, pero no tenía ni idea de que el Monasterio de El Escorial estuviera considerado un lugar de peregrinación obligado.

—No es ése el concepto exacto, pero se aproxima. Si quiere, puede acompañarme. Precisamente me dirigía a la Real Biblioteca cuando la he visto parada como si fuera una estatua de sal. La verdad es que su inmovilidad era preocupante, llamaba la atención.

—Sí, puede ser. No sé por qué se me fue el santo al cielo... —contestó Adela—. Le agradezco mucho que me permita acompañarle.

—Si no lo considera una indiscreción —dijo el fraile mientras echaban a andar—, ¿podría decirme cómo es que sin conocer el real sitio del monasterio está interesada en visitar la biblioteca?

—Vengo buscando información sobre unos libros, en concreto sobre los libros herméticos de Juan de Herrera.

El sacerdote dejó de caminar y poniéndose frente a ella dijo en tono seco y cortante:

—Imagino que traerá la documentación necesaria para efectuar las consultas.

—¿Documentación? No entiendo, ¿qué documentación? —preguntó Adela contrariada.

—Señora mía, la Real Biblioteca es un centro de investigación especializado y por eso se requiere que todas las personas que consultan las obras que hay en ella justifiquen debidamente cuál es el objetivo de sus investigaciones. Creo que es algo que usted debería haber supuesto. La naturaleza e importancia de los fondos de nuestra biblioteca hacen necesario que se cuide en extremo su seguridad y conservación. No pensará que cualquiera puede consultar nuestros textos. Eso sería una barbaridad, aparte de un manifiesto peligro.

Adela contemplaba al monje en silencio.

—No pensé que fuese para tanto —dijo sarcástica—, a fin de cuentas no es más que una biblioteca. Con presentar el documento nacional de identidad debería ser suficiente, ¿no?

—Pues no. Si el motivo de su consulta no está acreditado no puede hacer uso del material que hay en la biblioteca.

—¿Me está diciendo que tendré que volver otro día?

—Yo no estoy diciendo nada, lo dicen las normas. ¿Se puede saber qué información está buscando?

—No creo que sea de su incumbencia —respondió Adela al darse cuenta de que el monje parecía tener demasiado interés en saber qué era lo que andaba buscando.

—Respondiendo de esa forma demuestra que su visita no esconde un interés demasiado bueno. Lo que se oculta siempre tiene un motivo pecaminoso.

—Oiga —exclamó Adela mirándole de frente—, ¿quién se cree que es para hablarme de esa manera?

—Un curioso, igual que usted —respondió el monje con ironía—. Imagino que está interesada en los libros de magia y de alquimia, en esas historias que carecen de valor testimonial. La mayoría de esos textos son cuentos chinos que pretendían llenar la cabeza de fantasías a los hombres. Novelas de ficción, no son nada más que eso, pura invención. Fueron concebidas en su mayor parte por paletos. Y lo que se cuenta sobre este lugar no deja de ser anecdótico y fruto de la superchería popular de la época, que ha llegado a nuestros días gracias a la infinidad de herejes que hay repartidos por la Tierra. Si está interesada en los libros herméticos de Juan de Herrera, es seguro que viene encaminada en esa dirección, y si es así, imagino que sabrá quién era Hermes Trismegistos o Raimundo Lulio.



—Hermes era un alquimista egipcio y Lulio un filósofo —dijo desafiante—. Y Herrera, el arquitecto de Felipe II. Pero mi interés no es que usted sepa hasta dónde llegan mis conocimientos, y tampoco, contrariamente a lo que usted piensa, quiero conocer el texto de esos libros, ni verificar si lo único que contienen son mentiras. Sólo estoy interesada en uno de ellos. Para localizarlo, necesito saber qué libros consultó en su labor de investigación el escritor Abelardo Rueda, que fue mi esposo y antes de morir estuvo realizando un trabajo sobre el monasterio que no llegó a concluir. Voy a escribir su biografía.

—No puedo ayudarle; es más, creo que no podrá hacerse con esa información, es confidencial. Las fichas y los datos de los investigadores no pueden darse a conocer a personas ajenas al centro. Sería violar el derecho a la intimidad. Pero si me da algún detalle sobre el libro que busca, quizá pueda orientarla y ayudarle a que lo encuentre en el caso de que le permitan entrar en la biblioteca.

A Adela le extrañó el repentino cambio de actitud del monje. Primero se había mostrado receloso y arisco, casi insultante, y ahora, tras dar el nombre de Abelardo, daba muestras de estar interesado en ayudarla. El evidente cambio en las maneras y las formas del agustino la llevó a la conclusión de que tras las paredes del monasterio se ocultaba algo que Abelardo había localizado. Sus pasos no iban mal encaminados.

—Lo único de lo que dispongo es de algún recuerdo vago e inexacto de las conversaciones que mantuvimos mi marido y yo —dijo Adela sonriente—. Debía tratarse de un libro sobre teología, un ensayo, y por los comentarios de mi difunto esposo, qué Dios lo tenga en su gloria —dijo dando a su voz un tono de falsa aflicción—, creo que su contenido era un tanto heterodoxo. Abelardo hablaba por aquel entonces de que la verdadera naturaleza de Dios no es la que conocemos...

El fraile no la dejó continuar.

—Debe disculparme, mis obligaciones me reclaman —dijo mirando el reloj de pulsera que no llevaba, detalle que Adela percibió inmediatamente—. La Real Biblioteca está allí —añadió, señalando un corredor, y sin decir nada más comenzó a caminar apresurado por el gran pasillo abovedado.

Adela no dijo nada, había previsto la reacción del eclesiástico. La mujer se decantó por la segunda hipótesis y caminó decidida a intentar encontrar una respuesta.

Como había supuesto y como le había dicho el agustino, no le permitieron ver la documentación que Abelardo había utilizado. Tampoco le dejaron consultar ninguno de los libros de la biblioteca.

—Deben respetarse las reglas; incluso los miembros de la congregación deben hacerlo. Nadie tiene aquí un trato de favor. Puede solicitar el carné que tendrá que renovar anualmente —dijo el monje dándole un impreso—. En relación con su solicitud sobre el material de consulta que utilizó su marido, tiene que pedir un

permiso por escrito y aportar documentación que justifique el motivo por el que solicita esos ficheros. Creo que para ello es necesaria una orden judicial. Por otra parte, estamos a su disposición para ayudarle en sus investigaciones. Sobra decir que siempre que sea cumpliendo escrupulosamente la legalidad —concluyó el bibliotecario.

—¿Y ni siquiera puede darme el título del libro que se dijo que había desaparecido o el del último que consultó mi marido? Me bastaría con hojearlos un poco. Nadie a excepción de nosotros sabría que lo hemos hecho —dijo en tono suplicante.

—¡Por Dios!, ¿cómo puede pensar que haré semejante cosa? —preguntó ofendido el monje—. Sepa usted que de aquí no desaparece nada, jamás ha pasado tal cosa.

—Pues eso no fue lo que salió publicado en la prensa.

—¡Ah! Se refiere al libro que se dio por desaparecido... Estaba colocado en un lugar que no era el suyo; nunca salió de la biblioteca. Cundió el pánico. Imagine si hubiera sido cierto. La responsabilidad de semejante pérdida. Pero, gracias a Dios, ese libro en realidad nunca desapareció.

—De acuerdo; entonces, ¿podría decirme el título del libro que supuestamente se cambió de sitio?

—Nada de «supuestamente». Su ironía es de muy mal gusto. Si dice que sabe lo que dijo la prensa en relación con la desaparición del libro, ¿cómo no conoce el título? —preguntó el bibliotecario—. Vuelva a consultar los periódicos donde vio publicada la noticia.

—El problema es que tengo la certeza de que el título que figuraba en la prensa nada tiene que ver con el real, el que correspondía con el verdadero libro.

—No tengo ni idea de dónde ha sacado tal teoría, pero es del todo incorrecto, una mentira. ¡Con la de cosas importantes que quedan por hacer en el mundo! —exclamó mirando al hombre que permanecía detrás de Adela, esperando para ser atendido—. Si me disculpa, tengo que seguir con mi trabajo. No olvide que estamos para atenderla. Rellene el impreso y adjunte la documentación que se solicita. Encantado de haber resuelto sus dudas —concluyó haciendo un gesto a la persona que permanecía a la espera para que le entregase el carné.

Adela tomó el impreso y se retiró dejando paso al hombre que esperaba. Abstraída en sus divagaciones, miraba el papel sin moverse del recinto.

La reacción del monje bibliotecario no hacía más que demostrar la importancia que habían tenido las investigaciones de Abelardo y lo valioso que debía ser el libro que había consultado. Era evidente que allí no le iban a dar facilidades, que no encontraría respuestas a sus preguntas, porque el contenido de esa misteriosa obra consultada por Abelardo hacía tambalear los cimientos de la Iglesia. Ahora se daba cuenta de que el ciego tenía razón.

Por otra parte, ahora veía con claridad que *Epitafio de un asesino* y el hecho de que los crímenes narrados en sus páginas hubieran sido llevados a la realidad estaban relacionados con la obra sobre el monasterio, y ésta a su vez con la adquisición del códice por parte de Abelardo.

Adela pensó que todo lo acontecido hasta la fecha era una trama bien urdida en la que ella estaba inmersa y en la que había participado sin darse cuenta, beneficiando con su actitud al asesino. Y ahora, al investigar por su cuenta, presa una vez más de su codicia, de su egoísmo, se había situado en el punto de mira de ese criminal. Si su hipótesis estaba bien encaminada, el asesino sopesaría la posibilidad de que ella conociera la existencia del códice o que hubiese tenido acceso a su contenido, y en ese caso su vida corría verdadero peligro. Si los crímenes tuvieron como objetivo dejar fuera de juego a su marido, restar credibilidad a sus palabras, convertirlo en un apestado de la sociedad, si ésa había sido su intención real, era evidente que lo que Abelardo había averiguado al leer aquel libro era excesivamente peligroso. El asesino debió considerar la posibilidad de que Abelardo decidiese hacer públicos sus conocimientos, y llegó a la conclusión de que la mejor forma de desvirtuarlos ante la opinión pública era, sin lugar a dudas, convertir al escritor en un asesino o en un desequilibrado, algo a lo que ella contribuyó y que ahora le hacía sentir tremendamente culpable.

No podía olvidar las palabras de advertencia de Abelardo: «Cuando te des cuenta de que yo no soy el asesino, será demasiado tarde, porque estaré muerto y no podré ayudarte».

Adela, por un momento, tuvo la sensación de que había perdido el control de su vida. Sus pensamientos la traicionaban llevándola de un recuerdo a otro. Recordó una de las preguntas que el ciego le había formulado momentos antes: «Usted olvidó la existencia del fraile, ¿o es que su esposo lo quitó de la trama de *Epitafio de un asesino* por seguridad?».

Adela se dio cuenta de que el fallo más grande que había cometido había sido quemar las copias del *Epitafio* y despreocuparse de las rectificaciones que Abelardo realizó en la obra. No haberlas leído la situaba en la cuerda floja. No sabía si el fraile del que le había hablado el ciego formaba parte de la historia antes de que ella leyera la obra o si Abelardo lo incluyó o lo quitó antes de su lectura. Si era así, si el eclesiástico al que se refirió el ciego formaba parte de la trama antes de haberla leído o después de rectificarla, Abelardo lo mantuvo oculto desde el primer momento, y lo que ahora temía Adela era que ése fuese el primer asesinato descrito en la obra que el criminal llevó a la realidad, algo que ella desconocía. Pero también cabía la posibilidad de que ese crimen no hubiese sucedido nunca y que el ciego hubiese mentido.

Siguiendo la misma línea de pensamiento llegó a la más terrible de las

conclusiones: Abelardo la había utilizado. Ella estaba en lo cierto. Él también ocultaba algo, algo que ella había sospechado en su momento y que manifestó a su marido durante más de una de sus disputas. El hecho de que Abelardo acatara sin más las primeras decisiones que ella tomó después del asesinato de Teresa siempre le había parecido extraño. Quizá detrás de esa actitud se escondía el oscuro secreto de la muerte del monje. Tal vez, cuando asesinaron a Teresa, Abelardo ya sabía que aquel crimen no era el primero que se inspiraba en su obra, y por eso pensó, igual que ella, que era más seguro ocultar la existencia de la novela, a fin de que no se les relacionara con los lamentables hechos que estaban ocurriendo.

Llegada a este punto de reflexión, Adela se sintió como un actor consolidado y reconocido al que de repente le dicen que no sabe interpretar. Se sentía perdida en un mundo que se le antojaba hostil, peligroso y desconocido.

Reflexionó sobre ello intentando mantener la calma mientras salía del edificio bajo la mirada atenta y desconfiada del bibliotecario, que hablaba por teléfono sin perderla de vista, observando cómo las manos de la mujer apretaban el impreso descargando en él su furia interior, haciendo del papel una especie de gurullo blanco que perdía a cada apretón su volumen.

Cuando estaba en el exterior, el agustino que la condujo hasta la biblioteca se acercó a ella.

—He comentado sus preguntas con mis superiores y me han rogado que le manifieste nuestro deseo de que sus investigaciones lleguen a buen término. Asimismo, le rogamus que no involucre al monasterio en ellas. También, y esto es a título confidencial, queremos hacerle saber que hemos consultado la bibliografía que utilizó su marido durante las investigaciones que realizó aquí y el libro del que me habló y del cual solicitó información al bibliotecario no estaba entre sus consultas —dijo el monje—. Es posible que no le hayan informado bien. Confío en que sepa encauzar correctamente sus investigaciones y que éstas no le conduzcan por caminos empedrados donde el mal se agazapa fácilmente. En nombre de la congregación, le aconsejo, porque así nos lo exige nuestro deber evangelizador, que no se aparte de la senda del bien. Todo no es conocimiento. Sin el raciocinio no es posible adquirir conocimientos, por eso debe tener presente que todo lo que se dice, todo lo que se escucha, incluso todo lo que está escrito —dijo enfatizando esta palabra—, tiene tanto de cierto como de incierto. El mal está esperando siempre para tentarnos —concluyó cambiando su expresión y mirándola maliciosamente.

—No diga usted tonterías —contestó llevada por la indignación que le produjo la amenaza solapada tras la fingida amabilidad del monje—, el conocimiento siempre es conocimiento. Y parece que ustedes se niegan a facilitarlo, que quiera ocultárnoslo.

—Veo que aún no entiende nada de lo que le digo, de lo que he intentado decirle.

En ese caso tendré que ser más claro. Olvídese del libro que venía buscando. No existe. Y ya que veo que no respeta nada y que nada le importa, sólo me queda pedirle que tenga en cuenta mis recomendaciones por su propia seguridad. Ese libro no existe y por ello es imposible que en algún momento saliera de aquí —concluyó, y dándose la vuelta comenzó a andar.

—¡Pero, bueno!, ¿me amenaza y se queda tan tranquilo? ¡Será posible! —gritó Adela mirando al monje que se alejaba de ella indiferente como si sus palabras no fuesen con él—. Ya sabía yo que el libro existía. El ciego me lo dijo antes de entrar —grito con fuerza.

El monje se detuvo y mirándola fijamente contestó:

—El ciego es Mefistófeles, el mismísimo diablo en persona. ¿Qué va a decir el señor del mal de su propia obra? —dijo tajante y dándole de nuevo la espalda a la mujer reemprendió su camino.

—Sí, hombre, y yo soy María Magdalena —respondió Adela carcajeándose.

—Nunca se sabe —respondió el clérigo, que ya se encontraba lejos de ella, por lo que Adela no oyó sus últimas palabras.

En aquel momento las dudas sobre la importancia del libro se disiparon. Adela pensó que debía tratarse de un incunable que por motivos de peso no formaba parte del registro de la biblioteca, tal como le había dicho el ciego.

Era evidente que en el monasterio no tenían la más mínima intención de echarle una mano en sus investigaciones; al contrario, le avisaban, en un tono amenazante, del peligro que corría si continuaba con sus indagaciones. Aquel texto no tenía sólo un valor físico o monetario, parecía ser la clave de la sabiduría y la gnosis que por lo visto contenía sus páginas había costado la vida a demasiadas personas.

Recordó lo que Goyo había dicho sobre la existencia de ese texto y pensó que lo más probable fuera que él también conociese su contenido y que eso fuera el verdadero motivo de que se hubiera convertido en la última víctima. «Si Goyo no hubiera seguido removiendo papeles, ahora estaría vivo», pensó.

Del mismo modo llegó a la conclusión de que sus investigaciones también la habían puesto a ella en peligro. Había llegado hasta el Monasterio de El Escorial buscando una respuesta a las incógnitas que le había planteado el comisario de policía. Su intención había sido obtener datos que la sacasen de un apuro ante la justicia; quería saber lo que estaba haciendo Abelardo antes de que un juez la llamase a declarar: preparar el terreno para la siembra, como siempre hacía. Pero se encontró un terreno que ya había sido sembrado y cuya cosecha ya había sido recolectada, un terreno que en aquellos momentos era baldío.

Estaba en un callejón sin salida, y pensó que lo más prudente era desaparecer. Sin embargo, llevada por el miedo y la rabia se planteó que quizá lo único que podía ponerla realmente a salvo era dar con el asesino. Adela había decidido llegar hasta el

final.

Se dirigió a paso ligero a su vehículo. Ya en el interior consultó la guía de carreteras y emprendió el camino hacia La Caña Vieja.

No era aquélla la primera vez que Adela se quedaba parada frente a un negocio admirando las reformas realizadas en las instalaciones interiores y exteriores. Le sorprendía siempre la rapidez y la eficacia con que se llevaban a cabo ese tipo de cambios en las empresas privadas, algo que nunca ocurría cuando la entidad, la propiedad o la carretera pertenecían a organismos públicos.

La Caña Vieja se había convertido en un complejo turístico donde todo, a excepción del nombre, había cambiado. A la derecha de la entrada principal, lo que fue el bar en sus orígenes se había convertido en un restaurante que pretendía ser considerado por los críticos gastronómicos un lugar de visita obligada. Todas las paredes eran de ladrillo visto, sin esmaltar, ni pulir. La casona, de una sola planta, conservaba su estructura original. La buhardilla había sido derribada dejando a la vista de los comensales el armazón de la cubierta hecho en madera de pino, así como la disposición y belleza de sus grandes vigas donde se asentaba la techumbre a dos aguas, recubierta de tejas acanaladas. Esto, junto a la sobriedad de sus paredes altas, decoradas con austeridad, y la amplitud de su estructura, daba al primer comedor, lugar original del antiguo bar de carretera, la apariencia de una pequeña capilla privada que parecía haber sido habilitada para el sagrado menester de la elaboración y el disfrute de las cuidadas viandas que allí se ofrecían.

Sin embargo, a pesar de su apariencia eclesiástica, aquella construcción, en origen, fue la casa donde habitaron los guardeses del vasto campo ganadero que se extendía cubriendo más de ciento cincuenta hectáreas del municipio al que pertenecía, y donde aún seguían pastando reses bravas.

Incrustado en la parte más alta del frontal que se orientaba al monte Abantos, había un dibujo realizado en cerámica de Talavera que representaba a la Virgen del Buen Camino.

El segundo comedor era un anexo del primer salón, de construcción nueva pero de idéntica línea. La decoración interior, en los dos salones, era de estilo rústico con toques provenzales. Una gran puerta elaborada con un grueso cristal, cuyo sustentáculo estaba compuesto de dos vigas de madera sin tratar, permitía admirar la parte posterior de la finca, haciendo que al placer del buen comer se uniese el éxtasis producido por la contemplación de una parte de la belleza que rezuman todos los recodos de la sierra del Guadarrama.

Adela no pudo disimular su sorpresa ante aquel cambio. El lugar le resultó tan hermoso y tranquilo que decidió almorzar antes de hacer indagaciones entre el personal.

—Es espectacular cómo ha quedado todo. ¿Ha cambiado de propietario? — preguntó impresionada por la calidad gastronómica de los productos que había

consumido y lo apacible del lugar, mientras el camarero le servía un licor.

—No, señora, ha sido el terreno lo que ha cambiado. Se hizo una recalificación de los terrenos y ello hizo posible esta transformación. Se va a construir un hotel en la parte más baja de la finca, cerca del arroyo que la atraviesa, y un picadero. La mayor parte de la propiedad estará dedicada al turismo rural. Ya sabe usted cómo son los bancos, por un terreno rústico no dan un duro, pero cuando éste es recalificado vale su precio en oro. El dueño decidió invertir y transformarlo todo, incluido el bar antiguo, que como veo ya conocía —dijo sonriendo con socarronería.

—Sólo estuve un día, pero fue suficiente. Aún recuerdo aquellos caracoles —respondió dejando escapar un gesto de desagrado.

—El bar que usted conoció no estaba regentado por el propietario de la finca, sino por un familiar cercano que le ha cedido la regencia a cambio de una parte de la explotación. Ambos, siendo hermanos, no heredaron lo mismo, ni en patrimonio inmobiliario ni en bienes efectivos. Uno se quedó con el bar que usted conoció, la vivienda de los antiguos guardeses de los padres, y el otro heredó todo el terreno y el ganado... ¡Imagine qué injusticia! El viejo repartió como en el cuento de *El gato con botas*. Según el padre, el más inteligente y culto menos tierras y ganado necesitaba, por lo que dejó al que consideró más listo el viejo bar. Del mismo modo, el catalogado como tonto heredó la finca entera y el ganado que le ha dado más beneficios que la recalificación. Para que luego digan que en este país no se lee, y hasta los testamentos los redactan siguiendo obras literarias... —Adela no pudo contener la risa ante el comentario—. Diga usted que sí, que la vida hay que tomarla con alegría —dijo el camarero satisfecho de estar interesando a la señora—. Pues como le iba diciendo, no vaya a creer que hubo disputas. No hubo ni una sola refriega por las propiedades. Un hermano se dedicó a la explotación ganadera y el otro dejó el bar en manos de un individuo, por llamarlo de alguna manera y no perder la buena educación, porque el tipo convirtió ese bar en un... Pero ¿qué le voy a decir si usted ya lo conoció en su momento? El caso es que se olvidó del negocio y sólo venía para cobrar. Ya sabe eso de que los hermanos a veces son tan diferentes que ni el apellido les casa. Pues algo parecido ocurrió con esto: uno obsesionado con las letras y otro con el ganado y la hostelería, sufriendo al ver cómo poco a poco el bar que había sido el origen del patrimonio de la familia se convertía en un lugar «inapropiado».

—¿Con las letras? —preguntó Adela sonriendo—. ¡Qué casualidad! Yo soy viuda de un escritor, precisamente eso me trajo aquí. Mi marido solía venir a La Caña Vieja de vez en cuando. —El camarero pareció mostrarse incómodo y miró a su alrededor buscando alguna llamada de las mesas que le obligase a terminar la conversación—. Y como veo que está bien informado de todo lo relacionado con este lugar, tal vez pueda ayudarme.

—No crea que uno sabe tanto —dijo sin mirarla—. Todo lo que le he comentado



son habladurías del personal; apenas si llevo trabajando en el restaurante un mes.

Adela ignoró estas últimas palabras del hombre que, nervioso y angustiado, parecía temer la pregunta que intuía que le iba a hacer ella.

—Las habladurías tienen mucho de verdad, sólo hay que saber desbrozarlas. Mi marido era Abelardo Rueda, y creo que se reunía aquí con un hombre con el que parecía mantener una relación, digamos..., profesional.

—Ya le he dicho que llevo poco tiempo trabajando aquí. No conocí a su marido. Si me disculpa —respondió en tono seco y cortante. Sin mirarla se dio la vuelta y se retiró al reservado.

Adela se quedó perpleja ante la reacción. A los pocos instantes el encargado se aproximó a su mesa y amablemente le preguntó:

—¿Ha quedado la señora satisfecha con el servicio?

—Encantada, estaba todo perfecto, ya se lo he hecho saber al camarero que me ha atendido.

—Ése es el otro motivo que me trae hasta su mesa —dijo el hombre en tono discreto.

—Pues usted dirá.

—Como le decía, Ernes me ha comentado que usted es la viuda del escritor Abelardo Rueda, triste y desgraciadamente desaparecido. Aquí le admirábamos, mucho, créame. Permítame que aunque haya pasado un tiempo desde su fallecimiento le dé mi más sincero pésame.

—Se lo agradezco —respondió Adela sonriendo con recato, mientras esperaba ansiosa el comentario del encargado que imaginaba y deseaba fuese de interés para su investigación.

—No es usted la primera persona que viene solicitando información sobre las visitas de su marido a este establecimiento, como me imagino que sabrá. —Adela asintió—. Cuando fue acusado de esos horribles crímenes, vino un inspector de policía y hace poco tiempo otro inspector repitió la visita y las preguntas. Pero también vino su abogado, el que asesinaron hace poco, la última víctima —concluyó el encargado bajando aún más el tono de voz.

—¿Y? —preguntó Adela expectante.

—Pues que su marido era habitual del local, pero la persona que se veía con él no entraba nunca. No sabemos quién es, pero sí le puedo decir que hace unos días nos dejó un paquete para usted. Debía saber que usted vendría.

—¿Cómo dice? —preguntó Adela desconcertada—. ¿Un paquete para mí? Tiene que haber un error. Yo no conozco a la persona que se veía con mi esposo. Ni tan siquiera sabía que esa relación existía hasta que me lo dijo Goyo, el abogado de mi marido.

—Pues él debía de conocerla, porque ya le digo que nos dejó el paquete y aseguró

que usted vendría preguntado por él y por la relación que tenía con su marido. Ahora bien, si no quiere que se lo entregue, lo daremos por olvidado.

—¡No!, ni pensarlo. Démelo inmediatamente y también descríbame al sujeto.

—Permítame que le diga que eso es imposible. La confidencialidad es la base de nuestra profesión —dijo tajante el hombre.

—Ya lo he visto, su camarero me ha puesto al día de todo lo concerniente a la finca.

—Lo que Ernes le ha contado puede oírlo en cualquier comercio de la zona, ya sabe cómo son los pueblos. España no ha perdido la silla de anea, sólo las aceras para sentarse a cotillear. Créame si le digo que todo lo que le ha contado Ernes tiene más de leyenda que de realidad. Ahora bien, en lo que a los clientes se refiere, eso es harina de otro costal. De nuestro personal no sale ni una palabra sobre ellos a no ser que sea mediante una citación judicial para declarar. Le daré el paquete, pero sepa que si alguna vez usted me llega a poner en el aprieto de tener que confirmar esta entrega, negaré que yo le haya dado algo alguna vez, y también que usted y yo hayamos mantenido esta conversación... —Adela le miró desconcertada, sin decir palabra ni hacer gesto alguno se levantó—. Entonces parece que estamos de acuerdo. —Adela asintió—. En ese caso acompáñeme.

El paquete estaba envuelto en papel cromado azul celeste. A simple vista parecía un regalo. El encargado, antes de dárselo, le rogó que no lo abriese dentro del local ya que ni sabía cuál era el contenido ni quería conocerlo. También le hizo saber que, además de que él prefería que lo hiciera así, el hombre que se lo entregó había solicitado que Adela abriera el paquete una vez que estuviera fuera del restaurante.

Adela cogió el paquete y, sin decir nada, se dirigió a la barra para abonar su almuerzo, pero el encargado, amable y discreto, le indicó que estaba invitada. Ella se despidió y, aún impresionada por el misterio que rodeaba a todo aquello, subió al coche. Se puso el paquete sobre los muslos y lo observó ansiosa.

A simple vista, todo indicaba que se trataba de un libro; su forma, tamaño y textura así lo evidenciaba. Adela miraba el papel celeste sopesando la posibilidad de que lo que se ocultaba bajo él fuese el libro que su marido había sacado del monasterio o, en su defecto, una copia que hubiera realizado de él. Por unos momentos se sintió aterrada. Si era así, la entrega de aquella copia o del ejemplar original podía ponerla en un peligro aún más patente y real. Pero también podía ser la clave para encontrar al asesino. Quizás aquello no era más que un favor que le estaba haciendo el hombre con el que se veía Abelardo. Fuera lo que fuese ya no había marcha atrás.

«No olvide que usted sólo ha estado aquí almorzando. Cuando abra el paquete no regrese al local, aquí tenemos muy mala memoria y usted ni tan siquiera ha pagado su comida. Así que es como si nunca hubiera estado en nuestro establecimiento», le

había dicho el encargado desde la puerta y sin esperar respuesta de Adela se había metido de nuevo en el restaurante.

Haciendo caso omiso de las palabras del hombre, ella siguió a lo suyo y rompió el papel con brusquedad.

Adela no se había equivocado, se trataba de un libro. Era un ejemplar escrito a máquina y encuadernado en canutillo negro.

Presa del pánico, lo dejó caer y abrió la puerta del coche para salir fuera. Parecía que hubiera visto a un fantasma, o que el aire del habitáculo se hubiese consumido al tiempo que había desgarrado el papel y ello le hubiera hecho salir precipitadamente fuera.

El manuscrito cayó en el suelo del vehículo dejando a la vista su primera hoja. En ella estaban escritos el título y el nombre de su autor:

EPITAFIO DE UN ASESINO

Abelardo Rueda

Raimundo tomó la lupa y el lápiz y comenzó a observar todos los detalles de los dibujos que había sacado del centro psiquiátrico. El material permanecía amontonado sobre las estanterías del pequeño estudio madrileño. No lo había vuelto a tocar desde que el escritor había fallecido.

Por el gran ventanal que daba a la terraza entraba la luz del sol cálido pero débil de aquel mes de diciembre y descubría, indiscreto, el polvo acumulado en las estanterías. Miró los dos montones de cuartillas y puso uno a la derecha y otro a la izquierda, siguiendo las pautas que Abelardo Rueda mantuvo al colocarlos en los muros de la habitación donde permaneció sus últimos días de vida.

Antes de comenzar su estudio puso un disco de vinilo —*Los nocturnos* de Chopin — en el tocadiscos y se dirigió, llevándose uno de los dibujos y la lupa, a la parte del salón donde estaba ubicado el espacio que pertenecía a la cocina. Puso la cafetera sobre el fuego y contempló la primera lámina que pertenecía a la primera estación del calvario de Cristo. Miró después la que se correspondía con ella, la réplica del paso en la que el escritor aparecía como protagonista. Incluyó la lupa sobre el libro donde Abelardo se había crucificado y leyó el texto diminuto que había escrito a plumilla sobre las páginas del dibujo:

«Yo soy inocente de esta sangre, allá vosotros... (Mt 27, 24-25)».

Sin esperar a que la cafetera comenzase a dar el aviso de que la temperatura del agua que había en su interior estaba subiendo, se dirigió a la mesa y tomó nota en un folio del párrafo. Cogió el siguiente e hizo lo mismo:

«Convocaron a toda la cohorte. Le pusieron un manto púrpura, le ciñeron una corona de espinas y se pusieron a saludarle... (Mc 15, 16-18)».

Aquello parecía ir tomando más sentido de lo que el estudiante había supuesto. Era evidente que Abelardo había hecho un paralelismo entre el calvario de Cristo y el linchamiento popular, condena y castigo que él sufrió. Incluso se había tomado la molestia de ir desgranando parte de los Evangelios, extrayendo de cada uno de ellos la porción literaria que le interesaba. Esto, que podía parecer algo extraordinario, laborioso y confuso, no era más que el proceder natural de un enfermo mental, de un paranoico, y Raimundo lo sabía. Pero incluso si lo hubiera hecho una persona sin problemas mentales, podría considerarse una simple manifestación de su agonía, un intento de no sentirse sola en el dolor, buscando verse reflejada en una situación igual a la suya.

Raimundo consideraba todas las obras literarias, incluidos los textos sagrados, alegorías claras de la realidad del momento. Para el estudiante, la Biblia no era más que una obra literaria con tintes costumbristas. Sus contenidos reflejaban la sociedad de aquel tiempo, daban a conocer el miedo del varón a que la mujer se rebelase al

conocer el poder que tenía sobre él a través del sexo. Contrariamente a lo que se solía debatir, Raimundo no lo consideraba un texto machista o excluyente. En él se reflejaba la guerra encarnizada de la palabra escrita contra el conocimiento y la aceptación de la debilidad del varón frente a la mujer. Raimundo estaba seguro de que Dios desterró a Eva porque ella se convirtió en una igual, en una creadora de vida, lo que en realidad significaba su nombre: «vida». La existencia para Raimundo no era más que la lucha por hacerse con el poder, y esta hipótesis la trasladaba a todos los ámbitos de la vida.

En contra de lo que pregona la doctrina católica, él veía en aquellos textos un reconocido y marcado carácter represivo de la verdadera naturaleza humana. Eran una forma de esclavizar el pensamiento y por ende el raciocinio. Para él, la verdadera esclavitud no era física sino psíquica. Afirmaba que la verdadera libertad era la que permitía el libre pensamiento, y los textos de la Biblia, obsoletos en esos momentos, dictados según la palabra de Dios, del Padre, del Creador, censuraban todos los atributos con los que el mismo Dios nos había creado, los que hacían que los humanos se sintieran diferentes del resto de las criaturas con las que compartían la Tierra. Para Raimundo los textos bíblicos carecían de veracidad argumental y eran contradictorios. Decía que la Biblia era «la apología más famosa de la esclavitud del pensamiento».

Sin embargo, los dibujos de Abelardo iban más allá y él lo sabía. Sabía que el escritor había sido víctima de una trama urdida contra él que enlazaba con el libro sobre teología que Abelardo sacó de El Monasterio de El Escorial. Lo sabía y estaba dispuesto a demostrar su hipótesis.

Apagó el fuego y levantó la cafetera. Ya con la taza en sus manos, se dirigió a la mesita y retomó su búsqueda. En el tercer dibujo, el texto decía:

«Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros... (Jn 15, 20)».

En el cuarto se leía:

«Al cabo de tres días, le hallaron en el Templo sentado en medio de los doctores, oyéndolos y haciéndoles preguntas... (Lc 2, 46-47)».

Leyó en el quinto dibujo:

«Después de haberse burlado bien de Él, le quitaron el manto de púrpura y le pusieron sus ropas. Cuando le sacaban para crucificarle, obligaron a llevar su cruz a un transeúnte, Simón de Cirene,... (Mc 15, 20-21)».

En el sexto:

«Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me alojasteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme. (Mt 25, 35-37)».

En el séptimo:

«Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el

Reino de los Cielos. (Mt 5,10)».

En el octavo:

«Quien os recibe a vosotros me recibe a mí, y quien me recibe a mí recibe al que me envió. (Mt 10, 40)».

Raimundo tomó la octava lámina y la puso junto a los dibujos que representaban al ciego con el perro y prosiguió la lectura. En el noveno dibujo leyó:

«Por segunda vez, volvió a orar así: “Padre mío, si no es posible que pase esto sin que yo lo beba, hágase tu voluntad”». (Mt 26, 42-43).

En el décimo:

«Los que le crucificaron se repartieron sus vestidos a suertes (Mt 27, 35)».

En el undécimo:

«Muchos judíos leyeron la inscripción, porque, donde Cristo fue crucificado, era un sitio cerca de la ciudad y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego (Jn 19, 20)».

Raimundo separó la undécima lámina y también la colocó con las representaciones del ciego y el perro.

En el duodécimo dibujo leyó:

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu... (Lc 23,45)».

En el decimotercero:

«Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato llevarse el cuerpo de Jesús, y Pilato se lo permitió. Vino y se llevó el cuerpo de Jesús (Jn 19,38)».

En el decimocuarto:

«María Magdalena y María, la de José, se fijaron bien dónde estaba sepultado (Mc 15, 47)».

Acabado el recorrido por las láminas que representaban el calvario de Abelardo sobre un libro, tomó las que había separado y miró la número once que representaba el momento de la crucifixión del escritor. Leyó el texto una vez más: «Y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego...». Tras hacerlo buscó entre los dibujos del ciego y el perro y separó la lámina que representaba al ciego sentado al lado de un río arrancando las hojas de un libro y dándoselas a comer al perro. Las babas del animal al caer iban formando la palabra «imaginación», pero dentro del doble contorno de cada una de las letras había otra letra. Raimundo cogió una vez más la lupa y fue leyendo al tiempo que apuntaba las letras que iba descubriendo en una hoja.

Así, dentro del doble relieve de la letra «I» estaba la letra «H»; dentro del doble relieve de la letra «M» estaba la «L»; dentro del doble, relieve de la letra «A» estaba la «G»... Al llegar a esta tercera letra se dio cuenta de que las siguientes no estaban escritas en negro sino en rojo, y que las tres primeras letras se correspondían con las iniciales de las lenguas que citaba el pasaje evangélico siguiendo el mismo orden:

hebreo, latín y griego.

Raimundo estaba seguro de que aquello, lejos de ser una coincidencia, era la clave que Abelardo, en sus momentos de lucidez, dejó impresa en sus dibujos. Había encontrado la llave que abría la puerta tras la que se encontraba oculto, agazapado, el asesino. Sus hipótesis habían dejado de serlo. Ansioso, siguió extrayendo letras en el orden que estaban escritas y transcribiéndolas en la misma disposición sobre el folio en blanco. El resultado de lo que transcribió fue el siguiente:

IMAGINACIÓN

HLGSEIPATSE

En aquel momento todas sus incógnitas se despejaron. Abelardo había dejado un mensaje en sus trabajos. Un mensaje en clave que hablaba de algo escrito en hebreo, latín y griego. Comenzó a combinar las letras escritas en rojo utilizando como primera fórmula la habitual: cambiar el orden de izquierda a derecha, por el de derecha a izquierda, y asombrado comprobó el resultado:

PIES ESTA

Cogió la lámina y observó con detenimiento los pies del ciego. Sorprendido por lo que vio acercó aún más la lupa a la lámina. En la bota izquierda del ciego aparecía el dibujo de un libro, en la derecha una frase: «La verdadera naturaleza de Dios».

Adela se aproximó a la puerta del restaurante decidida a entrar, pero el encargado se le adelantó.

—Ya le dije que no volviera. Vuelva a su casa y olvide que ha estado aquí. No podemos ayudarla, y si sigue usted aquí, lo único que conseguirá es ponernos en un aprieto. Si es necesario llamaré a la policía para que la convenza de que debe abandonar el restaurante.

—No entiendo por qué se niega a decirme nada. No tiene ni idea, no sabe dónde se ha metido al entregarme ese paquete —dijo Adela señalando el vehículo.

—Mire, señora, vamos a ver si nos entendemos —dijo en tono amenazante el encargado—. Yo no le he entregado nada. Ese paquete lo traía usted. Cualquiera de los empleados puede ratificar lo que digo.

Adela, impotente, contempló cómo el hombre volvía dentro y cerraba la puerta. Los clientes al salir la miraban con extrañeza, como si también supieran lo que había pasado antes dentro del local. Una vez que estuvo de nuevo en el coche, tomó el ejemplar de la obra y sin mirarlo lo puso en los asientos traseros y emprendió el camino hacia el aeropuerto de Barajas.

Aún estaba aturdida por la impresión que le produjo reconocer el ejemplar. ¿Quién más, aparte del asesino, podía tener una copia del *Epitafio*? La respuesta le aterraba. Sabía que nadie, que aquella era una de las dos copias que tenía el criminal, las únicas copias que no estaban en su poder cuando ella y Abelardo procedieron a quemar los textos. Recordó que sólo faltaban dos: el ejemplar que su marido echó en falta, y el que el homicida le robó a Tomás después de asesinarlo. Aquella copia tenía que ser una de ellas, y era la clara evidencia de que el criminal andaba tras sus pasos, como anduvo tras los de Goyo después de sus indagaciones. Pensó que había caído en la trampa como un corderito.

En aquellos momentos, Adela sopesó la posibilidad de que el verdadero autor de los homicidios fuese la persona con la que Abelardo se veía en La Caña Vieja y que esa relación, a su vez, tuviera que ver con el monasterio y el libro que su marido supuestamente había leído.

Mientras esperaba su vuelo en el aeropuerto le echó un vistazo al texto, con manos temblorosas. Luego, durante el viaje, examinó la obra con más detenimiento. Y fue así como, tras leer pasajes cortos y salteados, cerrándola con terror una y otra vez y retomando al poco rato la lectura, se dio cuenta de que aquel ejemplar no era uno de los que el asesino había robado; tampoco era el que le quitó a Tomas tras asesinarlo en la editorial. Aquellas hojas estaban escritas en un cuerpo diferente, en verdana, y la obra original de Abelardo fue escrita con una máquina de escribir.

Adela cerró el manuscrito de golpe, había comprendió que nadie más que ella



podía sacarla de donde estaba. Volvió a repasar todos los acontecimientos y llegó a la conclusión de que tenía que encontrar dentro del material que aún conservaba de Abelardo un indicio, por muy pequeño que fuese, de lo que estaba pasando, algo que le sirviese de guía y la condujese a una salida. Era evidente que su marido estuvo metido en el estraperlo y tal vez en la venta de material literario cuyo contenido no era del agrado de la Iglesia católica. Quizá su hipótesis sobre el contenido del texto era cierta; tal vez aquel incunable contenía una información que haría caer en picado los cimientos de la sociedad actual. Si era así, ella sabía que los primeros cimientos que se desmoronarían serían los de la Iglesia, y aquello le parecía mucho más peligroso que estar en el punto de mira de un asesino en serie. Para Adela, el fanatismo religioso era el origen de las demencias más peligrosas.

Cerró los ojos y guardó la copia en el bolso de mano, pero al instante volvió a abrirlo y sacó el texto. Nerviosa buscó el comienzo de la obra y leyó el primer asesinato cometido en sus páginas: «La única forma de llegar al ejemplar era dar con el prior y así lo hizo...».

Adela estaba segura de que ese texto no se correspondía con la obra que ella había leído. Esa obra no era *Epitafio de un asesino*, al menos no en su totalidad. Continuó con la lectura del primer capítulo y se dio cuenta de que se trataba de una novela histórica, la novela que Abelardo estaba escribiendo sobre el Monasterio de El Escorial. La muerte que se relataba era la de un clérigo. En aquel instante, una vez más, las palabras del ciego volvieron a sus pensamientos: «Usted olvidó la existencia del fraile, ¿o es que su esposo lo quitó de la trama de *Epitafio de un asesino* por seguridad?».

Aquel recuerdo le taladró el alma. Comprendió que ocultar la obra de Abelardo fue la firma de su condena, lo que la llevó por sendas desconocidas y desvíos imprevistos. El destino le tendió una trampa y ella cayó llevada por la avaricia. Sumergida en sus intereses, en aquel momento, después de que encontrasen el cadáver de su ama de llaves, no pensó que la ocultación de la existencia de la obra llegara a acarrearle consecuencias tan imprevisibles y graves.

Podía dar a conocer la existencia de la obra, pero, teniendo en cuenta las indagaciones que había hecho, pensó que no era lo más adecuado, no en aquellos momentos en que la policía andaba comprobando toda la información que tenía. Sopesando que ella siempre había manifestado que la novela no existía, desdeirse era reconocer que había cometido perjurio y eso la ponía aún más en la cuerda floja dentro de las investigaciones policiales, por lo que decidió callar una vez más, ocultar todo lo que estaba averiguando. Levantó la cabeza con gesto soberbio y miró al frente mientras cerraba el ejemplar.

—¿Cómo es que te has marchado sin decirme a dónde ibas? —preguntó Arturo sorprendido por la ausencia de su mujer.

—Tenía una entrevista con un escritor novel. Olvidé comentártelo a ti y a Carlota.

—Podías haber dicho algo, llamar desde el aeropuerto. Estábamos preocupados.

—Entiendo, pero ya sabes cómo estoy, los nervios me pueden. El trabajo se acumula... En realidad, de eso tenía que hablar contigo. Creo que sería conveniente que Carlota se encargase de hacer todo hasta la apertura de la agencia, al menos de los trámites del comienzo. Tengo un tema pendiente que quiero solucionar lo antes posible. Si no lo hago, no podré llevar el negocio como me gusta.

—¿Un tema pendiente?, ¿qué tema? —preguntó el odontólogo.

—Un tema personal que me impide moverme de aquí —contestó ella tajante.

—¿No estarás investigando sobre la muerte de Goyo?

Adela miró con extrañeza a su marido.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo con desconfianza.

—Por la visita del comisario de la otra noche. ¿Has olvidado lo alterada que estabas?

—¡Ah, la visita de ese policía!, ya la había olvidado. No, no es ése el tema; me es indiferente la visita de un inepto. La policía nunca sabe por dónde van las cosas, se pierden recogiendo las migas del camino que dejó su pulgarcito particular.

—Creo que estás un poco nerviosa. Me gustaría que me dijese qué es eso tan importante que te obliga a delegarlo todo en Carlota.

—Ya te he dicho que es algo personal —dijo encaminándose ya hacia la escalera para subir a la planta superior de la casa.

—¡Adela —gritó Arturo enfadado—, estoy en mi derecho de saber qué es lo que tramás! Sé que estás ocultándome algo —dijo inclinándose y cogiendo un sobre blanco tamaño folio que le entregó con gesto exigente.

Adela, estupefacta, cogió el sobre y levantó la solapa, diciendo muy enfadada:

—¡Has abierto mi correspondencia! Esto es demasiado. ¡Que sea la última vez que haces esto! —dijo mirándole con ira.

—¡Cállate! ¡Calla y mira el contenido! —le respondió irritado Arturo.

En el sobre había una recopilación de todos los artículos periodísticos que fueron publicados sobre el proceso de Abelardo Rueda; también los que narraban su estado de demencia, así como el crimen de Goyo, la boda de Adela con Arturo... Toda la información sobre sus vidas, desde que Abelardo Rueda recibió el Premio Ediciones, estaba en aquel sobre.

Adela permaneció muda mirando los recortes.

—¿Ahora me vas a decir qué estás haciendo y qué pretendes? —exigió él.

—No tengo ni idea de lo que dices —respondió Adela sin mirarle, aturdida por la información que tenía entre sus manos.

—Pues no es tan difícil de entender. Estoy seguro de que estás investigando, estás tratando de averiguar lo que en verdad ha pasado con Goyo, y si es así, te estás metiendo en un terreno pantanoso. No debes investigar por tu cuenta. Te exijo que te olvides de todo esto. ¿A quién has mandado que recopile todos estos datos? Dime, ¿quién te está ayudando en tu investigación?

—¿Investigación? ¿Estás tonto o qué? No estoy haciendo ningún tipo de investigación. Esto —dijo refiriéndose a los recortes— no lo he encargado yo; alguien me lo ha mandado con unas intenciones claras y concretas.

—¿Me tomas por un idiota? —preguntó él enfadado—. ¡Toma!

—Arturo, me estás poniendo muy nerviosa, demasiado —dijo Adela cogiendo lo que parecía una carta. La abrió y comenzó a leer:

Muy señora mía:

Adjuntamos la información que solicitó a nuestra empresa. Confiamos en haber satisfecho correctamente su petición.

Esperando que siga formando parte de nuestro fichero de clientes, quedamos a su entera disposición.

Atentamente,  
La dirección

Adela miró sorprendida a Arturo.

—No tengo ni idea de qué es esto. No he solicitado nada, ni tan siquiera sé dónde está esta empresa, ni a qué se dedica.

—Viene a tu nombre. ¿Cómo puedes decir que no tienes ni idea de qué se trata?

—Es que es verdad. Alguien ha solicitado esta información en mi nombre.

—He llamado a la empresa y los datos que figuran en sus archivos son los tuyos. El encargo lo hizo y lo pagó un individuo que iba en tu nombre. Imagino que no andarás sola en todo esto. Ten en cuenta que no estamos hablando de un tema cualquiera. Estamos hablando de una serie de asesinatos por los que Abelardo fue condenado y por los que seguramente se quitó la vida. Estamos hablando de que Goyo, que era su abogado, también ha sido asesinado. Te exijo que dejes las investigaciones, te ordeno que no vuelvas a mencionar este tema. No quiero tener más problemas de este tipo, no quiero estar pendiente de tu seguridad, porque tú misma decidas ponerte en peligro. Si no dejas esto, tendré que tomar medidas.

—¡Es increíble! ¿Cómo te atreves a hablarme así? Además, te repito que yo no he solicitado ninguna información. Pero quiero que te quede clara una cosa... —dijo haciendo una pausa—, no voy a consentirte que me prohíbas nada. ¿Quién te crees que eres? Dime, ¿quién te crees?

—Tu marido, la persona con la que compartes vida, negocios y patrimonio. ¿Te parece poco? —dijo él—. No quiero tener nada que ver con temas ilegales. Todo lo

que está fuera de la ley no me interesa, no lo olvides. Deja tus indagaciones porque yo no pienso estar pendiente de tus paranoias, y ésta es una paranoia en toda regla. ¿O acaso estás metida en algo que no me has dicho?

—Me parece increíble que me hables así. ¡Jamás habría esperado que lo hicieras! Nunca, Arturo, nunca.

—Cualquier marido preocupado le diría lo mismo a su mujer. Sólo intento que retomes tu vida, que vuelvas a la normalidad, que te olvides de lo que no te concierne, de temas que pueden traernos problemas. Abelardo ya no forma parte de tu vida, y Goyo tampoco.

—Te repito que yo no he solicitado esa información, pero si lo hubiera hecho, me importaría una mierda tu opinión. No creas que me vas a cambiar. Me conociste así y tendrás que aceptarme tal como soy... ¿A no ser que quieras que nuestras vidas tomen rumbos diferentes? —dijo amenazante—. Porque tus negocios y tu patrimonio me dan igual, si es eso lo que te preocupa.

—Me has entendido perfectamente, lo sé. No me vengas ahora con estupideces. Sé que me ocultas algo...

—¿Y qué si te lo oculto?

—Pues que no deberías hacerlo. La única persona que puede ayudarte, el único que te quiere soy yo. Eso es lo que tienes que tener presente. Por eso, si estás ocultándome algo, deberías dejar de hacerlo.

—Estoy en peligro —le dijo Adela por fin a su marido.

—No entiendo... Explícame qué has hecho.

—Investigar sobre la novela que Abelardo estaba escribiendo sobre El Escorial. He estado en el monasterio y también en el bar que frecuentaba tratando de averiguar quién era la persona con la que se veía allí Abelardo. —Adela hizo una pausa y miró a Arturo—. Creo que detrás de todos los crímenes está esa persona y que el origen de todo esto es la novela histórica que comenzó a escribir Abelardo y que no sé si terminó. Lo más probable es que estuviese metido en la adquisición ilegal de un manuscrito del monasterio, un texto del que los agustinos se niegan a hablar. Todo esto me ha llevado a pensar que el asesino tomó la obra de Abelardo como una guía por motivos más complejos que los que suelen tener los asesinos en serie. Sin quererlo, me he convertido en el objetivo de todas sus actuaciones.

—¿La novela? No entiendo nada. ¿Qué novela? Tú dijiste que no existía.

—*Epitafio de un asesino* —dijo Adela, sacando el ejemplar del maletín de mano y dándoselo.

Arturo cogió el texto con expresión de sorpresa y comenzó a hojearlo estupefacto.

—No puedo creerlo.

—Lo entiendo, sé que te parecerá increíble lo que he hecho, lo que hice durante todo el proceso de Abelardo.

—Sí, eso es lo que no entiendo —contestó él sin dejar de hojear el texto.

—Aunque no lo creas, reconozco que mi actuación fue mezquina, pero yo creía que Abelardo era el culpable de los crímenes. Siempre pensé que él era el asesino —comenzó a explicar Adela—. Ya había estado antes en tratamiento psiquiátrico por culpa de esa maldita obra sobre el monasterio y el libro en el que estaba basada, porque ahora sé que estaba basada en él. Sus conjeturas sobre Dios y el diablo le volvieron loco, loco de remate, tuve que llevarle a un psiquiatra. El médico le recomendó que abandonara el trabajo sobre el monasterio, sobre aquella maldita obra histórica. Confiada, creí que lo había hecho, pero no, ahora sé que me engañó.

»Luego, cuando murió Teresa, el miedo a que todo se repitiera fue lo que me llevó a convencerle de que no diera a conocer la existencia de *Epitafio de un asesino*, a fin de que no se descubriera la similitud de los crímenes con los que se describían en la obra. Tuve miedo de que volviese a recaer, de que la opinión pública nos hundiese, como casi ocurrió más tarde. Poco a poco fuimos metiéndonos en la trampa del asesino sin darnos cuenta.

»Al final, yo creí que Abelardo era el responsable de todos los homicidios, lo creí. Ése fue mi mayor error. Ahora sé que no tuvo nada que ver con ellos, pero también sé que él jugó sucio conmigo, me ocultó su trabajo... Abelardo seguía escribiendo aquella obra. No entiendo cómo no me di cuenta de ello. Los trabajos que había en las paredes del psiquiátrico daban muestras claras de que continuaba con esa novela sobre El Escorial. No quise llevármelos cuando me los ofrecieron, y ahora estoy perdida. Creo que el asesino piensa que tengo la novela que Abelardo no dejó de escribir y el ejemplar de la biblioteca de donde sacó la información; creo que primero pensó que los tenía Goyo y por eso fue a por él. Creo que por el mismo motivo mató al eclesiástico, porque pensaba que tenía el libro del monasterio, el que debió sacar Abelardo...

—¿Y las tienes? ¿Tienes esas obras?

—No digas tonterías. No tengo ni idea de lo que estaba haciendo Abelardo. Te acabo de decir que pensé que había abandonado la escritura de aquella obra. Debí sacar el material de casa, no lo sé. Todo nos iba estupendamente hasta que se cometió el primer asesinato. No sé si él aún tenía el libro de la biblioteca de El Escorial, ni tampoco si continuaba escribiendo esa novela.

—Lo más prudente es que te desvincules de todo, que te olvides de todo lo que sabes y que dejes de indagar —dijo Arturo—. Cometiste perjurio, no le diste a la policía una copia de *Epitafio de un asesino*... —Arturo hizo una pausa y dijo mirándola—. Imagino que tendríais más copias. ¿Cómo se hizo el criminal con el texto?

—Nunca lo supimos. Nunca. Eso era lo que menos nos preocupaba. Decidimos quemar los ejemplares que teníamos. Fueron días de incertidumbre, de desconfianza.

Llegamos a desconfiar el uno del otro. No te puedes hacer una idea de lo que fue aquello.

—Lo imagino, pero ahora no puedes hacer nada. Lo hecho ya no tiene vuelta atrás.

Adela contempló la expresión de angustia que reflejaba el rostro del que era su marido. Le sorprendió su preocupación por ella y por todo lo que le había pasado. Se sentía tan agradecida por su cálida reacción al relatarle los hechos que no se atrevió a contarle que había ocultado pruebas de uno de los crímenes y que la verdadera razón que la había llevado a actuar de aquella forma había sido su ambición.

—Sé que viene a por mí. Este ejemplar y los recortes de prensa son la prueba evidente de sus intenciones.

—Lo mejor será que por unos días no salgas de la isla, ni tampoco de la casa. Esperaremos a que los acontecimientos se desarrollen y según cómo vayan las cosas actuaremos.

—Tal vez tengas razón.

—Eso me gusta. No olvides que debes contármelo todo. A partir de este momento debo saber todo lo que hagas, la confianza entre ambos debe ser total.

Adela asintió.

—Pero aún queda un detalle; algo que quiero hacer —dijo.

—Dime.

—Hay una persona con la que no he hablado y creo que ella puede conocer detalles que me lleven a saber quién se esconde detrás de todo esto.

—¿Quién? —preguntó Arturo desconcertado.

—La estudiante amiga de la chica que vivía en nuestro ático. He recordado sus declaraciones por este recorte —dijo mostrándoselo a Arturo.

—No entiendo muy bien lo que quieres decir.

—Es la única persona que ha visto al supuesto asesino. Declaró que era Abelardo, y no era cierto, por lo que sólo hay dos posibilidades: o mintió o se equivocó de persona.

—Eso a ti no te importa. No olvides lo que acabamos de hablar hace unos instantes. Debes desvincularte de todo o denunciar lo que te está pasando, y no creo que a la policía le guste lo que tienes que decirles. Deja que ellos se encarguen de verificar las declaraciones. Ahora lo único que harás será olvidarte de todo y descansar. Carlota se encargará de poner en marcha la agencia y yo le ayudaré en lo que necesite. Verás cómo todo vuelve a recobrar la normalidad —dijo Arturo—. Ah, he olvidado preguntarte una cosa —añadió mirando la copia de la novela.

—Dime.

—¿Te dijeron en el restaurante quién les había entregado el ejemplar?, ¿te dieron algún detalle sobre la persona que se lo había dado o sobre el individuo que se veía

con Abelardo?

—Ninguno. Se negaron a facilitarme información. Es más, me advirtieron de que su mutismo sobre el tema sería total y permanente. Volví después de abrir el paquete en el que estaba envuelto y dijeron que no me habían visto nunca.

—Tal vez tengas razón y todo esto sea la consecuencia de un comercio ilegal de libros. La venta de ese tipo de mercancías funciona así. No se conoce nunca al vendedor ni al comprador, es una forma de que unos y otros se mantengan a salvo —explicó Arturo—. Se produce un «blindamiento» de identidades. Las sumas que se pagan en las transacciones unidas al silencio de los intermediarios hacen que el precio del objeto sea astronómico. Se cometen auténticas barbaridades por hacerse con la posesión de objetos absurdos.

—Esto no debe tener nada de absurdo. Tenías que haber visto la cara del fraile con el que hablé cuando le dije lo que andaba buscando. Tenías que haber escuchado sus amenazas solapadas. El contenido de ese libro de la biblioteca del monasterio tiene que tener un valor demasiado importante. Creo que Abelardo dio con un secreto que quizá lleve oculto siglos. No creo que sea la antigüedad o la característica de incunable lo que le dé ese valor tan enorme a la obra.

—Pues eso precisamente es lo que me preocupa. Que si tienes razón, la persona que anda detrás de ese libro y de la novela de Abelardo no tendrá reparos en hacer cualquier cosa para conseguirlos. Habrá que poner este ejemplar a buen recaudo y también los recortes periodísticos.

—Lo haré yo —dijo ella quitándole la obra y el sobre.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que esta copia te la hizo llegar el asesino?

—Arturo, créeme, el verdadero misterio no está en esta obra, está en el texto al que mi marido tuvo acceso. El que me ha hecho llegar esta obra es el asesino, la misma persona con la que Abelardo se veía en La Caña Vieja. El primer capítulo no se corresponde con *Epitafio de un asesino*. En realidad es el de la novela histórica que Abelardo escribía a escondidas, y relata el asesinato de un monje que en verdad murió en el monasterio.

—Pero no entiendo. ¿Cómo sabes lo del monje?

—Me lo dijo el ciego del perro.

—¿El ciego del perro? —preguntó Arturo con curiosidad—. ¿Quién es el ciego del perro?

—Una especie de guía turístico autónomo —explicó ella—. Vive en el municipio de El Escorial. Me lo encontré cuando me dirigía al monasterio. Ya sabía de él. Abelardo estuvo obsesionado con ese hombre durante la última época... Ahora sé los motivos reales de su obsesión.

—No entiendo.

—El ciego sabía muchas cosas de Abelardo. Lo conoció cuando él estaba

empezando a investigar. Debió de darle información como me la dio a mí. Como te he dicho, todo indica que se dedica a eso. Él fue quien me habló de la muerte del eclesiástico, quien me dijo que Abelardo había relatado esa muerte en su obra. Me preguntó si la había suprimido de la trama. Lo cierto es que yo no tenía ni idea de esa muerte y he de reconocer que en un primer momento no creí que sus palabras tuviesen sentido. Pero cuando vi el primer capítulo de esta copia, me di cuenta de que el ciego me había dicho la verdad. Por eso sé que la obra es del asesino, que él me la ha mandado. Ese pasaje no existía, no pertenece a *Epitafio de un asesino*, créeme. Alguien lo ha intercalado en sus páginas y el que lo ha hecho está claro que conocía las investigaciones que Abelardo estaba haciendo sobre el monasterio. ¿Quién aparte del asesino puede tener una copia?

—Tal vez algún amigo de Abelardo —respondió Arturo.

—En los últimos años, la única amiga de Abelardo era su literatura y su obsesión por ese maldito libro. Únicamente salía para ir a La Caña Vieja. Nada más.

—Puede que tengas razón... Pero creo que yo también la tengo al pedirte que te olvides de todo esto. Si lo que dices es verdad, y esa persona sigue buscando los libros, la novela histórica de Abelardo y el incunable robado del monasterio, estás en peligro.

—Lo sé, pero no voy a quedarme quieta, no pienso hacerlo.

—Pues entonces lo mejor es que llamemos a la policía y les contemos todo lo que ha sucedido.

—Ni lo pienses. ¿Qué quieres?, ¿que me sometan a juicio? Entraría en la lista de sospechosos de inmediato. Imagínate, oculté la existencia de *Epitafio de un asesino*; discutí con Goyo y apareció muerto al poco tiempo... Si les hablo de cómo he conseguido este ejemplar de la obra de Abelardo, irán a La Caña Vieja, donde ya estuvieron, y les dirán que no me conocen de nada, que jamás estuve allí. ¿Y cómo les voy a contar lo del libro de El Escorial? Visitarían la biblioteca y les dirían que había estado investigando por mi cuenta y que además había salido casi a tortas con uno de los miembros de la congregación. Aparte de que se enterarían de que había mentido a los monjes al decirles que estaba escribiendo la biografía de Abelardo. Todo un cúmulo de incongruencias. Todo un camino que conduciría a situarme en el ojo del huracán.

—Pero tú no has tenido nada que ver con los crímenes, ¿no es así? —preguntó Arturo después de oír el análisis tan exhaustivo de los hechos.

—¿Lo dudas? —preguntó ella asustada—. ¿No me irás a decir que tienes dudas? Te cuento el mayor secreto de mi vida y tú dudas de mí. ¡No puedo creerlo!

—Sólo digo que estás demasiado obsesionada desde la muerte del gilipollas de Goyo y que deberías desvincularte de todo esto. Si no tuviste nada que ver, tal vez sólo te hayan hecho llegar la copia para que la tuvieses, ya que eres la viuda de



Abelardo. Quizás él se la regaló a su amigo o amiga. Tengo mis dudas de que la persona con la que se veía en ese restaurante fuera un hombre —señaló Arturo—. Es posible que sólo sea eso, y que la existencia de ese libro robado de la biblioteca del monasterio te haya hecho creer que hay algo más. Creo que después de que Goyo fue asesinado perdiste el control de la situación, y no digo que no fuera una reacción normal. Entiendo que te sintieras angustiada e insegura. Todos habíamos creído que el asesino era Abelardo y de pronto nos enteramos de que no, de que ese criminal aún anda por la calle.

—Escucha, Arturo, si no quieres entenderlo, es tu problema, pero te repito que estoy en peligro. Atrapada. Lo único que me puede salvar es dar con el asesino antes de que él dé conmigo. No pienso parar hasta encontrarlo —dijo mientras se disponía a subir la escalera que conducía a la segunda planta de la casa—. Si de verdad me quieres, échale una mano a Carlota con los trámites de la agencia y deja que yo siga con lo mío.

—Estás equivocada, terriblemente equivocada —dijo Arturo dejándola ir.

Carlota comenzó el trabajo de puesta en marcha de la agencia literaria con el consentimiento expreso de Arturo, que la apoyaba sin reservas, dándole total libertad de decisión. Adela no quiso saber nada del proyecto que tiempo atrás fue su única preocupación. Siguió sumida en sus investigaciones, decidida a dar con el responsable de los envíos.

La semana pasó rápida. Adela no abandonó la isla. Sus averiguaciones la estaban llevando por otros derroteros, mucho más complejos e intrincados. No sólo había recopilado información de todos los medios de comunicación, visitado la hemeroteca, consultado los libros y material que aún conservaba de Abelardo, sino que contaba ya con un archivo de datos que cotejaba con sus hipótesis, para ir desechando caminos de investigación.

Con toda la información que había recopilado, parecía que realmente estaba preparando una obra biográfica sobre Abelardo Rueda. Comprobó la veracidad del fallecimiento del eclesiástico, que la prensa, en su momento, calificó como un extraño incidente dentro del emblemático monasterio. Sin embargo, a ella no le pareció tan extraño, tan fuera de lo corriente como decían los artículos que leyó, ya que los hechos eran exactamente iguales a los que se describían en el primer capítulo de la copia que tenía en su poder. Todos los datos que iba encontrando no hacían más que acrecentar sus temores, uno tras otro los hechos le daban la razón.

Arturo observaba todos sus movimientos. Desconfiado, intentaba hacerse con la documentación que Adela guardaba celosa en su estudio, pero ella lo mantenía cerrado con llave permanentemente. La relación entre la pareja comenzó a deteriorarse. Arturo no entendía aquella ocultación premeditada, el porqué de su repentino mutismo, y le recriminaba su excesivo aislamiento. Pero Adela no prestaba atención a su marido; su único objetivo era dar con el autor de los crímenes. Quería conocer su identidad para ponerse a salvo.

Había organizado las visitas que haría en los siguientes días. Estaba segura de que la amiga de la estudiante asesinada le daría importantes pistas sobre el asesino. Comprobó que la joven vivía en un piso en Madrid, cerca de la universidad. Anotó su dirección en la agenda y programó el viaje a la capital para después de las navidades.

Arturo no soportaba ver a su mujer tan obsesionada. Le dijo una vez más que debía abandonar sus investigaciones. Incluso le insinuó la necesidad de consultar con un psicólogo. Adela se negó.

—Tú sabrás lo que estás haciendo contigo. Es tu vida. He intentado ayudarte. Te juro que si llego a imaginar que eras tan débil, no me habría casado contigo. Esta semana ha sido insufrible, estás entrando en un mundo que no tiene nada de real y no te das cuenta. No eres consciente de tu obsesión.

—No debí decirte nada. Ha sido un error más que he cometido. No te gustan los problemas. Eres igual que era Abelardo... —Se interrumpió un momento para coger fuerzas—. Pues quiero que sepas que no pienso dejar mis investigaciones. Voy a encontrar al responsable de esos crímenes. Piensas que al no tener ninguna noticia todo ha terminado. Yo sé que no es así. Ya lo he vivido. Recuerda todo lo que he vivido. Es evidente que a ti los acontecimientos no te afectan de igual forma, nada tienes que ver con ellos, nada tuviste que ver, pero yo estoy sumergida en todo esto desde el principio, ahora más que nunca. No tengo idea de los motivos que tuvo para mandarme la copia de la obra, pero sé que hay unos motivos y que tal vez lo próximo que ocurra sea que intente matarme.

—Estás obsesionada y quieres seguir obsesionándote. Si sigues con esa actitud te meterás en más de un problema o acabarás desvariando, perdiendo la noción de la realidad. No estoy dispuesto a que arruines mi vida —contestó Arturo tajante.

—Eso le dije yo a Abelardo, y ahora está muerto. Le dije que no consentiría que nadie arruinase mi vida, nuestra vida. Tú no me crees, o no quieres creerme. Es más cómodo, más sencillo... Obsesionada; pues claro que lo estoy. Cualquiera lo estaría en mi situación. Algún día te darás cuenta de que tengo razón. Si no hago nada por evitarlo seré la próxima víctima. ¡No sé por qué te casaste conmigo! ¡Qué idiota soy! Creí que era yo la que te había llevado a tomar la decisión. Siempre pensé que fui yo la que te seduje... ¡Qué equivocada estaba! Fuiste tú el que jugaste conmigo. Sólo querías un buen trofeo. Sólo querías exhibirme. Yo era la pieza que encajaba a la perfección en tu mundo. ¡Siempre fuiste un hijo de puta! —dijo furiosa—. Igual que Carlos. Él también me utilizó. Sabes ver lo bueno y fuiste a por mí, y ahora que tengo problemas, que he confiado en ti, me das de lado... No —continuó—, no soy yo la rara, quien se comporta de forma extraña eres tú. Pensé que al decirte la verdad estaríamos más unidos, que me apoyarías en mi decisión de seguir investigando... Me dijiste que actuabas como lo haría cualquier esposo preocupado. ¡Permíteme que lo dude! ¿Acaso sabes algo que no quieres decirme? —le preguntó mirándolo fijamente—. He visto tu colección de incunables y estoy segura que la compra de todos ellos no ha sido siempre muy legal. ¡Qué!, ¿ya no dices nada?

—No sé qué quieres que te diga. Esos libros son de mi padre, era un fanático de ese tipo de objetos. Si quieres te enseño unas cuantas piezas romanas. Quizá alguna coincida con el medallón que llevaba encima el cura que asesinaron —contestó él cansado de esta discusión—. ¿No te das cuenta de que estás diciendo estupideces? Sólo estoy siendo sincero. No estoy hecho para cuidar enfermos. ¡Odio las enfermedades! Aún más las de este tipo. Creo que estás perdiendo la noción de la realidad y no quiero que tu estado perjudique mis negocios. Eres mi mujer, ¿entiendes? Por mí quédate encerrada de por vida. ¡No me importa! ¡Pero no me pongas en evidencia! Si lo haces, te recluiré. ¿Lo entiendes?

—¡Por supuesto! A la perfección —dijo ella—. Y ahora a ver si me entiendes tú a mí. Sé que has estado mirando mis papeles, que has visto el recorte y los apuntes sobre la muerte del monje, y no quiero que vuelvas a entrar en mi estudio sin decírmelo, sin pedirme permiso antes. ¡No vuelvas a hacerlo!

—Lo que faltaba, que te atrevieras a prohibirme que me moviera a mi antojo en mi propia casa —replicó él—. ¿No te das cuenta?, ¿no ves cómo te pones por una estupidez? Por mucho que lo niegues, si sigues así, tendré que tomar medidas. Lo haré por tu bien y, por supuesto, por el mío.

—Sí, lo sé, acabas de decírmelo. Si mi presencia enturbia tu reputación, te desharás de mí ingresándome en una carísima clínica privada. Así nadie podrá acusarte de abandono —dijo Adela mirando fijamente a su marido—. Mira —dijo de repente Adela—, ¿no lo ves? Está ahí... Vete. ¡No vengas más! Estoy arrepentida ¡Dios me perdonará! ¡Vade retro, Satán!

Arturo miró intrigado hacia el ventanal. El odontólogo esperaba ver a alguien tras los cristales, pero no había nadie.

—No sé si estás loca de verdad o finges demasiado bien. Pero te juro que me has asustado —dijo Arturo mirando fijamente a su mujer, que seguía con el crucifijo en la mano derecha mientras se reía compulsivamente.

—Viene a por mí. Antes fue a por Abelardo. Él me avisó, me lo dijo y no le creí. Es el diablo... —dijo riendo a carcajadas, y sin dejar de mirarle añadió—: Me das risa. Es cierto que crees que estoy loca, no has perdido un segundo en mirar hacia la ventana. Quédate tranquilo, no creo en el diablo —dijo burlona.

—¡Ya está bien! Lo que acabas de hacer es lamentable. Mañana salgo para Madrid. Estaré fuera toda la semana, espero que tu estado de ánimo mejore. He quedado con Juan Antonio, el hermano de Carlota. Me ha dicho que tiene un amigo abogado. Es posible que contrate sus servicios... —se interrumpió—. No sé para qué te digo nada de esto... —dijo Arturo malhumorado al ver que su mujer seguía riéndose de él mientras miraba la ventana.

—¡Es cierto! Lo había olvidado, ¡perdóname! —respondió Adela—. Olvidé que no tienes abogado. Claro que todo es culpa tuya. Si no le hubieses dado un puñetazo a Goyo, todavía le tendrías a tu servicio. Es demasiado legal pero es el mejor. Abelardo siempre decía que era el mejor abogado que había conocido... ¡Ay, qué estúpida soy!, si Goyo ya no es el mejor en nada, ahora está muerto... Tienes razón, estoy loca, rematadamente loca. ¡Ten cuidado! Tal vez mi locura me haya hecho confundir la identidad de la próxima víctima y seas tú en vez de yo el siguiente que muera a manos de ese asesino. ¿No te has parado a pensar que quizá también tú estés en su lista? —preguntó tratando de contagiarle su miedo.

Arturo no respondió.

—Ah, por cierto —dijo Adela—, con tanta estupidez y con tanta locura, se me

había olvidado decirte que esta mañana llamó esa joven estudiante de odontología que se estuvo tirando Carlos antes de que yo le conociese. Gracias a mí no le metió en un buen lío. Dice que necesita que le echas un vistazo a su tesis. Le dije que los polvos se te daban muy bien, pero que de tesis nunca habías tenido mucha idea.

—¿Que le has dicho qué? —preguntó Arturo atónito

—Pues la verdad, le dije la verdad. Que tú, echar, sólo echas polvos. Que vistazos no echas a nada y menos a una tesis. Que estaba mal informada —respondió riendo a carcajadas.

—¡Joder! ¡Qué mala leche tienes! Eres consciente de lo que has dicho, y eso es lo más grave. Rosario no tiene nada que ver conmigo, sólo le estoy dirigiendo su tesis. Carlos me pidió el favor, y yo le prometí que la ayudaría. Ni Carlos se ha acostado con ella, ni yo lo estoy haciendo. Y en el caso de que lo hiciese, te recuerdo el pacto al que llegamos antes de casarnos. Dijimos que cada uno llevaría el tipo de vida que quisiese.

—Lo hago para salvaguardar tus intereses. Créeme si te digo que esa joven es un auténtico problema para cualquier hombre. Si no me crees pregúntale a Carlos, te pondrá en antecedentes enseguida. Anda, pregúntale —insistió Adela—. Porque estoy convencida de que ni tan siquiera le has comentado nada sobre ella. Si lo hubieras hecho te habría dicho que tuvo problemas, serios problemas por su culpa. No entiendo la obstinación que tienes en afirmar que Carlos no se ha acostado con ella, no lo entiendo. Y hablando de promesas, te recuerdo que tú tampoco has cumplido la que hiciste. No sólo eso, sino que ahora pareces el mejor amigo de Carlos...

—Nunca te dije que pensara dejar de ser amigo de Carlos. Dije que te ayudaría a conseguir su editorial. Tú eres la culpable de que la venganza no se lleve a efecto. Sólo te preocupa buscar al asesino, y si estás en lo cierto, él te encontrará a ti antes de que tú le encuentres a él. Me obligaste a comprar el local, y gracias a Carlota todo está empezando a funcionar. Si no hubiese sido por ella, habría tirado por la borda un montón de dinero. Sin embargo, la agencia me está reportando grandes beneficios, y no sólo eso, Carlos está encantado. Le ha proporcionado dos nuevos talentos literarios en muy poco tiempo. Incluso ha llegado a hacer que el mundo de la literatura me interese como nunca habría podido imaginar.

—Carlota es perfecta. Tan exótica, con su pelo caoba rizado, con sus enormes y puntiagudos pechos y esos amplios pezones que casi se tocan con la vista. ¡Nunca lleva sujetador! Sus pecas, no se me pueden olvidar sus infinitas pecas anaranjadas que colonizan todo su cuerpo... ¿También tiene pecas en los pezones? Deberías saberlo. Sé que te has acostado con ella.

—No, aún no. Pero lo haré. Carlota me gusta —contestó él sin inmutarse—. ¿Ya estás más tranquila? Bien, pues creo que ya hemos hablado de todo lo que teníamos

que hablar... —Arturo la miró apenado—. ¿Por qué cada día estamos más lejos el uno del otro? ¡Creo que te estás destruyendo conscientemente! ¡Yo no te seguiré! Me marchó. No quiero perder el vuelo —dijo malhumorado.

—¡Qué te diviertas! Tal vez cuando vuelvas ya me hayan cortado los dedos, pero tú no te preocupes. Ante todo mantén las apariencias. No olvides que lo más importante es el estatus social.

El hermano de Carlota, Juan Antonio, había concertado la entrevista con Arturo. Raimundo era su recomendado para ocupar el puesto de Goyo. Juan Antonio y él eran grandes amigos:

—Muéstrate tal como eres. Ante todo, no debes ocultarle que estuviste haciendo la tesis de psiquiatría con Abelardo —sugirió Juan Antonio.

—No tengo por qué hablar de ello ni por qué ocultarlo. Creo que mi vida no le interesa. Lo único en lo que debe estar interesado es en mis servicios. No creas que tengo mucho interés en este trabajo, me ha cogido por sorpresa. Aún no he terminado con la tesis —contestó Raimundo.

—Sabes que el puesto te vendrá bien. Hasta que recibas el dinero de la venta, necesitas ingresos. Una vez que lleves trabajando para ellos un tiempo, no querrás abandonarlos. Pagan demasiado bien, aunque no debería decirlo, pero es una verdad como un templo. Sobre tu tesis y tu vida privada, tienes razón. Así es como siempre debería ser: la vida privada sólo debería ser asunto de uno, pero eso no es cierto. Debes hacerme caso. Conozco a Arturo. No le ocultes nada. Es muy inteligente, y no sólo eso, también es muy poderoso. Tiene demasiado dinero, demasiado prestigio, demasiados amigos. Tiene demasiado de todo. Acabará sabiendo más de ti que tú mismo. Créeme, si le dejas la puerta de tu vida personal abierta, jamás la atravesará. Sin embargo, si se encuentra con alguna cerradura, no dudes que encontrará la llave y se paseará por todas las habitaciones sin el más mínimo reparo.

—Está bien. No te preocupes. No creo que sea tan difícil conseguir ese puesto. Si no lo logro, tampoco me supondrá ningún disgusto. Seguiré mermando mis ahorros hasta que tenga una nueva oportunidad, hasta que reciba el dinero de la venta —contestó Raimundo.

—Bien. Espero que cuando acabe el almuerzo me llames para contarme qué te ha parecido Arturo —dijo Juan Antonio.

—Prometido. Hasta luego.

Arturo recogió a Carlos en la editorial y los dos se dirigieron al restaurante donde habían quedado con Raimundo. De camino, los dos amigos conversaron sobre el nuevo abogado que Juan Antonio les había recomendado.

—¿Tú le conoces? —inquirió Carlos.

—¡Qué va! Aún no le he visto. Pero imagino que será el típico intelectual callado. Hacemos apuestas a que es tan antiestético como el plástico y tan tedioso como las películas sin sexo. ¿Nos apostamos algo a que no encuentra el restaurante?

—¿Le dijiste dónde estaba? —preguntó Carlos.

—Pues mira no se me ocurrió —contestó Arturo burlón.

—¡No jodas! ¿En serio que has hecho eso?

—Sí. Lo hice porque fue Juan Antonio el que hizo la reserva. Imagino que Raimundo, siendo su recomendado, sabrá dónde está el restaurante. ¿Qué te parece si pasamos? —preguntó Arturo cediendo el paso a su amigo.

Los dos hombres entraron en el local y tomaron asiento. Cinco minutos después apareció Raimundo. El *maître* se dirigió a él con actitud de agrado y familiaridad. El resto del personal le saludó con evidente respeto. Cuando Arturo vio entrar a Raimundo no le prestó atención, pues en ningún momento imaginó que aquel hombre podía ser el que ellos estaban esperando, hasta que le oyó contestar al *maître*:

—No, Juan. Hoy no. Es usted muy amable. Pero hoy no almuerzo solo. Tengo una cita de negocios, me espera don Arturo Depoter.

Arturo giró bruscamente la cabeza observando con detenimiento al hombre que se dirigía hacia su mesa acompañado del *maître*. Medía aproximadamente un metro noventa, tenía el pelo rubio y los ojos verdes. Vestía traje de seda verde oscuro de pantalón ancho con pinzas y llevaba zapatos marrones de tafilete del mismo tono que su cinturón. La corbata, que acariciaba la camisa de seda blanca con iniciales bordadas en verde hoja, era de firma, igual que el resto de su indumentaria. Su aspecto era excesivamente pulcro. Su caminar pausado desbordaba elegancia. Carlos sonreía expectante ante la reacción de Arturo.

—Buenas tardes, señores —dijo Raimundo—. Perdonen el retraso. He tomado un taxi. Madrid está imposible. Ya saben ustedes lo que es circular a estas horas por la Castellana. Raimundo de Arcade —se presentó—. Bien, lo dicho, es un placer —concluyó al tiempo que extendía su mano.

—Encantado —respondió Arturo estrechando la mano de Raimundo.

—Un placer —dijo Carlos sonriente.

Los tres hombres tomaron asiento y se dispusieron a leer la carta, de la que Raimundo hizo caso omiso. Carlos lo observaba, impresionado por su apariencia.

—Verá, Raimundo —dijo Carlos pensativo—, he de confesarle una cosa. Creo que debo decírselo porque ya que usted va a llevar nuestros temas legales es conveniente que seamos sinceros entre nosotros, ¿no cree? —Raimundo asintió—. Verá, antes de que entrase nos estábamos preguntado cómo sería.

—¿Cómo sería quién? —preguntó Raimundo.

—Como sería usted. Especulábamos con su imagen. Su apariencia física. Yo llegué a imaginarle con esas típicas gafitas de intelectual, entrando en el restaurante con aire despistado, vestido con un traje gris oscuro y una corbata pasada de moda.

—No se equivocó del todo —contestó Raimundo sacando unas gafas del bolsillo interior de la chaqueta y poniéndoselas—. Como verá no son minúsculas, tengo bastantes dioptrías. No puedo llevar lentillas. Si no me diesen tanto miedo las nuevas



técnicas, lo digo por nuevas que no por técnicas, ya me habría operado. Lo habría hecho por comodidad, no por estética. ¡Odio tener que depender de cualquier objeto material! Me refiero a cualquier cosa que no se pueda guardar en la cabeza...

—Y bien —interrumpió Arturo distante—, ¿cuándo cree que podrá hacerse cargo de todo? Tengo bastantes temas que necesitan ser atendidos con urgencia.

—Cuando ustedes quieran. Estoy a su entera disposición. Lo único que tengo pendiente es mi tesis de psiquiatría, pero ello no impedirá que lleve sus temas con total dedicación.

—¿Es usted psiquiatra además de abogado? —preguntó Arturo sorprendido.

—Sí. Pensé que me sería muy útil conocer la mente humana si iba a ejercer la abogacía, ya que creo que las dos cosas están bastante relacionadas. En realidad siempre quise ser abogado criminalista. Ésa ha sido la gran razón, la única razón que me hizo estudiar psiquiatría.

—Si no es indiscreción, ¿en qué se basa su tesis? —preguntó Arturo.

—En el comportamiento de los asesinos en serie, los motivos, el porqué de sus actuaciones... Suelen ser gente que tienen en general un comportamiento normal, que incluso destacan por cumplir con excesiva pulcritud las normas vigentes. Hasta pueden ser personas que sobresalen por su sensibilidad; pero, de repente, un buen día se convierten en seres sin raciocinio —explicó Raimundo—. Comencé a desarrollar mi tesis estudiando el caso de Abelardo Rueda, el escritor. Creo que ustedes eran sus amigos —dijo observando la expresión de sorpresa de los dos hombres.

Arturo y Carlos se miraron.

—¿Cómo ha dicho? ¿Ha basado su tesis en el comportamiento de Abelardo? —preguntó Carlos.

—No. No, exactamente —respondió Raimundo—. Seguí, a través de la prensa, todo lo que ocurrió desde el primer asesinato. Cuando se cometieron los dos primeros homicidios, tomé mis primeras notas. Al cometerse el tercero, esos apuntes me parecieron muy interesantes y adquirieron mucho más sentido del que yo pensé que podían tener en un principio. Cuando don Abelardo fue internado, solicité hacerme cargo de su cuidado diario con la única gratificación de poder estudiar su comportamiento. Comencé mi trabajo en el mismo hospital. Un trabajo que tuvo un resultado del todo insatisfactorio.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Carlos.

—Sencillo; don Abelardo no era un asesino. Tampoco un psicópata. Sin embargo, no abandoné su cuidado, aunque sí mi tesis; bueno, quiero decir la base en la que se había asentado. Por ello, comencé a construir una nueva, que es la que quiero presentar.

—Dice usted que sabía que Abelardo era inocente. Si lo sabía, ¿por qué no se lo comunicó a la policía? —inquirió Arturo.

—¿Por qué debía hacerlo? Yo no tengo nada que ver con lo que ocurrió, simplemente estaba desarrollando una tesis. Los temas de investigación de crímenes sólo le corresponden a la policía. Don Abelardo estaba, en los momentos que yo compartí con él, con sus facultades mentales francamente perturbadas. Que yo pensase desde un primer momento que era inocente no quiere decir que estuviese en lo cierto. Aunque más tarde se demostrase su inocencia. Yo, señores, no estaba allí como policía, recuerden que aquello era un hospital y yo estaba estudiando el comportamiento de un enfermo mental, no lo que hizo con anterioridad a su internamiento. Tampoco formé parte del equipo médico; me dedicaba exclusivamente a recopilar datos para mi tesis.

—Tiene usted razón —dijo Carlos—. Permítame que, dados sus conocimientos sobre psiquiatría, me tome la libertad de hacerle una pregunta. ¿Sería capaz de hacer un perfil del asesino?

—¿De qué asesino?

—Pues del que ha cometido todos esos crímenes horripilantes. Si dice que Abelardo no era el responsable, el autor material de los crímenes, me gustaría saber cómo cree que es ese hombre, cuáles son los rasgos de su personalidad más destacados.

—No creo que sea posible. Al menos desde el punto de vista profesional. El responsable de esos crímenes no es un loco. Todo demuestra que se trata de una persona cuerda. Sinceramente, creo..., bueno, estoy seguro de que es alguien inteligente, demasiado inteligente. Está más cuerdo que cualquiera de nosotros y es tan listo que ha sido capaz de parecer un loco sin serlo. Ha engañado a la policía, a los medios de comunicación, y creo que también hizo que la esposa del escritor pensara que Abelardo Rueda era el autor de los homicidios. Teniendo en cuenta todo eso, parece que cualquiera de nosotros podría ser el homicida... —dijo irónico Raimundo.

—¡Qué barbaridad! Nadie que esté en su sano juicio mataría de esa forma —contestó Arturo indignado.

—¿Usted cree que para matar hay que estar loco? ¿Que la locura es la causante de la maldad humana?

—¡Por supuesto! —exclamó Arturo indignado.

—Se equivoca. Olvida las guerras, olvida las personas que padecen en sus vidas la indiferencia de las empresas farmacéuticas porque éstas no invierten en enfermedades raras, porque no es rentable invertir en unos pocos. Olvida los muertos diarios a causa de las hambrunas que hay en el mundo y las personas que mueren en la carretera por culpa de las irresponsabilidades de algunos conductores... Creo que usted no tiene claro el concepto de responsabilidad en relación con una muerte. Los asesinos no son sólo los que matan a una persona. La responsabilidad de una muerte

va más allá. Debería analizar con más detalle lo que ocurre en nuestro mundo cuando lee la prensa diaria. La maldad humana no tiene nada que ver con la locura. El asesinato no es consecuencia de la locura, sino de la maldad y de la avaricia. No olvide que hay muchas formas de asesinar, que hay demasiados criminales sueltos en el mundo a los que nadie se atreve a encausar.

—No diga usted tonterías —respondió Arturo malhumorado—. ¿Cómo puede comparar las hambrunas o las guerras con los crímenes de un asesino en serie? ¡Qué barbaridad! Es... es absurdo. Desproporcionado. Me parecen desproporcionadas sus comparaciones.

—Depende de cómo mire usted lo que ha ocurrido; ya sabe que todo es relativo. Está demostrado que el hombre mira lo que le interesa ver. El cerebro recibe sólo lo que percibe como interesante —respondió Raimundo—. Por ejemplo, se sorprendería de la cantidad de objetos que, dependiendo de su disposición, a pesar de estar en una habitación, ni siquiera los vemos porque nuestra mente los desecha por considerarlos insustanciales. Cosas que siempre han estado en un lugar (en una pared, en el techo...), de repente un buen día nos damos cuenta de que no las habíamos visto. El cerebro es selectivo. Demasiado selectivo.

—Hasta ahí estoy de acuerdo con usted, pero una cosa es la selección de detalles y otra muy diferente el que compare las muertes de las guerras, por ejemplo, con los crímenes de un asesino en serie.

—¿Usted cree? Se sorprendería de la cantidad de personas que teniendo sus facultades mentales perturbadas son incapaces de hacer daño ni a una simple e insignificante hormiga. Hace unos años —comenzó a explicar Raimundo— estudié el caso de un hombre que sentía verdadero dolor al pisar cualquier tipo de insecto. Su obsesión llegaba a tal extremo que no podía salir al campo porque era incapaz de dar un solo paso sin comprobar que no había aplastado a algún bicho.

»La necesidad de destrucción no siempre está acompañada de locura. Créanme, la necesidad de destrucción no es un indicio de locura. Algunas veces es un indicio de otra necesidad, de la necesidad de poder. El poder de la creación, que siempre va unido al poder de la destrucción. La necesidad de suplir alguna carencia o el simple hecho de hacer algo que gusta; es muy sencillo, tanto como tomar una comida que nos gusta. Puede parecerles demasiado cruel, pero eso es lo que yo opino. Hay muy pocos locos que maten sin saber lo que hacen; por tanto, no se les puede definir como locos. Casi todos los asesinos en serie, por no decir todos, e incluso aquellos que se dejan llevar por un estado de ánimo exaltado en condiciones determinadas de euforia, son conscientes de lo que están haciendo y de por qué lo hacen; son incluso conscientes de sus consecuencias. En muchos casos se evidencia claramente la coartada que el asesino iba sopesando en el momento de cometer el crimen. Cómo había tenido en cuenta sus derechos legales y la posterior utilización de los mismos.

La ley protege al enfermo, pero se olvida de que antes hay que demostrar que se está enfermo. El salirse de la norma, el ser malo por naturaleza, no implica ser un demente, no implica no saber lo que se hace, lo único que implica es que se es diferente. Y la única diferencia estriba en que mientras que la mayoría respetamos la vida, existe una pequeña minoría que adora destruirla.

Arturo y Carlos escuchaban extasiados a Raimundo.

—Yo creo que un asesino es un loco. Una persona que corta los dedos de sus víctimas y hace las barbaridades que ha hecho el asesino que ha cometido esos crímenes no puede estar cuerdo. No se puede cometer esas aberraciones sin perder la cordura —contestó Arturo.

—¡Por supuesto que se pueden cometer! Un asesino es un ejecutor, es una persona que disfruta haciendo el mal. Es consciente de lo que hace porque disfruta con ello. Si es consciente, no está loco; es un hijo de puta.

—Entonces, según usted, habría que encarcelar a muchos enfermos mentales —dijo Carlos.

—¡Por supuesto! Deberían estar encarcelados de por vida. Está demostrado que la mayoría vuelven a delinquir. No se deben correr riesgos con ese tipo de conductas. Yo creo que habría que basarse en las necesidades de estas personas. Suelen ser personas inteligentes que llegan en muchos casos a controlar sus impulsos para hacer creer que están curados, cuando siempre han estado bien, porque no son enfermos. Cuando lo consiguen, salen y vuelven a matar.

—Creo que su tesis es una hipótesis muy personal. No estoy de acuerdo con ella. Hay infinidad de casos que demuestran lo contrario... Y usted habla como si estuviese en posesión de la verdad —dijo Arturo tajante e irónico.

—No he querido parecer pretencioso —contestó Raimundo—. Es posible que haya excepciones que confirmen la regla. Pero la mayoría responden al perfil que les he hecho. Es duro admitir que hay un vacío de diagnóstico y legal en estos temas, pero así es.

—¿Cómo cree que es el asesino? Por supuesto me refiero al Octavo Jinete del Apocalipsis —preguntó Carlos.

—Muy inteligente, un hombre excesivamente inteligente. Estoy convencido de que planificó concienzudamente cada uno de los detalles de su último asesinato. Es más, me atrevería a asegurar que no ha copiado ni un solo párrafo de la Biblia. Sus anónimos son una trascripción literal de alguno de los textos escritos por don Abelardo Rueda. En relación con estos crímenes, hay algo que se le escapó a la policía, estoy seguro de ello. No se han seguido las pautas habituales. Desde el primer momento, todo pareció una encerrona para el escritor. Todo condujo a su detención, a su degradación física y mental. Es curioso que, una vez arrestado Abelardo Rueda, el asesino dejase de perpetrar sus crímenes. El asesinato del abogado tampoco responde

a las pautas habituales de este tipo de crímenes. Tuvo que haber algún motivo de peso que le obligase a matarlo; estoy seguro de ello.

—¡Impresionante! —contestó Carlos—. Impresionante, pero ¿en qué se basa para afirmar todo eso?

—Don Abelardo insistía en que el asesino seguía un guión —dijo Raimundo—, y todo indica que tenía razón. Todo estaba a la vista, era demasiado claro, y eso fue lo que confundió a todos. Fácil, fue demasiado fácil dar con un primer sospechoso.

—¿Usted también va a salir con lo de la novela? Adela me ha jurado que nunca existió —dijo Arturo.

—¿Adela? —preguntó Raimundo.

—Adela es su mujer —contestó Carlos—. Se casaron después de que Abelardo falleciese. Antes era la mujer de Abelardo.

—¡Perdone! No sabía que su mujer fuese la viuda de don Abelardo. Abelardo estaba obsesionado con ella. Estaba dolido por sus acusaciones y por la indiferencia que mostró hacia él durante el proceso y su internamiento —dijo Raimundo—. Si ella le hubiera apoyado, creo que las cosas hubiesen tomado otro rumbo... Pero, por favor, no se ofenda; es sólo una opinión. Imagino que la que ahora es su mujer se encontró en una situación muy difícil. Debe ser horrible que todos los hechos inculpen a tu marido.

—No tiene ni idea de lo mal que lo ha pasado. Aún está afectada.

—Lo entiendo, pero volviendo al tema de la novela. ¿Es posible que existiese, pero que su mujer lo ignorase? ¿No ha pensado usted en eso? Hay muchos matrimonios que no saben nada de su pareja, aun creyendo que lo saben todo —dijo Raimundo.

—Eso es cierto —intervino Carlos—. Pero hay un detalle. Abelardo me entregó el sobre con la novela; sin embargo, Adela dijo que en el sobre que yo le devolví a su marido había una copia de un ejemplar que ya había sido publicado. Es más, Abelardo siempre hacía varias copias de sus obras y siempre registraba las obras antes de entregarlas, y esta vez, curiosamente, no lo hizo. Era maniático, casi obsesivo con su trabajo. Incluso se negaba a trabajar en ordenador, ni tan siquiera había uno en su casa. Todo lo hacía con la máquina de escribir, lo que a nosotros nos daba más trabajo. Fue extraño que no registrase la obra, que no tuviese nada para demostrar que existía.

—Cierto —dijo Arturo—. Yo creo que Abelardo estaba completamente loco, que se volvió loco por todo lo que le estaba pasando. A cualquiera le hubiera ocurrido lo mismo.

—Desde luego —dijo el editor.

—¿Y si no fuese así? ¿Y si el asesino en realidad tuviese una copia de la obra? Permítanme que les planteo una hipótesis de lo que pudo haber pasado —dijo

Raimundo.

—¡Qué interesante! —contestó Carlos entusiasmado—. Esto podría ser un buen guión.

—Perdón, señores. ¿Tomarán ustedes café? —interrumpió el camarero.

—Sí —contestaron los tres al unísono.

—¿Licor? —inquirió de nuevo el camarero tras tomar nota de los cafés.

—Sí. Anís para nosotros —dijo Carlos—. ¿Usted, Raimundo?

—Yo no, ¡gracias!

—¡Por favor, continúe! —dijo Carlos.

—Con una condición. No quiero que ustedes se sientan ofendidos por lo que pueda decir, porque percibo que a usted —dijo mirando a Arturo— le han molestado alguno de mis comentarios. Sólo voy a plantearles mi opinión sobre los hechos, basándome en lo que he podido averiguar haciendo mi tesis.

—De acuerdo —dijo Arturo encendiendo un puro.

—¡Ningún problema! —contestó entusiasmado el editor—. No tenemos por qué sentirnos ofendidos.

—Bien, pues entonces empezaré por usted, don Carlos. Imagine por un momento que Abelardo escribió esa novela. Imagine que usted la hubiese leído y hubiera decidido llevarla a la realidad con el fin de editarla y convertirla en un best seller basado en hechos reales. Lo más lógico sería destruir la copia. ¡Por cierto! Un detalle sin importancia: ustedes dos toman anís. El asesino, según la prensa, también toma anís con sus víctimas. Y la policía siempre ha encontrado anestésico en una de las copas. —Los dos hombres se miraron horrorizados. Raimundo continuó—: ¿No serán ustedes del grupo cero Rh negativo?

—¡Joder! Yo soy del cero Rh negativo, pero juro que no he matado a nadie y que no he visto nunca esa novela —dijo Carlos mirando la copa de anís.

—Mi grupo sanguíneo también es cero Rh negativo. Esto es una coincidencia estúpida —contestó Arturo.

—¡Por supuesto que lo es! Es lo que intento demostrarles... En el caso de don Abelardo, todo fue una cadena de simples coincidencias que hicieron que él pareciese el asesino. Y una de esas coincidencias pudo hacer que las copias de su obra desapareciesen y llegasen a manos del asesino... Cualquiera podría ser el asesino, ¿entienden? No todo tiene que ser lógico. La mayoría de las veces es ilógico, la misma realidad en muchas ocasiones no tiene sentido.

—Cierto, pero si la obra existe, ¿quién la cogió? —preguntó Carlos.

—Creo que nunca se sabrá. La persona que está cometiendo los asesinatos es demasiado inteligente. Nunca hubo pruebas suficientes y creo que nunca las habrá. Pienso, como ya les he dicho, que detrás de todo esto hay unos motivos más serios. Algo que hizo que don Abelardo fuese el blanco de las actuaciones del criminal, que

en todo momento quiso desprestigiar al escritor. Nunca me encajó que él insistiese en que el criminal seguía la trama de una de sus obras. No le encuentro sentido. Pero creo que no es un tema que deba ocupar nuestro tiempo. Don Abelardo ha muerto, ya no se puede hacer nada por él —concluyó Raimundo.

—Yo, contrariamente a sus hipótesis, creo que era el autor de los crímenes. Creo que por ello se quitó la vida. Es más, pienso que el asesinato de Goyo no tiene nada que ver con los anteriores. Estoy convencido de que algún loco ha seguido lo que se publicó en la prensa sobre los crímenes anteriores, diga lo que diga la policía, creo que es así —dijo Arturo mirando a Raimundo desafiante.

—Está muy equivocado. Se quitó la vida porque no pudo soportar su situación. La acusación y la condena de unos crímenes que él no había perpetrado, la impotencia que sentía y, lo más importante, verse abandonado y repudiado por la única persona que quería: su mujer. No olvidemos que no tenía familiares, que no tenía a nadie cercano, a excepción de su esposa. No pudo soportar aquello. Eso, junto a su demencia, que en aquellos momentos era real...

Arturo le interrumpió irónico:

—¿No ha dicho que no era un enfermo mental? ¡Aclárese! Porque un inepto como yo se pierde.

—Por supuesto que no era un enfermo mental. No el tipo de enfermo que todos pensaron. Los psicotrópicos que le administraron también desempeñaron un papel importante en su estado. Fue una suma de factores. Hay muchos enfermos mentales que llevan una vida normal. Esto del cerebro es como cualquier órgano del cuerpo. Usted puede tener una bronquitis y no desarrollar nunca una pulmonía. Don Abelardo desarrolló la pulmonía porque su diagnóstico y su medicación fueron incorrectos. Tampoco se le dio el trato que requería el tipo de demencia que padecía. Le dejaron a la intemperie y se congeló. ¿Me he explicado bien?

—Más o menos. Pero siguen sin convencerme sus argumentos. Es su opinión frente a la de un centenar de personas. Su tesis deja muchas dudas en el aire, ¿no cree?

—¡Por supuesto! Pero eso no quiere decir que no esté en el camino correcto, que mis opiniones no puedan ser las acertadas. Recuerde que casi todos los inventores, casi todos los científicos, para llevar a cabo sus descubrimientos, buscaron respuestas fuera de lo que defendía la mayoría.

—Sin ánimo de ofenderle, creo que, más que una persona demasiado segura de sí misma, me parece usted un presuntuoso.

—Si usted lo dice —contestó Raimundo indiferente—. Creo que deberíamos terminar con este tema. Percibo que el ambiente no es el adecuado y tampoco concierne a nuestra relación profesional. Discúlpenme.

—No tiene que pedir disculpas. Todo lo que le pasó a Abelardo nos interesa.

Éramos sus amigos, y usted lo único que ha hecho ha sido responder a nuestras demandas de información, defendiendo además el honor de nuestro amigo. ¿Verdad, Arturo? —preguntó el editor mirando al odontólogo.

—Verdad. No se preocupe, no tiene motivos para ello —dijo sonriendo burlón.

La comida terminó casi como había empezado, con la salvedad de la admiración que Carlos sintió por aquel joven letrado que, según pensó, había confundido su carrera.

—Perdón, Raimundo —dijo Carlos—. Si me permite, le diré que creo que usted debería escribir y dejar la abogacía. El género de suspense le viene a la medida.

—Tal vez algún día... Nunca se sabe —dijo Raimundo—. Entonces ¿nos vemos mañana en la editorial a las once?

—A las once —contestó Arturo.

—Hasta mañana. Ha sido un placer —contestó satisfecho Raimundo extendiendo su mano.

—Hasta mañana —respondieron Carlos y Arturo al unísono mientras observaban cómo Raimundo se marchaba.

—¿Tomamos algo? —preguntó Arturo.

—Nunca me había encontrado con un tipo así. ¿No crees que es especial? —preguntó el editor.

—Bastante. Como todos los psiquiatras. Si te soy sincero, creo que tienes razón: debería dedicarse a la literatura. Como psiquiatra no creo que fuese bueno. Se ha tomado demasiado en serio las palabras de Abelardo —dijo Arturo con ironía.

—Eso es cierto. La novela no existe. Yo había notado un estado de ánimo en Abelardo un tanto raro. Estaba demasiado obsesionado con que le devolviera la copia que me entregó. Tal vez Abelardo quería darle publicidad a una obra que no estaba escrita. Quizá quiso escribir sobre los asesinatos que se habían cometido y después decir que el asesino se había basado en su obra... Ese tipo de publicidad favorece mucho las ventas —dijo Carlos.

—Muy posible, pero ¿no crees que si hubiese habido una obra Adela lo habría dicho? Tú sabes que ella siempre leía las obras de su marido —dijo Arturo—. En fin, espero que Raimundo sea un buen abogado.



**15 de diciembre de 1998**

Aquella noche, Ana Toledo, amiga de la estudiante asesinada, Isabel Sensiar, recibió una visita.

—Busco a la señorita Ana Toledo.

—Soy yo, ¿quién es usted? —preguntó la joven.

—Soy el comisario que lleva el caso de su amiga Isabel. Imagino que sabrá que se ha reabierto.

—Sí. El señor Armando López me visitó la semana pasada.

—Entiendo, don Armando López ha sido relevado del caso. Ahora lo lleva mi departamento. Estamos haciendo nuevas indagaciones. Los últimos acontecimientos han dado un nuevo rumbo a las investigaciones y necesitamos, una vez más, su colaboración.

—Pase —dijo la joven abriendo la puerta—. ¿Qué quiere saber? —preguntó Ana.

—Este libro se encontró en el apartamento de su amiga. —El hombre extendió la mano ofreciéndole el libro—. Mire el sobre que hay dentro. Está dirigido a usted. Creo que deberíamos esclarecer el contenido del mismo.

Ana abrió el sobre y leyó su contenido:

Querida Ana:

Me marchó. He descubierto lo vuestro. No entiendo cómo puedes haberme hecho esto. ¡Cómo has sido capaz de traicionarme! Debiste decirme que te acostabas con él. Eres la responsable de todo lo que me pase.

Isabel

La muchacha dobló el papel y lo volvió a introducir en el sobre. Entregandoselo al hombre dijo en tono sosegado:

—Conozco la nota. No entiendo cómo no la vieron el día del crimen. Esta nota tiene dos años. Me había acostado con el chico de Isabel. Ella se enteró y se enfadó tanto que estuvo a punto de dejar la facultad y marcharse de Madrid. No tiene nada que ver con lo que ha pasado ahora.

—Eso es lo que dice usted. Pero... imagino que será difícil demostrar que es cierto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ana.

—Tendrá que volver a declarar. Por eso estoy aquí. Si usted me demuestra que es cierto lo que dice, se evitará muchos problemas. De lo contrario, es posible que se la acuse de ocultar pruebas, así como de falso testimonio —dijo él.

—¡Yo no tengo nada que ocultar! —exclamó la joven mirando fijamente al

hombre mientras que éste se deshacía del sombrero—. ¡Oiga yo a usted le he visto antes! —dijo Ana intentando recordar.

—Es posible. Tal vez el día del crimen de su amiga —contestó el individuo.

—No. ¡Ya sé! —exclamó Ana.

Ésas fueron las últimas palabras que pronunció. El hombre la agarró con fuerza del cuello con la mano derecha al mismo tiempo que con la izquierda introducía el extremo de un bote de plástico en la boca de Ana. Al instante, la joven perdió el conocimiento.

El cadáver fue encontrado a los dos días. Los catedráticos de la universidad y los compañeros de Ana, alarmados por su ausencia, y la falta de respuesta a sus llamadas, decidieron denunciar su desaparición en comisaría. Cuando la policía entró en su apartamento, se encontró con el cuerpo inerte de la joven tendido sobre el sofá del salón. Su cuello había sido seccionado. Los dedos de su mano derecha habían sido amputados a excepción del pulgar. El asesino los había dejado expuestos sobre la pequeña mesa auxiliar formando la letra «A». Encima del pecho de la joven había un sobre rojo que contenía este anónimo:

Todo está escrito:

*Apocalipsis 6*

Cuando el cordero abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto animal que decía: “Ven”. Y vi aparecer un caballo pajizo, cuyo jinete se llamaba Muerte....

Los medios de comunicación dieron detalles exhaustivos del asesinato de Ana. Las declaraciones de la policía fueron contundentes: «Es evidente que la víctima conocía al agresor. Todo demuestra que ocultó datos en su declaración anterior. En la mesa, junto al anónimo, se encontró una nota de su amiga Isabel, recientemente fallecida, como todos ustedes recordarán. Creemos que el contenido evidencia la relación de ambas con la misma persona. Esta persona puede ser el asesino que estamos intentando identificar».

Aquel diecisiete de diciembre Adela escuchó la noticia del asesinato de la joven universitaria por televisión. Cuando los detalles fueron dados a conocer y se estableció la relación con las anteriores muertes, Adela palideció. Se levantó del sofá, descolgó el teléfono y marcó el número del hotel donde se alojaba Arturo en Madrid.

—¡Arturo!

—Dime, ¿qué pasa? Son las doce. Hace una hora que estoy durmiendo. Me has despertado. ¿No sabes que tengo que estar en el aeropuerto dentro de siete horas? Salgo en el vuelo de las nueve.

—Han matado a Ana —contestó Adela

—¿Quién es Ana? —preguntó Arturo.

—Ana es la joven que declaró contra Abelardo, la estudiante que era amiga de la inquilina de tu ático, del ático en el que vivíamos Abelardo y yo. ¿Entiendes? Ha vuelto a matar. ¡Ese hijo de puta...! Ese mal nacido está matando de nuevo.

—Adela, cálmate. No entiendo nada de lo que dices.

—¡Tengo miedo! —dijo ella entre sollozos—. Quiero que vuelvas. ¡Estoy asustada!

—Debes tranquilizarte. No sé quién es Ana. Tranquila. No te va a pasar nada. Yo regreso a las nueve. Cuando esté en casa me cuentas lo que quieras. Ahora necesito descansar. Tómame un tranquilizante y te metes en la cama. No debes preocuparte. Hasta mañana —dijo Arturo colgando el teléfono.

—¿Quién era? —preguntó Rosario que salía desnuda de la ducha.

—Mi mujer. Le gusta controlarme.

La joven se inclinó sobre la cama e introdujo el dedo meñique del pie de Arturo en su boca...

—¡Hijo de puta! Me ha colgado. ¡Será hijo de puta...! —gritó Adela enfurecida mirando el auricular.

Estaba sola enfrentándose a un destino escrito con anterioridad. Con cada minuto que transcurría se reafirmaba la teoría de que la letra «G» le correspondía a ella. Su papel era el de la esposa del catedrático en la novela, tal como Abelardo había dicho antes de su reclusión, antes de perder la cordura. Pero en esos momentos, la predicción que Abelardo hizo de su muerte no era lo que a ella le preocupaba. Ahora todo confirmaba que las deducciones a las que él había llegado eran correctas. Adela estaba en el punto de mira del asesino, un criminal que andaba buscando algo más que notoriedad. Ella sabía que el homicida utilizaba esa notoriedad que le aportaba su forma de actuar para ocultar sus verdaderas intenciones, para despistar a la policía y a la opinión pública. Su forma de matar era demasiado novelesca, excesivamente desgarrada y cruel, tanto que impedía que los investigadores pudieran ver cuál era su objetivo real, y por ello, desde el primer homicidio, la línea de investigación se encaminaba erróneamente a considerar al criminal un asesino en serie más. Adela tenía plena conciencia de que esta vez su rival era posiblemente más inteligente que ella. Sopesaba la posibilidad de que los verdaderos motivos del criminal fuesen llegar al libro que su marido sacó del monasterio, el incunable del que el fraile se negó a hablar, del que el ciego le habló. En aquellos momentos estaba casi segura de que el asesino creía que ella también era partícipe de la información que contenían aquellas páginas, y que tal vez el homicida creyera que ella tenía el libro del monasterio. Era su mujer, la viuda del literato, ¿quién mejor que ella habría tenido acceso a esa información?

Ciertamente, el asesinato de Ana había conseguido desatar todos sus miedos. Ella

había planificado días antes la visita a casa de la joven. Dedujo que era la única persona que podía describirle al asesino, lo que le sería de gran ayuda para llegar hasta él. Pero ahora la muchacha estaba muerta. Su asesinato confirmaba lo que Adela había sospechado: que Ana podía, llegado el momento, identificar al asesino.

Cuando Arturo regresó de Madrid, Adela estaba sumida en una crisis de histeria. El servicio le comunicó que había estado así durante toda la noche. El odontólogo intentó tranquilizarla, restarle importancia a lo sucedido, pero Adela no dejaba de afirmar que estaba en peligro, que tenía que encontrar al culpable, y permaneció toda la noche en vela, recluida en su estudio.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, recibió una llamada telefónica de un cura que le pedía que acudiese a la iglesia de Santa Eulalia, situada en el Puig de Missa (la «montaña de la misa»). El hombre decía que un agustino procedente del Monasterio de El Escorial estaba allí y quería hablar urgentemente con ella.

Adela no hizo preguntas. Sabía de lo que el agustino quería hablar con ella, e incluso dio por hecho que se trataba del mismo con el que tuvo la refriega a la salida del monasterio, por lo que sin decir al servicio ni a Arturo, que seguía durmiendo, adonde iba, se marchó a la iglesia.

Adela condujo hacia el oeste y cruzó la ciudad, que a esas horas aún permanecía inmersa en el silencio del amanecer. Atrás quedó el puente romano. Arriba, sobre Puig de Missa, se divisaba la iglesia de Santa Eulària des Riu, perteneciente al siglo XVI, mostrando el esplendor de sus entechadas paredes.

Antes de entrar en el recinto, contempló el municipio de Santa Eulalia que, desde allí, se divisaba casi en su totalidad. Dejó que, por un momento, su mirada se perdiera por el contorno de la bahía de cala Llonga.

Bajo el arco de la entrada, justo en el centro de la gran cruz, estaba el agustino esperándola, quieto, recto como el ciprés que a pocos metros parecía vigilar sus movimientos. Se aproximó a ella y, con una calma más propia de un espectro que de un alma viviente, le dijo mirándola a los ojos:

—Me alegro de que haya venido. Nuestra conversación no le quitará demasiado tiempo. Lo que tengo que decirle es breve, como suele ser todo lo que tiene importancia. Supongo que imaginará a qué he venido y que sabrá valorar el esfuerzo que supone para mí estar aquí.

—Intuyo el motivo de su visita, pero estoy deseando que usted me lo cuente. Mi experiencia en su monasterio —dijo remarcando el posesivo— fue un tanto desagradable y no me resultó de gran ayuda; perdí el tiempo aquel día, porque ustedes se negaron a darme la información que iba buscando, información de la que ahora creo que depende mi seguridad. Espero que esta vez me diga usted la verdad —dijo Adela quitándose las oscuras gafas de sol.

—Creo que será mejor que caminemos —dijo el monje—. Yo no puedo darle toda la información que usted precisa. No puedo hacerlo porque no dispongo de ella. Mi visita es extraoficial, igual que la información que puedo darle sobre todo lo acontecido desde que su marido comenzó a escribir una obra sobre el Real Monasterio.

—No entiendo muy bien lo que quiere decir. Yo vi cómo el bibliotecario le llamaba. Usted me esperó en la salida, me abordó e insinuó que dejara mis investigaciones. No me diga que no dispone de información suficiente, no diga usted mentiras, le recuerdo que su religión no se lo permite.

—No estoy aquí para valorar si mi comportamiento o actitud frente a un problema como éste es la correcta. De todas formas le agradezco que me recuerde mis deberes cristianos, y le tranquilizo al respecto de ello. Yo, como todos en su momento, daré cuentas a Dios de mis actos.

—Eso no lo dudo —dijo ella sonriendo.

—Antes de comenzar le rogaría que le dejara su bolso al padre —dijo el agustino girándose hacia atrás. Adela dio un respingo, no se había percatado de que otro monje

caminaba detrás ellos a unos pocos metros. El agustino paró hasta que el otro eclesiástico estuvo a su lado y Adela le dio el bolso. Acto seguido volvió a retirarse lo suficiente como para no oír nada de la conversación—. No crea que es cuestión de desconfianza, sólo de seguridad. Es importante que usted no tenga prueba alguna de mis palabras.

Adela sorprendida miró al agustino y dijo:

—¿Que no es desconfianza? Ni que esto fuese secreto de Estado mayor. Sepa usted que lo único que me interesa es saber lo suficiente como para no seguir en peligro, nada más. No creo en sandeces, soy atea. No debe preocuparse por mí. Jamás pondré en tela de juicio su hermetismo, porque creo que la Iglesia no sería nada sin él. No es mi intención dejarles fuera de servicio. Allá cada cual con sus pecados.

—Veo que todavía no ha entendido la gravedad de todo lo que se cierne en torno al texto que su marido estaba escribiendo.

—¡Por supuesto que lo he entendido! Créame si le digo que más de lo que se imagina.

—En ese caso le rogaría que me dijese si leyó en algún momento algo de lo que su marido transcribió del libro que sacó del Real Monasterio sin permiso.

—Pensé que me había llamado para aclararme todo este jeroglífico, pero veo que lo que quiere es que sea yo la que le dé información. Creo que debería marcharme, me da la sensación de que usted me está tomando el pelo con un descarro poco frecuente y menos ortodoxo. Mi tiempo también es muy valioso, ¿sabe?

—No pretendo en absoluto tomarle el pelo, como usted dice. Nada más lejos de mi intención. Pero sólo puedo darle la información justa, y para ello debo conocer cuánto sabe usted en relación con los acontecimientos.

—Creo que eso ya se lo dije en nuestro primer encuentro. Sé que mi marido realizaba un trabajo sobre un libro perteneciente a la colección de herméticos de Juan de Herrera, un libro que desapareció de la biblioteca del monasterio y que volvió a aparecer en su sitio de una forma extraña. Un libro que debe contener textos de relevancia para ustedes, para la Iglesia católica. Sé —continuó Adela— que un miembro de su congregación falleció en circunstancias extrañas e imagino, por lo que me contó el ciego al que usted llamó Mefistófeles, que fue la persona que le prestó el libro a mi difunto esposo. Creo que la locura de Abelardo estaba relacionada con la lectura de ese libro, porque la primera crisis que sufrió ocurrió justo después de comenzar su trabajo sobre el monasterio. Eso me hace pensar que se trata de una obra que contiene información que puede ser considerada excepcional por muchos. Abelardo era una persona muy complicada, demasiado analítica, demasiado creyente. Creo que debió encontrar algo en ese libro que puso en duda muchas de sus creencias. A mí me resulta difícil creer en personajes que no sean de carne y hueso; estoy convencida de que todos, después de morir, sencillamente nos pudriremos en

nuestras tumbas. Por eso no entiendo bien las paranoias religiosas; de hecho, las considero peligrosas, demasiado peligrosas... Y eso es lo que sé —concluyó Adela—. No tengo en mi poder nada que demuestre mis hipótesis. He llegado a ellas única y exclusivamente analizando los hechos.

El monje dejó de caminar y la miró.

—Lo que le voy a decir no debería salir de aquí. Sólo espero que sirva para ayudarlo, para que tenga en cuenta el peligro que corre y la gravedad de todo lo que está ocurriendo —empezó el agustino—. El libro al que su marido tuvo acceso no está registrado en la biblioteca, nunca lo estuvo. No pertenece a ninguna colección y no está ni estuvo en ningún registro. Es difícil explicarle todo esto, porque no es usted creyente y puede tomar mis palabras como una superchería. —El agustino hizo un gesto indicando que Adela se sentase en uno de los bancos. Ella así lo hizo y él, tras unos momentos de reflexión, continuó—: La custodia de ese ejemplar viene de muy lejos. Siglo tras siglo, el contenido de sus hojas se ha mantenido a salvo, virgen incluso a los ojos del custodio. Nadie puede leerlo y así consta en el juramento que todos los miembros hacemos. No puedo decirle qué hay escrito en él porque jamás se abrió en mi presencia ni en la de nadie. En su portada y en su lomo no hay una sola letra que dé pistas sobre su contenido. Lo único que se sabe es que está escrito en hebreo, latín y griego y que del secreto de su existencia puede depender el futuro de nuestra especie.

—Parece una auténtica caja de Pandora —exclamó Adela sorprendida ante las palabras del monje.

—Creo que dar a conocer el contenido de ese libro sería algo parecido a abrir esa caja —respondió el hombre—. No crea que no se da a conocer porque el texto puede perjudicar a la Iglesia; lo que contiene va mucho más allá. Sería como soltar un virus mortífero del que no se conocieran ni los síntomas ni las consecuencias que puede tener para la mente. No crea ni por un momento que mantenemos en secreto los misterios de ese libro para preservar a la Iglesia. Nada más lejos de la realidad. Sólo pretendemos salvaguardar este mundo. El alcance de la información que hay en sus páginas es desconocido, también la reacción que podría desencadenar.

—Perdone si le digo que sus palabras me parecen demasiado tremendistas.

—No lo crea. Cambiar de forma radical los principios de la sociedad puede conllevar al caos. El ser humano tiene una capacidad limitada de raciocinio, y cuando la información supera esa capacidad, enloquece. Para todo tenemos que estar preparados, y la mayoría no lo estamos para conocer ciertas cosas. Puede que el texto desvele quiénes somos realmente y que ello sea una verdad imposible de soportar.

—¿No ha dicho que no conoce el contenido?

—Y así es. Pero el que no tenga acceso a sus páginas no me impide que sepa que es lo que custodio. No se puede asumir la responsabilidad de su guarda

desconociendo el verdadero valor de lo que se oculta tras la cerradura con rodete. No olvide que nosotros, los monjes, somos humanos, como todos.

—Me resulta casi imposible creer lo que me está contando. En este mundo el mayor valor de los objetos es por lo general económico. Creo que su libro sólo contiene información sobre Dios que no ha sido desvelada nunca. Información que, por mucho que usted diga, dinamitaría lo que ustedes proclaman y, como consecuencia de ello, podría verse perjudicada su forma de vida y los recursos con los que cuentan.

—Sus conclusiones no van mal encaminadas, pero está equivocada en lo esencial. La Santa Madre Iglesia no tiene ningún interés particular en esto. En este caso, de lo que se trata es de proteger al mundo y al ser humano. Sólo unos pocos conocen la existencia de ese texto, ni Roma sabe de él. El Sumo Pontífice no sabe que ese libro existe, créame. Las murmuraciones sobre textos ocultos de la Iglesia pertenecen a otros tiempos. Es cierto que dotan de un halo de misterio a nuestra institución y que el misterio para el ser humano es tan necesario como el aire que respira. ¿Qué sería de la fe sin misterio? ¿Se imagina que lo supiéramos todo? Piense por un momento cómo nos sentiríamos si no quedase nada por conocer ni por descubrir; imagine cómo seríamos, cómo serían algunos. Ahora imagine que el contenido de ese libro puede ser tan poderoso que puede destruir los pocos valores que quedan en el mundo, que sus páginas contienen una revelación terrible. Imagine por un momento lo que eso podría suponer. Recuerde la historia del Edén, lo que la adquisición del conocimiento supuso para Adán y Eva. La revelación del contenido de esa obra podría llevarnos a una situación parecida, incluso me atrevería a decir que casi igual.

—No puedo imaginármelo. Me resulta imposible creer que un libro contenga una información tan determinante porque ni tan siquiera creo que exista un tipo de información que pueda ser tan poderosa. Su referencia al Edén no me sirve, ya le he dicho que soy atea. Creo que la Biblia no es más que la recopilación de cuadros costumbristas.

—Me está dando la razón; aunque no lo crea, así es. Si dice que en las páginas de la Biblia se recogieron acontecimientos del momento, me está diciendo que sus textos son reales, lo que ya ha sido comprobado.

—Lo que no entiendo bien, porque aún no me lo ha explicado, es cómo tuvo acceso mi marido al texto. Si esa obra está tan bien custodiada, no entiendo cómo pudo llegar hasta él.

—El libro no está en el Real Monasterio, nunca lo estuvo, pero allí sí residía el que era máximo responsable de su custodia en aquel momento. No sabemos qué fue lo que a ese monje le condujo a hablarle a su marido de la existencia de ese texto. Pensamos que tal vez su esposo encontró alguna referencia sobre él en algún texto de la colección de herméticos de Juan de Herrera. No lo sabemos con exactitud. Su



marido era un gran historiador, y la labor de investigación que realizaba en aquellos días era espléndida, yo mismo pude conocer algunos de sus análisis. Supimos que había habido dos personas interesadas en hacerse con el libro. Bueno, eso era algo que sabíamos desde mucho tiempo antes de que su marido comenzara a investigar sobre la atracción que Felipe II sintió por los temas de alquimia y sobre su obsesión por encontrar la piedra filosofal. Pero no le dimos mucha importancia, siempre hubo gente interesada en hacerse con el texto. Aquello no era nuevo para nosotros. Como imaginará, si no hubiese existido interés por parte de algunas personas de hacerse con el libro, nunca hubiera sido necesario que tuviese guardianes. El monje encargado de su custodia lo sacó de su lugar y el segundo vigilante percibió su falta, por lo que se requirió la presencia de aquél en la cofradía y se le exigió que devolviera el ejemplar a su sitio.

—Era el fraile que asesinaron, ¿no es cierto? Dígame que me equivoco. Le doy mi palabra de que me gustaría estar equivocada —dijo Adela con voz temblorosa, asustada por la idea de que los monjes hubieran asesinado a uno de sus miembros y que ella ahora estuviera corriendo un peligro parecido al de aquel eclesiástico.

—No se equivoca. Pero no tema, nosotros no fuimos los responsables de su muerte ni tuvimos nada que ver con ella. Controle sus pensamientos, no son buenos —le advirtió el agustino mirando hacia el cielo, en actitud de suplicar perdón para la mujer—. Nunca mataríamos a nadie por haber dejado el libro, pero sí nos dejaríamos matar por mantenerlo oculto. Creo que hay una gran diferencia.

Adela, a pesar de las palabras del monje, seguía incómoda. Desconfiada, miraba constantemente hacia atrás intentando controlar los movimientos del otro eclesiástico.

—Si ustedes no fueron los responsables del asesinato de ese agustino, ¿quién lo fue?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar desde entonces. Desde el primer momento supimos que su marido estaba escribiendo aquella obra en el más absoluto secreto. El hermano fallecido nos lo había comunicado; confesó que le había hecho entrega del libro a su marido por unos motivos concretos que no quiso dar a conocer a la cofradía. Dijo saber y estar seguro de que Abelardo Rueda haría un uso adecuado y prudente de la información que contenía la obra y garantizó que lo devolvería en el momento que él lo pidiese, como así fue. Días después de su asesinato supimos que el fraile pretendía dejar la congregación y que su esposo le facilitó la posibilidad de hacerlo de una forma más que honorable. Créame si le digo que tenía una cantidad considerable de dinero en su celda. Bastante considerable.

—No creo que ese dinero perteneciera a mi esposo.

—Nosotros pensamos que parte de él sí procedía de su marido y parte era de otra persona, de quien había asesinado a nuestro hermano agustino. Creemos que tenía pensado vender el libro después de dejárselo a su esposo, pero la ausencia del

ejemplar fue descubierta antes de lo que él había planificado, por ello no pudo entregarlo. Le habíamos retirado la custodia y cambiamos el lugar de depósito. Además, por entonces él ya había dejado de formar parte de la cofradía. Si nos hubiera contado todo lo sucedido, estamos seguros de que ahora estaría vivo.

—¿Me está diciendo que han ocultado parte de la información sobre el asesinato de uno de sus monjes? Afirma tan tranquilo que guardar un viejo libro lleno de estupideces es más importante que encontrar al asesino de uno de sus hermanos, porque que yo sepa, según leí en la prensa, el caso no se resolvió, se cerró por falta de pruebas. ¡Increíble!

—Ya le he dicho en qué consiste nuestra labor. Nadie más que él y sus tentaciones terrenales fueron los culpables de su muerte. Si hubiera cumplido con su deber, nada hubiera pasado. Creemos que lo más lógico ha sido lo que hemos hecho. Después vimos cómo su marido fue perdiendo el juicio poco a poco, y lo sentimos, pero en el fondo nos alegró saber que sus palabras no tendrían valor para nadie. Estaba loco y era un asesino. Sin embargo, cuando la prensa dio a conocer el asesinato del que había sido el abogado de su marido, toda la cofradía volvió a ponerse en alerta. Después vino su visita. Tenemos la certitud de que la persona que está cometiendo los crímenes pensó que su marido tenía el ejemplar del que hablamos y estaba chantajeando a su esposo con los asesinatos. Ahora puede estar detrás de usted.

—Lo que me dice ya lo sabía, lo había pensado. Pero ¿no cree usted que es más lógico que sea su Iglesia la que ande tras mis pasos? Su insistencia en conocer qué información tengo yo me resulta bastante sospechosa —dijo Adela mirando de nuevo al otro monje, que seguía en el mismo sitio—. Sepa que no me inspira ningún tipo de confianza y que es posible que le dé pelos y señales de lo que me ha dicho a la policía. No piense ni por un momento que he venido aquí sin dejar dicho adonde iba.

—Más que ofenderme sus palabras me preocupan. No tenemos ninguna intención de hacerle daño, sólo queríamos saber si usted tenía alguna información sobre el libro. También si conoce el sitio dónde su marido pudo dejar tres hojas del ejemplar que faltan.

—Debería haber empezado por ahí. Nunca vi el trabajo que mi marido desarrolló sobre el monasterio. La literatura histórica no me interesaba porque no nos daba lo suficiente para vivir como nos merecíamos. Todo lo que conseguimos fue gracias a las obras de suspense que Abelardo escribió. Además, ya le he dicho que su primera crisis vino originada por esa maldita obra sobre El Monasterio de El Escorial y que el médico le aconsejó que dejara de investigar y escribir sobre Felipe II. Abelardo me hizo creer que había abandonado la escritura de esa obra, pero he descubierto estos días que me engañó. Como podrá entender, por aquel entonces no tenía ni idea de todo esto. Si arrancó tres páginas del libro, no sé dónde pueden estar. Tal vez las vendió, y el comprador sea el que está detrás de todos estos crímenes; pero le

garantizo que yo no sé nada. Lo único que he visto ha sido el comienzo de la obra histórica que Abelardo escribía. En él se relata el asesinato de un prior; la descripción coincide con la forma en que mataron al miembro de su cofradía —dijo Adela mirando fijamente al monje.

—La forma en que mataron a nuestro hermano aparece descrita en muchos de los textos que consultó su marido. Era una práctica común en la época medieval. Me parece recordar que su marido ya había escrito ese texto del que usted habla cuando asesinaron a nuestro compañero y que por ello, en un primer momento, nosotros también pensamos que él era el responsable de su muerte, como lo pensó usted. Pero los hechos han demostrado que estábamos equivocados.

—¿Sigue diciendo que aun sospechando que mi marido podía haber asesinado al monje custodio ustedes no lo denunciaron para salvaguardar el libro?

—No digo más que la verdad. Lo peor no era la pérdida de un miembro de nuestra comunidad que ya estaba perdido, lo que nos preocupaba sobre todo era que el libro pudiera volver a desaparecer. Ahora estamos como al principio; la falta de esas tres páginas la hemos conocido después de la muerte del abogado. Algo había que no encajaba y tuvimos que proceder a contar las páginas del libro.

—No entiendo. Si no pueden ver su contenido, ¿cómo cuentan sus páginas? ¿Saben el número de páginas del libro sin ni tan siquiera abrirlo?

—Uno de los monjes es ciego; el segundo vigilante debe serlo. Él se dio cuenta de que faltaban esas páginas... ¿Quién iba a imaginar que existiría un ser tan depravado que fuese capaz de arrancar páginas al texto? Como el libro había permanecido poco tiempo desaparecido, pensamos que cabía la posibilidad de que el monje no hubiera llegado a entregarlo a nadie; que sólo hubiera tenido intenciones de hacerlo, pero que no le hubiera dado tiempo a ello. Todo era posible, hasta que murió y nos dimos cuenta de que lo que dijo era cierto. Encontramos el dinero en su celda, pero todo se complicó aún más cuando mataron a su abogado. Fue entonces cuando decidimos proceder a contar las páginas. Algo no encajaba.

—No sé si he entendido bien. Todo me parece demasiado complicado. Dice que mi marido devolvió el ejemplar, pero que cuando lo hizo ya no estaba completo porque le faltaban tres páginas, e insinúa que yo puedo saber dónde están esas páginas y que hay alguien más que anda tras ellas.

—No lo insinúo, lo afirmo. Usted dijo que estaba recopilando información para escribir la biografía de su marido y sabemos que no es cierto. Si fue en busca de información sobre ese libro, es porque sabía que existía, y si mintió respecto a lo de la biografía de su esposo, como así fue, es porque sabe más de lo que dice y eso la pone a usted en peligro. Creemos que el asesino de todas esas personas es el mismo que mató al hermano de nuestra comunidad; el mismo que chantajeó a su marido llevándolo a presidio y el mismo que pensó que su abogado tenía información del

libro. Es evidente que pagó por algo que no ha recibido y que no cejará en su empeño hasta conseguirlo. También está claro que la persona que tiene esas páginas corre un grave peligro, por lo que le ruego las devuelva. Nosotros veremos la forma de hacer pública su recuperación para que así ese ser depravado deje de matar a inocentes.

—¿Sabe?, creo que mi viaje hasta aquí ha sido en balde. No tengo lo que busca, nunca lo he tenido, pero si en algún momento intentan hacerme daño, sepan que les denunciaré y contaré todo lo que me ha dicho. Creo que me está mintiendo, que nunca se les devolvió el libro, que piensa que lo tengo yo. Lo único que les interesa es dar con el libro; eso es lo que creo. Incluso, me atrevo a afirmar que ustedes pueden estar detrás de todo esto. Usted ha dicho que conocía parte de los textos de mi marido, ¿por qué no iba a conocer la existencia de la obra que él aseguraba haber escrito y que nunca se encontró, *Epitafio de un asesino*? Quizá fueron ustedes los que utilizaron su argumento para matar a toda esa gente y así desprestigiar a mi esposo. Creo que lo que me ha relatado son algo más que conjeturas. Muy probablemente se trata de lo que ustedes han hecho en realidad. Eso es lo que pienso —dijo desafiante.

—Créame, sólo queremos que esas páginas vuelvan al sitio de donde nunca debieron salir. No sé a qué obra de su marido se refiere. No tengo ni idea. Le doy mi palabra —dijo el monje con expresión contrariada—. Pero sí le advierto que haremos todo lo que esté en nuestras manos para encontrar esas páginas y colocarlas de nuevo en el libro.

—Mire, no sé lo que contiene ese libro y tampoco me importa. Lo único que quiero es que me dejen tranquila, y no piense que soy una ingenua. Usted está mintiendo. El que haya tomado los hábitos no significa nada para mí. Ustedes no son diferentes a los demás. A mí me importa un carajo todo lo concerniente a su misterio, y no quiero saber nada sobre religiones o paranoias varias. Sólo quiero vivir tranquila. Pero sepa que si tengo que hacer pública la existencia de ese texto lo haré. Puede estar seguro... Y deje de mandarme libros y recortes de prensa. Si quiere encontrar el libro, comience por averiguar quién se veía con mi esposo en el restaurante La Caña Vieja, ¿o no le hace falta averiguarlo porque era uno de ustedes?

El cura palideció al oír el nombre del restaurante.

—Tiene usted razón; nuestra conversación ha terminado. Pero no olvide que nosotros nunca le hemos mandado nada por escrito, no es nuestro proceder habitual. Piense en todo lo que le he dicho, tómese unos minutos para ello. Y no olvide...

—Sí, ya lo sé —le interrumpió Adela—. Que esta conversación jamás ha existido. Como dijo en el monasterio, el libro sólo es una superchería fruto de la mente de un paleta. ¡Qué facilidad para olvidar tienen ustedes!

—Exactamente. Ya sabe que si tiene intención de entregar las páginas o en algún momento conoce su paradero, estaremos dispuestos a recibirla y a compensarla por ello —dijo él sonriendo con sarcasmo al tiempo que le hacía una seña al monje que le

acompañaba para que acompañase a Adela hasta la salida de la iglesia.

Para Adela, era evidente que los miembros de aquella extraña cofradía, compuesta por sacerdotes de diferentes congregaciones, estaban implicados en los hechos. Pensó que el hermetismo alrededor del misterioso libro fue lo que le imprimió el verdadero valor al manuscrito y lo convirtió en un tesoro oculto. Todo lo que le había dicho el monje le pareció digno de la trama de la mejor literatura de suspense. Aunque le dijo que ella estaba tranquila, e incluso le había amenazado con contarle todo a los medios de comunicación, no lo estaba. Tenía la certeza de que el verdadero responsable de los crímenes era la persona con la que Abelardo se veía en La Caña Vieja. Pero de igual forma sopesaba la posibilidad de que los monjes hubieran chantajeado a su esposo para que éste entregase las páginas que faltaban o el libro, ya que Adela no tenía claro que el monje le hubiese dicho toda la verdad. Era evidente que estaba desesperado, y la desesperación conduce a reacciones poco previsibles. Tanto si lo que faltaban eran tres páginas sueltas como si era todo el ejemplar el que había sido robado, era evidente que se trataba de un texto con un valor más que testimonial sobre la Iglesia o los valores humanos, y eso la colocaba a ella en una situación realmente peligrosa. Ahora sabía que Goyo siguió la misma línea de investigación que ella, que relacionó las visitas de Abelardo a La Caña Vieja con la desaparición del ejemplar y con las muertes. Debió llegar más lejos de lo permitido y sus investigaciones le costaron la vida. Lo único claro era que el libro, o parte de él, aún no había aparecido y que los monjes no cejarían en su empeño por recuperarlo. Si la persona con la que Abelardo quedaba en aquel restaurante era la que tenía el libro, los monjes se encargarían de ir tras él, y esto supondría que ella estaría fuera de peligro. Confiaba en que los acontecimientos tomaran otro rumbo.

Cuando llegó a la finca, Arturo no estaba. El servicio le comunicó que había salido hacia Madrid y que no había dejado nada dicho para ella. Enfurecida por la actitud de su esposo, se recluyó en su estudio. Removiendo papeles y libros, dio con un ejemplar de la Biblia de Abelardo; un ejemplar antiguo y valioso que Adela había decidido conservar. Al verlo recordó que era el que su difunto marido utilizaba para tomar apuntes, así que empezó a hojearlo con atención hasta que sus páginas le mostraron una separata nada habitual. Un viejo papel de seda en el que había escrito:

Hizo también el Señor Dios a Adán y a su mujer unas túnicas de pieles y los vistió.

Y dijo: «Ved ahí a Adán que se ha hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal: ahora pues echémosle de aquí no sea que alargue su mano, y tome también del fruto del árbol de conservar la vida, y coma de él y viva para siempre».

Génesis, 3, 20-24

Escritor, sé que tienes en tu poder parte del libro que me pertenece; pagué por él. El custodio ha pagado con su vida. Vendió su alma como Judas, por unas cuantas monedas de oro. Pero nunca dijo quién eras; sin embargo, tu novela me llevó hasta ti. Tus obras están llenas de muerte, de maldad, ¿no tienes suficiente con esos pecados? Sabes que tu alma está condenada. Te ganas el pan halagando al Señor del Mal con tu literatura. Eres su siervo, y él me llevó hasta tus letras. Allí encontré los folios que hablaban de tus propósitos, que confirmaban que habías arrancado páginas del texto sagrado. Sabes que necesito el texto completo. Tiene que estar completo para poder beber de su sabiduría. Si no me entregas las páginas, haré que tu obra sea real y tú cargarás con todos y cada uno de los crímenes. No seré yo quien los ejecute, sino tus manos; las mismas que utilizaste en la amputación del libro y en la escritura de tu obra.

Mismo comprador, mismo destino.

Adela leía una y otra vez los párrafos. Era evidente que Abelardo conocía la muerte del fraile y los motivos, igual que los miembros de la cofradía. Pero a los custodios se les había escapado un detalle de suprema relevancia, un detalle que Adela vio durante la primera lectura: Abelardo había arrancado las páginas del libro, no para hacerlas públicas o utilizarlas, sino para preservar el contenido total del libro.

Él mismo lo decía en el escrito: «Tiene que estar completo para poder beber de su sabiduría». Los recuerdos se agolparon de repente en su mente. Ahora entendía el porqué de la actitud de Abelardo. Intentó preservar aquel secreto de la mejor forma posible. Lo que leyó en aquel libro debía ser de una importancia trascendental para que tomase aquella decisión, para que él negara su existencia, para que no diese a conocer la verdad o el engaño al que según había manifestado al comienzo de la novela sobre El Escorial estaba sujeta la humanidad. Algo había en aquel libro que rozaba los límites de la comprensión humana, que valía tanto como para callar ante todos los crímenes de los que se le acusó, de los que el autor de la nota le responsabilizaba. Adela ahora estaba convencida de que Abelardo había sabido cuáles eran las intenciones que tenía el fraile, que quería vender el libro. Por ello le pidió que le dejara consultarlo y le pagó una cantidad de dinero que el fraile no despreció. De esta forma Abelardo pudo arrancar esas páginas y hacer que la venta no tuviese valor. Aquellas páginas debían contener la esencia de todo el texto.

No obstante, también cabía la posibilidad de que el fraile, arrepentido de su pecado, le pidiese a Abelardo que fuese él quien cometiese el sacrilegio. Lo cierto es que Abelardo estaba desbordado por el peso de tanta responsabilidad. Tanto que no quiso dar a conocer a la policía nada de lo acontecido y se sintió responsable de todo. Se sentía culpable por haber escrito aquella novela que el asesino, desgraciadamente, seguía llevando a la realidad. Una obra de suspense de la cual habían desaparecido misteriosamente dos copias.

Estaba segura de que el fraile le había mentado. No habían recuperado el libro, pero sabían que faltaban tres páginas y que el asesino andaba tras ellas. Pretendían recuperar al menos esas páginas antes de que el asesino diese con ellas. Sin pararse a reflexionar demasiado, salió de la habitación con la Biblia y la nota en la mano y se dirigió de nuevo a la iglesia de Santa Eulària des Riu. Cruzó el centro en su coche a

toda la velocidad, esperando que el monje aún permaneciese en el templo. Estaba decidida a jugárselo todo a una sola carta. Quería que el monje le dijese toda la verdad.

Cuando llegó la recibió el párroco titular:

—Nuestro hermano agustino aún está aquí, pero ahora está con sus oficios religiosos. No se le puede molestar a no ser que lo que usted tenga que decirle sea de extrema importancia.

—¡Por supuesto que lo es! —dijo tajante—. El monje agustino fue quien me rogó que me pusiera en contacto él.

—¿Y qué quiere que le diga?

—Dígale que soy la viuda de Abelardo Rueda y que necesito confesarme con él.

—Lo haré en cuanto el padre acabe sus oraciones. Mientras tanto puede esperar en los jardines.

Apenas pasaron diez minutos cuando el monje apareció junto al cura que lo acompañaba en el anterior encuentro.

—No hace falta que nos acompañe, sólo he traído esto —dijo Adela tendiéndole el ejemplar del libro sagrado y la nota—. El bolso está en el interior del coche.

El eclesiástico miró con expresión esperanzada lo que Adela le entregó:

—¿Y bien? —preguntó después de leer la nota.

—¿Qué quiere decir? Me ha mentado. Es usted un cínico. Sólo espero que sus explicaciones sean lo suficientemente convincentes como para justificar sus mentiras —dijo Adela arrebatándole la nota y la Biblia.

—No he mentado, sólo he omitido algún detalle. Ya le dije que sería informada de lo preciso, nada más que de lo preciso. Créame cuando le digo que eso le beneficia. Usted sabe y ha comprobado que en este caso tener demasiada información es peligroso.

—No tiene usted ni vergüenza ni dignidad.

—Hay valores superiores a éstos. Pero no perdamos más tiempo discutiendo. Ya sabemos que no estamos de acuerdo en muchas cosas, no en vano éste es nuestro tercer encuentro en pocos días. Creo que nos conocemos de sobra, ¿o no? —Adela asintió—. En ese caso hágame saber qué es lo que le ha traído de nuevo a la iglesia.

—Sus mentiras. No dejaré que se marche de la isla hasta que no me dé todas las explicaciones que necesito. Si no lo hace, llamaré a la policía.

—Creo que está demasiado alterada, debe calmarse —dijo el monje—. En cuanto a la policía, estará conmigo en que ni usted ni yo debemos ponernos en contacto con ella; ambos tenemos demasiado que ocultar. Pero aun así si quiere hacerlo, tenga presente que usted saldrá más perjudicada que yo —dijo en tono burlón.

—Mire, no le diré lo que puedo tener en mi poder aparte de esta nota porque sería jugar con desventaja frente a usted, y eso ya llevo haciéndolo demasiado tiempo. Lo

más lógico sería que ambos nos prestáramos ayuda, no que nos pusiéramos impedimentos, como está sucediendo.

—Ya le he dicho demasiadas veces que lo único que hago con mi silencio es protegerla. Ahora, dígame, según usted, ¿en qué he mentido?

—Dijo que mi marido fue quien compró el libro, pero no es cierto. En la nota está claro, lo dice muy claro. El que la escribió dice que necesita las tres páginas que faltan para poder beber de él. Ésa es la primera mentira. Mi marido tuvo el libro, pero no porque lo comprase. Por circunstancias que desconozco, pero que imagino, arrancó tres de sus páginas, que deben ser las más importantes para cumplir el rito o lo que sea que hay escrito en él. Es cierto que ustedes buscan las páginas que faltan, pero también buscan el libro, porque no lo tienen. Ésa es la segunda mentira que me contó. No existe el fraile ciego que contó las páginas porque el libro no está en su poder. No tengo idea de cómo supieron que le faltaban páginas al ejemplar si después de que fuese robado no pudieron verlo. Su fraile nunca devolvió el texto. Mi marido no pudo hacerlo porque es evidente que dispuso de él el tiempo justo; el libro iba a ser entregado ese mismo día, estoy segura de ello. Su fraile no fue asesinado. Murió tal y como dice la nota que le remitieron a mi marido: esta nota —dijo Adela levantando el papel desafiante—. Murió como Judas Iscariote. Su fraile padre... se suicidó.

—¿Y por qué está tan segura de que se suicidó? En esa nota no dice que muriese como Judas Iscariote, sino que hizo lo mismo que él —preguntó el agustino sin inmutarse.

—Lo estoy, créame. Su fraile era el mismísimo Judas Iscariote. Les servía a ustedes igual que lo hacía Judas con Jesús y sus apóstoles, y era igual de codicioso y deshonesto. Tenía que serlo para sacar el libro, para negociar con lo que para su cofradía es un tesoro. Vendió años de ocultación de un secreto venerado y cuidado, creo que si me guío por sus palabras, aquí tienes las monedas. Claro que los tiempos son otros, ¿verdad, padre? —dijo irónica—, ahora el valor del dinero no es el mismo. Él les dio el dinero, arrepentido. Él fue quien les dijo que había entregado el libro. Igualito que Judas. Y ustedes, si seguimos las escrituras sagradas, despreciaron el dinero horrorizados. Fue un suicidio. Ahora lo único que me queda por saber es si lo hizo según el evangelio de san Mateo o según relatan los Hechos de los Apóstoles. ¿Se colgó o se abrió en canal? —preguntó en tono amenazante.

—Veo que para ser usted atea conoce bien las Sagradas Escrituras —dijo el monje aparentando paciencia—. Está usted en lo cierto; debo reconocer que su capacidad de análisis es extraordinaria. Pero insisto en que es peligrosa. El hermano Jonás se suicidó...

—Vaya, vamos progresando —le interrumpió Adela—. Ya tenemos un nombre, que, por cierto, es muy bíblico, como lo fue toda la vida de ese monje. A éste no se lo



comió ningún pez, ¿o sí?

—Le rogaría que no utilice sus conocimientos sobre Las Sagradas Escrituras para sus mofas y chanzas. Estoy en mi derecho de exigirselo. —Adela hizo un gesto de disculpa y el cura continuó—: Desgraciadamente, usted está en lo cierto. Nuestro hermano se quitó la vida —repitió, esta vez persignándose—. Cometió un pecado mortal. Entenderá usted este término, ya que veo que es una estudiosa de los textos sagrados. No podíamos dar a conocer el hecho, va contra nuestra doctrina. Fue más sencillo decir que lo habían asesinado durante un posible intento de robo y al tiempo añadir a ello la desaparición de un libro de la biblioteca como supuesto móvil; libro que sí tiene valor, pero nada tiene que ver con el incunable. Libro del que también se conocía su desaparición y que hicimos se encontrase en su celda en el momento que llegó la policía.

—¡Increíble! Si su versión anterior de los hechos era novelesca, ésta la supera todavía más. Y dígame, ¿murió según el evangelio de San Mateo o según relatan los Hechos de los Apóstoles?

—Creo que esto no es de su incumbencia.

—Yo creo que sí —dijo Adela desafiante.

—Murió ahorcado como relató el apóstol san Mateo. ¡Dios lo perdone por ello!

—¿Y qué dijo la policía?

—La muerte fue por ahorcamiento, y la policía tuvo conocimiento de ello a través del forense. Pero nada les resultó extraño, ya que cuando nosotros lo encontramos, lo dejamos de forma que pareciese que lo habían estrangulado.

—Pero no produce el mismo tipo de muerte una forma que la otra. La tráquea sufre diferentes fracturas —dijo Adela llena de curiosidad.

—Lo sabemos, y el forense también, pero para eso están los miembros de la cofradía.

—¿Quiere decir que el forense sabía la verdad y que pertenece a la cofradía?

—No pertenece a la cofradía. Un familiar de Jonás fue el que se encargó de que el forense hiciese la vista gorda. A cambio de ello el familiar, dispuso de los bienes materiales del difunto, que heredaría la cofradía a su muerte, escasos por separado, pero de gran valor para el familiar si los unía a los existentes. Simples acuerdos de herencia.

—Cada vez estoy más sorprendida. Si para ocultar un simple suicidio montan este número, ¿qué no harán para ocultar ese misterioso texto?

—El suicidio y el texto iban en el mismo paquete. Si se hubiera relacionado el suicidio con el libro, tal vez se habría relacionado al que fue su marido con el monje. Todo es como una madeja de lana, en esta vida es así. Sólo hay que tirar del hilo y la madeja empieza a deshacerse. Todas sus conjeturas son ciertas. No tenemos el libro. Jonás, arrepentido, nos dijo que lo había vendido y nos entregó el dinero que le

habían pagado por él. Dijo no conocer al comprador y nos aseguró que el secreto seguía estando a salvo. Nos comentó que le había dejado a su marido el ejemplar para una consulta y que éste había decidido, al enterarse de que lo iba a profanar, quitarle las tres hojas más relevantes. Así quedaría inservible.

—Sabía todo eso y me mintió. Jugó conmigo. Pensó que yo tenía esas páginas. Desconfió de mí.

—¡Por supuesto! Igual que lo hizo usted de mí. Usted también mintió; no voy a recordarle sus mentiras, pero lo hizo. Sabemos que Abelardo Rueda decía la verdad. El asesino seguía el guión de una de sus obras. Lo sé porque durante el tiempo que permaneció utilizando los textos de la Real Biblioteca me comentó que había terminado una obra de suspense. Dijo que sería la última de este género que escribiría y que pensaba concluir sus trabajos sobre el monasterio con los ingresos que le reportase esa obra. Entonces, cuando lo dijo, no estaba loco —dijo el monje mirándola desafiante.

—Eso fue lo que le pareció a usted. Abelardo estaba trastornado desde que tuvo acceso a su maldito libro. —El monje volvió a persignarse—. El contenido de sus páginas le volvió loco y ahora nos va a pasar lo mismo a nosotros. Quiero que me diga qué contiene ese libro.

—No puedo decírselo. Usted, como buena observadora, ya debería haberse dado cuenta de lo que en realidad es el libro.

Adela guardó silencio un momento para reflexionar sobre las palabras del sacerdote al tiempo que leía la nota que tenía entre sus manos. Se paró en una de las frases y mirando fijamente al hombre preguntó:

—¿No me irá a decir que es...? —Adela no se atrevió a terminar la pregunta.

—Exactamente —respondió el monje—. ¿Ahora entiende nuestra fe?

—Pero eso es imposible. No existe. Es una leyenda.

—Todas las leyendas tienen parte de verdad. Ahora usted es partícipe del secreto más grande que jamás se ha guardado. No puede darlo a conocer. Sé que usted no es creyente, pero esto va mucho más allá de la fe. Medite lo que le he dicho. Si colabora y nos ayuda a encontrarlo, le estaremos eternamente agradecidos. Y olvide el restaurante. La persona que se veía allí con su marido era Jonás. El padre, en venganza por no querer dedicarse a la ganadería, sólo le legó la casa de los guardeses que él arrendó a un hostelero de la zona. Después tomó los hábitos. No tenía nada que ver con el negocio, sólo lo utilizaba para quedar de una forma clandestina con sus visitas. Después de lo sucedido, de su muerte, supimos que éste no era el primer ejemplar que había salido del monasterio de estraperlo. Allí fue donde su marido vio y arrancó las tres páginas que le faltan al libro. El hermano de Jonás fue el que nos «ayudó» a ocultar los detalles de su muerte. Jonás había dejado la totalidad de sus bienes a la congregación, y nosotros renunciamos a ellos en su favor a cambio de que

guardara el honor de Jonás y de paso preservar la desaparición del texto. El hermano de Jonás quería aquel bar para montar un restaurante, que, por lo que usted dijo, debe conocer. Le interesaba la transacción. Era un negocio de lo más rentable: su silencio por un inmueble. Sólo le pusimos una condición: que no le cambiase el nombre al negocio y que dejase la imagen de Nuestra Señora del Buen Camino orientada hacia el Real Monasterio, y así lo hizo. Ésa había sido la última voluntad de Jonás.

—Esto es demasiado. Creo que no podré dormir en varias noches. Me muero por saber el contenido del libro, por verlo, por tocarlo. No doy crédito a lo que cuenta. Si hubiera sabido todo lo que se cernía sobre mí, no habría actuado como lo hice.

—¿Quiere decir de una forma tan poco ortodoxa? —dijo el monje sonriendo sarcásticamente—. Aún está a tiempo de pedirle perdón a Dios.

—Me dejé llevar por la codicia y me enredé en una red infinita. No me arrepiento de nada, sólo quiero salir de esto lo mejor posible. No obstante, a pesar de todo lo que me ha dicho, sigo sin creerle del todo.

—Espero que alguna vez tome en serio mis palabras. Y si no estoy cerca de usted para ayudarla a pedir perdón a Dios, no se olvide de hacerlo antes de leer esas páginas. Creo sinceramente que él irá a buscarla. Nosotros sabemos que usted no conoce el libro, que ni tan siquiera tenía conocimiento de que existía y que hasta ahora no sabía lo que su marido había hecho. Pero él no lo sabe. No sé con exactitud qué es lo que hizo usted, pero eso le llevó a estar donde está ahora. Creo que debería hacer las paces con Dios —insistió el monje.

—Es usted un tremendista, como todos los curas. Todo lo llevan siempre a su religión. Usted también debería pedirle perdón a su Dios, motivos no le faltan. Debería hacerlo en vez de intentar darme la extremaunción.

—Todos tenemos cosas de las que arrepentimos. Lo importante es arrepentirse y no volver a caer en la misma falta. Creo que lo mejor sería que uniésemos esfuerzos para encontrar a la persona que tiene el libro o por lo menos las tres páginas.

—Perdón, pero creo que nuestros intereses son diferentes. A mí lo único que me interesa es que el asesino sepa que no sé dónde pueden estar esas malditas páginas y que me importa muy poco el libro. Lo único que me preocupa es seguir viva. Usted está a salvo en su convento, en sus parroquias aliadas, y yo estoy indefensa ante él y me he convertido en su objetivo porque cree que tengo las páginas, lo que es lógico teniendo en cuenta que yo era la esposa de Abelardo Rueda.

—Si encontramos las páginas le doy mi palabra de que estará a salvo. Haremos pública su recuperación, y el asesino sabrá que están en nuestro poder. Ahora bien, lo verdaderamente interesante es recuperar el ejemplar y hacer saber también que lo tenemos, así usted estará por fin a salvo.

—¿No han pensado en la posibilidad de que Abelardo destruyera esas páginas? Es una posibilidad, ¿no cree? —El monje movió afirmativamente la cabeza—. Y en

relación con el libro, la única forma de encontrarlo sería indagar en las redes de tráfico de objetos ilegales. Mi actual esposo me habló sobre esos grupos. Según me dijo, están muy organizados, así que me imagino que debe ser muy difícil entrar en sus estructuras; pero nada es imposible.

—En la venta no intervino ninguna de esas organizaciones; ya anduvimos investigando. Debe tratarse de otro tipo de organización o quizás alguna que permanezca oculta, que sea de reciente formación. Nuestras fuentes son completamente fiables. Creo que habrá que esperar a que el asesino vuelva a actuar, me refiero a que se deje ver —aclaró el monje al observar la expresión de miedo que reflejó la cara de ella.

—Me quedaré en la isla hasta que lo considere necesario. Al menos hasta que esto pase. No pienso arriesgarme.

—Su seguridad tampoco está garantizada aquí. Ese asesino no se detendrá por nada. Sabe que puede contar con nosotros. Adela, tenga confianza en nuestra cofradía; la protegeremos. Lo único que debe hacer es comunicarnos todo lo que sepa. Sólo queremos recuperar el ejemplar y, a ser posible, las páginas que su marido arrancó. Intente hacer memoria de dónde pueden estar. Busque entre sus pertenencias. Si localiza el material, entregúenoslo. Será su seguro de vida.

—Yo también seré sincera con usted —dijo Adela mirando al monje—. No me inspira confianza, ninguna confianza, y su cofradía tampoco. Me ha dicho muchas mentiras. En las conversaciones que hemos mantenido hay más mentiras que verdades. Mi instinto me dice que es mejor que no me fíe de usted. Lo siento, padre, pero creo que antes de decirle algo, valoraré si es seguro que lo sepa.

—Creo que usted es inteligente, muy inteligente, y que sabrá lo que debe hacer en su momento. Si necesita ayuda póngase en contacto con nosotros. Bastará con que vuelva aquí si está en Santa Eulalia. Si está en Madrid, diríjase al Real Monasterio. Diga lo que le ha dicho al padre, que soy su confesor. Con eso será suficiente para que nos pongan en contacto. ¡Qué Dios nos proteja!

Arturo cada vez se alejaba más de su esposa. Centrarse en la angustia que ella manifestaba le restaba demasiado tiempo para sus negocios y él no podía permitírselo. No había sopesado la posibilidad de que Adela se viera afectada por los acontecimientos de aquella forma. Además, le sorprendió que conociese la existencia de la novela que Abelardo decía haber escrito y que la hubiese ocultado a la policía. Nunca pensó que su avaricia llegase hasta esos extremos, que estuviese involucrada de aquella forma. No obstante, creyó que lo más prudente para sus intereses era no perderla de vista. Desconfiaba de ella. Si había actuado de aquella forma tan mezquina con Abelardo, ¿qué no haría con él?

Adela decidió no regresar a Madrid y desvincularse de la agencia literaria. Carlota parecía estar capacitada para seguir llevando el negocio. Mientras tanto, ella intentaría averiguar más cosas. Estaba convencida de que, aparte de la nota que había encontrado en la Biblia, había algo más que se le escapaba. No se había creído todo lo que le había dicho el monje. Pensó que en las visitas que su marido realizaba a La Caña Vieja podría encontrarse con alguien más aparte del agustino.

Sintió aún más miedo. Sólo cabía la posibilidad de que los envíos los hubiera realizado o bien el asesino, o bien la cofradía antes de que los monjes supieran que ella no tenía conocimiento alguno de aquel texto sagrado. Esto último ahora le parecía bastante improbable, así que sólo quedaba una posibilidad... Y si el asesino era el que había dejado el paquete en el restaurante, es que ella aún seguía en su punto de mira. Estaba totalmente desorientada. Quizá nunca supiese quién se escondía detrás de todo aquello. Le aterraba pensar que la búsqueda de aquellas páginas, que de seguro habían sido destruidas, no cesara nunca. Que la sombra de la muerte le persiguiera el resto de sus días.

Arturo siguió incansable con sus negocios fuera y dentro de España. Sus empresas habían alcanzado solidez. La amistad entre él y Carlos se afianzó, y Raimundo se había unido a ellos, con lo que habían acabado formando un trío inseparable. En sus interminables comidas de negocios discutían no sólo los asuntos legales, sino también los asesinatos que a veces aparecían publicados en la prensa. Raimundo había impresionado desde principio a Carlos, que, incansable, no cesaba en el intento de convencer al abogado del error evidente que había cometido al dedicarse a la abogacía, en vez de a la literatura. Los intentos frustrados de Carlos por convencer a Raimundo deleitaban a Arturo, que escuchaba atento cada una de las interesantes proposiciones que el editor le hacía al letrado, sin que éste tomase en serio ni una de las palabras de Carlos.

El veinte de diciembre, Arturo viajó a Madrid. Carlos, Raimundo y él quedaron para almorzar.

—Volviendo a lo mismo, creo que deberías plantearte escribir una novela de suspense —dijo Carlos dirigiéndose a Raimundo, mientras Arturo sonreía con ironía.

—Es posible que con el tiempo lo haga. Tengo entendido que la hermana de Juan Antonio, Carlota, te está proporcionando una buena cosecha de escritores noveles. En círculos literarios se comenta que tu agencia literaria es la mejor —dijo Raimundo mirando a Arturo—. Creo que Carlota ha sido la mejor elección que has hecho.

—Sí. Es la mejor en su trabajo. Nunca creí que este negocio me reportase más beneficios que el de tener ocupada a Adela. Sin embargo, ya ves, Adela sigue en su nube; ocupada, pero no precisamente en lo que yo quería. La agencia funciona casi como uno de mis mejores negocios. Tanto que estoy pensando en abrir nuevas delegaciones. Si algún día decides escribir, creo que no te quedará más remedio que pasar tu obra por el filtro de Carlota. Aunque esto le disguste a nuestro querido editor —concluyó Arturo levantando su copa de vino en dirección a Carlos.

—No tengo ningún interés personal en que Raimundo escriba. Pienso que debería hacerlo. Creo que está más que capacitado para ello. Lo menos importante es dónde publique o a través de quién negocie la publicación —contestó Carlos algo enfadado.

—No deberíais discutir por mi talento, creo que es absurdo. Además, si algún día me decido a escribir, no me quedará más remedio que entregarle mi obra a Carlota. Si no lo hiciese, Juan Antonio no me lo perdonaría. Le debo haberos conocido. Le debo mi trabajo. Y Carlota se lo merece —contestó Raimundo.

—Carlota es una mujer excepcional. Si no estuviese ya casado, le habría propuesto que se casara conmigo —dijo Arturo.

—¿Volverte a casar tú? Déjame que me ría —contestó Carlos irónico—. Aún me pregunto cómo Adela te convenció para que te casases con ella. ¡Te juro que aún no lo entiendo!

—Me «encoñé». Sin más. Y ahora me pasa lo mismo con Carlota.

—Ya estás liado con ella. ¡Joder!, y también te liaste con la hermana de tu cirujano. ¡Qué cabrón! ¿Por qué no te divorcias? —contestó Carlos malhumorado.

—Porque no me interesa. Si lo hiciese, Adela me pondría en grandes apuros. Mi estatus social no me permite una serie de cosas. Sabes que las apariencias son una de las cosas más importantes para mantener la posición. Tú tampoco te divorciaste cuando te liaste con Adela. ¿Se te ha olvidado?

—Por supuesto que no... —contestó Carlos incómodo ante la observación de Arturo.

—Por cierto, ayudé con gran placer a Rosario. Es estupenda en la cama.

—¿A Rosario? ¿En qué ayudaste a Rosario? —preguntó Carlos sorprendido.

—¡Joder! En qué va a ser. Tú la mandaste para que la ayudase en su tesis. Ella me llamó y me pidió el favor en tu nombre. La verdad es que es toda una profesional en el arte del sexo.

—Yo no he visto a Rosario desde hace tiempo. Nunca le he hablado de ti —contestó Carlos—. De todas formas, no debiste acostarte con ella. Está como una cabra. Tuve muchas complicaciones por su culpa. Sólo nos acostamos una noche. Fue una estupidez, pero ella pensó que aquello era para toda la vida. María se enteró de todo. La muy hija de puta consiguió mi dirección, mi teléfono..., todo. No sé cómo lo hizo, pero sabía hasta lo que comía.

—¡No fastidies! Una atracción fatal —dijo Arturo riendo.

—No te rías. Estoy hablando completamente en serio. Rosario está loca. Ha emprendido varias carreras. Entre ellas la de ciencias de la información. Cuando la conocí venía recomendada por uno de mis escritores. Dijo que sólo estaba interesada en llevar a término su tesis y que necesitaba mi ayuda. Decía estar haciendo un estudio sobre los editores que incluiría en sus conclusiones... En fin. Tú sabes que está francamente buena. Es guapa, inteligente y no tiene prejuicios, así que me acosté con ella. Pero le dije que aquello no volvería a repetirse. Sin embargo, al final, tuve que denunciarla. ¿Y sabes lo más sorprendente? La jovencita tenía doce denuncias por acoso. Todas puestas por hombres. ¡Creo que estás metido en un lío! —concluyó Carlos.

—Es broma, ¿verdad? Dime que estás de broma —dijo Arturo.

—No. Es totalmente cierto. Pregúntale a Adela. Ella conoce lo que pasó. Yo se lo conté. Es más, me ayudó a quitármela de encima —dijo Carlos.

—Es verdad... Adela me lo dijo. Pero está tan histérica que no le presté atención. Pensé que era un ataque de celos.

—Pues ya ves. Adela tiene razón —dijo Carlos.

—Entonces, ¿tú no le dijiste que yo la ayudaría?

—Ya te he dicho que hace mucho tiempo que no sé nada de ella. Y quiero seguir así.

Raimundo escuchaba atónito la conversación de los dos hombres. Miró fijamente a Arturo y dijo:

—Arturo no debes preocuparte. En el caso de que esa joven te moleste, la denunciaremos.

—Cierto, no tengo por qué preocuparme. ¿Verdad que no? —dijo Arturo mirando a Raimundo.

—Por supuesto que no. Tiene antecedentes. Nos la quitaremos de encima enseguida. Déjala que vaya haciendo, y en el momento que quieras que deje de molestarte, me lo dices.

—Gracias, letrado. ¿Te he dicho que eres un gran abogado? Créeme, lo tuyo son

las leyes. Conozco a un buen abogado sólo con mirarlo —dijo Arturo burlón.  
Los tres hombres continuaron con sus temas profesionales hasta entrada la tarde.



Cuando Raimundo abandonó el restaurante y estuvo a solas en su despacho, telefoneó a Juan Antonio para comunicarle la relación que existía entre su hermana y Arturo. Quiso advertir a su amigo de lo inconveniente que era. Juan Antonio telefoneó a Carlota.

—Dígame.

—Sé que estás liada con Arturo —dijo Juan Antonio.

—Tú no sabes nada. Desde que comenzaste a trabajar con él no has querido saber nada de mí.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo fui quien le propuso tu contratación. Le puse como única condición para aceptar trabajar con él, que tú formases parte del equipo. Que encontrase un puesto para ti. ¿Crees que me fue fácil? Si piensas que lo fue, te equivocas. Parecía un niño tonto pidiendo que no le separasen de su hermana. ¿No lo entiendes? Fue ridículo.

—Pues tu ridículo le ha hecho un poco más rico y bastante más feliz de lo que era. Creo que Arturo te estará agradecido toda su vida —contestó irónica Carlota.

—Qué equivocada estás. Arturo no te quiere. Arturo sólo se quiere a sí mismo. En cuanto te tenga, en el momento que sepa que le perteneces en cuerpo y alma, dejarás de interesarle. Siempre pensé que eras más inteligente. ¡No eres la única! Todo el mundo lo sabe. Arturo tiene muchas mujeres. Te está utilizando. Está casado. Debes respetar a Adela. Tú también le debes mucho a ella. Te dio toda su confianza, y ahora estás acostándote con su marido. ¡Si ella se entera te destruirá! No parará hasta destruir tu carrera.

—Hermanito, Adela está loca, completamente obsesionada con el que fuera su marido, con un muerto. Su vida se centra en investigar lo que hizo antes de ser encausado. Como dice Arturo, no se preocupó de él en vida y lo hace ahora que está muerto. ¿No crees que es de locos? No vayas a creer que todo esto lo sé porque me lo haya dicho Arturo, lo sé porque lo he visto, he podido comprobarlo. Arturo no quiere abandonarla, es demasiado bueno. No dejará que se vuelva una demente, ni permitirá que se recluya en su soledad. Creo que la soledad para los locos es lo peor que hay. Incluso hemos comentado la posibilidad de convencerla entre los dos de que visite a un psiquiatra. Pero eso, hermanito, que Adela esté enferma, no quiere decir que yo tenga que renunciar a estar con Arturo. Sé que me casaré con él. Tarde o temprano, seré tu jefa.

—Eres una ignorante. Adela está perfectamente. Ayer hablé con ella. No necesita llevar la agencia, valora tu trabajo, y no sabes de qué forma. No tiene reparos en decirlo. Está realizando un trabajo sobre la vida de Abelardo, por eso está recopilando información. Quiere escribir su biografía. Arturo te ha mentado; él sabe lo que está

haciendo Adela. Y no sólo te ha mentado, habló de ti en una comida de negocios. Te considera una adquisición más. Nunca volverá a casarse.

—En una comida. ¿Estabas tú? —preguntó Carlota.

—No. Me lo ha dicho Raimundo.

—¡No vuelvas a meter tus narices en mi vida! Procura cuidar de tu trabajo y olvidarte de la vida personal de los demás. Y dile al engreído de Raimundo que se vaya a la mierda —dijo Carlota colgando el teléfono.

Adela permanecía ajena a los escauceos sexuales de su marido. Su obsesión por encontrar al asesino cada vez era mayor y dedicaba a ello todo su tiempo. Su vida social se estaba reduciendo tanto que era casi inexistente. Lo único que le preocupaba era conseguir el máximo de información posible sobre las relaciones que había tenido Abelardo. El temor de que los anónimos o los paquetes podían volver a aparecer, de que el asesino reemprendiera su búsqueda la atemorizaba cada vez más. Las cenas en la mansión fueron poco a poco canceladas, ya que en cada velada Adela, llevada por su paranoia, sometía a todos sus invitados a interrogatorios sin sentido, alegando estar inmersa en la biografía de su difunto esposo y no dudaba en mostrar sin pudor alguno su desconfianza sobre cualquier persona cuando ésta manifestaba haber conocido al escritor y ella no tenía datos de aquella relación.

Arturo se vio forzado a excluirla de todos sus actos sociales. El comportamiento de su mujer y el perjuicio que llegó a causar en la marcha de alguno de sus negocios hicieron que su exclusión fuese considerada por él algo necesario.

Impotente, veía cómo Adela recopilaba información en su estudio e intentaba ocultarla, dándole a entender que ni tan siquiera él le merecía su confianza.

—Creo que todo esto forma parte del pasado. Además, no es a ti a quien le toca investigar. Si continúas así, me obligarás a pedirte que te deshagas de toda la documentación que estás almacenando.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes algo que ocultar? —dijo Adela desafiante.

—Sólo dices estupideces. No sé a qué te refieres.

—Sé que has estado metido en la adquisición de piezas muy valiosas, de piezas de coleccionista que has comprado fuera de España; obras de arte que habían sido robadas. ¿Crees que soy imbécil? Es fácil entrar en esas organizaciones, lo único que se necesita es dinero; para todo en la vida sólo se necesita dinero.

—Esto raya los límites de lo permisible. No voy a consentir que me acuses de un delito, ni tampoco que investigues sobre mi vida. No pienses que estar casada conmigo te da derecho a ello.

—Tú tampoco tienes derecho a censurar mis investigaciones y mucho menos a catalogarme de loca. Sabes de sobra que no lo estoy. Mis intenciones son claras. Estoy en peligro, mi vida está en las manos de un asesino que anda buscando una pieza única, un libro que ha permanecido custodiado por una cofradía durante siglos y que algún desaprensivo, algún estúpido, algún inculto avaricioso como tú, compró de estraperlo. La paranoia que produce la posesión del libro es el verdadero peligro, no yo. Ése es mi problema, el maníaco que anda tras mis pasos porque cree que yo tengo tres páginas que le faltan al manuscrito. No estoy sola en esto; los monjes de la cofradía están conmigo y ellos no piensan que haya perdido el juicio. Llegué a saber

que estabas metido en ese tipo de negocios porque intenté entrar en una de las redes: solicité hacerme con uno de los cuadros robados en una capilla de las cercanías de Madrid. Es fácil, sólo tienes que dar el nombre de las obras que figuran en la prensa como desaparecidas y pujar por su adquisición... Dinero, sólo es cuestión de dinero. Alguien me mandó esta nota —dijo Adela tendiendo un folio a Arturo.

Él lo leyó: «Si quiere saber dónde encontrar el cuadro, pregunte a su esposo, don Arturo de Depoter, él es uno de nuestros mejores clientes. No entendemos cómo no ha sido él quien se ha puesto en contacto con nosotros».

Arturo miró con despreocupación a su mujer y dijo:

—¿Y qué? No tengo que darte ninguna explicación de lo que haga. Somos muchos los interesados en la adquisición de ese tipo de objetos. Invertir en pintura es mejor que hacerlo en inmuebles; nunca se devalúa. Pero para tu tranquilidad te diré que no sé de dónde procede esta nota y que no es cierto que yo esté en ninguna lista de clientes. Mis adquisiciones son legales, si no ¿de qué servirían las inversiones?

—¿Legales? He visto las piezas romanas que tienes. Sé que han sido adquiridas de forma fraudulenta. He revisado archivos, muchos archivos, sobre los yacimientos de la isla, sobre las excavaciones, sobre los museos. Te sorprendería lo que he aprendido sobre todo este comercio de piezas extrañas, sobre las leyendas estúpidas que las acompañan, sobre esas supercherías que cuestan la vida de muchos.

—Adela, si continúas con esto, me veré obligado a tomar una decisión drástica. Lo único que pretendo es llevar una vida tranquila. Cometí un error manifiesto al casarme contigo. Lo único que buscaba era tener herederos, alguien a quien dejarle mi legado, todo lo que he construido durante años. Me horroriza pensar que el Estado se quedará con mi patrimonio, que lo repartirá entre gentuza que no ha dado un palo al agua en su vida.

—¿Herederos? No me hagas reír. Sabías que nunca tendría hijos. Sabes que odio a los niños, no estoy hecha para la maternidad. Pienso fundirme todo lo que tenga antes de irme de este mísero mundo. Creí que pensabas igual que yo. ¿Hijos tú? Deja que me ría.

—Puedes reírte lo que quieras, pero te exijo que dejes tus investigaciones. La policía ha descartado tu participación en la muerte de Goyo. Todo está en su sitio. Te lo exijo, ¡ya está bien!

—No pienso dejar mis investigaciones. La policía me ha dejado en paz porque no tuve nada que ver con el asesinato de Goyo. Es cierto que sentía animadversión por él, como él la sentía por mí, pero no hasta el punto de querer matarlo. Detrás de su muerte está alguien como tú. Alguien obsesionado con los misterios de los objetos antiguos y a ser posible únicos. Alguien que no parará hasta dar con las tres páginas que le faltan al manuscrito que le compró al agustino.

—No pienso tener en cuenta tus mezquinas acusaciones. Carecen de base

argumental, a no ser que tú tengas esas páginas y por ello estés tan segura de que el asesino va tras ellas —dijo mirándola a los ojos.

—No las tengo, pero él cree que sí. Igual que lo crees tú.

—¿Yo? No digas tonterías, ¿por qué iba a creer yo eso?

—Ayer encontré esto en el sótano, dentro de uno de tus baúles —dijo inclinándose sobre la mesa de estudio y cogiendo un folio que entregó a Arturo.

—Esto no es mío —dijo tajante él—. Creo que te someteré a terapia, quieras o no tendré que hacerlo.

—Si no es tuyo, ¿por qué estaba en uno de tus baúles?

—Te diré una cosa. No voy a consentir que esto continúe ni un minuto más. Me estás sometiendo a un interrogatorio sin sentido, y no estoy dispuesto a seguirte el juego. Eso pertenece a mi padre. Los baúles son de mi padre. Ni tan siquiera me tomé la molestia de mirarlos. No sé qué contienen.

—Pues deberías saberlo, porque la documentación que hay en ellos es una auténtica joya. Podría escribir el mejor best seller sobre la infructuosa búsqueda del Santo Grial. En mi vida había visto nada igual.

—No entiendo qué tiene que ver el Santo Grial con tus investigaciones. Lo que has encontrado no debe de ser nada en comparación con todo lo que tenía mi padre en su poder sobre el cáliz sagrado. Repito que no sé adonde quieres llegar —repitió al ver que Adela sonreía.

—Depende de cómo lo mires o lo interpretes. ¿Tu padre era miembro de la logia de Rosacruz?

—Sí —contestó Arturo—. Voy a prohibirte que sigas metiendo tus narices en las cosas de mi padre. Esa información la has sacado del registro fraudulento de los enseres de mi padre, cosa que no te perdonaré nunca.

—Tranquilízate, quiero que escuches con atención lo que voy a decirte. —Arturo hizo un gesto indicándole que continuase, mientras la miraba con evidente desprecio—. Como he comprobado, su vida la pasó buscando información sobre el paradero del Santo Grial, algo común en su orden, aunque ellos siempre lo han negado. Incluso he encontrado documentos en uno de los baúles que hablan de que en un tiempo el Santo Grial fue custodiado por ellos. Pero en 1933 Hitler les acusó de estar llevando a cabo actividades subversivas y decretó la disolución de todas las asociaciones masónicas en Alemania. Fue entonces cuando se perdió el rastro del Santo Grial. Según las notas de tu padre y los documentos enviados a él por miembros de otras logias, Hitler no llegó a ver la copa, pero sospechaban que el que arrebató el Santo Grial al custodio fue uno de sus generales que más tarde lo entregó a un monje católico, pensando que no tenía más valor que el de una simple antigüedad, ya que no entendía nada de lo que en él se decía. —Arturo tomó asiento mirando a su mujer asombrado. Ella continuó su exposición—. Como verás, no he perdido el tiempo sólo

en buscar a la persona que tiene el libro del monasterio que le costó la vida a mi marido y a las demás víctimas. No estoy loca, ni mucho menos.

—Continúa con la historia del Santo Grial, me tiene muy interesado —dijo Arturo en un tono burlón—, y no entres en menudencias.

—¡No son menudencias! —respondió ella enfadada—. Según las cartas que dirigí a tu padre, un miembro de la logia, del cual no sabemos su nombre, porque no figura en las misivas, pero que deduzco es una personalidad relevante, desde 1933 la Iglesia católica ha mantenido guardado el Santo Grial en un lugar secreto, custodiado por una cofradía que niega que la Santa Sede conozca su existencia y que dice no tener vinculación alguna con la guarda y custodia del Santo Grial, del cual dicen que no existe. En otra carta fechada el 4 de diciembre de 1791 se dice tener sospechas de que Antonio Salieri quiere asesinar a Wolfgang Amadeus Mozart no por rencillas sino porque piensa que éste posee el Santo Grial y a eso le atribuye su genialidad y talento, cosas que Salieri quiere para él y cree que obtendrá si consigue el cáliz. Como sabrás, Mozart era un masón reconocido, y murió un día después de la fecha que figura en esta carta —dijo Adela mirando fijamente a su marido, que seguía mudo—. Todo indica que la lucha por la posesión del cáliz ha sido y será perpetua. El Santo Grial estuvo en posesión de los masones durante mucho tiempo, pero a partir de 1933 perdieron su rastro y desde entonces llevan buscándolo.

—Todo son conjeturas. Ten —dijo, devolviéndole el papel a la mujer—. Esta carta sí la conozco. Mi padre me la leyó muchas veces cuando era niño. Insistía en que Amadeus Mozart fue asesinado y que aquello era la prueba de su homicidio. Siempre decía que un día la haría pública. Pero en realidad es un documento que pudo haber escrito cualquiera. Todos sabemos que Mozart padecía una dolencia renal crónica y que esa dolencia fue la causa de su muerte... A saber a quién le compró mi padre esta carta. No todo lo que se adquiere como auténtico lo es. Todos podemos ser víctimas de fraudes.

—Todos sabemos muchas cosas, sí. Pero en realidad sólo sabemos lo que se nos cuenta. Nada más que eso.

—Aún no entiendo adonde quieres llegar. ¿Qué relación tiene todo esto con los crímenes de los que acusaron a Abelardo? Estoy perdido y creo que tú también.

—Los documentos de tu padre tienen una increíble coincidencia en fechas tanto como en acontecimientos con los reales. He verificado la autenticidad de todos ellos y no son falsificaciones. Tu padre estaba buscando el Santo Grial, incluso en algunos de sus apuntes da a entender que está cerca de él.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque sé dónde estuvo la última vez. —La expresión de Arturo cambió bruscamente.

—Explícame de una vez por todas lo que quieres decir. Deja de dar rodeos, que es

lo único que estás haciendo. Deja de hurgar en los recuerdos de la vida de mi padre —dijo Arturo—. Él era, aunque no lo pareciese, un hombre con los pies en el suelo, un auténtico as de los negocios. Y también era un hombre bueno y, como casi todos los hombres buenos, buscaba algo que demostrara que Dios existe, nada más. Buscaba desesperadamente una prueba y estaba convencido que no podía haber mejor prueba que el Santo Grial. Conviví con esa obsesión de mi padre desde mi infancia. Aparte de eso, dime de una vez cómo se relaciona todo eso con Abelardo.

—Creía que eras más inteligente —dijo ella burlona.

—Pues como ves no es así. Soy un hombre de negocios, pragmático y realista, como todos los que estudiamos ciencias.

—Mi búsqueda ha dado resultados. Sé quién está detrás de todo este asunto.

—¿Qué asunto? —preguntó Arturo con voz queda.

—¡Qué asunto va a ser! Sé quien se esconde detrás de todos los crímenes y lo que busca. Es un masón, y está buscando el Santo Grial.

Arturo la miró sobrecogido. Su expresión cambió bruscamente.

—¿Cómo dices? Un masón detrás de los crímenes. Es imposible. Sus reglas no permiten el crimen. Además, no entiendo qué tiene que ver el cáliz en todo esto.

—El Santo Grial no es una copa, es un libro —dijo Adela mirándole a los ojos desafiante—. Es un libro con las cubiertas en forma de copa.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó Arturo visiblemente desconcertado ante la resolución de Adela.

—Su descripción no es más que una metáfora. Como lo es la manzana del Génesis. Un simple recurso lingüístico que lo ha protegido durante años. La mejor forma de ocultar una cosa es dejarla a la vista, decía Abelardo. Ha estado delante de nuestros ojos siempre. El Santo Grial es el libro de la sabiduría del que comió Eva, por el que fue desterrado Luzbel. En sus páginas está el secreto de nuestra existencia, estoy convencida de ello. Pero al libro le faltan tres páginas, y creo que son las que tienen la clave de la inmortalidad. No me preguntes por qué sé esto último, pero creo que es así. No encuentro un motivo de más peso que la búsqueda de la inmortalidad para arriesgar la propia vida.

»Por otro lado, la persona que anda tras el Santo Grial debe tener una buena posición, ya que si no, no podría haberle pagado al agustino la cifra que le dio por la adquisición del libro. Los agustinos sabían desde el principio que el libro era el Santo Grial y me engañaron. No me dijeron toda la verdad, pero me pusieron en la pista; les debo un favor. Les diré lo que he averiguado. Creo que la persona que trata de encontrar esas tres páginas del Grial debe padecer una enfermedad terminal. Ahora sé que estaba equivocada con respecto a los monjes de El Escorial. Nunca quisieron hacerme daño, ni a mí ni a nadie.

—Nada de lo que has dicho se sostiene.

—Ese libro —continuó Adela ignorando el comentario de Arturo— debe contener las claves de nuestra existencia. No sólo eso, quizá puede llegar a poner en peligro la estabilidad de todas las religiones del mundo. Es posible que lo que cuente sobre la naturaleza de Dios no tenga nada que ver con lo que nos han venido diciendo hasta ahora. Son muchas las personas interesadas en tener el Grial, unas por una cosa y otras por otra. Y por lo que me comentó el monje agustino, si cayera en manos inapropiadas y se diera a conocer el contenido del libro, el caos sería enorme, incalculable. Creo que por eso Abelardo arrancó esas páginas. Lo que debió ver en ellas tuvo que ser una verdad demasiado terrible, demasiado peligrosa. Creo que los monjes y yo nunca las encontraremos.

—¿No pensarás buscar algo que forma parte de una leyenda, algo que tú has inventado?

—Me da igual que me creas o no. No me importa lo que pienses de mí. Sé que estoy en lo cierto y voy a decírselo al monje. Tenemos que dar con la persona que está buscando esas páginas, así encontraremos el libro, que es incluso más importante que esas tres páginas sueltas que de seguro Abelardo puso a buen recaudo o destruyó. Es la única forma de ponerme a salvo.

—Por mí puedes hacer lo que quieras, pero no cuentes conmigo en esta locura. Imagina si la gente llega a conocer tus obsesiones, imagina lo que tu paranoia afectaría a mis negocios... Y te advierto una cosa, no saques el nombre de mi padre a relucir en ningún momento, y menos su condición de masón. ¡Te lo prohíbo!

—Tú no puedes prohibirme nada. Tu reputación es lo único que te preocupa, nada más. He estado sola en esto desde que comenzaron los problemas. Desde que recibí la copia de la novela y los recortes de prensa. Tú, que eres mi marido, que confíe en ti, me has apartado de tu lado, sin tener en cuenta cómo me siento. ¿Crees que te lo voy a perdonar? ¿Crees que no sé que vas diciendo que estoy loca? Lo sé todo, aún me quedan amigos. Sé lo tuyo con Carlota, desde el comienzo. Pero eso Arturo no me importa, lo único que me come por dentro es tu indiferencia ante el peligro que corro, eso es lo que me consume y no voy a perdonarte nunca. Cuando todo esto acabe, porque acabará, me haré con la dirección de la agencia, Carlota seguirá trabajando para mí y tú siendo mi esposo en funciones, funciones puramente administrativas, de contrato. Ahora soy yo la que te exijo, y si no quieres que haga pública la condición de masón de tu padre, tendrás que soportar mi carga.

—Creo que has perdido el juicio y que no sabes a lo que te enfrentas. No tienes ni idea. Si quieres ayuda déjalo todo como está, no sigas investigando. Olvídate de las páginas de ese libro, porque no es más que un libro, un simple libro. Hazme caso, olvida este asunto. Yo sé cómo acaban estas cosas. Mi padre... ¿recuerdas?

—Vaya, ¡qué sorpresa! Ahora resulta que puedo estar en el camino correcto. ¡Cómo cambian las cosas!



—No ha cambiado nada, Adela. Mi advertencia sigue siendo la misma. No saques nada a relucir que perjudique mi buen nombre o el de mi padre. No lo hagas o te arrepentirás.

—¿Por qué? ¿Me ingresarás en un psiquiátrico? —preguntó ella—. Me muero de miedo —dijo burlona, y añadió—: Quiero que sepas que haré lo que sea necesario para ponerme a salvo. Lo que sea.

—Tú misma. No pidas lo que tú no has dado antes. Me criticas cuando tú hiciste lo mismo con tu marido —contestó él hastiado—. No volverás a tener acceso a nada que no sea tuyo. Ordenaré que el servicio traslade todos los baúles a Madrid hoy mismo. Yo también me marchó. No volveremos a vernos hasta Navidad. La cena de Nochevieja será como todos los años; no pienso romper la tradición. Guardarás las apariencias y no harás nada que se salga de lo normal. Nada. ¿Entiendes? —preguntó—. Estás totalmente obsesionada. Estás loca —dijo, y levantándose le arrancó a Adela de las manos la carta que hablaba de Mozart y Salieri—. Esto ha terminado.

*31 de diciembre de 1998*

El día de Nochevieja, como todos los años, Arturo comenzó a recibir en su casa a los asistentes que darían la bienvenida al nuevo año junto al viejo sauce en la finca de Santa Eulalia. Los invitados empezaron a llegar pasadas las ocho treinta de la tarde. Adela permanecía en su dormitorio mirando cómo entraban los coches en la residencia. En su mano sostenía una pequeña libreta de espiral. En ella iba tomando nota de todas las matrículas. Aquel día tenía un presentimiento. Estaba convencida de que el asesino asistiría a la fiesta. Pensaba que tenía que estar dentro del círculo de amistades de Arturo. Que era masón.

Un BMW azul metalizado, con luces de xenón, atravesó la verja metálica. El aparcacoches abrió la puerta derecha y una mujer pelirroja salió de su interior. El hombre que la acompañaba iba vestido con una gabardina y un sombrero de piel marrón que le protegía del agua nieve que caía constante. El sujeto se dirigió hacia la mujer y la cogió del brazo. Adela comprobó que las caderas de la mujer se contoneaban provocativas. Pálida, siguió sus pasos hasta la entrada de la mansión concentrándose especialmente en su forma de caminar. Soltó los prismáticos, que cayeron al suelo, y se dirigió al dormitorio de Arturo. Abrió la puerta sin llamar y mirando al hombre que permanecía dentro de la ducha dijo:

—Me gustaría que me dijese quién es el hombre que acompaña a Carlota.

Arturo salió del baño.

—¿Aún no hemos empezado y ya estás haciendo averiguaciones sobre los invitados? Olvídate de tus obsesiones por un rato y vístete ya.

—Lo que tú digas. Pero dime quién es el que acompaña a tu amante.

—No es mi amante.

—A tu querida, a tu rollo, me da igual el calificativo que le pongas, ¿sabes quién es?

—Será Juan Antonio.

—¿Me tomas por imbécil? Conozco a Juan Antonio.

—Pues no tengo ni idea. Será un amigo. Luego te lo presentará. Espero que no organices ninguna historia, que no me arruines la velada. No quiero que eches a perder la fiesta de fin de año. ¿Entiendes? ¡Por favor, contrólate! Aunque sólo sea por esta noche, hazlo. Después continuaremos con nuestras vidas. No creo que te suponga mucho esfuerzo.

—¿Por qué no me prestas atención? Estoy empezando a pensar que existe la posibilidad de que tú sepas algo de todo esto e intentes ocultarlo. Creo que tu fijación

en que deje de investigar es bastante sospechosa —dijo Adela mirando por la ventana con expresión desencajada.

—¿Mi fijación? Aquí la única que tiene fijaciones eres tú. Estás perdiendo el juicio. Controlar a los invitados me parece una falta de educación.

—Está claro que por algún motivo que desconozco no quieres entender nada. No te preocupes, no arruinaré tu fiesta. La haré más divertida —dijo Adela señalando el número de la matrícula que tenía apuntado en la libreta.

—¡Joder! Estás apuntando los números de las matrículas de todos los invitados. ¡Estás como una cabra! Esa matrícula es la del coche de Juan Antonio. Te dije que sería Juan Antonio. Es el hermano de Carlota. No me irás a decir que también es sospechoso de andar en busca de tu artilugio mágico.

—No es el hermano de Carlota. Yo nunca había visto al tipo que ha venido con Carlota. Puede que el coche sea el de Juan Antonio, pero el hombre que acompañaba a tu pelirroja favorita no es su hermano.

—¿Qué te crees?, ¿que voy a estar toda la noche discutiendo estupideces? No cuentas conmigo para eso. ¿No te das cuenta de que tu obsesión está llegando demasiado lejos? Me cargas, Adela. No te soporto. Cada día que pasa es peor —dijo frotándose el pelo con la toalla.

—¡Ahora lo entiendo! —dijo Adela ignorando las palabras de su marido—. Ahora entiendo por qué tenía tanto interés en hacerse cargo de la agencia literaria. Cuando me dijiste que no aceptaba el trabajo si no contratabas a su hermana me pareció extraño, pero ¡ahora lo entiendo!

—¿El qué? ¿Qué es lo que entiendes?

—No voy a decirte ni una palabra más sobre mis investigaciones. ¿No recuerdas que estoy loca? Las conclusiones de un loco no tienen relevancia.

—Dime qué quieres decir.

—Ya sé quién es el acompañante de Carlota. Acabo de ubicarle.

—No entiendo nada. ¿Ubicarle?

—Sí, he recordado dónde lo había visto antes, y eso me ha conducido a un lugar determinado que tiene relación directa con lo que ando buscando.

—¿Puedes decirme a qué te refieres?

—Pues no sé si decírtelo me situaría en un lugar más peligroso del que estoy. No lo sé, Arturo, no lo sé; porque si estoy en lo cierto, los motivos que tienes para no prestarme atención quedarían más justificados.

—Adela, creo que tu estado empieza a ser muy preocupante. Debes ponerte en manos de un especialista lo antes posible. Haz el favor de vestirte y de bajar a la fiesta. No puedes volver a fallarme en público. ¡No esta noche! Tengo negocios pendientes, hay varias personas con las que quiero hablar, y una de ellas es el hermano de Carlota. No puedes montar ningún numerito. No se te ocurra insultarle,

ni faltarle al respeto. Juan Antonio es muy valioso para mí. No puedes imaginarte lo valioso que es. ¡Nadie va a matarte! ¡Vístete ahora mismo! —dijo Arturo recogiendo la ropa del suelo.

Adela cogió el vestido y caminó hacia su dormitorio.

—Voy a bajar. Hablaremos más tarde. Procura ponerte más maquillaje, tienes un aspecto horrible. ¡Y, por favor, ponte sujetador! No quiero que pase lo de la última cena, que todos supieron cuál era el tamaño exacto de tus pezones. Si hoy no te lo pones, con ese vestido, no sólo verán tus hermosos pezones, sino que sabrán cuál es tu código genético de un solo vistazo —dijo saliendo del dormitorio.

Adela cogió de la mesita de noche un cuaderno en el que tenía varios nombres anotados. Lo miró con atención y subrayando uno de ellos efectuó una llamada.

—Residencia del doctor Rubestein, ¿en qué puedo atenderle?

—Sí, buenas noches. Quería hablar con el doctor. Es una consulta urgente. Si no fuese así no le habría molestado en este día y a estas horas de la tarde.

—Siento decirle que el doctor no está. Pasará la noche fuera de la residencia.

—¿Sería tan amable de decirme dónde puedo localizarlo?

—Me temo que eso es imposible. Llame usted a la clínica y ellos tratarán de ponerse en contacto con él.

—Soy la esposa de Arturo Depoter —dijo Adela en tono imperativo—. Creo que el doctor no tendrá inconveniente en que me dé el número de donde está ahora. Mi marido es su paciente.

—Pero, señora, el doctor se dirige a su fiesta de Nochevieja. Estará a punto de llegar.

—Gracias. Es que tardaba y estábamos preocupados. Mi esposo no está muy bien hoy —dijo Adela simulando preocupación.

—Espero que se mejore. Feliz salida y entrada de año.

—Igualmente, ¡muchas gracias!

Adela miró el árbol de datos que tenía dibujado en el cuaderno al tiempo que exclamaba:

—¡Maldito hijo de puta! Aún no sabes con quién estás jugando.

La cena transcurrió sin incidentes. Adela dio muestras en todo momento de su buen hacer y su elegancia. Pasadas las tres de la madrugada se dirigió al acompañante de Carlota y amablemente exigió ser presentada:

—Aún estoy esperando a que la directora de mi agencia tenga la deferencia de presentarme a su atractivo acompañante.

—¡Oh, perdona! —dijo Carlota—. Es el doctor Rubestein. Ni tan siquiera había caído en ello. Verás, Adela, es un acompañante circunstancial. Arturo le pidió que le hiciera el favor de asistir conmigo para que yo no viniese sola.

—Lo sé, querida. Conozco a tu hombre, lo conozco muy bien, no se parece en nada al doctor —dijo con ironía—, pero no crea usted que es hacerle de menos, es que son ustedes completamente diferentes.

El hombre se levantó y besó la mano de Adela presentándole sus respetos:

—Encantado de conocerla. Es usted muy hermosa.

—Gracias, muy amable. Quería... me gustaría hablar con usted unos minutos, a solas, si es posible —dijo mirando a Carlota con un rictus de odio en sus gestos—. ¿Podrías ir a echarle una mano a Arturo? Nuestro amigo Carlos le está poniendo las neuronas del revés, lo presiento.

Carlota la miró con desprecio y sin decir palabra se marchó.

—Usted dirá —dijo el especialista que la miraba expectante.

—Mi marido me ha comentado su problema y quisiera que usted me dijese lo que piensa, la verdad.

—No creo que deba hacerlo. Es extraño que Arturo le haya comentado su enfermedad. Nunca quiso que nadie de su entorno la conociera.

—Estamos muy unidos, como imaginará. Se vio obligado a comentarlo conmigo..., he visto algunos de sus fármacos. Entienda que él antes vivía solo, pero ahora las cosas han cambiado. Creo que, como esposa, tengo derecho a saberlo todo.

—Cierto, pero me parece inadecuado la forma y la manera que ha tenido de abordar el tema. Él es el paciente, no usted. Creo que deberíamos llamarlo.

—Mire, le voy a ser clara. Quiero que me diga inmediatamente todo lo referente a la salud de mi esposo. Tengo derecho a saberlo. Salgamos al porche, creo que fuera le será más fácil hacerme partícipe de sus opiniones profesionales. Mi marido no quiere preocuparme, pero yo exijo estar informada. Le quiero —dijo tendiendo la mano en dirección a la salida—. Creo que es algo normal en un matrimonio. ¿Usted está casado?

—No.

Una vez fuera, Adela se puso frente al médico y volvió a preguntar:

—¿Y bien?

—Es irreversible. Aún no ha entrado en la fase terminal, lo hará en un año o antes. Pensamos que sería más rápido, pero, gracias a los nuevos fármacos, el proceso se ha lentificado. Tengo que reconocer que nunca estuve de acuerdo con que no se sometiese a radioterapia, pero parece que no le ha perjudicado su decisión, al contrario. Su caso es algo excepcional. La medicación sólo se le administra cuando entra en una crisis aguda. Los ingresos siempre coinciden, como usted ya sabe, con sus viajes a Sudamérica. Todo es tan extraño que le hemos dicho varias veces que nos dejara estudiar su caso. Nos gustaría que se sometiese a un análisis. Pero él se niega, no quiere que nadie tenga conocimiento de que padece una enfermedad oncológica. Arturo es increíble, un ser excepcional.

—Cierto. Es mi esposo, lo conozco muy bien. Entonces, ¿no hay dudas en relación con el diagnóstico?, ¿es definitivo? No hay ninguna posibilidad de curación.

—Pues no. Pero ya sabe como son estas cosas. El cerebro es el arma más potente que existe, creo que las ganas de vivir influyen decisivamente en la evolución de estas enfermedades. Hemos sopesado la posibilidad de un trasplante, aunque sabemos que es demasiado arriesgado, pero él se niega. Le aterra entrar a quirófano. Sería muy conveniente que usted intentase convencerle de que aparte de someterse a radioterapia sopesase la posibilidad del trasplante —dijo el médico—. Quizá usted pueda convencerlo para que cambie su actitud. Últimamente, su estado es milagrosamente estacionario. Quiero decir que el hígado sigue en el mismo estado que cuando se le detectó y extirpó el tumor, pero sería conveniente no perder más tiempo, ya que hemos descubierto un nuevo tumor. Esto es lo que nos hace pensar que en cualquier momento la situación puede volver a complicarse.

—Eso era lo que necesitaba saber. Sabía que no me había dicho toda la verdad. Dijo que era una simple disfunción.

—Pues no crea que la definición que le ha dado es incorrecta. No tiene más síntomas que los de una disfunción hepática; ahora es lo que aparenta. Ya le he dicho que su evolución es del todo anormal, algo digno de estudio. Créame. Pero las pruebas, desgraciadamente, nos dicen otra cosa. No hay que tentar a la suerte. Arturo debería someterse a un trasplante. Debería haber estado en la lista hace más de dos años.

—¿Eso quiere decir que lleva dos años con el cáncer? —preguntó Adela—. Es increíble...

—Con el último tumor, sí. A nosotros también nos tiene un tanto desconcertados la evolución. Nadie entiende cómo es posible que esté tan bien después de tanto tiempo, pero ya ve, parece que los milagros existen.

—Creo que viene —dijo Adela mirando hacia dentro—. Será mejor que no sepa que hemos mantenido esta conversación. Le doy mi palabra de que intentaré convencerlo para que se opere. Déjelo en mis manos. Le agradezco enormemente su información. No sabe cuánto.

—Veo que ya os conocéis —dijo Arturo mirando con desconfianza al médico y a su mujer cuando estuvo junto a ellos.

—Sí, tu encantadora esposa me estaba enseñando las vistas desde el porche. Lo cierto es que dentro el ambiente está demasiado cargado, y hemos aprovechado para tomar un poco de aire fresco.

—Tendrías que haberme avisado de que no es cirujano estético. No sé por qué pensé que lo era. Quizá porque lo vi hablando con Carlota, y como tiene demasiadas manchas en la piel y le afean tanto, pensé que estaba considerando la posibilidad de hacerse unos retoques —dijo Adela, irónica y burlona.

—Ya le he comentado que soy oncólogo.

—Cierto, trató a mi padre en una ocasión —dijo Arturo mirando al médico. Éste asintió.

—Os deajo, me reclaman. Soy la anfitriona y estoy descuidando a mis selectos invitados —dijo Adela retirándose al interior de la casa.

—¿De qué habéis hablado? ¿No le habrás comentado nada de mi enfermedad?

—¡Por supuesto que no! Me preguntó si era cirujano estético, como ella misma te ha dicho.

—No quiero que sepa nada. No está bien. Desde que mataron al abogado de su anterior esposo, no está bien. Se preocupa en exceso por todo. Está obsesionada. No quiero que tenga más preocupaciones añadidas, que piense que su estabilidad vuelve a estar en peligro.

—Lo entiendo, pero creo que tiene derecho a saber tu estado de salud.

—Mi estado de salud sólo me concierne a mí, y lo sabrá quien yo quiera que lo sepa.

—Está bien, no debes preocuparte por nada. Todo sigue como estaba.

—Te lo agradezco —dijo Arturo indicándole que pasaran dentro.

Sobre las seis de la mañana todos los invitados habían abandonado la residencia. Adela y Arturo subieron a sus respectivas habitaciones.

—¿No vas a dormir conmigo esta noche? —preguntó socarrona—. Imagino que ya no lo necesitas, que ya has tenido bastante sexo por hoy.

—Eres un bicho, una víbora. Si crees que puedes manejarme a tu antojo como lo hacías con Abelardo, estás equivocada.

—Carlota es hermosa. ¿Verdad, Arturo?

—¿Qué insinúas? —preguntó él.

—Quiero decir que tienes aspecto de haber estado haciendo el amor.

—No empecemos de nuevo —dijo él dirigiéndose al baño.

—¡Eres un hijo de puta! Te has acostado con esa mujer. Lo he visto. He visto cómo la llevabas a la casita de madera. No me lo negarás. Podíais haber tenido la dignidad de no actuar con ese descaro. Creo que lo menos que podías haber hecho era esperar a que todos se fuesen. Me exiges que te respete, pero tú hace mucho que me perdiste el respeto. Me eres infiel delante de todos. Tú sí que eres un maldito cabrón.

—No pienso negarte nada —dijo Arturo de espaldas—. Que sepas que me importa un carajo que me condecoras con insultos. Me da igual lo que pienses de mí.

—Tendría que haberte dado la noche, haberte dejado en ridículo, pero en mi lista de prioridades no estaba dar a conocer que mi marido es un obseso sexual. Eso es del dominio público; con una excepción por supuesto...: la ignorante de la pelirroja no tiene ni idea de con quién se está acostando. Creo que el exceso de pecas le ha

intoxicado las neuronas. Ya decía yo que tener tantas tetas y tantas manchas no podía ser bueno. Todo el mundo te conoce menos ella.

—Te estás pasando —dijo él amenazador—. Te advertí que tu actitud no te traería nada bueno.

—¿Debo tomarlo como una amenaza? Deja que me ría. No pienses que voy a consentir que una mentecata invada mi espacio. Puedes acostarte con ella las veces que te dé la gana, pero os prohíbo que me dejéis en ridículo, os lo prohíbo a los dos. Quieras o no, soy tu mujer, y eso tendrás que respetarlo al menos en apariencia.

Arturo se giró bruscamente y le dio una bofetada.

—Carlota no se merece que la trates como si fuese una puta. Tú mantuviste el mismo tipo de relación conmigo y nadie te trató así. Yo te exijo a ti que la respetes a ella. Carlota es una adicta al sexo, como lo eras tú, como lo soy yo. Todo es por tu culpa. Te has convertido en un objeto. No me inspiras más que compasión. Odio la compasión. No soy compasivo. ¡Nunca lo seré! ¡Y ésta no es tu casa! Nunca lo ha sido y nunca lo será —dijo malhumorado y violento—. Me lo debes todo. Si no te hubieras casado conmigo, no tendrías nada. Serías la viuda del ignorante de Abelardo, de un loco que ocultó pruebas de uno de los homicidios, de un cobarde que no fue capaz de enfrentarse a su futuro y se suicidó.

—Me has pegado. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—¡Por supuesto! —contestó—. Ya no eres la persona que yo conocí. Yo, sin embargo, no he cambiado. Sigo siendo el mismo. Me has engañado. Pensé que eras más fuerte. Creí que no tenías escrúpulos, y eso me gustaba. Me excitaba... Pero me equivoqué. Eres como la mayoría. Absurdamente vulgar. Te dejas llevar por los miedos, por el miedo a dejar de vivir. Eso es de débiles. No quiero a nadie débil a mi lado. ¡A nadie!

—¿Cómo sabías que Abelardo ocultó pruebas en uno de los homicidios? —preguntó Adela temblando.

—Tú me lo dijiste. ¿No lo recuerdas? Estás enferma, muy enferma.

—No, no lo recuerdo, y puedes estar seguro de que me acordaría si te lo hubiese dicho. No estoy loca. Sabes de sobra que no lo estoy.

Arturo sonrió.

—No me importa lo que pienses —dijo—. No me importa lo que sientas, ni me importa nada de ti. ¡Nada! Cuando Abelardo murió pensabas igual que yo. No le defendiste, aun sabiendo que era inocente. Dejaste que le recluyeran, y ni siquiera fuiste capaz de ir a visitarle... Y ahora estás asustada porque piensas que el asesino va detrás de ti. ¡Es posible! Si yo fuese él, lo haría. Si yo fuese él, te mataría. Sabes demasiado. Te advertí que no siguieras investigando, te lo dije, pero no haces caso a nadie. Tú, la prepotente, la mente privilegiada, crees ser como Dios; pero no, eres una ignorante que se deja llevar por sus impulsos. Estás demasiado segura de ti misma y



eso ha hecho que en más de una ocasión no puedas ver la verdad. La grandeza de las personas reside en actuar sin miedo, en ser conscientes de sus acciones y de sus consecuencias, en asumir la responsabilidad de lo que se hace. Nosotros ya no tenemos nada en común. Hoy acabas de demostrármelo. Tú nunca te has enfrentado a nada, ni siquiera has sopesado las consecuencias de tus actos. Tus prioridades —dijo riéndose— me dan risa, mucha risa, créeme. No tienes ni idea de por dónde andas. Escuchas el ruido que produce el rayo y corres como el ganado, pensando que dos metros más arriba te salvarás de la descarga. Tú no eres inteligente. Lo tuyo es instinto, sólo te guías por el instinto, y las necesidades te ciegan como a los animales, que son listos pero no inteligentes. Un matiz importante, ¿no crees?

—No entiendo lo que quieres decir, y aún no me has explicado cómo sabes lo de las pruebas. Quiero que me lo digas.

—¿Vas a buscar una conexión histórica con ello? No sé, quizá Nostradamus me lo dijo.

—Sé lo que te ocurre —dijo Adela.

—No entiendo.

—Sé que tienes cáncer y que tarde o temprano tendrás que someterte a un trasplante de hígado.

—¡Voy a arruinar a ese tipo! —gritó enfurecido Arturo—. ¡Juro que lo haré!

—No tiene la culpa de nada. Le saqué la información con mentiras. Como ves no soy tan estúpida como crees, o como dices creer... Ocultas demasiadas cosas, yo no estaba equivocada, nunca lo estuve. Es cierto que el instinto me ha ayudado, pero mi inteligencia se ha servido de él para llegar donde estoy. Quiero que te vayas de aquí.

—No tienes ni idea de lo que dices. Ésta es mi casa. Tú serás la que te irás.

—Sólo voy a decirte una cosa y no la repetiré. Como me pongas una mano encima, como intentes hacerme daño, te mato. Y ahora sal de esta casa —dijo Adela desafiante levantando el teléfono con gesto amenazador—. Sé quién eres. Tú mismo lo has demostrado. Tu ofuscamiento lo único que ha hecho ha sido reafirmar mi tesis. Mañana desapareceré de tu vida y tú lo harás de la mía. No quiero que vuelvas a acercarte a mí nunca más. No lo hagas o haré que la información de la que dispongo salga en todos los medios de comunicación. Te doy mi palabra de que lo haré. Mi vida es lo único que me preocupa, nada más. No pienso seguir viviendo bajo tu amenaza. Yo nunca tuve acceso a las páginas de la obra de Abelardo. Nunca. Sigue con tus investigaciones. Haz lo que quieras, pero olvídate de mi existencia. Es lo único que te pido. Por supuesto, quiero que la agencia sea sólo para mí. Seguiré mi vida y tú la tuya, hasta que se te acabe. Porque creo que te queda poco. Encuentres esas malditas páginas o no las encuentres, nada te salvará de morir como a todos. Me da igual lo que has hecho. El pasado no puede cambiarse, y el futuro es lo único que cuenta.

—No sabes lo que dices. Te has vuelto completamente loca. ¿Me estás acusando de ser el responsable de todos esos crímenes sólo porque estoy enfermo...? Has perdido la cabeza —dijo Arturo saliendo del dormitorio.

El cuerpo sin vida de Adela fue encontrado por la asistenta encargada del mantenimiento de las habitaciones. Cuando la mujer subió con la bandeja del desayuno, encontró a la esposa del odontólogo desnuda sobre la cama. Su cuerpo estaba cubierto de sangre a la altura de las caderas. En apariencia, Adela se había seccionado las venas. Sobre la mesa había una nota que había escrito antes de morir. En ella se leía: «Sobrellevar la muerte de mi primer esposo fue terrible, agotador y traumático. Nunca pude soportar los remordimientos que me asaltaban día tras día por no haber creído en su inocencia. Creo que la enfermedad de Arturo es un castigo de Dios. No podré enfrentarme a su pérdida... No me queda ninguna razón para permanecer aquí».

El entierro de Adela se retrasó dos días debido a la autopsia. Los resultados confirmaron que se había suicidado. Fueron muchas las personas que declararon que el estado de la esposa de Arturo era preocupante desde hacía tiempo. Carlota ratificó ante la policía el estado de ansiedad que aquejaba a la mujer. Asimismo, el oncólogo dio a conocer la totalidad de la conversación que Adela y él habían mantenido esa noche. El médico dijo haberse arrepentido de inmediato de haber informado a Adela de la salud de su paciente cuando éste le dijo que había estado ocultando su enfermedad a su esposa porque ésta sufría una grave depresión.

Sólo tres personas del entorno de Adela sabían que aquello no era un suicidio: el asesino, un agustino que asistió al entierro y que permaneció discretamente oculto tras uno de los sepulcros y el seglar que acompañaba al monje; ambos estuvieron toda la ceremonia separados del cortejo fúnebre.

Arturo recibió el apoyo y las condolencias de todos sus amigos, que le acompañaron durante las exequias. Cuando todo hubo acabado, Carlota, que no le abandonó desde que éste la llamó para comunicarle la muerte de su mujer, dijo:

—Tal vez conocía nuestra relación. No debimos hacerlo aquella noche.

—Adela nunca supo nada de lo nuestro. Es triste, pero ya te dije que estaba enferma. Enfermó cuando murió Goyo. Los acontecimientos la sobrepasaron. Yo no pude hacer nada. Todo sucedió demasiado rápido.

—Me siento culpable. No sé cómo explicarte lo que siento.

—No hace falta. No debes decirme nada —contestó Arturo acariciando el hombro derecho de Carlota.

—Es todo tan extraño... Es como en esas novelas de suspense. Parece que una maldición les haya perseguido a los dos. Quiero decir a Abelardo y a ella.

—Eso es absurdo. Adela se suicidó porque no pudo soportar la crueldad de un loco que aún, y desgraciadamente para todos, está suelto. Y Abelardo fue víctima de una suma de negligencias, tanto por parte de la justicia como de los médicos. La vida está llena de cosas así. Miles de personas son ejecutadas a diario sin que se demuestre su inocencia y mueren sabiendo que no han cometido ningún crimen. Miles de personas son asesinadas por psicópatas que disfrutan matando y jugando con la policía.

—Tienes razón, pero en este caso hay algo extraño. No sé explicártelo, pero intuyo que es así... —dijo Carlota estremeciéndose.

—Todo es sugestión. Yo llegué a sentir lo mismo que tú.

—¿No tienes miedo? —preguntó la mujer.

—¿Miedo?, ¿a qué? ¿Por qué debería tener miedo?

—Miedo a que el asesino vuelva a actuar y que tú seas su próxima víctima.

—¿Tú crees? —preguntó Arturo irónico.

—No lo sé. Yo lo tendría. Todas las víctimas habían tenido algún tipo de relación con Abelardo, y tú eres el viudo de la que antes había sido su mujer.

—Siempre pensé que la relación de los asesinatos con Abelardo era circunstancial. El asesino le eligió a él como podría haber elegido a cualquier otro autor de novelas de suspense. Podría ser cualquiera de tus escritores —contestó Arturo.

—Sí. Sin embargo, le eligió a él, y todas las personas que han muerto estaban relacionadas con Abelardo.

—Cierto. Pero se te escapa un detalle. Abelardo no fue asesinado y Adela tampoco... Y no quiero volver a hablar más de este tema. No tiene ningún sentido. Te pido, por favor, que no vuelvas a mencionarlo, ¿de acuerdo? —Carlota asintió con la

cabeza—. ¿Te veré mañana? —preguntó Arturo.

—Lámame —dijo ella dándole un beso suave en la mejilla—. Creo que deberíamos hablar sobre tu enfermedad.

—No debes pensar más en eso, no me pasará nada. La medicina no es una ciencia exacta, ninguna lo es.

—La próxima semana en Madrid. No llegues tarde. La mesa estará reservada para las dos —dijo Juan Antonio desde el coche.

—¿Estará Raimundo? —preguntó Arturo—. No he conseguido hablar con él.

—Sí. Quedé con él cuando salimos del velatorio. No quiso venir. Me dijo que le disculpases. Ha hecho un gran esfuerzo para asistir al funeral.

—¡Joder! Comienzo a pensar que Carlos tiene razón. Debería dedicarse a la literatura. Si le impresionan los entierros, creo que como criminalista no tendría futuro —dijo socarrón Arturo.

—Estaba muy afectado. Es más, me dijo que no te comentase nada, pero creo que deberías saberlo. Me contó que en Nochevieja se dio cuenta del estado anímico de Adela, pero que prefirió mantenerse al margen, y el caso es que ahora se siente fatal, dice que siente remordimientos.

—¿Remordimientos? ¿No lo entiendo?

—Imagino que por no prestar atención a Adela o por no advertirte sobre su estado. Ya sabes que también es psiquiatra.

—No tiene por qué tener remordimientos. Estas cosas suceden, nadie puede preverlas. De todas formas, es bastante raro que advirtiera el estado de Adela. Nunca se cayeron bien y no hablaban demasiado entre ellos... Bueno, lo que me interesa es que asista a la reunión, tengo que comentarle algunos temas importantes —insistió Arturo.

—Sí. Estaremos todos. Creo que el único que tiene problemas es el protésico nuevo. No ha conseguido encontrar apartamento.

—Dile que se pase por la agencia inmobiliaria —contestó Arturo.

—Ya lo hizo, pero tus alquileres son demasiado caros para su economía.

—Eso no es un problema. Llámale en cuanto estés en Madrid. Dile que no se preocupe por nada. Quiero que estéis todos. La plantilla al completo —dijo Arturo entrando en el coche.

**14 de enero de 1999**

Dos semanas después de la muerte de Adela, Arturo abandonó la finca de Santa Eulalia para establecer su residencia permanente en Madrid. Carlota, que no se había separado de él desde la muerte de Adela, había insistido en ello. Creía que la capital era el lugar idóneo para acortar sus desplazamientos, además así permanecerían más tiempo juntos. La joven había conseguido su propósito: tener a Arturo lo más cerca posible.

El edificio de la Castellana aún no había sido vendido, por lo que Raimundo le convenció de que hiciese de la planta superior un hermoso ático de cuatrocientos metros cuadrados y lo convirtiera en la residencia perfecta desde donde dirigir todos sus negocios. El abogado se encargó de negociar las indemnizaciones que tendría que abonar a los inquilinos cuyos contratos aún estaban vigentes. Tras varias semanas de negociaciones, en febrero, Arturo tuvo el ático a su entera disposición. Los arquitectos y los diseñadores se pusieron manos a la obra. El odontólogo decidió instalarse en el hotel Palace hasta que su nueva residencia estuviese habilitada. El uno de marzo inauguró su nueva casa con una gran fiesta a la que asistieron todos sus amigos. A las doce de la noche un mensajero llamó a su puerta y le entregó un paquete:

—¿Quién manda esto? —le preguntó al mensajero.

—No tengo el nombre del remitente —dijo el joven.

—Eso no es posible. Están ustedes obligados a registrar los datos.

—Por supuesto, señor —contestó el chico—. Si usted va mañana a la empresa o llama por teléfono se los facilitarán. Ellos son los que tienen el registro de entradas y salidas. Cuando no figura aquí, están registrados allí.

Arturo firmó el albarán de entrega y empezó a abrir el paquete. Cuando vio el contenido la expresión de su cara cambió al instante. En el interior de la pequeña caja roja había unos guantes de goma negros y un sobre rojo que contenía una nota. Leyó el texto:

Me arrepiento de mi creación y llevado por mi contrición, digo: «Borraré de sobre la haz de la Tierra a los hombres que creé».

(Génesis, 6)

Arturo, ¡yo soy tu creador!

# Capítulo 4

**Santander.****1 de abril de 1999**

El asesino miró la copia de la novela y sonrió. Hacía cuatro meses que no retomaba la historia, que los acontecimientos dejaron de sucederse. Después de la muerte de Adela Cierzo, el rastro de las páginas del manuscrito parecía haberse borrado. Todo lo acontecido aparentaba ser el fruto de una pesadilla. Desde que Adela había fallecido, su búsqueda fue estéril. Era como si ella, consciente de la identidad del asesino y de sus propósitos, hubiera pedido un último y macabro deseo: llevarse a la tumba todo lo concerniente al paradero de aquellas hojas que Abelardo había arrancado del libro, dejando la existencia de las mismas sumergida en un limbo terrenal e inaccesible.

Sabía que la policía andaba tras sus pasos, por ello, durante aquellos cuatro meses, llevó una vida tranquila y monótona, lo que hizo que, dada la falta de acontecimientos vinculados con los crímenes del Octavo Jinete del Apocalipsis, la policía abandonara su vigilancia. Las investigaciones no habían avanzado en absoluto y todo indicaba que este caso pasaría a los anales del olvido como uno más sin resolver, eternamente abierto y a la espera de un nuevo asesinato que lo situara de nuevo en la primera página de sucesos.

Sin embargo, la llamada inesperada de una amiga de Abelardo Rueda le hizo retomar sus esperanzas. Decía tener las páginas del libro. Aseguraba que si bien no sabía de qué se trataba ni qué era lo que había escrito en ellas, porque permanecían dentro de un sobre lacrado, Abelardo le comunicaba en una carta adjunta al sobre que en el caso de que él falleciese inesperadamente no hablase de su existencia con nadie y que le entregase el sobre con las hojas a Adela Cierzo. La supuesta amiga de Abelardo decía haber encontrado la carta en su apartado de correos a su vuelta de Canadá y aseguraba encontrarse muy afectada por la muerte de ambos, sucesos que desconocía hasta su vuelta a España, hacía una semana. Al haber fallecido los dos, Adela y Abelardo, decidió ponerse en contacto con la persona más cercana en parentesco a la mujer para entregarle el sobre, ya que Abelardo no tenía familia.

El criminal miró sonriente el ejemplar de *Epitafio de un asesino* recordando cómo había llegado a sus manos y leyó una vez más lo que le condujo a la conclusión de que Abelardo Rueda era quien había cometido el imperdonable sacrilegio de amputar aquellas páginas del libro, de arrancarle al Santo Grial una de las partes más importantes, la que, como bien supuso Adela, hablaba del misterio de la eternidad. Por fin había llegado el momento.

Miró la novela rememorando todos y cada uno de los asesinatos cometidos, gozando con el recuerdo de los acontecimientos terribles que acompañaban a cada muerte, desesperándose al recordar cómo el escritor no cedía a su chantaje, cómo seguía ocultando su comunicado, su primer anónimo a la policía y a su mujer. Se sintió furioso al recordar a Abelardo aparentando ante la prensa remordimiento, simulando un arrepentimiento que no sentía. Le maldijo una vez más por no haber cedido a entregarle las páginas y haber evitado aquellas muertes. El asesino culpaba a Abelardo Rueda de todos los crímenes que él había cometido. El escritor era para él el responsable directo de todas y cada una de esas muertes, el verdadero verdugo que antepuso la posesión de aquellas páginas a la vida de las personas que él se vio obligado a ejecutar.

El criminal sabía que la mujer que le iba a hacer la entrega había firmado su sentencia de muerte. Nadie podía tener conocimiento de que él era la persona que poseía el libro..., y si la dejaba con vida después de recuperar esas páginas, alguien podía llegar hasta él. Aunque ella lo hubiera mantenido en secreto, aunque intentase cumplir lo solicitado por Abelardo, como así estaba demostrando, él no podía correr riesgos, ya había corrido demasiados.

Miró *Epitafio de un asesino* buscando entre sus páginas la descripción de un crimen cuya ejecución no coincidiese en forma y manera con los cometidos anteriormente. No quería que la prensa ni nadie relacionara este asesinato con los otros. Había llegado al final de su búsqueda y todo tendría que quedar sellado como el sepulcro de un faraón, oculto tras una cadena de acontecimientos que le habían proporcionado el anonimato. Ahora, al contrario que cuando comenzó a matar, no le interesaba que aquel asesinato se vinculase con Abelardo o Adela. Tenía que ser un crimen más, sin motivo, sin móvil...

Sin embargo, pensó, y sonrió al hacerlo, en lo divertido que podía ser volver a rememorar todos aquellos crímenes, cortándole a la mujer los dedos de una mano y formando con ellos la letra que se había saltado en la cadena de crímenes: la «G». Le hubiera gustado contemplar cómo los medios de comunicación volvían a llenar las páginas de datos incompletos de los informes forenses, de parte de los sumarios judiciales, etc. Sonreía pensando en la posibilidad de volver a ver su apodo en todas las primeras planas de los periódicos y en oírlo en los telediarios. Se regodeaba imaginando cómo se crearían nuevas e inverosímiles hipótesis, absurdas conjeturas, vulgares y repetitivas, mientras él se paseaba tranquilo por los mejores círculos de la sociedad madrileña, codeándose con altos cargos y empresarios de reconocido prestigio, impoluto, sin una sola mancha en su carrera ni en su vida, como un dios terrenal. Le hubiera gustado volver a sentir aquella sensación de supremacía, pero era un riesgo absurdo, un capricho... El criminal sonrió pensativo. Imaginaba el desarrollo del asesinato y, una vez más, cómo le había sucedido antes de cometer los



anteriores crímenes, comenzó a sentir una potente descarga de adrenalina.

«Son unos miserables —pensó—. Unos estúpidos. Nunca sabrán quién fue el verdadero responsable de todas esas muertes. Nunca darán conmigo. El ser humano es demasiado estúpido, se pierde en banalidades sin ver lo que está a la vista. Es ciego a lo que está delante de sus ojos y sordo a lo que se le grita al oído. Me hubiera gustado darles a todos una lección, enseñarles a observar, me hubiera gustado darles a conocer la verdadera identidad de El Octavo Jinete del Apocalipsis. Más de uno se habría muerto del susto. ¡Ignorantes! Es lo único que me pesa, no seguir con la trama de la obra hasta el final... Es realmente buena la descripción de los crímenes, realmente buena», pensó mientras acariciaba la portada de *Epitafio de un asesino*. Terminó la botellita de bourbon y tras depositar el envase vacío en la papelería se dirigió al armario y abrió la caja fuerte. Introdujo en su interior la copia de la novela y después salió del hotel.

En la avenida Reina Victoria de Santander, una mujer esperaba mirando con inquietud a un lado y al otro de la calle. De vez en cuando miraba un coche que permanecía estacionado frente a ella. En el vehículo había un hombre que sostenía un teléfono móvil en la mano. Ella tenía otro, los dos hablaban:

—No debes preocuparte por nada. Ya te he dicho que no hay ningún problema. En el momento en que notes una actitud extraña, le dices que no has traído el sobre, que tienes que pensártelo. Él te ofrecerá dinero, es posible que una cantidad escandalosa por las páginas. ¡Estate tranquila! En cuanto sepa que no traes el sobre te dejará en paz.

—¿Y si es al contrario? Imagina que se enfada por no haberlo traído, imagina que cuando le diga que no lo tengo y que no se lo daré hasta mañana, se ofusca, se violenta por tener que esperar a la entrega. Quizá reaccione mal. Me aterra pensar en su reacción.

—Esperará. Lo que contienen esas páginas es demasiado importante para él. Créeme. Cuando veas que se pone nervioso, dile que sabes lo que contienen las páginas y que necesitas estar segura de que él también lo sabe. Que sólo se lo entregará si te da alguna prueba de que está enterado de qué habla el texto. No puede dejar que desaparezcas, y menos hacerte daño. Él cree que tú eres la única persona que puede llevarle a esas páginas. Su última esperanza.

—Espero que tengas razón. Es extraño que no se haya dado cuenta de que todo es un montaje... —dijo Elisa.

—No es tan inteligente como piensas. La necesidad de poseer esas páginas le impide pensar con claridad —contestó el hombre.

—Si tú no llegas a decirme que es un asesino, nunca lo hubiese pensado. Espero que cumplas tus promesas —dijo Elisa—. Confío en que no me engañes. ¡Júrame que me estarás esperando!

—¡Lo juro! Todo saldrá bien. Sólo debes seguir el guión. Te dejaré marchar, y yo estaré esperándote aquí. Has podido comprobar que todo lo que te he dicho es cierto. Cuando todo acabe te pagaré. Son muchos millones, recuerda. Después te olvidarás de todo tu pasado y podrás elegir llevar la vida que quieras. Creo que merece la pena, ¿no? Después de todo, tienes suerte. Si no fuese así, tendrías que enfrentarte con los años que te quedan por cumplir. Aunque ahora disfrutes de la condicional, algún día volverías a la cárcel. ¿Tengo razón o no?

—La tienes. Por eso estoy aquí —contestó ella—. Por cierto, aún no me has dicho por qué estás tan seguro de que intentará matarme en el parque. Prometiste decírmelo, y creo que tengo derecho a saberlo —dijo Elisa.

—Cierto —contestó el hombre. Hizo una pausa y después continuó en tono malhumorado—: El muy hijo de puta sólo quiere esas páginas, y si tú las tuvieras y se las dieras, tendría que deshacerse de ti, ya que dejarte viva sería un riesgo para él. Pero tú no tienes esas páginas, y yo tampoco, y él no debe saberlo. Tampoco debe saber que estás de acuerdo conmigo. Si se enterara te mataría. Estoy seguro de ello. Lo único que quiere es tener el libro completo. Sigue mis indicaciones al pie de la letra. Es un tipo muy peligroso. ¡Atenta, Elisa, llega un taxi...! Me marchó. Daré la vuelta y volveré. ¡Suerte! ¡Estaré aquí!

El hombre cortó la comunicación y metió la primera marcha, para alejarse en dirección contraria al taxi. Elisa guardó su teléfono. La joven palideció tras la explicación que le acababa de dar el hombre con el que había hecho el trato. Por un momento pensó en echar a correr y perderse entre la oscuridad del parque. Pero ya era demasiado tarde... El taxi paró a su lado. El conductor le sonrió y ella se acercó a la puerta trasera y con voz temblorosa le dijo al hombre que estaba saliendo del vehículo:

—Estaba empezando a impacientarme, pensé que no iba a venir.

—¡Es usted preciosa! —dijo él mirando a la joven de arriba abajo al tiempo que se acercaba a ella—. Espero que traiga lo prometido —ella asintió temerosa—. Paseemos, me gustaría ver el material. Creo que la entrega debe ser tan discreta como lo fue el encargo que le hizo Abelardo. Entremos en el parque.

Elisa, temerosa, comenzó a andar junto a él. La pareja se adentró en los jardines. Ella metió la mano dentro del bolso para comprobar que el teléfono aún seguía allí. Mientras, él no la perdía de vista.

—Parece nerviosa —dijo el hombre.

—No, no... Es que estoy cansada. Además, estos lugares solitarios no me gustan. ¿Por qué no salimos de aquí?

—Está bien. Iremos andando hasta el otro extremo. Subiremos por allí —dijo señalando con el dedo el camino.

Cuando se adentraron unos metros en el parque, el hombre se paró en seco y la

miró amenazante.

—Creo que es el momento de dejarse de rodeos.

—¿Rodeos? No entiendo.

—Entrégueme el sobre y demos por concluido este desagradable tema. Es a lo que hemos venido.

—Creo que deberíamos hablar de dinero —dijo Elisa sin poder dejar de temblar.

—¿De dinero? Usted no dijo nada de dinero. Sólo habló de un compromiso que había adquirido con el señor Rueda.

—Cierto, pero imagino que esto tendrá un valor. Creo, por lo que he visto, que lo tiene.

—El dinero no es problema. Fije una cantidad y veré si puedo atender su demanda —respondió

—Lo cierto es que aún no lo he pensado, tengo que meditarlo.

—¿Cómo que meditarlo? —dijo él arrancándole el bolso.

—No está ahí, no lo he traído.

—Me hace venir hasta aquí diciendo que tiene que entregar algo que un amigo le había dejado encomendado antes de morir y luego me pide dinero. Y ahora dice que no lo ha traído —dijo abalanzándose con brusquedad sobre la mujer y agarrándola del cuello para obligarla a inclinar la cabeza hacia el suelo.

—¡Por Dios, se lo suplico! ¡Suélteme, señor Depoter! ¡Suélteme! ¡Me hace daño, me está haciendo daño! —dijo ella con voz entrecortada.

—¡Cállese y agache la cabeza!, ¿me oye? ¡Agache su absurda cabeza de mortal!

—¡Va a matarme! ¿Por qué? No lo entiendo. Dígame por qué lo hace. ¡Está loco, completamente loco! —gritó ella—. Si me mata nunca tendrá esas páginas del libro sagrado, las páginas de la inmortalidad.

Arturo cesó su presión sobre el cuello de Elisa y la empujó contra el suelo.

—Mañana quiero las páginas. Estaré esperándote en el mismo sitio y a la misma hora. Dime cuánto quieres por ellas y te lo daré.

—Diez millones —dijo Elisa pensando en la posibilidad de sumar esa cantidad a la que su cómplice le había ofrecido.

—Diez millones. Está bien —respondió Arturo sonriendo, pensando que era evidente que la mujer no tenía ni idea del valor real de aquellas páginas—, pero si no vuelves con ese sobre, si te atreves a repetir tu jugarreta o intentas desaparecer, te perseguiré aunque sea lo último que haga el resto de mis días y juro que te mataré. Puedes tenerlo claro.

—Por supuesto que lo tengo claro. Le doy mi palabra de que mañana estaré aquí a la misma hora con esas páginas.

Arturo Depoter giró bruscamente el cuello de su víctima hasta que los ojos negros de la mujer estuvieron frente a los suyos. Entonces la miró exaltado y soltó un grito

aterrador que se oyó en todos los recodos del parque.

—¡Mierda! ¡Vete! ¡Desaparece! —dijo soltando el cuello de Elisa. La mujer corrió con desesperación hasta perderse en la oscuridad del parque.

Arturo sacó un cigarrillo y lo encendió. Después tiró el pañuelo empapado de cloroformo al suelo que llevaba preparado dentro de la cazadora y caminó hasta llegar al paseo marítimo. «¡Qué estúpido soy! —pensó—. Debí haberme dado cuenta. Comienzo a perder facultades. Era todo demasiado simple, demasiado sencillo».

Cuando llegó a la carretera miró hacia la acera de enfrente atraído por el murmullo de un grupo de personas que se amontonaban formando un círculo alrededor de algo. Arturo se aproximó llevado por la curiosidad.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Es una mujer —contestó uno de los hombres de cuyo brazo se agarraba una hermosa rubia—. La han matado. Alguien la arrojó desde un coche.

—¡Qué barbaridad! ¿Adónde vamos a llegar? —exclamó Arturo con indignación mirando a la joven, mientras metía la mano derecha en el interior del abrigo y extraía un paquete de pañuelos de papel que ofreció a la rubia. Ella lo cogió dedicándole una sonrisa entrecortada por el jadeo que le producía el llanto.

—Gracias —dijo.

—No hay de qué. No debe usted llorar, es demasiado hermosa para sufrir. Estas cosas son así. Siempre han existido los indeseables, es algo que no se puede evitar.

—Es cierto —replicó indignado el marido de la joven—. Los hay de muchos tipos, con muchos atuendos... —Hizo una pausa al tiempo que sus ojos se clavaban en los de Arturo.

—¡Por Dios!, no se ofenda —dijo Arturo—. Sólo trataba de ser amable. No he dicho nada que no sea verdad. Nada que no sea evidente para cualquiera. Su mujer es muy hermosa y no creo que esto deba ofenderle, en todo caso usted debería sentirse orgulloso —replicó Arturo sin pudor.

—Cierto —contestó el hombre—, pero usted sabe que su comentario es inoportuno.

Arturo inclinó entonces la cabeza para observar a la víctima que permanecía en el suelo. «¡No puede ser! —pensó—. ¡No es posible! No puede ser ella».

Elisa tenía una herida en el pecho. La bala que permanecía en el interior de su cuerpo le produjo la muerte instantánea. La sangre que aún salía por el tórax empapaba el vestido de raso color hueso. El corte ceñido de la cadera había hecho que la prenda se desgarrase a la altura del muslo cuando fue lanzada desde el vehículo. Sus ojos estaban cerrados y sus hermosos labios rojos parecían relajados. Sólo sus manos reflejaban los últimos momentos de angustia. Los dedos agarrotados y rígidos parecían intentar apartar de ella una sombra inexistente. Su pequeño bolso de mano

reposaba a unos centímetros del cuerpo. No llevaba zapatos. Era una mujer hermosa vestida con exquisito gusto, demasiado elegante.

«Esto no tiene sentido —pensó mientras observaba a la joven que minutos antes había escapado de una muerte de novela a sus manos—, es estúpido. Debía de tener un cómplice y la estaba esperando. Si la hubiese matado, me habría visto envuelto en un buen lío. Por suerte aún gozo del privilegio de mi buena fortuna —se dijo mientras la miraba con desprecio—, después de todo no ha estado tan mal. ¡He sido afortunado!».

—Llega la policía —dijo uno de los presentes.

—Me marchó —dijo Arturo—. Mi presencia no puede servir de ayuda. No he visto nada de lo ocurrido. —Y volviéndose a la joven añadió—: ¡Encantado, señorita! La mujer sonrió. Arturo se alejó.

—¡Taxi! —dijo al tiempo que levantaba la mano.

—Buenas noches, señor. Usted dirá.

—Al hotel Rhin, por favor.

—Un nuevo asesinato, ¿verdad? Seguro que es otra prostituta. Esto está lleno de esas pobrecillas que no hacen mal a nadie. Mire usted, yo creo que es todo lo contrario. Me explico, yo pienso que hacen un bien social —dijo el taxista.

—No era una prostituta, al menos no lo parecía. Alguien la mató y después la arrojó desde un coche.

—Ah, pensé que lo era porque ésta es una zona que frecuentan las prostitutas. Las de lujo, no las otras..., usted me entiende. Quiero decir que es posible que lo sea aunque no lo parezca. La vida está cambiando demasiado. Antes no pasaban estas cosas, al menos no con tanta asiduidad —dijo el taxista.

—Si no le importa, prefiero no seguir hablando de ello. Estoy bastante impresionado. Nunca había visto un asesinato tan cerca. ¿Lo entiende, verdad? —dijo Arturo.

—¡Por supuesto! Perdón —dijo el taxista—. ¿Me dijo usted al Rhin?

—Sí.

—Disculpe la indiscreción. ¿Es usted oculista? Lo digo porque como se está celebrando un congreso sobre las operaciones con rayos láser... y todos se alojan en el hotel Rhin. Hoy he llevado a varios. Hay que ver lo que se adelanta con las máquinas...

Arturo sonrió.

—No, yo soy odontólogo —contestó.

—Eso sí que es bueno. Quiero decir que es mejor que ser oculista. Es la profesión del futuro, mi madre lo decía. «Dentista, hijo, ¡estudia para dentista!». Pero ya ve usted..., me quedé en el camino y es que, si le soy sincero, a mí lo de la boca de los demás me daba mucho asco. La verdad es que tampoco pude estudiar mucho. Pero no

crea que no he tenido en cuenta los deseos de mi madre... Tengo un hijo y, ¿sabe usted?, ¡es listísimo! Me ha sacado dos matrículas de honor. A él sí que le va eso de las muelas. Pero yo pienso que, más que las muelas, lo que le gusta es el dinero que deja esta profesión. ¡Hay que ver lo que cobran ustedes! ¿No me lo negará? Dicen de nosotros, de los fontaneros, los electricistas, pero ¡qué va!, los dentistas, los dentistas y los pilotos. ¡Sí, señor! Sin ofenderle, eh..., que son ustedes unos privilegiados.

—No crea —contestó Arturo sonriendo.

—Bien, señor. Hemos llegado. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo —contestó Arturo mientras le pagaba—. Que tenga usted una buena noche. Salude a su hijo de mi parte —añadió bajándose del coche.

—Descuide. Lo haré de su parte —respondió irónico el taxista.

Arturo entró en el hall del hotel.

—Buenas noches.

—¡Buenas noches, señor! —contestó el recepcionista—. ¿Su habitación?

—Dos tres cero —respondió Arturo.

—Tenga, señor —dijo el hombre extendiendo su mano con la llave al tiempo que le ofrecía a Arturo un sobre—. Lo trajeron hace unos minutos, si se descuida el mozo se cruza con usted en el vestíbulo —concluyó sonriente el empleado.

—Muy amable. Muchas gracias.

—A usted, señor. Qué descanse.

Arturo entró en el ascensor y abrió el sobre. Extrajo los folios que contenía y comenzó la lectura del primero, escrito a máquina por ambas caras. Decía:

Para Arturo Depoter:

Espero que, dados tus conocimientos sobre cómo convertir hechos de ficción en realidad, tengas a bien valorar mi particular versión de la obra *Epitafio de un asesino*, que tú robaste a Abelardo Rueda. Me es grato comunicarte que, dentro de mi versión, tú eres el protagonista principal. Mi papel es secundario, sólo soy el Octavo Jinete, el verdadero Octavo Jinete. Pronto, cuando leas el texto sabrás cuál es mi misión dentro de esta historia. Espero que te guste...

*Versión libre de la novela Epitafio de un asesino.*

*Autor: EL OCTAVO JINETE*

*Primera parte*

*El asesino cogió la copia de la novela. Hacía varios meses que no retomaba la historia, desde la muerte de Adela, su mujer. Todos pensaron que ella se había suicidado. Sin embargo, no era cierto; él la había matado. Adela había llegado hasta él, supo que era el responsable de todos los homicidios por los que se inculpó a Abelardo, su anterior esposo, y de los posteriores al suicidio del escritor: el de la joven estudiante y el de Goyo. Conocía a su esposa, y sabía que si no la mataba, ella acabaría denunciándolo, no porque quisiera hacer justicia, sino por pura avaricia.*

*Nadie sabía quién era. Hasta ese día el odontólogo seguía guardando el anonimato. La prensa le había bautizado con el apodo del Octavo Jinete, que no le correspondía, porque él, Arturo Depoter, sólo era un vulgar*

asesino sin imaginación, un ladrón de ideas y de vidas, un ladrón de documentos que no le pertenecían, un estúpido mortal que pretendía ser Dios, cuando con quien en verdad se emparentaba era con el mismísimo Lucifer.

*El gran error de Arturo fue no contar con la presencia del señor del mal. Satán era quien había dirigido sus pasos desde que comenzó a matar. Le había allanado el camino. Le había facilitado la ejecución de sus crímenes... y ahora era el momento de cobrar los favores prestados.*

El ascensor se detuvo. Arturo se sobresaltó. Guardó dentro del sobre las planas y se dirigió a la habitación. Sin aliento cerró la puerta y se precipitó sobre la cama. Abrió de nuevo el sobre y continuó horrorizado la lectura.

*El asesino había seguido los designios del señor de las tinieblas, olvidando que el demonio nunca perdona una deuda, por lo que Lucifer, llevado por la ira que le provocó la vanidad del odontólogo asesino que pretendía la posesión de aquella obra no para lo que él había designado —darla a conocer y crear el caos mundial—, sino para su propio beneficio, para igualarse a él, se encolerizó. Arturo Depoter había desobedecido a su señor, y por ello éste decidió acabar con sus andanzas y llamó a su elegido en la Tierra al que bautizó con el mismo nombre que la prensa había adjudicado como seudónimo a Arturo. Le llamó el Octavo Jinete y le dijo:*

*—Debes traerme a este hombre. Ha llegado su hora. Quiero tener su alma en el calabozo de mi oscuro corazón. Si haces lo que te digo, serás algo más que mi servidor. Serás considerado uno de mis hijos, parejo a todas mis obras, heredero de mis dominios, inmortal. Estarás presente en todos los pensamientos humanos, en los recodos oscuros de sus mentes, en sus sueños, en los anhelos de riqueza, posesión y poder. Serás comandante de sus guerras, alto cargo de sus masacres, observador de sus hambrunas, de sus epidemias consentidas, de las miserias que no quieren evitar. Estarás en primera fila de todas las explosiones, de todos los alzamientos, de todos los crímenes y violaciones. Te nombraré alto consejero de sus disputas, de los efectos devastadores de sus armas, de las ideas destructoras que surgen en la mente de los científicos, de los descubrimientos que hagan posible su destrucción. Te sentarás en el cerebro de los verdugos, de los jueces sordos y ciegos, de los políticos corrompidos. Serás lo que todos niegan ser, uno de los nuestros.*

*—¿Por qué quieres que le mate? Él ya es uno de los tuyos. Mató, y disfrutó haciéndolo. ¿No es eso lo que tú quieres? —preguntó el Octavo Jinete.*

*—Todo lo que podía venderme ya ha sido comprado. Quiso burlar mi presencia. Ahora seré yo el que disfrute poseyendo su libertad, recluyéndole eternamente. Es la hora de cobrarle todas esas coincidencias que establecí en su vida y que le permitieron poder disfrutar haciendo el mal. Es un ser demasiado egoísta, tanto que no ha sido capaz de entender que detrás de cada uno de sus asesinatos estaba mi mano dirigiendo sus actos. Ha omitido mi poder, ha omitido mi existencia. Yo le di lo que él quería. Su necesidad de sangre fue cubierta por mí. Cada uno elige su destino. Ya no tiene nada con lo que pagarme. Es necesario que muera, su alma me pertenece. Todo tiene un precio. ¡Es hora de cobrar! —dijo el diablo.*

*El Octavo Jinete sonreía mientras escuchaba. El diablo le estaba haciendo un favor. Arturo Depoter, el odontólogo, había robado su novela. Había utilizado sus palabras, su imaginación, había aprovechado su obra para hacer el mal, y ahora después de tanto tiempo deseándolo, Satán le daba la oportunidad de vengarse y cumplir una vez más los deseos de su señor. El diablo, silencioso, observaba la sonrisa del Octavo Jinete. Al ver que éste no contestaba, el astuto y malvado ser de las tinieblas dijo:*

*—Octavo Jinete, ¿por qué sonrías? No seas igual de ingenuo que Arturo. ¡Todo está escrito! Yo guié los pasos de Tomás para que encontrase las pipas y los de Adela para que dejase las copias de tu obra en la misma caja. El ambicioso de Tomás las vio pero las despreció, dejándolas en el suelo. Cuando Tomás las guardó, olvidó una que se había caído dentro del armario. Allí permaneció hasta que yo quise que aquella mujer de enormes pechos la encontrase. Más tarde hice que conociese a Arturo con el único fin de que la novela llegase a sus manos. Arturo nació sin alma, siempre me perteneció. Él nació con la maldad en sus entrañas, y fue creciendo con mi ayuda lentamente. Pero quiso ser como yo. Confundió los términos, se olvidó de que era mortal. Buscaba la inmortalidad, como lo hicieron muchos otros. El Santo Grial... Supo desde siempre que se trataba de una metáfora y fue gestando su adquisición mucho antes de saber que moriría, que su enfermedad era lo que le iba a conducir a la muerte y..., ¡estúpido mortal!, se asustó. Su misión no era conseguir la obra para él, su misión era dar a conocer el texto, darle al hombre el verdadero conocimiento de la naturaleza de su dios, del que creen que es su verdadero dios. Hacer que tomaran conciencia de que éste es mi reino; es lo único que necesito para reinar.*

*Su maldad no me es suficiente, necesito su reconocimiento, y el texto de la obra me dará ese reconocimiento, le ganaré la partida al que llaman su dios, esta partida eterna. Haré lo que hizo él conmigo, lo desterraré.*

*»Tú, Octavo Jinete, también eres mi esclavo. Pero a ti te respeto y lo hago porque tienes lo más preciado del ser humano. Tienes imaginación. Una imaginación que siempre ha estado a mi servicio y eso es lo que hace que te proteja de todo. En compensación por tu lealtad te dejo que vengues tu ofensa, pero, a cambio, tendrás que volver a crear para mí. Escribirás una nueva historia, con ella urdirás mi presencia para que Arturo sepa que le estoy esperando. Con ella le harás sentir un odio más profundo que el que hasta ahora ha conocido, un sentimiento de venganza infinitamente mayor al que haya podido imaginar. Le harás sentirse miserable, hasta el extremo de necesitar renunciar al bien más preciado: su vida. ¡Quiero que desee la muerte! Como pago a este gran favor, te dejaré permanecer en la Tierra eternamente. Tu cara tendrá mil rasgos, tus vidas serán infinitas a través del tiempo, vivirás siglos, estarás en todas las plumas negras que destilan morbosidad ante la maldad, que se regodean de ella, que engañan en la trascrición de los hechos, que mienten al relatar y nunca dicen la verdad.*

*»Si aceptas, toda tu existencia mortal estará por entero dedicada a sembrar el mal, porque tu imaginación, tras firmar el pacto, me pertenecerá por los siglos de los siglos. Yo te necesito igual que tú me necesitas a mí. Para que el mal exista no sólo hay que desearlo, antes hay que imaginarlo, parirlo. El mal debe seguir siendo imaginado, el día que esto deje de suceder yo seré la nada.*

*El Octavo Jinete escuchaba con atención. Cuando el diablo calló. Él preguntó:*

*—¿Estás diciendo que no existes? ¿Que sólo formas parte de la imaginación de los malvados?*

*—Estoy diciendo que para que algo exista hay que crearlo, y para crearlo, antes hay que imaginarlo. Pero no te confíes. No pienses que en algún momento podrás traicionarme. Si yo dejo de existir tú también lo harás. Tu vida depende de mi existencia. ¡Escribe! Hazme real, haz que los seres humanos siembren en la Tierra la semilla transgénica del mal.*

Arturo leía aterrizado los folios. El texto evidenciaba que su autor conocía la existencia de la novela de Abelardo Rueda, y no sólo eso. La persona que había escrito aquella macabra historia, sabía que él, Arturo Depoter, tenía una copia de la misma. Alguien le estaba diciendo que sabía que él era el asesino y que había matado para conseguir las páginas que le faltaban al libro llamado el Santo Grial. Se limpió con la manga de la camisa el profuso sudor que caía por su frente y continuó la lectura.

*El Octavo Jinete puso su caballo en la Tierra y buscó al ladrón que había robado su obra. Fue sencillo encontrarlo, porque Arturo seguía buscando las páginas que le faltaban al Santo Grial. El primer encuentro fue en un parque cercano al mar. Allí Arturo tenía pensado hacerse con esas páginas y después matar a la mujer que había acudido a la cita para entregárselas. Pero el Octavo Jinete era el que le había proporcionado la víctima al odontólogo y ésta no tenía las páginas, ni tan siquiera las había visto. La mujer sólo era un gancho para saber si, verdaderamente, Arturo era el asesino. Su codicia y su obsesión le hicieron caer en la trampa. Arturo, cegado, no mató a la mujer ese día, pospuso el crimen hasta tener las páginas del libro en sus manos. Sin embargo, su verdugo, el enviado de Satán, el Octavo Jinete, dejó una bala en el corazón de la mujer, robándole al odontólogo una vez más la esperanza de convertirse en un ser inmortal...*

Llegado a este punto la narración se interrumpía. Unas palabras escritas dos líneas más abajo decían:

Tú, Arturo Depoter, eres el rey de los miserables. Yo soy el Octavo Jinete. El diablo me mandó a la Tierra para buscarte. He imaginado tu muerte, hora tras hora, día tras día, noche tras noche... Ahora sólo tengo que convertirla en realidad. Esto será fácil porque yo soy el creador.

Arturo dejó los folios sobre la cama y se dirigió pensativo al baño. Abrió la ducha



y comenzó a desprenderse de toda la ropa, mirando abstraído el chorro humeante y profuso de agua que caía con fuerza sobre el suelo de la bañera de mármol rosa. Se frotó los ojos en un intento absurdo de recobrar la serenidad. Se acercó al agua e introdujo con precaución su pie izquierdo; el líquido resbaló caliente por sus dedos.

—¡Hijo de puta! Te mataré —gritó mientras introducía su cuerpo debajo del agua—. ¡Te cortaré los cojones!

Mientras se duchaba recordó a cada una de las personas que habían estado relacionadas con las víctimas. Arturo analizó de forma exhaustiva todo lo que había ocurrido desde aquel día en que Carlos le presentó a Cristine. Aquella joven de hermosos pechos fue la primera inquilina del apartamento del paseo de la Castellana después de que Abelardo Rueda lo abandonase. Arturo recordó su primer día de encuentro. Era profesora de filología y Carlos se la presentó durante una cena organizada por Goyo.

—Éste es Arturo, nuestro odontólogo de cabecera —bromeó Carlos—. Ella es Cristine. Toda una experta en literatura.

—Encantado.

—Es un placer —contestó Cristine.

—Ten cuidado con él. Está libre de cargas y gravámenes —dijo Goyo refiriéndose a Arturo—. Es más, no tiene escrúpulos y le gusta sobornar.

—Muy gracioso —contestó Arturo.

—Como verás, los inquilinos de tu padre son especiales. ¿No crees? —preguntó irónico Carlos mirando fijamente a Arturo, que no le había quitado los ojos de encima a Cristine desde el momento en que el editor se la presentó—. Pero no te hagas ilusiones, ella no caerá en tus redes —concluyó el editor dándose la vuelta sonriente.

—¿Has arrendado un piso de mi padre? —preguntó con asombro Arturo.

—¿De tu padre? ¿Tu padre es el dueño del ático que me buscó Carlos? —preguntó la mujer.

—Sí, querida. Es el dueño de todo el edificio y de una parte de media España —contestó Carlos.

Cristine y Arturo fueron poco a poco separándose del grupo. Acabada la cena y las posteriores copas, los dos se marcharon en el mismo vehículo.

—No pareces anglosajona. Eres demasiado morena de piel. ¿Cuánto tiempo vas a estar en España? —le preguntó.

—Mi madre era española, de Córdoba. La verdad es que me parezco a ella. Sin embargo, mi carácter es muy anglosajón —dijo Cristine—. Sólo estaré hasta el viernes.

—¿Dos días? ¡Es una lástima! Me hubiese gustado pasar algunos días contigo.

—Puedes venir a Londres cuando quieras. Te dejaré mi dirección. Mi trabajo aquí

está a punto de concluir y mi contrato de arrendamiento, si se puede llamar así, también.

—Dime, ¿cómo es que estás en el edificio de mi padre? —preguntó Arturo.

—Carlos me lo buscó. Somos amigos desde hace años. Le llamé. No me gustan los hoteles. Soy un tanto paranoica. Me gusta tener intimidad —explicó ella—. Le estoy agradecida. No he tenido más que firmar un recibo por los tres días de alquiler. Eso sí, pagué por adelantado. He de reconocer que el personal de tu padre es muy profesional —dijo Cristine en tono irónico.

—Hemos llegado. ¿Me invitas a una copa? —preguntó el odontólogo sonriente.

—No. Tengo trabajo. Pero te agradecería que esperases un momento. Tengo que darte una novela que he encontrado en un armario del ático. Pensaba entregarla en la agencia con las llaves cuando me marchase el viernes, pero ya que eres el hijo del propietario, creo que tú podrías encargarte de hacerlo. Debe pertenecer al anterior inquilino del ático. He imaginado que se dejó la copia durante la mudanza. Si tú me haces el favor, no tendré que ir a la agencia, ya que las llaves las puedo dejar en la portería, pero la novela me parece un trabajo demasiado importante como para dejárselo al portero, y me gustaría salir de madrugada. ¿No te importa?

—Claro que no. Pero ¿no crees que sería más normal que subiese contigo? Me invitas a una copa y así no tienes que bajar —dijo Arturo apagando el motor.

—Arturo, eres muy atractivo. Sé en lo que estás pensando, y estoy segura de que si yo no fuese homosexual, a mí también me apetecería acostarme contigo.

—Perdona... No tenía idea.

—Lo supongo. No te preocupes, no eres el único. De todas formas, creo que Carlos te ha querido gastar una broma de mal gusto. Debería habértelo dicho. Subo a por la novela.

Cristine le dio la copia de la novela de *Epitafio de un asesino* a Arturo junto con su dirección en Londres y se despidió de él. Cuando él llegó al hotel, se sentó en la cama e intrigado comenzó la lectura de la obra de Abelardo Rueda. Él nunca había tenido en sus manos una copia de un original, y le impresionó poder hojear una novela que había pasado directamente de las manos del autor a las suyas. Pero al llegar a la segunda página encontró un folio que no pertenecía a la obra. En él había escrita una dirección que se correspondía con la casa donde, meses antes, el agustino había ultimado con Arturo los detalles de la venta del libro llamado el Santo Grial. Sin embargo, no fue aquello lo único que le indujo a pensar que Abelardo era el autor de la amputación de parte de sus páginas, sino lo que el autor había escrito de puño y letra a continuación del título de la obra a la que se refería la misiva:

La verdadera naturaleza de Dios

Estimado padre Jonás:

La responsabilidad de hacer público el contenido del Santo Grial es imposible de asumir por ningún mortal. Su

texto, repetido íntegro en tres lenguas, hebreo, latín y griego, roza espacios de tiempo y verdades que no son comprensibles en su totalidad para el ser humano, que generarían la caída de la sociedad actual, de todas las sociedades y religiones. La verdad absoluta no es una verdad divina ni diabólica, es sólo verdad, un concepto que no está ni tan siquiera emparentado con el nuestro. En ella se dice quién es realmente Dios y qué es la Tierra y el universo. Nada de lo que se ha dicho sobre el origen del hombre o de la naturaleza de Dios se acerca ni un ápice a lo que el Santo Grial nos cuenta. Si sus palabras se hicieran públicas el caos sería la reacción inmediata. Un caos mayor del que se ha generado en mi interior y del que aún no me he librado y creo que no me libraré nunca. La existencia de este libro debe seguir manteniéndose en secreto. Su custodia debe ir más allá de la propia vida.

El Santo Grial es un regalo de Dios que puede convertirse en la venganza del diablo.

Por ello, estimado padre, le hago saber que, tras conocer su resolución de no devolverlo a su lugar de custodia, mi deber mortal, después de haber conocido, desgraciadamente, el contenido de ese texto, me ha hecho tomar la decisión de arrancarle las páginas esenciales para que su lectura no pueda ser posible ni útil.

Aquel día Arturo leyó la nota repetidas veces y cada vez que lo hacía su ofuscación aumentaba. Intentó despegar el papel que estaba adherido a la hoja con una especie de pegamento, pero no lo consiguió, por lo que, furioso, tiró de ella y la arrancó de la espiral. La nota, al igual que la copia, nunca llegaron a su destinatario. Arturo Depoter sabía quién era el responsable de que el Santo Grial no le hubiera llegado completo, y en aquellos momentos decidió que si el escritor no le devolvía las páginas que faltaban, llevaría a la realidad cada uno de los crímenes que él relataba en *Epitafio de un asesino*. Si era tan puro y honesto como decía, tendría que demostrarlo.

Cristine se marchó aquel viernes y desde entonces no volvió a saber nada de ella, a excepción de un comentario de Carlos que la ubicaba residiendo en Venezuela. Nunca supo que la obra no fue devuelta a su propietario.

Ahora Arturo recuperaba los recuerdos, intentando con desesperación descubrir al autor de aquella comprometedor historia, cuyo único fin era hacerle saber que alguien más era conocedor de los crímenes que él había cometido. Cuando rememoró el día en que Cristine le entregó la copia de la obra, creyó haber encontrado a la única persona que podía ser la autora del macabro anónimo.

—¿Cómo no me he dado cuenta antes? —se preguntó mientras salía apresurado de la ducha y se encendía un cigarrillo. Cogió los folios y los leyó de nuevo—. Es evidente, nadie que no esté relacionado con el mundo de la literatura puede escribir una historia semejante. El muy cretino cree que voy a pensar que Abelardo no ha muerto... ¡Gilipollas! Es un gilipollas. Sólo queda él. Está claro que es la única persona a la que Cristine le pudo haber comentado la existencia de la copia... ¡Tal vez lo hizo! ¡Seguro que sí! El muy cabrón no ha dicho nada. En el fondo es igual de egoísta y ambicioso que lo era Adela. Él dejó que todo sucediese, es evidente. Los asesinatos darían más publicidad a las obras de Abelardo y aumentarían las ventas. Estoy seguro. Estaba de acuerdo con Adela. Sin embargo, la muy ignorante indagó demasiado. Nunca hubiera imaginado que llegaría tan lejos. Sólo tuvo un fallo: creyó

que las páginas que faltaban eran las que hablaban de cómo conseguir la inmortalidad. ¡Qué ignorante! ¡Fue una estúpida! No tenía ni idea, como tampoco la tiene el autor de esta mierda de texto de nada acerca del diablo. Por no saber no sabe ni quién es el diablo —dijo carcajeándose—. Si me hubiese hecho caso, ahora estaría viva. Está claro que él sabía algo, que entre los dos seguía existiendo una relación. ¡Qué hijo de puta!

Arturo dio por hecho que Carlos era el autor de aquellos folios. Según sus conclusiones, era la única persona que podía saber que Cristine le entregó la copia, y no sólo eso, él era el único que aún estaba vivo y que había mantenido contacto con Adela los días previos a su muerte y durante sus investigaciones. Sólo podía ser él.

—¡Le mataré! Pero antes... ¡juguemos! —dijo gritando al tiempo que lanzaba los folios al aire.

Cogió el teléfono y llamó a casa de Carlos:

—No. No está. Llámale a la editorial. Tenía una reunión —contestó María.

Arturo colgó y llamó a la editorial. Nadie contestó. Entonces le llamó al móvil.

«Ha llamado al...», cuando la voz del servicio de contestador acabó de confirmar que el número al que llamaba era el de Carlos y que estaba desconectado, Arturo dijo:

—Carlos, soy Arturo. Llámame. Es urgente.

Arturo dejó el móvil conectado sobre la mesita de noche y, sin recoger los folios que permanecían esparcidos por el suelo, se metió en la cama.

A las ocho y media de la mañana sonó el teléfono de la habitación.

—Buenos días, señor. Son las ocho treinta.

—Gracias —dijo Arturo somnoliento.

—De nada, señor. Señor, tenemos un paquete para usted en recepción. El mozo que lo trajo dijo que era urgente. ¿Se lo suben a la habitación?

—¿Un paquete? No espero ningún envío ¿Están seguros de que tiene a mi nombre? —preguntó Arturo.

—Sí, señor. A su nombre y con su número de habitación.

—Súbamelo.

Arturo se incorporó, y tras recoger los folios del suelo e introducirlos en su maletín, salió a la pequeña terraza. El romper de las olas se oía lejano. Alguien golpeó la puerta.

—¡Adelante! Déjelo aquí —dijo señalando los pies de la cama.

—Como usted diga, señor.

El joven salió del dormitorio y Arturo se acercó a la gran caja de cartón envuelta en papel cromado marrón oscuro. Quitó el envoltorio brillante y abrió el cartón. Los ojos del odontólogo parecían llevados por el vértigo; sus movimientos oculares fueron tan rápidos que tuvo que sentarse en el suelo para no perder el equilibrio.

Dentro había una resplandeciente silla de montar. Sujeto por una pequeña tira de cinta adhesiva transparente a la montura había un sobre de color rojo; estaba lacrado. Arturo lo miró, acercó su mano a él, pero no lo cogió. Se levantó y abrió el pequeño bar de donde sacó una botellita de bourbon. La abrió y se acercó de nuevo a la caja. Miró otra vez el sobre rojo y se bebió de un trago el contenido de la botella. Después arrancó la cinta y, sin tocar el precinto, rasgó el sobre por su borde derecho, sacó la carta y comenzó a leer:

*Segunda parte*

*El Octavo Jinete mandó la silla de montar al odontólogo, junto a un sobre lacrado en el que le decía: «Yo, el Octavo Jinete, te hago saber que por el mal que engendraste, por la imaginación que me robaste, serás maldito y tu alma cabalgará por los siglos en el olvido, lejos de la palabra, lejos de cualquier recuerdo de lo poco que fuiste. Nadie recordará tu existencia. Serás la nada. Un personaje perdido en una historia que nunca se imaginó. Tu vida es lo que yo estoy creando en este momento. Ayer escribí tu muerte. Tal vez toda tu vida sólo sea una ficción literaria. Quizá ni tan siquiera hayas nacido. ¡Piensa, Arturo! ¡Piensa! Quizás esto no sea más que el mal sueño de una siesta de verano; de una siesta de la que yo aún no te he despertado. Recuerda; ¡sólo existes en mi imaginación!».*

Arturo rompió enfurecido la hoja y tiró los pedazos por la terraza del hotel. Sin detenerse a mirar dónde caían los diminutos papeles, entró colérico a la habitación, descolgó el auricular y marcó furioso los números del teléfono de Carlos.

—¡Carlos! —gritó Arturo sin esperar a que alguien contestase.

—Arturo, ¿qué pasa? ¿Te encuentras bien? —preguntó el editor sobresaltado—. No pude escuchar tu mensaje hasta las cinco de la mañana y pensé que no era una hora muy apropiada para llamarte... ¿Estás bien? —preguntó de nuevo el editor.

—¡Por supuesto! ¿Y tú? ¿Cómo llevas cabalgar de una manera tan vulgar? —preguntó Arturo.

—No entiendo, ¿a qué te refieres?

—Sabes muy bien a qué me refiero. Entiendes perfectamente lo que te estoy diciendo.

—No. No entiendo nada. ¿Quieres explicarme por qué me hablas en este tono? Y ¿por qué dices esas cosas tan raras? ¿Te encuentras bien? —preguntó Carlos preocupado mientras se incorporaba de la cama y encendía la luz.

—Me encuentro perfectamente. Imagino que esto no te gustará. Te acabo de dar un disgusto, el mayor disgusto de tu vida. ¡Estoy mejor que nunca!

—Arturo, explícame de una jodida vez qué pasa —exigió el editor malhumorado.

—Hablaremos claro. Se te ha olvidado un detalle muy importante. Se te ha olvidado que yo no creo en los fantasmas. Por no creer, no creo ni en Dios y, por supuesto, mucho menos en el diablo. Menos aún en la resurrección... Y si Abelardo está muerto, él no puede haber escrito esta maldita historia, ni haberme mandado la silla de montar. Por cierto, es demasiado cara. Deberías haberte gastado menos. ¡Siempre has sido un poco gilipollas para las marcas!

—Arturo, no entiendo nada de lo que dices. ¡Nada! ¿Qué tiene que ver Abelardo con una silla de montar? ¡Por favor, explícame qué es todo esto! Me estás poniendo nervioso.

—Sólo voy a decirte una cosa, y no volveré a repetírtela —dijo Arturo amenazante—. Sé que leíste la novela de Abelardo. Sé que tú eres el que está mandándome esa estúpida narración en la que me llamas asesino. Si continúas haciéndolo, te mataré. ¡Juro que lo haré!

—¿Qué dices? ¿De qué narración estás hablando? No entiendo nada. ¡Te juro que yo no te he mandado nada! ¡Joder, Arturo! Debes creerme. ¿Quieres que coja el primer vuelo a Santander? ¿Qué pone en esas narraciones? ¿Qué jodida mierda te han escrito para que estés en ese estado? ¿Por qué piensas que he sido yo? No lo entiendo.

—Tú lo has escrito. Esta tarde me vuelvo a Madrid, no voy a continuar en la convención. En cuanto llegue a la terminal cogeré un taxi e iré a ponerte una denuncia. Te voy a denunciar por acoso y por amenazas. Voy a arruinar tu vida.

—¿Denunciarme? Pero si yo no he hecho nada. ¡Esto es kafkiano! Alguien está intentando volverte loco y ponerte en mi contra. ¿No te das cuenta? Yo no te he mandado nada. ¡Lo juro por mis hijos!

—Carlos... Tú eres el único que pudo leer la novela de Abelardo.

—¿Cuál de ellas? Porque yo he leído todas las novelas de Abelardo, igual que las de todos mis escritores —contestó el editor.

—La novela que él te entregó. La novela que tuviste en tu despacho, según tú, sin abrir. La obra que Abelardo decía que estaba utilizando el asesino para matar —dijo sarcástico Arturo.

—Escúchame con atención —dijo Carlos pausado—. Sólo te pido que me escuches con atención. Después puedes hacer lo que quieras, ¿de acuerdo? Tienes que calmarte. Hablemos con tranquilidad. Tú no eres un hombre que pierda la calma. Sólo te lo diré una vez. La novela de la que estás hablando no existe. Todos sabemos que el asesino no era Abelardo. Todos sabemos, y así se demostró, que Abelardo tenía sus facultades mentales perturbadas. Siento tener que utilizar estas palabras, pero no me queda más remedio. ¡Abelardo estaba loco! Me entregó un sobre en el que según él estaba la copia de esa obra. Nunca vi su contenido, créeme. Nunca vi esa novela. Debes recordar que Adela declaró que en el sobre que yo le devolví había una copia de un manuscrito ya publicado. Creo recordar que era *Los feudos*. Esa novela no existe. Arturo, no quiero asustarte, pero creo que ahora el asesino está detrás ti. Debes darle la narración que has recibido a la policía. Comienzas a comportarte como Abelardo... y no quiero que te suceda lo mismo. Ahora, si quieres denunciarme, ¡hazlo! Te juro por mis hijos que yo no tengo nada que ver con lo que has recibido, y te pido, por tu propia seguridad, que llames a la policía.

Arturo se había precipitado. Su ofuscación le había hecho perder los nervios. Había estado a punto de descubrirse. El autor de los anónimos estaba consiguiendo su objetivo. El pánico le había hecho actuar precipitadamente. Esto no podía volver a suceder, porque podía ser la causa que le hiciese darse a conocer como el autor de todos los asesinatos.

«¡Joder! ¿Cómo he podido perder la calma? Me he equivocado de persona — pensó mientras escuchaba a Carlos—. He sido un gilipollas. Carlos es demasiado estúpido para escribir esto; además, si hubiera sabido que yo había matado a Goyo, que yo soy el asesino, me habría denunciado... Carlos adoraba a Cosme. Nunca me lo habría perdonado. Nunca. ¡He cometido una estupidez! He entrado en su juego. Quienquiera que sea, ha conseguido hacer que pierda los nervios. Está jugando conmigo como yo lo hice con Abelardo. Esperaré. Será lo mejor; él solo se descubrirá. No tengo por qué preocuparme. ¡No tiene ninguna prueba que me pueda culpar!».

—Carlos —dijo Arturo—, perdóname, estoy demasiado nervioso. Esta mañana he recibido una silla de montar junto con una narración que parece parte de una novela. El autor se hace llamar el Octavo Jinete. En el texto pone que mi muerte será como la de uno de los personajes de la novela de Abelardo.

—Está claro que quien te ha mandado la silla es la misma persona que cometió los asesinatos que se le imputaron injustamente a Abelardo. Creo recordar que la prensa le puso ese apodo: el Octavo Jinete del Apocalipsis. ¡Desgraciadamente todo vuelve a comenzar! —se lamentó el editor—. Pero ¿cómo has podido relacionarme con semejante envío? No lo entiendo. ¿Cómo has pensado que había sido yo? Me has acusado injustamente. Lo primero que deberías haber hecho es llamar a la policía.

—Carlos, te ruego de nuevo que me perdones. Entiéndeme, no sabes lo que pasé con Adela. Las dos últimas semanas antes de morir, antes de suicidarse, no paraba de hablar de la novela, de la obra que Abelardo dijo haber escrito. Hablaba tanto de esa maldita novela que llegué a pensar que existía. Cuando he recibido el anónimo, he pensado en ti casi al instante. Compréndeme, tú eres la única persona que queda viva de las que se relacionaron con Abelardo. El único que, en el caso de que la novela hubiese existido, habría tenido acceso a ella.

—Lo entiendo, pero esa obra no existe. Al menos yo nunca la vi. Debes tranquilizarte. No pensé que la muerte de Adela te hubiese afectado tanto. Debes darle a la policía el anónimo y dejar de sacar conclusiones por tu cuenta. Por el bien de todos, debes hacerlo.

—No puedo hacerlo. Lo he roto. Voy a regresar a Madrid. Creo que me tomaré unos días de descanso.

—Cuando llegues, llámame —dijo Carlos

—Lo haré. Te pido una vez más que me perdones. Te suplico que olvides lo que

te he dicho.

—Lo haré si me prometes que llamarás a la policía y que en el momento en que te encuentres mal irás a un especialista. No quiero que te pase lo que les pasó a Abelardo y Adela. ¿De acuerdo?

—¡Te lo prometo!

Arturo colgó el teléfono con fuerza.

—¡Mierda! —gritó—. ¡Esto es una mierda! Tengo que encontrar a ese cabrón. Debo averiguar quién es. Tengo que matarle. El muy hijo de puta mató a Elisa. Seguro que tiene las páginas que faltan y ahora quiere el libro completo.

Arturo miró con fijeza la silla y se aproximó a ella para comprobar el remitente. Pertenece a una tienda de equitación. Llamó a recepción y pidió que le consiguiesen el teléfono de la tienda. A los pocos minutos el conserje se lo facilitó. Arturo llamó inmediatamente.

—Buenos días. Quisiera hablar con el encargado.

—¿De parte de quién?

—Soy un cliente. Acabo de recibir una silla de montar. La dirección que figura en el remite es la de su tienda. Me gustaría saber quién efectuó la compra de esta silla.

—Un momento —contestó el empleado.

—Buenos días. Soy Marta de Montijo, la propietaria de la tienda. Ya me lo ha comentado mi empleado. Si es tan amable de decirme la dirección del envío y el nombre del destinatario, en unos minutos le daré la información.

—Sí, el hotel Rhin...

—Sí, aquí está —contestó la mujer antes de que Arturo acabase de darle todos los datos—. Es un envío de anoche. Fue comprada por don Arturo Depoter. Pago en efectivo y nos dio la dirección del hotel. Pero..., un momento, dijo que la silla era para él y la mandó a su hotel. Lo recuerdo perfectamente. Así es que si usted llama desde el hotel... es que la han entregado mal. Me lo temía...

—No. No es eso —contestó Arturo—. Yo soy Arturo Depoter. La persona que le compró la silla utilizó mi nombre, la compró y me la mandó al hotel. No sé quién puede haber sido. Ése es el motivo de mi llamada.

—Entonces se trata de una sorpresa —contestó la mujer—. Espero que le haya gustado; nuestras piezas son artesanales. Los materiales son de primera calidad.

—Es una auténtica belleza. ¿Podría usted decirme cómo era el hombre que le compró esta maravilla?

—Pues era alto, bastante alto. Llevaba un sombrero de cuero y gafas de sol. Tenía barba. Una gran barba un poco larga para mi gusto. Demasiado larga. Recuerdo que me impresionó su amabilidad y el fajo de billetes. No estamos acostumbrados a que nos paguen esas cantidades en metálico. El dinero de plástico es el más habitual entre nuestra clientela.



—¿No recuerda nada más?

—No, señor. Espero haberle sido de ayuda. Si algún día necesita algo del mundo de la equitación, espero que cuente con nosotros.

—No lo dude. ¡Ha sido usted muy amable! Muchas gracias, señora.

Arturo colgó el teléfono.

«Es inteligente —pensó—. Es demasiado inteligente. Debe llevar siguiéndome bastante tiempo. ¡Tal vez sea la policía! Es posible que estén poniéndome a prueba. Es posible. Ellos pueden saber dónde me hospedo... No. ¡Qué estupidez! Debo olvidarme de todo. Esperaré. Lo mejor es esperar», pensó metiendo la caja con la silla dentro del armario de la habitación.

Arturo se marchó aquella tarde de Santander dejando en el armario del hotel la silla de montar. Cuando llegó a Madrid anuló todos sus compromisos durante una semana y llamó a Carlota. Ésta se trasladó a petición de Arturo al ático de La Castellana.

Una semana más tarde, los guardeses de la finca de Santa Eulalia recibieron un paquete a nombre de Arturo Depoter. Era una silla de montar que había encontrado el personal de la limpieza del hotel de Santander. El director del hotel la mandó a la dirección que figuraba en la ficha del cliente: la finca de Santa Eulalia. Raúl, el guarda de la finca, no abrió el paquete; lo llevó a la casita de madera y lo dejó con el resto de envíos que solían llegar hasta el regreso de Arturo...

*Mayo de 1999*

Después de un mes de descanso, Carlota intentó convencer a Arturo de que alargase su período de inactividad y se fuese con ella a Ibiza.

—Te vendría muy bien tomarte unos meses más de descanso. No sé qué pretendes con el tipo de vida que llevas. Este ritmo acabará contigo. ¿Por qué no nos vamos a Ibiza? La finca de Santa Eulalia necesita un repaso. Deberías hacer algunos cambios en ella. Podríamos hacer reformas. Podría quedarme contigo unos meses.

—¿Me estás diciendo que quieres vivir conmigo? —preguntó irónico Arturo.

—¡Por supuesto! Te vendría bien.

—No pienso casarme contigo —dijo Arturo tajante.

—Yo no quiero que te cases conmigo —dijo Carlota—, pero tú acabarás queriéndolo.

Arturo sonrió.

—¡Eres increíble! —exclamó—. No creas que no he pensado en ello. Me refiero a que muchas veces he pensado en pedirte que te cases conmigo. Pero mi experiencia con las mujeres en ese terreno es funesta. Todas cambiáis después de casadas. Yo soy un hombre polígamo por naturaleza, y la mujer casada no soporta la poligamia.

—No quiero casarme —dijo Carlota una vez más—. Quiero vivir contigo. Me haré dueña de tu fortuna en menos que canta un gallo. Yo sólo estoy contigo por tu dinero. ¡No es posible que no te hayas dado cuenta!

—¡Por supuesto que lo he hecho! No subestimes mi inteligencia —contestó Arturo sonriendo.

—Estoy hablando en serio. Creo que deberías abandonar los negocios. No te hace falta encargarte de nada. Tu personal es autosuficiente. Creo que ha llegado la hora de parar —dijo Carlota acariciando la espalda de Arturo.

—Es posible que me retire durante unos meses. Pero antes tengo que hablar con Raimundo. Debo comentarle unos temas.

—¿Por fin vas a denunciar a Rosario? —preguntó Carlota.

—No me refería a eso. Ni tan siquiera me acordaba de ella. Lo cierto es que es inofensiva. Sólo se dedica a llamar por teléfono. Raimundo me dijo que mientras las cosas no llegaran a mayores era mejor dejarlo.

—Pues ya han llegado... —dijo Carlota.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arturo con sorpresa.

—No quise decírtelo antes. Cuando estuviste en la convención llamé a la agencia varias veces. Dijo que estaba embarazada y que pensaba concertar entrevistas con

todos los medios de comunicación para contarlo y destruir tu reputación. También dijo que me mataría si me casaba contigo.

—Tenías que habérmelo dicho. Todos deberíais habérmelo dicho.

—Recuerda que estabas muy nervioso. Carlos me llamó. Nos contó lo de los anónimos. No quisimos molestarte. Lo hicimos por tu bien.

—¡Qué sea la última vez que os entrometéis en mi vida! ¿Quién es Carlos para decidir lo que yo debo saber? No vuelvas a ocultarme nada. ¡Nada! ¿Entiendes? —dijo enfurecido.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —contestó Carlota llorando—. Sólo estaba preocupada por ti.

—Pues no tienes por qué estarlo. No vuelvas a ocultarme nada. Y deja de preocuparte por mí. Hazlo por ti. Yo sé cuidarme solo mejor de lo que tú puedas imaginar. Esa mujer es una estúpida. Yo no puedo haberla dejado embarazada. Soy estéril. Me operé hace años. Y todos los años, todos, me hago una prueba para verificar mi esterilidad. ¡Odio los niños! No quiero tener hijos. Ese embarazo, si existe, no ha sido obra mía. Pero eso es lo de menos, lo que me importa es que nunca más vuelvas a ocultarme nada.

—¡Te lo juro! Perdóname.

—No llores. Me marchó; he quedado con Raimundo. Ya te llamaré —dijo Arturo distante.

—¿Saldremos a cenar? —preguntó Carlota.

—No. No creo que vuelva hasta la madrugada. Cenaré con Raimundo. No me esperes. Si te apetece puedes salir. Hasta luego.

—¡Adiós! —dijo Carlota desolada.

Durante aquellas semanas Arturo no había olvidado ni una sola palabra de las macabras narraciones que había recibido. Intentó controlar su angustia, pero no le fue posible, por eso decidió urdir una estrategia que le pusiese a salvo en el hipotético caso de que el autor de los envíos anónimos tuviera pruebas materiales que pudiesen inculparle de los asesinatos. No podía entregarle a la policía los anónimos, porque contenían la verdad de todo lo acontecido, así que decidió hacer partícipe a Raimundo de parte de lo sucedido, creando una historia en la que él, Arturo, figuraba como una víctima más del psicópata que había asesinado a todas aquellas personas.

«Será fácil —pensó—. Carlos enseguida ha pensado en ello. No tendré ningún problema. ¡Todos creerán que ahora va detrás de mí! Debo intentar averiguar quién es antes de que se decida a denunciarme a la policía o hacerse con el libro. Y cuando le descubra, le mataré».

Cuando llegó al restaurante, Raimundo le esperaba en el exterior. Los dos hombres se dieron un efusivo abrazo.

—Tienes buen aspecto —dijo Raimundo.

—Es posible, pero anímicamente estoy hecho un asco.

—Creía que el descanso era por placer. ¿Por qué no me has llamado? Podría haberte mandado algún tipo de ansiolítico. Aunque no te gusten, hay veces que son la única solución.

Los dos hombres entraron en el restaurante y tomaron asiento.

—Bien, cuéntame. ¿Qué te ocurre? —dijo Raimundo.

—Estoy recibiendo anónimos.

—¿Anónimos? ¿De qué tipo? —preguntó Raimundo.

—Estoy recibiendo anónimos con amenazas de muerte. La persona que los manda se hace llamar el Octavo Jinete. Creo que puede ser quien asesinó a las personas por las que fue condenado Abelardo Rueda.

—No puedo creerlo. ¿Qué tienes tú que ver con esa historia? No lo entiendo.

—No lo sé. Tal vez por haber estado casado con la mujer de Abelardo. Como sabes, todas las personas que fueron asesinadas estaban de una forma u otra relacionadas con él.

—Sí. Pero no lo entiendo. Hay gente que tuvo una relación más próxima que tú con Abelardo, como por ejemplo Carlos. Él era su editor. No es muy lógico que te haya elegido a ti antes que a él, ¿no crees?

Arturo miró fijamente a Raimundo. Evidentemente, pensó, era un tipo inteligente. Había cometido un error al menospreciar su capacidad de análisis.

—¿Me has oído? —inquirió Raimundo.

—Sí, tienes razón. Yo pensé lo mismo que tú cuando recibí el tercer escrito. Sin embargo, creí que el autor era él.

—¿Quién? ¿Carlos? ¡No jodas! Carlos es incapaz de hacer daño a nadie. Es incapaz hasta de defraudar al fisco. Es tan legal que asusta... —Raimundo se interrumpió—. Carlos es más candidato a víctima que a ejecutor.

—Mi deducción se basó en lo mismo que tú has dicho. Carlos es la persona viva que estuvo más cercana a Abelardo. Además, las narraciones que he recibido están muy bien escritas, tanto que pensé que sólo podía haberlas escrito alguien relacionado con la literatura. No te puedes hacer una idea de la imaginación que hay que tener para escribir semejante historia.

—Lo entiendo. Pero ¿no pensaste que, de ser él el asesino, la policía ya lo habría descubierto y que ya estaría en la cárcel? Carlos fue investigado. Lo sé porque él me lo comentó. El tal Armando, el comisario, lo consideró sospechoso durante un tiempo... No, Carlos no puede ser.

—Lo sé. Le llamé cuando recibí el tercer envío. Me pasé con mis afirmaciones. Él se molestó. Creo que piensa que estoy loco.

—Pobre Carlos. ¿Has hablado con la policía? —preguntó Raimundo.

—No. No puedo hacerlo.

—¿Cómo dices? Debes darle a la policía los escritos. ¡Debes hacerlo! Por tu seguridad.

—No puedo hacerlo porque los destruí. Además, no quiero que nadie me relacione con esos crímenes. Te he llamado para que me ayudes a investigar.

—No entiendo

—Quiero que investigues para mí. Quiero que averigües quién es el autor de los anónimos. Pienso hacer justicia por mi cuenta. Se cargó a un montón de gente. Tú nos has demostrado que los asesinos no están locos —dijo Arturo mirando fijamente a Raimundo—. Tú sabes que se le juzgará y volverá a salir, y quiero que ese tipo reciba el castigo que se merece —concluyó Arturo.

—Pero eso no sólo es ilegal, sino que puede resultar muy peligroso. Y lo más grave es que me estás pidiendo que me convierta en cómplice de tu venganza. Estás poniendo en peligro tu vida —dijo Raimundo asustado y sorprendido por la propuesta de Arturo.

—Mi vida ya está en peligro. Mi vida y mi cordura. Ese hijo de puta me está volviendo loco. No olvides que mató a un montón de gente; no olvides que el culpable de la muerte de Abelardo fue él. Le volvió loco. Creo que no se merece ni un juicio. Si averiguo quién es, me lo cargaré. Con su muerte se habrá acabado todo.

Arturo había planificado su estrategia con calma. Para ello había repasado una por una todas las conversaciones que Carlos y él habían mantenido con Raimundo sobre toda la historia de los asesinatos del Octavo Jinete. Recordó la tesis de Raimundo sobre que los asesinos no siempre estaban locos y sobre la injusticia que suponía no condenarles a cadena perpetua. Arturo estaba intentando convencer a Raimundo de que su única intención era hacer justicia y vengar la muerte de su mujer, a quien el asesino había conducido hasta el suicidio. Sin embargo, lo que realmente quería era matar al autor de los anónimos, a la única persona que sabía que la novela de Abelardo Rueda existía y que él poseía el Santo Grial, el verdadero motivo de sus crímenes. Debía hacerle desaparecer porque ese tipo sabía que él era quien había convertido *Epitafio de un asesino* en una historia real matando a todas aquellas personas. No podía correr riesgos; tenía que matarle.

—Entiendo el odio que sientes. Pero si le matas, te convertirás en un asesino. Y yo no quiero ser cómplice de un asesinato, ¿lo entiendes? Creo que deberías hablar con la policía. Deberíamos denunciar las amenazas que estás recibiendo. Sería lo mejor.

—Raimundo —dijo Arturo pausado—, ¿tú qué harías si alguien hubiese matado a tus amigos? Imagina por un momento que alguien se divierte matando y se carga a Juan Antonio. Y que, además, ese tipo intenta arruinar tu vida. ¿Tú no buscarías venganza? Si encontrases al culpable, sabiendo cómo funcionan las leyes en estos

casos, ¿no le matarías?

—Prefiero no plantearme esa hipótesis.

—Sólo quiero que investigues, que intentes averiguar quién puede ser el autor de esos folios malditos —le pidió de nuevo Arturo—. No escatimes en gastos. Te daré todo el dinero que necesites. Lo que quieras. Cuando lo encuentres, no tienes más que darme su nombre. ¡Sólo tienes que decirme quién es! No te haré partícipe de nada. No sabrás nada. Únicamente quiero que investigues; luego puedes olvidarte de todo. Además, piensa que con ello quizás evites que me mate, porque si no le encontramos, es muy posible que yo sea su siguiente víctima. Y después lo más probable es que vaya a por ti. Tú estás relacionado conmigo. Yo me casé con la que había sido la mujer de Abelardo... Esto es una cadena, sin contar con que tú desarrollaste el principio de tu tesis estudiando el caso de Abelardo. ¡Tal vez ya estés en su lista de víctimas!

—Es posible —contestó Raimundo pensativo—. Sin embargo, creo que sería mejor denunciarlo. La policía mantiene el caso abierto. Tarde o temprano le cogerán —dijo Raimundo.

—La policía, ¡no me jodas! La policía metió a Abelardo en la cárcel. La policía no tiene ni idea. Son unos ineptos. ¡Nunca le cogerán! Este hijo de puta ha matado a siete personas. ¿En serio crees que le cogerán antes de que me mate?

—Está bien. Intentaré averiguar quién es. Pero no te prometo nada. Si consigo saber quién es, lo más probable es que se lo entregue a la policía antes de decírtelo a ti. Y en el hipotético caso de que decidiese darte a conocer su identidad, me desvincularía del asunto nada más decirte su nombre y dejaría de trabajar para ti.

—¿Dejarías de trabajar para mí? —inquirió Arturo sorprendido.

—Sí. No volvería a saber nada de tus asuntos. Ésa es mi única condición.

—Está bien, como quieras. Pero supongo que seguirás siendo mi amigo aunque algún día dejes de trabajar para mí.

—Si acepto este trabajo es porque ya lo soy. ¿No lo entiendes? Me juego demasiado. Este tipo de asuntos sólo se aceptan por dinero o por amistad.

—O porque tu vida esté en peligro... —contestó Arturo irónico.

—Es posible. Empezaré mañana mismo. Necesito dinero. Bastante. Debo contratar a varias personas. No puedo hacer la investigación solo. Tengo que conseguir el sumario del caso. He de localizar a todas las personas que estuvieron relacionadas con las víctimas de forma directa o indirecta.

—No hay ningún problema. También quiero que le pongas una denuncia a Rosario. Ha estado molestando a Carlota.

—Ya lo he hecho. Carlos me llamó. Me comentó las llamadas. He estado hablando con ella. Me aseguró que estaba embarazada y que el padre eras tú.

—Es imposible. Soy estéril —contestó Arturo.

—Deberías hacerte unas pruebas que lo confirmasen. Lo digo porque me aseguré que cuando el niño nazca exigirá que te sometas a las pruebas de paternidad. Espero que lo que te voy a decir no te afecte demasiado... —Raimundo hizo una pausa—. Tiene una colección de cintas de vídeo demasiado interesantes. Ha grabado todas las relaciones sexuales que ha mantenido en su casa, y en una de las cintas sales tú. Me aseguré que la presentaría como prueba de que ha mantenido relaciones contigo. Si lo hiciera, conseguiría que te obligasen a someterte a la prueba.

—¡Joder! ¡Qué hija de puta! He sido un estúpido.

—Yo diría que has sido un imprudente. Los polvos de ese tipo siempre se echan en lugares que uno elige. Pero no creas que has sido el único. Tiene grabado a Carlos, a Goyo y a Abelardo.

—¿Abelardo estuvo con Rosario? —preguntó Arturo sorprendido.

—El primero que la conoció fue él. ¿No recuerdas lo que te dijo Carlos?

—¿Cuándo? —preguntó Arturo.

—Aquel día en el restaurante, el día que se enfadó contigo por flirtear con Carlota y que luego te dijo que tuvieses cuidado con Rosario, que era peligrosa. Te dijo que él no la había mandado llamarte. Carlos comentó que la había conocido a través de uno de sus escritores. ¿Recuerdas? —Arturo asintió—. Pues ese escritor era Abelardo.

—¿Abelardo liado con Rosario? No puedo creerlo. Con la pinta de gilipollas que tenía.

—Abelardo no estuvo liado con ella. Él sólo la ayudó en un trabajo que ella estuvo haciendo sobre la Edad Media. Rosario pensó que sería como todos los demás. Creyó que le seduciría. Pero no fue así. Abelardo se limitó a no parar de hablar sobre los usos y costumbres de aquella época. La joven llegó a desnudarse, indignada ante la pasividad del escritor, pero él se tomó el desnudo integral como un intento de pagarle su ayuda y, finalmente, le dio un beso en la mejilla, cogió sus apuntes y se marchó. Todo está en el vídeo. Rosario está enferma. Es una paranoica. Tiene grabados vídeos de hace años.

—¡Increíble! Esto es lo que me faltaba.

—Cuando hablé con ella, le sugerí que podíamos darle una suma importante de dinero y comprarle una casa a cambio de su silencio. Le dije que se lo pensase —explicó Raimundo—. Creo que el niño puede ser tuyo. Ella está demasiado segura de ello. Si es así, no parará hasta arruinarte la vida. Creo que lo mejor sería ofrecerle de nuevo dinero y una casa y «recomendarle» que aborte.

—Ya te he dicho que yo no puedo ser el padre —dijo Arturo malhumorado.

—Antes de afirmarlo deberías someterte a una nueva analítica. Pero, de todas formas, intenta comprar su silencio. Aunque tú no la hayas dejado embarazada, el daño que haría la publicación de las cintas a tu carrera profesional sería irreparable. ¡Piénsalo! Imagina que se pasan esas imágenes por alguna cadena de televisión.

—Tienes razón. ¿Cuánto piensas que quiere?

—Empezamos a entendernos. Creo que su único fin es mejorar su estatus. Yo le hablé de cinco millones y un pequeño piso en cualquier lugar que no fuese Madrid.

—Está bien. ¡Me jode! No sabes cuánto me jode tener que pagar por haber echado unos cuantos polvos. Pero tienes razón. No me puedo cargar a dos personas —dijo sin más.

—Arturo, estás loco. Ni por un momento pienses en hacerle nada a Rosario. Está paranoica pero es muy inteligente. No creo que sólo tenga una copia de las cintas. Si intentas hacerle daño, te arriesgarás a que tu historia con ella salga publicada. ¡Creo que deberías tranquilizarte!

—No. Yo creo que debería comprarme un Magnum.

—Hablemos de la forma de pago. He pensado que deberías pagarle con un talón nominativo. Te explico. En el caso de que te volviese a molestar la denunciaríamos por chantaje.

—¡Genial! Eres un monstruo. ¡Es estupendo! Sí, le haré un talón nominativo, un talón por cinco millones y otro por el valor de la casa. Dile que el precio de la casa no puede superar los doce millones.

—La casa debes comprarla tú. Después se la regalas. Será la segunda entrega. Cuando haya algún problema, si lo hay, demostraremos que Rosario se sometió a dos chantajes.

—¡Joder! Eres un portento. Te haré el talón ahora mismo. Y el día en que esa puta haya cobrado el talón y tenga la casa, la denunciaré —dijo Arturo sonriente.

—No puedes hacer eso. Deberemos mantener nuestra palabra. Debes pensar que este dinero está bien gastado. Hazte la idea de que es el pago a unos gastos que tenías pendientes. Después puedes llamarla y decirle que no vuelva a molestarte, que no le darás un duro más. Pero si lo haces, debes ser prudente. No la insultes, no pierdas la calma, piensa que podría estar grabando la conversación.

—Está bien. Tú trata con ella. Después ya veré yo lo que hago.

Arturo le entregó a Raimundo el cheque para que negociase el silencio de Rosario, y otro talón por dos millones de pesetas para comenzar las investigaciones sobre el autor de los anónimos que estaba recibiendo. Mientras rellenaba el talón de la joven, pensaba en la mala suerte que había tenido al recibir esa información de Rosario a través de Raimundo.

«Si yo lo hubiese sabido —pensaba—, la habría matado. Pero este gilipollas, este picapleitos, se me ha adelantado. La culpa la tienen Carlos y Carlota por ocultarme que había llamado. Si me lo hubiesen dicho, habría ido a su casa y la habría matado: sin riesgos, sin complicaciones, sin gastarme un duro. Le habría cortado los dedos y habría sido una víctima más. Al fin y al cabo no tienen por qué ser tan literales los asesinatos. Pero ahora no puedo matarla. Raimundo me denunciaría, estoy seguro. No



me interesa; por el momento necesito que me ayude a encontrar al autor de las narraciones. Mi vida está en peligro».

—¡Arturo! ¿En qué piensas? No has firmado los talones ¿Dónde andas?

—¡Perdona! Es que estoy cansado. Me marcharé a Ibiza. Creo que tienes razón. Estos temas me están alterando; comienzo a perder facultades. Cuando hayas cerrado el trato con esa puta me llamas. Respecto al otro asunto, no tengo que decirte nada más. Cuando necesites dinero, no tienes más que pedirlo. Si averiguas quién es ese cabrón, siempre estaré en deuda contigo —le dijo firmando los dos talones.

Arturo se trasladó con Carlota a Ibiza. Cuando llegaron a la casa de Santa Eulalia, el guarda le comunicó que hacía unas semanas que había llegado un paquete para él.

—Señor, he intentado localizarle, pero me ha sido imposible. La señorita Carlota me dijo que usted no recibía llamadas a no ser que fuesen de suma importancia. Y ésta no lo era. Al menos eso pensamos todos.

—No entiendo. ¿Qué pasa? —preguntó Arturo.

—Nos mandaron del hotel Rhin un paquete que usted se había dejado en el armario —empezó a explicar el hombre—. Yo, señor, no quería hacerlo. Usted sabe que nunca he abierto ninguno de sus paquetes, pero llamaron varias veces. Querían saber si usted lo había recibido en perfectas condiciones... Tuve que abrirlo.

—¿Y bien? —preguntó Arturo.

—Pues eso, que disculpe mi indiscreción. No ha sido por curiosidad, no quiero que usted se enfade. Tuve que verificar que la silla estaba dentro.

—¡Joder, la maldita silla! Han mandado la maldita silla. ¡Deshágase de ella ahora mismo!

—Pero, señor, ¡si es preciosa! Me pareció tan bonita que llamé a todo el servicio, y estuvimos contemplándola un buen rato. Es una obra artesanal magnífica.

—¡Es la montura del diablo! Quiero que la tire —exigió Arturo ante la mirada atónita de Carlota—. ¿Dónde está esa maldita silla?

—Señor, dónde usted dijo que la pusiéramos. En la caballeriza del alazán que mandó ayer.

—¿Qué dice? ¿Se puede saber que estupidez está diciendo?

—Señor —contestó temblando el guarda—, el caballo azabache que usted mandó. En su nota dice que se llama *Apocalipsis*. En la misma carta pone que la silla de montar que compró en Santander es para él. La silla llegó antes que el caballo. Supusimos que a usted se le olvidó en el hotel y que imaginó que se la mandarían.

—Yo no he comprado ningún caballo. ¿Dónde está la maldita nota?

—La rompimos. Señor, la rompimos... No sabía que había que guardarla. Perdona... Perdona... —suplicó el hombre con la cabeza gacha.

—¿Quién ha mandado ese caballo? ¿Cómo voy a saber quién lo ha mandado?

—Señor, si me disculpa —dijo temeroso el empleado de las caballerizas—. Yo tengo la documentación y la factura que llegaron con el caballo. Lo compró usted. La factura viene a su nombre. El dueño del criadero me dijo que lo pagó en efectivo. Usted mismo lo compró y firmó la orden de entrega. Le traeré los papeles ahora mismo.

—Arturo —interrumpió Carlota—. ¿Cómo puedes haber olvidado la compra de un caballo?

—No he olvidado nada, porque no he comprado ese caballo. ¿Entiendes? ¡Yo-no-lo-he-comprado! —dijo Arturo dando énfasis a cada una de las palabras—. ¡Nunca he comprado un caballo! Los que tengo me los regaló mi padre.

—¿Y la silla? ¿Cómo se te puede haber olvidado una silla de montar en el hotel?

—Tampoco compré la silla. Y no me la olvide; la dejé allí. Alguien me está mandado cosas que compra a mi nombre.

—¿Y te enfadas? Te mandan regalos, unos regalos tan caros a tu nombre, y tú te enfadas. ¡No lo entiendo! Tal vez sea alguna admiradora... ¡Quizá te los esté haciendo yo! ¿No lo has pensado? ¡Quizá me estás ofendiendo con tu desprecio!

—Carlota, si eres tú..., puedes estar segura de que ¡estás muerta! —dijo Arturo dándose la vuelta y subiendo a la habitación.

—Arturo, Arturo, no he querido molestarte. Lo único que he pretendido es quitarle importancia a todo esto. No creo que debas ponerte así. No entiendo por qué te ha molestado tanto recibir estos regalos.

—¡Sube! —dijo exigente Arturo desde la escalera.

Carlota le siguió hasta el dormitorio. Cuando estuvieron solos, él le contó lo de los anónimos.

—Siempre hablas más de la cuenta —le dijo—. Si aprendieses a guardar silencio, serías la mujer perfecta. —Arturo palmeó la cama indicándole con este gesto que se sentase a su lado. Cuando ella estuvo sentada junto a él, comenzó a contarle el porqué de su enfado ante esos regalos—: ¿Recuerdas el día que di la fiesta para celebrar la reforma del ático? —Ella asintió—. Pues aquella noche un mensajero me trajo un paquete. En él había unos guantes ignífugos junto con una nota en la que alguien me amenazaba citando un párrafo del Génesis. Desde el primer momento supe que era el autor de los crímenes por los que fue condenado Abelardo Rueda. Lo supe porque Adela me había comentado el tipo de anónimos que recibió Abelardo. No le dije nada a nadie. A la mañana siguiente, llamé a la empresa de mensajería para saber quién me había mandado aquel paquete. En el registro de salidas figuraba mi nombre. Según dijo el administrativo, yo mismo mandé el paquete. Pero no fui yo. No sufro ningún tipo de trastorno mental. Alguien dio mis datos y me mandó el paquete. Lo mismo que ha hecho con la silla de montar y con el caballo.

—¿Ya has hablado con la policía?

—No. Aquel día pensé hacerlo, pero me di cuenta de que no serviría de nada. Me tomarían por loco. Todo evidenciaba que yo mismo había mandado el paquete. El recepcionista de la mensajería no recordaba cómo era la persona que efectuó el encargo. ¡Era un estúpido! Con el precedente de la locura de Abelardo y el suicidio de Adela, todos pensarían que yo también estaba volviéndome loco como ellos... ¡Tú misma lo has pensado hace un momento! Y creo que el servicio también. ¿Estoy en lo cierto?

—Si lo que dices es verdad, tu vida está en peligro. Creo que lo más prudente es que hables con la policía.

—Lo más prudente es encontrar al autor de los envíos —contestó Arturo.

—Eso es correr un riesgo innecesario. Además, ¿qué harás cuando le encuentres?, ¿piensas que podrás entregarlo a la policía? Aunque pudieras hacerlo, deberías demostrarles que es el asesino, de lo contrario le pondrían en libertad.

—Lo haré. Tú no debes preocuparte. Cuando le entregue, tendré pruebas suficientes para que permanezca en la cárcel toda su vida. No debes menospreciar mis recursos —contestó jactancioso Arturo—. Ahora lo que debes hacer es mantenerte al margen de todo. Y nunca debes hablar con nadie de esto. Hemos venido para descansar, no debemos pensar en nada más que en pasarlo bien y en relajarnos. Hasta que este desagradable tema no esté resuelto, no nos moveremos de aquí. Mañana me conectarán un terminal en el despacho y seguiré llevando mis negocios desde aquí. Tú, por tu parte, deberías hacer lo mismo. La isla resulta aburrida si sólo se dedica uno al ocio. ¡Es un consejo! ¡Te quiero! ¡Creo que eres la única mujer a la que he querido! —concluyó Arturo dando un beso a Carlota.

Durante el mes de mayo la situación pareció relajarse. Carlota redecoró la casa a su antojo y Arturo emprendió sus negocios. Raimundo había efectuado la entrega del primer talón a Rosario y ésta había hecho efectivo el importe de cinco millones de pesetas en su cuenta. La segunda entrega se había acordado para el uno de junio. En el momento que Rosario hiciese efectiva esta segunda entrega, el asunto quedaría zanjado. Desde la primera entrega la joven no había vuelto a molestar al odontólogo. Raimundo le había llamado para informarle.

—Cuéntame —dijo Arturo.

—Como podrás comprobar, ya se ha efectuado el reintegro. No ha puesto ninguna objeción al trato. Le dije que si después de que se le entregase el segundo talón volvía a extorsionarte, la denunciaríamos —explicó Raimundo—. ¿Te has hecho las pruebas de fertilidad?

—Sí, me las he hecho. Sigo siendo estéril. Creo que no va a haber segunda entrega. Dile de mi parte que ya he pagado con creces los polvos que eché con ella —contestó Arturo.

—No puedes hacer eso. Está embarazada. Yo mismo lo he comprobado. Aunque el hijo no sea tuyo, el escándalo que ocasionaría el que ella hiciera públicos los vídeos te perjudicaría mucho. Debes pagarle como acordamos.

—Tienes razón. ¿Cuándo le harás la entrega?

—El treinta de septiembre. Estoy seguro de que cumplirá su palabra. Se marchará de Madrid.

—Está bien. ¿De lo otro tienes alguna noticia? —preguntó Arturo.

—Sí. Pero no puedo decirte nada por ahora; es demasiado arriesgado. Mis informadores dicen que hay una mujer de por medio. Sólo puedo decirte que es extranjera.

—¿Extranjera? —preguntó Arturo fingiendo no saber de quién podía tratarse, al tiempo que pensaba en el error que cometió al no matarla. «¡Hija de puta! No había pensado en ella. Es evidente que ella es la única que conoce la novela de Abelardo. Ella me la dio. ¿Cómo no se me había ocurrido?».

—Arturo, ¿sigues ahí? —inquirió Raimundo.

—Sí perdona, estaba pensando en quién podía ser. Conozco a muchas extranjeras.

—No debes pensar en nada. Cuando tenga más noticias, cuando la localice, te llamaré para contártelo todo —dijo Raimundo—. Ah, necesito más dinero. Tres millones más. Mis investigadores tienen que viajar.

—No hay ningún problema. Localízame al autor o autora de los envíos. Eso es lo único que quiero. El lunes damos una fiesta. Carlota no puede vivir sin las fiestas. Es para literatos. Ya sabes que estás invitado. Tendré el talón preparado.

—Los dos; prepara el mío y el de Rosario. Estamos a treinta de mayo. No creo que me desplace a la isla en todo el mes. No lo feches y el día que se lo entregue, yo mismo le pondré la fecha.

—De acuerdo. Hasta pronto, querido amigo.

—Hasta pronto. Ah, y ten cuidado con Carlota. Juan Antonio me ha dicho que va detrás de tu fortuna —concluyó Raimundo en tono bromista.

Aquella noche, Arturo abrió la caja fuerte y sacó las dos copias de la obra de Abelardo Rueda: la que Cristine le entregó y la que él le sustrajo a Tomás, y las quemó en la chimenea. No quería conservar nada que pudiese probar que él había sido el asesino apodado el Octavo Jinete del Apocalipsis. Si Cristine era la autora de los anónimos, cabía la posibilidad de que le denunciase a la policía. No podía arriesgarse a que encontrasen las copias si hacían un registro en su casa. Si alguien las encontraba sería su fin.

—¿Qué estás quemando en la chimenea? —preguntó Carlota que subía con la lista definitiva de los invitados.

—Mi pasado. Acabo de hacer desaparecer mi pasado —contestó, y mirándola fijamente añadió—: ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Lo dices en serio? —preguntó Carlota emocionada—. ¿Estás hablando en serio?

—¡Por supuesto! Es más, te quiero tanto que estoy dispuesto, si aceptas a casarte conmigo, a que nuestra nueva sociedad sea en régimen de gananciales. ¡No me importa que te cases conmigo por mi dinero! Sólo quiero que sigas haciendo de mi vida lo que has hecho desde que te conocí.

—¡Por supuesto que quiero casarme contigo! ¡Llevo queriéndolo desde que te conocí! Te quiero tanto. No me importa tu dinero. Por mí puedes dejar todo como está. No necesito nada. Con mi agencia me basta. Lo único que siempre he querido ha sido estar a tu lado.

—¡Eso no es justo! No me vale. Quiero que me digas que aceptas casarte conmigo por mi dinero. ¡Me gusta más! Además, soy un hombre práctico y realista. Me jodería que el Estado se llevase todo el sudor de mis años de trabajo. No tengo herederos. Haré testamento a tu favor.

—Arturo, no hables de la muerte. ¡No lo hagas, te lo suplico!

—¡Todos morimos! Tarde o temprano lo hacemos. Hay que ser realista. Yo más que nadie. No creo que mi enfermedad me dé mucha más tregua. Además un loco anda tras mis pasos y tengo un extraño presentimiento.

—Por favor, te suplico que no vuelvas a hablar más de ello. Tendrías que pensar en la posibilidad de someterte a un trasplante. Eso sí que sería comportarse de forma práctica y, sobre todo, realista.

—Te prometo que me lo replantearé... —Y para cambiar de tema, añadió—: Entonces, ¿no crees que deberíamos aumentar el número de invitados a tu fiesta? Deberías incluir a mis amigos y socios. Anunciaremos nuestro compromiso para la semana próxima. He pensado en el doce de junio.

La fiesta se celebró sin ningún acontecimiento anormal. Raimundo recogió los dos talones y regresó a Madrid sorprendido por el anuncio del compromiso de Carlota con Arturo. Nadie, ni el hermano de ésta, había llegado a imaginar que Arturo tuviese intención de contraer matrimonio de nuevo, y menos aún con Carlota.

**10 de junio. Plaza Mayor de Madrid.  
Cuatro treinta de la madrugada.**

—Yo le vi. ¡Sí, señor policía! Le vi dejarla ahí encima —dijo la indigente señalando la base de la estatua.

—La creo; no se esfuerce más —contestó el policía dando una palmada en la espalda de la mujer—. Le agradecemos que nos haya llamado y que no haya tocado nada. Ahora mi compañero le dará un poco de café caliente. Le sentará bien. Después, cuando lleguen los de atestados y el forense, tendrá que prestar declaración.

—Si me dan una copita de vino, será mejor. El café no me sienta bien. Ya estoy mayor para tomar café. El café me sube la presión —dijo la mujer—. Lo que he hecho está bien, ¿verdad que lo está? ¿Me pagarán por ello? Esto es un bien social. He colaborado con la policía; deberían recompensarme por ello. Yo soy muy honrada. Ni siquiera le he quitado el anillo, y seguro que es carísimo. El hombre traía la bolsa como si fuese un bocadillo de calamares. ¡Por lo menos a mí me olió a calamares! La verdad es que pensé que eran calamares. ¡Mire! Mire las gotas de sangre. Están por todas las partes...

La anciana hablaba sin descanso. Su boca desdentada desprendía un fuerte olor a vino que impregnaba el aire. El agente se retiraba para evitar el desagradable hedor del aliento de la mujer, pero ella, que no se daba por aludida, se acercaba con insistencia a él.

El compañero del agente se encontraba a unos metros de ellos vomitando. La escena que acababa de contemplar le había revuelto el estómago.

La anciana había llamado a una pareja de guardias que patrullaban por los alrededores. En un principio los agentes no le dieron importancia a la llamada de auxilio de la mujer, dado su evidente estado de embriaguez, pero su insistencia les obligó a comprobar lo que ésta les decía. Cuando la pareja de municipales entró en el recinto de la Plaza Mayor, la anciana les llevó hasta la estatua ecuestre de Felipe III. Allí, en su base, alguien había dejado una mano que en apariencia pertenecía a una mujer. Su dedo índice llevaba un anillo de oro con un brillante, y debajo de la mano había una fusta de cuero. Los agentes inspeccionaron los alrededores buscando el cuerpo al que se le había amputado la mano, pero no apareció. En una de las papeleras de la plaza se encontró la bolsa de papel de donde la anciana decía haber visto sacar la mano al hombre. El papel estaba impregnado de sangre y de grasa. Desprendía un fuerte olor a calamares fritos. Cuando la policía de homicidios tomó declaración a la mujer, ésta describió al individuo como un hombre de estatura

mediana con sombrero y barba, cuyos andares evidenciaban que era homosexual.

—Sí, señor. Le juro que era marica. Se contoneaba sin cesar. Era de estos..., ya sabe usted, que les gusta notar cómo se mueve su culo. Yo diría que era un poco exagerado. ¡Pensé que fingía! Estaba tumbada sobre mis cajas intentando dormir, como siempre. Hace ya tiempo que duermo bajo los pies del caballo. Siempre me gustaron los caballos, aunque no he montado uno en mi vida. Soy pobre. ¡Qué desgracia la mía! El maricón parecía que no me viese. Cuando se acercó a la estatua, olía bastante fuerte, tanto que se me abrió el apetito. Pensé que estaba de suerte. Olía tanto a calamares, que creí que la bolsa era algo de comida. ¡Qué ingenua! ¡Hasta le di las gracias a Dios por haberse acordado de mí! No había cenado nada y estaba hambrienta. A veces la gente me trae comida. Pero... ¡Dios Santo! ¡Virgen del Perpetuo Socorro! Cuando sacó la mano, pensé que aquello era una pesadilla. No le importó que yo estuviese allí...

**10 de junio. Parque del Retiro de Madrid.****Siete de la mañana.**

El cadáver de una mujer al que se le había amputado su mano derecha yacía en la base de la fuente del Ángel Caído<sup>[3]</sup>. El cuerpo tenía herida de bala en el pecho. Cuando uno de los empleados del ayuntamiento lo encontró, la víctima llevaba varias horas muerta. La gran cantidad de sangre que la mujer había perdido cubría todo el entorno lo que evidenciaba que la mano le fue amputada en el mismo lugar en el que fue encontrado el cuerpo. Sujeta a la pierna derecha de la estatua, erigida al diablo por el escultor Fernán Núñez, el asesino había dejado el hacha con el que seccionó la mano a su víctima. Cuando el forense llegó al lugar de los hechos, verificó que el miembro superior derecho de la víctima había sido seccionado de un solo golpe y que dicha amputación se produjo cuando la mujer ya estaba muerta. No había síntomas de forcejeo. El impacto se produjo a quemarropa, por lo que el forense, en un primer vistazo, afirmó que el asesino debía estar sentado cerca de la mujer y que el arma estaba pegada al cuerpo de la víctima en el momento en el que se produjo el disparo. La bala le había atravesado el pulmón y había quedado alojada en el corazón.

—¡Es horrible! En mi vida había visto nada igual —comentó el empleado del ayuntamiento a uno de los agentes—. Debe ser obra de algún loco que pertenece a una secta satánica. No creo que dejarla aquí sea una coincidencia. Cuando comencé mi trabajo en los jardines lo dije. Siempre pensé que esculpir una estatua del diablo no podía traer nada bueno. Soy muy supersticioso.

—No es una estatua del diablo. Es la estatua del Ángel Caído. Es una estatua del ángel antes de ser condenado.

—Ya. Ya lo sé; pero sigue siendo el diablo. A mí nunca me gustó.

—No creo que tenga que ver nada con la escultura. La mano se ha encontrado en la Plaza Mayor. Una indigente vio al hombre que la dejó allí. Tiene todos los indicios de ser el crimen de un psicópata que eligió el lugar más idóneo: un parque. A esas horas esto está solitario. Es fácil quedarse dentro de las instalaciones —dijo el municipal.

—No sé. La verdad es que la gente ha perdido la vergüenza. Y las mujeres más. Más de una vez he sorprendido a una pareja haciendo el amor. ¡Y no crea que les ha dado vergüenza! Yo estaba más avergonzado que ellos. Seguro que la pobre pensó que su acompañante era el amor de su vida —dijo el jardinero mirando el cadáver.

—La verdad es que parece un poco mayor para andar haciendo esas cosas en el parque —respondió el agente.



—¡Esto se complica! —exclamó uno de los policías judiciales.

—¿Por qué? —inquirió el compañero.

—¡Es extranjera! Inglesa. Se llama Cristine...

—No entiendo.

—¡Joder es la filóloga!

—¿Qué filóloga? —preguntó el compañero.

—La que salió ayer en el congreso de lengua castellana. Ha dado varias conferencias sobre las corrientes lingüísticas. ¿No sabes quién es?

—No. Es la primera vez que oigo hablar de ella.

—Es..., era una persona importante en el mundo de las letras. Debemos darnos prisa. Si alguien se entera de su identidad antes de que acabemos tendremos aquí a toda la prensa.

**11 de junio. Santa Eulalia, Ibiza.**

**Doce del mediodía.**

—¡Arturo! Coge el teléfono. Es Raimundo.

—Dime —dijo Arturo.

—¡Malas noticias! —contestó Raimundo desde el otro lado del auricular.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas que te comenté que mis investigadores habían localizado a la posible autora de los anónimos?

—Sí. Dijiste que era extranjera —contestó Arturo.

—Está muerta. Alguien la ha matado esta madrugada. Han encontrado su cadáver en El Retiro. Su cuerpo estaba junto a la estatua del Ángel Caído. Al cuerpo le faltaba una mano, la derecha, que fue hallada por una indigente junto a la estatua ecuestre que hay en la Plaza Mayor. Debajo de la mano había una fusta. Era filóloga. Estaba en Madrid dando unas conferencias. Justo ayer salió por televisión. Se llamaba Cristine. La estábamos investigando porque se relacionó con Carlos días después de que Abelardo Rueda dejase el apartamento de tu padre. Fue la primera persona que alquiló el ático. ¿Tú la conocías? —preguntó Raimundo.

—Sí, la recuerdo vagamente. Creo que me la presentó Carlos. La acompañé al apartamento una noche, pero no sé nada más de ella. Nunca más volví a verla. No creo que tuviese nada que ver con los anónimos —respondió Arturo aparentando calma.

—Yo creo que sí. De lo contrario, ¿por qué la han matado? Ella tenía que saber algo. Su muerte ha sido parecida a las de las otras víctimas. Le han amputado la mano.

—Tal vez este crimen no tenga nada que ver con los anteriores.

—¡Es posible! —contestó Raimundo—. Debes tener más cuidado del que has tenido hasta ahora. Nuestra hipótesis es que el autor de los anónimos la ha matado porque ella sabía algo importante...

—Raimundo —interrumpió Arturo—. Creo que deberíais investigar más a fondo a Carlos.

—¿A Carlos? Sigues obsesionado. Carlos no tiene nada que ver con todo esto.

—Aparte de mí, es la única persona que aún está viva y estuvo relacionado con Abelardo. ¡Quiero que le investiguéis!

—Lo haremos —contestó Raimundo—. Te he llamado porque he pensado que deberías saberlo. Debes permanecer alerta. Si la persona que ha matado a Cristine es

la misma que te manda los anónimos, estoy seguro de que recibirás uno en pocos días. Cuando te llegue debes llamarme.

—Lo haré. Gracias por todo.

Arturo colgó el teléfono y se sumergió en sus pensamientos.

«¡Hijo de puta! Es él. Sé que es él. Ha matado a Cristine. ¡Que hijo de puta! ¡Me va a volver loco! No puede ser nadie más que Carlos; solo él podía saber que Cristine me dio la copia de la novela. ¡Sólo él! Ahora no puedo hacer nada. Debo esperar. Si le hago algo, me relacionarán con todo. Creo que esto es un cebo para implicarme. ¡No se saldrá con la suya! ¡No lo hará! Tenía que haberme percatado antes. Nadie mejor que un editor para interesarse por el texto del Santo Grial».

—¿Qué quería Raimundo? Parecía preocupado —preguntó Carlota desde el pasillo.

—Han matado a una mujer que conocíamos.

—¿No será la filóloga? —dijo ella—. Acaban de decirlo por la televisión. ¡Es horrible! Creen que ha sido obra de un psicópata.

—Sí. Es ella. La conocí una noche, hace bastante tiempo. ¡Ha sido una desgracia! Carlos estará impresionado. Era su amiga.

—¿Le llamarás?

—Pensaba que tú podías hacerlo por mí. Dile que no me encuentro bien. La verdad es que no tengo ganas de hablar con él.

—¿Te ha impresionado? Es por lo de los anónimos, ¿verdad? —preguntó ella preocupada—. ¿Tienes miedo, cariño?

—¡Por supuesto que lo tengo! Esa mujer también estaba relacionada con Abelardo. ¿Cómo no voy a tener miedo?

—Debes tranquilizarte. La policía no ha relacionado el crimen con nada. Simplemente han dicho que es un asesinato más y que parece obra de un psicópata. Sólo es una coincidencia.

—Tienes razón —dijo Arturo acariciando a Carlota, al tiempo que pensaba en lo ingenua que era.

Aquella misma tarde llegó un paquete por correo urgente para Arturo.

—Arturo, querido. Han traído un paquete para ti —dijo Carlota.

—¡Súbemelo! Estoy esperando unos tratados de odontología que le encargué a Juan Antonio. Llevo esperándolos toda la semana. ¡Ya era hora!

Carlota subió el paquete al estudio.

—¿Dónde te lo dejó? —preguntó.

—Ahí mismo, a la entrada —contestó Arturo sin levantar la mirada del ordenador.

—Cómo quieras —dijo Carlota dejando el paquete en el suelo—. ¿No crees que deberías descansar? Te vas a volver miope.

—No te preocupes por mí, querida. Más tarde hablamos, ¿vale? Estoy muy ocupado —contestó Arturo sin mirarla.

—Como quieras —dijo Carlota saliendo del estudio—. Te avisaré para el almuerzo.

—Estupendo.

Arturo alzó la cabeza y miró el paquete; su corazón comenzó latir acelerado. Se levantó y lo recogió del suelo. Era un bulto pequeño, tamaño folio, y estaba forrado de papel cromado de color marrón; el mismo papel en el que recibió la silla de montar en el hotel de Santander.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó mientras rompía con fuerza el envoltorio y abría la caja de cartón.

En el interior había una fusta junto con un sobre rojo. Lo abrió y encontró un folio dentro de él. Comenzó a leer:

### *Tercera parte*

*El Octavo Jinete había ejecutado a la mujer de los grandes pechos tal como el diablo le había mandado. Su cuerpo yacía bajo la estatua de Luzbel. Su mano derecha fue llevada por el jinete a la Plaza Mayor y depositada bajo los pies del caballo que en un tiempo dejaba escapar sonidos de su boca, y que ahora permanecía muda por el cemento que los hombres le habían puesto.*

*Arturo, tu muerte ya está escrita. Yo, tu creador, así lo he imaginado. Tu boca será sellada por los siglos, al igual que el caballo de Felipe III<sup>[4]</sup>. Nunca más volverás a hablar.*

Arturo rompió el folio y lo quemó en uno de los ceniceros. Cuando el papel acabó de arder, tiró las cenizas al jardín.

Aquella noche, a las cuatro de la madrugada, el teléfono de la finca de Santa Eulalia sonó reiteradas veces hasta que Arturo decidió contestar.

—Arturo, ¡ya iba a desistir! —dijo Raimundo al otro lado del hilo.

—¿Sabes la hora que es? —le preguntó somnoliento él.

—Lo sé. Pero debía llamarte. ¡Es importante! ¿Estás solo?

—No. Espera un momento. Voy al estudio. —Arturo se levantó de la cama con cuidado para no despertar a Carlota y salió del dormitorio—. Dime.

—Tienes que venir mañana a Madrid —dijo Raimundo.

—¿Estás loco? Estamos en plenos preparativos de la boda.

—Sabemos quién es el autor de los anónimos.

—Salgo en el primer vuelo. Espero que el material sea interesante —dijo Arturo.

—Lo es. Pero te exijo que no comentes nada, de lo contrario informaré a la policía de todo. Recuerda que quedamos en eso. Si decidía darte la información sería totalmente confidencial. Nadie debe saber que nos veremos; nadie debe saber adonde vas. No quiero estar involucrado en nada de lo que pueda pasar. ¿Queda claro? —

exigió Raimundo.

—¡Por supuesto! ¿Quién es? —preguntó Arturo.

—No te lo diré hasta mañana. Nos veremos a las tres de la madrugada en el aparcamiento de la plaza de Las Ventas. Iré en un Renault 19 rojo. Debes dejar tu coche en el estacionamiento y dirigirte a la estatua de Antonio Bienvenida. Yo te recogeré.

—No lo entiendo. ¿Por qué no me dices quién es y acabamos de una vez?

—Hicimos un trato. ¿Quieres que te revele su identidad según habíamos acordado o prefieres que le pase la información a la policía? ¡Tú decides!

—Está bien. Pero ¿por qué tan tarde?

—He concertado una entrevista con uno de los informadores. Creo que te interesará. Es la persona con la que se veía Abelardo Rueda en La Caña Vieja.

—¿No le habrás dicho que ando detrás del asesino para cargármelo?

—No. Piensa que somos periodistas y que cobrará por sus declaraciones en exclusiva. Es homosexual...

—Era cierto. ¡Joder! Abelardo Rueda era homosexual. Si Adela aún estuviese viva, se moriría del susto —contestó Arturo.

—Entonces, hasta mañana a las tres.

—Gracias, Raimundo. Hasta mañana.

Arturo permaneció el resto de la noche en vela. Al día siguiente hizo la reserva del vuelo para Madrid. Carlota le acompañó.

—No entiendo qué prisas tienes. Justo ahora que estamos tan liados con los preparativos tenemos que irnos a Madrid.

—Carlota. En cuanto solucione este tema, podrás disponer de mi tiempo durante el resto del mes. ¡Te prometo que no te pondré ninguna objeción! Nos quedaremos en el ático. Como la cena esta noche es a las once, no creo que llegue a casa hasta las cinco o las seis, así que no me esperes despierta. ¿Por qué no quedas con alguien?

—Sí, lo haré. Aunque no sé si encontraré a alguien que esté libre. Has preparado el viaje con tanta rapidez... —contestó Carlota que seguía intrigada por las prisas que Arturo tenía en viajar a Madrid.

## 6

Cuando Arturo y Carlota llegaron a Madrid, él intentó insistentemente localizar a Raimundo sin conseguirlo. El joven letrado estaba en los juzgados. Por la tarde, su secretaria le informó de que se hallaba con unos clientes almorzando, pero que tenía órdenes expresas de no dar la dirección de dónde estaba. Sobre las diez de la noche, para no levantar sospechas que le hiciesen pensar a Carlota que había mentido, Arturo cogió su coche y se puso en camino hacia la plaza de Las Ventas. Estacionó el vehículo en el aparcamiento y se dirigió a uno de los restaurantes cercanos, donde cenó. A las doce regresó al coche, sacó varias carpetas de su maletín y comenzó su lectura. Cuando la alarma del reloj le indicó que eran las tres de la madrugada, Arturo se dirigió a la estatua de Antonio Bienvenida. A los pocos minutos apareció Raimundo.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó el abogado estrechándole la mano.

—Bien. Pero dime qué has averiguado. Estoy ansioso —exigió.

—Vamos al coche. Te lo diré por el camino.

—¿Adónde vamos? —preguntó Arturo.

—Vamos a la sierra. A La Caña Vieja. Nos están esperando.

—¿Quién? —preguntó el odontólogo entrando en el coche de Raimundo.

—Ya te lo dije ayer. El amigo de Abelardo Rueda. Él es quien nos puso en la pista.

—¿No piensas decirme quién es el autor de los anónimos? —preguntó una vez más Arturo mostrando su enfado.

—Tú siempre lo has sabido. Lo supiste antes que nosotros —contestó Raimundo.

—¡Hijo de puta! Sabía que no podía ser nadie más que Carlos. Lo sabía —dijo dando un golpe en el cristal delantero del coche.

—¡Tranquilízate! Vas a romper la luna, y es prestado. No quería que nadie nos relacionase en este asunto. Imagino que pagarás para cargártelo —dijo Raimundo sin quitar la vista de la carretera.

—¡Te equivocas! Le voy a matar yo mismo —contestó tajante el odontólogo.

—No creo que seas capaz. Siempre pensé que eras un poco cobarde, que detrás de tu apariencia de hombre despiadado e insensible había un pobre hijo único solo y desamparado.

—¡Vete a la mierda! —contestó malhumorado Arturo—. No tengo ganas de bromas. ¿Ese sitio está muy lejos? —preguntó.

—Un poco. Cuando escuches lo que ese hombre tiene que decirte respecto a Cristine y a Carlos, estoy seguro de que no te arrepentirás de haber ido hasta allí conmigo.

—Eso espero. Si me hubieses dicho ayer que era Carlos el autor de esos envíos,

ya estaría muerto. En realidad no me importa nada la existencia de un amigo de Abelardo. ¡Nada! Lo único que quiero es cargarme a ese hijo de puta.

—Lo sé. Pero antes debemos estar completamente seguros de su culpabilidad. Si las afirmaciones de este señor son ciertas, y tiene las pruebas que dice tener, entonces puedes hacer lo que quieras —dijo Raimundo ofreciéndole una petaca a Arturo.

—¿Qué es? —le preguntó éste con ella en la mano.

—*Whisky* del mejor, al menos para mí. ¡Bebe! Creo que te hará falta.

Arturo dio un trago y continuó hablando:

—No creo que un amiguito de Abelardo sepa más que yo. No creo que sepa nada. Cristine era amiga de Carlos. Él se la ha cargado porque ella sabía demasiado, sin más. Es un jodido miserable y estaba empezando a volverme loco. La última nota que recibí me la mandó días después de la muerte de Cristine. Ya no se andaba con contemplaciones. En la nota decía que me iba a matar. ¡El muy hijo de puta!

—No me habías dicho nada de ese anónimo —dijo Raimundo mientras tomaba la Nacional VI.

—¡Oye, tienes razón! Este *whisky* está buenísimo. ¿Qué marca es? —preguntó Arturo.

—Te regalaré una botella. Pero, dime, ¿por qué no me dijiste lo del anónimo?

—No decía nada nuevo. Mi único propósito era encontrar al autor, no tenía que decirte nada más. ¿Podrías parar un momento? Me encuentro mal. Creo que la cena no me ha sentado bien.

Aquellas fueron las últimas palabras que Arturo pronunció antes de perder la conciencia.

**12 de junio. Valdemorillo, Madrid.**

**Cinco de la mañana.**

Arturo estaba tendido sobre una cama de estructura metálica. Su cuerpo se hundía en el colchón de espuma que carecía de cualquier tipo de funda o sábana. Tenía las muñecas atadas con una soga al cabecero y los pies, descalzos, permanecían sujetos por los tobillos, inmovilizados contra el somier de latón, como dispuestos para una crucifixión. Una cuerda de un considerable grosor que apenas le permitía respirar, rodeaba su cuello. La atadura daba la vuelta a la cama, dejándole inmovilizado por completo. Cuando abrió los ojos, un fuerte dolor le hizo volver a cerrarlos.

—¡Raimundo! —gritó—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Nadie le contestó. Abrió los ojos de nuevo y al hacerlo creyó estar dentro de una pesadilla. Miró con desesperación alrededor. Intentó incorporarse, pero la soga que adhería su cuello a la cama le impedía levantar la cabeza. Quiso chillar con más fuerza que la vez anterior y la sensación de ahogo le obligó a disminuir el volumen.

—¡Raimundo! ¡Joder! ¿Dónde estás?

Miró hacia arriba sin mover la cabeza. El techo bajo, con un único punto de luz central del que pendía una bombilla sujeta al casquillo, mostraba las úlceras que la humedad había hecho en el encalado; agujeros purulentos por donde se asomaba amenazante el rastro del paso implacable del tiempo. Tomó aire y miró a su derecha contemplando horrorizado los dibujos a carboncillo que decoraban los viejos tabiques. En la pared derecha estaban clavados los que Abelardo Rueda hizo sobre la Pasión de Cristo y, de igual forma, en el tabique izquierdo, permanecían expuestas las láminas que representaban al escritor cargando con un libro sobre sus hombros. Sobre el cabecero, los dibujos del ciego con Cancerbero sujeto a la cadena de gruesos eslabones de acero. Bajo éstos, una lámina de mayor proporción mostraba una especie de código alfanumérico que terminaba con las palabras «ALFA» y «OMEGA», que Arturo no podía ver debido a la postura que le obligaba a mantener las ataduras.

El lugar estaba completamente vacío. En apariencia no había más que la cama donde él se encontraba inmovilizado. Cerró los ojos y volvió a abrirlos con desesperación. No entendía qué pasaba. ¿Cómo había llegado hasta aquel lugar? ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba Raimundo? ¿Quién había hecho aquellos dibujos? ¿Quién era el autor de aquellas figuras que parecían mirarle amenazantes?

«No debí fiarme de él —pensó—, es un ingenuo. Seguro que le han tendido una trampa y hemos caído en ella. Seguro que el hijo de puta de Carlos estaba de acuerdo con el informador del bar. Tal vez le haya matado. ¡Pobre Raimundo!».



Desesperado intentaba encontrar una explicación lógica a lo que estaba pasando, una explicación que colocara a Raimundo en una situación más privilegiada que en la que imaginaba que podía encontrarse. La puerta se abrió. Arturo trató una vez más de incorporarse para ver quién entraba, pero no pudo.

—¡Por favor! ¡Ayuda! ¿Dónde está mi amigo? —dijo en un tono ahogado.

—Los asesinos no tienen amigos. Los ladrones tampoco. ¡Tú nunca has tenido amigos! Un hombre que asesina a su mujer no se merece ningún respeto —dijo Raimundo acercándose a la cama.

Raimundo llevaba en sus manos una silla de montar. Sonriente depositó la montura en el suelo y se sentó en ella. Separó la fusta que colgaba de la silla y golpeó dos veces el suelo. Famélico de venganza, con los ojos desorbitados, miró a Arturo y dijo:

—Yo soy el Octavo Jinete. Tal como te hice saber, he venido a ejecutarte. Tu muerte ya está escrita.

Arturo palideció. «Esto es un sueño, una pesadilla. ¡Tiene que serlo! Debe ser producto del efecto del *whisky*. Tomé demasiado *whisky*», pensó cerrando los ojos.

—¡Hijo de puta! —gritó en un jadeo—. Me drogaste. ¿Por qué? Yo no te he hecho nada.

—Siempre fuiste un ególatra. Un maldito vanidoso, un prepotente. Sin embargo, no eres más que basura. Mierda procedente de las cloacas. Ha llegado tu hora. Nunca más volverás a matar. ¡Nunca más!

—No entiendo nada de lo que dices. Debes de haber perdido el juicio —dijo Arturo desesperado.

—No he perdido nada. Tú eres el responsable de la reclusión de Abelardo. Tú mataste a Adela; ella no se suicidó. Mataste a toda esa gente. Yo soy tu verdugo. Soy el amigo de Abelardo Rueda. Conmigo era con quien se veía en La Caña Vieja.

—No puedo creerlo —dijo Arturo impresionado—. ¿Sabías que yo era el asesino? Lo sabías. Tú eres el autor de los anónimos. ¿Qué quieres?, ¿dinero? Te daré todo lo que tengo, pero no me mates. ¡Juro que te lo daré todo! Podemos hacer un trato... —dijo desesperado—. Yo no maté a Abelardo. Él se suicidó. Tú lo sabes, estabas allí. No tuve la culpa de su muerte.

—Sí la tuviste. Sé tus verdaderas intenciones, todos y cada uno de tus actos perseguían el mismo fin. Nunca te importó Abelardo, ni ninguna de tus víctimas. Sólo buscabas hacerte con esto —dijo alzando las tres páginas del libro llamado el Santo Grial.

Arturo, al ver las páginas del libro, inconscientemente intentó levantarse, pero la presión de la soga en su cuello se lo impidió.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó ansioso—. Esas páginas son mías. Pertenecen a una antigüedad que me vendió un monje; pagué por ellas. ¿Qué

quieres?, dime cuánto quieres que te dé por ellas.

—¡Maldito prepotente! Aún sigues pensando que todo tiene un precio. Olvidas el principio básico de los negocios. Antes hay que saber si existe el vendedor. Esto no tiene dueño; no pertenece ni pertenecerá a nadie. Es como el aire o el movimiento de rotación de la Tierra; es algo que no se puede vender ni comprar... Eres un ignorante.

—Son más. Pertenecen al libro que le compré al monje. No me importa volver a pagar para que me las devuelvas. No me vengas con estupideces y ponles precio —dijo ahogado.

—Nunca supiste dónde te habías metido, ni tan siquiera te molestaste en averiguarlo. Para ti no hay nada más importante que tú mismo. Tu egoísmo y tu vanidad han hecho que pierdas el rumbo de tu vida. Estas páginas no contienen ninguna receta para alcanzar la inmortalidad. Estas páginas tienen un valor que va más allá de eso.

—No sé a qué te refieres. Tú sí que no sabes de qué hablas. Creo que alguien te ha contado una patraña —dijo Arturo intentando que Raimundo le diera más explicaciones sobre lo que sabía acerca del libro.

—En estas páginas, las páginas que Abelardo Rueda le arrancó al libro que tú tienes, no hay más secreto que el código para poder leer la obra en su totalidad. Sin ellas nadie puede leerlo, ya que sólo se encontrará con un puñado de palabras escritas sin orden ni concierto. El texto está en hebreo, latín y griego. Cada uno de los pasajes está en una lengua y consta de diez páginas, un total de treinta a las que se le añaden tres más: éstas —dijo alzando las hojas—. Como los años de Cristo, treinta y tres. Ninguno de los pasajes tiene sentido. A simple vista son un puñado de palabras que parecen haber sido espolvoreadas como si de azúcar se tratase. Como si las hubieran dejado caer sobre el papel. Sin embargo, están escritas en un orden preciso y medido, un orden que sigue una fórmula matemática diferente en cada una de las lenguas en las que aparecen y dan a conocer las verdades universales. Pero sólo teniendo las claves se llega a su decodificación; sin ellas el libro no es más que un diccionario sin definiciones, sin orden alfabético, sin sentido.

—Eso no puede ser posible. Tengo documentos que pertenecieron a mi padre que prueban que en esas páginas está el secreto de la inmortalidad.

—Cierto. En ellas reside ese secreto como otros muchos, pero no el de la inmortalidad humana sino el de la inmortalidad de Dios. Como dice su título, en las páginas del libro se habla de la verdadera naturaleza de Dios. Has perdido tiempo y dinero buscando este libro como otros muchos, pero tú, a diferencia del resto, has matado para conseguirlo sin que ello fuera necesario. A este mundo, querido odontólogo, no se le pueden aplicar las máximas del otro. Cada cosa pertenece a su espacio y a su tiempo y nunca las dos dimensiones podrán juntarse. Somos y seremos mortales hasta que dejemos de serlo, y eso sólo sucede cuando morimos; es una ley

clara y precisa. Nunca se puede alcanzar la inmortalidad antes de pasar por el trance de la muerte carnal. Para ser inmortal hay que dejar de ser mortal. Ya sé que esto parece cuestión de simples conceptos lingüísticos, pero no es así. Nada hay en este mundo que nos lleve al otro si no es dejar de permanecer en éste. La única inmortalidad está en la muerte del cuerpo.

—Yo sólo buscaba algo que me pertenecía. No he matado a nadie —insistió Arturo—. Deja que me vaya. Quédate con las páginas. Incluso te daré el libro, si es eso lo que quieres.

—Estoy hablando completamente en serio. No voy a dejar que te marches. Voy a matarte. Te lo dije y no pareces creerme. Deberías comenzar a tomar conciencia de que éstas son tus últimas horas de vida. No puedo perdonar lo que has hecho; la tortura innecesaria a la sometiste a Abelardo. Nunca te lo perdonaré. ¿Ves todos estos dibujos? —dijo señalando las láminas de derecha a izquierda con su mano—. Pertenecen al tiempo que Abelardo estuvo en tratamiento psiquiátrico. ¿Recuerdas que yo estuve con él? —Arturo asintió—. En realidad no fui para desarrollar mi tesis, fui para buscar tu rastro, para dar con el verdadero culpable.

»Hacía mucho tiempo que Abelardo y yo nos conocíamos. Días después de que mataras a Teresa, su ama de llaves, me enseñó el anónimo donde le exigías que te entregara estas páginas, ya que si no lo hacía convertirías su obra en una realidad y le harías culpable de tus crímenes. En aquellos días ya sabíamos que el agustino que te vendió el Santo Grial se había suicidado. El monje era amigo mío desde la infancia y le dejó el libro a Abelardo atendiendo a una petición mía. Abelardo le dio su palabra de que no descifraría el texto ni lo haría público y que se lo devolvería de inmediato, como así fue. Pero no cumplió íntegra su promesa ya que, nada más ver el texto, supo que no se trataba del incunable que él andaba buscando. Aquel libro no pertenecía a la colección de herméticos de Juan de Herrera, ni tan siquiera Felipe II había conocido la existencia de esa obra. Aquel libro no era un libro más: era el verdadero Santo Grial. Tenía en sus manos la verdadera copa de la que Cristo bebió en su última cena. La copa del conocimiento supremo, el cáliz de la sabiduría. Todo era una metáfora, igual que lo es la del pan y el vino en la Última Cena. Abelardo entendió lo que tenía en sus manos y no pudo resistir la tentación de descifrarlo. El fraile le había comentado sus intenciones de venderlo, algo que a Abelardo no le extrañó: conocía el comercio fraudulento que existe con este tipo de mercancías. Pero cuando descifró el texto y entendió la importancia del contenido de sus páginas, cuando supo que aquello era el Santo Grial, como el propio texto indicaba, entendió que no sólo debía evitar que se diese a conocer su mensaje, sino que el libro cayese en las manos de un desaprensivo coleccionista. El fraile se negó a darle información sobre la persona que lo había comprado y se llevó tu nombre a la tumba. Abelardo le entregó el libro sin las tres páginas; sin decirle que las había arrancado. Después redactó una carta en la

que le comunicaba lo que había hecho, pero nunca llegó a mandarla porque el agustino se quitó la vida cuando tomó verdadera conciencia de lo que había hecho. Esa carta estaba entre una de las copias de *Epitafio de un asesino*, la copia que se quedó en el ático de tu padre, la copia que Cristine te entregó aquella noche para que se la devolvieses a su dueño, algo que no hiciste nunca. El diablo anda jugando con las casualidades, componiendo coincidencias, dándonos a elegir. Compuso una para ti y tú tomaste la última decisión. Gracias a esa copia supiste que Abelardo era la persona que tenía las tres páginas que le faltaban al Santo Grial y decidiste hacerte con ellas. Lo que nunca imaginaste fue que si había sido capaz de arrancar aquellas hojas, también sería capaz de guardar silencio eterno sobre lo que había descubierto, aunque ello le costara la vida. Nunca imaginaste que no recuperarías las páginas, ¿verdad?

—¿Cómo puedes saber todo esto? —preguntó Arturo impresionado.

—Abelardo plasmó todo lo ocurrido en sus dibujos, en estos dibujos —dijo señalándolos—. Todos tienen un mensaje en clave. Ambos buscábamos tu identidad desde el comienzo de los crímenes. Yo le juré que daría contigo. Llegó a desconfiar hasta de su mujer. Ella era la única que tenía un acceso a las copias. Podía haber sacado una y habérsela entregado a otra persona. Todo podía formar parte de un complejo plan. La relevancia del libro daba lugar a todo tipo de especulaciones. Quien estuviera interesado en él podía ser capaz de cualquier cosa para tener el texto completo.

»Tu mayor error fue entrar en la agencia inmobiliaria de tu padre para llevarte el recibo del pago de Cristine. Ése fue el mayor de tus errores. Abelardo dejó en este dibujo —dijo señalando una de las láminas—, la clave doscientos cincuenta, el número del paseo de la Castellana donde él y Adela vivieron. La copia de *Epitafio de un asesino* sólo podía haber salido de allí durante la mudanza; tuvo que haber un inquilino más. El ciego, que para él era el diablo, lo esperaba en la calle. En sus zapatos está escrito en clave: “primer inquilino sin registrar, la filóloga”. Éste es Cancerbero, el guardián de la puerta del infierno. Así lo representó Abelardo. Está esperando la salida del texto que tú desgraciadamente llevarías a la realidad.

—Son conjeturas, simples conjeturas a las que tú has llegado por la paranoia de un enfermo que adulteró tu juicio profesional porque era tu amigo —dijo Arturo, intentando crear confusión en Raimundo.

—Las conjeturas se convierten en verdades cuando uno las comprueba, y eso fue lo que hice: comprobar todas las posibilidades. Localicé a Cristine; fue fácil. Lo único que tuve que hacer fue pedirle a un amigo que se pasase por la agencia y solicitara el nombre y la dirección del primer inquilino de la casa. Por supuesto que lo hizo haciéndose pasar por policía. Los empleados de tu padre no le pusieron objeción alguna. Estaban demasiado asustados por todo lo que había pasado. A través de unos

amigos en Inglaterra me puse en contacto con ella. Fue fácil localizarla porque era un personaje público. Llamé diciendo que era un hermano del escritor fallecido. Le dije que andábamos buscando una copia extraviada de la novela y que pensamos en la posibilidad de que se hubiera quedado en el apartamento durante el traslado. Cristine tenía buena memoria. Me dijo que se la había entregado al hijo del propietario del edificio y que lo más probable es que aún estuviera en la inmobiliaria. Como verás, fue simple dar contigo. En ese mismo instante supe que tú eras el miserable que estaba llevando a la realidad mi novela. Así supe que Arturo Depoter había arruinado mi vida y había matado a toda esa gente. Desde entonces no he parado hasta ganarme tu confianza. Primero pasé a formar parte de tu equipo gracias a Juan Antonio. Después tú, llevado por mi juego, caíste en la desesperación, en la misma desesperación en la que sumergiste a Abelardo, y gracias a ello te entregaste a mí. Has sido tan estúpido; dudaste de Carlos, de la única persona honesta en todo este maldito asunto.

—¿Tu novela? —preguntó Arturo desconcertado—. Veo que tú y Abelardo os queráis demasiado. Raimundo, si yo hubiese sabido que tú eras su amante, te juro que si lo hubiese sabido, no habría hecho esto. Sólo he pretendido recuperar algo que es mío, algo por lo que pagué una fortuna y que llevo buscando toda mi vida. Nunca quise hacer daño a Abelardo; él se prestó a ello, sólo tenía que haber devuelto las páginas. Se alzó como salvador del mundo, hizo el imbécil. Debes estar conmigo en que nada merece la vida de nadie. Él debió plantearse las cosas, debió lavarse las manos y darme las páginas... Si lo hubiera hecho, ahora estaría vivo. El único culpable fue el monje, ni Abelardo ni yo teníamos responsabilidad alguna en relación con el contenido del libro. Tampoco tú la tienes. Puedes entregarme las páginas o destruirlas, pero lo mejor sería que te olvidases de todo y me dejases marchar. Si lo haces, ambos tendremos lo que siempre hemos querido. Tú tendrás posición y estabilidad económica, yo me encargaré de ello; y yo tendré el libro completo. Abelardo ya lleva muerto mucho tiempo y nada de lo que hagas le sacará de la tumba. Nada. Las parejas se renuevan, ya sabes eso de a rey muerto rey puesto —dijo intentando sonreír.

—¿Por quién me tomas? Sigues pensando que puedes comprarlo todo. Llevo detrás de tus pasos una eternidad. Eres un ingenuo. Tu muerte ya está escrita. No hay nada más que hacer.

—No entiendo nada. Vas a tirar por la borda tu posición. Todos los esfuerzos que has hecho hasta ahora. Sería mejor para ti que me entregases.

—¿Qué te entregue? —preguntó Raimundo riendo—. ¿A quién?, ¿a la policía?, ¿a los jueces?, ¿a un jurado popular...? ¿Para qué? En el hipotético caso de que te condenasen, ¿qué pasaría? Dirían que eres un loco y te internarían en un psiquiátrico... y tú no eres un loco. Tú eres un maldito caprichoso que de lo único

que has carecido siempre ha sido del respeto a la vida. Por eso no mereces seguir viviendo. Teniendo en cuenta tu cordura, teniendo en cuenta tu posición, saldrías en poco tiempo. ¡Nunca te entregaré! Voy a matarte. Te mataré de la misma forma que tú mataste a todas esas personas. Serás la última víctima.

—¡Ahora lo entiendo! Fuiste tú el que mató a la mujer de Santander. Fuiste tú, ¿verdad? —preguntó Arturo.

—Sí. Con su muerte conseguí tener la certeza de que eras el responsable de todo. Entraste sólito en la red. Yo también sé jugar.

—No entiendo cómo no me di cuenta. ¿Cómo has podido engañarme? Pensé que eras mi amigo. Pensé que estabas investigando. ¿En qué has utilizado todo mi dinero?

—En tus regalos. En pagar a la gente que necesitaba para conseguir información de ti.

—Eres un asesino igual que lo soy yo. Eres igual de mezquino. Mataste sin necesidad a esa mujer; también a Cristine. Eres igual que yo, no puedes negarlo —dijo Arturo intentando ganar tiempo.

—Las dos muertes están justificadas. Le juré a Abelardo que nunca daría a conocer la existencia del Santo Grial; tampoco su verdadera apariencia. Mi único fin ha sido dar contigo. Tú, un ser miserable, carente de creatividad, vacío de todo a excepción de poder, del poder que da el dinero, te atreviste a destrozar mi vida. Eres mediocre y tuviste la osadía de variar mi destino. Juré que nunca te lo perdonaría. ¡Hoy estoy cumpliendo mi juramento!

—¿Tu vida? ¡No te entiendo! —dijo Arturo.

—Yo no he sido nunca el amante de Abelardo Rueda; él era heterosexual. Yo soy el autor de todas y cada una de las novelas de suspense de Abelardo Rueda. Él me contrató para eso. Cuando tú comenzaste a matar, cuando empezaste con tu burdo juego de llevar a la realidad mi obra maestra, *Epitafio de un asesino*, utilizando su trama para conseguir las páginas, ¡mataste mi imaginación! Violaste mi creación. Destruiste mi obra. Robaste a uno de mis hijos sin permiso. ¡Sin mi permiso! ¡Yo soy el creador! En los anónimos que mandaste a Abelardo, tú le llamabas el maestro, pero el autor, el maestro, era yo. Te equivocaste de persona. Cuando él me habló del primer crimen, del primer anónimo, el odio hacia ti, aun sin saber quién eras, se instaló en mis entrañas. Desde aquel instante comencé tu búsqueda.

—No puedo creerlo. Abelardo era un farsante. ¿Cómo dejaste que te utilizase? Te estaba utilizando. Él podía haberte presentado en los círculos literarios y tú podrías ser ahora un escritor famoso —dijo Arturo.

—Abelardo Rueda me pagaba por un trabajo que habíamos acordado. Le conocí cuando él estaba buscando un incunable que según había averiguado se titulaba *La verdadera naturaleza de Dios*. Me dedico, por mi cuenta, desde hace muchos años, al préstamo de ese tipo de mercancía. Mis contactos dentro de los pueblos de la

Comunidad de Madrid son más extensos de lo que puedas imaginar. Hay demasiados incunables que no figuran en los registros, que se han dado por desaparecidos, pero que existen. La información que recogen sus páginas no es recomendable para algunas instituciones y por eso se veta su lectura. Los investigadores que conozco nunca hablan de la información recogida como algo veraz y comprobado, sino como parte de una ficción literaria, ése es uno de los puntos que se acuerdan, y que todos se ven obligados a cumplir. Nadie ha faltado a su palabra. No pueden hacerlo; arriesgarían demasiado. Así conocí a Abelardo.

»Le pusieron en contacto conmigo y yo le puse en contacto con el fraile, que le pasó el Santo Grial creyendo que ése era el ejemplar que Abelardo buscaba. Lo hizo por amistad hacia mí. Ese libro nunca había salido de su escondite. El fraile intimó con Abelardo y se sinceró con él. Le contó que te lo había vendido y que pensaba abandonar los hábitos y marcharse fuera de España. Abelardo no censuró la operación del cofrade; no lo hizo porque pensó que el libro que le había dejado para consulta era un libro más sobre magia, un incunable perteneciente a la colección de Juan de Herrera, que era lo que él en realidad estaba buscando. Pero se encontró con algo muy diferente. Se encontró con el verdadero Santo Grial. Impresionado por lo que tenía entre sus manos, me llamó. Aquel día quedamos en La Caña Vieja. Lo cierto es que a mí no me interesan mucho estos temas, pero sus explicaciones me dejaron aturdido. Dijo que había tomado la decisión de devolverle el libro al cofrade incompleto, que le quitaría las tres páginas que recogían las claves para descifrar el texto. Quería mi beneplácito, ya que yo era quien le había puesto en contacto con el fraile, que era mi amigo. En aquel momento no creí que aquel libro viejo, de hojas amarillentas e indescifrables, de tapas con forma de copa tuviese más valor que su antigüedad, ni que desvelase un secreto de tanta importancia. Más tarde tú me hiciste comprender que Abelardo tenía razón, que el libro contenía algo más poderoso que el dinero. Le dije que, si lo creía necesario, arrancara esas páginas. Imaginé que el fraile ni tan siquiera lo percibiría, pero no fue así.

»Aquel día fue cuando le di el manuscrito de mi primera obra de suspense, *El asesino del carmín*, para que lo leyera. Él, después de leerlo, me propuso editarla bajo su nombre. En realidad, querido Arturo, Carlos es mucho más inteligente que tú. Él supo desde el primer momento que yo era escritor. Abelardo me pidió que escribiese para él porque quería acabar aquella obra histórica sobre el monasterio y no podía escribir novela de suspense al mismo tiempo, y Adela se había comprometido con Carlos. Él no era un escritor de suspense; su literatura siempre fue histórica. Yo accedí. Decidimos que escribiría una trilogía y que habría una cuarta y última novela que se titularía *Epitafio de un asesino*. Después de que ésta se publicase, él ya habría concluido su trabajo sobre El Monasterio de El Escorial y Felipe II. Entonces retomaría la novela histórica con aquella obra que le tenía obsesionado y yo saldría a

la luz como un nuevo talento, como uno de sus pupilos más destacados. Le di la patria potestad de mis obras. Él era el padre de mis creaciones. Yo era la madre de alquiler: las engendraba, las paría y después se las entregaba.

—Es increíble. Lo que no entiendo bien es por qué no sospechó de ti. Mis crímenes eran literales —dijo Arturo burlón.

—Abelardo siempre cambiaba parte de la trama después de que yo le hiciese entrega de las obras. Sabía que yo no era responsable de nada; lo supo desde el primer momento. Dar a conocer mi existencia o la de la obra habría supuesto poner a la policía sobre mí, y también sobre la existencia del libro y el comercio fraudulento en el que, tanto él como yo, estábamos metidos. Tú dejaste bien claro en tu primer anónimo lo que querías. Sólo nos faltaba saber quién eras. Ahora no sólo lo sé, sino que estás bajo mi yugo, como lo estuvieron todas las personas a las que mataste. Robaste la copia de mi obra y la llevaste a la realidad sin el permiso de su creador, que soy yo. Utilizaste mi creación para chantajear a mi benefactor y para matar. Nunca respetaste la creación, ¿cómo ibas a respetar la vida?

—¿Cómo no te denunció Adela? ¿Por qué nunca habló de ti? —preguntó Arturo que intentaba ganar tiempo, sopesando la posibilidad de que Raimundo se fuese apaciguando.

—Adela no me conocía. Nunca supo de mi existencia. Pensaba que Abelardo iba a La Caña Vieja porque era el sitio perfecto para aislarse, para comenzar o finalizar una novela. Sin embargo, allí se encontraba conmigo cada vez que yo emprendía una nueva historia y cuando ésta estaba terminada pasaba a recogerla y a pagarme por el trabajo. Ella murió sin saber que su marido no escribió ninguna de las obras de suspense.

—¡Joder! No puedes matarme —dijo Arturo desesperado.

—Cuando ingresaron a Abelardo en el psiquiátrico, conseguí hacerme cargo de él. Quería sacarle de allí, y la única forma de conseguirlo era encontrar al culpable. Abelardo no se curaría si no encontraba al asesino. Y no sólo eso, yo sabía que no volverías a matar hasta que él estuviese fuera del hospital o muerto. ¡Era evidente que estabas jugando con su vida desde el primer momento! Sólo querías recuperar estas páginas, pero no contaste con que él no pudiera soportar la presión a la que tú, la justicia, la sociedad y su esposa le habían sometido. Todos estaban contra él, incluso aquel libro le había traicionado; descifrar su contenido le condujo a una realidad inexistente. Cuando Abelardo ingresó en el hospital, temiste no poder dar con estas páginas nunca y decidiste engatusar a Adela: quizás ella podía saber dónde estaban, sólo era cuestión de esperar; pero también te equivocaste. Adela nunca supo nada, no lo supo hasta que yo le mandé la otra copia del manuscrito de *Epitafio de un asesino*, la primera versión, la que yo había escrito para Abelardo. En ella los crímenes no sucedían de igual forma. También le agregué una página en la que describía cómo



había muerto el fraile. Lo hice para ponerla en antecedentes, para que supiese que detrás de los crímenes había algo más, que estaba en peligro. Adela, guiada por las pistas que yo le mandé, poco a poco fue atando cabos. Pero tú la mataste. No fue suficientemente lista. La ambición y la despreocupación por lo ajeno, una vez más la llevaron a la desgracia. Quisiste ser un dios, un dios de barro. Fuiste a por Goyo, ése fue un buen camino, mejor que el de Adela, pero Goyo nunca supo nada del texto sagrado, nadie lo sabía. Le avisé dejándole un mensaje en el contestador. Sus pasos iban bien encaminados. El abogado estaba llegando a conclusiones acertadas y creíste que sabía más de lo que parecía, pero de nuevo te equivocaste. Goyo nunca vio el ejemplar del Santo Grial, ni tan siquiera conocía su existencia, como tampoco supo de mi existencia ni de la verdadera relación que había entre Abelardo y yo.

—¿Por qué mataste a Cristine?

—Tenía que seguir el juego. Hacerte creer que estaba investigando y que había averiguado que ella había tenido la novela. Caíste en la trampa; pensaste que ella era la autora de los anónimos. Después la maté. Lo hice porque no quería pruebas. Nadie debía saber nada de *Epitafio*, porque si se descubría su existencia alguien podría investigar en esa línea y llegar hasta mí. Además, cuando Cristine me dijo que era amiga de Carlos, pensé que al matarla te haría pensar una vez más en Carlos como el autor de los anónimos. Y así fue. ¡Eres muy vulgar! ¡Eres demasiado simple! Nunca habrías llegado a dar con mi identidad.

—Te cogerán. Alguien descubrirá que te pusiste en contacto con Cristine. Alguien se dará cuenta de que me llamaste ayer. Mi muerte no tendrá sentido. Los cofrades acabarán llegando hasta ti.

—Nadie sabe que hemos quedado. El coche no es mío. Ayer no hable contigo. No puedes demostrar que lo hice porque te llamé desde una cabina, y tú nunca podrás contar nada sobre esa llamada porque pronto estarás muerto... Carlota no sabe adonde has ido. Nadie lo sabe, porque tú lo has mantenido en secreto por tu propio interés, por tu propia seguridad, por el mismo motivo que rompiste todas las cartas que te mandé. Esos textos daban a conocer tu identidad, el nombre del asesino. Tu viaje ha sido un tanto extraño, demasiado rápido. Tal vez todos piensen que estabas sometido a chantaje. Eso será lo que todos piensen; eso será lo que yo ratificaré. Mi secretaria me ha comunicado tus llamadas. Diré que no pude localizarte. Rosario será la asesina que dará por cerrado esta serie de crímenes en serie, entre los cuales la policía ha incluido a Cristine, tal como yo quería —dijo Raimundo burlón—. Nadie sabrá quién eres. Nadie te juzgará excepto yo. Yo soy tu verdugo, morirás como una víctima más del psicópata llamado el Octavo Jinete del Apocalipsis. Todos pensarán que la asesina era Rosario, una pobre mujer a la que ya has pagado cinco millones de pesetas para evitar que siguiera extorsionándote. Algo de lo que Carlota tenía conocimiento, algo de lo que Carlos te aviso. ¿Recuerdas aquel almuerzo? Yo te

ofrecí mi ayuda. Más tarde hablé con ella y le dije que eras un cabrón, que te habías mofado de ella delante de Carlos, y le conté todo lo que una mujer no quisiera escuchar nunca. Después le propuse chantajearte. Ella entró en el juego como un corderito, escribiendo una página más de la historia. Entonces fue cuando, siguiendo mis instrucciones, llamó y amenazó a Carlota. Más tarde yo le di el primer cheque. Ahora está esperando la segunda entrega.

—¿Vas a matar a una mujer embarazada? —inquirió Arturo.

—¡Qué hijo de puta eres! Pretendes que crea que el hecho de que Rosario esté embarazada te sensibiliza. Tú la matarías igual. Mataste a Adela sin tener ninguna necesidad, simplemente porque temías que te denunciase, y eso que sabías que nunca lo habría hecho. Sólo quería mantenerse a salvo. Adela adoraba la vida y nunca se habría suicidado. No entiendo cómo nadie se dio cuenta de ese detalle.

»Rosario no está embarazada, nunca lo ha estado. La idea del embarazo se la di yo. Todo es invención mía. Soy escritor, ¿recuerdas? El mejor escritor de suspense de este siglo. No debes olvidarlo. Ella estuvo relacionada con Carlos, se acostó con Goyo, y se lo propuso a Abelardo, que fue el primero que la conoció, y éste la despreció. Es la mejor historia que he podido encontrar sin antes haberla imaginado. Cuando me enseñó las cintas no cabía en mí de gozo. Todo encajaba a la perfección. Estaba tan ofuscada por tus comentarios sobre ella que me mostró todo el material que guardaba. Quería hundirte en la mierda a ti y a todo tu círculo. Hubiera sido fácil dejar que las mandase a cualquier medio de comunicación. Pero mi venganza estaba antes. Le dije que sería más sensato guardarlas para extorsionarte, dándole mi palabra de que te dejaríamos sin un duro. Por supuesto tuve que acostarme con ella. Rosario se conforma con poco. Ahora está esperando la muerte. Cree que iré a pagarle el segundo talón, el talón que me diste el día que anunciaste tu compromiso con Carlota. Éste... —dijo Raimundo enseñando el cheque a Arturo. El odontólogo enmudeció—. Todo está escrito. Mataré a Rosario y dejaré una nota en la que ella explique su venganza, una venganza con la que no ha podido continuar porque se enamoró de ti. En ella dirá que decidió matar a todas las personas que se relacionaban con Abelardo Rueda por el desprecio que el escritor le hizo. Las cintas de vídeo aparecerán sobre tu cadáver. Todo será convincente, demasiado vulgar, demasiado real. Un caso más de locura, de la cual Rosario tiene antecedentes sobrados. Eso es todo.

—Maldito seas —dijo Arturo furioso—. ¡Maldito seas!

—Espero que Carlota disfrute de tu legado. Creo que tu fortuna enjugará sus lágrimas con rapidez, sé que es tu heredera. ¡Siempre me gustó Carlota! Tal vez cuando haga efectivo el testamento me case con ella. Creo que adora a los escritores. Ella me representará. Haré lo mismo que hiciste tú. Me casaré con tu casi viuda y disfrutaré en tu memoria de todo lo que has conseguido en tu mezquina existencia. Buscaré el libro y lo devolveré al lugar de donde nunca debió salir.

Raimundo se levantó y sacó la silla y la fusta de la cabaña. Cuando llegó al coche, introdujo en el asiento trasero la montura, después sacó del maletero un bote de cloroformo y una bolsa de plástico.

—¡Socorro! ¡Qué alguien me ayude!

—Nadie puede oírte —dijo Raimundo cuando estuvo de nuevo en la habitación—. Estamos muy alejados de la carretera. De cualquier zona habitada. Nadie nos ha visto llegar. Nadie te oirá. —Empapó el pañuelo con el cloroformo y tapó la nariz y la boca de Arturo hasta que éste perdió el conocimiento—. Alfa y omega —dijo mirándole a los ojos.

Después cogió la bolsa de plástico y se la metió en la cabeza. Introdujo la pistola en la bolsa, apoyó el cañón en la sien de Arturo e inclinándolo hacia el cuello disparó. A continuación sacó la pistola del interior de la bolsa y la ató con una soga para impedir que la sangre se derramase. Más tarde metió el cuerpo en el maletero del coche y abandonó el lugar.

### ***Dos horas más tarde:***

—Estaba intranquila —dijo Rosario abriendo la puerta de entrada del chalé a Raimundo.

—Te dije que no me esperases hasta las cinco —contestó él.

—Pero son las seis menos cuarto. Estaba preocupada.

—No tienes por qué. Podrás pagar el segundo plazo de la hipoteca de este maravilloso chalé.

—¡Joder! Es estupendo. ¿Dónde has estado? El coche está lleno de barro. Sabes que me gusta tener el coche limpio.

—No te preocupes por el coche. Le he pedido a Arturo otro talón. Le dije que tu embarazo avanza y tus crisis nerviosas también. No creo que se niegue. Te podrás comprar otro coche.

—¡Te lo compraré a ti! —dijo ella besando a Raimundo. Ambos pasaron al interior de la casa...

—¡Toma! Parte de la recompensa que te mereces por todo lo que has aguantado a ese miserable —dijo Raimundo sentándose en el sofá al tiempo que extendía su mano derecha con el talón—. Ahora necesito un descanso.

—¿Te quedarás a dormir? ¡Dime que lo harás!

—Me quedaré contigo para siempre. No permitiré que a partir de hoy estés con nadie más que conmigo. Nadie volverá a tocarte. Ahora quiero que te desnudes y hagamos el amor. ¡Llevo pensando en ello todo el día! ¡Todo el día! —dijo Raimundo acariciando los pechos de la joven, que permanecía frente a él de rodillas.

Rosario comenzó a desnudarse, mientras él la miraba con expresión de morbosos

placer.

—¿No te quitas la ropa? ¿Y los guantes? Dime que algún día podré ver tus manos. Prometiste que me dejarías hacerlo —suplicó Rosario.

—Sabes que no quiero que veas mis quemaduras. Aún no he superado el complejo.

—Pero yo te quiero. No me importa cómo tengas las manos —dijo la joven besándole la frente.

Cuando Rosario estuvo desnuda, Raimundo se incorporó y rodeando a la mujer comenzó a acariciar su cuerpo con morbosidad haciéndola estremecer.

—Ahora quiero que llenes la bañera —le dijo entonces— y que te metas dentro. Mientras tanto yo prepararé unas copas. Hazme sitio. Estaré en un segundo contigo. ¡Ésta será la mejor noche de tu vida!

Rosario subió al baño y vació un bote de sales en el interior de la bañera antes de abrir el grifo. El agua comenzó a salpicar con fuerza la gran bañera. La mujer se contoneaba frente al espejo cuando Raimundo entró y la abrazó por la espalda. Extendió su mano derecha y la llevó a la boca de Rosario. Con el pañuelo empapado de cloroformo le tapó la nariz y la boca. La mano de Raimundo apretó con fuerza la tela, hasta que su cuerpo se dejó caer. La introdujo en la bañera, sacó sus muñecas fuera del recipiente y con una cuchilla de afeitar que extrajo del armario de Rosario le seccionó las venas de las muñecas. La sangre comenzó a brotar con profusión. Colocó el pañuelo dentro de la bañera y cerró un poco el grifo para que el agua no saliera con tanta fuerza. Después se dirigió al salón, se sentó frente a la máquina de escribir de Rosario y colocó un folio en el rodillo. Tras unos segundos comenzó a redactar el texto que explicaría el supuesto suicidio:

Yo soy la creadora. Debí matarle antes, pero me enamoré de él. Sin embargo, Arturo tampoco me quiso. Era igual que el escritor: ¡Un ser miserable!

He cumplido mi misión. Ahora mi camino empieza sobre el tiempo y el espacio a lomos de mi caballo, el caballo de la muerte que el Ángel Caído me dio para cumplir sus deseos. Sobre su lomo me haré inmortal.

Raimundo subió al baño, el agua estaba teñida de rojo, Rosario había muerto. Sin tocar nada se apresuró a bajar. Entró en el garaje y sacó del interior del coche el cuerpo de Arturo y tras desplazarlo con dificultad lo depositó sobre el sofá. Le quitó la bolsa de plástico de la cabeza y dejó que los restos de sangre y masa encefálica se esparcieran por la tapicería. Después sacó todas las películas de vídeo que Rosario le había mostrado días atrás con las imágenes de sus escarceos amorosos y las esparció por encima del cadáver del odontólogo. Cogió el cheque y lo depositó en uno de los bolsillos de la chaqueta de Arturo. Volvió a subir al baño e introdujo la pistola dentro de la bañera, que comenzaba a estar al borde de su capacidad. Bajó y antes de salir de la casa miró, con expresión paranoica, el cadáver del odontólogo.

—Arturo —dijo—, olvidaste lo más importante... Olvidaste que todo lo que el

hombre es capaz de imaginar, con el tiempo se convierte en realidad. Era tan simple como eso, esperar a que llegase tu momento. Éste será tu epitafio, el *Epitafio de un asesino*. Yo lo haré poner en tu lápida porque yo soy el maestro. Imaginé tu muerte tal como ha sucedido.

Raimundo salió por la parte trasera del jardín. Las calles estaban desiertas. Cuando llegó a la avenida principal, tomó un taxi frente a un pequeño bar de copas que aún permanecía abierto.

—Buenas noches, señor, usted dirá.

—A la calle Goya.

—¿A qué altura? —preguntó el taxista.

—Al comienzo. Creo que daré una vuelta antes de subir a casa. Espero despejarme antes de que mi mujer se despierte.

—¿Una buena noche? —preguntó el taxista.

—Demasiado —contestó Raimundo sonriendo con complicidad.

Sobre las doce de la mañana sonó el teléfono del apartamento de Raimundo.

—¡Raimundo! Gracias a Dios que te encuentro —dijo Carlota.

—¿Qué pasa? —contestó somnoliento el abogado.

—¿Está contigo Arturo?

—No. No sé nada de él. Mi secretaria me dijo que ayer llamó varias veces. Estará en alguna de sus fiestas, ya sabes que las noches en Santa Eulalia son un peligro —contestó Raimundo.

—No estamos en Santa Eulalia. Estamos en Madrid. Llevamos en Madrid desde ayer. Arturo salió a las diez y aún no ha regresado.

—No sabía que estuvierais aquí. No debes preocuparte. Seguro que se ha quedado a dormir en casa de algún amigo.

—No. Sé que no. Tengo una extraña corazonada. Algo me dice que le ha pasado alguna cosa. Este viaje..., no sé... Tenía demasiada prisa por hacer este viaje. Todo fue muy extraño. No me dijo adonde iba... ¡Estoy preocupada! Dejó sobre la mesa un libro antiguo del que no entiendo nada y unos apuntes.

—¿Unos apuntes? —preguntó Raimundo—. ¿Qué apuntes?

—Es como una especie de código. Creo que está metido en alguno de sus líos con las antigüedades, con la búsqueda del Santo Grial. Me contó que su padre había muerto con la esperanza de dar con él. Ya sabes que Arturo está enfermo, muy enfermo. Creo que buscaba algo que le evitase entrar en quirófano.

—Sí, sé lo de su enfermedad, pero no tenía ni idea de que andaba tras el Santo Grial. Es sólo una leyenda y Arturo es una persona poco dado en creer en ese tipo de historias. Me extraña mucho que tuviera interés en buscar el Santo Grial.

—Lo sé, pero no sé si te habrá comentado lo de los anónimos que recibí. Es todo

demasiado extraño. Creo que el que se haya dejado el libro sobre la mesa tiene que tener algún sentido.

—Déjalo todo tal como está. No toques nada hasta que regrese No creo que esto tenga nada que ver con su ausencia.

—Pero es que hay algo más —dijo Carlota.

—¿El qué?

—Pues lo que hay escrito en el papel. Parece una traducción...

—¿Qué pone? No creo que sea nada para que te alarmes así —dijo Raimundo intentando ocultar su interés.

—Creo que sí. Dice: «El que leyera estas páginas deberá ser de fe, para no perder lo hallado».

—Es una simple frase que pertenecerá a algún poema, no te preocupes —dijo Raimundo—. Arturo ha estado demasiado tranquilo desde que estás con él, y ya sabes que a él le gusta tener cierto nivel de estrés y desaparecer y aparecer. ¡No te preocupes! Espera hasta el mediodía. Seguro que para el almuerzo estamos todos comiendo juntos. Yo estaré en el despacho toda la mañana. Si necesitas algo me llamas, ¿de acuerdo? Y guarda el libro y los apuntes en su mesa.

—Está bien. Pero si te llama, hazme el favor de decírmelo. ¡Estoy asustada!

—Lo haré. Tranquilízate, Carlota. No ha pasado nada. Seguro.

—Raimundo... —inquirió de nuevo Carlota.

—Dime.

—¿No me estarás ocultando nada, verdad? —preguntó la mujer.

—¿Ocultándote algo yo? ¿Qué podría ocultarte?, dime.

—Me refiero a que no estará con alguna mujer. Si es así y tú lo sabes, dímelo. No me importa. Lo único que quiero es que esté bien, que no le haya pasado nada —dijo Carlota angustiada.

—No sé dónde puede estar. Pero tú sabes que lo más probable es que esté con alguna mujer. Le conociste estando casado. Mientras tú estabas con él, Adela le esperaba en su casa. Tú le has aceptado como es, ¿no es así? Vamos, deja de preocuparte, ¿de acuerdo? —dijo—. Y ahora tengo que dejarte, debo ir al despacho.

—Perdona.

—Carlota, te adoro. Si no estuvieses tan enamorada de mi cliente... Si no fueses la hermana de mi gran amigo Juan Antonio, te juro que te habría pedido que te casaras conmigo. No tengo nada que perdonarte. Nunca lo tendré.

—Eres un sol... Gracias, Raimundo.

Al día siguiente Carlota denunció la desaparición de Arturo. Su coche fue encontrado la noche anterior en el aparcamiento de la plaza de toros de Las Ventas. En un principio el vehículo no fue retirado del lugar de estacionamiento. La policía no encontró nada anormal en que el automóvil permaneciese allí. Incluso uno de los agentes llegó a insinuarle a Carlota la posible existencia de una cita secreta de su prometido con alguna mujer. Raimundo acompañó a Carlota al día siguiente a poner la denuncia por desaparición. Sobre las dos del mediodía el teléfono del ático de la Castellana sonó:

—Juan Antonio, contesta tú —suplicó Carlota a su hermano.

—No, déjalo —dijo Raimundo, que les acompañaba—. Lo haré yo. Verás cómo es Arturo.

Raimundo descolgó el teléfono y contestó.

—Sí, soy su abogado. Sí, entiendo. Ahora mismo vamos hacia allí —Raimundo colgó el auricular y miró a Carlota, que permanecía abrazada a su hermano—. Le han encontrado...

Raimundo se encargó de cerrar la vivienda mientras Juan Antonio y Carlota salían precipitados camino del Instituto Anatómico Forense. Cuando los hermanos salieron del ático, Raimundo entró en el despacho de Arturo y buscó el manuscrito. Lo cogió junto con los apuntes que Carlota le había leído y se lo llevó.

Las diligencias policiales y forenses demostraron que Arturo Depoter había fallecido por un disparo de bala en la sien derecha de trayectoria descendente. La bala había quedado alojada en su cuello. A él lo habían matado después de haberle sedado con cloroformo. Rosario fue identificada como la autora material del asesinato del odontólogo. Tras sedarle con el cloroformo le disparó y le causó la muerte instantánea, después escribió una nota explicando su posterior suicidio. El forense ratificó que Rosario se introdujo en la bañera y, tras seccionarse las venas, se aplicó un pañuelo con cloroformo para evitar un posible arrepentimiento. Las cintas encontradas en el chalé de Rosario la involucraban directamente con todos los asesinatos que había cometido quien se conocía como el Octavo Jinete del Apocalipsis. Todos los indicios apuntaban a que Rosario había ido ejecutando una venganza contra el escritor Abelardo Rueda por el desprecio que éste le había hecho. Las denuncias que había interpuestas contra la joven ratificaron dicha tesis. El talón que Rosario había hecho efectivo y con el que efectuó la compra del chalé demostró que Arturo Depoter estaba siendo sometido a chantaje por ella. Chantaje que Carlota, Carlos y Raimundo, el abogado de la víctima, declararon conocer. Todo demostró que

el fatal desenlace vino dado tras la entrega del segundo talón, que se encontró en la casa. La declaración de Carlota ayudó a la policía a verificar que Rosario se enamoró de Arturo tal como ella misma dejó escrito. Arturo, llevado por la desesperación, decidió hacer un nuevo pago a la mujer para intentar que ésta, de una vez por todas, le dejase en paz, ya que él pensaba que la joven estaba embarazada y que esa circunstancia le podría traer problemas en relación con su futuro enlace. La autopsia demostró que Rosario no estaba embarazada.

Las declaraciones de la policía a los medios de comunicación fueron escuetas: «Señores, el asesino al que ustedes apodaron el Octavo Jinete del Apocalipsis ha sido encontrado. Ya no cometerá más crímenes. Tras cometer el asesinato del prestigioso empresario y odontólogo don Arturo Depoter, se ha quitado la vida en su casa. Su nombre era Rosario Leginese, una enferma mental. Todo demuestra que hemos sido sometidos a un engaño perpetrado por una mente alterada pero sumamente inteligente».



—No sabe lo agradecida que le está la cofradía —dijo el agustino—. Su entrega supone nuestra tranquilidad; la tranquilidad de la humanidad.

—Sabe que no creo en esas cosas. Soy ateo. Le agradecería que me hiciera entrega del dinero. No puedo perder mucho tiempo.

—Le advierto que este dinero procede de la venta, del pago por la herejía que cometió el padre Jonás. No es dinero limpio. Estoy en mi deber de avisarle de lo que supone que usted lo coja.

—No diga más tonterías. Yo le entrego su libro y usted me paga la entrega. Lo suyo si que es sucio. Mira que ocultar información sobre Dios... Todos tenemos derecho a saber, ¿no, padre?

—¿Usted cree? —dijo el monje mirándole fijamente.

—Por supuesto.

—Creo que todos no. Debería plantearse pedirle perdón a Dios por sus crímenes.

—¡Oiga! ¡Cómo se atreve a acusarme de asesinato!

—Yo no le acuso de nada. Usted mató a la persona que tenía el libro. Podía haberlo conseguido sin matar a nadie. Nosotros ya estábamos tras sus pasos. Su mujer nos informó de sus descubrimientos. Pero usted se adelantó a nuestros propósitos. Todo le resultó demasiado fácil y en esta vida nada es fácil, créame. ¿No se ha parado a pensarlo? Todo cuesta un esfuerzo. Alguien le ha estado allanando el camino y debería haberse dado cuenta de que precisamente no es el camino del bien el que se le ha facilitado.

—¿Me va a dar el dinero? Tengo prisa —dijo Raimundo colérico.

—¡Por supuesto! Pero antes entrégueme las tres páginas que faltan, ¿o se las dejó por el camino? —Raimundo miró al sacerdote y el ejemplar. En aquel momento se dio cuenta de que había dejado en la caseta de Valdemorillo las páginas del libro y las láminas de Abelardo. Confuso y nervioso miró al monje—. Tenga —dijo el agustino entregándole un sobre—. En él están los dibujos que Abelardo Rueda hizo durante su permanencia en el psiquiátrico. Las páginas del libro sagrado están ya a buen recaudo. Hay que ser un poco más cuidadoso. El señor del mal siempre está acechando y es traicionero como sus servidores. Supo que usted devolvería el ejemplar y decidió nublar su memoria para que no lo entregase completo.

—Me estaban siguiendo. ¡Esto es increíble! Dejan que yo haga el trabajo sucio y ustedes se quedan con el botín.

—No equivoque los términos. Ya le dije que llegamos tarde. En esos dibujos hay algo que se le pasó por alto. También está usted reflejado, sólo que por lo que veo se ha convertido en ciego y no se ha visto. Creo que si hubiese sido más observador no habría matado a nadie. Sencillamente nos hubiera pasado la información y eso, el no

cometer un pecado mortal, le habría limpiado el alma —dijo dándole el dinero a Raimundo—. Alfa y Omega, como usted escribió, todo es así. ¡Vaya usted con Dios!

Raimundo se quedó sentado en el porche del restaurante La Caña Vieja mirando cómo el coche del sacerdote tomaba rumbo a El Escorial. Pidió un café y sacó los dibujos de Abelardo. Fue observándolos incrédulo pero lleno de curiosidad hasta que llegó a uno que antes no había visto, que juraría que nunca estuvo en las paredes del hospital. En él aparecía un sacerdote con un libro en la mano: el Santo Grial. Al lado estaba el ciego, y el perro que llevaba sujeto a la cadena tenía su cara, la cara de Raimundo, como le había manifestado el agustino momentos antes. Sobrecogido, arrugó el papel con fuerza. «No debí entregarles el libro —pensó—. Todos los curas son iguales. Maldita historia. ¡Lo que me faltaba!, que la Iglesia me declare la guerra por conocer su secreto, cuando he sido yo el que les ha ayudado a recuperar el libro».

**12 de agosto de 1999**

Aquel doce de agosto Raimundo se dirigía a la editorial de Carlos. Desde la muerte de Arturo llevaba trabajando en una gran historia de suspense. ¡Por fin estaba terminada! Se acercó al quiosco de prensa y como cada mañana compró un ejemplar del periódico *El País*. En su primera página el titular reflejaba uno de los grandes acontecimientos astronómicos que había sucedido el día anterior, justo a la misma hora que él había dado por finalizada su obra. Raimundo tomó asiento en su terraza habitual y pidió el desayuno mientras leía el titular:

Miles de personas celebran la fiesta del Sol Negro.

El último eclipse total del Sol del milenio apagó ayer la estrella por completo durante unos dos minutos en una franja de 14 000 kilómetros de largo, entre el Atlántico norte y el golfo de Bengala...

Raimundo sonrió. La coincidencia del eclipse de Sol con el fin de su obra le agradó. Seguro de sí mismo lo interpretó como un presagio que le traía recuerdos vagos de un sueño de infancia. Continuando con la lectura pasó a las páginas interiores. Sobresaltado se detuvo en la página veintitrés del diario. En la columna derecha figuraba la declaración de uno de los astronautas de la estación espacial Mir. El francés Jean-Pierre Haigneré, según manifestaba el diario, comparaba la visión del eclipse desde la nave con «Un dedo negro posado sobre la Tierra, como el dedo de una hechicera». Raimundo no pudo contener un escalofrío ante la comparación del astronauta. Por un momento tuvo el presentimiento de que aquella visión no correspondía al dedo de una hechicera, sino al del diablo. Cerró el diario y tras pagar la consumición se dirigió al despacho de Carlos.

—¡Qué sorpresa! —dijo el editor al verlo entrar—. Cuando me dijo mi secretaria que estabas aquí, no podía creérmelo. ¡Cuéntame cómo estás! Y Carlota, ¿se ha recuperado? —inquirió Carlos.

—Aún no. Pero se le pasará. Tienes un aspecto estupendo —dijo Raimundo.

—Sí. Vamos a tener otro niño. Las pruebas lo han confirmado.

—¡Enhorabuena! Eso es una gran noticia.

—Dime, ¿cómo es que has venido a verme? —preguntó Carlos.

—Traigo esto para ti —dijo Raimundo depositando un bloque de folios encuadernado sobre la mesa de Carlos.

—¡No puedo creerlo! Al fin te has decidido. ¿Es una novela?, ¿lo es? —Raimundo asintió con la cabeza—. Carlota la habrá leído, claro.

—No. Se ha negado. Verás, es que está basada en un hecho real: en los asesinatos que cometió Rosario. Cuento toda la historia, desde Abelardo Rueda hasta la muerte

de Arturo... Por eso Carlota no ha querido leerla. Quiere olvidarse de todo eso.

—¡Lo entiendo! Pero que me perdone Carlota, esto puede ser un número uno en ventas —dijo Carlos cogiendo la copia—. *Epitafio de un asesino* es un título muy sugestivo —dijo el editor tras leerlo.

—Sí. Es el título que Abelardo decía haberle dado a la obra que nunca escribió. Lo he puesto en su memoria —contestó Raimundo

—Siempre supe que eras un escritor. Yo los huelo, los huelo a miles de kilómetros. Los editores tenemos un sentido especial. Es un don; oléis a libro recién impreso.

—Te entiendo. Yo siempre he pensado que todo tiene su olor. Incluso el futuro huele.

—¿Ves? Eso sólo lo podría haber dicho un literato. Empezaré a leerlo hoy mismo. No se la pasaré a nadie. Esto es como un embarazo; llevo gestando tu talento tanto tiempo que eres como mi hijo —dijo Carlos entusiasmado...

La novela de Raimundo salió a la calle dos meses después. El día que Carlos llamó desde la editorial a Raimundo para asistir a la presentación de la obra, ya en su despacho, le entregó uno de los ejemplares. Raimundo abrió orgulloso la novela y leyó en voz alta la nota que figuraba en la primera página al tiempo que sonreía irónico.

La nota decía: «Todo lo que el hombre es capaz de imaginar es realidad con el tiempo. Somos tan responsables de nuestros pensamientos como de nuestra imaginación, ya que ambos son el útero que engendra nuestras acciones».

La dedicatoria era para Arturo Depoter: «La vida, ¿qué es la vida? ¿Acaso un sueño?, ¿o tal vez un deseo? La vida a veces sólo forma parte de nuestra imaginación».

Raimundo miró a Carlos y sonrió. El editor palmeó la espalda del escritor y ambos emprendieron el camino hacia el Hotel Palace de Madrid, donde iba a ser llevada a cabo la presentación del libro. Cuando Raimundo salía por la puerta, un hombre vestido de negro que sujetaba a un perro asido a una cadena de gruesos eslabones de acero se le acercó extendiendo sus manos. Raimundo sacó un billete de mil pesetas y sonriente se lo ofreció, pero el ciego lo rechazó y quitándose las gafas dejó al descubierto el verde intenso de sus ojos. Le sujetó con fuerza del brazo y dijo:

—Octavo Jinete, he venido en busca de lo prometido. La era de la imaginación ha comenzado. ¿Recuerdas? Ya eres el mejor escritor del nuevo siglo, como te prometí. Ahora quiero ver escrita mi palabra.

Carlos retiró la mano del hombre que sujetaba el brazo de Raimundo y, sonriente, y le dio uno de los ejemplares de la novela.

—Tome, buen hombre. La novela y las mil pesetas. Coja usted las dos cosas, porque la literatura es el pan del alma, y con el dinero se compra el pan para el cuerpo —dijo Carlos agarrando con afecto al ciego.

—Gracias, editor. Volveremos a vernos —contestó el ciego guardándose la novela y el dinero en la bolsa de cuero que colgaba de su hombro izquierdo.

—¡Este hombre es increíble! ¿Sabes que cada vez que publicábamos una obra de suspense de Abelardo Rueda estaba en la puerta suplicando un ejemplar? Por eso siempre me cayó bien. Padece una enfermedad neurológica que le está dejando ciego. Es una especie de trashumante. Vive cerca del Monasterio de El Escorial, pero se pasa la mayor parte de los días caminando por los pueblos de la zona. Posee una cultura impresionante, sobre todo en temas teológicos. Si quieres saber algo sobre personajes extraños del Madrid antiguo o de los pueblos de los alrededores, él es la mejor fuente de información. Conoce todas y cada una de las apariciones que se han producido en la zona, y son muchas, créeme. Hacía tiempo que no le veía. No había

vuelto a venir desde que Abelardo dejó de escribir. Cuando comenzaron sus problemas. ¡Y mira!, de nuevo aquí. Eso demuestra que la publicidad que hemos hecho sobre el lanzamiento de tu obra ha sido magnífica.

Raimundo no contestó. Permanecía inmóvil mirando cómo se alejaba aquel hombre vestido de negro. Sus ojos de iris color verde oscuro, donde no se apreciaba la pupila, le resultaron demasiado conocidos, tanto que le hicieron revivir, en un instante, aquel sueño de infancia y recordar la pregunta que le hizo la sor aquel día en el colegio:

—*Dios mío, ¿y te dijo el ángel su nombre?*

—*Sí. Se llama Luzbel.*

—¡Raimundo! —le llamó Carlos al ver que el escritor permanecía inmóvil mirando cómo se alejaba el indigente—. Vamos, sube al coche. ¿No me oyes? Raimundo, ¿qué te pasa? Cualquiera diría que has visto al diablo.



ANTONIA J. CORRALES (Madrid, 1959), tras años ejerciendo su profesión — administración y dirección de empresas— decidió dedicarse de lleno a su pasión: el mundo de las letras y la escritura. Desde entonces ha trabajado como correctora, columnista en periódicos locales, articulista en revistas culturales, entrevistadora en publicaciones científicas y jurado en certámenes literarios.

Es autora de las novelas *Epitafio de un asesino* (2005), *La décima clave* (2008) y *En un rincón del alma* (2011).

# Notas



[1] Adolf Wolfli nació en 1864 en Narro Berna (Suiza) y murió en 1930 en el Hospital de Waldau. Durante su reclusión en el citado centro psiquiátrico, donde permaneció hasta su muerte, escribió 45 libros con más de 25 000 páginas, 1600 ilustraciones, 1500 collages y más de 900 dibujos *single-sheet*. Su obra sigue siendo una proeza y un misterio. Admirada y cotizada en igual proporción. <<

[2] Final del segundo soneto del poema «Ajedrez» de Jorge Luis Borges (1899-1986).

<<

[3] La escultura que corona la fuente del Ángel Caído representa a Luzbel expulsado del Paraíso, con la serpiente enroscada a su cuerpo. Madrid es la única ciudad del mundo que tiene un monumento al diablo. Está ubicada en el Parque del Retiro. <<

[4] La escultura ecuestre de Felipe III está ubicada en el centro de la Plaza Mayor de Madrid. De esta escultura se contaba que, si el paseante se acercaba lo suficiente, podía oír cómo el caballo del rey «piaba». Esto era debido a que fue esculpido con la boca abierta, lo que propició que anidasen en su interior los pájaros. El caballo dejó de piar tras cerrársele el orificio de la boca. <<